

Prismas

Revista de historia intelectual

19
2015

Artículos y reseñas. Argumentos: Historia latinoamericana, historia de América Latina, Latinoamérica en la historia, por Hilda Sabato. Dossier: 20 años de historia intelectual. La historia intelectual hoy: itinerarios latinoamericanos y diálogos transatlánticos / Oscar Terán, en busca de la ideología argentina y latinoamericana.

Universidad Nacional de Quilmes

Prismas

Revista de historia intelectual

19

2015



Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 19 / 2015

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Mario Lozano

Vicerrector: Alejandro Villar

Departamento de Ciencias Sociales

Director: Jorge Flores

Vicedirectora: Nancy Calvo

Centro de Historia Intelectual

Director: Adrián Gorelik

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 19, número 19, 2015

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, UNQ / CONICET

Anahí Ballent, UNQ / CONICET

Alejandro Blanco, UNQ / CONICET

Adrián Gorelik, UNQ / CONICET

Jorge Myers, UNQ / CONICET

Elías Palti, UNQ / UBA / CONICET

Oscar Terán (1938-2008)

Editor: Carlos Altamirano

Secretaría de redacción: Flavia Fiorucci y Laura Ehrlich

Editores de Reseñas y Fichas: Martín Bergel, Gabriel Entin y Ricardo Martínez Mazzola

Comité Asesor

Peter Burke, Cambridge University

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional de San Martín

Roger Chartier, École de Hautes Études en Sciences Sociales

Stefan Collini, Cambridge University

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale (1930-2008)

Tulio Halperin Donghi (1926-2014)

Martin Jay, University of California at Berkeley

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto, Universidad Nacional de Rosario/University of Florida

José Sazbón (1937-2008)

Gregorio Weinberg (1919-2006)

Incluida en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas desde agosto 2010, fecha desde la cual es publicada en versión electrónica en el portal Scielo: www.scielo.org. Además, está indexada en Latindex, en Redalyc y en el Hispanic American Periodical Index (HAPI).

En 2004 Prismas obtuvo una Mención en el Concurso “Revistas de investigación en Historia y Ciencias Sociales”, Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán

Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Corrección de originales: María Inés Silberberg

La revista *Prismas* recibe la correspondencia, las propuestas de artículos y los pedidos de suscripción en:

Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.

Correo electrónico: revistaprismas@gmail.com

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las “Instrucciones a los autores” en la página editorial de *Prismas* en el portal Scielo.

Índice

Artículos

- 11 *Para una reflexión sobre Túlio Halperin Donghi y sus mundos*,
Fernando Devoto
- 35 *Complejidad o relativismo en Hayden White*, Darío G. Steinberg
- 47 *Orden del tiempo y escritura de la historia: consideraciones sobre el ensayo histórico en el Brasil, 1870-1940*, Fernando Nicolazzi
- 67 *El Centenario de la Independencia y la construcción de un discurso acerca de Tucumán: proyectos y representaciones*, Soledad Martínez Zuccardi
- 89 *Antiperonismo sin Perón: imágenes del Partido Socialista Democrático*,
Silvana Ferreyra
- 111 *La cuestión de los intelectuales en el comunismo argentino: Héctor P. Agosti en la encrucijada de 1956*, Adriana Petra

Argumentos

- 135 *Historia latinoamericana, historia de América Latina, Latinoamérica en la historia*, Hilda Sabato

Dossier

- 20 *años de historia intelectual*
149 *Presentación*, Adrián Gorelik

La historia intelectual hoy: itinerarios latinoamericanos y diálogos transatlánticos

- 151 *Un programa fuerte para el pensamiento social brasileño*, André Botelho

- 163 *El estudio del pensamiento latinoamericano en nuestros días*.

Notas para una caracterización, Andrés Kozel

- 173 *Discurso por el contexto: hacia una arqueología de la historia intelectual en Argentina*, Jorge Myers

Oscar Terán, en busca de la ideología argentina y latinoamericana

- 183 *En primera persona. Sobre el abordaje de Oscar Terán a los románticos del 37 y su literatura*, Alejandra Laera

- 193 *Positivismo y cultura científica. Escenarios, hombres e ideas*, Paula Bruno
 201 *Pensar la nación, pensar el mundo. Las lecturas de Mariátegui*
 de Oscar Terán, Martín Bergel
 207 *El malestar Terán: el factum como Fatum. A propósito de Nuestros años sesentas*,
 Sebastián Carassai

Reseñas

- 217 Samuel Moyn y Andrew Sartori (eds.), *Global Intellectual History*, por Martín Bergel
 220 José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, “*Cómo sucedieron estas cosas*”.
Representar masacres y genocidios, por Lior Zylberman
 225 Karl Gunther, *Reformation Unbound. Protestant Visions of Reform in England, 1525-1590*, por Agustín Méndez
 229 Rebecca J. Scott y Jean M. Hébrard, *Freedom papers. An Atlantic odyssey in the age of emancipation*, por Magdalena Candiotti
 233 Annick Lempérière (ed.), *Penser l'histoire de l'Amérique latine. Hommage à François-Xavier Guerra*, por Marianne González Alemán
 236 Rafael Rojas, *Los derechos del alma. Ensayos sobre la querella liberal-conservadora en Hispanoamérica (1830-1870)*, por Alfredo Ávila
 240 Olivier Compagnon, *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*, por Emiliano Sánchez
 244 Rubén Darío, *Viajes de un cosmopolita extremo* (selección y prólogo de Graciela Montaldo), por Carlos Battilana
 247 César Vallejo, *Camino hacia una tierra socialista. Escritos de viaje*, por Mónica Bernabé
 250 Antonio Brasil Jr., *Passagens para a teoría sociológica: Florestan Fernandes e Gino Germani*, por Juan Pedro Blois
 254 Luiz Carlos Jackson e Alejandro Blanco, *Sociologia no espelho: ensaístas, cientistas sociais e críticos literários no Brasil e na Argentina (1930-1970)*, por Antonio Brasil Jr.
 259 Ariadna Acevedo Rodrigo, Paula López Caballero, *Ciudadanos inesperados: espacios de formación de la ciudadanía de ayer y hoy*, por Flavia Fiorucci
 263 Rosalía Baltar, *Letrados en tiempos de Rosas*, por Luis Marcelo Martino
 266 Alejandra Laera, *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*, por Juan Pablo Dabóve
 269 Anahí Ballent y Jorge Francisco Liernur, *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna*, por Martín Marimón
 274 Alejandro Dujovne, *Una historia del libro judío. La cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas*, por José Luis de Diego
 277 Ana Teresa Martínez, *Cultura, sociedad y poder en la Argentina. La modernización periférica de Santiago del Estero*, por Ana Clarisa Agüero
 280 Miranda Lida, *Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo*, por Carlos Altamirano
 283 Matías Fernando Giletta, *Sergio Bagú. Historia y sociedad en América Latina. Una biografía intelectual*, por Fernando Quesada
 286 Natalia Milanesio, *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*, por Hernán Comastri
 289 Omar Acha, *Crónica de la Argentina peronista. Sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955*, por Mariano Ben Plotkin

- 292 Leandro de Sagastizábal y Alejandra Giuliani, *Un editor argentino: Arturo Peña Lillo*, por María Julia Blanco
- 294 Michael Goebel, *La argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, por Sebastián Carassai
- 299 Valeria Manzano, *The Age of Youth in Argentina. Culture, Politics, & Sexuality from Perón to Videla*, por Lila Caimari
- 302 Isabella Cosse, *Mafalda: historia social y política*, por Laura Ehrlich
- 306 Ana Longoni, *Vanguardia y revolución. Arte e izquierdas en la Argentina de los sesenta-setenta*, por Luis Ignacio García

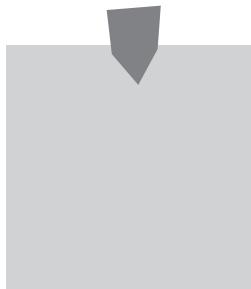
Fichas

- 313 Libros fichados: Franco Moretti, *El burgués. Entre la historia y la literatura* / Roberto Calasso, *La marca del editor* / Juan Pablo Scarfi, *El imperio de la ley. James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano* / Pilar González Bernaldo de Quirós (dir.), *Independencias iberoamericanas. Nuevos problemas y aproximaciones* / María Victoria Crespo, *Del rey al presidente. Poder Ejecutivo, formación del Estado y soberanía en la Hispanoamérica revolucionaria. 1810-1826* / Patricia Funes, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina* / Saúl Sosnowski (comp.), *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino* / Pablo Stefanoni, *Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)* / Roy Hora, *Historia del turf argentino* / Nora Pagano y Martha Rodriguez (comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado. La elaboración social de la experiencia histórica* / Paula Bruno (coord.), *Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936* / Sandra Fernández y Paula Caldo, *La maestra y el Museo: gestión cultural y espacio público, 1939-1942* / Mario Glück, *La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez, 1898-1954* / Jorge Nallim, *Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo en la Argentina en el período 1930-1955* / Alexia Massholder, *El partido comunista y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agosti* / Cristina Tortti (dir.), Mauricio Chama y Adrián Celentano (co-dirs.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*

Obituarios

- 327 *Tulio Halperin Donghi (1926-2014)*, por Roy Hora
- 331 *Peter Gay (1923-2015)*, por Omar Acha
- 333 *Declaración de revistas latinoamericanas*

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 19 / 2015

*Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos**

Fernando J. Devoto

Universidad de Buenos Aires

Al intentar una reflexión acerca de Tulio Halperin Donghi y su lugar en la historiografía argentina, pronto se hace evidente lo difícil de la empresa y varios obstáculos se hacen inmediatamente visibles: el primero es que no hay casi tema o período de la historia y la historiografía argentina acerca del que Halperin no haya escrito o dado su opinión en su extensísima obra, y a ello hay que agregar todavía sus muy abundantes estudios sobre el pasado latinoamericano y también, aunque menos frecuentes, sobre la historia europea. El segundo es que esas reflexiones se desgranaron en un dilatado lapso temporal de alrededor de sesenta y cinco años en los cuales variaron no poco sus propias perspectivas sobre sus temas de investigación tanto como los contextos en los que fueron formuladas y con los cuales dialogaron. Variaciones paralelas de los procesos históricos y de las formas que los historiadores prefirieron para aprehenderlos. El tercer problema es que recién está en sus comienzos la recolección de la correspondencia, a más de la disponible en su archivo personal y depositada por su voluntad en la Universidad de Berkeley, que es de imaginar extensísima y cuya compulsa ayudará en mucho a explorar las oscilaciones de su pensamiento del mismo modo que lo haría la posibilidad de compulsa de los manuscritos de sus trabajos y su biblioteca personal. En cambio, Halperin dejó numerosos testimonios voluntarios en forma de entrevistas o de unas admirables memorias, las que son de gran importancia, en especial para comprender los contextos en los que realizó su trabajo pero algo más problemáticas para indagar su propia obra, ya que reposar plenamente en ellas obliga a sustituir la propia perspectiva por la que el mismo Halperin propuso sobre sí mismo, lo que de ser asumido eliminaría toda posibilidad no solo de una reflexión crítica sino incluso de cualquier interpretación alternativa a la suya. Otras dificultades son más personales: un historiador al que conocí y leí como todos abundantemente, con el que conversé largamente tratando de descifrar su pensamiento historiográfico, siempre me ha dejado la sensación de haber logrado escapar indemne a los esquemas que sucesivamente he intentado construir sobre su obra. Es de temer que esta reflexión tampoco resuelva el problema y que nuevamente él logre eludir mi intento de interpretarlo plausiblemente.

* El autor desea agradecer a Maurice Aymard y Walter Barberis por las generosas gestiones para poder consultar el Archivo de la Editorial Einaudi depositado en el Archivio di Stato di Torino y a la Dra. Luisa Gentile por haberlo orientado en los legajos del mismo. Asimismo, especialmente a Vania Markarian por haberle facilitado el acceso a las cartas entre Juan Oddone y Tulio Halperin depositadas en el Archivo General de la Universidad de la República (Montevideo).

Por todo ello prefiero que estas palabras sean vistas apenas como unos apuntes provisionales para reflexionar sobre Halperin y no como un intento de brindar una “justa”, si es que eso fuera posible, o integral interpretación de su figura como historiador. Apuntes que parten y asumen, desde luego, una de las múltiples perspectivas posibles y que aspiran menos a dilucidar la importancia y perdurabilidad de sus aportes a tal o cual tema o la validez de sus interpretaciones, en el estado actual de los conocimientos disponibles o de los consensos académicos en torno de ellos, que a rastrear lo que quizá podríamos llamar condiciones de posibilidad de su obra a la vez que tratar de esbozar rasgos de su módulo historiográfico. La reflexión sobre las condiciones intentará ser no solo algo centrado en las propuestas de un historiador como si operase en el vacío sino también sobre las posibilidades que brindaron y las restricciones que pusieron los contextos, temporales y espaciales. Finalmente, quisiera hacerlo, siguiendo los consejos implícitos que el propio Halperin brindó con sus reflexiones o con el mismo ejemplo de sus obras, dejando sus contornos algo borrosos o inciertos y tratando de eludir la tentación de unir todos los puntos en un sistema.

1 ¿Qué hace a un historiador excepcional un historiador excepcional? Cualquier indagación puede comenzar por explorar las posibilidades que en un momento histórico concreto, un específico contexto familiar, social, intelectual puede brindar. Esa exploración no debe hacer olvidar que en un historiador excepcional, como lo era Halperin, los factores estrictamente personales, el talento personal, individual e intransferible, nunca pueden ser soslayados aunque sea difícil ir más allá de constatar que esa dimensión es tan real como difícilmente predecible. Más sencillo es explorar aquellos contextos a la búsqueda de los elementos que podían valorizarlo. En este punto, sus memorias son de una ayuda inestimable, en lo que dicen y en lo que sugieren.

Tulio Halperin nació en Buenos Aires en 1926 en el seno de una familia de clase media, por emplear un término tan impreciso como económico descriptivamente, de origen inmigrante. Sin embargo, muchos datos provistos por sus memorias sirven para perfilar no tanto lo que los Donghi y los Halperin pudieran compartir con otras familias de ese tipo demasiado genérico, sino los aspectos tan claramente específicos de los mismos dentro de él.¹ Sus padres, ante todo, optaron y pudieron residir casi siempre en el eje norte de la ciudad (Santa Fe-Cabildo) y las descripciones de la sociabilidad que traen los recuerdos de Halperin muestran cuánto ella será más amplia en esos espacios que en los que brindaban otros precedentes. Agreguemos otro dato: a la hora de buscar ámbitos educativos sus padres, tras una primera opción por la enseñanza pública, en la que ellos se habían formado, prefirieron los institutos privados y dentro de ellos algunos de los ámbitos escogidos eran más usuales para los sectores acomodados, a los que quizás los ingresos familiares no habilitarían en principio sin cierto esfuerzo, que para una familia de clase media más convencional. Tal el caso del jardín de infantes que el Jockey Club había instalado en los bosques de Palermo o la Escuela Argentina Modelo, en pleno corazón del barrio norte, que era frecuentado por familias de buena posición económica (y no tan diferente, aunque más matizado, iba a ser el ambiente de la primera división de

¹ Tulio Halperin Donghi, *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2008, en las que me he basado para la reconstrucción del ambiente formativo de Halperin.

la mañana, la de los “recomendados” del Colegio Nacional de Buenos Aires en el que iba a proseguir sus estudios secundarios).² Desde luego que en esas elecciones paternas podía y debía primar la opción por una buena propuesta educativa pero no era menos cierto que también implicaba abrir esa sociabilidad más hacia arriba que hacia abajo (términos bastos empleados con propósito apenas descriptivo). Todo ello muestra hasta qué punto era posible el ascenso social para dos profesores en la Argentina de esas décadas como cuánto el mismo moldeaba un estilo de vida en el cual toda la convención de los cuidados buenos modales y estilos estaba sólidamente implantada (y basta haber conocido a Halperin u observar las fotografías que acompañan sus memorias para percibirlo con nitidez). De ese modo, esa sociabilidad de los años de la infancia y de la adolescencia era parte de un núcleo familiar socialmente bien establecido, sin holguras pero con ciertas posibilidades no al alcance de todos los que suelen ser incluidos en esos ámbitos sociales, del viaje a Europa a la casita de veraneo en una Punta del Este desde luego bien diferente a la actual. Ámbitos que quizás no iluminen en mucho al futuro historiador pero sí colaboraron, como el mismo nunca negó, en construir una particular y específica mirada sobre una Argentina que bien podía haber sido otra, de haber sido tamizada por experiencias diferentes, y desde luego muy otra de haber transcurrido en otro lugar del mundo euroatlántico más sometido a las dramáticas experiencias que lo surcaron en esa época. Es que los años comparativamente apacibles que presenta la Argentina de entonces indican hasta qué punto la “tormenta del mundo”, que azotaba con tanta fuerza en otros contextos, lo hacía de forma más atenuada en la Argentina, aunque desde luego rasgos de la misma estaban presentes en las acciones públicas y omnipresentes en los debates intelectuales locales. Esa cierta idea de la Argentina que parece haber emergido en sus años juveniles y perdurado en él por un buen tiempo, quizás vista como la culminación finalmente exitosa de una complicada historia secular, podía incluir, a la vez, tanto una cierta sobreestimación de las potencialidades del país como de que todo lo que en él ocurría podía leerse en una clave más cercana a la comedia y la sátira que a la tragedia. Y aunque, desde luego, esos contextos son siempre imprecisos y porosos y además se han alzado prestigiosas voces reclamando para las reflexiones de un historiador, como para las obras de los grandes artistas, un derecho de extraterritorialidad y extratemporalidad (de Ranke a Kracauer con argumentos distintos), no es la vía que hemos decidido seguir aquí. Esta tratará de estar más atenta a la idea del “compromiso con la situación y con la temporalidad”, con la cual el mismo Halperin, al menos en relación con la segunda, fue siempre concorde, como trataremos de argumentar.³

Ciertamente a la hora de reflexionar sobre el ambiente familiar y su formación como historiador un lugar mucho más significativo lo ocupa la dimensión intelectual. En esa familia de letrados que evocó hace poco con eficacia Roberto Cortés Conde, Halperin pudo encontrar riquísimos estímulos, ya desde la conversación cotidiana, y un humus de lecturas y reflexiones en el espacio vasto que iba de la literatura a la historia y de esta a la filosofía. Ese mundo, fuese en torno a los clásicos, fuese en torno a otros ámbitos, giraba, en especial pero no solo, en torno a una tradición intelectual: la italiana que de Gian Battista Vico a Francesco De Sanctis y de

² Alicia Méndez, *El Colegio. La formación de una élite meritocrática en el Nacional Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013, pp. 53, 91 y 238.

³ Sigfried Kracauer, *Prima delle cose ultime*, Casale Monferrato, Marietti, 1985, pp. 54-55 [trad. esp.: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2010]; Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 173-203.

este a Benedetto Croce, que tanto había hecho para revalorizar a sus dos predecesores en los debates antipositivistas de comienzos del novecientos (como luego lo haría en otra clave Antonio Gramsci, para quien incluso De Sanctis representaba el modelo de crítica literaria de la filosofía de la praxis), constituía el linaje mayor del idealismo meridional peninsular y el acervo intelectual si no más significativo, sí más recurrente de su familia. Presencia que se poblaba asimismo de otros referentes que en esa cultura italiana se habían formado: de Francesco Capello, el admirado profesor de griego de sus padres, a otro profesor exiliado con el cual el mismo Halperin tuvo una gran amistad, Giovanni Turin.⁴ Esa presencia italiana no debe sin embargo hacernos olvidar que el ambiente en que se movía la familia de Halperin era plenamente cosmopolita en lecturas y vínculos. Basta indicar entre estos últimos los nombres de Américo Castro, Amado Alonso (y la presencia de España como tema y problema iba desde luego a crecer desde la guerra civil), Raimundo Lida o Pedro Henríquez Ureña (y más acá, otros nombres como Roberto Giusti, José Luis Romero o Eduardo Mallea).

Ese desordenado y algo arbitrario elenco de nombres, al que podrían agregarse otros que desplegaban sus actividades en ámbitos como el Instituto Nacional del Profesorado o el Colegio Libre de Estudios Superiores, no dice mucho si no podemos encuadrarlos en lo que implicaban y en lo que posibilitaban. Implicaban, ante todo, una colocación bien precisa en uno de los espacios prestigiosos, si no el más prestigioso, de la cultura argentina de entreguerras. Esa cultura podría rotularse de muchos modos, todos insuficientes: laica, liberal, progresista, antifascista, aunque se delimitase mejor por sus oposiciones que por sus contenidos. Un espacio que paulatinamente iría densificándose a la par de los conflictos que dividían crecientemente ese campo desde la guerra civil española, por lo menos, y que a la contraposición fascismo/antifascismo iba a agregar luego la de peronismo/antiperonismo. Divisiones enconadas y perdurables que iban a reforzar las solidaridades de un espacio en origen más heterogéneo, solidaridades que como todas implicaban posibilidades pero también bloqueos y vetos. Halperin iba a beneficiarse de las primeras más que padecer los obstáculos de los segundos y las lealtades requeridas que emergían de esa colocación como de cualquier otra y con las cuales, al igual que con otras más tardías, fue siempre en lo personal muy consecuente, aunque no siempre lo fuese intelectualmente, parecen haber sido en él mucho más autoimpuestas que exigidas desde fuera. Y a esa independencia intelectual contribuía el carácter heterogéneo de sus lecturas, la ausencia de un maestro o de una tradición excluyente y un cierto aire de irreverencia que connotó durante mucho tiempo su forma de intervención en el debate de las ideas. Baste recordar, por ejemplo, cuánto su *Echeverría* tomaba distancia de las tantas versiones canónicas y ejemplares que se publicaron en 1951 en el ámbito de la cultura antiperonista.⁵

En cualquier caso, ese mundo intelectual venía a articular aun con más fuerza y pertinencia aquellas experiencias sociales antes aludidas en su mirada sobre la Argentina. Empero, más que detenernos de nuevo en ella, es quizás más útil observar aquellas posibilidades o recursos que esa colocación le brindaba. Ellas iban desde el acceso a interlocutores cuya excelencia intelectual podía aprovechar hasta las opciones que ellos mismos, u otros con ellos vinculados, brindaban para acceder a publicar sus trabajos en los lugares más prestigiosos del ámbito argentino

⁴ Además de las referencias sobre Turin que hay en sus memorias, véase el cálido elogio en Tulio Halperin Donghi, “Storia e storiografia dell’America Coloniale Spagnola”, *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 1, 1964, p. 5.

⁵ Cf. Tulio Halperin Donghi, *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.

e hispanoamericano. Va de suyo que Halperin mostró desde sus primeros trabajos históricos un talento inusual y excepcional, pero que pudiera publicarlos en las páginas de *La Nación*, en *Cuadernos Americanos* o luego en *Imago Mundi* o en *Sur* no era algo, al menos en el clima de la Buenos Aires de entonces, al alcance de todos.

Elegida la opción por la historia, los dos interlocutores que Halperin escogerá en la Argentina del menú de opciones disponibles serían José Luis Romero y Claudio Sánchez Albornoz y en especial el primero, a cuyo consejo lo encaminaron sus padres apenas manifestó su inclinación por la historia. De ese extraordinario intelectual e historiador que fue José Luis Romero y de su propuesta historiográfica dejó Halperin un cálido recuerdo en sus memorias, en una operación que se asemejaba, con relación a él y a otras figuras allí retratadas, a la voluntad de construir una tradición en la cual colocarse. Sin embargo, esas relaciones probablemente estuvieron lejos de ser historiográficamente idílicas, de ambos lados, como lo muestra una simple comparación entre las obras que uno y otro produjeron. Por otra parte, la correspondencia de Halperin con Braudel de 1952 revela tempranamente todas las distancias historiográficas entre ambos, ya desde el hecho de que ese vínculo se estableciese por la sugerencia pero sin la mediación de Romero (que un par de años antes había enviado a trabajar con el historiador francés al que por entonces consideraba el más prometedor de sus discípulos, Gustavo Beyhaut).⁶ La búsqueda en Braudel de una guía más segura que la que podía proveer la “fantasmagórica” historia de la cultura o el ejemplo de *La mediterranée*, como una obra que podía hacer muchísimo bien para alejar a los mejores historiadores e intelectuales argentinos en general del influjo que había llegado “hace veinticinco años de la *Revista de Occidente*, y que servía para considerar a casi todo lo demás como ‘positivismo superado’”, señalan bien donde ubicar las diferencias.⁷ Elípticas referencias que no concernían al rol de Romero como historiador, que en buena medida sería para él arquetípico, ni a su colocación como punto de partida de una tradición, sino a su propuesta historiográfica.⁸ Aquí, con todo, debe recordarse que existía un *trait d’union* entre ambos y era el provisto por el *historismus* alemán, que aunque con diversas modulaciones y combinaciones interesó a ambos.

El discurso es diferente en relación con Sánchez Albornoz, el historiador español que había sabido ser un interlocutor privilegiado de Marc Bloch en los años treinta, durante su residen-

⁶ Consulté la Correspondencia de Braudel en 1995, momento en que se hallaba depositada en la Maison des Sciences de l’Homme y en proceso de catalogación por parte de Mme. P. Braudel y gracias a su autorización y a la mediación de Ruggiero Romano. Actualmente la misma se encuentra en Fonds Fernand Braudel (FFB), París, Bibliothèque de l’Institut de France. Todas las referencias de la correspondencia remiten al Legajo Halperin del Archivo Fernand Braudel.

⁷ “No se imagina hasta qué punto están aquí los mejores atados al influjo que llegó hace veinticinco años de la *Revista de Occidente*, hasta qué punto se jura por las culturas cerradas, cuya alma se alcanza por iluminación, y todo lo que no sea eso se juzga positivismo superado. El ejemplo de cómo sin todas esas cosas, y manteniendo el debido respeto al dato natural, se pueden hacer cosas tanto más finas y penetrantes, y sin nada de lo que tienen de gratuito o arbitrario esa mortal historia de las ideas o esa fantasmagórica historia de la cultura que tanto nos gustan, ese ejemplo es de esperar que servirá de algo. Pero todo eso lo sabe usted muy bien sin duda y es presunción mía tejer el elogio de una obra que tan escasamente la necesita”. Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 11/9/1952, AFB.

⁸ Véanse los notables esfuerzos que hizo Halperin para que el libro de homenaje a Romero llegase a buen puerto. El libro, que publicaría Siglo xxi en 1982, fue una idea de Halperin a la que se sumó rápidamente Juan Antonio Oddone y en la que colaboró también Blanca París. Tulio Halperin Donghi a Juan Oddone, Berkeley, 14/7/1977 y la respuesta de Juan A. Oddone a Tulio Halperin, México, 14/10/1977, ambas en Archivo Oddone (AO), Archivo General de la Universidad de la República (Montevideo) (AGU). De las muchas vicisitudes en torno al volumen que finalmente se llamará *De historia e historiadores* informan numerosas cartas sucesivas.

cia en España, y que ahora seguía cultivando una forma de hacer historia que aunque muy atenta a las instituciones, como lo había sido desde los lejanos orígenes en la escuela de Hinojosa, aparecía ahora sazonada con una vis polémica inusual en el género erudito (véase su *España: un enigma histórico*) y cuyas diferencias con lo que ya por entonces o luego escribiría Halperin son mucho más evidentes que en el caso de Romero. Con todo, Claudio Sánchez Albornoz era para él, como la misma correspondencia con Braudel revela, “el único profesor presentable que queda en la Facultad” (Filosofía y Letras) y ello lo hacía indispensable para realizar su doctorado, algo que “aquí se ha convertido en un objeto de primera necesidad académica”.⁹ Pero esa relación bastante instrumental encontraba un aun mayor obstáculo en lo que percibía como su autoritarismo intolerante hacia cualquier disidencia historiográfica de sus discípulos.¹⁰

Si así estaban las cosas en sus percepciones –y más allá de si las mismas eran o no excepcionalmente severas hacia el mundo académico argentino– parecía inevitable que para adquirir el nivel que consideraba imprescindible para ejercer el oficio de historiador debía buscar alternativas en el exterior. Que lo haya intentado, al costo de no pocas penurias y dificultades, es ciertamente un mérito personal remarcable; que haya podido hacerlo le brindaría otro elemento diferencial en relación con sus contemporáneos. Desde luego que los comentarios aludidos son de 1952 y, a falta de mejor documentación, no podemos saber si eran también los de mediados de 1950 o al menos si lo eran en igual intensidad. Entre ambos momentos está la decisión familiar de que hiciese una experiencia académica y cultural en Italia.

2 Hacia Turín y su Universidad, a la que se dirigió Halperin hacia fines de 1950, lo orientaban, en primer lugar, las redes familiares e intelectuales de su familia quizá tanto como el recuerdo que en ellas perduraba del que había sido un gran centro de estudios históricos en la primera posguerra. Sin embargo, la situación no era la misma en esos primeros años de la segunda posguerra, los que, más allá de la presencia en ella de figuras de un destacado relieve académico, bien pueden ser vistos como un intermedio entre dos etapas más brillantes, anterior y posterior.¹¹ Al menos así parecían estar las cosas en el ámbito de los estudios históricos y en ese sentido, la elección que hizo de seguir los cursos de dos destacados historiadores, Giorgio Falco y Walter Maturi, era casi obligada, si se quería permanecer en el ámbito de las materias históricas. Ambos eran parte, según una conocida observación de Cantimori en *Società*, de ese grupo piemontés (si bien Maturi lo era por adopción) que, aunque sustancialmente disperso por entonces en otras universidades italianas o en el exterior, era para él la élite de la historiografía italiana de entonces.¹² Reencontraba, por lo demás, en ellos la tradición croceana, con la

⁹ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18/12/1952, AFB.

¹⁰ “[P]or nada del mundo haría yo una tesis que interesara de veras a mi apadrinante, con el cual es imposible andar de acuerdo por poco que quiera uno formarse una opinión propia acerca de cualquier cosa.” De allí que eligiese un tema (Pedro Martír de Angleria) del cual “no sabe mucho y no le interesa en absoluto”, *ibid.*

¹¹ Véase el retrato de esos años en la Facultad de Letras de Turín propuesto por Pietro Rossi, “Dal quarantacinque al sessantotto”, en Italo Lana (a cura di), *Storia della Facoltà di Lettere e Filosofia dell’Università di Torino*, Città di Castello, Leo. S. Olschki, 2001, pp. 165-190, que atiende también a los conflictos entre profesores católicos y laicos y entre designados por el fascismo y retornados luego de su caída (como el caso de Falco, uno de los depurados por las leyes raciales, que tras su retorno a Turín la abandonaría por Génova al año siguiente al del curso al que asistió Halperin).

¹² Delio Cantimori, “Epiloghi congressuali”, publicado originalmente en *Società* (1955) y reproducido en Delio Cantimori, *Studi di storia*, Turín, Einaudi, 1976, III, pp. 834-835.

que ya estaba tan familiarizado y que era en cierta medida por entonces la suya. Sin embargo, ese reencuentro también exhibía, en los dos historiadores antes aludidos, unas oscilaciones propias de quienes no habían sido solo formados en ella y que por distintas vías habían atravesado también otros caminos en la formación filológica y en la exégesis de textos, en las que ambos y sobre todo Falco parece haber descollado a gran altura y en las que el magisterio croceano remitía más a un modo de pensar la historia, al interés por los debates historiográficos y a un lugar ideal en el que posicionarse en el debate cultural de la posguerra (en especial en Maturi). Sin embargo, también es posible conjeturar que un observador tan inteligente como era Halperin no podía percibir cuánto el lugar hegemónico que Croce había ocupado estaba siendo puesto en discusión no solo en tanto *maître à penser* de la cultura italiana sino también en su forma de realizar la operación histórica por historiadores más o menos jóvenes. Y aunque esa distancia podía remitir más a la práctica concreta que a las premisas ideales propuestas por Croce, ella era bastante visible en figuras tan influyentes por entonces como Delio Cantimori, Arnaldo Momigliano y también en alguien como Federico Chabod, al que incluso el ilustre pensador había elegido como su sucesor en su Instituto en Nápoles.¹³ Y, desde luego, en términos más generales y no solo historiográficos, esa puesta en cuestión del lugar del “Papa laico” de la cultura italiana de entreguerras no debía buscársela ni tanto ni solo en los *Quaderni* de Antonio Gramsci que estaba publicando en esos años en Turín, en una edición cuidadosamente reorganizada, la editorial Einaudi, y en el que Croce era a la vez discutido y contenido en el surco común de una nueva vuelta de tuerca del *storicismo*. Un Gramsci que, por otra parte, fue otro de los descubrimientos intelectuales de Halperin en Turín, lo que no debería ser sorprendente vista su inmersión desde joven en la tradición italiana que estaba detrás de él, y cuyas intuiciones históricas parecen haberlo atraído tanto como poco lo hicieron sus reflexiones sobre la política. A la espera de estudios que profundicen ese vínculo intelectual, lo que la experiencia turinesa parece haber dejado en Halperin es el comienzo de su entrenamiento en la práctica nodal de la profesión, la crítica de los documentos, que iba ya en aquellos profesores a cuyos cursos asistió bien más allá de la que hubiera podido conocer en su lugar de origen, y sobre todo el espejo de un mundo político e intelectual mucho más refinado, complejo y ambiguo desde el cual mirar a la Argentina y a su historiografía desde fuera. Ello es bien perceptible en el texto que publica en 1952 en la *Rivista Storica Italiana*, en el que brinda un “Panorama della storiografia argentina” que va desde Mitre y López a la Nueva Escuela Histórica en el que, además de exhibir que ya en una fecha tan temprana conocía muy bien a los “clásicos” argentinos (otro elemento bastante diferencial), mostraba un impiadoso retrato del estado de la misma en esos años.¹⁴ Afirmaciones como que “*la nostra storiografia conserva oggi un non so che di rudimentale e primitivo*” (a diferencia según él de la filosofía y la filología), de la cual casi podía afirmarse que, si mirada en una trayectoria secular ella se había empobrecido más que enriquecido, ya que las apelaciones al “método” no podían ocultar que “*si nota nella nuova scuola una qualche deficienza di adeguata preparazione culturale senza la quale la*

¹³ Véase, por poner un ejemplo, el balance de Croce inmediatamente después de su muerte que realiza Federico Chabod, “Croce Storico”, en *Rivista Storica Italiana*, LXIV, 1952, pp. 473-530 (reproducido en Federico Chabod, *Lezioni di metodo storico*, Bari, Laterza, 1978, pp. 179-253).

¹⁴ Tullio Halperin Donghi, “Panorama della storiografia argentina”, en *Rivista Storica Italiana*, LXIV, IV, 1952, pp. 596-607. El texto debe haber sido solicitado por Falco o por Maturi (o por ambos) ya que los dos eran entonces miembros del Comité de Dirección de la revista.

severità dell'erudizione diventa completamente illusoria”.¹⁵ Empero, y más allá de las matizaciones iniciales, cerca de concluir sugería que el problema no era solamente de la Nueva Escuela: “*Ricordiamo inoltre che le sue debolezze non sono affatto proprie di questo gruppo di storici, esclusivamente. Esse sono un riflesso fin troppo chiaro di caratteristiche certo non brillanti di tutta un'epoca della nostra storia culturale e non culturale soltanto*”.¹⁶ En lo que claro está la referencia mayor se aplica a la época peronista pero como el artículo deja entrever no solo a ella. En cualquier caso, la experiencia turinesa, al menos en lo que tenía de aprendizaje historiográfico, anticipa o prepara la de París, a la que se orientaría un año y medio después de su retorno de Italia. Allí encontraría a Braudel.

Los comienzos de la relación intelectual entre Tulio Halperin Donghi y Fernand Braudel son bien conocidos. Derivan de la recensión que el primero hizo de *La mediterranée* en las páginas de *La Nación* en 1952 y que él mismo le enviaría al historiador francés. La respuesta de Braudel fue contundente: “*c'est de loin la meilleure analyse parue sur mon ouvrage. Vous avez été le seul, au delà du livre, a retrouver l'auteur, ses hesitations et comme son dialogue avec la propre pensée*”.¹⁷ Si se relee la recensión hecha por Halperin, y se trata de buscar en ella dónde está el punto de diferenciación con tantas otras recensiones contemporáneas (Romano, Saporì, Reglà, Berthe, Mattingly, Bailyn, etc.), parece encontrárselo en el problema de los tiempos históricos. Desde luego que Halperin ve el libro como una obra polémica contra la historia tradicional y contra el fetichismo del acontecimiento pero, a su vez, se detiene más largamente sobre el problema de los tiempos históricos, insistiendo en las dificultades operativas de Braudel para deslindar entre esos distintos tiempos que derivaban de que esa distinción era una “elección” del historiador sobre un tiempo histórico que fluía unitariamente.¹⁸ Parece hoy curioso que ese núcleo central de la reflexión braudeliana pasase por entonces casi inadvertido (el otro que lo había detectado era Claude Lefort, para quien la no uniformidad del devenir social y sus distintos ritmos era una de las más ricas intuiciones de Braudel).¹⁹ Lo cierto es que inmediatamente Halperin volvió a escribirle a Braudel, indicándole que aspiraba a viajar a Francia para “aprender a usar el material en bruto y sacarle el jugo”, y rápidamente se puso en movimiento para el viaje.²⁰ Serían, otra vez, los ahora más menguados recursos familiares los que le permitirían hacerlo y presentarse unos meses después en París.

¹⁵ Tulio Halperin Donghi, “Panorama della storiografia argentina”, *op. cit.* [“nuestra historiografía conserva hoy un no sé qué de rudimentario y primitivo (...) se nota en la nueva escuela una cierta deficiencia de una adecuada preparación cultural sin la cual la severa erudición deviene totalmente ilusoria”]. [Todas las traducciones de las fuentes, entre corchetes, han estado a cargo del autor.]

¹⁶ *Ibid.* [“Recordemos por lo demás que sus debilidades no son para nada exclusivas de este grupo de historiadores. Ellas son un reflejo demasiado claro de características ciertamente no brillantes de toda una época de nuestra historia cultural y no solamente cultural”].

¹⁷ Fernand Braudel a Tulio Halperin, Buenos Aires, 10/10/1952 [“Es de lejos el mejor análisis publicado sobre mi trabajo. Usted ha sido el único que ha encontrado, más allá del libro, al autor, sus hesitaciones y como su diálogo con su propio pensamiento”]. Muchos años después, en 1985, un mes antes de su muerte, Braudel seguía recordando a aquel joven: Théodore Zeldin: –“*Qui vous a compris?*” Respuesta: –“*Eh bien... il y a quelqu'un en Argentine*” [–“¿Quién os ha comprendido?”] –“*Pues bien... hay alguien en Argentina*”], *Une leçon d'histoire de Fernand Braudel*, París, Flammarion, 1985, p. 198.

¹⁸ Tulio Halperin Donghi, “Historia y geografía en un libro sobre el Mediterráneo”, Buenos Aires, *La Nación*, 29 junio 1952.

¹⁹ Claude Lefort, “Histoire et Sociologie dans l’Œuvre de Fernand Braudel”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. 13, 1952, pp. 122-131.

²⁰ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18/2/1952.

La VI Sección de la EPHE, entonces de reciente creación, era una muy prometedora cantera en construcción en la que Febvre y Braudel con limitados recursos, sea del Estado francés, sea de la Fundación Rockefeller (y con el apoyo decisivo de Charles Morazè), estaban dando forma a una institución en muchos sentidos inédita en el panorama académico francés. Sus estrategias de reclutamiento si en un principio habían abrevado bastante en la antigua IV Sección se abrirían progresiva e indiscriminadamente a la búsqueda de innovación y talento y lo harían no solo entre los historiadores sino entre otros científicos sociales, en una exhibición de que la interdisciplinariedad era mucho más que un rótulo.²¹ Entre los puntos originales de la misma se encontraban también el alto nivel de extranjeros incorporados, una forma de funcionamiento centrada en el seminario (que en Braudel era el legendario modelo del Seminario alemán, su punto de referencia) y unas relaciones mucho más abiertas y menos acartonadas que las que reinaban en las otras instituciones francesas.

Ese riquísimo panorama no desvió a Halperin de lo que ya antes de su viaje le había manifestado a Braudel: trabajar con él y seguir los seminarios de Marcel Bataillon en el Collège de France. Braudel para aprender el oficio y Bataillon por la importancia de sus estudios sobre el humanismo español para su entonces tema de tesis de doctorado sobre Pedro Martir de Angleria. Decidió permanecer entre los historiadores, pero incluso en ese terreno, que era por entonces todavía ampliamente dominante en la EHESS, no se abrió más de lo necesario y algunos notables estudiosos entre historia demográfica y económica, como Jean Meuvret o Maurice Lombard o en la sociología histórica del arte, como Pierre Francastel, parecen haber estado alejados de sus curiosidades. Una excepción fue la profundización del modelo labroussiano aunque más por imposición de Ruggiero Romano, el supervisor oficioso que le colocó Braudel, que por otra cosa. Si Braudel satisfaría plenamente sus expectativas, menos lo haría Bataillon, en quien, más allá de la jerarquía indiscutida de sus trabajos, creía percibir una forma de historia de las ideas epigonal de la más rica de Lucien Febvre, que fue la otra figura que lo impresionó, más por sus obras que por un contacto personal que parece haber sido apenas episódico, y del que claros rastros metodológicos hay en *Tradición política española* y en *José Hernández y sus mundos*.

El episodio francés puede entonces concentrarse en la relación con Braudel, que fue aquel que más cerca estuvo de ser su maestro. Que él mismo lo admitiera y lo hiciera tan explícitamente en el 2008, año de publicación de sus memorias, dice tanto de ese influjo como del lugar distante en que decidía ponerse a esa altura con relación a las nuevas generaciones de historiadores que por esta fecha ya habían ajustado las cuentas con Braudel, y ello concernía tanto a los que Ruggiero Romano llamaba irónicamente “*santi senza miracolo*” como a aquellos que, en cambio, habían producido obras reputadas excelsas y con relación a las cuales

²¹ Para la reconstrucción de ese momento inicial de la EPHE, cf. Giuliana Gemelli, *Fernand Braudel e l'Europa Universale*, Padua, Marsilio, 1990, pp. 246-260, y Pierre Daix, *Braudel*, París, Flammarion, 1995, pp. 245-272. El mismo Daix transcribe un testimonio algo más tardío de Pierre Bourdieu en el que este describe con eficacia el clima de la EPHE: “une institution qui ignorait les oppositions entre les facultés et les disciplines, mêlant économistes des facultés et historiens des facultés des lettres, et qui faisait littéralement des hiérarchies entre les rangs de la noblesse universitaire, offrant ainsi un asile tout à fait unique aux chercheurs qui, du fait de leur origine étrangère ou pour tout autre raison, n'avaient pas suivi le cursus canonique [una institución que ignoraba las oposiciones entre las facultades y las disciplinas, mezclando economistas de facultades e historiadores de facultades de letras, y que hacía tabla rasa de las jerarquías entre los rangos de la nobleza universitaria, ofreciendo así un asilo absolutamente único a los investigadores que, en razón de su origen extranjero o por cualquier otra razón, no habían seguido el cursus canónico]”, *ibid.*, p. 263. Véase también Jacques Revel y Nathan Wachtel, “Un École pour les sciences sociales”, en Jacques Revel y Nathan Wachtel (eds.), *Un École pour les sciences sociales*, París, Editions de l'EHESS, 1996, pp. 11-28.

Halperin nunca dejó de esconder su perplejidad. Ese vínculo conciérne, se lo señaló ya, ante todo a la operación documental, esa misteriosa tarea que parece ser mucho más el resultado de una acumulación intergeneracional de prácticas y habilidades que algo que pueda aprenderse en manuales. Y, en este sentido, Halperin no dejaba ocasionalmente de señalar que en Braudel percibía no solo un notable talento para hacerlo sino también la sedimentación de otras enseñanzas más antiguas. De ese modo, ello que era parte de una rica y antigua tradición, inexistente en la Argentina más allá de las formalidades algo primarias de su ejercicio por la Nueva Escuela Histórica, entroncaba en él junto con lo que había aprendido en este campo en Italia y brindaba otro de los mayores elementos diferenciales de su ejercicio del oficio del historiador en relación con sus compatriotas. Desde luego que el influjo iba más allá, desde la importancia del espacio geográfico hasta una forma contextual de lidiar con la historia política, desde el modo de aproximarse a la historia económica hasta las ambiciones de establecer conexiones inesperadas entre los distintos planos del pasado y a veces puramente analógicas entre fenómenos distantes en el tiempo y el espacio y, desde luego, a la problemática de la *longue durée*. Va de suyo, sin embargo, que con excepción de su obra más braudeliana, su tesis de doctorado, en las demás esos influjos siempre se mezclaron con otros, lo que no era más que otra de las formas de esa cultura de mezcla que fue siempre tan característicamente argentina.

La relación de Braudel con Halperin puede, asimismo, explorarse desde otro ángulo que exhibe, más allá de los juicios laudatorios anotados, hasta qué punto aquel gran descubridor de talentos había encontrado uno en Halperin. Pongamos un ejemplo: cuando pocos años antes Braudel había recibido en la EPHE a Beyhaut, se había opuesto a que este se dedicase a la historia europea, remitiéndolo al campo de los estudios americanos. Luego, había recibido a un Halperin que traía el proyecto de trabajar sobre quien había sido un cronista de indias, que le manifestaba que “mi deseo es dedicarme luego a historia rioplatense, un deseo del que se burla implacablemente José Luis Romero” y que, si bien expresaba curiosidad por hacer alguna práctica en temas del siglo XVI europeo, lo hacía para aprender el oficio.²² Braudel, en cambio, en este caso, lo orientaría hacia un tema español. Al hacerlo, lo colocaba en el linaje de una noble y prestigiosa tradición francesa: la del hispanismo. En alguien como Braudel, cuyas decisiones nunca eran inocentes, el haberle conseguido el subsidio para desplazarse a los archivos españoles y el haberle propuesto luego gestionarle ante Jean Sarraill un puesto estable de Lector de español eran bien significativos de lo que esperaba del joven historiador argentino. En ese punto, Halperin toma una de esas decisiones cruciales en la carrera de cualquier historiador. Rechaza la oferta de Braudel y decide volver a la Argentina. Su argumento: “*je ne crois qu'il serait loyal vis à vis des miens qui m'ont envoyé ici pour quelques mois, de prendre une position que a tout l'aspect d'être 'définitive'*”²³. Siempre se podrá conjeturar acerca de ello e incluso pensar en otra historia posible, en la que Halperin opta por quedarse en Francia, y pocas dudas puede haber acerca de que hubiese sido un destacadísimo historiador en ese terreno, que seguramente le hubiera dado una aun mayor visibilidad y prestigio en la historiografía occidental. En cuanto a las conjeturas, dos pueden hacerse. Una, vinculada con esa centralidad de la Argentina como experiencia y

²² Tilio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18/12/1952.

²³ Tilio Halperin a Fernand Braudel, París, 28/6/1953 [“No creo que sea leal con respecto a los míos que me enviaron aquí por algunos meses, tomar un puesto que tiene todo el aspecto de ser ‘definitivo’”]. En la misma carta, Halperin le pide ayuda para obtener una beca para los Estados Unidos. El episodio, curiosamente, no es recordado en sus memorias. A partir de esta carta, Halperin empieza a escribirle a Braudel en francés.

como problema, que fue siempre tan suya (y basta recordar cuánto volvía a ella en sus conversaciones aun en lugares y momentos inesperados), y al menos entonces historiográficamente lo era, y con la voluntad de no ser solo un *scholar* sino un intelectual, cosa desde luego improbable de alcanzar en Francia; otra, que había percibido muy bien los inconvenientes de estar enclavado en la trama de una persona que no solo era un historiador excepcional o un no menos brillante organizador cultural, sino un habilísimo gestor de las relaciones interpersonales académicas en clave paternalista. En cualquier caso, no quiso estar en la órbita del que llamó años más tarde y no sin cariño, en una carta a su amigo Juan Oddone, el “demoníaco viejito”.²⁴ Optaba así, Halperin, al tomar distancia de quien más cerca había estado de ser su maestro, por no tener ninguno. Volvió a la Argentina, le envió un artículo a Braudel resultado de su investigación, para ser publicado en *Annales* (y que este juzgó “*elle n'est pas bonne, elle est vraiment excellente*”),²⁵ decidió abandonar el Pedro Martir y cambiar de argumento, defendió su tesis de doctorado en Filosofía y Letras, “Los moriscos del reino de Valencia, 1520-1609”, bajo la dirección formal de Sánchez Albornoz (quien, según creía y decía, tal vez ni siquiera la había leído).²⁶

La correspondencia de Halperin con Braudel no cesó y un par de cartas sucesivas del primero parecen sugerir una cierta nostalgia de la experiencia francesa en comparación con la situación argentina, en torno a la que volvía a tomar las distancias que ya señalamos precedentemente.²⁷

3 Hemos visto hasta ahora a Halperin entrando en contacto con tradiciones historiográficas diversas, que no lo eran solo por sus temáticas, por sus enfoques tradicionales o innovadores o por su diálogo o ausencia de diálogo con otras ciencias sociales. La historia de la cultura de Romero, la historia institucional-erudita de Sánchez Albornoz, el *storicismo* neo o post crociano italiano, la bastante inclasificable historia braudeliana y la historia ciencia social de la *Annales* labroussiana. ¿Es posible intentar un balance que ayude a pensar cómo se colocaba por entonces Halperin en relación con la historia como ciencia del pasado, admitiendo que, como observó Carlos Altamirano, no solo nunca fue demasiado explícito en este terreno sino también que a

²⁴ “Viste que el demoníaco viejito cuando todos lo creían gagá y semimoribundo se descolgó con un super-mediterráneo en tres volúmenes interminables”, Tulio Halperin a Juan Oddone, 12/3/1980, en AO, AGU (Uruguay).

²⁵ Fernand Braudel a Tulio Halperin, París, 12/2/1954 [“no es sólo bueno, es verdaderamente excelente”]. El artículo será publicado en *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 11, nº 2, 1956, pp. 154-182, con el título “*Recouvrements de civilisations: les Morisques du Royaume de Valence au xvi^e siècle*”.

²⁶ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 1/11/1953. La tesis fue publicada en dos partes en los *Cuadernos de Historia de España*, nº XXIII-XXIV, 1955, pp. 5-115 y nº XXV-XXVI, 1957, pp. 83-250 (reunidas luego en forma de libro en España en 1980). Que Sánchez Albornoz decidiese publicar toda la tesis en su revista puede sugerir que su juicio sobre la misma era bien favorable.

²⁷ En relación con el ambiente en el ámbito del Instituto de Filosofía y Letras dirigido por Claudio Sánchez Albornoz: “*Raison de plus pour regretter les belles leçons que vous nous faisiez à l'École; en train de regretter, je regrette même le fameux document sur Naples, et les efforts héroïques de M. Le Louet pour lui donner une date* [Razón de más para añorar las bellas clases que usted nos daba en la Ecole; en tren de añorar, echo de menos incluso el famoso documento sobre Nápoles, y los esfuerzos heroicos de M. Le Louet por datarlo]”, Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 10/6/1954. Sobre el ámbito renovador, lamentaba que tal vez *Imago Mundi* desapareciese “*même si elle n'est pas très bonne c'est la seule qui nous reste* [aunque ella no es muy buena, es la única que nos queda]”, lo que parece excesivo, para concluir nuevamente “*combien on regrette ici les Annales et vos si belles leçons, dans cette atmosphère sirupeuse d'histoire de la culture* [cuánto se extraña aquí a *Annales* y a sus tan bellas clases, en esta atmósfera almibarada de historia de la cultura]”, Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 7/11/1954.

menudo dejó las cosas en una deliberada imprecisión o las puso a contraluz o por contraste, quizá porque, como escribió, la historia como los árboles se conoce mejor por sus frutos que por sus raíces?

Quizá sea posible partir, nuevamente, de su correspondencia con Braudel de 1952. En el diálogo entre ambos, a la propuesta braudeliana en la que el historiador contempla deslumbrado la riqueza del mundo y no quiere perder nada de ella (“*tout ressaisir*”, aunque “*c'est impossible*”) y que a través de sucesivas aproximaciones imperfectas trata de contener la mayor riqueza posible de la vida, debiendo lamentarse de tener inevitablemente que elegir (“*tout exposition est procédé et choix* [toda exposición es procedimiento y elección]”), mientras “*l'histoire n'est pas choix* [la historia no es elección]”, propuesta que a falta de algún término mejor podríamos llamar naturalista, Halperin contraponía argumentos en parte croceanos, en parte diltheynianos y, en cualquier caso, historicistas: siempre conocemos lo que queremos conocer, desde la selectividad que imponen las propias preguntas, el propio tiempo histórico e historiográfico, o en sus palabras su “horizonte”.²⁸ Toda historia es, en este sentido, a la vez “completa” y selectiva, la de Ranke o la de Bloch, y no hay ningún remordimiento por ello sino incluso un cierto “goce”. Esa idea, que coloca en el centro al historiador y sus preguntas, que serán satisfactoriamente contestadas cuando el mismo considere que ha dilucidado los enigmas que lo llevaron a plantearlas, fue una perspectiva a la que siempre se atuvo y así cuando años más tarde se le preguntaba acerca de tal o cual libro o documento que no había consultado, solía responder que no lo había hecho porque no lo consideraba necesario, ya que había ido hasta donde había considerado suficiente para resolver convincentemente el problema. También siempre se atuvo a la idea, no solo croceana desde luego, de que toda historia y por ende cualquier pregunta era inevitablemente contemporánea (o colocada en su “horizonte”) y dejó numerosos testimonios de ello y todavía, al menos por entonces, también compartía una cierta idea de sentido progresivo de la historia que no parece tan claro que fuese la de Braudel, siempre poco interesado en pensar el cambio o el devenir.

La experiencia francesa con Braudel no parece haber cambiado esa perspectiva sino más bien reforzado la importancia de la operación erudita y los modos concretos de lidiar con ella. Al hacerlo así, Halperin no se diferenciaba tanto de la experiencia de aquellos que en Italia, por otras vías (un Momigliano por ejemplo), que habiendo partido también de las premisas de Croce –que si bien incluía argumentativamente la relevancia de la operación filológica erudita, en la práctica la ejercía menos sistemáticamente–, habían resuelto ir más a fondo en la admisión de la importancia decisiva de la investigación empírica.²⁹

²⁸ “¿Qué significa ese ideal de historia completa? ¿No significa acaso que se pide una historia que se acomode exactamente a las inquietudes, a los intereses, a las obsesiones que hacen que el historiador se incline sobre la historia? Este horizonte de la historia completa se muestra así cambiante. No solo cambia la historia que de hecho se hace, cambia también lo que el historiador cree que debe ser la historia (o como usted gusta de decir, también Ranke, con su culto de la objetividad, y todo lo demás, tenía su filosofía de la historia). Solo que en esa filosofía de la historia el historiador vive, si así puede decirse, como un pez en el agua, es su horizonte y no un límite arbitrariamente impuesto, por eso la historia adecuada a ese horizonte la llama completa”, y agregaba que siempre en el pasado se “ha seleccionado, recortado un sector de los datos que tenía ante sí y esa elección no es defectuosa porque sea tal elección, sino porque se realiza según curiosidades y aspiraciones que no son ya las nuestras”, Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 18/12/1952. Las reflexiones de Braudel entrecomilladas en el texto, en Fernand Braudel a Tulio Halperin, 10/10/1952.

²⁹ Que el archivo era para Croce un lugar a visitar solo para consultas puntuales, cf. Carlo de Frede, “Croce e l'Archivio di Stato di Napoli”, en *Per la storia del mezzogiorno medievale e moderno. Studi in Memoria di Joel Mazzoleni*, Nápoles, Pubblicazioni degli Archivi di Stato, 1998, pp. 985-1027.

En cualquier caso, las distancias y los límites de las distancias que iba a tomar sea con la tradición croceana, sea con la *annaliste* iban a percibirse en dos textos que publicó en *Imago Mundi*, posteriores a su experiencia francesa. Las distancias, en relación con la experiencia italiana, se encuentran en una cálida y respetuosa reseña de unas crepusculares conferencias de Benedetto Croce, muy diferente por lo demás a la tan escueta que Braudel había escrito sobre el mismo libro.³⁰ Observa allí Halperin que el gran erudito italiano que tanto camino había hecho desde sus trabajos juveniles para abandonar todo resabio de romanticismo y para debilitar el lugar del idealismo neohegeliano en su pensamiento, que al final, según él, bien podía denominarse humanista, lo que implicaba un cierto dejarse llevar por los detalles atento a la riqueza y variedad de la vida, pese a todo había conservado hasta el final una sola lección de Hegel que Halperin encuentra en la *forma mentis* unitaria de Croce y que bien podríamos llamar su *esprit de système*. Y quizás, aunque conservase mucho de las enseñanzas croceanas a lo largo de su vida (una no menor es la idea de que la verdad está en el proceso mismo que se narra y no en su final), será precisamente contra ese espíritu de sistema, contra esas antinomias ritmadas por la búsqueda de unidad de lo diverso que daban un aire un poco artificial a los estudios de esa tradición que iba a construir su práctica de historiador. Con relación a la tradición francesa, en especial contra aquella historia serial cuantitativa a la Labrousse (que sin embargo no dejó de practicar ocasionalmente), y más en general contra el modelo historia ciencia social nunca desprovisto del todo de ilusiones nomológicas, tomaba distancias el artículo publicado también en *Imago Mundi*, “Crisis de la historiografía y crisis de la cultura”, de 1956. En cualquier caso, ese artículo de 1956 y el poco precedente en *Sur*, “La historiografía en la hora de la libertad”, dan, si mirados en conjunto, una adecuada imagen de cómo percibía Halperin la disciplina histórica.

Véanse dos citas. La primera del artículo en *Sur*: “ese culto del dato, del hecho desnudo, se identifica pues con lo que la Nueva Escuela, en tren de halagarse a sí misma, llamaba su objetividad erudita. ¿Será necesario decir de nuevo hasta qué punto esa imagen de la objetividad histórica era falsa? Recordar como el hecho desnudo no es algo que el historiador encuentra en su camino, que es algo que él debe construir” (y hasta aquí bien podía ser Lucien Febvre), pero Halperin iba más allá y agregaba “que su objetividad está dada también *in interiore homine*”.³¹ La expresión, que es de San Agustín, *in interiore homine habitat veritas*, alude elegantemente, creo, en Halperin, a la *elerbnis* diltheyniana, a la vivencia interior punto de partida de todo conocimiento. Un Dilthey que, por lo demás, era uno de los tantos que se había detenido en ella, en su caso para indicar un momento relevante del pasaje en la filosofía occidental del objetivismo griego al subjetivismo cristiano.

³⁰ Tulio Halperin Donghi, Reseña de Benedetto Croce, *Storiografia e idealità morale; conferenze agli alumni dell'Istituto per gli Studi Storici di Napoli e altri saggi*, Bari, Laterza, 1950, en *Imago Mundi*, I, n° 5, 1954, pp. 101-104.

El texto de Braudel, aunque respetuoso hacia Croce, mostraba una distancia insalvable que por lo demás era recíproca: “*On ne saurait pas résumer les thèses de ces divers essais. Elles impliquent tout un monde idéologique où l'on ne se sentira pas toujours à l'aise. Mais ce message, accepté ou non, s'avère d'une grande importance, il porte le témoignage sur une des pensées les plus curieuses de ce temps* [No sabríamos resumir las tesis de estos diferentes ensayos. Ellos implican todo un mundo ideológico en el que uno no se sentirá jamás cómodo. Empero este mensaje, aceptado o no, es de una gran importancia, lleva el testimonio de uno de los pensamientos más curiosos de esta época]”, Fernand Braudel, “Benedetto Croce et l’Histoire”, en *Annales...*, vol. 6, n° 1, 1951, pp. 90-91. Que Halperin pudiese reunir ambas tradiciones es una de sus hazañas.

³¹ Tulio Halperin Donghi, “La historiografía en la hora de la libertad”, republicado en *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1994, p. 21.

Esa alusión implícita al historicismo tardío alemán, que por comodidad llamaremos *historismus* y que constituía un núcleo juvenil importante de sus lecturas históricas preferidas en la Argentina (en especial las obras de Dilthey, de su discípulo Groethuysen y de Meinecke), aparecerá como un instrumento por entonces para discutir con la nueva historia ciencia social, por un lado, y con el *storicismo*, que algunos han llamado absoluto, italiano, por el otro. Y así, si se indaga el artículo de 1956 en *Imago Mundi*, pronto parece que las cosas están en esos mismos términos. Afirma allí Halperin que el nuevo historiador no cree ya en las “cosas como efectivamente sucedieron [...] y sabe que es preciso todavía referirlas a un sentido. Gracias a ello le es accesible una flexibilidad y una riqueza de contenidos de que carecía la vieja erudición”. Así logra “una operación enriquecedora del contenido espiritual de la historia” aunque “infinitamente problemática” y más aun porque “este fenomenismo niega aún validez a la aplicación de un criterio axiológico que permita ordenar el material histórico”.³² Lo que el texto sugiere es el problema del insondable abismo relativista que plantean los dilemas del historicismo tardío. Llegado a ese punto, Halperin no parece querer seguirlos hasta el final y como conclusión de su artículo se repliega sobre una perspectiva deliberadamente más modesta: “[...] puede construirse una obra histórica que nos parece aún válida sobre una teoría histórica que nos parece insostenible? El testimonio de toda la historia de la historiografía es que sí se puede: hay en la labor histórica algo de indiferenciado e inarticulado previo a cualquier teoría histórica en ella aplicada”; y más adelante “Esa ambigüedad e indiferenciación de toda obra historiográfica, ese no siempre coherente someterse a los datos de una realidad compleja e inconexa (es lo que hace) que la obra de historia no sea estrictamente reductible a la teoría en la que se apoya”.

Llegados a este punto podríamos quizá sugerir que en la tradición historicista-hermenéutica Halperin encontró un punto de independencia con relación a otras perspectivas historiográficas renovadoras y un conjunto de nociones de base vinculadas a la temporalidad ineludible de toda operación histórica que perduraría en él y que reafirmaría con claridad veinte, treinta y cuarenta años después. Por poner un solo ejemplo, nótese cuanto afirma en 1976 en referencia a las revoluciones historiográficas: “En todas ellas el surgimiento de un nuevo modo de hacer historia dependió más que de esas innovaciones metodológicas, del surgimiento de un modo de entender el pasado, no necesariamente nacido al estímulo de esa ampliación de datos y adquisición de nuevos procedimientos para reunirlos, sino al calor de otros aspectos más inmediatos de la experiencia vital del historiador”.³³

Sin embargo, a ello quiso agregarle una perspectiva que en el fondo no era incompatible con ella: la que reconocía en la erudición y su atención a los hechos un reaseguro contra cons-

³² Tulio Halperin Donghi, “Crisis de la historiografía y crisis de la cultura”, en *Imago Mundi*, III, nº 11-12, 1956, pp. 114-115.

³³ Tulio Halperin Donghi, “La cuantificación en historia: trayectoria y problemas”, en Francis Korn, *Ciencias Sociales: palabras y conjjeturas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977, pp. 209-210. Véanse otras observaciones semejantes en el prefacio al conjunto de ensayos titulado *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987: “puesto que no se pretende invocar aquí ningún estatuto privilegiado para el modo con que el historiador se aproxima a su objeto, aun menos se intentará fundar esa pretensión postulando una relación unilateral entre pasado y presente, en que las claves para entender a éste se suponen escondidas en aquél. Por lo menos en la experiencia de este historiador la relación entre ambos es mucho menos unilateral: el presente ilumina el pasado tanto como éste a aquél”. Y en el mismo año en el nuevo prefacio a la *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1988: “lo ocurrido en los últimos veinte años largos ilumina con una luz distinta las etapas inmediatamente anteriores en la historia latinoamericana. Este libro de 1967 está inevitablemente marcado por el *Zeitgeist*, el espíritu del tiempo, de su momento de origen”. También: “Presentación”, en Tulio Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, pp. 9-15.

trucciones demasiado vastas y ambiciones excesivas. En otros términos, la erudición y lo que él llamó naturalismo braudeliano venía, por su parte, a poner un freno ahora al relativismo historicista tanto como a la tentación de la filosofía de la historia. Y consideraciones casi idénticas pueden hallarse en textos posteriores. Sin embargo, si retomando lo que él mismo llamaba “la metáfora evangélico-botánica”,³⁴ el árbol se conoce por sus frutos, esas consideraciones generales, ellas mismas en deliberada tensión irresuelta, no le iban a impedir practicar distintas estrategias historiográficas que mostrarían que esas nociones no eran obstáculos sino balizas entre las cuales era posible moverse con cierta amplitud y eclecticismo.

4 La caída del peronismo en 1955 colocó a Halperin en un contexto completamente nuevo. El mismo contenía tantas posibilidades como insidias. El artículo en *Sur* antes aludido es en este punto muy interesante para percibir todas las expectativas que tenía Halperin ante la nueva situación. La idea que emerge del mismo es que el peronismo había sido un paréntesis (noción que como es sabido fue también la de Croce tras la caída del fascismo y la de Meinecke tras el derrumbe del nazismo) y ello parecía implicar al menos dos cosas: que la Argentina estaba lista para retomar la senda ascendente a la que había llegado en la entreguerras (y a ello lo orientaba esa idea de progreso, que vimos estaba implícita por entonces en su concepción del proceso histórico) y que el peronismo no era un fenómeno político sólidamente arraigado en la historia argentina. Convicción esta última que es bien visible también en su artículo de 1956 en *Contorno* y aun más allá (*Sur* y *Contorno*, un binomio que marca ya la centralidad que ocupaba Halperin al comenzar la década). Con ese optimismo Halperin iba a enfrentar una década plena de iniciativas que asombran por su intensidad y variedad. Ellas no iban ya a desplegarse tan solo en esa carrera como historiador que tan cuidadosamente había construido durante los años de la “siesta” cultural del decenio peronista sino en otros ámbitos que le iban a requerir ingentes esfuerzos y resultados a la larga decepcionantes.

Una fue su compromiso con la transformación de la Universidad, vista también como un instrumento para transformar la historiografía, como el mismo artículo de *Sur* anuncia (y antes más elípticamente aquel de 1952). No nos detendremos *in extenso* en él; solo se anotará, por un lado, que el mismo se desarrolló en dos frentes principales: Rosario y Buenos Aires, y, por el otro, que fue parte del de un grupo, de una facción si se quiere, en la que forjó algunas de sus amistades más perdurables pero que lo obligaron a compromisos institucionales cada vez más importantes y a los que parecía acceder por solidaridad con ellas. Nuevamente su correspondencia con Braudel ayuda a revelar su perspectiva sobre esa situación tanto como los precios que tenía que pagar. En 1957 le escribe para solicitarle un nuevo subsidio para viajar a Francia y le observa que vive “*un temps rempli des choses, dont quelques-unes pas mauvaises*” para luego agregar: “*le pays a quelque chose d’envoutant: on finit toujours par être trop mêlé à des affaires qui au fond n’intéressent que très peu*”.³⁵ Siempre esa Argentina de cuyo destino no quería desentenderse. Como en anteriores oportunidades, Braudel se empeña en conseguir el

³⁴ Túlio Halperin Donghi, “Crisis de la historiografía y...”, *op. cit.*, p. 114.

³⁵ Túlio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 14/3/1957 [“...un tiempo pleno de cosas, algunas de las cuales, no malas (...) El país tiene algo cautivante: uno termina siempre por involucrarse en asuntos que en el fondo interesan muy poco”].

subsidio para ese argentino de “*très rare qualité intellectuelle*”.³⁶ En una nueva carta, Halperin informa que deberá reducir su estadía a dos meses porque lo han elegido decano en Rosario y comenta: “*j’ai accepté ce poste absurde parce que les alternatives étaient très mauvaises (des anciens péronistes assez peu représentatifs)*”. Y culmina con una nota de cansancio, irritación y escepticismo: “*A l’Université, la normalisation fait quelque fois regretter le régime d’intervention. Je n’ai jamais vue des intrigues aussi sordides que pendant les dernières élections universitaires. Cette institution devrait être gouvernée par la police. C’est très exactement ce qu’elle mérite*”.³⁷ La historia, cuyo final parece preanunciado, se concreta en una carta sucesiva. Halperin ya decano debe cancelar el viaje: “*je suis furieux car toute cette politique universitaire ne m’intéresse que très peu [...] en ce moment-ci je regrette que mon rival qui est vraiment abominable, n’ait pas vaincu*”.³⁸ Y aunque desde luego todas esas expresiones justificativas y realizadas en un contexto particular no deberían sobredimensionarse, si se las ha incluido aquí es para sugerir hasta qué punto existía un tensión entre dos roles y cuánto el institucional interfería sobre el historiográfico. Lo cierto es que siguió muy activo en la vida universitaria hasta el final de este ciclo aunque tempranamente comenzó a sospechar que todo pendía de un delgado hilo del cual de todos modos no debían esperarse consecuencias terribles más allá de las posiciones universitarias. Todavía persistía aquella idea juvenil de la Argentina.³⁹

Otra dimensión de esos años es la participación de Halperin en el riquísimo debate cultural en el que nunca se privó de intervenir con la palabra oral (sus intervenciones en ese terreno devendrían legendarias) y con la escrita. Esta lo llevó a frecuentar otro género, el ensayo, en el que su inteligencia y su maestría rayaban a gran altura pero que no requerían un sostenido esfuerzo erudito. A ese registro pertenecen, por ejemplo, los trabajos reunidos en *Argentina en el callejón*, una mirada tan lúcida como desencantada, en la que, muchos años después, tantos seguían viendo el análisis más penetrante de aquella Argentina. Y, sin embargo, era la mirada de un observador inteligentísimo, no de un estudioso. Con todo, dos observaciones son aquí necesarias. La primera es que aquella concepción de la historia que hizo suya lo habilitaba en línea de principio tanto para el ensayo como para la erudición histórica. Era finalmente el sujeto el que decidía hasta donde quería ir para dilucidar un problema. La segunda es que en este plano el péndulo volvía a moverse en él, idealmente, del modelo de intervención académica de Braudel al modelo de influencia cultural de Croce.

Pese a clases, conferencias, cursos, gestión, debates y tantas otras cosas, no quiso renunciar a su labor de historiador. La misma no siguió, sin embargo, un rumbo fijo ni en el género ni en la temática. Más que diseñar un plan de investigación articulado, Halperin parecía tanto

³⁶ Fernand Braudel a Didier Ozanam, París, 5/9/1957.

³⁷ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 25/10/1957 [“Yo acepté ese puesto absurdo porque las alternativas eran muy malas (antiguos peronistas muy poco representativos) (...) En la Universidad, la normalización algunas veces hace extrañar al régimen de la intervención. No he visto jamás intrigas más sordidas que durante las últimas elecciones universitarias. Esta institución debería ser gobernada por la policía. Es exactamente lo que merece”].

³⁸ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 23/12/1957 [“Estoy furioso porque toda esta política universitaria me interesa muy poco (...) en este momento lamento que mi rival, que es verdaderamente abominable, no haya vencido”].

³⁹ En 1960 observará: “*Tant que ce gouvernement durera, rien me menace de concret, mais si par hasard nous avons une changement politique, même petit, la vengeance sera terrible (mais limitée, comme toujours en Argentine, à la révocation)* [Mientras este gobierno dure, nada concreto me amenaza, pero si por azar tenemos un cambio político, incluso pequeño, la venganza será terrible (aunque limitada, como siempre en la Argentina, a la destitución)]”. Tulio Halperin a Fernand Braudel, 28/3/1960.

dominado por una curiosidad inagotable como por un dejarse llevar por las dispersas oportunidades que emergían aquí y allá, como si no quisiese renunciar a ninguna. Con todo, un eje parece organizarse en torno a una historia argentina entre 1800 y 1880 que debía escribir para el Fondo de Cultura Económica y que nunca llegaría a publicar. En cualquier caso, Halperin era plenamente consciente de la situación y sus peligros. Así, le escribía a Braudel en referencia a aquella historia argentina prometida: “*j’ai peur d’avoir fait une sottise en acceptant ce travail qui m’exige beaucoup d’investigations partielles*”; y agregaba: “*En autre j’ai malheureusement tendance à me perdre dans chaque thème, aussi je viens d’écrire, en marge à cette histoire, un bouquin d’Ideengeschichte*”.⁴⁰ El “bouquin” era *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* y si se trataba de *Ideengeschichte* ella era ya diferente de aquella que podía representar el *Echeverría*. La dominante mirada inmanente sobre los textos del trabajo de 1951 era ahora sustituida por otra mucho más atenta a los contextos.⁴¹ De ese modo, si la primera parte del libro se mantiene cercana al módulo más clásico de historia de las ideas, pronto empieza a descubrirse toda la atención que despliega Halperin para mostrar cómo los diferentes contextos ideológicos o políticos alteran el significado y la función de ciertas concepciones, así como sus finísimas reconstrucciones de los itinerarios de términos y sus mudables significaciones argumentan contra el peligro de trasladarlos de una época y un sistema de ideas a otros. Por otra parte, el libro intenta vincular esos movimientos de ideas con los contextos culturales y políticos e incluso con las fluctuaciones económicas. Hay en ello diez años de lecturas, prácticas, experiencias y contextos.

Tradición política..., que con todo podía inscribirse en un largo campo de intereses historiográficos de Halperin, no era el único itinerario alternativo. He ahí su embarcarse en la historia económica serial en el paciente trabajo que gracias a financiación francesa llevó a cabo con Roberto Cortés Conde y Haydée Gorostegui sobre la *Evolución del comercio exterior argentino*, cuya primera parte dedicada a las exportaciones entre 1864 y 1930 publicarían hacia 1965.⁴² Y todavía habría muchas más, desde una historia de la Universidad de Buenos Aires al bellísimo estudio de historia geoeconómica, “*El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX*”, de 1961, que, en cambio, confluiría como introducción del deslumbrante *Revolución y guerra* publicado once años después (como lo haría también, parcialmente, el seminal artículo sobre “*La expansión ganadera en la Provincia de Buenos Aires*”, de 1963).⁴³ Ejemplos todos de inteligencia y erudición histórica que podían compartir el escenario con agudas reflexiones generales, como las de otro admirable y admirado artículo sobre “*Historia y larga duración: examen de un problema*” (1962), que en este caso Ruggiero Romano consideraba la mejor reflexión producida acerca de la *longue durée* braudeliana, que inaugura un subgénero o una fórmula

⁴⁰ Tulio Halperin a Fernand Braudel, Buenos Aires, 29/3/1960 [“Tengo temor de haber cometido una estupidez aceptando este trabajo que me exige muchas investigaciones parciales (...) Por otra parte tengo, desgraciadamente, una tendencia a perderme en cada tema, así acabo de escribir, al margen de esta historia, un *bouquin* de *Ideengeschichte*”].

⁴¹ Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, CEAL, 1985 (primera edición, 1961).

⁴² Roberto Cortés Conde, Tulio Halperin Donghi y Haydée Gorostegui de Torres, *Evolución del comercio exterior argentino*, vol. 1: *Exportaciones*, Parte Primera, 1864-1930, Buenos Aires, s/d [1965].

⁴³ Tulio Halperin Donghi, *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962; Tulio Halperin Donghi, *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Cátedra de Historia Social, Serie Ensayos de Historia Social, 3 [1961]; Tulio Halperin Donghi, “*La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)*”, en *Desarrollo económico*, vol. 3, nº 1-2 (9/10), abril-septiembre de 1963, pp. 57-110.

que Halperin reiteraría varias veces: grandes y estilizados cuadros de conjunto sobre la historiografía occidental en los últimos dos siglos.⁴⁴

Empero, esas dilataciones y diversificaciones serían también espaciales, con la emergencia de un interés hacia Latinoamérica que ya está clara en el brillante cuadro historiográfico que propone “*Storia e storiografia dell’America Coloniale Spagnola*”, que publicó la *Rivista Storica Italiana* en 1964, como apertura a un conjunto de artículos sobre la historia del subcontinente. Quizá como consecuencia de él o contemporáneamente a él, surge el ofrecimiento de la Editorial Einaudi de publicar una historia de América Latina. Así, paralelamente a sus investigaciones sobre historia argentina, Halperin se embarca en otro programa ambicioso, en este caso destinado a culminar cuando en mayo de 1966 consigna el manuscrito a la casa Einaudi. El episodio es interesante por varias razones. La primera es que el texto exhibe con mucha claridad el módulo historiográfico que Halperin ha ido madurando en esos años sesenta: una combinación de historia económica (externa e interna) e historia política, ahora cultivada en él en forma bastante “namierista”. Combinación que parecía en esos años, en Europa y Latinoamérica, el eje central de una propuesta que se llamaba, sin embargo, historia social. La segunda es que el manuscrito, que puede considerarse todavía hoy la obra de conjunto más penetrante sobre la historia de América Latina, es recibido con cierta perplejidad por el Comité Editorial (que integraban entre otros Franco Venturi, Norberto Bobbio, Cesare Cases e Italo Calvino, por citar a nombres bien conocidos en la Argentina) y esa perplejidad derivaba de que había sido pensado por la editorial Einaudi para la prestigiosa colección “*Biblioteca di Cultura Storica*” (la “*Storica*”) diseñada por Leone Ginzburg en los años treinta.

En el Verbale del 26 de mayo del Comité Editorial, Venturi habla en primer lugar (y comienza con una amable ironía tan suya): “*È tanto bello che sarebbe persino un peccato tradurlo. Scherzo! È un libro più di commento che di narrazione; culturato ma originale per passione politica. Un libro a metà strada fra il saggio e l’opera storica*”; y sobre la colección en la que publicarlo: “*nei saggi direi. È un commento della storia latinoamericana ma è comprensibile anche a chi non conosce i fatti. Fino all’ultimo capitolo non invecchia, ma l’ultimo è politico e quindi soggetto a rapida obsolescenza*”.⁴⁵ Seguía una discusión acerca de cuál colección era la más indicada para colocarlo, sin decisión.⁴⁶ Giulio Einaudi decide escribirle a

⁴⁴ Tilio Halperin Donghi, “Historia y larga duración: examen de un problema”, en *Cuestiones de Filosofía*, 1, nº 2-3, 1962, pp. 74-96. Romano, que promovió la traducción del artículo en la revista de Giovanni Busino (*Cahiers Vilfredo Pareto*, luego *Revue Européenne des sciences sociales*) consideraba también a *Argentina en el callejón*, “*un piccolo classico... un vero capolavoro*”, cf. *Scheda di Lettura*, en Archivio di Stato di Torino (AST), Archivio Imprese e Società (AIS), Giulio Einaudi Editore, Corrispondenza con autori e collaboratori italiani, c. 215.

⁴⁵ AST, AIS, Giulio Einaudi Editore, Verbali Editoriali, cartella 5 [“Es tan bello que incluso sería un pecado traducirlo. ¡Bromeo! Es un libro más de comentario que de narración; culto pero original por su pasión política. Un libro a mitad de camino entre el ensayo y la obra de historia. (...) en los ensayos diría. Es un comentario de la historia latinoamericana pero comprensible también para los que no conocen los hechos. Hasta el último capítulo no envejece, sin embargo el último es político y por ende sujeto a una rápida obsolescencia”].

⁴⁶ (“Giulio) Einaudi: –*Storica o Saggi o PBE? Ho dubbi...*; (Corrado) Vivanti: –*A parte l’ultimo capitolo, basterebbe ampliare la bibliografia?*; (Giulio) Bollati: –*Può dire nella prefazione quello che dice in fondo. Potrebbe rivederlo per la Storica*; Einaudi: –*No, arrivi fino ‘a domani’, perché fermarci alla seconda guerra mondiale?*; Venturi: –*Mettetevi in contatto col traduttore. Il libro in sè, non va mutato. Si tratterà di note, conclusioni e prefazione* [(Giulio) Einaudi: –*Storica o Saggi o PBE? Tengo dudas...* (Corrado) Vivanti: –*Más allá del último capítulo, ¿bastaría con ampliar la bibliografía?* (Giulio) Bollati: –*Puede decir en el prefacio lo que dice al final. Lo podría revisar para la Storica*; Einaudi: –*No, que llegue ‘hasta mañana’, ¿por qué detenerse en la segunda guerra mundial?*; Venturi: –*Pónganse en contacto con el traductor. El libro en sí mismo no hay que cambiarlo. Se tratará de notas, conclusiones y*

Ruggiero Romano, consultor externo del Comité. La respuesta de este, cuyas relaciones con Venturi eran oscilantes, es nuevamente significativa: “*questione Halperin. Molto francamente credo che abbia ragione Venturi. Io non conosco il libro ma immagino como H. l'ha scritto e non credo che gli renderemmo un gran servicio a piazzarlo nella 'Storica'. Penso invece che ne verrebbe fuori un bel P.B.E. Non ch'io sia per la storia togata. Ma, poiche la 'Storica' è to-gata il libro di H. stonerebbe*”.⁴⁷

El episodio puede ayudar, creo, a pensar tanto ese decenio halperiniano como el funcionamiento del campo académico argentino (y sus climas culturales y políticos), si mirados desde otro contexto en el que imperaban otras reglas. Y no se quiere aquí, tampoco, laudar entre ensayo y libro de historia, ni compartir el celo erudito venturiano, sino simplemente indicar cuánto las fronteras entre esos géneros son no solo borrosas sino variables según los contextos. OcioSIDADES, se dirá. Finalmente, casi simultáneamente (29 de julio), los militares intervendrían la Universidad, Halperin renunciaría inmediatamente y comenzaría su prolongada expatriación.

5 El destino que Halperin deliberadamente había eludido en 1953 (y nuevamente en 1955, ante el ofrecimiento de Raimundo Lida de enseñar un período en Harvard) tocaba a la puerta en 1966. La contingencia lo llevaba en 1967, tras los infaltables cursos en Montevideo, a Harvard. Nuevos contextos, nuevas reglas y un rebalanceo de las relaciones entre sus distintas vías de intervención en la vida académica y cultural. También nuevas sociabilidades aunque, durante el período de Harvard, pudiese conservar una parte de su firme núcleo de amistades forjadas en el mundo académico reformista: al menos Cortés Conde estaba en Yale y Nicolás Sánchez Albornoz había recalado en la NYU y una pequeña sociabilidad argentina se reconstruía en la costa Este norteamericana. En la Universidad de Harvard (donde estaba por otra parte Gino Germani, otro nostálgico de la Argentina) las cosas no fueron fluidas. Aunque no conozcamos cuáles eran sus relaciones con Stuart Hughes (a la sazón el director del Departamento de Historia) o con Barrington Moore, Alexander Gerschenkron, Michael Postan o David Landes, algunos de las figuras relevantes del área, imaginamos que no fueron intensas (al menos Harvard tardaba en confirmarlo). En cualquier caso, implicaban un gran cambio con respecto a la turbulenta Buenos Aires.

El azar hizo que encontrase allí en 1967 a Franco Venturi, que estaba como *Visiting*. Un Venturi que, si había manifestado dudas sobre aquel manuscrito, no las tenía sobre el talento

prefacio”, *ibid*. El libro será publicado en la PBE [Piccola Biblioteca Einaudi]. En el prefacio a la segunda edición Halperin parece haber tomado nota de las observaciones de Venturi sobre el último capítulo; por otra parte, decide reemplazarlo por uno nuevo que será el penúltimo en la nueva versión. Cf. Tullio Halperin Donghi, *Historia contemporánea...*, *op. cit.*, pp. 7 y ss.

⁴⁷ Ruggiero Romano a Giulio Einaudi, Parigi, 5/6/1966, en AST, AIS, “Corrispondenza autori italiani”, 178.1 [“Cuestión Halperin. Muy francamente creo que tiene razón Venturi. Yo no conozco el libro pero me imagino como H. lo escribió y no creo que le haríamos un gran servicio al ponerlo en la 'Storica'. Pienso en cambio que saldría un bello P.B.E. [Piccola Biblioteca Einaudi]. No es que yo esté a favor de la historia con toga pero dado que la 'Storica' es con toga el libro de H. desentonaría”]. Romano concluía: “Se poi lo si vuole mettere assolutamente nella 'Storica', bene: ma è indispensabile un'introduzione (breve una decina di pagine) di cui mi incaricherei volentieri. Presenterei l'H. e soprattutto insisterei sulla storia come presente [Si al final se lo quiere poner sí o sí en la 'Storica', está bien: pero es indispensable una introducción (corta, una decena de páginas) de la cual me encargaría de buena gana. Presentaría a H. y sobre todo insistiría en la historia como presente]”.

de Halperin. Como escribió a su amigo Leo Valiani, entre los mejores de por allí estaba Halperin “molto simpatico e intelligente”.⁴⁸ Venturi, el antiguo exiliado, intentó ayudar al reciente expatriado y comenzó a presionar a Einaudi y colaboradores para que publicaran prontamente el libro que estaba en una “impasse”.⁴⁹ Entre las razones: que le habían pedido (se supone que en Harvard) la publicación de un nuevo libro o la indicación explícita de que se lo habían solicitado. Entraba así Halperin en un mundo dominado por un tipo de lógicas que, si no se las quiere denominar absurdas (y a las cuales estamos comenzando a habituarnos), se las puede denominar diferentes. De todos modos, no esperó la resolución de su situación y, en el contexto favorable de la expansión de las cátedras latinoamericanas en Inglaterra como resultado del nuevo interés por el subcontinente que había generado la Revolución Cubana, decidió aceptar el ofrecimiento de dirigir el Latin American Centre de Oxford. Allí, donde estaba ya Ezequiel Gallo, una de sus primeras iniciativas fue invitar a Juan Oddone, como otra prueba de que las relaciones rioplatenses seguían en el centro de sus preferencias. Con todo, tampoco en Oxford iba a encontrarse a su gusto y razones tanto familiares como culturales pueden haberlo alentado a abandonar el puesto rápidamente. Según Malcom Deas, que era uno de los miembros del Centro, Halperin era “*a keen and often amused observer of the vagaries of the University and of many of its inhabitants*”.⁵⁰

El año 1971 abriría varias opciones a Halperin: volver a la Argentina a la Facultad de Filosofía y Letras, donde se le ofreció concursar la cátedra de Historia Social, o incorporarse al Instituto Di Tella o bien dirigirse a la Universidad de Berkeley. Por mucho que lo atrajese la Argentina, y lo atraía (en casa de Romero daban por casi seguro su retorno a la UBA), era ciertamente difícil dar un salto en un contexto tan incierto como aquel.⁵¹ Halperin, que no compartía, ya desde antes, las ilusiones desprevenidas de tantos por entonces, parece haber leído con admirable perspicacia las acechanzas de la situación. Optó así, aunque la decisión pudo no ser solo suya, por lo que alguna vez llamaría el “soñoliento idilio” de la Universidad de Berkeley.⁵² Una elección que perduraría por más de cuarenta años.

No es posible aquí seguir esos años, manos más expertas podrán hacerlo. Baste consignar algunas observaciones demasiado obvias y generales. La primera es la centralidad que volvía a adquirir la profesión de historiador, y no porque el ensayo o la intervención cultural desaparecieran de sus inquietudes, sino porque el contexto institucional y espacial así lo imponía (y además imponía una mirada externa, no interna, sobre la Argentina). Será en Berkeley donde finalmente confluirían en 1972 todos aquellos esfuerzos fragmentarios de los años sesenta, en esa obra maestra que es *Revolución y guerra*, obra que lleva en sí todas las marcas de los distintos períodos a lo largo de los que fue escrita, como las diferencias en la cantidad y variedad

⁴⁸ Franco Venturi a Leo Valiani, Cambridge (MA), 23/11/1967, en Leo Valiani y Franco Venturi, *Lettere, 1943-1979*, Florencia, La Nuova Italia, 1999, p. 350.

⁴⁹ Franco Venturi a Giulio Einaudi, Cambridge (MA), 11/67. En AST, AIS, Giulio Einaudi, “Corrispondenza...”, c. 215.

⁵⁰ Véase <<http://www.area-studies.ox.ac.uk/remembering-tulio-halper%C3%ADn-donghi-1926-2014>> [“un entusiasta y a menudo divertido observador de las extravagancias de la Universidad y de muchos de sus moradores”].

⁵¹ La propuesta procedió del entonces decano interventor, Angel Castellán, como parte de un intento de reincorporar al grupo renunciante en 1966. Un testimonio de la propuesta y de lo cerca que estuvo Halperin de aceptarla: “en casa de Romero me enteré de la estupenda noticia de la presentación a Social y de que tu vuelta es un hecho. ¿Ya estás nombrado?”. Juan Oddone a Tulio Halperin, Montevideo, 14/6/1971, AO, AGU (Uruguay).

⁵² “Por aquí reacostumbrándome al soñoliento idilio de Berkeley”, Tulio Haperin a Juan Oddone, Berkeley, 9/9/1978, AO, AGU (Uruguay).

de la documentación de soporte de las distintas secciones, y que en el pesimismo que permea sus conclusiones parece mostrar el signo de los nuevos tiempos de la atribulada Argentina.⁵³ Será también allí donde produciría la obra suya que puede considerarse más clásica en términos del canon erudito: *José Hernández y sus mundos*. Obra que, en aquella Xerox humeante en la Freie Universität de Berlín, muestra también hasta qué punto las condiciones para el ejercicio del oficio del historiador habían cambiado con su estancia en los Estados Unidos, donde las posibilidades que brindaba un marco institucional estable y admirables bibliotecas encontraban su contraparte en la lejanía de los archivos y en las carencias de las hemerotecas (de las que ilustra abundantemente la correspondencia con Oddone).⁵⁴

Con todo, los años de Berkeley, que lo llevaron a un irresistible avance hasta la cima de los estudios académicos de historia latinoamericana en las dos Américas, no lo domeñaron más que lo mínimo necesario y no modificaron sustancialmente aquella burckhardtiana voluntad de conocerlo todo y aquella tendencia a dispersarse en los temas más variados; y si en 1985 aparecía el “Hernández”, dos años después se publicaba *El espejo de la historia*, miscelánea de trabajos de los diez años precedentes que incluían ponencias en simposios tan diversos –desde “Literatura y mercado” (en Washington) hasta otro sobre la novela de dictadores (en Maryland).⁵⁵ Presencia que era para él un modo también de encontrar allí a sus amigos exiliados dispersos en los rincones americanos, pero que atestigua, a su vez, la pervivencia de aquellas miradas largas de conjunto surcadas por mojones que aquí y allá sirven para organizar itinerarios intelectuales. Y por otra parte, también persistían aquellos ensayos sobre la Argentina contemporánea, en especial sobre el enigma peronista, al que volvía una y otra vez con versiones más complejas, que trataban ahora de radicarlo en tendencias también de cada vez más largo plazo del pasado argentino (y todavía, sus anuales visitas a la Argentina con ese generoso prodigarse en cursos, conferencias, charlas, notas y entrevistas).

En esas décadas en que la historiografía cambiaba no quiso sumarse a las modas que surcaban la academia más que con pequeños guiños que indicaban que las conocía y más bien guardó hacia ellas una fina ironía. Quizá porque lo que él dijo una vez de Marc Bloch (“el papel del historiador de vanguardia ofendía sin duda, a la vez que su sobrio buen gusto, su no menos sobrio buen sentido”), bien podía aplicársele.⁵⁶ A lo sumo lo que podría señalarse es su acoplarse a la pérdida de centralidad de la historia económica y una creciente importancia en sus trabajos de ideas e intelectuales, lo que, desde luego, no era ninguna novedad en él, sino un retorno quizás con nuevas estrategias a su registro inicial. Así, el gran renovador de la historiografía argentina, y quien más hizo para evitar que en los últimos cincuenta años esta se despeñase en la barbarie o en el estolido cronicón, no lo fue desde una apelación a las incesantes novedades historiográficas que surcaron el último medio siglo sino desde un talento excepcional.

⁵³ Me permito remitir aquí a Fernando Devoto, “En torno de *Revolución y guerra de Túlio Halperin*”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 15, 2011, pp. 169-175.

⁵⁴ Túlio Halperin Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985 (la referencia es a los papeles que había reunido Alejandro Losada). Entre las carencias, véase, a modo de ejemplo, la larga búsqueda de una colección completa de *Marcha* para un ensayo sobre Carlos Real de Azúa. Numerosas referencias en la correspondencia entre Halperin y Oddone, por ejemplo, Juan Oddone a Túlio Halperin, México, 25/9/1978 y Túlio Halperin a Juan Oddone, Berkeley, 25/10/1978.

⁵⁵ Túlio Halperin Donghi, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

⁵⁶ Túlio Halperin Donghi, “La cuantificación en historia...”, *op. cit.*, p. 187.

nal, con un conjunto de instrumentos que eran ya algo antiguos cuando comenzó a aplicarlos y con una obra que estaba bien alejada de las formas ortodoxas de ejercicio académico de la profesión y bien cerca del humanismo de los clásicos. Y lo logró también gracias a aquella pasión por la Argentina que fue siempre tan suya, en sus afectos, en sus desvelos y en sus problemas.

Como escribió en 1981 a su amigo Oddone: “Respondo demasiado tarde a tu carta, desde tu vieja dirección (recibirla desde allí no sé por qué me emocionó bastante; supongo que a todos nos gustaría estar de vuelta en casa”).⁵⁷ □

Fuentes primarias

Archivo General de la Universidad de la República (Montevideo).

Archivio di Stato di Torino (Italia).

Archives Fernand Braudel, Maison des Sciences de l’Homme, París (hoy Fonds Fernand Braudel, Institut de France, París).

Bibliografía

- Braudel, Fernand, “Benedetto Croce et l’Histoire”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 6, nº 1, 1951.
- Cantimori, Delio, “Epiloghi congressuali”, publicado originalmente en *Società* (1955) y reproducido en Delio Cantimori, *Studi di storia*, Turín, Einaudi, 1976, vol. III.
- Cortés Conde, Roberto, Tulio Halperin Donghi y Haydée Gorostegui de Torres, *Evolución del comercio exterior argentino*, vol. I: *Exportaciones*, Parte Primera, 1864-1930, Buenos Aires, s/d. [1965].
- Chabod, Federico, “Croce Storico”, en *Rivista Storica Italiana*, LXIV, 1952 (reproducido en Federico Chabod, *Lezioni di metodo storico*, Bari, Laterza, 1978).
- Daix, Pierre, *Braudel*, París, Flammarion, 1995.
- De Frede, Carlo, “Croce e l’Archivio di Stato di Napoli”, en *Per la storia del mezzogiorno medievale e moderno. Studi in Memoria di Joel Mazzoleni*, Nápoles, Pubblicazioni degli Archivi di Stato, 1998.
- Devoto, Fernando, “En torno de *Revolución y guerra* de Tulio Halperin”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 15, 2011.
- Gemelli, Giuliana, *Fernand Braudel e l’Europa Universale*, Padua, Marsilio, 1990.
- Halperin Donghi, Tulio, *El pensamiento de Echeverría*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.
- , “Panorama della storiografia argentina”, en *Rivista Storica Italiana*, LXIV, IV, 1952.
- , “Historia y geografía en un libro sobre el Mediterráneo”, Buenos Aires, *La Nación*, 29/6/1952.
- , Reseña de B. Croce, *Storiografia e idealità morale; conferenze agli alumni dell’Istituto per gli Studi Storici di Napoli e altri saggi*, Bari, Laterza, 1950 [*Imago Mundi*, I, nº 5, 1954].
- , “Un conflicto nacional: moriscos y cristianos viejos en Valencia”, *Cuadernos de Historia de España*, nº XXIII-XXIV, 1955, pp. 5-115 y nº XXV-XXVI, 1957, pp. 83-250.
- , “Recouvrements de civilisations: les Morisques du Royaume de Valence au xvie siècle”, en *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations*, vol. 11, nº 2, 1956.

⁵⁷ Tulio Halperin a Juan Oddone, 12/6/1981, en AO, AGU (Uruguay).

- , “Crisis de la historiografía y crisis de la cultura”, en *Imago Mundi*, III, nº 11-12, 1956.
- , *El Río de la Plata al comenzar el siglo xix*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Cátedra de Historia Social, Serie Ensayos de Historia Social, 3 [1961].
- , *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*, Buenos Aires, CEAL, 1985 (primera edición, 1961).
- , *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.
- , “Historia y larga duración: examen de un problema”, en *Cuestiones de Filosofía*, I, nº 2-3, 1962.
- , “La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)”, en *Desarrollo económico*, vol. 3, nº 1-2 (9/10), abril-septiembre de 1963.
- , “Storia e storiografia dell’America Coloniale Spagnola”, *Rivista Storica Italiana*, LXXVI, 1, 1964.
- , *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo xxi, 1972.
- , “La cuantificación en historia: trayectoria y problemas”, en Francis Korn, *Ciencias Sociales: palabras y conjecturas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977.
- , *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1985.
- , *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.
- , *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1988.
- , “La historiografía en la hora de la libertad”, reproducido en Túlio Halperin Donghi, *Argentina en el callejón*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- , “Presentación”, en *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.
- , *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2008.
- Kracauer, Siegfried, *Prima delle cose ultime*, Casale Monferrato, Marietti, 1985 [trad. esp.: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las cuarenta, 2010].
- Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Lefort, Claude, “Histoire et Sociologie dans l’Œuvre de Fernand Braudel”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. 13, 1952, pp. 122-131.
- Méndez, Alicia, *El Colegio. La formación de una élite meritocrática en el NACIONAL* Buenos Aires, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.
- Revel, Jacques y Nathan Wachtel, “Un École pour les sciences sociales”, en Revel y Wachtel (eds.), *Un École pour les sciences sociales*, Paris, Editions de l’EHESS, 1996.
- Rossi, Pietro, “Dal quarantacinque al sessantotto”, en Italo Lana (a cura di), *Storia della Facoltà di Lettere e Filosofia dell’Università di Torino*, Città di Castello, Leo. S. Olschki, 2001.
- Valiani, Leo y Franco Venturi, *Lettere, 1943-1979*, Florencia, La Nuova Italia, 1999.
- VV. AA., *Une leçon d’histoire de Fernand Braudel. Chateauvallon/octubre 1985*, París, Flammarion, 1985.

Resumen / Abstract

Para una reflexión sobre Tulio Halperin Donghi y sus mundos

El artículo explora la trayectoria historiográfica de Tulio Halperin Donghi con especial atención a su formación intelectual, a su idea de la historia y a la interacción entre su itinerario profesional y los diferentes contextos en los que se desplegó. La perspectiva elegida sugiere que esa trayectoria no fue lineal ni autosuficiente y que sobre ella incidieron en mucho los avatares institucionales y políticos de la Argentina en el período que le tocó vivir. El artículo sugiere, asimismo, que sus propias opciones en el campo intelectual oscilaron entre la colocación académica, a la que lo orientaba su pasión por la historia, y la intervención en el debate público de ideas, a la que lo orientaba su pasión por la Argentina.

Palabras clave: Halperin Donghi - Historiografía - Historia - Argentina

Towards a reflection on Tulio Halperin Donghi and his worlds

This article explores the career as historian of Tulio Halperin Donghi, giving special attention to his intellectual education, to his vision of history, and to the interaction between his professional itinerary and its historical contexts. This perspective suggests that Halperin Donghi's career was influenced by the institutional and political circumstances experienced by Argentina during his life. This article also suggests that as an intellectual, he oscillated between an academic life oriented by his passion for History and the public debate of ideas regarding collective matters in Argentina.

Keywords: Halperin Donghi - Historiography - History - Argentina

Complejidad o relativismo en Hayden White

Darío G. Steimberg

CONICET / UBA

1. Introducción

Son conocidas las investigaciones de Hayden White en relación con el problema de la modelización de la Historia. Su conjunto fundamental de hipótesis podría resumirse como sigue: la ejecución de una Historia o de una Filosofía de la Historia se despliega a partir de un nivel metahistórico, paradigma originario en el que se apoya cualquier intento de atribuir sentido al devenir temporal de acciones y agentes, procesos y estados, en un país, una comunidad, un grupo humano. El modo en que se trama un relato es uno de los tres aspectos que, junto con los modos de implicación ideológica y de argumentación, articulan a partir de un accionar poético-lingüístico la manera en que se concibe el sentido en el trabajo histórico. En otras palabras, las disciplinas de investigación histórica, Historia y Filosofía de la Historia por igual, trabajan con una combinación de dispositivos (prosa narrativa, argumentación lógica, implicación ética) que produce una complejidad estructural en su cuestión, implicada en la utilización misma de sus recursos en la concepción de un conjunto de hechos *reales*.

Por supuesto, la teoría de White dista de ser cómoda o incluso aceptable para muchos, de modo que ha visto desplegarse a su alrededor numerosas discusiones. Entre los ejemplos más conocidos es útil observar la compilación de Saul Friedlander *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final*,¹ versión escrita de un ciclo de conferencias organizado por el mismo Friedlander en la Universidad de California en 1990. Entre los textos que la componen, se encuentra uno del propio White (“El entramado histórico y el problema de la verdad”), ordenadamente rodeado por otros dedicados casi exclusivamente a cuestionar los efectos de una tesis como la suya. Ante un suceso como la “solución final” puesta en marcha por el gobierno nazi de Alemania a fines de 1941, Carlo Ginzburg, Perry Anderson, Martin Jay y el mismo Saul Friedlander leen la tesis de White según una luz que la muestra altamente criticable.

El alcance de la discusión es tal que, por supuesto, el debate dista de haber encontrado su conclusión, y en verdad es difícil que lo haga. Participan en él, directa o indirectamente, todas las disciplinas que utilizan la prosa narrativa de perfil histórico como una herramienta perti-

¹ Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

nente para sus propias cuestiones (así la filosofía política, la sociología, la crítica literaria, la economía, por mencionar solo algunos campos). El nudo de la disputa radica en el problema del relativismo y, por regla general, todos los que enfrentan a White lo consideran el efecto principal de sus escritos. Por su parte, Hayden White niega los cargos y sostiene que enfrenta al mismo enemigo (que en sus términos no es el *relativismo* sino la *ironía*).

Las páginas que siguen intentan componer un análisis crítico del problema. Apuestan, puede adelantarse, a diferenciar las productivas investigaciones analíticas de White (es decir, la riqueza de su modelo) de las propuestas que él mismo brinda en relación con el problema de la producción histórica contemporánea.

2. El complejo metahistórico

En su obra pilar, *Metahistoria*,² White se dedica con esfuerzo al funcionamiento de los componentes estructurales que participan de la escritura y el pensamiento históricos en el siglo XIX. La introducción y la conclusión, sin embargo, tienen alcances que van más allá de la reflexión sobre ese siglo y pueden leerse en conjunto como un tratado sobre el problema de la construcción histórica.

Según White, el aspecto fundamental al que debe atenderse es la matriz de naturaleza poética y lingüística que caracteriza el nivel metahistórico. Pronto ofrece al respecto una justificación epistemológica:

[M]e he visto obligado a postular un nivel profundo de conciencia en el cual el pensador histórico escoge estrategias conceptuales por medio de las cuales explica o representa sus datos. Yo creo que en ese nivel el historiador realiza un acto esencialmente *poético*, en el cual prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio [...].³

Aquí se encuentra una mirada sobre la retórica distinta de aquella que supone que las figuras del discurso componen meramente un conjunto de recursos que ayudan a representar un hecho, un elemento o una acción. En la tesis de White, la misma concepción de acontecimiento o personaje *es* un acto poético (cuyo material es lingüístico). Cuando se elige un acontecimiento como pilar de una época o a un personaje como representante de una generación, por dar tan solo dos ejemplos, el procedimiento metonímico implicado no es sencillamente un medio para representar una realidad previa, sino uno de los actos constitutivos en la concepción de esa realidad. Ernesto Laclau se ha referido al mismo problema en *La razón populista*, y acaso valga la pena incluir algunas de sus apreciaciones para observarlo desde una perspectiva complementaria:

[E]l movimiento tropológico, lejos de ser un mero adorno de una realidad social que podría describirse en términos no retóricos, puede entenderse como la lógica misma de la constitución de las identidades políticas.⁴

² Hayden White, *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

³ *Ibid.*, p. 10.

⁴ Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 34.

Lejos de ser un parásito de la ideología, la retórica sería de hecho la anatomía del mundo ideológico.⁵

En palabras de White:

[E]l modo tropológico dominante y su correspondiente protocolo lingüístico forman la base irreductiblemente “metahistórica” de cualquier obra histórica.⁶

La pregunta que se vuelve imperiosa entonces podría formularse del modo que sigue: ¿cómo se pone en juego, cómo participa de las estrategias de explicación histórica una prefiguración tropológica?⁷

Para White, la cuestión se relaciona con los diversos componentes que articulan en conjunto una Historia o una Filosofía de la Historia. Su metodología de análisis procede por niveles. Crónica, relato, modo de tramar, modo de argumentación y modo de implicación ideológica componen el complejo metahistórico y, por consiguiente, son los cinco niveles de conceptualización en relación con los cuales es posible analizar la influencia de las prefiguraciones tropológicas. Luego, el “estilo historiográfico” de cada pensador es una combinación particular de esos modos, de manera que existe en esta teoría un implicando según el cual hay una relativa libertad en el trabajo sobre cada uno de los niveles. Pero eso no conlleva la idea de que los modos puedan “combinarse indiscriminadamente”. Para White, hay “afinidadades electivas”. Estas afinidades, sin embargo, no son “combinaciones *necesarias*”, ya que en toda obra de un “historiador importante” se observa una “tensión dialéctica” que surge del “esfuerzo por casar un modo de tramar con un modo de argumentación o de implicación ideológica que no es consonante con él”.⁸ Finalmente es posible componer una imagen del modelo que White propone: la construcción de un campo histórico está marcada por prefiguraciones caracterizables en términos de grupos de tropos, que se despliegan en protocolos lingüísticos y articulan modos de entramado, de argumentación y de implicación ideológica, para concebir el sentido de un conjunto de sucesos pasados.⁹

Una primera observación debería ser la siguiente: la Historia así concebida es un complejo. Más allá de cualquier intención que haya tenido White (y que, en verdad, importa poco), su mayor fortaleza es la construcción de una metodología de investigación que no se basa en

⁵ *Ibid.*, pp. 26 y 27.

⁶ Hayden White, *Metahistoria...*, *op. cit.*, p. 10.

⁷ Vale una aclaración. A continuación de lo anterior, White avanza en su análisis eligiendo una tipología útil a sus fines. No sin reparos, ya que no les concede verdad ontológica sino utilidad práctica, se decide por una conformada por las cuatro figuras consideradas principales en los estudios retóricos clásicos: metáfora, metonimia, sinécdoca e ironía. La constitución de campos o niveles a partir de tetralogías es frecuente en White, pero es importante indicar aquí, aunque debe reconocérsele mayor ductilidad en comparación con cualquier proposición binaria, que no hay razón alguna que obligue a adoptarlas. En este trabajo, por ello, lo que se toma especialmente en cuenta son los niveles y las posibles relaciones entre ellos, no así sus tipologías. De hecho, por dar un ejemplo, ninguno de los cuatro modos ideológicos que señala (anarquista, radical, conservador, liberal) parece funcionar adecuadamente para el caso estudiado por Laclau, el populista.

⁸ Hayden White, *Metahistoria...*, *op. cit.*, pp. 38 y 39.

⁹ White se refiere en general a un “modo tropológico dominante” (en singular), pero no creo que sea imprescindible guardar esa unidad de medida. No hay por qué suponer que una escritura dependa principalmente de un único proceder tropológico (lo cual, además, nos haría volver al problema de una ‘esencia’ de la literatura). No hay razón para considerar imposible que en una producción escrita participe más de un tropo ‘fundamental’.

un único campo de análisis. En su modelo se articulan diversas *dimensiones*, articulación de la cual emergen la escritura y la reflexión históricas.¹⁰ Su objetivo no es ofrecer a la Historia o la Filosofía de la Historia una epistemología que *pruebe* el contenido de *verdad* de sus afirmaciones. Su objetivo es principalmente componer una herramienta analítica que permita investigar el problema de la escritura y la reflexión históricas. (Su segundo objetivo es combatir la ironía en la construcción histórica contemporánea sin por ello caer en una producción ingenua. Pero nos detendremos en este problema más adelante.)

3. El horror al relativismo (y el horror a la política)

Uno de los resultados de esta tesis es la comprobación de que, sobre la base de los mismos hechos documentados, es posible escribir diferentes historias (es posible concebir diferentes sentidos para la Historia), cada una caracterizada por un conjunto de tropos particular, por una manera de entender los sucesos en tanto motivos inaugurales, de transición o finales, por el despliegue de una lógica coherente de “leyes históricas” y por la relación entre unos y otros elementos de acuerdo a un movimiento ideológico que es indistinguible de la constitución misma de los sucesos narrados.¹¹ El gran abismo que produce, por supuesto, el gran temor, es el relativismo absoluto. Aun cuando para White los hechos documentados del pasado son el material sobre el que se construyen las crónicas y, por ende, constituyen un límite que atraviesa por igual tramas, argumentos e ideologemas, la idea de que el sostén del sentido de la construcción histórica es en mayor o menor medida una elección precrítica, de la que ni siquiera es necesariamente consciente el propio historiador, parece importar la peste de la virtualidad textual. Es sobre los efectos de esta posición que se ha elaborado la base de una acusación conjunta, que, en términos generales, consiste en endilgarle a Hyden White la máxima justificación posible de la tan temida posición del “todo vale” relativista. *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final* es acaso una de las compilaciones más útiles para observarla. A través de sus páginas, diversos pensadores señalan una supuesta utilidad de la posición de White para justificar cualquier narración histórica y, por ende (en el peor de los casos), las versiones negacionistas del Holocausto.¹² Sin lugar a duda, los más intensos en su oposición son el mismo Saul Friedlander, que oficia de compilador, Perry Anderson, Carlo Ginzburg y Martin Jay.

¹⁰ No deja de ser arbitrario el término adecuado para lo que se refiere aquí. Carlos Reynoso ofrece un recorrido muy interesante por el problema de los sistemas complejos, e incluye el problema de la terminología, especialmente en relación con la antropología (en Carlos Reynoso, *Redes sociales y complejidad: modelos interdisciplinarios en la gestión sostenible de la sociedad y la cultura*, Buenos Aires, Sb, 2011). White los llama ‘niveles’. En todo caso, la noción de dimensión que aquí se utiliza se prefiere tomada de la física o la topología.

¹¹ “Si no pueden imaginarse al menos dos versiones del mismo grupo de hechos –escribe en *El contenido de la forma*–, no hay razón para que el historiador reclame para sí la autoridad de ofrecer el verdadero relato de lo que sucedió realmente.” Hayden White, *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 34.

¹² En su prólogo a la compilación de ensayos de White –*La Ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría (1957-2007)*– Robert Doran ofrece una objeción a esta crítica que vale resaltar desde un comienzo: “los propagandistas y los negadores del Holocausto no recurren a la teoría de White para apuntalar su posición, porque no presentan sus ideas como una versión *alternativa* sino como la única versión *verdadera* que debería eliminar la versión generalmente aceptada o la versión que promocionan sus rivales”. En Hayden White, *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría 1957-2007*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2011, p. 37.

En su introducción, Friedlander se ocupa de repasar las distintas perspectivas que componen el libro. Allí, interesado sin secretos en su disputa, sostiene que Perry Anderson se “opone frontalmente”¹³ a las categorías de White. Empezar por el texto de Anderson parece entonces lo más útil para conocer el enfrentamiento. Luego de la advertencia de Friedlander, sin embargo, “Sobre el entramado: dos clases de hundimiento”, el artículo de Anderson, resulta sorprendente. Se trata de un análisis que aborda un texto determinado con las categorías de White para mostrar por medio de ese análisis que las conclusiones del mismo White son incorrectas. Hacia el final, convencido de que ha cumplido su objetivo, escribe parafraseando a Gramsci: “en las batallas intelectuales, las únicas victorias duraderas son las que se obtienen cuando se derrota al enemigo en su punto más fuerte”.¹⁴ Lo sorprendente es que una lectura combinada de los textos de White y de Anderson muy bien puede resultar en la conclusión contraria.

En los hechos, el lector enfrenta un muy whiteano análisis de *Dos clases de hundimiento*, de Andreas Hillgruber. Allí, Anderson hace girar su reflexión en torno del tropo principal del libro de Hillgruber: una *collatio*¹⁵ que pone en paralelo el destino de los judíos en la Alemania nazi y el de los alemanes orientales hacia el final de la Segunda Guerra Mundial. Anderson se concentra en la problemática que implican ese proceder y su entramado complementario para el objeto elegido, y entiende que poner al mismo nivel el destino de los judíos en los campos de concentración y el de los alemanes orientales no hace justicia a las vivencias de los primeros (“Indudablemente, la índole del judeocidio se ve reducida”).¹⁶ Por fin, realiza una crítica explícita al tipo de historia que Hillgruber lleva a cabo. El análisis es muy interesante y resulta difícil encontrar una debilidad en él. No obstante, no deja de ser extraño que el propio autor entienda que hay allí una crítica importante a la obra de White.

El error (o el engaño) está en que Anderson no considera el tipo de límite que señala. Parece entender sencillamente que demostrar la existencia de un límite en la representación histórica es hacer caer el argumento de White del relativo libre juego entre entramados narrativos y crónicas documentadas. “Las narraciones [...] nunca son entes plenipotenciarios por sobre el pasado”, concluye finalmente.¹⁷ El problema es que la teoría de White no exhibe ningún desacuerdo con esa idea. White jamás niega que haya un límite para la concepción histórica, su problema es la naturaleza de ese límite. Leamos a White: “la mejor base para elegir una perspectiva de la historia antes que otra es [...] estética o moral, antes que epistemológica”.¹⁸ Observemos ahora la pregunta que daba lugar a la crítica en el texto de Anderson: “¿Cuál es el efecto moral de la construcción de Hillgruber?”.¹⁹ Sea dicho: la crítica de Anderson a la construcción de Hillgruber es explícitamente moral. Por si alguna duda cabe, dejemos que Anderson se refiera al problema: “no se puede escribir *históricamente* la *solución final* como ro-

¹³ Saul Friedlander, “Introducción”, en Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación...*, op. cit., p. 30.

¹⁴ Perry Anderson, “Sobre el entramado: dos clases de hundimiento”, en Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación...*, op. cit., p. 108.

¹⁵ *Collatio*: “dos objetos puestos en paralelo, sin identificarse uno con otro, mediante una proyección metafórica que los atraviesa”. En Perry Anderson, “Sobre el entramado: dos clases de hundimiento”, op. cit., pp. 93 y 94.

¹⁶ *Ibid.*, p. 98.

¹⁷ *Ibid.*, p. 108.

¹⁸ Hayden White, *Metahistoria...*, op. cit., p. 36.

¹⁹ Perry Anderson, “Sobre el entramado: dos clases de hundimiento”, op. cit., p. 94.

mance o como comedia".²⁰ Y volvamos, una vez más, a señalar el (*¿auto?*) engaño: lo que Anderson quiere decir es que no se *debe* escribir la *solución final* como romance o comedia. Más aun, lo que muestra su análisis de la *collatio* de Hillgruber es que se *puede*, el problema (el centro de su análisis) es que no debería hacerse. En otras palabras, Anderson no sostiene que el texto de Hillgruber esté mal construido metodológicamente (no sostiene, digamos, que está mal narrar toda historia por medio de una *collatio*), sostiene en cambio que la utilización de ese recurso para este caso particular es moralmente cuestionable. White no podría ver mejor ejemplificada su postura.

En "Solo un testigo", Carlo Ginzburg dedica buena parte de su exposición a desarrollar una crítica a White basada en la filiación teórica: Gentile, un pensador fascista, estaría detrás de las categorías que White utiliza. Aquí, está claro, no hay una crítica a la teoría de White, sino una manera oblicua de la acusación *ad hominem*. ¿Y las categorías de Hannah Arendt no están basadas en las de Heidegger? ¿Y no sostiene Marx que en Balzac está la más completa mirada sobre su época? Por lo demás, Ginzburg tiene el muy atendible objetivo de restituir o vindicar la importancia de las versiones de los testigos de los hechos históricos. Pero ello no puede utilizarse contra White, ya que su hipótesis no niega valor a los testimonios. En cambio, más bien parece considerarlos dentro de los posibles materiales históricos. Desde su perspectiva, los testimonios son útiles, importantes, pero eso no quiere decir que haya una *verdad* que emane pura de ellos. En última instancia, y aunque sin duda merezcan apreciaciones metodológicas particulares, no puede negárseles la misma complejidad que a otras prosas narrativas históricas, esto es: no puede olvidarse que se trata de textos (más allá de estar basados en vivencias *reales*) conformados por implicaciones narrativas, argumentativas e ideológicas, que se articulan poética y lingüísticamente.

"Sobre tramas, testigos y juicios", de Martin Jay, ofrece finalmente la posición más conservadora de todas. Luego de un interesante despliegue que discute no la posición analítica de White sino sus propuestas para zanjar la cuestión, acepta que el hiato entre *verdad* y labor histórica es real ("no hay manera de superar las tensiones")²¹ y propone su solución: ¡la postura de Habermas del consenso comunicativo entre especialistas! No hace falta esforzarse mucho para notar que, a partir de la propuesta de Jay, la "verdad histórica" es el producto de un acuerdo entre los integrantes de las instituciones más poderosas.

He aquí, entonces, el problema central que genera la teoría de White: la Historia, nos dice, es una concepción humana. Por ello, todas las disputas morales y estéticas la atraviesan de modo que no puede ser inmune a sus debates. Y es desde esa idea que puede leerse la limitación de la crítica central que realiza Firedlander en su introducción:

¿Qué habría pasado si los nazis hubieran ganado la guerra? Sin duda habría habido una pléthora de entramados pastorales sobre la vida en el tercer Reich y de entramados cómicos sobre la desaparición de sus víctimas, sobre todo los judíos. En este caso, ¿cómo definiría White, que claramente rechaza toda visión revisionista del Holocausto, un criterio epistemológico para refutar una interpretación cómica de los hechos sin aludir a la "efectividad política"?²²

²⁰ Perry Anderson, "Sobre el entramado: dos clases de hundimiento", *op. cit.*, p. 107.

²¹ Martin Jay, "Sobre tramas, testigos y juicios", en Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación...*, *op. cit.*, p. 169.

²² Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación...*, *op. cit.*, p. 33.

En principio, el párrafo muestra la intención de Friedlander de “salvar” a ciertos objetos históricos de las disputas políticas. Ese problema es grave y más adelante nos referiremos a él. Antes, sin embargo, es preciso señalar que lo que desespera a Friedlander es que la investigación de White discute en términos epistemológicos la relación entre *Historia* y *Verdad* y le niega la posibilidad de una convivencia sin tensiones (de ahí su temerosa alusión a la “efectividad política”). No puede soportar que proponga que hay cuestiones morales y estéticas que son decisivas *incluso* en el trabajo con un hecho tan grave como la *solución final*. Pero la posición analítica de White se mantiene en pie. Friedlander y compañía se rasgan las vestiduras ante ella simplemente porque afirma lo obvio: que la jerarquía de los sucesos históricos es una construcción, y que esa construcción es el resultado de una disputa. Permítase un excursus.

Resulta difícil no preguntarse por la diferencia en el tratamiento de la Shoá y la colonización americana. Dicho de otro modo: ¿por qué no ha habido jamás una desesperación paralela en los historiadores europeos que narre el horror de la construcción del poder de las potencias actuales sobre el trabajo forzado, la tortura, el asesinato y la compra/venta de gente durante cuatro siglos? ¿Porque no es *real*? ¿Porque sucedió hace *mucho* tiempo? ¿Porque no tiene conexión con *su* presente? O, cambiando la perspectiva y volviendo a la Segunda Guerra Mundial, ¿por qué es tan difícil encontrar (aunque felizmente existan siempre puños como el de Kurt Vonnegut) versiones estadounidenses que se refieran con la debida gravedad al problema de las bombas de Hiroshima y Nagasaki?

Es preciso aceptarlo: si los nazis hubieran triunfado, la historia de la Shoá se contaría de otra manera y sustentaría muy distintas reflexiones. Así como serían otras las posiciones históricas más extendidas sobre la colonización de América si la inmensa mayoría de los pobladores nativos que se vieron diezmados, pauperizados, expulsados, tuvieran el lugar para dar voz a su pasado. La Historia no es una primeridad cuya verdad habría que recuperar, sino el producto de un arduo trabajo que pone en relación diversos sistemas simbólicos (argumentativos, narrativos, ideológicos, estéticos). Su ajuste a los hechos documentados es imprescindible, pero no es un secreto que no es suficiente para encontrar un sentido al tiempo pasado. No hay ni jamás habrá *verdad histórica*, si por tal cosa se entiende un catálogo de buenos y malos momentos *certificados científicamente*. La verdad histórica se mantiene en un filo, entre la documentación de hechos, las voces de los actores, las atribuciones de sentido a esos hechos y voces y la interpretación de las relaciones entre todo ello. La responsabilidad y el profesionalismo de todo historiador están (o deberían estar) necesariamente basados en esa conciencia. Porque, y este es el máximo problema, lo contrario es negar la dimensión conflictiva de la discusión histórica. En realidad, posiciones como la Friedlander ocultan su verdadera intención, que es la de sustraer determinados sucesos de la discusión política (al menos en ciertos aspectos). La comprensión del Holocausto está más allá de cualquier ideología, quiere decir Friedlander (la Shoá no puede entonces ser una comedia), pero frente a ello, y desde otras latitudes, es difícil no preguntarse entonces quién decide cuáles son los hechos que habitan ese más allá. Y a pesar de las voces que advierten sobre el supuesto conservadurismo de la posición de White, muchos de nosotros creemos que es notablemente más conservador afirmar que la Historia que leemos es algo diferente al producto del trabajo de los historiadores. Desconocer que el borde entre ciencia, arte y filosofía que la constituye es difuso no es muy diferente a negar o engañarse frente a su problemática epistemológica.

4. Del análisis a la propuesta. White frente a su laberinto

Lo más curioso, de todos modos, es que el propio White se impone la empresa de combatir el mismo problema que buena parte de sus acusadores. El relativismo que en ocasiones se asocia a su trabajo es exactamente aquello contra lo que él escribe. No sería errado afirmar incluso que toda su teoría es un intento de combatir algunos de los efectos “relativistas” a los que podría conllevar la conciencia de la complejidad epistemológica que implica el trabajo histórico. Lo que diferencia su postura es el punto de partida desde el cual plantea que debe llevarse a cabo la tarea.

En su tesis, los tropos dominantes pueden dividirse en dos grupos: por un lado, los que dirigen modos “ingenuos”, cuya ingenuidad reside en “la creencia en la capacidad del lenguaje para captar la naturaleza de las cosas en términos figurativos”;²³ por otro, los que dirigen modos no ingenuos. En su tipología, la figura tropológica que reconoce la naturaleza problemática del lenguaje es la ironía, que “se despliega en la conciencia autoconsciente del posible mal uso del lenguaje figurativo”.²⁴ Al respecto, afirma rápidamente: “es, en suma, un modelo de protocolo lingüístico en el que convencionalmente se expresan el escepticismo en el pensamiento y el relativismo de la ética”.²⁵ ¿Defiende White el relativismo del que tanto se lo acusa? Vale dejar que White exprese su posición:

[E]stamos en libertad para concebir la “historia” como queramos, así como estamos en libertad para hacer de ella lo que nos plazca. Y si queremos trascender el agnosticismo que nos impone una perspectiva irónica de la historia [...], no tenemos más que rechazar esa perspectiva irónica y querer mirar la historia desde otra perspectiva, antiirónica.

Esta recomendación, colocada al final de una obra que profesa ser axiológicamente neutral y formalista en su propia reflexión [...], puede parecer inconsistente con la ironía intrínseca de su propia caracterización de la historia de la conciencia histórica. No niego que el propio formalismo de mi enfoque de la historia del pensamiento histórico refleja la condición irónica desde dentro de la cual se genera la mayor parte de la historiografía académica moderna, pero sostengo que el reconocimiento de esa perspectiva irónica proporciona las bases para trascenderla.²⁶

La primera observación debería ser que White es consciente de que el complejo que concibe su modelo histórico dificulta el encuentro de una base epistemológica que resuelva el problema mismo de la relación entre *Historia* y *Verdad*. En rigor, como se señalaba más arriba, White propone sin lugar a duda que en esa relación hay una tensión que no puede ser resuelta. Y es evidente, por otro lado, que existen posiciones para las que esa conclusión es inaceptable. Lo cierto es que no parece haber manera de superar la disputa por completo, pues lo que se pone en juego son las mismas bases sobre las que giran los argumentos enfrentados. Es lo que Jacques Rancière llama “desacuerdo”: “no es el conflicto entre quien dice blanco y quien dice negro. Es el existente entre quien dice blanco y quien dice blanco pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura”.²⁷

²³ Hayden White, *Metahistoria...*, *op. cit.*, p. 45.

²⁴ *Ibid.*, p. 46.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*, p. 412.

²⁷ Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010, p. 8.

El problema se circunscribe principalmente a lo que se entienda por objetivo en el trabajo histórico. En su alegato, Friedlander se explaya acerca de la “necesidad de establecer una verdad estable en lo que se refiere a [l] pasado”²⁸ y, por si quedara alguna duda, más adelante resume (y acuerda con) la posición de Ginzburg: “incluso la voz de *un solo testigo* nos da acceso al dominio de la realidad histórica, permitiéndonos aproximarnos a una verdad histórica”.²⁹ Desde esta perspectiva, y más allá de cualquier otra cuestión, lo importante es notar que *verdad histórica* es el nombre que recibe un elemento lógicamente anterior a la investigación. El objetivo de la labor histórica aquí podría sintetizarse como sigue: hay una verdad, podemos aproximarnos a ella a través de cierto trabajo. Frente a esa posición, leamos lo que White tiene para decir respecto de la suya propia, expuesta claramente en “Pluralismo histórico y pantextualismo”, ensayo publicado en 1986:

Esto *no* quiere decir que ciertos acontecimientos nunca ocurrieron o que no tenemos motivos para creer que ocurrieron. Pero una investigación específicamente *histórica* se guía menos por la necesidad de establecer *si* ciertos acontecimientos ocurrieron que por el deseo de determinar lo que ciertos acontecimientos *significan* para determinado grupo, sociedad o para la concepción de una cultura de sus actuales tareas y perspectivas futuras.³⁰

Posiciones como la de Ginzburg y Friedlander afirman: el Holocausto ocurrió, ¿cómo es posible representarlo y guardar su memoria? Posiciones como la de White exclaman: el Holocausto ocurrió, ¿pero qué significa eso y qué dice de nosotros hoy el trabajo que hacemos en torno a sus problemas? En última instancia, la diferencia es fácil de señalar: o bien la *verdad histórica* es un hecho y el trabajo de cualquier historiador es hallarla y darla a conocer, o bien la *verdad histórica* es el emergente de un complejo y el trabajo de cualquier historiador es concebirla en pos de una reflexión que se dirija a su presente (y su posibilidad de acción). Por supuesto, no está de más repetir algo que se anotó más arriba: la primera opción anula toda dimensión verdaderamente política de la historia. O, dicho de otro modo, reduce su importancia política a la exigencia del reconocimiento general de un hecho (de ahí que Friedlander esté tan interesado en sostener que ese reconocimiento no puede depender de ninguna “efectividad política”). Un historiador situado en esta perspectiva podrá decir: no importa lo que se piense al respecto, la historia ocurrió. ¿Pero qué sucede, por ejemplo, con cuestiones como las bombas de Hiroshima y Nagasaki? ¿Alcanza con decir que ocurrieron o con preguntarse cómo pueden representarse? Es decir, claro que ocurrieron. Ahora bien, las preguntas bien pueden ser muy otras. ¿Justificaba el objetivo de terminar con la Segunda Guerra Mundial el lanzamiento de las bombas atómicas? Si Alemania se había rendido en mayo de 1945 y las bombas fueron lanzadas sobre Japón recién en agosto de ese año, ¿es una verdad histórica el hecho de que fueran *necesarias* para terminar la guerra? ¿Fue realmente su objetivo terminar con la guerra? Todas estas cuestiones no se refieren a un hecho, sino a su sentido. ¿Y es el sentido un elemento histórico previo a la pregunta? ¿Hay algún documento o testimonio que sirva para responderlas? ¿Tiene algún valor en relación con estos y otros problemas de signi-

²⁸ Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación...*, op. cit., p. 26.

²⁹ *Ibid.*, p. 32.

³⁰ Hayden White, “Pluralismo histórico y pantextualismo”, en Hayden White, *La ficción narrativa...*, op. cit., p. 403.

ficación una posición como la de Friedlander acerca de la *necesidad* de encuentro de una “verdad estable”?

En todo caso, la elección de una u otra posición comprenderá una epistemología que regirá el proceder metodológico. Todos los documentos y testimonios, dirá White, son fundamentales cuando nuestro objetivo consiste en establecer una crónica fidedigna de los hechos. Concebir las relaciones que tienen entre ellos, buscar las causas, encontrar los motivos inaugurales, de transición o finales, aprehender una explicación, en cambio, son problemas muy distintos. Cualquier postura que quiera tomar en cuenta el sentido, sostiene en más de una ocasión, deberá enfrentarse con una complejidad que no se resuelve echando mano de ninguna noción estable de *verdad histórica*. Para él, la cuestión dependerá en última instancia de una elección moral y estética. Y es a partir de allí que tal vez pueda entenderse el mayor punto ciego de sus escritos, que no se encuentra en su modelo analítico, sino en su respuesta programática.

Porque White (al menos en ciertas ocasiones) *quiere* ayudar a trascender el problema que su propia caracterización podría alentar, aun cuando lo haga sin renunciar a la complejidad epistemológica que promueve. Y la solución que presenta es fundamentalmente una: el recurso a la experimentación literaria. Aunque merecería más espacio, una descripción analítica de la cuestión podría resumirse en los siguientes términos: el realismo literario fundado en el siglo xix, dispositivo en el que descansan las versiones *ingenuas* de la historia, depende de tropos que no toman en debida cuenta los problemas que supone el uso del lenguaje comprendido de acuerdo a un modelo figurativo; en cambio, según expone por ejemplo en su propia ponencia incluida en la compilación de Friedlander, el modernismo literario del siglo xx da lugar a mayores potencias explicativas y, en este caso particular, “proporciona posibilidades de representar la realidad del Holocausto y la experiencia de este que ninguna otra versión del realismo proporciona”.³¹

Hace falta aquí distinguir entre un análisis de las condiciones de producción de la investigación histórica y una propuesta, porque es precisamente allí donde se hace patente el corte en White. Su mirada analítica es poderosa: da cuenta de una complejidad que es la razón misma de la disputa historiográfica; toma en cuenta numerosas dimensiones y, complementariamente, numerosas problemáticas; no intenta defender una idea ingenua de *Bien*; no se horroriza porque la complejidad dificulte el encuentro de *un* camino saludable. Su propuesta, en cambio, es débil: renuncia a la complejidad que él mismo establece y lo hace de acuerdo a un diagnóstico temeroso (el que encuentra “ironías” perniciosas para la labor histórica aquí y allá); es estéticamente conservadora (aun cuando lo que quiera conservar sea el camino elegido por buena parte de las mejores obras literarias del siglo xx) y elige sobre la base de una fe que es ella sí ingenua, como exhibe la exhortación final de “Salir de la Historia: la redención de la narrativa en Jameson”:

[E]l modernismo en las artes puede ser menos una regresión a una condición pseudo-mítica de la conciencia que un impulso a ir más allá de la distinción mito-historia, que ha servido de base teórica para una política que ha sobrevivido a su época útil, y a una época postpolítica en cuanto se concibe la política en sus encarnaciones del siglo xix.³²

³¹ Hayden White, “El entramado histórico y el problema de la verdad”, en Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación...*, op. cit., p. 89.

³² Hayden White, “Salir de la Historia: la redención de la narrativa en Jameson”, en Hayden White, *El contenido de la forma...*, op. cit., p. 178.

En rigor, la elección de una epistemología compleja debería impedir el recurso a las soluciones unificadas. Quien acepta que el complejo metahistórico agrupa problemáticas tan disímiles como pueden serlo la tropología, las implicaciones ideológicas, la coherencia formal, la producción narrativa e, incluso, la misma capacidad lingüística debería renunciar a señalar dónde radica un supuesto apoyo de sus historias emergentes. Esa repetición de que las razones para elegir entre una y otra historia son “morales o estéticas” no parece apoyarse en nada. Más aun, si se acepta un modelo historiográfico que promueva el estudio de relaciones complejas, no hay razón que ayude a entender por qué las elecciones entre unas y otras historias dependerían de movimientos tanto más simples (como parece indicar la idea de que ciertas afirmaciones alcanzan un efecto determinado porque corresponden a la moral o al gusto de quien escribe o lee). El “todo vale” que se asocia en ocasiones a White no está en lo mejor de su análisis. No deberían confundirse complejidad y relativismo. El problema es el *deus ex machina* en que se basa su elección de la modernidad literaria. Si hay un relativismo en White, se encuentra en las razones por las que elige ese camino en lugar de cualquier otro. Pero que su elección dependa en última instancia de algo que él mismo no puede explicar no implica que su análisis carezca de fortaleza. Mucho de lo que ha escrito es una buena base sobre la que llevar adelante una labor éticamente comprometida con la propia praxis. □

Bibliografía

- Anderson, Perry, “Sobre el entramado: dos clases de hundimiento”, en Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2007.
- Doran, Robert, “Prólogo” a Hayden White, *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría (1957-2007)*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2011.
- Friedlander, Saul (comp.), *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2007.
- Jay, Martin, “Sobre tramas, testigos y juicios”, en Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2007.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2010.
- Reynoso, Carlos, *Redes sociales y complejidad: modelos interdisciplinarios en la gestión sostenible de la sociedad y la cultura*, Buenos Aires, Sb, 2011.
- White, Hayden, *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.
- , *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo xix*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- , *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría (1957-2007)*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2011
- , “El entramado histórico y el problema de la verdad”, en Saul Friedlander (comp.), *En torno a los límites de la representación: el nazismo y la solución final*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2007.
- , “Salir de la Historia: la redención de la narrativa en Jameson”, en *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

Resumen / Abstract

Complejidad o relativismo en Hayden White

Las consideraciones de Hayden White en torno de la escritura histórica han tenido un fuerte impacto en la discusión contemporánea sobre la relación entre Historia y Verdad. El interés por los diversos niveles que forjan una Historia o una Filosofía de la historia, el énfasis en la importancia de los recursos poéticos y lingüísticos y, por consiguiente, la puesta en escena de la tensión que existe entre la documentación de un conjunto de hechos y la concepción de un sentido para el pasado han sido vistos por algunos en línea con un ideario político relativista (y conservador). El presente trabajo lleva a cabo un análisis del cuerpo fundamental de hipótesis de White y de algunas de las críticas más importantes que ha recibido.

El alcance del tema no se reduce a la disciplina histórica. Buena parte de las ciencias sociales y las humanidades abrevan en sus estudios, de modo que resulta fundamental hoy distinguir entre una mirada compleja y sus supuestos efectos relativistas. Complejidad y relativismo no deberían confundirse y merece la pena intentar entonces una separación de la potencia analítica de los textos de White respecto de la debilidad de algunas de sus propuestas en relación a la investigación histórica.

Palabras clave

Narrativa - Historia - Verdad - Complejidad - Relativismo

Complexity or Relativism in Hayden White

Hayden White considerations around historical writing have had a strong impact on the contemporary debate about the relationship between History and Truth. The interest in the different levels that shape a History or a Philosophy of history, the emphasis on the importance of language and poetic devices and therefore the staging of the tension between the documentation of a set of facts and the conception of a sense for the past have been seen by some in line with a relativistic (and conservative) political ideology. This paper conducts an analysis of the fundamental hypothesis by White and some of the major criticisms they have received.

The question about the relationship between Truth and History is not simply limited to the scope of researches in this discipline. Much of the social sciences and humanities rely on their studies, so that today it is essential to distinguish between a complex look and its alleged relativistic effects. Complexity should not be confused with relativism and that is why it is worth trying a separation of the analytical power of White's texts and the weakness of some of his proposals in relation to the present of historical research.

Keywords

Narrative - History - Truth - Complexity - Relativism

*Orden del tiempo y escritura de la historia: consideraciones sobre el ensayo histórico en el Brasil, 1870-1940**

Fernando Nicolazzi**

Departamento de Historia-Universidade Federal do Rio Grande do Sul

1 En 1924, el crítico Tristão de Athayde (Alceu Amoroso Lima), al elaborar una significativa visión sobre el contexto intelectual brasileño de la época, afirmó: “somos nacionalidades aceleradas, donde todas las fases de la civilización coexisten, desde el salvaje en el último grado de decadencia, hasta las inteligencias mediterráneas y sutiles, que se aíslan o marchitan en estos trópicos excesivos y aún primitivos. Y de todo ello emana la sensación de lo efímero y un presentimiento continuo de muerte”.¹ El sentimiento de *coevalness* entre la “civilización” y el “salvaje” indica una aguda conciencia temporal de parte del crítico, que es representativa, de manera general, de la cultura histórica brasileña de fines del siglo xix y las primeras décadas del xx. Una crisis en el orden del tiempo: ¿y no sería esa también la perspectiva de Alberto Torres al lamentarse, ya en 1914, porque “la inteligencia contemporánea atraviesa la crisis de mayor anarquía a la que jamás haya llegado el espíritu humano. En ninguna otra fase de la Historia es más evidente la impresión de que la marcha de los hombres se ha realizado por ciclos, con vueltas frecuentes a ciertos puntos establecidos por el hábito”?²

La contemporaneidad entre “fases” distintas y distantes de la historia genera una sensación de inestabilidad; a Athayde todo le parece algo pasajero, no permanente, e incluso incapaz de legar frutos duraderos a la posteridad. El presente es algo fugaz, instantáneo, que más que separar mediante un corte abrupto el pasado del futuro, se constituye como una yuxtaposición desordenada de las experiencias vividas, sedimentadas de manera caótica y hasta cierto punto sin sentido. Así por ejemplo, en 1928, Paulo Prado llamaba la atención del lector de su *Retrato do Brasil*: “detengamos la mirada por un instante en la realidad visible, palpable y viva de ese Hoy que surge, se transforma y desaparece en un destello, como el paisaje que pasa visto desde

* Traducción de Ada Solari.

** Becario de productividad en investigación del CNPq –Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico– (nivel 2). Las investigaciones que tuvieron como resultado este texto contaron con financiación de la Capes –Coordinación de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior–.

¹ Tristão de Athayde, “Política e letras”, en *À margem da história da república (ideias, crenças e afirmações). Inquerito por escriptores da geração nascida com a república*, Río de Janeiro, Laemmert, 1924, p. 239.

² Alberto Torres, *O problema nacional brasileiro. Introdução a um programma de organização nacional*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1933 (1914), p. 24.

un automóvil en carrera”.³ Sobre todo, la situación parecía indicar, aun según la opinión de Athayde, una especie de desorden temporal, un “tiempo desorientado” que podría comprometer, en el largo plazo, el desarrollo histórico de la sociedad brasileña y, en un plazo más corto, la propia capacidad de acción política de los individuos. Por esa razón era pertinente indagar acerca de “esa discordancia de tiempos de crecimiento, esa fácil desesperanza de espíritus, esa ambigüedad moral que aún no ha permitido que nuestra alma encontrase su ser”. Antes de dar una respuesta rápida y acabada, el crítico brindaba a los lectores de la década de 1920 una sugerencia importante: “pienso –dice– [en] la divergencia constante entre la fatalidad del tiempo, que va moldeando de manera lenta y discontinua nuestra *realidad* nacional, y las exigencias de nuestra *identidad*, tan pronta, tan viva y al mismo tiempo tan vacía de pertinencia y de aliento; entre lo que la naturaleza nos fuerza a ser y lo que la inteligencia pide que seamos”.⁴ En el fondo, se trata de un desfasaje entre los anhelos intelectuales y las condiciones de la sociedad; entre aquello que se ofrecía como campo concreto de lo posible y las imágenes siempre elevadas que la comunidad formulaba sobre sí misma: “nuestro mayor mal”, del que hablaba en 1908 Sílvio Romero.

Se construye así un diagnóstico a partir de la impresión de que hay un lapso de tiempo entre sociedad e historia, entre el lento y discontinuo desarrollo social y el proceso acelerado del tiempo. “Estamos realmente, tal vez como en ninguna otra época de nuestra historia, frente a una *multiplicidad de tiempos de crecimiento*, que da a nuestro tiempo una apariencia anárquica [...]. Un mundo muy moderno se superpone, o antes se inserta aquí, sobre un mundo muy pasado.”⁵ Aun cuando no haya registrado el conjunto amplio del mundo de las letras brasileñas, la visión de Tristão de Athayde no puede, de modo alguno, ser considerada desatinada.

Alcântara Machado, por ejemplo, en el artículo sobre los modernistas de la década de 1920, escrito ya en 1926, afirmaba respecto del movimiento que “el primer paso se había dirigido a integrar la literatura brasileña en el momento. En el momento universal, está claro. De allí el asombro. *Dimos de repente un salto de cincuenta años por lo menos*. Para poder así emparejarnos con el resto del mundo decente”.⁶ La modernidad literaria había llegado a las sacudidas en los trópicos, por una especie de aceleración forzada; de allí el sentimiento de que todo parecía suceder de manera simultánea, con el pasado y el futuro coexistiendo de modo confuso en el presente, al mismo tiempo en que la vanguardia estética se encontraba frente a una sociedad en muchos aspectos anticuada. Tal es la opinión también de Ronald de Carvalho, cuya *Pequena história da literatura brasileira*, de 1919, fue ampliada seis años después con un nuevo capítulo sobre las tendencias modernistas en el que se destacaba la misma sensación de simultaneidad o *coevalness*. En el “desorden del tiempo”, contra la defensa de la innovación modernista, Athayde había dado como respuesta el recurso prudente a los antiguos; a fin de cuentas, “ir a lo clásico es renunciar al desorden”. La estabilidad del pasado, esto es, del canon y de la tradición, le resultaba un puerto seguro para las intemperies del mar revuelto del modernismo.⁷

³ Paulo Prado, *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira*, 4^a ed., Río de Janeiro, F. Briguiet & Cia, 1931, p. 204.

⁴ Tristão de Athayde, “Política e letras”, *op. cit.*, p. 239.

⁵ *Ibid.*, p. 268.

⁶ Antônio de Alcântara Machado, “Geração revoltada”, en Antonio Cândido y José Aderaldo Castello, *Presença da literatura brasileira. Modernismo: história e antologia*, Río de Janeiro, Bertrand Brasil, 1997, p. 156 (las cursivas me pertenecen).

⁷ Eduardo Jardim de Moraes, “Modernismo revisitado”, en *Estudos Históricos*, vol. 1, nº 2, 1988.

Este sentimiento de “dislocamiento” no fue exclusivo de unos pocos autores; por el contrario, marcó a toda una perspectiva del pensamiento sobre la nación que atravesó los tiempos desde el indigenismo romántico del siglo XIX. Según afirma Octavio Ianni, “periódicamente, la sociedad brasileña intenta modernizarse, volverse contemporánea de su tiempo. Es como si ella descubriese que está atrasada y tratase de acelerar su pasado, superar el descompás, buscar la regla y el compás”.⁸ Finalmente, ¿no sería también esa la figura del “mito sacrificial” del que habla Alfredo Bosi respecto de la obra de José de Alencar, esto es, la idea de que el camino de la civilización entraña ciertos sacrificios en la esfera de la cultura (la conversión de los paganos, la civilización del salvaje, la universalización de la cultura)?⁹ Avanzar con rumbo al futuro implicaba, en ese sentido, cierta ruptura con elementos del pasado. No es desatinado que parte considerable de la historiografía decimonónica considerase al indígena como un problema epistemológico, situándolo muchas veces *au delà* del tiempo vivido: tener o no tener historia, tal era la cuestión, cuando lo que se proponía era justamente ordenar el tiempo de la nación por medio de la conciliación política.¹⁰

La constatación de las diferencias y de los lapsos de tiempo que separaban la cultura (brasileña) de la civilización (occidental), así como los intentos de “ubicarse en el tiempo de su tiempo”, según la formulación de Octavio Ianni, crearon las condiciones para la existencia de un *discurso sobre la ausencia*; la elaboración de una imagen de la patria a través de aquello que ella tenía de incompleto, de lo que le faltaba o, si eso era comprendido en función de la temática temporal, del *topos* del “atraso nacional”. Era esa, pues, una de las principales perspectivas que la llamada “generación de 1870” construyó sobre el Brasil, que encontró en la monarquía, en la esclavitud, en el arcaísmo de las estructuras sociales y en el primitivismo de las elaboraciones intelectuales las principales razones del atraso. Las palabras de Joaquim Nabuco en 1866 son solo uno de los ejemplos: “entre nosotros las reformas parecen prematuras, cuando ya son tardías”.¹¹ Tiempo después se percibe la persistencia del problema. El propio contexto del modernismo paulista da señales de ello. Según Eduardo Jardim de Moraes, el “segundo-tiempo” modernista, el iniciado en 1924, pasados los anhelos inmediatistas de los años anteriores, planteó como cuestión fundamental el tiempo de la nación. Para el autor, “la constitución de una teoría de la temporalidad de la vida nacional va a permitir reevaluar la situación de ‘atraso’ del contexto nacional. Ella va a brindar también las bases de la definición de un tiempo de la modernización propio de la nacionalidad”.¹² La modificación del enfoque y los cambios conceptuales que tuvieron lugar a partir de los años treinta, cuando se intentaba superar el predominio rural en la realidad socioeconómica a través de la idea de modernización, al mismo tiempo en que se percibían los esfuerzos para profesionalizar la reflexión teórica, llegaban de manera general al mismo diagnóstico, aun cuando el término “atraso” hubiera cedido espacio para la idea más elaborada de “subdesarrollo”, que cristalizaría en las discusiones “profesionales” en

⁸ Octavio Ianni, “Estilos de pensamento”, en Elide Rugai Bastos y João Quartim de Moraes (orgs.), *O pensamento de Oliveira Vianna*, Campinas, Editora da Unicamp, 1993, p. 430.

⁹ Alfredo Bosi, “Um mito sacrificial: o indianismo de Alencar”, en *A dialética da colonização*, San Pablo, Companhia das Letras, 1992, pp. 176-193.

¹⁰ Rodrigo Turin, “A ‘obscura história’ indígena. O discurso etnográfico no IHGB (1840-1870)”, en Manoel Luiz Salgado Guimarães, *Estudos sobre a escrita da história*, Rio de Janeiro, 7Letras, 2006, pp. 86-113.

¹¹ Citado en Silviano Santiago (coord.), “Introdução”, en *Intérpretes do Brasil*, vol. 1, Rio de Janeiro, Nova Aguilar, 2002, p. XLV.

¹² Eduardo Jardim de Moraes, “Modernismo revisitado”, *op. cit.*, p. 238.

las décadas siguientes. El trabajo de interpretación de la nación que caracterizó a parte de estas generaciones de letrados lida directamente con la noción de un “tiempo desorientado”, con la compleja tarea de comprender las causas visibles y las razones profundas de tal situación, y en ese marco la visión de Athayde es solo uno de los ejemplos más evidentes.

Algunas décadas antes de *À margem da historia da república*, Euclides da Cunha ya había señalado de manera contundente la cuestión, estableciendo así una crítica destinada a tener una recepción bien duradera. En *Los sertões*, escribió el ingeniero:

Viviendo cuatrocientos años en el litoral vastísimo, en que perduran reflejos de la vida civilizada, tuvimos, de improviso, como herencia inesperada, la República. Ascendimos de golpe, arrebatados en el caudal de los ideales modernos, abandonando en la penumbra secular en que yacen, en el seno del país, un tercio de nuestra gente. Engañados por una civilización de prestado; hurgando, en ciega faena de copistas, todo lo que de mejor existe en los códigos orgánicos de otras naciones, hicimos, huyendo revolucionariamente a la más leve transigencia con los imperativos de nuestra propia nacionalidad, más profundo el contraste entre nuestro modo de vivir y el de aquellos rudos compatriotas, más extranjeros en esta tierra que los inmigrantes de Europa. *Porque no nos separa un mar: nos separan tres siglos...*¹³

El otrora fervoroso republicano deja entrever en sus palabras cortantes no solo la desilusión con respecto al régimen instituido pocos años antes, sino también una perspectiva actualizada que percibía un desacuerdo en el orden histórico: la sociedad anticuada no estaba en consonancia con el sistema político moderno, y era imponente la presencia aún viva de las fuerzas del pasado, que retornaban con el ímpetu de un conflicto de difícil comprensión, como Antônio Conselheiro, “gran hombre a la inversa”, y sus “atópicos” seguidores lo habían mostrado. Euclides da Cunha logró como pocos traducir a la dimensión temporal las distinciones de espacio: cruzar los sertões era también atravesar los calendarios, como un retorno anacrónico en la historia. Así, se hizo eco y dio forma renovada a otro *topos* que acompaña a la idea de atraso, esto es, la temática del exilio, que, pasado el lirismo romántico, tuvo una formulación contundente en las páginas de *Los sertões*, así como una forma propiamente sociológica con la conocida frase de Sérgio Buarque: “somos todavía hoy unos desterrados en nuestra tierra”.¹⁴ A fin de cuentas, sentirse “afuera” en la tierra natal ¿no es lo mismo que sentirse dislocado entre sus contemporáneos?

Es posible considerar, por lo tanto, que escribir sobre la nación, elaborar su historia era también una forma compleja de ordenamiento del tiempo, una manera de crear un orden temporal capaz de producir significados teóricos plausibles, así como era también un modo de elaborar un sentido colectivo (y afectivo) para la patria, dando cabida con ello a la acción política en el propio presente en que se vivía. Se trataba, si era posible, de resolver el “impasse de la no contemporaneidad” (Octavio Ianni). Nuestro primer historiador se ocuparía así de la misión patriótica al escribir su *Historia geral do Brasil*, pensada para ofrecer la “armonía eterna entre los hechos” según sus íntimas convicciones; y “triste el historiador que no las tenga con relación a su país, o que, teniéndolas, no ose presentarlas, cuando los ejemplos del pasado lo

¹³ Euclides da Cunha, *Os sertões*, edición crítica, San Pablo, Ática, 2004, pp. 174-175 (las cursivas me pertenecen) [trad. esp.: *Los sertões*, trad. de Benjamín de Garay, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 160].

¹⁴ Sergio Buarque de Hollanda, *Raízes do Brasil*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1936, p. 3.

ayudan a indicar las conveniencias del futuro”.¹⁵ Claro está que la confianza de Varnhagen lo llevaba a percibir fácilmente la línea de fuerza que hacía que el pasado iluminara el futuro del país; finalmente, todo estaba en orden para el vizconde de Porto Seguro. Ahora bien, para las generaciones siguientes, los problemas se habían vuelto más complejos, porque las luces de otrora ya no tenían la misma intensidad. El hecho teórico que cabe aquí destacar, en ese sentido, es que el orden del tiempo es relativo a determinada forma de representación de lo real, del pasado en sus relaciones con el presente y con el futuro.

Volviendo a las formulaciones de Tristão de Athayde, vemos que sus ideas, más que ser el mero diagnóstico de la situación, llevan a pensar sobre las formas posibles de representar aquella realidad caracterizada por la “multiplicidad de tiempos de crecimiento”, que daban origen a un tiempo caótico, anárquico, desorientado, en el que pasado, presente y futuro parecen yuxtaponerse en un todo ininteligible. Por detrás de eso subyace la comprensión de que representar correctamente la historia de la nación equivaldría a (re)orientar correctamente la temporalidad nacional. Así, constatar una perturbación en el orden del tiempo significa también constatar una crisis en el ámbito de las representaciones. Pues la percepción de brechas en el plano temporal ¿no es por tanto concomitante de la conciencia de una crisis en el plano representacional?¹⁶ En el ámbito más general, se puede pensar que las crisis en los régimenes de historicidad, o sea, en las formas de articulación del tiempo, demandan diferentes modelos de representación de la historia, dado que es posible establecer relaciones profundas entre formas temporales y estructuras discursivas, esto es, entre tiempo y narrativa.¹⁷

2 En el contexto particular aquí examinado, esto es, el pasaje del siglo XIX al XX, cuando aún se buscaban formas de adecuación entre la conciencia histórica moderna, basada en una idea de civilización y progreso, y las percepciones y los discursos elaborados sobre la realidad social, como el *topos* del atraso de la cultura brasileña, los problemas se planteaban de manera singular. El sentido de la historia nacional parecía estar bajo sospecha: el evolucionismo filosófico, en sus ramificaciones en los estudios sociales, que brindó a fines del siglo XIX una narrativa aparentemente coherente a la nación, ya no parecía una concepción suficiente para la historia del Brasil. Sus vertientes racialistas, que asimilaban a la cuestión de las razas el problema del atraso nacional, encontraron en Roquette-Pinto un opositor considerable en el Congreso Brasileño de Eugenesia, realizado en 1929. El término “evolución”, aun cuando siguiera presente, cedía terreno a la emergencia de la idea de “modernización”, menos determinada por un dogmatismo fundado en las ciencias naturales. En líneas generales, el ajuste de cuentas con el pasado y la posibilidad de un devenir benéfico ya no dependían solo de la mejora genética o de la coherencia de leyes sociales que preveían una evolución natural de la sociedad. Los problemas gemelos de la generación de fines del Imperio, el “atraso cultural” y la “inferioridad racial”, ya no eran vistos como las únicas causas de la situación. De esa manera, solucionar aquel impasse equivalía también a formular nuevos problemas.

¹⁵ Francisco Adolfo de Varnhagen, *Historia geral do Brazil*, vol. 1, 1854, pp. 11 y 12.

¹⁶ François Hartog, “Ordres du temps, régimes d’historicité”, en *Régimes d’historicité. Présentisme et expérience du temps*, París, Éditions du Seuil, 2003; Reinhardt Koselleck, “O futuro passado dos tempos modernos”, en *Futuro passado. Contribuição à semântica dos tempos históricos*, Río de Janeiro, Contraponto/Editora PUC/RJ, 2006.

¹⁷ Paul Ricoeur, *Tempo e narrativa*, vol. 1, Campinas, Papirus, 1994.

En *A America Latina. Males de origem*, publicado en 1905, Manoel Bomfim llamaba la atención hacia otra causa que él consideraba como más importante: el “parasitismo social”, cuya historia seguía desde los pueblos colonizadores del Nuevo Mundo hasta las élites gobernantes de las sociedades latinoamericanas independientes. Aun cuando mantuviese en su discurso una tendencia evolucionista, articulando de manera bastante singular el saber biológico en el campo de la sociología, se desviaba de las formas de abordaje centradas exclusivamente en las influencias ecológicas y las cuestiones raciales (o en la relación entre los dos factores) para explicar las ineptitudes brasileñas para entrar en el cortejo de las sociedades civilizadas. Bomfim, a la manera de un clínico que se ocupa de un organismo enfermo, destacaba la dinámica del proceso de “enfermedad” como llave explicativa:

[T]al es el caso del médico ante un enfermo joven, el cual tiene todas las razones para ser fuerte, que tiene en torno de sí todo lo que un organismo humano puede necesitar para su perfecto desarrollo, y que, sin embargo, se encuentra débil y perturbado desde el nacimiento, mal constituido, retrasado en su evolución, caprichoso e incoherente. Inmediatamente, el clínico investigará los antecedentes del enfermo, y allí buscará la causa del mal actual y los medios eficaces para combatirlo.

Así, “el sociólogo no puede dejar de investigar el pasado a fin de buscar las causas de los males presentes”.¹⁸ Como señaló Flora Süsskind, el autor sergipano intentó crear a partir de su teoría otro principio temporal para comprender el Brasil y América Latina como un todo:

[S]ería un método de hecho híbrido que le permitiría a Bomfim poner en tensión, por un lado, el paradigma biológico dominante en el pensamiento brasileño desde mediados del siglo XIX y, por otro, el concepto unilineal, homogéneo, de tiempo, en el cual se había pautado la escritura de la historia en aquel siglo. Pautándose, por un lado, por una historización del ámbito de lo natural; por otro, por la proyección de un tiempo parasitario sobre la temporalidad histórica.¹⁹

La historia de la formación de la nacionalidad brasileña se asemejaba al proceso natural en el que un organismo parasita en un cuerpo ajeno. El tiempo histórico era comprendido a partir de una matriz organicista y, en gran medida, aún asimilado al tiempo de la naturaleza.

Por otro lado, al rechazar el medio como factor explicativo y refutar las teorías de la inferioridad racial, aun cuando mantuviera ciertos presupuestos del científicismo decimonónico, Bomfim mostraba ya una tendencia diferente de abordaje sociohistórico: una causalidad propiamente cultural se superponía a los efectos de la geografía y de la raza. Las causas del atraso se hallaban en el proceso social como tal, y no solo en las características innatas de sus personajes (ya fuesen los hombres, ya fuese el medio). Una década y media después, Oliveira Viana ofrecía su contribución para la discusión. Su estudio de la “formación nacional” pasaba por la “caracterización social de nuestro pueblo”, y su procedimiento era explícito desde el comienzo de su primer libro: “en esos estudios paso, por eso, un tanto ligeramente sobre los factores

¹⁸ Manoel Bomfim, *A America Latina. Males de origem*, Río de Janeiro/París, H. Garnier/Livreiro-Editor, 1905, pp. 22-23.

¹⁹ Flora Süsskind, “Texto introdutório ao *A América Latina*”, en Silviano Santiago (coord.), *Intérpretes do Brasil, op. cit.*, vol. 1, p. 616.

cósmicos y antropológicos, incluidos los concernientes a las tres razas formadoras; sin embargo, me detengo, con cierto rigor minucioso, en la investigación de los factores sociales y políticos de nuestra formación colectiva”.²⁰ Aun cuando parte considerable de su fortuna crítica lo haya situado como defensor del “arianismo”, es necesario también destacar el cambio de énfasis entre su abordaje y algunas de las teorías del blanqueamiento racial del siglo anterior.

Lo que interesa subrayar a partir de los dos autores, Bomfim y Vianna, es menos sus participaciones dentro del debate racial en el Brasil que el hecho de que sus obras fueron el resultado de considerables esfuerzos de reinterpretación del proceso histórico nacional, al que le confirieron otros criterios de inteligibilidad y diferentes formas de representación del pasado. Como Euclides da Cunha, Paulo Prado, Caio Prado Jr., Gilberto Freyre, Sérgio Buarque de Holanda, ambos son exponentes de la llamada *tradición ensayística brasileña*, que ha sido considerada a veces como la precursora de las ciencias sociales modernas en el Brasil. De ese modo, esa tradición parece poner en práctica los designios que años antes había elaborado Capistrano de Abreu para el historiador brasileño: estudiosos que debería, “guiado por la ley del *consensus*, [mostrarnos] lo *rationale* de nuestra civilización, [señalarnos] la interdependencia orgánica de los fenómenos, y [esclarecer] unos a través de los otros. [Arrancar] de las entrañas del pasado el secreto angustioso del presente, y [liberarnos] del empirismo tosco en el que tripudiamos”.²¹ En otras palabras, superar el modelo de historia que había brindado Varnhagen y estudiarla desde la perspectiva conceptual de las “nuevas ciencias”. Un historiador que, después de reunir y criticar la documentación relativa a la experiencia nacional, *interpretase* de modo adecuado su historia.

No es forzado, pues, establecer una relación entre el diagnóstico del tiempo desorientado, que el texto de Tristão de Athayde muestra de modo ejemplar, con esa tradición de ensayos de interpretación histórica de la nación que caracteriza a la generación intelectual del cambio de siglo y de las primeras décadas del siglo xx. Más que la mera descripción de las hazañas y de los hombres que construyeron la patria o, en un sentido más amplio, que la narrativa de la dinámica de formación del Estado nacional, se buscaban explicaciones que permitiesen una compresión profunda de la realidad y, a partir de allí, un espacio de acción sobre lo real. Para ello, el pasado y el proceso de formación de la sociedad eran considerados como cuestiones clave para la resolución de los impasses contemporáneos. La historia servía, por lo tanto, como respuesta para la resolución de una cuestión candente, esto es, el “problema nacional brasileño”, pero también como fundamento para un “programa de organización nacional”. Organizar la nación equivalía a ordenar su tiempo, esto es, a escribir o reescribir su historia.

3 Es posible recurrir a un ejemplo histórico significativo como contrapunto para pensar acerca de la conciencia histórica en el Brasil durante las primeras décadas del siglo xx, en particular en su configuración ensayística. Marielle Macé sostiene que es posible identificar un lugar y una función para el ensayo en determinados contextos sociales, y sugiere que en Francia, alrededor de 1900, el ensayo surge como un producto eminentemente literario, esto es,

²⁰ Francisco José Oliveira Vianna, *Populações meridionais do Brasil (historia – organisação – psicologia)*, vol. 1: *Populações rurais do centro-sul (paulistas – fluminenses – mineiros)*, San Pablo, Monteiro Lobato & Cia. Editores, 1920, pp. III-IV.

²¹ João Capistrano de Abreu, “Necrologio de Francisco Adolpho de Varnhagen”, en *Ensaios e estudos (critica e historia)*, 1^a serie, Edición de la Sociedade Capistrano de Abreu, Livraria Briguie, 1931, p. 141.

vinculado a aquello que, tal vez de una manera imprecisa, es definido como *discurso de la literatura*, como una estrategia de preservación del valor de esa forma discursiva frente al ascenso de otros campos del conocimiento. Según la autora,

[L]os escritores confiaron al ensayo la tarea de sostener el papel de la literatura en la evolución del conocimiento, en el momento en que las ciencias humanas parecían desplazarlo, y mucho tiempo después de que la prosa literaria hubiese roto con la retórica [...]. En ese espacio literario autonomizado, separado, y en una relación cada vez más difícil con los *discours savants*, ¿cuál podía ser la réplica de los escritores? Ella consistió en la afirmación de un “estilo de pensamiento” inherente a la tradición literaria, y a la ilustración del ensayo como la obra principal de la historia francesa. La promoción del género deja en claro un momento de la historia de la prosa, data una cuestión y afirma un valor.²²

Si el final del siglo XIX se caracteriza por una aceleración en el trazado de fronteras intelectuales e institucionales entre formas discursivas que se han diferenciado y, en muchos casos, vuelto incongruentes, la literatura aún permanece como algo mal definido donde, en virtud de la propia imprecisión del término, podría encontrar abrigo un principio ficcional.²³ El ensayo aparece en Francia no solo como género de lenguaje, sino también como un instrumento de escritura adecuado para el propósito de reafirmación del campo literario frente a otros espacios del conocimiento: “él encarna un intento de reconquista del territorio del pensamiento, una respuesta específicamente literaria a nuevas ‘inquietudes’ intelectuales, en una palabra, la preservación de la literatura en la construcción del saber”.²⁴

En ese sentido, el contexto literario francés parece surgir como contrapunto al brasileño, ya que permite sugerir la hipótesis de que el ensayismo de cuño propiamente histórico que florece en el Brasil en las tres primeras décadas del siglo XX, al invertir el orden estipulado entre literatura y *discours savant*, puede ser pensado como una imagen especular (por lo tanto, invertida) del ensayo literario francés: en los trópicos, el género crea una tradición precisamente como una forma no de superación del discurso literario, considerado por Antonio Cândido como “fenómeno central de la vida del espíritu”, sino como reorganización de las fronteras entre disciplinas y ascenso de los saberes de las ciencias sociales frente a la aparente primacía de la literatura como modalidad fundamental de representación de la cultura nacional. En otras palabras, se trataría de expandir el campo de la historia literaria, expansión ya ensayada a fines del siglo XIX, si bien de manera limitada, sobre todo por un crítico e historiador como Sílvio Romero, que intentaba encarar la literatura también a partir de una perspectiva sociológica y etnográfica. Tal expansión tenía como propósito abarcar la nación como un todo dado a la interpretación, y el instrumental teórico para ello podría incluir presupuestos tanto de las ciencias nomotéticas como de las propiamente interpretativas. Así, la compartmentación académica que tuvo lugar en el siglo XX, y definió con contornos más rígidos los límites de los espacios del conocimiento, fue realizada tras una rearticulación importante de los campos de las ciencias sociales en relación con la esfera literaria. Como señaló Rodrigo Turin con res-

²² Marielle Macé, *Le temps de l'essai. Histoire d'un genre en France au XX^e siècle*, Tours, Belin, 2006, p. 5.

²³ Véase Luiz Costa Lima, *História. Ficção. Literatura*, San Pablo, Companhia das Letras, 2006.

²⁴ Marielle Macé, *Le temps de l'essai...*, op. cit., p. 6.

pecto al contexto historiográfico de fines del siglo anterior, “crítica, literatura e historia se mantuvieron, por lo tanto, sintomáticamente cerca, compartiendo la tarea de delimitar los valores de la nacionalidad”.²⁵

Ahora bien, es importante destacar que en el contexto brasileño el ensayo como género de escritura remite a la convergencia formal entre los saberes constituidos en el Brasil a fines del siglo XIX. Con lucidez, un crítico como José Veríssimo pudo constatar esto cuando consideró que “una de las características de los tiempos en que vivimos es el espíritu científico, que al desespecializarse, si me permiten la fea palabra, buscó penetrar en su espíritu todas las concepciones humanas”. Veríssimo sugirió además que la crítica literaria debía llevar adelante las tareas de la historia, la sociología, la moral, la fisiología, la psicología, las ciencias de la experimentación y de la observación, la exégesis religiosa o clásica (la lista es del autor).²⁶ De acuerdo con Roberto Ventura, la “unidad del saber” a la que aspiraban los autores desde 1870 demandaba un modelo de escritura que hiciese posible “una concatenación ecléctica de teorías y conocimientos dispares, presentados como un saber ‘universal’”.²⁷ En otras palabras, el ensayo surge como consecuencia de una situación en la que las fronteras institucionales entre los diversos campos de estudio ocupados en investigar la realidad nacional aún estaban mal definidas, si bien ya se encontraban en proceso de definición. Maria da Glória Oliveira afirma que, en el “tercio final del siglo XIX, la profusión de obras de temáticas simultáneamente literarias, históricas y etnográficas señalaba un momento de delimitaciones incipientes entre las disciplinas en que la crítica, lejos de constituirse como especialización, representaba una perspectiva de apertura reflexiva hacia cuestiones definidas como ‘nacionales’”.²⁸ Sobre la historiografía, Hugo Hruby destaca que, “no tan delimitado académicamente como en Europa, el conocimiento histórico se hallaba en el Brasil mezclado con otros campos del saber en un momento de gran efervescencia intelectual”.²⁹

Sílvio Romero, por ejemplo, consideraba que la literatura y la historia literaria eran los discursos predominantes para investigar el Brasil y formular una respuesta a los impasses intelectuales que agitaban a su generación, siempre que tal investigación obedeciese también a los principios epistemológicos de las ciencias sociales, la filosofía y ciertas ramas de las ciencias naturales. En su artículo de 1882 sobre Émile Zola, Romero había planteado la afinidad entre literatura e historia, diciendo que ambas están regidas por una misma ley: “la evolución transformista”. Y por medio de la comprensión de esa ley general, la síntesis literaria podría proporcionar explicaciones históricamente consistentes, ya que, mencionando una de las principales contribuciones del novelista francés, destaca que “la obra literaria no debe ser un acervo de

²⁵ Rodrigo Turin, “Narrar o passado, projetar o futuro: Sílvio Romero e a experiência historiográfica oitocentista”, tesis de maestría en historia, Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2005, pp. 48-49.

²⁶ José Veríssimo, “A crítica literária”, en *Que é literatura? e outros escritos*, San Pablo, Landy, 2001, p. 72.

²⁷ Roberto Ventura, *Estilo tropical: história cultural e polêmicas literárias no Brasil, 1870-1914*, San Pablo, Companhia das Letras, 1991, p. 41. Desde otra perspectiva más reduccionista, el ensayismo de algunos autores de las décadas de 1920 y 1930 aparece como un producto ideológico de determinaciones sociales bien definidas, como una forma de encubrir las “reales” condiciones de dominación en la historia brasileña: “la ostentación de erudición y el escribir bien constituyen el revestimiento del ensayismo social característico de los hijos de las oligarquías regionales”. Carlo Guilherme Mota, *Ideologia da cultura brasileira (1933-1974)*, San Pablo, Ática, 1977, p. 59.

²⁸ Maria da Glória de Oliveira, “Crítica, método e escrita da história em João Capistrano de Abreu (1853-1927)”, tesis de maestría en historia, Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2006, pp. 17-18.

²⁹ Hugo Hruby, “Obreiros diligentes e zelosos auxiliando no preparo da grande obra: a história do Brasil no Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro (1889-1912)”, tesis de maestría en historia, Porto Alegre, PUC/RS, 2007, p. 23.

mentiras, sino *un conjunto de documentos humanos tomados al vivo*”.³⁰ Y no hay que pensar que se trata de un texto menor en el conjunto de la obra del sergipano, ya que él mismo, en el prefacio a la primera edición de su *História da literatura brasileira*, advirtió que era en aquel artículo donde había expuesto sus ideas sobre arte y literatura, a las que consideraba como las “líneas directrices” de su razonamiento crítico.³¹ Así, define que el objetivo de su obra es “encontrar las leyes que presidieron y continúan determinando la formación del genio, del espíritu, del carácter del pueblo brasileño”, y la considera, más que una mera descripción “pintoresca”, una “historia filosófica y naturalista”, cuya fuente primordial son los ya citados “documentos humanos” de la literatura. Esto es, Romero parte de una visión bastante abarcadora de la literatura, haciendo referencia a la tradición alemana de pensamiento: la literatura “comprende todas las manifestaciones de la inteligencia de un pueblo: política, economía, arte, creaciones populares, ciencias [...] y no, como se solía suponer en el Brasil, solamente las llamadas *bellas-letras*, ¡que finalmente se reducían casi exclusivamente a la poesía!”.³²

Como señaló Antonio Candido,

[S]u larga y constante operación consistió, en efecto, en elaborar una historia literaria que expresase la imagen de la inteligencia nacional en la secuencia temporal; un proyecto casi colectivo que solo Sílvio Romero pudo realizar satisfactoriamente, pero para el que trabajaron generaciones de críticos, eruditos, profesores, reuniendo textos, editando obras, investigando biografías, en un esfuerzo de medio siglo que hizo posible su *História de la Literatura Brasileña*, en la década del 80.³³

La tarea del historiador literario que Romero asumió como propia era, pues, descubrir un sentido propio para la literatura nacional y, con ello, organizar una temporalidad original para las letras brasileñas. Rodrigo Turin, de esa manera, aproxima la historiografía propiamente dicha a la historia literaria, en virtud del anhelo por definir un sentido de tiempo para la nación: la primera, que tendría como gran ejemplo a la *História geral* de Varnhagen, a través del deseo de elaboración de una correcta cronología histórica; la segunda, ejemplificada por la *História da literatura brasileira* de Romero, por el relevamiento y la sistematización de las obras que definirían en momentos diferentes a la literatura brasileña. En las palabras del investigador, “lo que la historia de la literatura podía ofrecer era justamente el mapa de ese proceso a través de los rastros literarios, en la medida en que dichos rastros sintetizaban el ‘espíritu’ de la nacionaldad, sin que fuese necesario detenerse en las particularidades factuales y en las otras constricciones implicadas en la historiografía *stricto sensu*”.³⁴

Aun cuando se diferenciase considerablemente, la tarea de Romero ya había sido instituida por los románticos de la generación precedente, en cuyo contexto el famoso ensayo de

³⁰ Sílvio Romero, “Sobre Émile Zola”, en *Sílvio Romero: teoria, crítica e história literária*, selección y presentación de Antonio Candido, Río de Janeiro, Livros Técnicos e Científicos/San Pablo, Edusp, 1978, pp. 100 y 84, respectivamente (las cursivas me pertenecen).

³¹ Sílvio Romero, “Prólogo da 1^a edição”, en *História da literatura brasileira*, vol. 1: *Contribuições e estudos gerais para o exato conhecimento da literatura brasileira*, 7^a ed., Río de Janeiro, José Olympio/Brasília, INL, 1980, p. 48.

³² *Ibid.*, pp. 55 y 58.

³³ Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira (momentos decisivos)*, vol. 2 (1836-1880), Belo Horizonte, Itatiaia, 1997, pp. 311-312.

³⁴ Rodrigo Turin, “Narrar o passado, projetar o futuro...”, *op. cit.*, pp. 63-64.

1836 sobre la historia de la literatura brasileña, escrito por Gonçalves de Magalhães, encuentra un lugar destacado. La tarea también fue asumida, aunque con particularidades propias, por la Academia Brasileña de Letras a partir de 1897, cuya elección de los patronos de los sitiales de los inmortales era no solo una especie de constitución del canon, sino también una versión literaria de la historia nacional.

Por su parte, los “ensayistas históricos” asumían un proyecto que, más allá de las semejanzas en lo concerniente a los objetivos, mostraba ser un tanto diferente en la práctica. La literatura, aun cuando mantiene en medida considerable su carácter central, deja de ser la “fuente” privilegiada de investigación y el principio orientador de las interpretaciones formuladas; ante todo, deja de ser la única expresión de aquello que definía, en gran parte del siglo XIX, lo nacional, o sea, la idea de pueblo. En otras palabras, se puede considerar que en el afán por comprender intelectualmente el Brasil y elaborar una interpretación social de su proceso formativo, el ensayo histórico, en cierta medida, se libera de las amarras de la literatura, si no de la forma al menos de la documentación exclusivamente literaria.

4 Si el ensayo logra mantener cierta autonomía en relación con la esfera literaria, no se yuxtapone por completo al despliegue de la historiografía, cuyo movimiento es posible vislumbrar en dos autores canónicos como Francisco Adolfo de Varnhagen y Capistrano de Abreu, así como en algunos debates que tuvieron lugar en el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño en el cambio del siglo. En el caso del Instituto, ya desde su fundación se planteó un problema en el orden del día: el problema de la periodización correcta de la historia del Brasil. En la sesión inaugural, el canónigo Januário da Cunha Barboza ya había planteado su inquietud por “determinar las verdaderas épocas de la historia del Brasil, y si esta se debe dividir en antigua y moderna, o cuáles deben ser sus divisiones”.³⁵ La tarea de periodización era un paso fundamental, por lo tanto, para una interpretación adecuada de los hechos históricos, aun cuando la escritura de la historia, planteada como una obra para la posteridad, no se redujese a eso.

Ahora bien, el Instituto no se había impuesto como primer objetivo la tarea de producción de una síntesis abarcadora de la historia del Brasil, que contemplara no solo la descripción de los hechos dignos de figurar en tal proyecto o el problema de la periodización, sino también un esfuerzo interpretativo que diese un sentido coherente al proceso histórico brasileño. En el detallado análisis que hizo Hruby sobre la institución en el período que va de la proclamación de la república al año 1912, sobresale la idea de que el Instituto aún se atribuía, manteniendo la característica definida desde su fundación, una posición documental, de recolección, identificación y crítica de fuentes; el trabajo final sería legado a los historiadores del porvenir, mientras que la tarea del momento era “preparar los ‘elementos seguros y esclarecidos para un juicio futuro’”. Esto es, “aun cuando la escritura de la Historia del Brasil fuese delegada a los sucesores, los miembros continuarían con la ardua tarea de reunir documentos y registrar los acontecimientos. Si tal proyecto no parecía ser tan elevado como lo sería la concreción del ‘gran libro’, era con todo difícil de llevar a cabo pues requería la imparcialidad del historiador y la sagacidad de su crítica”.³⁶ La

³⁵ Januário da Cunha Barboza, “Discurso”, en *Revista do Instituto Historico e Geographico do Brazil*, primera serie, vol. 1, 1839, p. 45 (edición facsimilar publicada en 1908).

³⁶ Hugo Hruby, “Obreiros diligentes e zelosos auxiliando no preparo da grande obra...”, *op. cit.*, p. 108.

posición de Oliveira Lima, en la sesión del 22 de abril de 1913, deja clara tal perspectiva. Haciendo eco de las palabras de Capistrano de Abreu, para quien el Brasil no tenía necesidad de historia, pero sí de documentos, Oliveira Lima afirmaba que era “preferible que en la *Revista* los documentos superen a los ensayos: es más urgente preparar el material, recolectando todo lo que está disperso, que aprovecharlo”.³⁷ El “gran libro” debería aún esperar algún tiempo.

Ahora bien, para Varnhagen y Capistrano de Abreu la cuestión asume otras proporciones. Si son considerables los dislocamientos que atravesó, de un autor al otro, la práctica historiográfica, con la profundización en el método de crítica documental, así como en la recolección de fuentes para la escritura de la historia del Brasil (y aquí hay que recordar el trabajo de anotación que llevó a cabo Capistrano de Abreu en la tercera edición de la *História geral* de Varnhagen), es igualmente notable la falta de aptitud de uno, según el otro, y la no realización por parte de este, según la visión de algunos críticos, de un esfuerzo más amplio de generalización de los argumentos planteados y de un trabajo interpretativo que fuese más allá de los hechos constatados y diese como resultado una obra de proporciones sintéticas más abarcadoras. Para decirlo de otro modo: el fracaso por parte de los dos historiadores (mayor en uno que en el otro) al no avanzar desde las descripciones empíricas hacia interpretaciones de carácter propiamente sociológico.

A pesar de las intenciones esbozadas por Varnhagen respecto del objetivo de su gran obra, en la que intentaba no “perder de vista la indispensable condición de la unidad” de la historia patria, y consciente de que “era conveniente aprovechar bien la creciente profusión de los materiales, y sobre todo ligarlos con un adecuado cemento”, parece que el propio autor reconocía, con una especie de retórica de la modestia, su ineptitud para la tarea: en la construcción del “edificio”, “el mismo edificio reclamaba cada día un arquitecto más hábil”.³⁸ Capistrano de Abreu, como más tarde Oliveira Lima en el discurso de homenaje al patrono de su sitial en la Academia Brasileña de Letras, lamentaba el hecho de que Varnhagen jamás hubiera podido ir más allá de los hechos, y sugería que el vizconde de Porto Seguro

[P]odría excavar documentos, demostrar su autenticidad, resolver enigmas, desvendar misterios, no dejar a sus sucesores nada que hacer en el terreno de los hechos: sin embargo, comprender tales hechos en sus orígenes, en su vinculación con los hechos más amplios y radicales de los que dimanan; generalizar las acciones y formular la teoría acerca de ellas; representarlas como consecuencias y demostrar de dos o tres leyes basilares, eso no lo logró, ni lo lograría.

Le faltaba a Varnhagen, según el autor de *Capítulos de história colonial*, un “espíritu plástico y simpático”, ya que “Historia do Brasil no le parecía un todo solidario y coherente”; le faltaba, sobre todo, el paso fundamental que hiciese de su historia una historia filosófica en los moldes proyectados y sugeridos para la historia del Brasil por Von Martius y que, ya a fines del siglo XIX, adquiriría aires cada vez menos “filosóficos” que propiamente sociológicos. Capistrano de Abreu llega a señalar de manera más específica las deficiencias de nuestro “primer historiador”, cuando dice que es una “pena que ignorase o desdeñase el cuerpo de doctrinas creadoras que en los últimos años se constituyeron como una ciencia bajo el nombre de sociología. Sin esa antorcha luminosa, no podía ver el modo en que se elabora la vida social. Sin ella las rela-

³⁷ Oliveira Lima, “Actual papel do Instituto Histórico”, en *RIHGB*, vol. LXXVI, parte 2, 1913, p. 486.

³⁸ Francisco Adolfo de Varnhagen, *História geral do Brasil*, *op. cit.*, vol. 1, p. 11.

ciones que vinculan los momentos sucesivos de la vida de un pueblo no podían perfilarse en su espíritu de modo de desentrañar los diferentes caracteres y factores recíprocamente”.³⁹

En el caso del historiador cearense, las cosas se vuelven más complejas. No son pocos los autores que lamentan el hecho de que el propio Capistrano de Abreu jamás haya realizado plenamente la escritura de una historia sociológica del Brasil. Uno de sus mayores estudiosos, sin descalificar sus avances, afirma que sus obras “marcan un momento crítico de nuestra historiografía, una revolución modernista *que no se completo*”.⁴⁰ No obstante, Capistrano de Abreu daría un paso al frente respecto de Varnhagen, rumbo a la “historia filosófica” del Brasil, porque “no es solo en los fundamentos socioeconómicos o en los subfundamentos naturales y antropológicos donde él va a buscar la categoría histórica de un período. Es también –y de allí toda la grandeza lógica de sus secciones temporales– en los fines, en las normas de la vida, en los sentimientos e ideales de cada círculo donde él busca las fronteras de sus épocas”.⁴¹ Pero parece que el paso no llegó hasta el final.

Le faltó, tal vez, un mayor esmero en la escritura para poder escribir la gran historia que él era capaz de hacer y que de él se esperaba.⁴² José Veríssimo, en 1907, al comentar la publicación de los *Capítulos*, consideró que el libro “no es aún, infelizmente, la obra completa y definitiva (todo cuanto una historia lo puede ser), que solo tal vez sus largos, constantes y provechosos estudios de la materia y su firme conocimiento de ella nos podían dar, y que tanta [falta] le hace a nuestra cultura”.⁴³ Sílvio Romero, por su parte, fue un tanto más cruel: “nosotros mismos, durante más de treinta años, nos dejamos engañar, y llegamos a esperar, con ansiedad, la *História do Brasil* prometida por Capistrano de Abreu. Sabíamos que él es un gran conocedor de nuestros hechos históricos [...]. Pero, tras diez años de espera, advertimos que su saber es puramente *micrológico* y de minucias, sin ningún tipo de relevancia”. Y, casi repitiendo las palabras de Capistrano de Abreu sobre el vizconde de Porto Seguro, añade que “le falta la vida, el calor, la imaginación, la capacidad sintética, el talento de narrar, la filosofía de los hechos, la amplitud generalizadora, la perspicacia analítica”, a lo que le sigue la estocada fatal: “en suma, le faltan todos las dotes de los grandes historiadores”.⁴⁴ Henri Hauser, profesor franco-argelino invitado a integrar el plantel docente de la Universidad del Distrito Federal, sugería en 1937 que tenía en su contra “el hecho de que su nombre no estuviera ligado a una gran obra, de figurar como un ensayista”.⁴⁵

³⁹ João Capistrano de Abreu, “Necrologio de Francisco Adolpho de Varnhagen”, *op. cit.*, pp. 138-140.

⁴⁰ José Honório Rodrigues, “Duas obras básicas de Capistrano de Abreu: os *Capítulos de história colonial e Caminhos antigos e povoamento do Brasil*”, en *Vida e história*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1966, p. 90 (las cursivas me pertenecen).

⁴¹ *Ibid.*, p. 136.

⁴² Maria da Glória de Oliveira, “Crítica, método e escrita da história...”, *op. cit.*

⁴³ Citado en Helio Vianna, “Ensaio biobibliográfico”, en J. Capistrano de Abreu, *O descobrimento do Brasil*, Rio de Janeiro, Martins Fontes; Biblioteca do Exército, 2001, p. LXXII.

⁴⁴ Sílvio Romero, *História da literatura brasileira*, vol. 5: *Diversas manifestações na prosa reações antirromânticas na poesia*, 5^a ed., Rio de Janeiro, José Olympio, 1954, pp. 1979-1980, nota 1.

⁴⁵ Citado en Helio Vianna, “Ensaio biobibliográfico”, *op. cit.*, p. LXXV. Evidentemente, el término “ensayista” es utilizado de forma distinta a la que aquí se concibe, dado el tono hasta cierto punto peyorativo que muestra en la afirmación: el ensayo no sería una “gran obra”. Peter Burke recuerda un pasaje de Philippe Ariés en el que este menciona su ambición, en la Francia de los años cuarenta, de escribir un ensayo histórico, aun cuando en aquel contexto “estos dos términos, ensayo e historia, pareciesen ser contradictorios”. Citado en Peter Burke, “O pai do homem: Gilberto Freyre e a história da infância”, en Gilberto Freyre, *Casa-grande & senzala*, edición crítica, París, ALLCA xx, 2002, p. 796.

Maria da Glória Oliveira, en relación con la cuestión de los vínculos íntimos entre investigación y escritura en la obra del historiador, muestra que Capistrano de Abreu, incansable lector, iba siempre postergando la escritura de la historia del Brasil que planeaba llevar a cabo. En su pormenorizado estudio, la autora sugiere que la falta de interés por la escritura de una obra de proporciones más abarcadoras dio lugar a una estrategia particular: la escritura por capítulos. En sus palabras, “ella se correspondía, finalmente, con la instauración de un régimen de escritura cuyos dispositivos de validación no se encontrarían, exclusivamente, en la explicación del aparato crítico utilizado por el historiador, sino en la coherencia explicativa propia del texto que él elaboró”.⁴⁶ Y eso no se refleja solo en la confección de *Capítulos de história colonial*, sino también en el conjunto de una obra producida, sobre todo, a través de textos más breves y publicada en soportes periódicos, donde él “derramaba su saber”, al decir de Helio Vianna, y que más tarde fueron reunidos por la Sociedad Capistrano de Abreu. Así, *Caminhos antigos e povoamento do Brasil* y las series de *Ensaios e estudos* solo reúnen escritos dispersos realizados a lo largo de una intensa vida de investigaciones.

5 Estas consideraciones señalan un lugar específico en la tradición de escritura de la historia que aquí solo fue parcialmente reconstituida. A pesar de su obra “incompleta”, Capistrano de Abreu aparece como un indicio de “transición” hacia donde convergen la intención interpretativa establecida por la historiografía literaria y la intención erudita defendida por los historiadores “convencionales”. Después de constatar que la historia de Varnhagen no cumplía con el ideal sociológico, Capistrano de Abreu dejó en claro cuáles eran sus expectativas: “esperamos que alguien, iniciado en el movimiento del pensamiento contemporáneo, que conozca los métodos nuevos y los instrumentos poderosos que la ciencia pone a disposición de sus adeptos, levante el edificio, cuyos elementos reunió el Vizconde de Porto-Seguro”, y que ese alguien, como ya fue señalado anteriormente,

escriba una historia de nuestra Patria digna del siglo de Comte y Herbert Spencer. Inspirado por la teoría de la evolución, muestre la unidad que ata los tres siglos que hemos vivido. Guiado por la ley del *consensus*, nos muestre lo *rationale* de nuestra civilización, nos indique la interdependencia orgánica de los fenómenos, y esclarezca a unos por medio de los otros. Arranque de las entrañas del pasado el secreto angustioso del presente, y nos libere del empirismo tosco en el que tripudiamos.⁴⁷

Serían, en cierta medida, los llamados “intérpretes del Brasil” los que avanzarían por los meandros de las “nuevas” teorías científicas y brindarían a los lectores brasileños, a través de sus intentos de explicar y comprender el Brasil, respuestas para el “secreto angustioso” de su presente. La escritura ganaría en sentido filosófico o sociológico, como se lo quiera llamar, incluso a costa de una preocupación más detenida con los criterios de la crítica erudita.

En provecho de la búsqueda de la línea de fuerza que definiría a la historia brasileña, el ensayo parece desplazar la mirada de la superficie visible al ámbito no evidente del proceso

⁴⁶ Maria da Glória de Oliveira, “Crítica, método e escrita da história...”, *op. cit.*, p. 160.

⁴⁷ J. Capistrano de Abreu, “Necrologio de Francisco Adolpho de Varnhagen”, *op. cit.*, pp. 140-141.

histórico. En ese sentido, la atención que se volcaba sobre el documento, esencial para la tarea crítica tanto de Varnhagen como de Capistrano, termina ocupando una posición de segundo plano. Como argumentó Oliveira Vianna, “en el estado actual de la ciencia histórica, el texto de los documentos no basta por sí solo para hacer revivir una época, o comprender la evolución particular de determinada agrupación humana [...]”.⁴⁸ Bomfim había planteado una idea semejante algunos años atrás: en el estudio de la historia patria, de sus acontecimientos fundadores y “para destacar de ellos su carácter general, *el pensamiento no se perderá en los desvanes de la erudición, ni gastará energías para efectos solamente literarios*”.⁴⁹ El objetivo era la síntesis del movimiento, no la descripción de sus factores.

Una vez más, se puede tomar a Capistrano de Abreu como parámetro comparativo entre el ensayo histórico y la práctica efectiva de la investigación histórica, ya que el historiador trataba de hacer evidente en sus textos una de las características fundamentales del trabajo historiográfico, esto es, la capacidad de dudar de los documentos. Ese principio de la duda se traducía en dos procedimientos convergentes: por un lado, requería precaución para las aserciones hechas, dado que dependen de un respaldo empírico legítimo; por otro, llevaba al autor a trabajar de acuerdo con las probabilidades del registro histórico, siempre cuidadoso en el uso de fórmulas como “tal vez”, “es posible”, “probablemente”, etc.⁵⁰ Aun cuando los *Capítulos*, como ya se ha señalado, no tuviesen referencias eruditas que posibilitasen que el lector “rehiciera” los caminos de la investigación, se advierte en el autor un cuidado con los documentos distinto de aquel que se percibe en Vianna y en Bomfim. En otro trabajo de carácter bastante diferente, puesto que pretendía ser un manual didáctico de historia del Brasil destinado a la enseñanza superior, a saber, el libro de João Ribeiro publicado originalmente en 1900, se advierte aún el cuidado erudito del historiador.⁵¹

Ribeiro alega desde la introducción que no es ese el lugar para “disertaciones filosóficas”, o sea, para un trabajo más contundente de teorización sobre la historia patria, si bien presenta lo que define como “ideas generales” sobre el correcto movimiento histórico en la formación del Brasil. Es interesante señalar, entre tanto, las precauciones que toma el autor respecto de la veracidad de las informaciones relatadas, siempre haciendo uso de expresiones tales como “es probable”, “probablemente”, “no se sabe bien”, en aquellos casos en que el examen de la documentación no da seguridad sobre las aserciones. Por otro lado, en algunas oportunidades la duda es elidida en favor de afirmaciones construidas con el respaldo de fuentes consideradas seguras. En el primer capítulo del libro hay incluso una sección titulada “Cuestiones y dudas”, en la cual Ribeiro, filólogo e historiador, retoma discusiones sobre determinados hechos, y examina a la luz de los documentos disponibles la probabilidad de las versiones existentes sobre ellos. Esto es, parte del procedimiento didáctico de la obra se asienta firmemente sobre los principios definidores de la erudición histórica.

Paulo Prado, por su parte, ocupa un lugar singular en esa temática. Su *Retrato do Brasil* es reconocidamente uno de los más representativos ensayos históricos escritos en aquella época. Según consta, su “conversión” a los estudios históricos se habría producido después de

⁴⁸ Francisco José Oliveira Vianna, *Populações meridionais do Brasil*, *op. cit.*, pp. II-III.

⁴⁹ Manoel Bomfim, *O Brazil na America. Caracterização da formação brasileira*, Río de Janeiro, Livraria Francisco Alves, 1929, p. 8.

⁵⁰ Como bien advirtió Maria da Glória de Oliveira, “Crítica, método e escrita da história...”, *op. cit.*, pp. 120 y ss.

⁵¹ João Ribeiro, *História do Brasil. Curso superior*, Río de Janeiro, Francisco Alves, 1960.

la lectura de los *Capítulos* de Capistrano de Abreu, con quien cultivó una relación bastante cercana en el plano tanto personal como profesional.⁵² En ese sentido, a pesar de advertir al lector en la nota que abre la cuarta edición, de 1931, que se trataba de un “ensayo puramente filosófico”,⁵³ esto es, elaborado en función de una generalización sobre la formación nacional y sin preocuparse por las minucias de la erudición, la relación con Capistrano de Abreu debe haberlo alertado respecto de una serie de requisitos fundamentales para un texto historiográfico. Así, toda la trama argumentativa del autor está fundamentada en una amplia documentación, en su mayor parte indicada en notas al pie, lo que distingue nítidamente su libro de las obras de Vianna y Bomfim ya mencionadas. No hay allí, evidentemente, un análisis crítico de las fuentes, en el sentido de la erudición propuesta por Varnhagen y Capistrano de Abreu, pero se advierte el interés del autor por crear la base documental de su ensayo.

De esa manera, un crítico atento como el propio João Ribeiro llega a decir que Paulo Prado “es un historiador en el mejor sentido en que podemos clasificarlo, no cabe la menor duda. Conoce los hechos en detalle, cuenta con una extensa documentación, y pocos como él podrían hacer gala de la erudición que él adquirió acerca de nuestro pasado”.⁵⁴ Pero más allá del elogio sobre el empleo de los documentos, el filólogo cuestiona justamente el *uso* que se hace de ellos; él, que no era proclive a las “disertaciones filosóficas”, critica las generalizaciones, quizás abusivas, del ensayista. Para Ribeiro, la falla residía no en la falta de crítica, sino en la elección de las fuentes utilizadas, pues, según sus elocuentes palabras, “los documentos como los clásicos prueban lo que se desea”.⁵⁵ Finalmente, la opinión del autor de la reseña parece alcanzar el núcleo de la cuestión ensayística: “es una pintura magnífica en la que no reconocemos el original pero admiramos los efectos de luz y el modelado y distribución de las figuras, retrato de un abuelo lejano que haría un excelente papel en una galería de antepasados”.⁵⁶

Entre una “teoría general” y la atención erudita prestada a las fuentes se despliega el lugar del ensayo histórico. Caio Prado Jr. esbozó la idea al decir que *Evolução política do Brasil* sería menos una “historia del Brasil” que un “simple ensayo”: una “síntesis de la evolución política del Brasil” y no “su historia completa”. Con ello indica su interés no por la totalidad del proceso, sino por la “resultante media” o “línea maestra” de los hechos, interpretados, como se sabe, con una orientación marcadamente materialista.⁵⁷ Queda claro a lo largo la obra que a Caio Prado no le interesaba una investigación intensa “de primera mano”, sino solo ofrecer *otra* interpretación basada en las propias historias que se habían escrito hasta entonces, pero con una orientación teórica diferente.⁵⁸

⁵² Véase Carlos Augusto Calil, “Introdução”, en Paulo Prado, *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira*, 8^a ed., San Pablo, Companhia das Letras, 1997, pp. 9 y ss.

⁵³ Paulo Prado, *Retrato do Brasil*, 4^a ed., *op. cit.*, p. 5.

⁵⁴ Reseña publicada en el *Jornal do Brasil* en 1928, reproducida en Paulo Prado, *Retrato do Brasil*, 8^a ed., *op. cit.*, p. 224.

⁵⁵ Podemos retomar aquí la célebre afirmación de Paul Valéry: “la historia es el producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado [...]. La Historia justifica lo que quiere. No enseña rigurosamente nada, porque contiene todo y da ejemplos de todo”. Paul Valéry, “De l’histoire”, en *Regards sur le monde actuel*, París, Gallimard, 1945, p. 35.

⁵⁶ Reproducido en Paulo Prado, *Retrato do Brasil*, 8^a ed., *op. cit.*, p. 226.

⁵⁷ Caio Prado Jr., *Evolução política do Brasil. Colônia e império*, 21^a ed., San Pablo, Brasiliense, 1999, p. 7. El pasaje se encuentra en el prefacio a la primera edición. En esta, publicada por la Empresa Gráfica Revista dos Tribunais en 1933, el subtítulo, suprimido en las ediciones posteriores, era “Ensayo de interpretación materialista de la Historia del Brasil”.

⁵⁸ “Los historiadores, interesados únicamente en la superficie de los acontecimientos [...], olvidaron casi por completo lo que pasa en lo íntimo de nuestra historia de lo que estos acontecimientos no son sino un reflejo exterior”, *ibid.*, pp. 7-8.

Tal vez sea por ello que no se ve en este ensayo una investigación más intensa *a partir* de los documentos –como se verá más tarde en *Formação do Brasil contemporâneo*–, que son por lo común citados, a través de terceros, a partir de la obra de otros autores. Así, la distinción entre el “reflejo exterior” de los acontecimientos y lo “íntimo de nuestra historia”, que solo puede ser aprehendido cuando se supera el nivel puramente empírico de la investigación, sitúa en dos planos distintos y separados la investigación de los hechos y la interpretación del proceso. Paulo Prado fue el que mejor definió la intención: el esfuerzo se dirigiría a la “especulación deductiva” y no al establecimiento de los acontecimientos, y así se intentaba “llegar a la esencia de las cosas, de modo que a la pasión de las ideas generales no le falte la solidez de los casos particulares”. Eso implicaba, a su vez, “considerar la historia no como resurrección romántica, ni como ciencia conjetal, a la alemana, sino como un conjunto de meras impresiones, buscando en el fondo misterioso de las fuerzas conscientes o instintivas las influencias que dominaron, con el correr de los tiempos, a los individuos y a la colectividad”.⁵⁹

6 La hipótesis que se plantea es, por lo tanto, la de que el ensayo histórico de las primeras décadas del siglo xx surge en el paso entre las intenciones sintéticas de la historia literaria y las pretensiones eruditas de la historiografía convencional. Con ello sugiero aquí que es posible definirlo como el esfuerzo de sistematización de una realidad histórica o, en los términos antes planteados, de (re)ordenamiento de la experiencia del tiempo, aunque sin prestar una atención detenida en relación con el método crítico historiográfico, pero también sin la reducción documental propuesta por algunas versiones de historia de la literatura, en que la idea de documento histórico era, de manera general, sinónimo de *texto literario*, cualquiera fuese su definición.⁶⁰ Así, situado entre la historia literaria y la crítica histórica, se abre para el ensayo interpretativo todo el campo de las ciencias sociales, precisamente en un contexto en el que la sociología brasileña como disciplina no contaba aún con medios institucionales definidos para su autonomía. No es casual, por lo tanto, que autores considerados ensayistas, tales como un Euclides da Cunha, un Oliveira Vianna o un Gilberto Freyre, lleguen a figurar como “padres” del conocimiento sociológico en el Brasil: ¡la disparidad de las obras indica la imprecisión del certificado de paternidad! Antonio Candido, por ejemplo, definió *Los sertones* como un delimitador de fronteras: “libro situado entre la literatura y la sociología naturalista, *Los sertones* señala un fin y un comienzo: el fin del imperialismo literario, el comienzo del análisis científico aplicado a los aspectos más importantes de la sociedad brasileña”.⁶¹

El ensayo histórico, por lo tanto, no es solo el texto situado en la frontera entre el arte y la ciencia, como se suele decir, sino el modelo de escritura que permite aglutinar campos académicos hoy considerados distintos; es el punto de confluencia propicio en el Brasil para la relación entre las “tres culturas”⁶² que marcaron el siglo xix, su forma privilegiada de discurso. □

⁵⁹ Paulo Prado, *Retrato do Brasil*, 4^a ed., *op. cit.*, p. 187. Ronaldo Vainfas, contraponiendo “libro de historia” a “ensayo interpretativo”, define el “estilo ensayístico” como “más reflexivo que demostrativo”. Ronaldo Vainfas, “Introdução”, en Silviano Santiago (coord.), *Intérpretes do Brasil*, *op. cit.*, p. 15.

⁶⁰ Véase José Veríssimo, “Sobre alguns conceitos de Sílvio Romero”, en *Que é literatura? e outros escritos*, *op. cit.*, pp. 248-249.

⁶¹ Antonio Candido, “Literatura e cultura de 1900 a 1945”, en *Literatura e sociedade*, San Pablo, T. A. Queiroz, 2000, p. 122.

⁶² Wolf Lepenies, *As três culturas*, San Pablo, Edusp, 1996.

Bibliografía

- Abreu, J. Capistrano de, “Necrologio de Francisco Adolpho de Varnhagen”, en *Ensaios e estudos (critica e historia)*, 1^a serie, edición de la Sociedade Capistrano de Abreu, Livraria Briguet, 1931.
- Araújo, Ricardo Benzaquen de, “Ronda noturna. Narrativa, crítica e verdade em Capistrano de Abreu”, en *Estudos Históricos*, N° 1, 1988.
- Arendt, Hannah, *Entre o passado e o futuro*, San Pablo, Perspectiva, 1972.
- Barboza, Januário da Cunha, “Discurso”, en *Revista do Instituto Historico e Geographico do Brazil*, primera serie, vol. 1, 1839 (edición facsimilar publicada en 1908).
- Blanckaert, Claude, *La nature de la société. Organicisme et sciences sociales au xixe siècle*, París, L’Harmattan, 2004.
- Bomfim, Manoel, *A America Latina. Males de origem*, Río de Janeiro/París, H. Garnier/Livreiro-Editor, 1905.
- , *O Brazil na America. Caracterização da formação brasileira*, Río de Janeiro, Livraria Francisco Alves, 1929.
- Bosi, Alfredo, “Um mito sacrificial: o indianismo de Alencar”, en *A dialética da colonização*, San Pablo, Companhia das Letras, 1992.
- Burke, Peter, “O pai do homem: Gilberto Freyre e a história da infância”, en Gilberto Freyre, *Casa-grande & senzala*, edición crítica, París, ALLCA XX, 2002.
- Calil, Carlos Augusto, “Introdução”, en Paulo Prado, *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira*, 8^a ed., San Pablo, Companhia das Letras, 1997.
- Candido, Antonio, “Literatura e cultura de 1900 a 1945”, en *Literatura e sociedade*, San Pablo, T. A. Queiroz, 2000.
- , *Formação da literatura brasileira (momentos decisivos)*, vol. 2 (1836-1880), Belo Horizonte, Itatiaia, 1997.
- Carvalho, Ronald de, *Pequena historia da literatura brasileira*, Río de Janeiro, F. Briguet & Comp., 1919.
- Cunha, Euclides da, *Os sertões*, edición crítica de Walnice Nogueira Galvão, San Pablo, Ática, 2004.
- Elias, Norbert, “Sociogênese da diferença entre ‘kultur’ e ‘civilisation’ no emprego alemão”, en *O processo civilizador*, vol. 1, Río de Janeiro, Jorge Zahar, 1994.
- Gaio, André Moysés, *Modernismo e ensaio histórico*, San Pablo, Cortez, 2004.
- Graça Aranha, “O espírito moderno”, en Gilberto Mendonça Teles, *Vanguarda européia e modernismo brasileiro. Apresentação crítica dos principais manifestos, prefácios e conferências vanguardistas, de 1857 até hoje*, Petrópolis, Vozes, 1971.
- Gumbrecht, Hans Ulrich, “Cascatas da modernidade”, en *Modernização dos sentidos*, San Pablo, Editora 34, 1998.
- Hartog, François, “O tempo desorientado. Tempo e história: ‘como escrever a história da França’”, en *Anos 90*, n° 7, Porto Alegre, julio de 1997.
- , “Ordres du temps, régimes d’historicité”, en *Régimes d’historicité. Présentisme et expérience du temps*, París, Éditions du Seuil, 2003.
- Hollanda, Sergio Buarque de, *Raízes do Brasil*, Río de Janeiro, Livraria José Olympio Editora, 1936.
- Hruby, Hugo, “Obreiros diligentes e zelosos auxiliando no preparo da grande obra: a história do Brasil no Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro (1889-1912)”, tesis de maestría en historia, Porto Alegre, PUC/RS, 2007.
- Ianni, Octavio, “Estilos de pensamento”, en Elide Rugai Bastos y João Quartim de Moraes (orgs.), *O pensamento de Oliveira Vianna*, Campinas, Editora da Unicamp, 1993.
- Koselleck, Reinhhardt, “O futuro passado dos tempos modernos”, en *Futuro passado. Contribuição à semântica dos tempos históricos*, Río de Janeiro, Contraponto; Editora PUC/RJ, 2006.
- Lepenies, Wolf, *As três culturas*, San Pablo, Edusp, 1996.
- Lima, Luiz Costa, *História. Ficção. Literatura*, San Pablo, Companhia das Letras, 2006.
- Lima, Oliveira, “Actual papel do Instituto Historico”, en *RIHGB*, vol. LXXVI, parte 2, 1913.

—, “Discurso do Sr. Oliveira Lima (por conta da sua recepção, em 17 de junho de 1903)”, en *Revista da Academia Brasileira de Letras*, vol. 1, julio de 1910.

Macé, Marielle, *Le temps de l'essai. Histoire d'un genre en France au XX^e siècle*, Tours, Belin, 2006.

Machado de Assis, “Discurso de Machado de Assis presidente (sesión de abertura, em 20 de julho de 1897)”, en *Revista da Academia Brasileira de Letras*, vol. 1, julio de 1910.

Machado, Antônio de Alcântara, “Geração revoltada”, en Antonio Cândido y José Aderaldo Castello, *Presença da literatura brasileira. Modernismo: história e antologia*, Río de Janeiro, Bertrand Brasil, 1997.

Magalhães, Domingos José Gonçalves de, “Discurso sobre a historia da litteratura do Brasil”, edición facsimilar de la segunda edición (1865), publicada en *Discurso sobre a história da literatura do Brasil*, Río de Janeiro, Fundação Casa de Rui Barbosa, 1994.

Mattos, Ilmar Rohloff de, *O tempo Saquarema: a formação do Estado imperial*, San Pablo, Hucitec, 2004.

Moraes, Eduardo Jardim de, “Modernismo revisitado”, en *Estudos Históricos*, vol. 1, nº 2, 1988.

Mota, Carlo Guilherme, *Ideologia da cultura brasileira (1933-1974)*, San Pablo, Ática, 1977.

Nabuco, Joaquim, “Discurso de Joaquim Nabuco, secretario geral”, en *Revista da Academia Brasileira de Letras*, vol. 1, julio de 1910.

Oliveira, Maria da Glória de, “Crítica, método e escrita da história em João Capistrano de Abreu (1853-1927)”, tesis de maestría en historia, Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2006.

Prado Jr., Caio, *Evolução política do Brasil. Colônia e império*, 21^a ed., San Pablo, Brasiliense, 1999.

Prado, Paulo, *Retrato do Brasil. Ensaio sobre a tristeza brasileira*, 4^a ed., Río de Janeiro, F. Briguiet & Cia, 1931.

Proust, Antoine, “L'histoire s'écrit”, en *Douze leçons sur l'histoire*, París, Éditions du Seuil, 1996.

Ribeiro, João, *História do Brasil. Curso superior*, Río de Janeiro, Francisco Alves, 1960.

Ricoeur, Paul, *Tempo e narrativa*, vol. 1, Campinas, Papirus, 1994.

Rocha, João Cezar de Castro, *O exílio do homem cordial. Ensaios e revisões*, Río de Janeiro, Museu da República, 2004.

Rodrigues, José Honório, “Duas obras básicas de Capistrano de Abreu: os *Capítulos de história colonial e Caminhos antigos e povoamento do Brasil*”, en *Vida e história*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1966.

—, *Teoria da história do Brasil (Introdução metodológica)*, 3^a ed., San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1969.

Romero, Sílvio, “Prólogo da 1^a edição”, en *História da literatura brasileira*, vol. 1: *Contribuições e estudos gerais para o exato conhecimento da literatura brasileira*, 7^a ed., Río de Janeiro, José Olympio; Brasília, INL, 1980.

—, “Sobre Émile Zola”, en *Sílvio Romero: teoria, crítica e história literária*, selección y presentación de Antonio Cândido, Río de Janeiro, Livros Técnicos e Científicos, San Pablo, Edusp, 1978.

—, *História da literatura brasileira*, vol. 5: *Diversas manifestações na prosa reações antirromânticas na poesia*, 5^a ed., Río de Janeiro, José Olympio, 1954.

—, “Nosso maior mal”, en *Provocações e debates (contribuições para o estudo do Brazil social)*, Porto, Livraria Chardron, 1910.

Santiago, Silviano (coord.), “Introdução”, en *Intérpretes do Brasil*, vol. 1, Río de Janeiro, Nova Aguilar, 2002.

Süsskind, Flora, “Texto introdutório ao *A América Latina*”, en Silviano Santiago (coord.), *Intérpretes do Brasil*, vol. 1, Río de Janeiro, Nova Aguilar, 2002.

Torres, Alberto, *O problema nacional brasileiro. Introdução a um programma de organização nacional*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1933.

Tristão de Athayde. “Política e letras”, en *À margem da historia da republica (ideaes, crenças e affirmações). Inquérito por escriptores da geração nascida com a republica*, Río de Janeiro, Laemmert, 1924.

Turin, Rodrigo, “A ‘obscura história’ indígena. O discurso etnográfico no IHGB (1840-1870)”, en Manoel Luiz Salgado Guimarães, *Estudos sobre a escrita da história*, Río de Janeiro, 7Letras, 2006.

—, “Narrar o passado, projetar o futuro: Silvio Romero e a experiência historiográfica oitocentista”, tesis de maestría en historia, Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2005.

Vainfas, Ronaldo, “Introdução”, en Silviano Santiago (coord.), *Intérpretes do Brasil*, vol. 2, Río de Janeiro, Nova Aguilar, 2002.

Valéry, Paul, “De l’histoire”, en *Regards sur le monde actuel*, París, Gallimard, 1945.

Varnhagen, Francisco Adolfo de, *Historia geral do Brazil, isto é do descobrimento, colonização, legislação e desenvolvimento deste Estado, hoje imperio independente, escripta em presença de muitos documentos autenticos recolhidos nos arquivos do Brazil, de Portugal, da Hespanha e da Hollanda*, por um socio do Instituto Historico do Brazil, natural de Sorocaba, vol. 1, 1854.

Ventura, Roberto, *Estilo tropical: história cultural e polêmicas literárias no Brasil, 1870-1914*, San Pablo, Companhia das Letras, 1991.

Veríssimo, José, “A crítica literária”, en *Que é literatura? e outros escritos*, San Pablo, Landy, 2001.

Vianna, Francisco José Oliveira, *Populações meridionaes do Brazil (historia – organização – psycologia)*, primer volumen, *Populações rurales do centro-sul (paulistas – fluminenses – mineiros)*, San Pablo, Monteiro Lobato & Cia. Editores, 1920.

Vianna, Helio, “Ensaio biobibliográfico”, en João Capistrano de Abreu, *O descobrimento do Brasil*, Río de Janeiro, Martins Fontes; Biblioteca do Exército, 2001.

Resumen / Abstract

Orden del tiempo y escritura de la historia: consideraciones sobre el ensayo histórico en el Brasil, 1870-1940

El propósito de este artículo es analizar las relaciones entre la escritura de la historia practicada en el Brasil entre 1870 y 1940 y la experiencia de tiempo tal como fue percibida y representada por una significativa generación de letreados que actuaron en ese contexto. Al establecer como foco del análisis el género del *ensayo histórico*, se sostiene el argumento de que dicho género fue la modalidad discursiva privilegiada para lidiar con los impasses de orden temporal que marcaron aquel momento histórico, caracterizado por un profundo cuestionamiento respecto de los caminos que había seguido la república brasileña, por una desnaturalización del ideal de progreso que había definido desde el siglo XIX los rasgos del concepto moderno de historia y, finalmente, por un deseo de renovar las interpretaciones centradas en el proceso de formación de la nación.

Palabras clave: Historiografía brasileña - Experiencia de tiempo - Ensayo histórico

Order of time and history writing: considerations on historical essay in Brasil, 1870-1940

This article is intended to analyze the relationships between the writing of history practiced in Brazil between 1870 and 1940, with the experience of time as perceived and represented by a significant number of scholars who acted in such a context. Establishing the focus of the analysis on the historical essay, it is argued in the sense that this kind of essay was a privileged discursive modality for dealing with the problems of temporal order that featured that historical moment, characterized by a deep questioning about the paths taken by the Brazilian republic, by a distortion of the ideal of progress that defined, since the nineteenth century, the features of the modern concept of history, and, finally, by a desire to renew interpretations focused on the formation process of the nation.

Keywords: Brazilian historiography - Experience of time - Historical essay

El Centenario de la Independencia

*y la construcción de un discurso acerca de Tucumán:
proyectos y representaciones**

Soledad Martínez Zuccardi

Universidad Nacional de Tucumán / CONICET

Entre las actividades que integran el programa oficial de festejos del Centenario de la Independencia en Tucumán figura la publicación de una obra ambiciosa: la compilación *Tucumán al través de la historia. El Tucumán de los poetas* (1916), que aspiraba a reunir “todo cuanto, importante o ameno, anda escrito sobre nuestra provincia, desde los tiempos más remotos hasta los más recientes”, como se afirma en el prólogo de la obra. Tal interés de recopilar todo lo escrito sobre Tucumán puede vincularse con el afán fundacional que parece caracterizar en esta época la función de la literatura –entendida aquí en un sentido amplio, no especializado–. Según Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, una de las “misiones” del escritor de estos años es fundar la tradición del país, pensar los orígenes de la nación.¹ Es posible conjeturar que a partir de la realización de una compilación histórica de escritos acerca de Tucumán se aspiraba a fundar la provincia en el plano simbólico, a forjar una memoria local y cimentar una tradición.

En las páginas que siguen me detengo en esta –hasta el momento poco examinada– compilación, enfocando en el modo en que allí aparece representada la provincia.² Propongo una sistematización de esas representaciones, que pueden ser condensadas en cuatro imágenes de Tucumán: 1) la de edénico jardín, de naturaleza y geografía prodigiosas; 2) la de heroica cuna de la libertad y la independencia; 3) la de una provincia de “porvenir” brillante a partir de la pujanza de la industria azucarera; y 4) la de una ciudad culta, animada y atenta a la moda. Tales representaciones –que, como intentaré mostrar, en conjunto parecen estar orientadas a destacar la singularidad y la relevancia de Tucumán en la historia y el futuro de la nación– revisten un carácter estratégico en relación con el proyecto modernizador de la provincia desplegado por el grupo que encomienda la realización de *Tucumán al través de la historia. El Tucumán de los poetas*.³

* Una primera versión de este trabajo fue leída en las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia (Mendoza, 2013). Agradezco a Flavia Fiorucci sus valiosos comentarios en el marco de dichas jornadas.

¹ Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, p. 188.

² Esta obra es objeto tan solo de breves alusiones en estudios sobre la literatura de la región (David Lagmanovich, *Literatura del Noroeste argentino*, Rosario, Biblioteca, 1974, pp. 205-206), o bien sobre las celebraciones de los centenarios en la provincia (Elena Perilli de Colombe Garmendia, *Tucumán en los dos centenarios (1910-1916)*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 1999, p. 165).

³ Utilizo el término “representación” para aludir a esas construcciones discursivas efectuadas como un modo de aprehender una realidad dada pero que actúan “con un propósito, de acuerdo a una tendencia y en un ambiente his-

1. La iniciativa de una compilación de textos sobre Tucumán. Juan B. Terán, Manuel Lizondo Borda y el grupo del Centenario local

La compilación es encargada a Manuel Lizondo Borda por la Comisión Provincial del Primer Centenario de la Independencia Argentina, constituida en 1915 con el objeto de organizar la celebración de la fiesta patria. Los integrantes de la Comisión eran en su mayoría –aunque no exclusivamente– miembros de la élite política y socioeconómica tucumana, y muchos de ellos formaban parte además de un grupo que en el marco de la historiografía local ha sido denominado como “generación del Centenario” o “generación de la Universidad” y que dio impulso a un vasto proyecto de modernización económica y cultural de la provincia, tendiente a convertirla en el centro de la región del Noroeste argentino y en un importante polo a nivel nacional.⁴

Dicho proyecto se vio muy ligado al vertiginoso crecimiento experimentado por la industria azucarera desde el último cuarto del siglo XIX. Como afirma Mark Alan Healey, “[e]l Tucumán moderno surgió a la sombra de las chimeneas de los ingenios azucareros”.⁵ Donna J. Guy precisa que durante el decenio de 1880 tal industria se había visto beneficiada por ciertos gobiernos nacionales –con cuyos funcionarios el empresariado tucumano estaba estrechamente vinculado– y que, de acuerdo con una política de fomento de las industrias regionales ejecutada como un modo de promover la consolidación nacional, impulsaron medidas tendientes a favorecer el proceso azucarero.⁶ Debido a su temprano desarrollo industrial, la provincia constituiría, para Luis Alberto Romero, una excepción (al igual que Córdoba, Mendoza y Santa Fe) en relación con otras provincias del denominado “interior” del país, entonces todavía incapaces de incorporarse al mercado mundial.⁷ Pese a la existencia de tempranas crisis de sobreproducción, a partir del impulso azucarero Tucumán moderniza rápidamente su fisonomía y vive un clima de progreso y prosperidad, vigente hasta los festejos del Centenario de la Independencia.

Este grupo de hombres del Centenario –entre quienes puede destacarse a Juan B. Terán (1880-1938, fundador de la entonces flamante Universidad de Tucumán), Ernesto Padilla (1873-1951, gobernador de Tucumán en 1916 y último mandatario conservador de la provincia), el filósofo Alberto Rougés (1880-1945), el naturalista Miguel Lillo (1862-1931), los abogados José Ignacio Aráoz (1875-1941) y Julio López Mañán (1878-1922), el poeta modernista boliviano Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933)– revela una hasta entonces inédita inclinación

tórico, intelectual e incluso económico específico” y revelan acaso más acerca de los sujetos que las construyen que de aquello que buscan representar (Edward Said, *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo, 2004, p. 360).

⁴ Esta generación es estudiada en el libro de Elena Perilli de Colombrés Garmendia y Elba Estela Romero, *Un proyecto geopolítico para el Noroeste argentino. Los intelectuales del “Centenario” en Tucumán*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 2012. En cuanto a la labor específicamente cultural del grupo, pueden verse los libros de mi autoría: Soledad Martínez Zuccardi, *Entre la provincia y el continente. Modernismo y modernización en la Revista de Letras y Ciencias Sociales (Tucumán, 1904-1907)*, Tucumán, IIELA, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2005, y *En busca de un campo cultural propio. Literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.

⁵ Mark Alan Healey, “El interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en las regiones extrapampereanas”, en Daniel James (ed.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Nueva Historia Argentina, vol. 9, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 183.

⁶ Donna J. Guy, *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del 80*, Tucumán, Fundación Banco Comercial del Norte, 1981, pp. 13-17.

⁷ *Ibid.*, pp. 22-23.

por la acción cultural y se aboca, entre otras tareas, a la creación de publicaciones (como la significativa *Revista de Letras y Ciencias Sociales*),⁸ a la conducción de instituciones ya existentes como la Sociedad Sarmiento (principal asociación científica y literaria de la época, que había sido fundada en 1882), y a la gestación de una nueva institución: la mencionada Universidad de Tucumán. Es sin duda esta última la obra más importante del grupo. Proyectada en 1909 con una fuerte orientación experimental y práctica –diferente, así, de las más “doctorales” casas de estudio de Córdoba y Buenos Aires, y más próxima a la de La Plata–, la universidad tucumana se inaugura en 1914.

Terán, fundador, ideólogo y primer rector de la institución –y miembro fundamental del grupo del Centenario–⁹ es precisamente quien tiene la iniciativa de crear la compilación que deriva en *Tucumán al través de la historia*, y quien dirige a Lizondo Borda en su confección, como lo destaca el propio compilador en el prefacio: “Túvose a bien [...] bajo la dirección del Dr. Juan B. Terán poner en nuestras manos [la compilación]”; “La idea determinante de este libro ha sido la de un ‘mosaico’, –al decir del Dr. Terán– de cosas y hechos tucumanos desflecados del paño de su historia”.¹⁰ Cabe destacar el importante papel que se atribuye a Terán en la elaboración de la obra, dato que no aparece mencionado en los estudios sobre su figura y que confirma a la compilación como un proyecto más de los hombres del Centenario.

¿Cuáles pueden haber sido los motivos de la elección de Manuel Lizondo Borda (1899-1961) para llevar adelante la tarea? El origen de clase media de este entonces joven abogado tucumano –graduado de la Universidad de Buenos Aires– y su inclinación radical contrastaban con el “brillo” social y la orientación política predominantemente conservadora de los integrantes del grupo del Centenario. Es factible pensar que, pese a tales diferencias, Terán haya visto en este antiguo alumno suyo del Colegio Nacional de Tucumán a una figura adecuada para concretar una compilación de la naturaleza de la planeada, dadas su inclinación por la literatura –Lizondo Borda había ingresado al campo cultural local como poeta, en tanto autor del que parece ser el primer libro de poesía publicado en Tucumán: *El poema del agua* (1908)–, así como su experiencia previa en la edición de libros-homenaje por encargo: había realizado, en colaboración con Emilio Catalán, una biografía de Alberdi, publicada en 1910 en ocasión del Centenario de su nacimiento y repartida en las escuelas de la provincia.¹¹

Con el tiempo, su “sentido público” se afianzaría en torno a su condición de historiador. Ramón Leoni Pinto le dedica un lugar destacado en su estudio sobre la historiografía local y afirma que en sus más de treinta libros, Lizondo Borda escribió la historia de la provincia desde sus orígenes hasta la década de 1930, dando una visión integral de la vida provincial y regional. Califica, no obstante, sus criterios de trabajo como más “didácticos” que “sistemáti-

⁸ Para un estudio específico de esta revista y del grupo realizador, puede consultarse Martínez Zuccardi, *Entre la provincia y el continente*, *op. cit.*

⁹ Miembro de una prominente familia azucarera, abogado y autor de libros de historia y sociología, Terán es una figura clave para la historia cultural de la provincia de las primeras décadas del siglo xx. Al respecto, puede verse Carlos Páez de la Torre (h), *Pedes in terra ad sidera visus. Vida y tarea de Juan B. Terán*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo/Academia Nacional de Historia/Academia Argentina de Letras, 2010; Nilda Flawiá (ed.), *Juan B. Terán. Estudios críticos sobre su obra*, Buenos Aires, Corregidor, 2013.

¹⁰ Manuel Lizondo Borda, *Tucumán al través de la historia. El Tucumán de los poetas*, Tucumán, Publicación Oficial, 2016, vol. 1, pp. 9-10. Todas las citas corresponden a esta primera y única edición. En adelante, indico entre paréntesis el número de volumen y de página en el cuerpo del trabajo.

¹¹ Perilli de Colombres Garmendia, *Tucumán en los dos centenarios*, *op. cit.*, p. 52.

cos”, lo que a su juicio en ocasiones “restó profundidad a sus inferencias”.¹² Pero en 1916 recién se despertaba su vocación historiográfica. El propio Lizondo Borda considera precisamente a *Tucumán al través de la historia* como su “primera inmersión” en la investigación histórica, a la vez que el inicio de su vínculo con el grupo del Centenario. En una evocación de Ernesto Padilla, afirma que sus diferencias políticas no le impidieron “entrar en el círculo de intelectuales que entonces lo rodeaba [a Padilla, y menciona en este punto a Terán, Rougés, Jaimes Freyre, José Ignacio Aráoz, entre otros]”. Agrega que

[F]ue entonces cuando, por encargo de Terán y Padilla, realicé la compilación histórica –y también literaria– titulada *Tucumán al través de la historia. El Tucumán de los poetas*, publicada por el gobierno como un acto más de los programados para celebrar el centenario de nuestra independencia. Y así a Padilla y Terán debí yo mi primera inmersión en la historia.¹³

El fragmento muestra gratitud y reconocimiento hacia Terán y Padilla, e incluso sugiere una respetuosa admiración. Lo cierto es que su relación con ellos y con el grupo en general continuaría, a tal punto que el nombre de Lizondo Borda es mencionado cuando se enumera a las figuras jóvenes ligadas a la llamada “generación del Centenario” local.¹⁴ Así, poco después de publicada la compilación, se le encomendaría la dirección de la *Revista de Tucumán*, órgano de extensión de la Universidad que publica siete números durante 1917 y en la que escriben Terán, Jaimes Freyre, Padilla, Lillo, entre otros. Más adelante, en 1938, Terán apadrinaría el ingreso de Lizondo Borda a la Junta de Historia y Numismática Argentina (actual Academia Nacional de la Historia) y le brindaría un discurso de bienvenida, texto incluido luego como prólogo a uno de los libros de Lizondo Borda, *Tucumán indígena*, de 1938. No serían infrecuentes estos mecanismos de apoyo del grupo del Centenario a figuras provenientes de otros sectores sociales o de orientaciones diferentes pero que tal vez, a los ojos de sus integrantes, podían enriquecer o continuar el proyecto de desarrollo cultural iniciado por ellos. Además de Lizondo Borda, pueden mencionarse los casos de Alfredo Coviello (cuyas iniciativas culturales y universitarias son resueltamente apoyadas por Padilla y Rougés a fines de la década de 1930 y comienzos de la siguiente) o Juan Alfonso Carrizo (cuya vasta labor de recopilación folklórica es impulsada, en la misma época, por esas mismas figuras).¹⁵

Ahora bien, ¿en qué consiste la compilación? *Tucumán al través de la historia* se organiza en dos tomos, publicados ambos en 1916 por Prebisch y Violetto, principal imprenta de la época a la que se encargaban las publicaciones oficiales y, de manera incipiente en el momento, las universitarias. El primer tomo reúne diversos textos en prosa: escritos, informes y

¹² Ramón Leoni Pinto, “Historiografía en Tucumán (1880-1950). Autores, obras y problemas”, *La historia como cuestión. In memoriam Antonio Pérez Amuchástegui*, La Rioja, Canguru, 1995, pp. 80-81.

¹³ Manuel Lizondo Borda, “Epílogo”, en G. Furlong S. J., *Ernesto E. Padilla. Su vida. Su obra*, vol. III, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, p. 1174.

¹⁴ Perilli de Colombrés Garmendia y Romero de Espinosa, *Un proyecto geopolítico*, op. cit., p. 12.

¹⁵ En el segundo capítulo de Martínez Zuccardi, *En busca de un campo cultural propio*, op. cit., me detengo en los vínculos de Coviello con la “tradición” cultural del Centenario. Sobre la labor de Carrizo y su relación con Padilla y Rougés, puede consultarse Diego Chein, “Provincianos y porteños. La trayectoria de Juan Alfonso Carrizo en el período de emergencia y consolidación del campo nacional de la folklorología (1935-1955)”, en F. Orquera (ed.), *Ese ardiente jardín de la república. Formación y desarticulación de un “campo” cultural: Tucumán, 1880-1975*, Córdoba, Alción, pp. 161-190, y Oscar Chamosa, *Breve historia del folklore argentino. 1920-1970: Identidad, política y nación*, Buenos Aires, Edhsa, 2012.

documentos coloniales que aluden a la región del Tucumán, numerosas crónicas de viajeros que visitaron la provincia, fragmentos de las memorias de Juan B. Alberdi y Gregorio Aráoz de Lamadrid, escritos de Domingo F. Sarmiento, páginas literarias de Juana Manuela Gorriti, textos de Paul Groussac, entre otros. El segundo tomo recoge composiciones poéticas de alrededor de treinta autores, desde Martín del Barco Centenera (siglo XVII), a escritores y figuras públicas de los siglos XIX y comienzos del XX (Fray Cayetano Rodríguez, José Agustín Molina, Marco Manuel Avellaneda, nuevamente Groussac, Esteban Echeverría, Adán Quiroga, Mario Bravo, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, por mencionar solo algunos).

Ambos volúmenes componen un corpus caracterizado por la heterogeneidad, tanto en lo que atañe a los diversos géneros incluidos como a la variedad de autores involucrados. Si el segundo tomo está integrado por textos excluyentemente poéticos –en el sentido de ser composiciones escritas en verso–, el primero abarca textos en prosa que van desde el documento oficial a los recuerdos más personales. Prevalece, de todos modos, en este primer volumen una forma discursiva: la de la crónica o el relato de viajes (de viajeros provenientes de Europa o de distintos puntos de la Argentina), predominio que implica que la mirada a la provincia presente en muchos de los textos proviene de ojos externos a ella. En cuanto a los autores, a su dispar procedencia geográfica se suman los disímiles grados de reconocimiento en el espacio público o, de modo más específico, en el ámbito intelectual y literario. Lizondo Borda selecciona textos tanto de presidentes de la República como de viajeros poco conocidos, o bien de autores relevantes en la historia de la literatura argentina, así como otros de significación muy local, relacionada en muchos casos con la participación en juegos florales o en otros certámenes literarios celebrados en Tucumán.

En el prefacio del primer tomo Lizondo Borda explica el propósito de la obra, consistente en reunir, según lo mencionado al comienzo del trabajo, “todo” cuanto se hubiera escrito sobre la provincia. He indicado antes que tal aspiración se vincula con el afán fundacional de la literatura argentina del momento; cabe agregar además que en el ámbito local dicha aspiración se inscribe en el marco de una más vasta labor impulsada por el mismo grupo del Centenario y sustentada en el afán de reunir, elaborar y publicar escritos y documentos relacionados con Tucumán. Se trata precisamente de la época en que comienza a organizarse el Archivo Histórico de la Provincia (tarea que el gobernador Padilla encomienda en 1913 a Jaimes Freyre) y en que ven la luz importantes publicaciones oficiales o universitarias, ligadas todas a la historia provincial o a la realidad local, como *Tucumán y el Norte argentino* (1910), de Terán, *Tucumán antiguo* (1916), de López Mañán, los cinco libros de Jaimes Freyre aparecidos entre 1909 y 1916: *Tucumán en 1810*, *Historia de la República de Tucumán*, *El Tucumán del siglo XVI*, *El Tucumán colonial*, *Historia del descubrimiento de Tucumán*, las ediciones oficiales realizadas durante la gestión de Padilla: *El Congreso de Tucumán*, de Groussac, el lujoso *Álbum del Centenario*, la propia compilación de Lizondo Borda que aquí nos ocupa. Se conforma así una suerte de movimiento de investigación en torno a la historia de Tucumán, que para Leoni Pinto supone el punto de arranque de la “historia científica en la provincia”.¹⁶

¹⁶ Leoni Pinto, “Historiografía en Tucumán”, *op. cit.*, pp. 71 y ss. Hay que aclarar aquí que algunos años antes de la aparición de estas publicaciones y de la organización del Archivo provincial, la citada *Revista de Letras y Ciencias Sociales* había iniciado, de la mano de Terán y de López Mañán, una sistemática labor de producción de escritos y publicación de documentos ligados al pasado tucumano (Martínez Zuccardi, *Entre la provincia y el continente*, *op. cit.*, pp. 139-165).

En el mencionado prefacio el compilador alude también a la premura con la que declara haber tenido que dar término a la obra, de modo que ella pudiera aparecer en los días de conmemoración del Centenario de la Independencia. Lizondo Borda se refiere seguramente al momento en que se centralizan los festejos, esto es, al mes de julio de 1916, en que se llevan a cabo los correspondientes actos protocolares (desfiles militares y escolares, reuniones científicas, habilitaciones de museos, parques, escuelas). Habla, así, en el prefacio del “escasísimo tiempo disponible”, de “la exigüidad del tiempo”, del “plazo angustioso para darle fin [a la compilación]”. Sin embargo, cabe pensar que la obra no llega a estar lista para los festejos de julio y por lo tanto no se distribuye en el marco de los actos realizados en ese mes.¹⁷ En efecto, en sus largas y detalladas coberturas de tales ceremonias, *El Orden* –entonces principal diario local– no hace mención alguna al respecto. Recién el 9 de octubre publica una relativamente extensa nota a propósito de la aparición de *Tucumán al través de la historia. El Tucumán de los poetas*.¹⁸ Se trata de un comentario firmado por Roberto J. Ponssa, abogado integrante, junto a Terán y otros, de la “Comisión de Concursos y Celebraciones Intelectuales”, especie de subcomisión dentro la ya mencionada “Comisión Provincial del Primer Centenario de la Independencia Argentina”. La nota se refiere a la compilación como un “hecho bibliográfico verdaderamente encomiable”, sobre todo debido a su valor histórico, y describe con cierto detalle su contenido, además de destacar el papel desempeñado por Terán en tanto autor de la iniciativa.¹⁹

2. “Dichosa Tucumán”: tierra bendecida, edénico jardín

Una de las imágenes más “fuertes”²⁰ de la provincia que recorre ambos tomos de *Tucumán al través de la historia. El Tucumán de los poetas* se vincula con la dimensión de la naturaleza y la geografía, y aparece condensada en la idea de jardín, en alusión a lo que se describe como la belleza, el esplendor, la fecundidad y la abundancia de la tierra y la vegetación tucumanas. El primer texto que puede mencionarse en esta línea es la crónica del capitán inglés Joseph Andrews titulada *Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en los años 1825 y 1826* y publicada originalmente en Londres en 1827, de las que Lizondo Borda selecciona varias páginas. Andrews habla de las “incomparables bellezas de esa tierra deliciosa” y declara: “En cuanto a grandeza y sublimidad, no creo que sean sobrepasadas en parte alguna de la tierra” (I, 221). Igual construcción hiperbólica hace de los cerros tucumanos. Dice del “magestuoso [sic] Aconquija” que es “quizás lo más bello que jamás formó la naturaleza” (I, 222). Llama la atención que en la compilación no se incluya la que posteriormente sería una expresión muy citada de Andrews, quien

¹⁷ En los volúmenes no hay datos sobre el mes en que efectivamente se publican. Sin embargo, el prólogo del primer tomo está firmado por Lizondo Borda en mayo de 1916, probable fecha de culminación de la tarea de recopilación y de inicio del proceso de publicación. Al final de ese primer tomo se anuncia mediante una breve nota que el segundo volumen aparecerá con posterioridad al primero.

¹⁸ Así, *El Orden* no da cuenta de ningún acto público en el que se haya dado a conocer la obra.

¹⁹ Roberto J. Ponssa, “Al margen del libro. Tucumán a través de la historia”, *El Orden*, Tucumán, 9 de octubre de 1916, p. 4.

²⁰ Tomo esta expresión de “imágenes fuertes” del excelente artículo de Ana Clarisa Agüero, “Córdoba en el imaginario de lo nacional. La ciudad pensada por Domingo F. Sarmiento, Joaquín V. González y Juan Bialet-Massé”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 10, 2006, pp. 79-98.

en la misma crónica define a Tucumán como el “jardín del universo”. De todas maneras, a continuación del texto del viajero inglés, Lizondo Borda difunde extensos fragmentos de la *Memo- ria descriptiva sobre Tucumán* (1834), de Alberdi, donde la frase de Andrews es recuperada.

Aunque oriundo de la provincia, Alberdi adopta la perspectiva del viajero y afirma: “Por donde quiera que se venga a Tucumán, el extranjero sabe cuando ha pisado su territorio sin que nadie se lo diga. El cielo, el aire, la tierra, las plantas, todo es nuevo y diferente de lo que se ha acabado de ver” (I, 227). Al describir la vista desde el cerro San Javier, traza una descripción de la naturaleza tucumana que la asemeja a un verdadero edén:

Allí no hay más monotonía que la de la variedad. Cada paso nos pone en nueva escena. Un aire puro y balsámico enajena los sentidos. No hay planta que no sea fragante, porque hasta la tierra parece que lo es. Los pies no pisan sino azucenas y lirios. Propáganse lenta y confusamente por las concavidades de los cerros, los cantos originales de las aves, el ruido de las cascadas y torrentes. Repentinamente queda envuelto uno en el seno oscuro de una nube y oye reventar los truenos bajos sus pies y sobre su cabeza y se encuentra envuelto en rayos, hasta que impensadamente queda de nuevo en medio de la luz y la alegría (I, 231).

Si bien Alberdi no llega a apelar a términos como edén o paraíso la idea de verse envuelto en nubes y rayos y en medio de la luz y la alegría remiten sin duda a esos términos. Él parece consciente de que su visión puede resultar hiperbólica, o bien juzgada como parcial debido a su propia condición de tucumano. Y es en ese contexto que remite al texto de Andrews, al que apela para respaldar su propia exaltación de la tierra tucumana:

Ruego a los que crean que yo pondero mucho se tomen la molestia de leer un escrito sobre Sud América, que el capitán Andrews publicó en Londres en 1827. Advirtiendo que el testimonio de este viajero [sic] debe ser tanto menos sospechoso por cuanto pocos países le eran desconocidos, y que su carácter no dio motivo para creer que fuera capaz de mentir por mero gusto. [...] dice “que en punto a grandeza y sublimidad, la naturaleza de Tucumán no tiene superior en la tierra”; “que Tucumán es el jardín del universo” (I, 230-231).

La imagen de jardín aparece reiterada en diversos textos del primer tomo. Así, otro viajero inglés, Woodbine Parish, autor de *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata, desde su descubrimiento y conquista por los españoles* (1852), afirma que “la naturaleza ha sido tan pródiga para con ella de sus más esquisitos [sic] dones, que con justicia merece la provincia de Tucumán su nombradía y apelación de Jardín de las Provincias Unidas” (I, 259). Afirmación que demuestra, por otra parte, que la imagen de jardín aparece a mediados del siglo XIX como una representación muy difundida, cuyo probable origen se remonta a la definición de Andrews recuperada por Alberdi. Otro texto que alude al justo merecimiento del mote de jardín es extraído de un manual inglés, *Manual de las Repúblicas del Plata*, firmado por M. G. y E. T. Mulhall y publicado en Londres en 1876. La sección allí dedicada a la provincia comienza significativamente: “Bien merece el título de jardín de Sud América, por sus ricos y variados productos, su clima suave, sus paisajes encantadores, y los varios otros dones que la naturaleza brinda al punto más favorecido de todo este continente” (I, 311). Cabe mencionar también un breve texto de Groussac –un autógrafo inscripto en 1894 en el Álbum de la ya mencionada Sociedad Sarmiento– que se refiere directamente a Tucumán como “el perfumado ‘jardín de la

República” (I, 333). Al encerrar entre comillas la frase “jardín de la república”, Groussac parece sugerir que está retomando una expresión ya consolidada.

Una indudable ausencia en la compilación es el conocido pasaje del *Facundo* donde Sarmiento alude a Tucumán como el “Edén de América, sin rival en toda la redondez de la tierra”, texto responsable quizá de la popularización de esta imagen de Tucumán como un espacio de naturaleza privilegiada y única. Si bien resulta difícil conocer las razones de lo que es posible visualizar retrospectivamente como una ausencia, lo cierto es que Lizondo Borda incluye un breve escrito de Sarmiento (otro autógrafo en el Álbum de la Sociedad que lleva su nombre, firmado en 1886) donde el sanjuanino reitera esta idea, al afirmar que “Tucumán está designado por la naturaleza misma a reconstruir el soñado Edén” (I, 328).

Sin afán de abundar, resta tan solo mencionar otros textos que esbozan construcciones igualmente exaltadoras de lo que se presenta como la privilegiada naturaleza tucumana: un escrito de 1854 de un viajero argentino, Domingo Navarro Viola, publicado póstumamente en 1863, que describe a Tucumán como “el panorama más bello y el cuadro más poético que puede reflejarse sobre la imaginación del que contempla a la naturaleza en sus perspectivas inmensas como ella misma” (I, 275); y, en segundo lugar, un pasaje de “La novia del muerto”, de Juana Manuela Gorriti (incluido en *Sueños y realidades* de 1865), donde se define a la provincia como la “imagen del Edén” (I, 290).

La belleza, el esplendor, la fecundidad y la abundancia son también las notas con las que con mayor frecuencia se construye a la provincia en los poemas que integran el segundo tomo de la compilación. La tierra tucumana es por ello descripta en muchas ocasiones como una tierra “bendecida”, “dichosa”, “feliz” y construida metafóricamente en términos de jardín o de edén. Son numerosos los ejemplos al respecto. En su poema “Avellaneda”, de 1870, Esteban Echeverría habla de una “tierra bendecida por la fecunda mano del Creador” y describe a la provincia como “Encantado jardín, valle florido/del Edén desprendido/para adornar el argentino suelo” (II, 52). Echeverría asocia directamente a Tucumán con las nociones de felicidad y promisión: “Tierra de promisión y de renombre/engendra en sus entrañas virginales/ cuanto apetece y necesita el hombre/para vivir feliz” (II, 51). La idea de jardín y de dicha también está presente en el soneto de Groussac “A Tucumán” (1882), que comienza significativamente con la exclamación “¡Dichosa Tucumán!” y alude a ella como “tierra de selección–jardín de amores” (II, 64). Santiago Vallejo dedica un largo poema a su suelo natal (1882), en el que vincula el esplendor de su “naturaleza exuberante” (“Todo es grandioso, espléndido, salvaje”, II, 67), con las ya aludidas ideas de dicha y felicidad: “¡Salud dichoso suelo,/donde vertió con generosa mano/para felicidad del ser humano/delicia y tanta maravilla al Cielo!” (II, 66).

Construcciones similares se encuentran en los poemas de Adán Quiroga (1898), Damián Garat (1897) y Ramón Oliver (1882), donde abundan exclamaciones como “Salve, tierra feliz!” (II, 113), “Tierra de promisión!” (II, 106), “Oh Tucumán feliz”, “Oh tierra bendecida!” (II, 57-58). Uno de los textos finales del segundo tomo, tomado de un poemario de Doelia C. Méjquez publicado en La Plata en 1910, alude expresamente a la imagen de Tucumán como edén americano y jardín de los argentinos, imagen que se presenta también aquí, al igual que en los textos citados del primer tomo, como ya consolidada: “Tierra que de tu seno das por tesoro/El dulzor de las mieles y la ambrosía,/No te extrañe si al riente tintín del oro,/Te mezcla sus estrofas la poesía;/Ni que aspirando aromas que dan tus flores,/Te llamen por mil nombres los peregrinos;/Edén americano, nido de amores,/Jardín que enorgulleces a los argentinos!” (II, 140).

3. Cuna de los héroes y de la patria: Tucumán y su pasado de gloria

En ambos volúmenes de *Tucumán al través de la historia* se alude a lo que se presenta como un glorioso pasado tucumano, un pasado entonces no muy lejano, que se remonta al siglo XIX y sobre todo a acontecimientos de la etapa independentista, protagonizados por figuras como Manuel Belgrano y su actuación en la Batalla de 1812, Marco Manuel Avellaneda, los tucumanos Bernardo de Monteagudo, Gregorio Aráoz de Lamadrid y –ya en los años de organización nacional– el mismo Alberdi. Los textos referidos a tales figuras y etapas predominan claramente, en especial en el segundo tomo, sobre los ligados a períodos históricos anteriores, como la Conquista y la Colonia.²¹ Predominio que puede pensarse como parte del afán de mostrar un Tucumán moderno o incipientemente moderno, imagen acorde con el proyecto modernizador del grupo del Centenario.

A partir de la apelación a figuras como las mencionadas se construye a la provincia como cuna de la patria y se la vincula con las nociones de gloria, heroísmo, independencia, libertad. Esta imagen “heroica” está especialmente presente en los poemas del segundo tomo. Composiciones que, en muchos casos, resultan premiadas en certámenes literarios realizados en ocasión de festejos patrios y que pueden ser descriptas como ejemplos de una poesía directamente orientada hacia una función celebratoria. En su poema “Tucumán”, ya citado, Damián Garat menciona al conjunto de las figuras antes nombradas, por las que Tucumán aparece construido como “cuna” de héroes:

Tierra de promisión! Para su lustre
Le basta ser la cuna
Donde vieron la luz, Avellaneda,
–el príncipe genial de la tribuna,
Que en su frase galana
Vibradora de trópica elocuencia,
Vertió aromas de selva tucumana–.
Alberdi, Lamadrid el esforzado,
Que el triunfo con su sable dominara,
Y Monteagudo, el rayo de la idea,
Cuya palabra que su sol caldeara,
Fue el toque de clarín de la pelea.
Pero más gloria tiene!
Fue de la noche del ayer aurora,
La destinó Dios mismo,
Para campo de lucha redentora,
Palenque de heroísmo! (II, 107-108)

El texto de Garat dedica además varias estrofas a la batalla de 1812 (un “encuentro de colosos”) y a la acción de Belgrano (“hijo de los andes”, “altivo guerrero americano” destinado a

²¹ Entre los textos referidos a la Conquista y a la Colonia pueden citarse “El Tucumán de la Conquista” (1897), de Adán Quiroga, ciertas zonas de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso, de *El Tucumán colonial* (1915), de Jaimes Freyre, de *la Argentina*, de Ruy Díaz de Guzmán, de *El Lazarillo de ciegos caminantes*, de Concolorcorvo. Todos ellos están incluidos en el primer tomo.

“misiones inmortales”). Tucumán aparece en el poema como sitio destinado por Dios a la “más limpia gloria”: la proclamación de la “libertad de la conciencia humana,/la independencia de la patria mía” (II, 109-110).

Por su parte, en una extensa composición titulada “El poema de mi tierra” y premiada en los juegos florales de Tucumán de 1905, Pedro N. Berreta dedica una sección a Lamadrid (“hijo de Palas y del dios Tonante”), otra a Alberdi (“eras el genio, el mártir y el vidente”), y otra a Belgrano (“brillará entre las glorias verdaderas,/la sombra augusta de Manuel Belgrano,/en el Campo inmortal de las Carreras!) (II, 125-126). Alberdi y Belgrano también están presentes en el poema ya citado de Doelia Míguez, que invoca así a la tierra tucumana:

Preclara es de tus hijos la inteligencia,
De Alberdi el grande ingenio voceó la fama,
Su rastro luminoso como una herencia,
De cerebro en cerebro prende la llama.
Y como si no fuera tu suerte mucha,
Tienes el venerado trozo de llano,
Campo de las Carreras, campo de lucha,
Donde venció la espada del gran Belgrano! (II, 144).

Según lo expuesto antes, Echeverría dedica un largo poema a Avellaneda y a Tucumán, en el que alude también a Belgrano (“el varón inmortal cuya noble alma de/todas las virtudes participa, adiestra a combatir al Tucumano/y a manejar el hierro que emancipa”) y a Monteagudo (“el de gran corazón e ingenio agudo,/del porvenir apóstol elocuente/que entre las pompas del marcial estruendo/fue desde el Plata hasta el Rimao vertiendo/la fe viva y la lumbre de su miente”) (II, 54).

Belgrano es sin duda la figura a la que se apela en mayor medida en los textos. Lugones se refiere a él como el encargado de dotar a Tucumán de “la excelencia del lauro soberano” (II, 138) y en su figura se centra también un pasaje del poema de Vallejo: “Aquí está la famosa/‘Ciudadela’, ilustrada por Belgrano,/cuya espada selló nuestra gloriosa/Sagrada libertad [...]” (II, 69). A continuación se invoca a Tucumán con la siguiente exclamación: “¡Patria de la esperanza y los ensueños!/cuna del heroísmo y de la gloria!” (II, 70). Imagen similar de un Tucumán glorioso y heroico se desprende del poema “Mi tierra cuna”, del libro *Lumbre auroral* (1910), de Delfín C. Valladares, que alude al “bello Tucumán”, como aquel que “[...] [A]ll que con maga/conjunción de entereza y de victoria/supo ser Cuna de la Patria Grande,/sintetizado en la virtud que expande/el épico poema de su historia” (II, 133).

4. El azúcar y el “brillante porvenir” de la provincia

Además de remontarse a un pasado de gloria, muchos de los textos de la compilación presentan un porvenir brillante basado en la pujanza de la industria azucarera y signado por las ideas de “adelanto” y “progreso”. Así, la provincia aparece visualizada como un rico y activo polo económico. Esta imagen predomina en los textos surgidos en los últimos años del siglo XIX o bien en los primeros del XX, esto es, en una etapa en la que podían observarse ya los efectos del notable crecimiento experimentado por la actividad azucarera.

Los extensos fragmentos seleccionados por Lizondo Borda de una crónica de Manuel Bernárdez, titulada *La nación en marcha* y publicada en Buenos Aires en 1904, se ocupan con detenimiento de esta cuestión. Allí se ofrece la mirada de un viajero de Buenos Aires sobre la actividad de un ingenio tucumano: el “colosal” Ingenio Santa Ana (I, 338). Propiedad de la familia Hileret, dicho ingenio contaba con un lujoso chalet y con magníficos jardines diseñados por el paisajista francés Carlos Thays,²² responsable también del diseño del parque principal de la capital tucumana: el Parque Centenario (hoy 9 de Julio). La visita al ingenio de Hileret comenzaba a convertirse en un ritual casi obligado para los viajeros que pasaban por la provincia, así como para las visitas oficiales: allí serían agasajadas poco después figuras como el embajador de Francia Pierre Baudin en 1910, el vicepresidente Victorino de la Plaza en 1911, el presidente Roque Sáenz Peña en 1912.²³

La riqueza, la magnificencia, el vigor, el ambiente de trabajo febril, el bienestar general, e incluso la alegría, son los términos a los que se apela para dar cuenta de la vida en el ingenio: “Un resuello de actividad, un vigoroso y continuo afán de trabajo se percibe, sube como un jadeo, del inmenso valle en fiebre todo sacudido por la ráfaga activa, de confín a confín” (I, 339). Se habla del “mugir de los potentes ingenios en marcha” que difunden un “contagio de acción”, “produciendo el espectáculo de la tarea incesante y fecunda, una alegría sanguínea y fuerte” (I, 341). Como una “buena señal” de la pujanza del ingenio se llega incluso a decir que “hasta los perros [...] están gordos” (I, 339).

El texto configura una verdadera alabanza a la industria azucarera, por la que la provincia es definida como “uno de los centros de producción más activos y fecundos del país” (I, 362). La industria es presentada como la principal fuente de la economía de Tucumán y, al mismo tiempo, como una actividad clave en la economía nacional, dados factores tales como, entre muchos otros que se detallan, el uso de las vías férreas, la procedencia dispar de los numerosos peones que se emplean durante la zafra, la compra de leña y de ganado a otras provincias, así como de otros insumos para abastecer la labor de los ingenios:

De ella [la industria azucarera] ostensiblemente, vive Tucumán; pero con su substancia se nutren, además, muchas fuerzas de afuera. Para algunas provincias la industria azucarera es tan vital como para la misma Tucumán. Y a poco que se analizase varias veríamos cómo, por todas las venas de la economía nacional, circula jugo de los cañaverales tucumanos. Es que ninguna industria tiene tanto poder de difusión, tanta necesidad de esparcir dinero (I, 345).

Bernárdez, el autor de estas crónicas es, como él mismo lo indica, invitado por la familia Hileret y ocupa, por lo tanto, una de las habitaciones de huéspedes del chalet familiar. Desde la comodidad de una alta ventana, declara mirar el trajín de los trabajadores, a quienes percibe casi como parte del paisaje dorado y dulce de los cañaverales:

En el vastísimo mar dorado de los cañaverales, amarillentos por las heladas tempranas, se ve el avance de las cuadrillas de cortadores que van, machete en mano, con un canto monótono,

²² Daniel Campi, “Los ingenios del Norte: un mundo de contrastes”, en Fernando Devoto y Marta Madero (eds.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, vol. II: *La Argentina plural: 1870-1930*, Buenos Aires, Taurus, p. 201.

²³ Perilli de Colombres Garmendia, *Tucumán en los dos centenarios*, op. cit., p. 48 y *passim*.

acostando a millares, con golpes cadenciosos, las apiñadas cañas, cuyo dulce humor salpica las caras atezadas al recibir el machetazo. Brillan al sol las armas del trabajo; los carros se colman y emprenden pesadamente el camino del ingenio, se vuelcan y tornan por más, y los cortadores avanzan sin cesar, y van agrandándose en el manto inmenso y dorado de los cañaverales sin término visible, los manchones oscuros de los rastrojos (I, 338-339).

Se trata de una visión idealizada de la tarea de los trabajadores, cuyas siluetas se funden en los cañaverales, y de quienes más adelante se destaca la alegría con la que concluyen la jornada laboral y regresan a sus casas chupando un par de cañas “amorosamente” elegidas: “Yo miraba, desde mi alto observatorio, el curioso espectáculo de la vuelta de los peones a sus casas con las cañas y me resultaba muy atrayente, lindo y característico”. Bernárdez describe este cuadro como muy “alegre para todos”, “hasta para las gallinas, los chivos y los perros” (I, 348). La representación ofrecida por el texto contrasta sensiblemente con la realidad de explotación y extrema pobreza en la que los trabajadores desempeñaban su labor en la época, en especial los obreros temporarios, como los peladores de caña a los que alude el fragmento, que durante la época de la zafra se asentaban con sus familias en los alrededores del ingenio en precarias chozas hechas de “maloja”, y debían cumplir jornadas diarias de doce horas de trabajo.²⁴

Llama la atención en este punto que Lizondo Borda no incluyera en la compilación un texto relevante que también dedica varias páginas al ingenio Santa Ana y que discurre además sobre la industria azucarera tucumana en general: se trata de *Notas de viaje por la América del Sur. Argentina. Uruguay. Brasil*, de Georges Clemenceau. El libro aparece en 1911 en francés y el mismo año es publicado en castellano en Buenos Aires. Clemenceau, eminente político francés y uno de los visitantes “ilustres” recibidos por la hospitalaria Argentina del Centenario de Mayo, decide visitar Tucumán luego de su estadía en Buenos Aires. Él mismo relata que se le había aconsejado conocer Córdoba (“ciudad de frailes”), Mendoza (con sus “hermosos ríos bordeados de álamos, viñedos por todas partes”) y Tucumán (donde “vería campos de caña de azúcar, con ingenios para trabajarla, y la entrada de la selva”). Como declara que “había visto ya ríos, álamos, viñas y hasta frailes”, no vacila en dirigirse directamente a Tucumán.²⁵

En Tucumán Clemenceau es recibido con honores y su visita forma parte de los festejos patrios de 1910 en la provincia.²⁶ Para organizar su recepción se constituye una comisión integrada por miembros de la colectividad francesa, a los que se suman luego figuras ya mencionadas, como Terán, Padilla, López Mañán, Jaimes Freyre, esto es, muchos de los que participarían también activamente, poco después, en las conmemoraciones de 1916. El día de su llegada Clemenceau es recibido en la estación de tren por el gobernador, el presidente de la Corte Suprema de Justicia y el intendente municipal, junto a otros encumbrados personajes de la ciudad. El 20 de agosto dicta una conferencia en el Teatro Belgrano, presentada por Terán y subvencionada con 1000 pesos por el gobierno provincial. Entre otras actividades, Clemenceau participa en un banquete oficial y es invitado a colocar la piedra fundamental de la Escuela Francesa.²⁷

²⁴ Daniel Campi, “Los ingenios del Norte”, *op. cit.*, pp. 190 y ss.

²⁵ Georges Clemenceau, *La Argentina del Centenario*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999, p. 154. Cito por esta edición centrada en el espacio dedicado a la Argentina en el más amplio texto de Clemenceau.

²⁶ Perilli de Colombres Garmendia, *Tucumán en los dos centenarios*, *op. cit.*, p. 48.

²⁷ *Ibid.*, pp. 49-50.

En sus crónicas de viaje, las impresiones iniciales de la provincia registradas corresponden a la de una “tierra colonial” en cuya población no se habrían atenuado aún “los rasgos del indígena”:

La primera sensación de Tucumán después de los baches de las calles, es de tierra colonial. Las medianas casas por todas partes, de aspecto precoz, pero encantadoras por el patio y muy confortables por la disposición de las habitaciones a la sombra de los follajes. Por medio de sus mestizos, el indio es el rey de Tucumán, “Jardín de la República”, donde se dice que las mujeres son más bellas que las flores. En efecto, por todas partes no se ven más que caras bronceadas en las que brilla, en dos ojos impasibles, la llama del diamante negro y una larga y sostenida mirada transmite no sé qué que no es de Europa. [...]

Ignoro si algún día la raza dominadora atenuará o borrará los rasgos del indígena. Hasta ahora nada parece consumir la huella indeleble de la sangre americana. Algunas mujeres son de una rara belleza.²⁸

Clemenceau dedica luego varias páginas a su estadía en el Ingenio Santa Ana. Destaca la magnificencia del chalet de Hileret, así como de los parques y jardines que lo rodean, y revela el enorme contraste existente entre esa sumuosa casa y las viviendas de los 2000 obreros que ocupa el ingenio, mestizos en su mayor parte, y algunos “indios de pura sangre”, según él mismo informa:

Las aglomeraciones de las casas obreras son indescriptibles. A ambos lados de una ancha avenida se alinean pequeñas casas bajas donde toda noción de higiene y hasta de la más rudimentaria comodidad parece sin piedad desterrada. Son guardias de refugio más que viviendas propiamente dichas. Mujeres y viejos, encenagados en el polvo y con la bombilla en los labios, están inmóviles en el éxtasis del mate. [...] Las leyes de protección obrera son desconocidas en la Argentina [...]. A despecho de la universal comodidad de vivir bajo un bello cielo y aunque los jefes de la industria me hayan parecido humana y hasta generosamente inclinados, no puedo creer que grandes fábricas, como las que he visto, puedan subsistir largo tiempo sin que la cuestión obrera sea planteada ante los legisladores.²⁹

Poco después habla de los “ranchos ruinosos” de los cortadores de caña, que describe como “chozas construidas con restos encontrados al azar”.³⁰ Continúa con el relato de una excursión a un bosque virgen para cazar loros. Se detiene largamente en la descripción de una mujer que encuentran en medio del bosque y que llama la atención por su belleza y su simplicidad “semisalvaje”. La describe como a “una mestiza a igual distancia entre las dos razas”.³¹ Su texto finaliza con la crónica de la “bella recepción de la colonia francesa”, ya en la ciudad capital, en la que “una numerosa y bella asistencia dio testimonio, por sus grandes sombreros emplumados que Tucumán, en suma, no está muy lejos de París”.³²

²⁸ Clemenceau, *La Argentina del centenario*, op. cit., p. 160.

²⁹ *Ibid.*, p. 162.

³⁰ *Ibid.*, p. 163.

³¹ *Ibid.*, p. 166.

³² *Ibid.*, p. 171.

Los fragmentos citados permiten notar que Clemenceau da cuenta de un Tucumán signado por enormes contrastes: el contraste entre la magnífica y afrancesada casa de Hileret y los ruinosos ranchos de los obreros mestizos de la fábrica, entre las bellas mujeres tucumanas cuya mirada transmite un “no sé qué que no es de Europa” y sus emplumados sombreros que muestran que Tucumán “no está muy lejos de París”. Resulta casi imposible pensar que Lizondo Borda y Terán desconocieran el texto de Clemenceau, publicado en Buenos Aires casi un lustro antes del momento de preparación de *Tucumán al través de la historia*. Más aun, cabe conjecturar que la noticia de la publicación de las notas de viaje de una figura cuya visita había causado tanto revuelo sería esperada con ansias por los encargados de recibirlo en la provincia –e incluso de presentar su conferencia, como es el caso de Terán–. Todo ello permite afirmar que la ausencia del texto de Clemenceau en un volumen que aspiraba a reunir todo cuanto “anda escrito” sobre Tucumán parece constituir un silenciamiento.

Silenciamiento que podría fundarse tal vez en el hincapié que hace el francés en dos aspectos que desde luego no favorecían los intereses de la élite azucarera tucumana, varios de cuyos miembros participaban, según lo indicado, en la compilación de Lizondo Borda. Me refiero, por un lado, a la insistencia en las precarias condiciones de trabajo de los obreros de ingenio –que a ojos de Clemenceau ameritaban la explosión de lo que llama “cuestión obrera”– y, por otro lado, a la insistencia en remarcar la fuerza del componente indígena y mestizo en la población de Tucumán en general y de los obreros azucareros en particular. Esto último era directamente contrario a los afanes de los industriales locales de mostrar la actividad azucarera tucumana como una “industria blanca”. Al respecto, Oscar Chamosa indica que tales afanes se basaban en la presunción de que los consumidores porteños y sus políticos serían menos reacios a pagar un precio mayor por el azúcar nacional si se los pudiera convencer de que los trabajadores de la industria no eran ni indios ni mestizos. Tesis que a su vez descansaba en la visión más o menos extendida de la Argentina como país blanco.³³

Finalizado este excursus sobre la ausencia de la visión de Clemenceau en la compilación, cabe indicar que son varios los textos que, en contraste con la perspectiva del francés, parecen continuar la línea exaltadora de las crónicas de Bernárdez antes consideradas. Se observa en ellos una visión que podría describirse como acrítica y “naturalizada” de los trabajadores azucareros. Así, en un escrito de 1873 titulado “Los jesuitas en Tucumán”, Groussac alude a los cosechadores de caña como un componente más del paisaje configurado por los cañaverales: en el marco de una descripción de lo que presenta como la tibia atmósfera de la provincia, habla de los “dorados campos de caña de azúcar donde hormiguea la población cosechera” (I, 296). Tal representación también está presente en ciertos poemas del segundo tomo, como el antes citado de Doelia Míguez, donde los obreros aparecen como un enjambre en el trasfondo de un paisaje armónico y dulce, del que se desprende cierta sensación de placidez, suavidad, arrullo y rumoreo:

Altos cañaverales, donde los vientos
Arrullan a los tiempos con sus canciones,

³³ Oscar Chamosa, *Breve historia del folklore*, op. cit., p. 76. El autor profundiza el mito de la nación blanca en “Indigenous or Criollo: The Myth of White Argentina in Tucumán’s Calchaquí Valley”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 88, nº 1, 2008, pp. 71-106.

Prestadme esos flexibles tiernos acentos
Y esas dulces y bajas modulaciones.
[...]

Del campo hacia el ingenio va, peregrina,
La colonia apiñada de tus obreros;
Y bajo el sol caliente de mediodía,
En torno de los altos cañaverales,
Parecen un enjambre, cuando porfía
Goloso del azúcar de los panales (II, 140-141).

Más allá de la figura de los trabajadores, el azúcar en general aparece en varios poemas del segundo tomo como un componente más de la belleza de la tierra tucumana y, al mismo tiempo, como fuente de riqueza y signo del “progreso” de la provincia. En el texto de Míguez que acabo de citar la construcción de la caña en términos de paisaje se conjuga con la vinculación del cultivo y el procesamiento del azúcar con el progreso (“adelanto”) de la provincia: “Los ingenios que pueblan tus extensiones/a la labor, con ruedas, alzan su canto/y cuentan los productos a las naciones/lo fecundo y hermoso de tu adelanto” (II, 142). Y es a causa de la caña de azúcar que el pueblo tucumano es descripto, hiperbólicamente, como el más dichoso de la tierra:

Con solo ver tus cañas que se cimbrean,
Y el panal de las mieles que el tallo encierra,
No extraño que al mirarte todos te crean
El pueblo más dichoso que hay en la tierra (II, 141).

En el texto también citado ya de Damián Garat el azúcar es asimismo asociada a la felicidad de la tierra y el pueblo tucumanos. Pero en este caso tal felicidad no se ve ligada a la belleza y la dulzura de los cañaverales, sino a la pujanza de la industria azucarera, actividad vista como “promesa de progreso seguro” y como un sinónimo de transformación de la provincia de cara al tiempo futuro:

Salve tierra feliz! Todo lo tiene
Para la acción engendradora y ruda
Del transformismo que doquier se espande [sic]:
La red de fierro, cota que la escuda
En la contienda del progreso grande;
El motor del ingenio que jadea
Con hervor poderosos,
Y talleres y fábricas que entonan
Al porvenir un himno sonoro (II, 113).

La pujanza y el dinamismo de la actividad azucarera recorren también, a partir de la mención del ingenio, las maquinarias y el obrero, el poema de Delfín Valladares:

[...] Los ingenios que aclaman a la industria
Con la afluencia fecunda del obrero.

El trabajo rural y prodigioso
Que traduce el Progreso verdadero
Con el eco estupendo y fragoroso
Que emerge de las grandes maquinarias,
Mientras vagan en voces proletarias
Los cantos entonados al Progreso [...]
Todo es vida y prodigo, fuerza y nervio,
encanto y porvenir, gloria y anhelo
en este bello Tucumán que avanza
soberbio en la potencia de su vuelo (II, 135).

Los versos finales del fragmento contribuyen a la delineación de un Tucumán pujante, rico, industrioso, activo, que con vigor avanza hacia el futuro; un epítome, en fin, del progreso.

5. Una ciudad hospitalaria, culta, animada y atenta a la moda

Otra representación de la provincia que aparece de modo reiterado en los textos, sobre todo en las crónicas de viaje incluidas en el primer tomo, está vinculada con la vida en la capital tucumana y con los habitantes de la ciudad, de quienes se destaca la educación, la elocuencia, la hospitalidad, la desenvoltura en el trato, así como su actualización en materia de moda. Se construye de ese modo la imagen de una ciudad de vida social particularmente animada, y diferente, en tal sentido, de lo que en los mismos textos se percibe como el retraso y la somnolencia de otras ciudades del interior del país, en especial de la región del Noroeste.

Es posible notar que esta comparación ventajosa respecto de las provincias vecinas contribuía a reforzar la postulación de Tucumán como principal capital de la región y, por lo tanto, como su lógico centro y “natural” sede de una Universidad como la que había comenzado a funcionar solo dos años antes de la publicación de *Tucumán al través de la historia*, y que debía todavía establecerse y afianzarse.³⁴ Puede advertirse también que las diferencias en relación con otras provincias de la región –diferencias a las que se alude ya, como se verá a continuación, en textos relativos a mediados del siglo XIX–, se agudizarían a partir del mencionado rápido desarrollo del que se beneficia Tucumán a partir de la transformación agro-azucarera. Las restantes industrias del Noroeste, en cambio, “no pudieron afrontar las ventajas comparativas de la pampa húmeda de acceso a los mercados de consumo y a la integración con el mercado europeo”.³⁵

En sus crónicas –*Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en los años 1825 y 1826*–, ya citadas, el capitán Andrews alude al talento y a la singular elocuencia de los habitantes de la

³⁴ En otro trabajo he estudiado el modo en que se legitima la creación de la Universidad de Tucumán a partir de la construcción de la provincia y de la región como un espacio “destinado” a ser cuna de una casa de estudios. véase Martínez Zuccardi, “El Norte como instrumento de equilibrio nacional. Juan B. Terán, Ricardo Rojas y la Universidad de Tucumán”, en Paula Laguarda y Flavia Fiorucci (eds.), *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo xx)*, Rosario, Prohistoria, 2012, pp. 23-38.

³⁵ Raúl Armando Bazán, “La región del Noroeste en la Argentina del Centenario”, en *La Generación del Centenario y su proyección en el Noroeste argentino (1900-1950)*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 2000, p. 38.

ciudad. Afirma que en su estadía allí pudo llegar al “convencimiento de que los tucumanos están dotados de talento y condiciones naturales verdaderamente superiores” (I, 219). Como prueba de ello menciona ciertas discusiones sostenidas en la cámara legislativa local, que, a sus ojos, dieron lugar a “un despliegue de talentosa oratoria”. Destaca el modo de hablar “con un aire de independencia y franqueza, muy agradable para un inglés acostumbrado a la libertad de los debates” y juzga la manera de debatir en la cámara de Tucumán como “diferente de la que había visto en otras partes” durante su viaje, y muy próxima, en cambio, a la de la Cámara de Comunes inglesa (I, 220). En otras secciones de su texto, Andrews describe las ocasiones en que pudo disfrutar de reuniones sociales, como una comida con el gobernador que evoca como “brillante” y de la que elogia el “gracioso minué” bailado por las damas (I, 223-225).

Los bailes, las tertulias, los salones, las visitas, la alegría y la animación de la ciudad son mencionados en varios textos. Me detendré solo en tres de ellos. El primero consiste en una serie de “Recuerdos de Tucumán y Salta”, firmados por Vicente G. Quesada y publicados en la *Nueva Revista de Buenos Aires* en 1884, aunque se remontan al año 1852. Allí se describe la mirada de un visitante de Buenos Aires que llega a Tucumán con recomendaciones para relacionarse con ciertas familias de la élite local. El texto comienza destacando la alegría y la animación de la ciudad capital, rasgo que se acentúa a partir de la comparación con lo que se describe como “la tristeza perezosa y soñolienta de Santiago del Estero”, camino obligado desde Buenos Aires (I, 264). El autor caracteriza a la sociedad tucumana como “muy amena, muy agradable” y afirma que “en su gusto en los trajes y en la desenvoltura intelectual de la conversación, se revelaba instrucción adelantada” (I, 266).

Quesada alude a la práctica de la visita –“las familias recibían con frecuencia y con franqueza”, afirma– (I 267) y recuerda haber participado en tertulias y bailes. Destaca sobre todo la “sociedad de damas”, que, según indica, era calificada de “aporteñada” porque asimilaba “los usos y las modas de Buenos Aires”. Describe con detenimiento la belleza de las mujeres tucumanas, refiriéndose a la hermosura de sus ojos, a la gracia de sus atuendos y a lo “alegre y chispeante” de su conversación (I, 266-267). El autor refiere luego la continuación de su viaje hacia Salta, a la que alude como un desierto, como un escenario “radicalmente cambiado”. Afirma así que “a la vida social y cultísima [de Tucumán] sucedió el retramiento y la soledad” (I, 268). Concluye el relato de su impresión de la provincia afirmando que, pese a la existencia de algunos problemas (como los relativos a la falta de medios de transporte adecuados para el desarrollo del comercio y de la industria, o a la higiene y el estado de las calles), en Tucumán “había un bienestar general y muy notable”. Manifiesta, por último, que “la misma ciudad de San Miguel de Tucumán era más alegre, más bulliciosa, había más movimiento y más industria” y “comparándola con otras ciudades era muy superior” (I, 270-271).

El segundo texto a considerar aquí también consiste de una suerte de recuerdos relativos a 1854, publicados en la *Revista de Buenos Aires* en 1863. Su autor es Domingo Navarro Viola, otro viajero que visita Tucumán desde Buenos Aires, cuyas descripciones de la naturaleza tucumana he citado antes. Al igual que el texto de Quesada, este comienza destacando el cambio que supone el paso de Santiago a Tucumán: “Nada hay que más impresión produzca al viajero [...] que el paso sensible de la Provincia de Santiago del Estero, de donde se sale con la cabeza y el corazón oprimidos de aburrimiento, a Tucumán” (I, 273). Si bien critica la arquitectura de algunos edificios de la ciudad o el alumbrado público, hace una larga y elogiosa descripción de sus habitantes. Se refiere en particular a las mujeres y define a la “señorita de Tucumán” como la más próxima, de las mujeres del interior, a “la elegante” de Buenos Aires:

Sus gentes son en general de un trato amable y franco, con especialidad sus mujeres cuyo tipo es preciso verlo para poderlo juzgar. Son de ojos bellísimos, de talle esbelto, de color blanco y fresco, de pie pequeño en general. Sus cabellos largos y negros completan con su gusto en el vestir, la gracia que la naturaleza les donó y que ellas no han querido desperdiciar. Un tacto fino en la imitación de las modas importadas de Buenos Aires, las hace estar siempre a la altura de ellas y con esto y con cierta coquetería de buen tono, la señorita de Tucumán es la que más se acerca de las mujeres del interior, a la elegante de las orillas del Plata.

El viajero que viniendo de allí asiste a una tertulia en Tucumán, no solo no sale descontento, sino que sí puede asegurar que no la olvidará nunca. Está difundido el gusto por la música, tanto, que hay muy pocas niñas que no toquen el piano o el arpa, o se dediquen al canto (I, 279-280).

Cabe notar aquí que cuando se habla en el texto de la mujer tucumana, se alude tan solo a las mujeres de la élite, excluyendo a las mujeres provenientes de otros sectores sociales. También se dedica a elogiar a la mujer de la alta sociedad local el escrito posterior del periodista francés Jules Huret, titulado *La Argentina. De Buenos Aires al Gran Chaco* y publicado en París en 1911. Es, de los textos seleccionados por Lizondo Borda, el que ofrece una mirada menos complaciente de la provincia. Huret critica sin miramientos la ciudad, las casas, el hotel donde almuerza; califica de “pésima” la estatua de la plaza principal. Sin embargo, solo tiene palabras de elogio para las mujeres. Llega a afirmar que el “único placer” de la vida en la provincia consiste en “devorar” con los ojos a las muchachas tucumanas, de las que afirma que “todas, o casi todas”, son bonitas (I, 355):

Recuerdo la sorpresa que experimenté la primera tarde de mi llegada viendo en la plaza a una multitud de muchachas que marchaban por grupos, con paso vivo y decidido, vestidas elegantemente –acaso demasiado– y tocadas con sombreros tan de última moda que el modelo me era desconocido.

[...] Los modistas y modistas de París envían sus representantes a esta población y hacen gran negocio. La preocupación de la “toilette” es mayor aquí que en Buenos Aires, si esto es posible (I, 353).

Aunque se advierte cierta condescendencia crítica en el hecho de calificar como “acaso demasiada” la elegancia en el vestir de las mujeres, la descripción de Huret y los datos que proporciona en torno a la presencia de representantes de modistas parisinos en la capital tucumana resultan reveladores de la capacidad adquisitiva de la que gozaban las mujeres de la élite tucumana hacia 1910, así como, en otro plano, de su afán de exhibición. La imitación de la moda europea en materia de vestimenta da cuenta de la penetración de una costumbre extranjera que resulta característica –junto con el mencionado deseo de exhibición, de ver y ser visto– de las “ciudades burguesas” de las que habla José Luis Romero.³⁶ La sorpresa en la mirada de los viajeros que se desprende de los fragmentos citados sugiere, en definitiva, la imagen de una ciudad interior en la que seguramente perviven costumbres y mentalidades tradicionales, pero que crece con rapidez al ritmo de la modernización económica y que, muy atenta a las novedades de París, busca imitar algunos aspectos del moderno estilo de vida europeo.

³⁶ José Luis Romero, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2001.

Conclusiones

Las imágenes de la provincia analizadas componen, en conjunto, la silueta de un Tucumán bello, edénico, rico y feliz, animado y alegre, dueño de un heroico pasado de gloria así como de un porvenir brillante a partir de la pujanza de su principal industria. Se trata de una representación casi sin fisuras, afín al espíritu celebratorio y optimista que recorre la Argentina en el momento de cumplir sus primeros cien años de vida institucional, etapa signada, según Oscar Terán, por una casi indudable confianza en el progreso indefinido del país y en su destino de grandeza.³⁷ Se trata, además, y según he anticipado al comienzo del trabajo, de una representación que reviste un carácter estratégico en relación con el proyecto que la élite local del Centenario –grupo que, con Juan B. Terán a la cabeza, había tenido la iniciativa de la publicación de la compilación y había seguido de cerca a Lizondo Borda en su realización– tenía para Tucumán, proyecto sustentado en el afán de situar a la provincia como un polo económico y cultural de singular prestigio y relevancia en el espacio nacional. Por último, es asimismo posible pensar que se trata de una representación que legitimaba también la existencia de una Universidad en el Norte del país, como la que el mismo grupo estaba poniendo en marcha en los años de elaboración y publicación de los volúmenes aquí examinados. El carácter estratégico de estas representaciones se acentúa si se considera la existencia de textos relevantes que son silenciados por la compilación y que ofrecen una visión que podría arrojar una sombra de duda sobre algunas de las certezas de los proyectos del grupo del Centenario, como el caso analizado de las notas de viaje de Clemenceau y su insistencia en la cuestión obrera y racial.

Para terminar, resta mencionar que esta visión optimista y sin conflictos de la provincia gozaría de una larga perdurabilidad (incluso hoy es posible leer en los diarios locales la utilización de la idea de jardín así como de ciudad histórica en la promoción de proyectos turísticos e inmobiliarios). No obstante, interesa destacar la sistemática impugnación que de esta imagen idílica realizan en la década de 1960 ciertos discursos surgidos de la aguda crisis social sufrida por los tucumanos a partir del cierre masivo de ingenios azucareros ordenado en 1966 por Juan Carlos Onganía. Entre otros ejemplos, puede citarse otra compilación, *Veinte poetas cantan a Tucumán* (1967), cuyos textos muestran la transformación del edénico jardín que parecía “promesa de progreso seguro” en una provincia sumida en un amargo presente de carencia e injusticia.³⁸

Bibliografía

Agüero, Ana Clarisa, “Córdoba en el imaginario de lo nacional. La ciudad pensada por Domingo F. Sarmiento, Joaquín V. González y Juan Bialet-Masse”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 10, 2006, pp. 79-98.

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 161-199.

³⁷ Oscar Terán, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2008, p. 227.

³⁸ Sobre esta compilación puede verse el agudo estudio de Fabiola Orquera, “Crisis social y reconfiguración simbólica del lugar de pertenencia: sentidos de la ‘tucumanidad’ en un contexto de crisis (1966-1973)”, en F. Orquera (ed.), *Ese ardiente jardín de la república*, Córdoba, Alción, pp. 295-318; así como S. Martínez Zuccardi, “Provincia y azúcar en compilaciones poéticas de Tucumán (del Centenario a la década de 1960)”, Primer Encuentro Nacional de Poética y Poesía, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 2012.

Bazán, Raúl Armando, “La región del Noroeste en la Argentina del Centenario”, en *La Generación del Centenario y su proyección en el Noroeste argentino (1900-1950)*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 2000.

Campi, Daniel, “Los ingenios del Norte: un mundo de contrastes”, en Fernando Devoto y Marta Madero (eds.), *Historia de la vida privada en la Argentina*, vol. II: *La Argentina plural: 1870-1930*, Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 189-221.

Clemenceau, Georges, *La Argentina del Centenario*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

Chamosa, Oscar, “Indigenous or Criollo: The Myth of White Argentina in Tucumán’s Calchaquí Valley”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 88, nº 1, 2008, pp. 71-106.

—, *Breve historia del folklore argentino. 1920-1970: Identidad, política y nación*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

Chein, Diego, “Provincianos y porteños. La trayectoria de Juan Alfonso Carrizo en el período de emergencia y consolidación del campo nacional de la folklorología (1935-1955)”, en F. Orquera (ed.), *Ese ardiente jardín de la república. Formación y desarticulación de un “campo” cultural: Tucumán, 1880-1975*, Córdoba, Alción, 2010, pp. 161-190.

Flawiá, Nilda (ed.), *Juan B. Terán. Estudios críticos sobre su obra*, Buenos Aires, Corregidor, 2013.

Guy, Donna J., *Política azucarera argentina: Tucumán y la generación del 80*, Tucumán, Fundación Banco Comercial del Norte, 1981.

Healey, Mark Alan, “El interior en disputa: proyectos de desarrollo y movimientos de protesta en las regiones extra-pampeanas”, en Daniel James (ed.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, vol. 9 de la *Nueva Historia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 169-212.

Lagmanovich, David, *Literatura del noroeste argentino*, Rosario, Biblioteca, 1974.

Leoni Pinto, Ramón, “Historiografía en Tucumán (1880-1950). Autores, obras y problemas”, en *La historia como cuestión. In memoriam Antonio Pérez Amuchástegui*, La Rioja, Canguro, 1995, pp. 53-95.

Lizondo Borda, Manuel, *Tucumán al través de la historia. El Tucumán de los poetas*, 2 vols., Tucumán, Publicación Oficial, 1916.

—, “Epólogo”, en G. Furlong S. J., *Ernesto E. Padilla. Su vida. Su obra*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1961, vol. III, pp. 1171-1178.

Martínez Zuccardi, Soledad, *Entre la provincia y el continente. Modernismo y modernización en la Revista de Letras y Ciencias Sociales (Tucumán, 1904-1907)*, Tucumán, IIELA, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, 2005.

—, *En busca de un campo cultural propio. Literatura, vida intelectual y revistas culturales en Tucumán (1904-1944)*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.

—, “El Norte como instrumento de equilibrio nacional. Juan B. Terán, Ricardo Rojas y la Universidad de Tucumán”, en Paula Laguarda y Flavia Fiorucci (eds.), *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*, Rosario, Prohistoria, 2012, pp. 23-38.

—, “Provincia y azúcar en compilaciones poéticas de Tucumán (del Centenario a la década de 1960)”, Primer Encuentro Nacional de Poética y Poesía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 2012.

Orquera, Fabiola, “Crisis social y reconfiguración simbólica del lugar de pertenencia: sentidos de la ‘tucumanidad’ en un contexto de crisis (1966-1973)”, en F. Orquera (ed.), *Ese ardiente jardín de la república. Formación y desarticulación de un “campo” cultural: Tucumán, 1880-1975*, Córdoba, Alción, 2010, pp. 295-318.

Páez de la Torre, Carlos (h), *Pedes in terra ad sidera visus. Vida y tarea de Juan B. Terán*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo/Academia Nacional de Historia/Academia Argentina de Letras, 2010.

Perilli de Colombrés Garmendia, Elena, *Tucumán en los dos centenarios (1910-1916)*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 1999.

Perilli de Colombrés Garmendia, Elena y Elba Estela Romero, *Un proyecto geopolítico para el Noroeste argentino. Los intelectuales del “Centenario” en Tucumán*, Tucumán, Centro Cultural Alberto Rougés, Fundación Miguel Lillo, 2012.

Ponssa, Roberto J., "Al margen del libro. Tucumán a través de la historia", *El Orden*, Tucumán, 9 de octubre de 1916, p. 4.

Romero, José Luis, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2001.

Romero, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Said, Edward, *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo, 2004.

Terán, Oscar, *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2008.

Resumen / Abstract

El Centenario de la Independencia y la construcción de un discurso acerca de Tucumán: proyectos y representaciones

El trabajo examina las representaciones de la provincia delineadas en los volúmenes de *Tucumán al través de la historia. El Tucumán de los poetas* (1916), compilación publicada como parte de la celebración oficial del Centenario de la Independencia Argentina. Tales representaciones pueden ser condensadas en cuatro imágenes (la de edénico jardín, de naturaleza y geografía prodigiosas; la de heroica cuna de la libertad y la independencia, poseedora de un pasado de gloria; la de una provincia de "porvenir" brillante a partir de la pujanza de la industria azucarera, y la de una ciudad culta, animada y atenta a la moda). El análisis destaca el carácter estratégico que este discurso casi sin fisuras sobre Tucumán presenta en relación con el ambicioso proyecto modernizador emprendido por la denominada "generación del Centenario" local, que aspiraba a establecer a la provincia como un significativo polo económico y cultural del país y como capital de la región noroeste. Carácter estratégico que se acentúa al considerar ciertos aspectos silenciados por la compilación en la medida en que podrían arrojar una sombra de duda sobre algunas de las certezas del proyecto mencionado.

Palabras clave: Representaciones - Modernización - Elites culturales locales - Provincia y nación

The Centennial of the National Independence of Argentina and the construction of a discourse about Tucumán: projects and representations

This article studies the way in which the province of Tucumán is represented in the volumes of *Tucumán al través de la historia. El Tucumán de los poetas* (1916), compilation published as part of the official celebration of the first Centenary of the National Independence of Argentina. These representations can be condensed in four images (the image of a paradisiacal garden, with a magnificent and prodigious nature; of a cradle of freedom and independence, owner of a heroic past of glory; of a province with a brilliant future based on the prosperity of the sugar industry; and of an educated, animated and modern city). The analysis underlines that this almost idyllic discourse about Tucumán presents a strategic character in relation to the ambitious project of modernization led by the so called local "Generation of the Centenary", group which intended to establish the province as an important economic and cultural pole, as well as the center of the Northwest region. This strategic character appears even more clearly if we consider certain aspects which seem to be silenced in the compilation, for they could throw a shadow of doubt over some of the certainties of the project mentioned above.

Keywords: Representations - Modernization - Local Intellectual Elites - Province and Nation

*Antiperonismo sin Perón: imágenes del Partido Socialista Democrático**

Silvana Ferreyra

CEHIS-UNMDP / CONICET

La historiografía académica sobre el Partido Socialista (ps) en la Argentina se ha dedicado fundamentalmente a desmontar la descripción que de esta fuerza política construyó el revisionismo histórico. En especial, durante los años sesenta y setenta los autores de la izquierda nacional y peronista se habían referido al socialismo local instalando su caracterización como “cipayo”. Esta adjetivación buscaba resaltar una supuesta alianza del ps con el capital imperialista y la oligarquía terrateniente argentina, comisión que identificaban con la defensa de posiciones librecambistas. En esta línea, los historiadores revisionistas lo catalogaban como un típico partido pequeñoburgués, alejado de las clases populares vernáculas. En contrapunto con estas versiones, la historiografía profesional posterior a la transición democrática –tanto la que se identificó con la izquierda reformista como la que lo hizo con proyectos revolucionarios– se dedicó a reescribir la historia del socialismo en la Argentina, mostrando su arraigo nacional y enfatizando en la diversidad de posiciones en el seno del partido.¹ En este último sentido, existe un consenso para describir al Partido Socialista en la Argentina por el carácter inestable y bifronte de su proyecto político, marcando la dicotomía entre un partido revolucionario que se definía por su identidad de clase y un partido reformista legal de base pluriclasista.² Sin embargo, esta construcción analítica –que ha sido aceptada hasta la llegada del peronismo– no es refrendada después de 1945, cuando prevalece la imagen de un partido de identidad obrera, al menos defensor de la justicia social, que entra definitivamente en crisis por canalizar todas sus energías en la lucha democrática contra el “totalitarismo peronista”. Al respecto, si para los

* Este artículo resume algunas de las conclusiones de mi tesis doctoral –“Socialismo y antiperonismo: el Partido Socialista Democrático. Transformación partidaria y dinámica política en tiempos de proscripción (Provincia de Buenos Aires, 1955-1966)”, tesis de doctorado, UNMDP, 2012–. Agradezco los valiosos comentarios realizados por el evaluador de *Prismas*.

¹ Véase Silvana Ferreyra, “Socialismo y peronismo en la historiografía sobre el Partido Socialista”, *Prohistoria*, vol. 15, 2011, disponible en <<http://ref.scielo.org/xqynms>>. En ese artículo delimitamos tres generaciones de autores que han indagado en la historia del socialismo en la Argentina: el revisionismo de izquierda, los historiadores de la transición democrática y la historiografía sobre la izquierda. Jorge Enea Spilimbergo y Juan José Hernández Arregui; José Aricó y Juan Carlos Portantiero; Alberto Pla y Hernán Camarero son algunos referentes de las respectivas corrientes.

² Hernán Camarero y Carlos Herrera, *El partido socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

orígenes y auge del socialismo argentino las tesis revisionistas han sido revisadas completamente, el debate fue menos intenso para el período posterior.

No obstante, en los últimos años también se han efectuado algunos esfuerzos por complejizar la imagen de un socialismo ahogado por su compromiso con el antifascismo, en especial indagando la segunda mitad de los treinta y los primeros años del peronismo. Por un lado, se han explorado los diversos usos y significados que tuvo para el socialismo la lucha contra el totalitarismo, como un modo de historizar una caracterización que se había considerado cristalizada.³ Por otro, se ha mostrado que existieron alternativas al camino eticista que planteaba la lucha omnipresente contra el fascismo, atendiendo especialmente al sostenimiento de un programa de reformas económico-sociales que hacía énfasis en la intervención del Estado en la economía para el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases subalternas.⁴

Pero a partir de la segunda presidencia de Perón,⁵ la imagen de un socialismo que se desintegra por su encono ciego contra el peronismo vuelve a tomar fuerza. El recuerdo de sus principales dirigentes, como Américo Ghioldi y Francisco Pérez Leirós, avalando el fusilamiento de civiles y la represión de huelgas durante la “libertadora”, ayuda sin duda a fortalecer estas tesis. En esta línea, el ejemplo paradigmático de un partido de derecha, alejado de las clases subalternas y defensor de un programa liberal y republicano que acerca sus puntos de vista a los de sectores conservadores y grupos dominantes, estaría dado por la creación del Partido Socialista Democrático (PSD) en 1958. Paradójicamente, debe ser este uno de los pocos tópicos de la historia argentina en que la historiografía profesional post 1983 coincidió con las tesis del revisionismo.

En el campo académico, tanto para la historiografía de izquierdas como para la historiografía socialdemócrata la confianza en esta hipótesis derivó en que para los años posteriores a la caída del peronismo el foco de estudio estuviese puesto en aquellos socialistas que transitaron un camino revisionista, a partir de nuevas lecturas del peronismo y la experiencia de la Revolución Cubana.⁶ La elección parece obvia en el caso de la historiografía de izquierda,

³ Andrés Bisso, *Acción Argentina: un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial: Acción Argentina y las estrategias de movilización del antifascismo liberal-socialista en torno a la Segunda Guerra Mundial, 1940-1946*, Buenos Aires, Prometeo, 2005; Carlos Herrera, “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005; Ricardo Martínez Mazzola, “Nacionalismo, peronismo, comunismo: Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista Argentino (1946-1953)”, *Prismas*, nº 15, 2011.

⁴ Mariana Luzzi, “El viraje de la ola. Las primeras discusiones sobre la intervención del Estado en el socialismo argentino”, *Estudios Sociales*, vol. 20, 2001, y “De la revisión de la táctica al Frente Popular. El socialismo argentino a través de *Claridad, 1930-1936*”, *Prismas*, nº 6, 2002; Juan Carlos Portantiero, “Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década del treinta”, *Prismas*, nº 6, 2002; Cristina Tortti, *Estrategia del partido socialista. Reformismo político y reformismo sindical*, Buenos Aires, CEAL, 1989, y “El Partido Socialista ante la crisis de los años ‘30: La estrategia de la ‘Revolución Constructiva’”, *Revista Socialista*, vol. 4, 2009.

⁵ La amplia bibliografía sobre estudios del peronismo ha indicado un giro hacia un régimen y un partido más vertical desde 1951. Para el caso del PS este año opera como bisagra pues la represión peronista, desatada con posterioridad a las huelgas de ferroviarios de principios de 1951 y el intento de golpe de Estado en septiembre de 1951, funciona como catalizador de una intransigencia partidaria ya lo suficientemente radicalizada como para participar de estos movimientos opositores.

⁶ Solo para mencionar algunos ejemplos clásicos y trabajos más recientes, Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001; Beatriz Sarlo, *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001; Oscar Terán, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; María Cristina Tortti, *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda, 1955-1965*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

cuyo *leit motiv* era la búsqueda de fracciones internas que reivindicaban un perfil obrero y revolucionario para el PS, algo improbable de encontrar en las filas del PSD. Sin embargo, ¿por qué una historiografía marcada por la transición democrática, cuyo horizonte político era la conjugación entre socialismo y democracia, no exploraría precisamente la experiencia del socialismo democrático?

Una posible explicación se encuentra en que el dispositivo de construcción del campo historiográfico post 1983 estuviese signado por la herencia de José Luis Romero, como representante político-académico de una corriente de socialismo renovadora.⁷ En este sentido, la historiografía académica sería heredera del grupo moderado –posteriormente denominado socialismo argentino– que rompió con el ala conservadora en 1958 junto con las juventudes socialistas.⁸ De ahí que su mirada crítica al ghioldismo, que derivaría de esa experiencia, lo considerara una expresión conservadora que solo tomó el programa liberal-republicano del socialismo, y se alejó del reformismo social.

Sin embargo, cuando abordamos empíricamente la historia del PSD, advertimos que la contradicción entre una dimensión cívica y otra social estuvo en la base de los debates de 1958 y que la ruptura partidaria no terminó de resolver estas tensiones. En este sentido, probablemente el devenir posterior del socialismo democrático y de algunos de sus dirigentes⁹ la volvieron un espejo en el que nadie quería observarse.

En este artículo nos proponemos rastrear las contradicciones entre las consignas de lucha contra el “totalitarismo” y la defensa de la justicia social que aparecen en la trayectoria del PSD durante sus primeros años en el período conocido en la historia política argentina como “semi-democracia”. Con este objetivo, seguiremos las dos líneas de trabajo que señalamos en los párrafos anteriores, ya exploradas por algunos estudiosos del socialismo para los orígenes y los primeros años del peronismo. En primer lugar, nos interrogaremos sobre las características que tomó la lucha del PSD contra el “totalitarismo” en el plano nacional, con un peronismo proscripto y en un escenario de guerra fría a nivel internacional. En segundo término, observaremos en qué medida la influencia del programa antitotalitario en general, y antiperonista en particular, borró o no el impulso del socialismo democrático a reformas económico-sociales que buscaban favorecer a los grupos subalternos y a la clase obrera.

Por un lado, se trata de admitir que el PSD no fue simplemente una caricatura del antiperonismo radicalizado, sino que existen una serie de imágenes que nos permiten tener una visión más completa de su trayectoria y más compleja de las características del “antiperonismo sin Perón”. Nuestra intención no es desmentir imágenes que si se han consolidado fuertemente es en buena medida a raíz de su verosimilitud. Buscamos historizar las relaciones entre socialismo y antiperonismo, diferenciando momentos y dimensiones en la trayectoria partidaria.

⁷ Esta hipótesis es sugerida por Omar Acha, *Historia crítica de la historiografía argentina: Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

⁸ La división dio como resultado inicial dos nuevos partidos: Partido Socialista Democrático y Partido Socialista Argentino. No obstante, ya en 1958 se advierte la presencia de tres corrientes: izquierdistas y moderados que actuaban en conjunto como un sector renovador, enfrentados al grupo ghioldista o liberal democrático. Véase María Cristina Tortti, *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes...*, *op. cit.*

⁹ Nos referimos en particular a la participación de Américo Ghioldi como embajador de Portugal durante la dictadura militar de 1976-1983. Aunque su actuación ha sido la más difundida, no fue la única. Otros dirigentes partidarios como Luis Pan y Luis Nuncio Fabrizio colaboraron con el gobierno de facto, como director de EUDEBA y como comisionado en Mar del Plata, respectivamente.

Por otro lado, este recorrido advierte que el horizonte de conjugación entre socialismo y democracia no era únicamente el de la izquierda reformista que imaginó la generación de historiadores de la transición democrática. Al respecto, consideramos que analizar uno de los intentos por conjugar socialismo y democracia en la Argentina posperonista puede ser útil para complejizar el punto de vista desde el que se ha “normalizado” la historia argentina.¹⁰ En última instancia, nos interesa complejizar nuestras visiones sobre la relación entre izquierdas y populismo en la Argentina.

Totalitarismo: entre la proscripción del peronismo y la Revolución Cubana

Los significados asociados al antifascismo y al antitotalitarismo en la tradición socialista argentina han sido recorridos por bibliografía especializada. Andrés Bisso mostró cómo la variante liberal-socialista de dicha apelación fue extraordinariamente efectiva en el contexto de las movilizaciones cívicas de la “década infame” pero no logró trasladar su representatividad hacia otras formas después de 1945, lo que le impidió alcanzar a nuevos sectores sociales.¹¹ Por su parte, Ricardo Martínez Mazzola ubicó las tesis antifascistas en un proceso de más larga data, asociado al enfrentamiento del socialismo con los movimientos nacional populares, intentando explicar las dificultades del PS para transformarse en un partido de masas. En esta línea, sus trabajos se han concentrado en la relación entre socialismo e yrigoyenismo, aunque en el último tiempo su campo de preocupaciones se ha extendido al período peronista.¹² Sus investigaciones para esa etapa dialogan con los estudios de Carlos Herrera, quien hizo hincapié en los vaivenes de la caracterización del peronismo como totalitarismo en el seno del PS, problematizando los cambios de la interpretación ghioldista sobre el peronismo como nazi-fascismo. En una mirada que puede ser complementaria, Mazzola mostró que fue la propia noción de totalitarismo la que sufrió variaciones, y a partir de 1945 su significado se extendió desde los movimientos nazi-fascistas hasta los vinculados con el gobierno soviético. Este desplazamiento conceptual se reforzó a nivel internacional a partir de 1951, cuando a través de la Declaración de Frankfurt la Internacional Socialista dejó de considerar como enemigo principal al capitalismo, para incorporar entre sus adversarios más importantes al Este Comunista.

Por su parte, Herrera analizó los vaivenes que sufrió la interpretación ghioldista a partir de los cambios en el gobierno peronista y los conflictos internos en el PS, considerando el desplazamiento posterior del antifascismo a la denuncia del comunismo y a la defensa de la civilización occidental como una muestra de la absolutización del concepto de totalitarismo en la

¹⁰ Véase Omar Acha y Nicolás Quiroga, *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo*, Rosario, Prohistoria, 2012, p. 25. En este libro, centrado en la normalización de los estudios del peronismo, los autores afirman que la misma se inscribe en un proceso más extenso de profesionalización historiográfica consumada en un contexto de transición democrática, donde los nudos de la historia argentina debían ser amoldados al horizonte evolucionista de la Argentina liberal-democrática.

¹¹ Andrés Bisso, “Los socialistas argentinos y la apelación antifascista durante el ‘fraude tardío’”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

¹² Ricardo Martínez Mazzola, “Nacionalismo, peronismo, comunismo”; “La ciencia frente a la esfinge. Las interpretaciones socialistas del populismo en la Argentina”, *Intersticios de la política y la cultura latinoamericana: los movimientos sociales*, 1, 2011, disponible en <http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/filolat/article/view/270> y “Punto muerto. Los debates del Partido Socialista en los años del primer peronismo”, VII Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012.

lectura socialista. En este apartado nos proponemos mostrar cómo este camino también puede ser historizado, atendiendo a los usos del concepto por parte del PSD entre mediados de las décadas de 1950 y 1960. Con tal fin, nos detendremos en algunos acontecimientos clave de la década, como el golpe de 1955 y la Revolución Cubana.

Al respecto, la vinculación con la “revolución libertadora” resulta obvia, pues para los socialistas se convirtió en la concreción de sus sueños de “abatir el totalitarismo”. Esta etapa fue de apogeo para sus consignas democráticas, pero también de inicio de la crisis partidaria e implicó nuevos matices para la identificación de los actores “totalitarios”. Sabemos que en 1958, al igual que muchos otros partidos en la Argentina para esos años, el socialismo sufrió una importante fractura. Un sector considerado moderado, que más adelante se identificaría como Partido Socialista Argentino (PSA), evaluó necesario desplazar el foco de la lucha “democrática” contra el peronismo para concentrarse en la identidad obrera de la tradición partidaria.¹³ El otro sector, que pasará a denominarse Partido Socialista Democrático (PSD), se identificó con un “antiperonismo radicalizado”,¹⁴ en ocasiones incluso más que el del gobierno “libertador”. Pero la apertura electoral abriría una etapa totalmente nueva para los pedidos más radicales de “desperonización”.

Por una parte, ningún análisis puede perder de vista la vinculación del PSD con los militares colorados, la continuidad de una denuncia ético-política al peronismo como “régimen totalitario”, su actitud férreamente opositora al gremialismo de las 62 organizaciones peronistas, su crítica al voto en blanco y a las acciones de la resistencia peronista, entre otras evidencias de una actitud rígidamente antiperonista. Sin embargo, nos interesa destacar el hallazgo de otras posiciones que nos llevaron a preguntarnos si el “antiperonismo radicalizado” era una estrategia política viable en este nuevo período.

Si entre 1945 y 1955 las campañas electorales buscaron diferenciar al socialismo de la fuerza liderada por Juan Domingo Perón, en la década posterior la marginación del peronismo del juego electoral llevó a que su principal oponente fuesen las fuerzas antiperonistas que buscaron cooptar los votos del electorado vacante. En esta línea, conviene resaltar que el Partido Socialista Democrático consideró que la proscripción al peronismo era una medida negativa, en la medida en que incentivaba cierto tipo de jugadas electorales, que se constituyeron en la marca de la “política criolla” para el período. En consecuencia, promovió la representación proporcional como herramienta central para eliminar la influencia del “totalitarismo”, que ya no se vinculaba solamente con el peronismo, sino también con los partidos “pactistas”.¹⁵ En ocasión de los comicios de 1960, sus dirigentes sostenían:

[P]asadas ya las elecciones y en momentos en que no puede ser interpretada su posición con intenciones demagógicas y de engaño expresa que *hay que terminar definitivamente con las proscripciones políticas* que, además de testificar una desigualdad constitucional irritante,

¹³ Cecilia Blanco, “El ps en los 60: enfrentamientos, reagrupamientos y rupturas”, *Sociohistórica*, 7, 2000; María Cristina Tortti, *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes..., op. cit.*

¹⁴ En el sentido que le da María Estela Spinelli, *Los vencedores vencidos: el antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires, Biblos, 2005, cap. 3.

¹⁵ Esta adjetivación, relacionada típicamente con el lenguaje de la UCRI, se extendió hacia la democracia cristiana, el socialismo argentino, los conservadores populares y, en términos amplios, hasta para los radicales del pueblo, todos los cuales habitualmente fueron tildados de “demagógicos” en el discurso partidario.

sirven de pretexto para que demagogos inescrupulosos agudicen su ingenio para engañar a los seguidores de los partidos proscriptos, de quienes se proclaman defensores y a los que imploran su voto, incitándolos a la deslealtad con su propio grupo y a la “traición partidaria”. El *cese de las proscripciones políticas* será un golpe rudo para esos aventureros que medran con la persecución de los adversarios y será, también, una afirmación clara de los principios democráticos y de igualdad constitucional para todos los partidos políticos argentinos (las cursivas son nuestras).¹⁶

Su rechazo a las proscripciones se plasmó en numerosas declaraciones en la prensa partidaria,¹⁷ así como en el acompañamiento parlamentario al levantamiento parcial de las mismas que se llevó adelante en 1962 y 1965.¹⁸ Asimismo, aunque continuaba asociando peronismo y totalitarismo, ya en los años sesenta el PSD consideraba la posibilidad de “socialdemocratizar”¹⁹ este movimiento, reconociendo sus avances en materia social y aceptando la posibilidad de su transformación en un “actor democrático”.

También en el plano internacional, la lucha contra el totalitarismo irá tomando sus propios matices. El análisis que el PSD efectuó de la Revolución Cubana no solo es útil para ilustrar estos cambios, sino que permite observar como la visión de un proceso externo atraviesa siempre un prisma conformado por las reflexiones nacionales. Las primeras noticias sobre la Revolución en Cuba fueron recibidas con júbilo en las páginas de *Afirmación*, el periódico creado por la fracción ghioldista al perder la dirección de *La Vanguardia* en el marco de las disputas internas. Desde la perspectiva de los socialistas democráticos, la Revolución Cubana fue considerada inicialmente como un episodio más en la lucha contra el fascismo y el nazismo, derrotado en la Segunda Guerra Mundial en Europa y recién en ese momento en decadencia en América Latina. A mediados de 1959 *Afirmación* comenzó a dar cuenta de las simpatías que la Revolución Cubana empezaba a despertar entre los comunistas argentinos. Las sospechas más concretas llegaron un año después, con la denuncia que hizo Nicolás Repetto a partir del acer-

¹⁶ *El Trabajo*, Diario socialista (Mar del Plata), 14/4/60.

¹⁷ Algunos ejemplos representativos pueden leerse en *El Trabajo*, 17/3/62; *Afirmación*, 22/8/62; *La Vanguardia*, 30/4/63 y 9/9/64.

¹⁸ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires* (DSCDPBA), Período 103º, Sesión 19/10/62; DSCDPBA, Período 105º, Sesión 27/8/64; DSCDPBA, Período 105º, Sesión 21/10/65.

¹⁹ Tomamos esta caracterización de Eugenio Kvaternik, “¿Fórmula o fórmulas? Algo más sobre nuestro sistema de partidos”, *Desarrollo Económico*, vol. 12, nº 47, 1972. Según Amaral, la condición para que Perón volviese al país era la obtención por parte de los otros actores políticos de su reconocimiento como actor político legítimo, situación que recién se concretaría en 1972. Véase Samuel Amaral, “De Perón a Perón 1955-1973”, en *Nueva Historia de la Nación Argentina*, vol. 7, Buenos Aires, Planeta, 1997. Desde las evidencias que proporciona nuestra perspectiva, la legitimidad para considerar al peronismo (aunque todavía no a Perón) como actor democrático estuvieron dadas ya en la década del sesenta, incluso por partidos como el PSD, de cuya radicalidad en el intento despernizador nadie dudaría. En este sentido, y a raíz de los largos años que duró la proscripción peronista, la brecha entre las declaraciones de los partidos y las posibilidades concretas de integrar al peronismo en un acto eleccionario merecerían una exploración más profunda. Aunque he mostrado con mayor profundidad este argumento en mi tesis doctoral, cito aquí como evidencia al propio Ghioldi: “Hay dos etapas de lucha, de enfrentamiento con el peronismo. Cuando fue dictadura, había que derribarlo; no era el caso de hacer filosofía. Ahora es un movimiento más, en igualdad de condiciones de llegar con los otros, y llega la hora de analizarlo más serenamente, con ecuanimidad. Yo creo –a lo mejor lo que le voy a decir le sorprende– que dentro del peronismo se dan elementos muy positivos: el más importante de todos es su sentido social. Cuando ese sentido social pueda aplicarse sin reticencias en la democracia, se transformará en un factor decisivo de progreso, esto es, cuando acepte el juego de las instituciones” (*La Vanguardia*, 1/6/66).

camiento de Cuba al bloque comunista.²⁰ Finalmente, para los primeros meses de 1961, los socialistas democráticos habían impuesto la categoría de totalitario al régimen cubano. Esta etiqueta fue colocada incluso antes de la proclamación de Fidel Castro como marxista-leninista en el famoso discurso del 2 diciembre de 1961. La victoria de Alfredo Palacios, candidato a senador del Partido Socialista Argentino para las elecciones de febrero de 1961 en Capital Federal, marcó un viraje definitivo en la caracterización del proceso cubano, pues el eje de su campaña había sido el fidelismo y el antiimperialismo. Los sucesos de Playa Girón reforzaron esta tendencia, colocando a Cuba en el centro de la guerra fría. En este marco sostenían:

Con cabeza serena y corazón ardiente, el Socialismo Democrático pide a los trabajadores, a la juventud, a la ciudadanía y a los habitantes todos, que en esta hora de confusiones espontáneas y, al mismo tiempo, de organización estratégica de desorientaciones, tome por medida o eje, para comprender los hechos, algunos criterios básicos de nuestra civilización, que es heredera y parte de la civilización de occidente.²¹

En la coyuntura se vislumbraba un apoyo contundente a los “valores occidentales”, aunque el mismo debe ser sopesado advirtiendo el rechazo a la intervención unilateral de los Estados Unidos.²² No obstante, la salida tampoco puede considerarse una posición neutral, ya que solicitaban la actuación de la Organización de los Estados Americanos para obtener el cese de la guerra civil y la convocatoria a elecciones. También en 1965, ante la invasión estadounidense a República Dominicana, los socialistas democráticos protestaron contra la intervención unilateral y reclamaron de la OEA un rápido pronunciamiento y la afirmación del principio de no intervención y autodeterminación de los pueblos.²³ Sin embargo, incluso cuando votaban en el Congreso este tipo de declaraciones junto a los radicalismos y a los partidos neoperonistas, buscaban diferenciarse de las posiciones antiimperialistas defendidas por estas fuerzas. En el Congreso nacional sostenía Américo Ghioldi:

[M]e apoyo en mi posición antinorteamericana en el sentimiento de las clases trabajadoras de Estados Unidos, en la opinión de la gente liberal de aquel pueblo, en la opinión de los socialistas de Estados Unidos de Norteamérica, en sus pensadores y en el sentimiento inmortal de Kennedy.²⁴

Los socialistas democráticos no querían ser tildados de antiimperialistas, aunque tampoco admitían que los opositores se quedasen con el capital electoral que portar esa etiqueta implicaba.

²⁰ “Nicolás Repetto opina sobre Cuba y el futuro político de América Latina”, *Afirmación*, 27/07/60.

²¹ “Los últimos acontecimientos internacionales y el espíritu público de la democracia argentina”, *Afirmación*, 4/5/61.

²² La posición del socialismo en la Argentina frente a las intervenciones extranjeras en América Latina ha sido discutida por distintos autores. Mientras que los autores de la izquierda nacional han acusado al socialismo de connivencia con los intereses extranjeros, algunos trabajos académicos en los últimos años han complejizado el vínculo entre socialismo y antiimperialismo con nuevos interrogantes. Para un estado de la cuestión sobre este problema véase Pérez Branda, Pablo y Silvana Ferreyra, “El antiimperialismo del socialismo argentino. Una lectura a partir de las rupturas del Partido Socialista Independiente y el Partido Socialista Democrático en tiempos de revoluciones latinoamericanas”, en *Memorias Arbitradas de las II Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos Contemporáneos*, Córdoba, noviembre de 2010.

²³ “Los sucesos de Santo Domingo”, *La Vanguardia*, 12/5/65.

²⁴ *Ibid.*, 12/5/65.

Por un lado, acusaban a peronistas y frondicistas de defender un falso antiimperialismo, haciendo grandes proclamaciones en política internacional mientras estaban a la caza de inversiones extranjeras; por otro lado, identificaban al Partido Socialista Argentino con la defensa del “imperialismo soviético”.

Comparando la posición del PSD con la de otros socialismos nacionales, consideramos que sus posturas podrían emparentarse con la que sostenía la Internacional Socialista para esta época marcada por la Guerra Fría, oscilando entre posiciones de autonomía entre ambos bloques o alineamientos con el bloque occidental.²⁵ Sin embargo –paradójicamente– las posiciones del PSD diferían radicalmente de la postura del Partido Socialista Argentino, la rama del socialismo local que había quedado oficialmente alineada con la Internacional.²⁶ En efecto, en el contexto latinoamericano los principales partidos socialistas de la región (en particular, el chileno y el uruguayo) sostuvieron una posición antiimperialista diferenciada de la comunista, pero con una crítica contundente al imperialismo norteamericano. En este sentido, tomando en cuenta las posiciones del Secretariado Latinoamericano²⁷ y de la Confederación Socialista Asiática, podemos sostener que los socialismos del “tercermundo” se radicalizaron respecto a la organización central, situación que incluso implicó la disolución de estos organismos hacia principios de 1960. De esta manera, aun cuando no pertenecía oficialmente a la Internacional, la línea del PSD se emparenta mejor con la de los países europeos, en particular con el pro-occidentalismo del laborismo británico, tal como pudo observarse en la relevancia que otorgaron a la visita de Morgan Philips a la Argentina.²⁸

Reflexiones sobre las vinculaciones entre estas opciones y los posteriores lazos del PSD con la dictadura militar argentina en 1976 pueden resultar tentadoras. En esta línea, aunque podríamos considerar que la trayectoria de estos años engendra ya un alineamiento estrecho con el bloque occidental, los lazos posteriores de la Internacional Socialista con los procesos democratizadores²⁹ muestran también que los caminos todavía podían ser múltiples.

Justicia social: entre el planismo y la racionalización

Como ya hemos señalado en las primeras páginas, hay un acuerdo generalizado en la historiografía en considerar que la causa de la crisis del socialismo en la Argentina fue su insistencia en la interpretación del peronismo como un movimiento totalitario, homologable a los fascismos europeos. En el apartado anterior, observamos cómo para los diez años que transcurren entre 1955 y 1965 primaron otros usos para el concepto de totalitarismo. En esta sección nos

²⁵ La ambigüedad que sostuvo la socialdemocracia internacional en algunos aspectos durante los cincuenta y sesenta ha derivado en que sus acciones en el marco de la Guerra Fría puedan ser consideradas de distintos modos. Para una lectura que remarca el alineamiento con el bloque occidental véase Michael Löwy, “Trayectoria de la Internacional socialista en América Latina”, *Cuadernos políticos*, 29, 1981, disponible en <<http://www.coppaljuvenil.org/DOCUMENTOS/29.5.MichaelLowy.pdf>>. Para una lectura más detallada, que subraya la ambigüedad, véase Fernando Pedrosa, *La otra izquierda: la socialdemocracia en América Latina*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.

²⁶ Las razones por las que el PSA mantuvo la afiliación merecen ser exploradas, más aun cuando los representantes al congreso de la Internacional en 1955 habían sido Ghiglioli y Repetto, ambos de la fracción democrática.

²⁷ Humberto Maiztegui, *Memorias políticas del secretario latinoamericano de la Internacional Socialista, 1956-1970*, Buenos Aires, CEAL, 1992.

²⁸ *Afirmación*, 23/2/60 y 8/3/60.

²⁹ Estos lazos son el eje de la tesis de Fernando Pedrosa, *La otra izquierda..., op. cit.*

detendremos en rastrear las alternativas que surgieron dentro del partido a las campañas anti-totalitarias, centradas en la dimensión liberal-republicana.

Siguiendo esta línea, algunos autores se esforzaron por demostrar que la crisis peronista del socialismo no respondió solo a cuestiones programáticas. La existencia de un universo más complejo en el interior del partido los llevó a alertar sobre la presencia de causas exógenas para pensar la crisis. Estos estudios pusieron en evidencia que durante la segunda mitad de los treinta los debates no se habían dado solo en torno al eje democracia-fascismo, sino también a partir del tópico Estado-mercado. Al respecto, han mostrado cómo para esta década un sector de los socialistas encabezado por Rómulo Bogliolo se alejó de la mirada librecambista en política económica que sostenía la tradición justista, planteando un papel más importante para la intervención del Estado en la economía. Esta línea política, autopropagada como revolución constructiva, se postuló como una posición intermedia entre la tradición reformista y el grupo revolucionario, que terminaría constituyendo el Partido Socialista Obrero. El congreso socialista de 1938 sistematizó estos conceptos como línea oficial del partido, aprobando un “plan de defensa nacional” que avalaba la planificación y el intervencionismo estatal en la regulación de las actividades económicas y la nacionalización de las fuentes de energía, los transportes y los servicios públicos.

Para Juan Carlos Portantiero, este congreso fue el punto culminante de esa línea política, pues el advenimiento del peronismo terminó por anclar la posición partidaria en las consignas antifascistas, dejando en otras manos las banderas que el socialismo comenzaba aizar.³⁰ No obstante, Osvaldo Graciano ha mostrado la persistencia de estas consignas en el programa de gobierno que el socialismo aprobó en su congreso de 1945.³¹ Por su parte, Andrés Bisso señaló elementos comunes en el programa económico y social de la Unión Democrática y el del Partido Laborista en las elecciones de 1946.³² Según Nicolás Azzolini y Julián Melo estas similitudes responden a un proceso de “lógicas compartidas” antes que de “banderas robadas”, tal como lo habían pensado los propios actores y buena parte de los intérpretes.³³

En efecto, el recorrido por distintos estudios³⁴ y la lectura de algunas fuentes partidarias del período nos muestran que aunque la dimensión cívica y ética de crítica al peronismo se volvió cada día más omnipresente, otras alternativas sobrevivieron. La disidencia frente a la línea oficial cuya referencia ha sido recurrente en la bibliografía fue el planteo de Julio V. González en el congreso partidario de 1950. González, al igual que Ghioldi, consideraba al peronismo como una dictadura, pero señalaba como innegables los avances que en torno al programa mínimo del PS se habían logrado durante ese gobierno. En este sentido, creía que lo único que podía hacer el PS para diferenciarse de los partidos burgueses era asumir el programa máximo de socialización y supresión del salario, abandonando el eje antitotalitario de lucha

³⁰ Juan Carlos Portantiero, “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina...*, *op. cit.*

³¹ Osvaldo Graciano, “Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33, 2008.

³² Andrés Bisso, “Los socialistas argentinos y la apelación antifascista...”, *op. cit.*

³³ Nicolás Azzolini y Julián Melo, “El espejo y la trampa. La intransigencia radical y la emergencia del populismo peronista en la Argentina”, *Papeles de trabajo*, vol. 8, 2011, fecha de consulta 7/5/2013.

³⁴ Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas: (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001; Marcela García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista: radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires, Prometeo, 2005; Carlos Herrera, “¿La hipótesis de Ghioldi?...”, *op. cit.*; Daniel Omar de Lucía, “Unas relaciones curiosas: Trotskismo y socialdemocracia (1929-1956)”, *Pacarina del Sur*, 7, 2011; Ricardo Martínez Mazzola, “Punto muerto. Los debates del Partido Socialista...”, *op. cit.*

contra el peronismo.³⁵ Aunque iba más allá de lo que los constructivistas habían planteado una década atrás, el planteo de González condensaba varias críticas hasta entonces dispersas, y cuya mención ha sido menos común en las investigaciones.

Más recientemente, Ricardo Martínez Mazzola ha llamado la atención sobre otras alternativas a la interpretación oficial.³⁶ Entre ellas, y en relación con la dimensión socio-económica que nos ocupa, merece destacarse un libro escrito por Bogliolo en 1951, donde el dirigente continuaba argumentando que era necesario avanzar hacia una economía planificada.³⁷ Otro dato importante en esta línea es la crítica que a principios de los cincuenta efectuó Dardo Cúneo al “liberismo”, lo que marcaba un agudo contraste respecto de una línea oficial que en ese momento rechazaba el intervencionismo estatal y la política peronista respecto a los productores agrarios. De hecho, Cúneo protagonizó una de las importantes separaciones partidarias que tuvieron lugar en esta etapa, y otra a señalar por su alto impacto político fue la expulsión de Enrique Dickmann. Los procesos de expulsión de Cúneo y de Dickmann desencadenaron la conformación de sendas agrupaciones: Acción Socialista y el Partido Socialista de la Revolución Nacional.³⁸

En 1955, el golpe de Estado que derrocó a Perón profundizó los vínculos que la cristalización de la línea antitotalitaria los había llevado a tejer con radicales y conservadores, lazos que preocupaban a un sector del socialismo, que consideraba que los llevaría a perder su identidad específica como partido de los trabajadores. No obstante, y a raíz del júbilo inicial que despertó la caída del peronismo, en el año que transcurrió entre fines de 1955 y diciembre de 1956 el PS en su conjunto formó parte de la coalición dominante en el seno del gobierno nacional. Resulta interesante señalar que, en función de la dimensión de análisis que se enfatice, encontramos a los socialistas formando parte de la fracción más dura o “radicalizada” del antiperonismo o bien como integrantes de un sector “blando” respecto de las políticas económico-sociales que se deberían implementar.³⁹ Su ubicación en el “antiperonismo radicalizado”

³⁵ Carlos Herrera, “¿La hipótesis de Ghioldi?...”, *op. cit.*

³⁶ Ricardo Martínez Mazzola, “Punto muerto. Los debates del Partido Socialista...”, *op. cit.*

³⁷ Rómulo Bogliolo, *El problema de nuestra época ¿Marchamos “fatalmente” hacia el socialismo?*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1951.

³⁸ El segundo proceso ha sido más explorado. Véase María Dolores Béjar, “La entrevista Dickmann-Perón”, *Todo es Historia*, 1979; Carlos Herrera, “El Partido Socialista de la Revolución Nacional, entre la realidad y el mito”, *Revista Socialista*, año III, nº 5, 2011. Enrique Dickmann relata que en el congreso de 1948 planteó que el PS debía recuperar su independencia y autonomía, desconectándose de todo vínculo conservador y radical para volver sobre su pensamiento y acción específicos: trabajar por la emancipación material y espiritual de la clase trabajadora. En ese momento no habría querido forzar una votación porque otros referentes que respetaba, como Alfredo Palacios y Américo Ghioldi, tenían una opinión contraria. Sin embargo, así lo hizo con posterioridad en el Consejo Nacional, donde perdió por 18 votos contra 10, todo un signo de que el malestar no se limitaba a su figura. En efecto, en 1948 fue expulsado un grupo de afiliados (Alfredo López, Carlos María Bravo, José Oriente Cavalieri) vinculado a la publicación *Unidad Socialista*, cuyas propuestas apuntaban incluso un poco más allá de las de Dickmann, solicitando una mejor predisposición analítica sobre el peronismo y ciertas políticas de apoyo al gobierno tendientes a superar las acciones de oposición recurrente. Asimismo, la abstención para las elecciones de constituyentes de 1948 se comprende mejor en el marco de estas discusiones. Mientras que la línea oficial del PS enunciaba la no concurrencia como un modo de denuncia a la realización de la reforma constitucional como proyecto reeleccionista, otros afiliados la consideraban un modo de favorecer al radicalismo, que cosecharía sus votos, a la vez que una oportunidad perdida para mostrar un programa socialista de reformas económico-sociales de cara al futuro. Para reconocer estas disidencias trabajamos con algunas fuentes primarias: PS, *xxxix Congreso Nacional*, Mar del Plata, abril de 1953; PS, *xli Congreso Nacional*, Capital Federal, junio y julio de 1956. Asimismo, consultamos los folletos que editó el CEN del PS en ocasión del voto general para el caso Dickmann (abril de 1952) y el caso Cúneo (septiembre de 1952).

³⁹ Marcelo Cavarozzi, *Sindicatos y política en Argentina, 1955-1958*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, 1979.

se vinculaba con su caracterización del peronismo como mal totalitario que derivaba en un proyecto político-pedagógico dirigido a eliminar la identidad peronista y a reeducar a sus partidarios en valores republicanos, junto con una propuesta de reforma del régimen político hacia un sistema descentralizado y con creciente importancia de las minorías.⁴⁰ Su vinculación con el sector “blando”, espacio que compartía con buena parte de la oposición partidaria, se manifestaba en la crítica a la política represiva que buscaba eliminar todas las restricciones que el peronismo había impuesto a la dominación burguesa, fomentada centralmente por las corporaciones empresariales y apoyada por un sector de las fuerzas armadas. En su lugar, proponían adoptar una serie de medidas populares, tales como el congelamiento de los precios y alzas salariales, que garantizarían el apoyo de los trabajadores a la “libertadora”, a la vez que legitimarían los lugares ocupados por el gremialismo “democrático”.

En consecuencia, podemos considerar que –a grandes rasgos– las fracciones en que se dividió el socialismo terminaron enfatizando una u otra línea. Por un lado, el sector vinculado al futuro PSA apuntó a que el gobierno encarnaba el revanchismo patronal, admitiendo que durante el peronismo los trabajadores habían obtenido diversas conquistas sociales. Por otro lado, ya hemos señalado cómo el grupo ghioldista denunció a la Unión Cívica Radical del Pueblo como la opción “continuista” y criticó su debilidad para encarar reformas institucionales e ideológicas más profundas que terminaran por borrar de la Argentina los restos de la “política criolla”.

Pero aunque la tensión entre dimensión social y dimensión cívica parece haber estado en la base de los debates, creemos que la ruptura de 1958 no terminó de resolver estas tensiones. Por un lado, como ha señalado Cristina Tortti, la reconceptualización del fenómeno peronista dentro del socialismo fue un proceso que recién se hizo visible a partir del seguimiento de los posicionamientos dentro la juventud del partido, con posterioridad a la ruptura de 1958.⁴¹ Por otro lado, y es el que en este apartado indagaremos con cierto detalle, durante la década del sesenta en el seno del socialismo democrático se rescatará un programa de reformas económicas y sociales que implicaban mejoras para los grupos subalternos y que convivirá con sus más conocidas posiciones contra el totalitarismo. A raíz del peso y la radicalidad de los posicionamientos antitotalitarios, la presencia programática de iniciativas vinculadas a reformas económico-sociales prácticamente no ha tenido visibilidad en la bibliografía. Su escaso tratamiento se vuelve más significativo si las consideramos dentro de un contexto internacional asociado al auge del Estado de bienestar promovido por la socialdemocracia europea o si las pensamos en vinculación con la línea partidaria constructivista de la segunda mitad de los treinta en la Argentina.

En el campo de la asistencia social, algunos de los principales proyectos presentados en el parlamento nacional y provincial⁴² fueron: el seguro nacional de salud,⁴³ las pensiones no

⁴⁰ María Estela Spinelli, *Los vencedores vencidos*, *op. cit.*

⁴¹ María Cristina Tortti, *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes...*, *op. cit.*

⁴² En la Legislatura de la provincia de Buenos Aires los socialistas democráticos tuvieron cuatro diputados entre 1958-1965, tres entre 1965-1966 y un senador para 1963-1966. En la Cámara de Diputados nacional ocuparon cinco bancas entre 1963-1965 y dos para 1965-1966, a partir de las representaciones que obtuvieron en Capital Federal y Provincia de Buenos Aires.

⁴³ El seguro nacional de salud se garantizaría a partir de la creación del Servicio Nacional de Salud, como un servicio público con carácter de entidad autárquica, que tendría a cargo la prestación de la asistencia médica integral para la totalidad de la población. Su presupuesto se basaría en la contribución de las cajas nacionales de previsión al 2,5% de las remuneraciones sobre los que realizaban aportes y el 2% de las jubilaciones, sumado a la parte del presupuesto

contributivas a la vejez desamparada⁴⁴ y los créditos y exenciones de impuestos para viviendas. La iniciativa central que articuló estas propuestas fue un plan de objetivos nacionales para el período sexenal 1964/1970 denominado NUBA (Nuevas Bases) que, junto con el proyecto de creación del Consejo Económico y Social, fueron presentados por Américo Ghioldi a mediados de 1964. El plan se proponía: el aumento de la producción y la productividad, el crecimiento de las exportaciones, la prioridad de realización para obras de equipamiento colectivo con incidencia directa en el desarrollo de las regiones del país, una economía nacional de pleno empleo, la estabilización de los precios de los artículos de consumo, la construcción de 100 mil viviendas por año, un programa de lucha contra la erosión del suelo, un aumento progresivo del presupuesto en investigación y educación hasta alcanzar el 25 por ciento de los gastos totales de la nación, el aumento de las horas de clase en la enseñanza primaria, la provisión de agua corriente y cloacas para cubrir el 50 por ciento del déficit actual, entre otros objetivos. En el mismo número de *La Vanguardia* donde se describió el plan, se buscó conectarlo con la tradición intervencionista de los treinta. Junto al artículo anterior se publicó una nota de Rómulo Bogliolo donde relataba que en 1932 había presentado junto a Ghioldi, en la Cámara de la que formaban parte, el proyecto socialista de “comisión de planes económicos”, que era el mismo que el ahora “inteligentemente ampliado por Ghioldi”.⁴⁵

Estas iniciativas no solo tuvieron lugar a nivel nacional y provincial, ya que los socialistas democráticos impulsaron proyectos similares en los municipios, el espacio de poder al que accedieron con mayor frecuencia durante este decenio. En las concejalías, apuntaron a fomentar la asistencia y subsidios a las cooperadoras escolares, hospitales y salas de primeros auxilios locales, viviendas y servicios sociales, en que merece destacarse el proyecto del Instituto Municipal de Crédito y Vivienda y el impulso a la educación municipal en la intendencia socialista de Mar del Plata.⁴⁶

Aunque estos proyectos muestran la pervivencia de una dimensión social en los planteos partidarios, también podría argumentarse que se trata de apelaciones supraclasistas dirigidas, al igual que los planteos liberal-democráticos, a reforzar la ideología universalista del individuo-ciudadano antes que a profundizar en la identidad obrera del partido.⁴⁷ Si bien existe una tendencia en el discurso del Partido Socialista Democrático hacia la defensa de ideas univer-

nacional dedicada al mantenimiento de servicios asistenciales dependientes de la administración nacional, los cuales estarían bajo su órbita. Podrían integrarlo además, de modo optativo, los centros asistenciales de las provincias que se adhirieran a la ley y sus respectivos municipios, así como las entidades privadas sin fines de lucro y las de carácter mutual que decidieran incorporarse al sistema (*La Vanguardia*, 3/6/64 y 10/6/64).

⁴⁴ El proyecto de ley buscaba garantizar que todos los habitantes de la provincia de Buenos Aires, sin distinción de sexo ni nacionalidad, de 60 años cumplidos, que tuvieran residencia continua de cinco años en su territorio, y carecieran de parientes con deberes alimentarios de acuerdo a las leyes vigentes, gozaran de una pensión mensual de 2.500 pesos. El otorgamiento de esta pensión no dependería de aportes previos o posteriores del beneficiario (*La Vanguardia*, 30/10/64).

⁴⁵ *La Vanguardia*, 29/1/64.

⁴⁶ MGP, *Instituto Municipal de Crédito y Vivienda*, Mar del Plata, Editorial Pueyrredón, 1965. Folleto. Archivo Privado Jorge Raúl Lombardo y *La Vanguardia*, 29/9/65.

⁴⁷ Para el caso europeo véase Adam Przeworski, *Paper stones: a history of electoral socialism*, Chicago, University of Chicago Press, 1986. En la Argentina varios autores consideran que este giro identitario ya se había dado hacia principios del siglo XX. Para citar a uno de los exponentes más reconocidos, Dora Barrancos señala que para esos años “el socialismo terminó de definirse como un ‘partido de los consumidores’ más que de los productores, adquiriendo un perfil esencialmente urbano, más allá de sus innegables preocupaciones por arrendatarios y trabajadores”, *Educación, cultura y trabajadores*, Buenos Aires, CEAL, 1991, p. 92.

sales que lo vincula a una función eminentemente pedagógica, todavía podemos observar que sus vinculaciones gremiales (así como las territoriales) mantienen en algunas dimensiones su función representativa. En definitiva, aunque después del peronismo se redujeron muy significativamente, los vínculos políticos concretos con el movimiento obrero –allí donde pervivían– continuaban modificando el programa del socialismo democrático.⁴⁸ Al respecto, nos interesa resaltar que los proyectos directamente vinculados a los trabajadores no estuvieron ausentes de la agenda legislativa del partido. Por un lado, hubo varias iniciativas vinculadas a brindar resolución a conflictos particulares, tales como el proyecto ante el cierre de cristalerías Papini⁴⁹ en el Gran Buenos Aires, la declaración en oposición a la movilización militar tras la huelga ferroviaria,⁵⁰ el pedido de aumento de los sueldos docentes en la provincia de Buenos Aires⁵¹ o el horario de cierre unificado para los empleados de comercio.⁵² Manuel Pardo –gremialista y legislador provincial a lo largo de todo el período– desempeñó un papel relevante como defensor de los derechos obreros, especialmente cuando entre 1963-1965 presidió la comisión de “Legislación Laboral y Seguridad Social”. Otros proyectos más generales que conviene mencionar fueron: la actualización de los montos indemnizatorios por accidentes de trabajo, el pago de intereses por atraso en el pago de sueldos, los requerimientos para aumentos salariales del personal público y el promocionado proyecto del salario mínimo, vital y móvil.⁵³ Otra iniciativa importante, pero no concretada, fue el seguro nacional de desocupación.⁵⁴

En las votaciones parlamentarias de este tipo de proyectos en defensa de los intereses de los trabajadores en particular y de los sectores subalternos en general los socialistas generalmente se alinearon junto a demócratacristianos, socialistas argentinos, neoperonistas y, aunque en menos oportunidades, con radicales del pueblo o radicales intransigentes. No obstante, en aquellos proyectos en que la cuestión obrera se superponía más directamente con la cuestión peronista, tales como la libertad o la autonomía del movimiento sindical, la ley de asociaciones profesionales o la descentralización de los tribunales del trabajo, las iniciativas del socialismo democrático se contraponían con las propuestas sostenidas desde las organizaciones obreras

⁴⁸ El estudio de las huelgas durante los gobiernos peronistas ha mostrado el modo en que en numerosas oportunidades los reclamos corporativos primaron sobre el clivaje peronismo-antiperonismo en la articulación de los conflictos obreros. En esta línea, es probable que un estudio exhaustivo del gremialismo socialista devuelva imágenes menos intransigentes que las que obtenemos a partir de la lectura del discurso de la comisión gremial o de las posiciones de algunos dirigentes, como Francisco Pérez Leirós.

⁴⁹ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados* (DSCDPBA), Período 102º, Sesión 21/7/60.

⁵⁰ *Ibid.*, Sesión 12/6/60.

⁵¹ *Ibid.*, Período 100º, Sesión 1/10/58.

⁵² *Ibid.*, Período 106º, Sesión 30/10/65.

⁵³ En mayo de 1964 se debatió en la Cámara de Diputados Nacional la ley de salario mínimo vital y móvil, sobre la base de los proyectos presentados por los diputados Juan Antonio Solari (PSD), Alfredo Palacios (PSA), Juan Luco (Unión Popular) y Juan Carlos Cárdenas (UCRI). Tanto este proyecto como el de la Ley de Abastecimientos, sancionada dos meses antes, fueron iniciativas del gobierno de Illia apoyadas por el socialismo democrático.

⁵⁴ Su objetivo era proveer seguridad social a las personas que por falta de oportunidad de trabajo hubieran perdido su ocupación y no encontraran otra. Durante los primeros tres meses de su desempleo el desocupado cobraría el 80 por ciento de la remuneración promedio que hubiera recibido en los últimos doce meses de su ocupación. Después de esa etapa inicial la remuneración iría disminuyendo hasta alcanzar el 50% después del octavo mes de desempleo. El beneficio del seguro cesaba desde el momento en que la persona que lo recibía conseguía ocupación remunerada o rehacía el ofrecimiento de una ocupación que le hiciera la respectiva oficina de trabajo, nacional o provincial. El Poder Ejecutivo organizaría la administración del servicio en la órbita nacional sobre la base de las Cajas de Previsión Social (*La Vanguardia*, 28/10/63).

mayoritarias, vinculadas a las 62 Organizaciones peronistas.⁵⁵ En estas votaciones, y en muchas otras asociadas a temas eminentemente políticos de la cuestión peronista –cuyo ejemplo más claro es el de los homenajes a los líderes del movimiento⁵⁶ se alineaban con radicales del pueblo, conservadores y UDELPA; es decir, con la mayoría de aquellos con los que se enfrentaban en las cuestiones relacionadas con las mejoras para los trabajadores.

La posición del PSD frente al Plan de Lucha de la CGT muestra con claridad estas tensiones. En mayo de 1964 la Unión Conservadora presentó sobre tablas un pedido de informes al Ejecutivo de la Provincia de Buenos Aires pidiendo explicaciones sobre su supuesta falta de acción frente a las ocupaciones y toma de rehenes en fábricas de San Martín y Pilar, cuyo tratamiento fue avalado por UDELPA y por la UCRI. Tanto la democracia cristiana como el socialismo argentino se opusieron, en la medida en que consideraban que el reclamo de los conservadores era una declaración contra el Plan de Lucha que ellos avalaban, a la vez que defendían la actitud “mesurada, equilibrada y prudente” que había tomado la UCRP a cargo del ejecutivo. Pardo, en su rol de presidente de la comisión de asuntos laborales, también quiso diferenciarse de la posición antiobrera de la Unión Conservadora, sugiriendo que el pedido de informes no podía ser tratado sobre tablas, pues el mensaje de fundamentación contenía posicionamientos ajenos al sentir de toda la Cámara.⁵⁷ Si bien el PSD tenía una actitud claramente opositora al plan ejecutado desde la CGT, a cuyos dirigentes acusaba de generar una situación prefascista,⁵⁸ justificaban el descontento de los trabajadores por el alza creciente del costo de vida.

En definitiva, el análisis pormenorizado y en distintas escalas permite afirmar que los socialistas democráticos respondían a distintos alineamientos políticos según el problema que estaba en debate. El efecto que el peronismo tuvo sobre la línea partidaria que desde los años treinta defendía el intervencionismo estatal no habría sido entonces el de su derrota completa. Aun más, el aumento de las capacidades estatales que originó el peronismo, en un proceso asociado a las experiencias de la socialdemocracia en la segunda posguerra y la consolidación del Estado de bienestar, volverían difícil rechazar estos lineamientos para un partido con aspiraciones populares.

Pero si la influencia del programa antitotalitario no ocluyó la línea de planificación económico-social, sirvió para establecer una dicotomía entre “planificación democrática” y “planificación totalitaria”. En palabras del propio Rómulo Bogliolo:

Nosotros, que combatimos a los que hacen del Estado el amo absoluto de la vida colectiva, propugnamos en cambio, el control del mismo por vías democráticas y la orientación de la economía con órganos nacidos de la libre acción económica y no constituidos por una sola categoría de habitantes. Anhelamos una economía cooperativa para someter a la naturaleza a favor del bienestar.⁵⁹

⁵⁵ Como ejemplo véase DSCDPBA, Período 106º, Sesión 28/10/65.

⁵⁶ Homenaje a los fusilados en junio de 1956 tras el alzamiento de Valle (*La Vanguardia*, 16/6/65.); Homenaje a Eva Perón (DSCDPBA, Período 106º, Sesión 29/7/65).

⁵⁷ DSCDPBA, Período 105º, Sesión 18/6/64.

⁵⁸ En su prensa, homologaban la experiencia del plan de lucha con la ocupación de fábricas en la Italia de los años veinte que habría desembocado en la reacción fascista. *La Vanguardia*, 22/6/64.

⁵⁹ *La Vanguardia*, 5/6/63.

En este sentido, el período peronista sí habría implicado un cambio rotundo respecto a la posición favorable que tradicionalmente había tenido el PS frente a las nacionalizaciones,⁶⁰ ya que comenzaron a interpretarlas como procesos de centralización y estatización que recordaban los desplegados por el fascismo.⁶¹ En particular, los socialistas llamaron la atención respecto a que una parte importante del déficit del presupuesto tenía su origen en los quebrantos siderales de los transportes y otros servicios públicos, que terminaban siendo pagados por quienes no eran sus usuarios. Proponían entonces racionalizar los servicios, disminuir los costos de explotación y eliminar la mano de obra innecesaria.⁶²

Para esta etapa, es la noción de racionalización –antes que la de antitotalitarismo– la que va ganando mayor peso en el programa del socialismo democrático y funciona como contrapeso de las propuestas que enfatizan en el intervencionismo estatal. Con respecto al tema de las estatizaciones, la línea oficial es definitivamente reemplazada por la de “socialización”, impulsando la conformación de cooperativas de usuarios, trabajadores y municipio como prestadoras de servicios. Estas propuestas, si bien de vieja data en la tradición partidaria, se identifican en estos años con las propuestas descentralizadoras de algunos organismos internacionales.⁶³ En casos puntuales, comenzaron incluso a aparecer algunas manifestaciones a favor de la privatización de servicios públicos, concretándose la transferencia a una empresa privada de la recolección de residuos en el municipio socialista de Mar del Plata durante mayo de 1964.⁶⁴ Otras consignas partidarias en que puede observarse la primacía del ideario racionalizador fueron: la tecnificación como elemento principal de la reforma agraria inspirado en las políticas de las FAO,⁶⁵ la habilitación del capital extranjero para efectuar inversiones petroleras con el objeto de maximizar los beneficios,⁶⁶ una política económica que buscaba soluciones en el aumento de la productividad⁶⁷ y, centralmente, el énfasis en las ya tradicionales campañas de racionalización y moralización administrativa.

En este sentido, las nacionalizaciones no solo se asociaban a la centralización estatal, sino también al crecimiento del empleo estatal. Si en Europa las críticas conservadoras al Estado de bienestar se dirigieron hacia el crecimiento de la burocracia estatal, aquí fueron los propios

⁶⁰ A diferencia de otras iniciativas vinculadas al intervencionismo estatal que aparecieron en el programa socialista recién durante los años treinta, las nacionalizaciones eran avaladas desde los orígenes partidarios. María Liliana Da Orden, “Un recorrido a través de las ideas y las prácticas políticas de Juan B. Justo”, *Iberoamericana*, año VII, nº 28, 2007; Richard J. Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Institute of Latin American Studies, University of Texas at Austin, 1977.

⁶¹ Osvaldo Graciano, “Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950”, *op. cit.*

⁶² Alocución de Della Latta, DSCDPBA, Período 101º, Sesión 6/5/59.

⁶³ En una nota sobre “Sugerencias para el quehacer municipal” (*Afirmación*, 10/7/58), el concejal por Lanús Emilio Giannoni impulsó la utilización del esfuerzo creador de las organizaciones ya existentes, en línea con las sugerencias de Naciones Unidas en sus planes de ayuda a los países “insuficientemente desarrollados”.

⁶⁴ Esta ruptura no puede limitarse a la experiencia de Mar del Plata, pues aunque en los años sesenta la iniciativa privatizadora no tenía un consenso completo en el seno del socialismo democrático, tampoco puede juzgarse como una excepcionalidad. El intento de los socialistas democráticos de Mar del Plata –cuyo peso específico en el seno del partido no era nada despreciable– por ampliar el consenso hacia este tipo de iniciativas racionalizadoras queda plasmado de manera clara en una proposición que presentaron al congreso nacional de 1964. Asimismo, un proyecto similar habría presentado Carlos Goodwyn como concejal del PSD en Lomas de Zamora. Véase PS, XLVIII *Congreso Nacional*, Capital Federal, diciembre de 1964, pp. 45-46, y *La Vanguardia*, 26/02/64.

⁶⁵ Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.

⁶⁶ DSCDPBA, Período 100º, Sesión 21/10/58.

⁶⁷ “Productividad bien entendida”, en *La Vanguardia*, 14/6/56, o “Zánganos”, en *El Trabajo*, 22/04/57.

socialistas quienes realizaron una ardua campaña de racionalización y moralización administrativa, que en el ámbito parlamentario vemos reflejadas en las discusiones sobre el presupuesto.

Nuevamente, como contrapunto, si en este tópico adhirieron a las políticas liberales más ortodoxas, que estaban siendo implementadas en el gobierno de Frondizi a partir del Plan de Racionalización Administrativa, no siguieron la misma línea en otros aspectos. Así, se opusieron a los planes de reestructuración ferroviaria que quiso imponer el gobierno desarrollista, tal como lo sugiere la incidencia de sus militantes en las huelgas organizadas a fines de 1958 y 1961 y su impulso a los proyectos legislativos contra el levantamiento de varios ramales del ferrocarril provincial.⁶⁸ Otro ejemplo puede observarse precisamente en los debates sobre el presupuesto, donde el principio del equilibrio contable solo se asumía como prioritario si se trataba de eliminar “gastos improductivos”, tales como los generados por el clero o las fuerzas armadas. Una marca más de flexibilidad frente a las posiciones más ortodoxas, vinculada con política monetaria, fue la aprobación de la reforma de la carta orgánica del Banco Central, para que el gobierno de Illia aumentara las disponibilidades en relación a los depósitos. En esa oportunidad, Ghioldi señaló que la cantidad de circulante no se determinaba por el monto del oro sino por las necesidades concretas previsibles a través de los índices de precios minoristas y mayoristas, del producto bruto, del tráfico ferroviario, etcétera.⁶⁹

En definitiva, se trata de un período de transición en el que todavía cuesta asignarle un significado político único a estos cambios. Las palabras que Nicolás Repetto retomaba de Hugo Gaitskel, mostrando una vez más el influjo del laborismo británico, permiten esbozar alguna hipótesis.

Yo estoy en desacuerdo tanto con los que sostienen la supremacía de la propiedad privada como con los que sostienen que la nacionalización debe ser el todo y el fin de todo, el principio primero y la aspiración principal del socialismo. Yo creo que este modo de ver surge una confusión completa sobre el significado fundamental del socialismo, y en particular de una confusión entre fines y medios.⁷⁰

En este sentido, podemos considerar que aunque las tareas económico-sociales no desaparecieron del programa socialista, ya no volvieron a constituir su norte. Para los socialistas democráticos en la Argentina, tanto las políticas asociadas al Estado de bienestar como las medidas racionalizadoras fueron consideradas, de igual modo, como opciones estratégicas en el marco de un programa modernizador.

Reflexiones finales

El Partido Socialista Democrático es recordado como el ejemplo más caricaturesco del encono obstinado de un partido político contra el peronismo. Al respecto, la imagen de Américo Ghioldi avalando los fusilamientos de peronistas que participaron de la resistencia a la “revo-

⁶⁸ *La Vanguardia*, 20/9/61; DSCDPBA, Período 106°, Sesión 12/8/65; Juan Carlos Cena (comp.), *Ferroviario. Sinfonía de acero y lucha*, Buenos Aires, La Cuadrícula.

⁶⁹ PS, XLVIII Congreso Nacional, Capital Federal, diciembre de 1964, pp. 28-29.

⁷⁰ *Afirmación*, 8/3/60.

lución libertadora” en 1956 ha servido para cristalizar un conjunto de sentidos sobre la relación entre socialismo y antiperonismo.

Otras imágenes partidarias se han perdido en la medida en que la historiografía académica ha hecho propia esa simbología, construida por los historiadores revisionistas. En este artículo hemos intentado rescatarlas, no porque nos interese borrar o reemplazar el símbolo elegido, sino para preguntarnos sobre las repercusiones de una perspectiva sincrónica y unidimensional en nuestras lecturas sobre el mapa político.

En primer lugar, hemos observado cómo tras el momento apoteótico que significó la “libertadora”, el uso que el socialismo democrático le asignó al concepto de totalitarismo estuvo cada vez menos asociado con exclusividad al peronismo. La proscripción reorganizó a los adversarios y etiquetó como totalitarios a nuevos sujetos: los “pactistas” y todos aquellos que buscaban “cooptar” al electorado peronista. Asimismo, la factibilidad de transformar al peronismo en un actor democrático fue cada vez más clara en el imaginario socialdemócrata después de los sesenta. En esta línea, el uso del concepto totalitarismo estuvo crecientemente asociado a lo que percibían como la nueva amenaza: el comunismo, cuyo crecimiento en América Latina se hacía visible tras la Revolución Cubana. El alineamiento del socialismo democrático con el bloque occidental daba sus primeros pasos, aunque estaban lejos de ser firmes.

En segundo lugar, sin perder de vista el perfil republicano y liberal que se enfatizaba en su enfrentamiento con el peronismo, durante los sesenta el partido impulsó una serie de reformas económico-sociales asociadas a su defensa del Estado de bienestar. Si esta dimensión social del programa partidario estuvo subordinada a la dimensión cívica durante el peronismo, consideramos que para el “posperonismo” los temas sociales recobraron importancia en el programa partidario y se equipararon a los problemas democráticos. Esta situación se observa con más claridad en las votaciones parlamentarias, en que los socialistas participaron de distintos alineamientos en función del tema en debate. Más allá de los vaivenes de los radicalismos, cuya votación seguía en más de una ocasión la lógica oficialismo/oposición, en aquellos proyectos asociados directamente a la cuestión peronista se alineaban con los conservadores y con UDELPA. Sin embargo, cuando impulsaban mejoras para los trabajadores o reformas económico-sociales asociadas al Estado de bienestar, los socialistas democráticos votaban con otro espectro de partidos, como demócratacristianos, socialistas argentinos e incluso neoperonistas.

El efecto que el peronismo tuvo sobre la línea partidaria, que desde los años treinta hacia énfasis en el intervencionismo estatal, no habría sido entonces el de su derrota completa. Aunque durante los gobiernos peronistas estas consignas pasaron a un lugar secundario en el programa socialista, el aumento de las capacidades estatales que originó el peronismo, en un proceso asociado a las experiencias de la socialdemocracia en la segunda posguerra y la consolidación del Estado de bienestar, marcarían un camino en la década siguiente.

Si pensamos el discurso político a partir de los contenidos y desde la perspectiva de su producción, omitir la dimensión social que el PSD incluyó en sus programas y acciones de gobierno sería una falacia grave. Desde su óptica, la defensa de la clase obrera y la justicia social era totalmente compatible con su actitud contra el peronismo. Al respecto, creemos que este tipo de iniciativas constituyen la especificidad del socialismo en lo que Cavarozzi ha denominado el bloque liberal,⁷¹ pues si bien los socialistas democráticos coincidían plenamente con el

⁷¹ Marcelo Cavarozzi, *Autoritarismo y democracia: 1955-2006*, Buenos Aires, Ariel, 2006.

programa descripto por el autor para este sector, apoyando la erradicación del peronismo y la eliminación de los sectores industriales que juzgaban menos competitivos, rechazaban la drástica reducción del intervencionismo estatal que otros actores de este grupo propugnaban.

Por el contrario, si pensamos el discurso político en términos de articulación y desde la lógica de la recepción, tal como ha señalado Ricardo Martínez Mazzola, la estigmatización de los populismos por parte del socialismo habría imposibilitado la constitución de un discurso capaz de articular motivos y símbolos de importancia en la identidad popular.⁷² En este caso la hipótesis de una estructuración del campo de las derechas a partir del rechazo al populismo y la mitologización de la república puede resultar interesante para pensar una parte de la lógica política del período.⁷³

En definitiva, para el socialismo democrático los sesenta parecen ser una época de transición. Cuando miramos hacia atrás, el partido es menos antiperonista y atiende más las demandas de justicia social que su antecesor de la década peronista. Sin embargo, cuando miramos hacia adelante, aparece su paulatino compromiso con el Bloque Occidental y un creciente énfasis en las consignas eficientistas y racionalizadoras, dos elementos que parecen más importantes para pensar en las derechas de los años subsiguientes que en el antiperonismo. En efecto, en la encrucijada que plantea esta década la tensión entre socialismo y liberalismo sigue definiendo al Partido Socialista Democrático, aunque el segundo componente vuelve a primar, pero por razones algo diferentes a las de la década anterior. En este sentido, si bien su programa ya no se limitaba a consignas liberal-republicanas, la trayectoria del PSD nos muestra que la unión entre reformas sociales y lucha democrática no siempre tiene horizontes progresistas. □

Bibliografía

- Acha, Omar, *Historia crítica de la historiografía argentina: Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- Acha, Omar y Quiroga, Nicolás, *El hecho maldito: conversaciones para otra historia del peronismo*, Rosario, Prohistoria, 2012.
- Altamirano, Carlos, *Bajo el signo de las masas: (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001.
- , *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.
- Amaral, Samuel, “De Perón a Perón 1955-1973”, en *Nueva Historia de la Nación Argentina*, vol. 7, Buenos Aires, Planeta, 1997.
- Azzolini, Nicolás y Julián Melo, “El espejo y la trampa. La intransigencia radical y la emergencia del populismo peronista en la Argentina”, *Papeles de trabajo*, vol. 8, 2011, pp. 53-71, fecha de consulta 7/5/2013.
- Barrancos, Dora, *Educación, cultura y trabajadores*, Buenos Aires, CEAL, 1991.
- Béjar, María Dolores, “La entrevista Dickmann-Perón”, *Todo es Historia*, 1979.
- Bisso, Andrés, *Acción Argentina: un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial: Acción Argentina y las estrategias de movilización del antifascismo liberal-socialista en torno a la Segunda Guerra Mundial, 1940-1946*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

⁷² Ricardo Martínez Mazzola, “La ciencia frente a la esfinge. Las interpretaciones socialistas del populismo en la argentina”, *op. cit.*

⁷³ Sergio Morresi, “Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)”, en Ernesto Bohoslavsky (ed.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del taller de discusión*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2011.

—, “Los socialistas argentinos y la apelación antifascista durante el ‘fraude tardío’”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Blanco, Cecilia, “El PS en los 60: enfrentamientos, reagrupamientos y rupturas”, *Sociohistórica*, nº 7, 2000.

Camarero, Hernán y Carlos Herrera, *El partido socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Cavarozzi, Marcelo, *Autoritarismo y democracia: 1955-2006*, Buenos Aires, Ariel, 2006.

—, *Sindicatos y política en Argentina, 1955-1958*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, 1979.

Cena, Juan Carlos (comp.), *Ferroviario. Sinfonía de acero y lucha*, Buenos Aires, La Cuadrícula.

Da Orden, María Liliana, “Un recorrido a través de las ideas y las prácticas políticas de Juan B. Justo”, *Iberoamericana*, Año VII, nº 28, 2007, pp. 25-42.

De Lucía, Daniel, “Unas relaciones curiosas: Trotskismo y socialdemocracia (1929-1956)”, *Pacarina del Sur*, nº 7, 2011, Disponible en <<http://www.pacarinadelsur.com/home/oleajes/253-unas-relaciones-curiosas-trotskismo-y-socialdemocracia-1929-1956>>.

Ferreira, Silvana, “Socialismo y antiperonismo: el Partido Socialista Democrático. Transformación partidaria y dinámica política en tiempos de proscripción (Provincia de Buenos Aires, 1955-1966)”, tesis de doctorado, UNMDP, 2012.

—, “Socialismo y peronismo en la historiografía sobre el Partido Socialista”, *Prohistoria*, vol. 15, 2011, disponible en <<http://ref.scielo.org/xqynms>>.

García Sebastiani, Marcela, *Los antiperonistas en la Argentina peronista: radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

Graciano, Osvaldo, “Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33, 2008, pp. 241-262.

Herrera, Carlos, “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

—, “El Partido Socialista de la Revolución Nacional, entre la realidad y el mito”, *Revista Socialista*, año III, nº 5, 2011.

James, Daniel, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Kvaternik, Eugenio, “¿Fórmula o fórmulas? Algo más sobre nuestro sistema de partidos”, *Desarrollo Económico*, vol. 12, nº 47, 1972, pp. 613-622.

Löwy, Michael, “Trayectoria de la Internacional socialista en América Latina”, *Cuadernos políticos*, nº 29, 1981, disponible en <<http://www.coppaljuvenil.org/DOCUMENTOS/29.5.MichaelLowy.pdf>>.

Luzzi, Mariana, “De la revisión de la táctica al Frente Popular. El socialismo argentino a través de *Claridad*, 1930-1936”, *Prismas*, nº 6, 2002, pp. 243-256.

—, “El viraje de la ola. Las primeras discusiones sobre la intervención del Estado en el socialismo argentino”, *Estudios Sociales*, vol. 20, 2001.

Maiztegui, Humberto, *Memorias políticas del secretario latinoamericano de la Internacional Socialista, 1956-1970*, Buenos Aires, CEAL, 1992.

Martínez Mazzola, Ricardo, “La ciencia frente a la esfinge. Las interpretaciones socialistas del populismo en la Argentina”, en *Intersticios de la política y la cultura latinoamericana: los movimientos sociales*, nº 1, 2011, disponible en <<http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/filolat/article/view/270>>.

—, “Nacionalismo, peronismo, comunismo: Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista Argentino (1946-1953)”, *Prismas*, nº 15, 2011, pp. 105-125.

—, “Punto muerto. Los debates del Partido Socialista en los años del primer peronismo”, VII Jornadas de Sociología de la UNLP, La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012.

Morresi, Sergio, “Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)”, en Ernesto Bohoslavsky (ed.), *Las derechas en el Cono Sur, siglo xx. Actas del taller de discusión*, Buenos Aires, Universidad de General Sarmiento, 2011.

Pedrosa, Fernando, *La otra izquierda: la socialdemocracia en América Latina*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012.

Pérez Branda, Pablo y Silvana Ferreyra, “El antiimperialismo del socialismo argentino. Una lectura a partir de las rupturas del Partido Socialista Independiente y el Partido Socialista Democrático en tiempos de revoluciones latinoamericanas”, en *Memorias Arbitradas de las II Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos Contemporáneos*, Córdoba, noviembre de 2010.

Portantiero, Juan Carlos, “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

—, “Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década del treinta”, *Prismas*, nº 6, 2002, pp. 231-241.

Potash, Robert, *El ejército y la política en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971.

Przeworski, Adam, *Paper stones: a history of electoral socialism*, Chicago, University of Chicago Press, 1986.

Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1983.

Sarlu, Beatriz, *La Batalla de las ideas: (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel, 2001.

Schneider, Alejandro, *Los compañeros: Trabajadores, izquierda y peronismo, 1955-1973*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2005.

Spinelli, María Estela, *Los vencedores vencidos: el antiperonismo y la “revolución libertadora”*, Buenos Aires, Biblos, 2005.

Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Tortti, María Cristina, *Estrategia del partido socialista. Reformismo político y reformismo sindical*, Buenos Aires, CEAL, 1989.

—, “El Partido Socialista ante la crisis de los años ‘30: La estrategia de la ‘Revolución Constructiva’”, *Revista Socialista*, vol. 4, 2009, pp. 29-55.

—, *El “viejo” Partido Socialista y los orígenes de la “nueva” izquierda, 1955-1965*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.

Walter, Richard, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Institute of Latin American Studies, University of Texas at Austin, 1977.

Resumen / Abstract

Antiperonismo sin Perón: imágenes del Partido Socialista Democrático

La imagen de Américo Ghildi avalando los fusilamientos de civiles durante la “libertadora” ha cristalizado un conjunto de sentidos sobre esta fuerza política, acuñados por la historiografía revisionista y compartidos –paradójicamente– por la historiografía surgida al calor de la transición democrática. Nuestra intención no es desmentir imágenes que si se han consolidado fuertemente es en buena medida a raíz de su verosimilitud, sino historizar las relaciones entre socialismo y antiperonismo, diferenciando momentos y dimensiones en la trayectoria del Partido Socialista Democrático. En primer lugar, observamos cómo los usos del concepto de totalitarismo estuvieron cada vez menos asociados a la lucha

Anti-Peronism without Perón: images of the Socialist Democratic Party

Americo Ghildi’s image as a man who supported the execution of civilians during the “Libertadora” has fixed meanings about this political force, which were built up by revisionist historiography and shared –paradoxically– with the historiography which sprang from the heat of the democratic transition. We do not intend to disprove such an image, as to a great extent it is its verisimilitude that led to its deep rootedness. Rather, we seek to historicize the relationships between Socialism and anti-Peronism by differentiating moments in and features of the Socialist Democratic Party. First, we observed how the concepts of totalitarianism became increasingly disconnected from the fight against

contra el peronismo, cuya proscripción criticaron, y se asociaron cada vez más a la denuncia de comunistas y otros antiperonistas. En el marco de la guerra fría mostramos la convivencia entre el rechazo a las intervenciones norteamericanas en territorio latinoamericano y un apoyo parcial al bloque occidental. En segundo término, observamos cómo la lucha contra el totalitarismo no ocluyó el impulso a reformas económico-sociales que favorecieran a los grupos subalternos en general y a la clase obrera en particular. Vínculos con sindicatos, propuestas de racionalización administrativa y la cuestión peronista interfirieron de distintos modos con los proyectos que priorizaban el intervencionismo estatal.

Palabras clave: Partido Socialista Democrático - antiperonismo - totalitarismo - proscripción

Peronism, having disapproved of its proscription, and grew ever more associated with Communists and other anti-Peronists. We show two parallel discourses within the framework of the Cold War: resistance to American intervention in Latin American countries and a partial support to the Western bloc. In addition, we note that the fight against totalitarism did not weaken support for socio-economic reform, which would benefit subaltern groups in general and the working class in particular. Ties with unions, administrative rationalization plans and the Peronist issue hindered pro-interventionist proposals by various means.

Keywords: Socialist Democratic Party - antiperonism - totalitarism - proscription

La cuestión de los intelectuales en el comunismo argentino:

Héctor P. Agosti en la encrucijada de 1956

Adriana Petra

CEDINCI-UNSAM / CONICET

Este artículo tiene como objetivo analizar las discusiones sobre el rol y la función de los intelectuales en el comunismo argentino a partir de las intervenciones realizadas en la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas celebrada en 1956, pocos meses después del derrocamiento de Juan Domingo Perón y organizada casi en simultáneo con el xx Congreso del Partido Comunista de la URSS (PCUS), el más duro golpe a la breve historia del comunismo como ideología política del siglo xx. En el contexto de una doble crisis, la dirigencia del Partido Comunista Argentino (PCA) aceptó por primera vez en sus 38 años de existencia convocar a sus intelectuales a debatir sobre temas que les concernían. La participación de quien entonces era la figura más importante del espacio cultural partidario, Héctor P. Agosti (1911-1984), y las derivas que tuvo su intento de reforma política y cultural de una organización que no dejó de ofrecerle resistencia, constituyen un ejemplo de la difícil tramitación de la cuestión intelectual en una cultura política fuertemente institucionalizada. El artículo forma parte de una investigación mayor dedicada a estudiar las relaciones entre los intelectuales y el comunismo en la Argentina entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y los primeros años de la década de 1960, algunas de cuyas hipótesis y problemas se sintetizan a lo largo de este trabajo. La misma espera contribuir al conocimiento de una zona importante de la historia del PCA, aquella referida a sus intelectuales y políticas sobre la cultura, así como al de un capítulo poco explorado de la historia de los intelectuales argentinos, el referido a los intelectuales que se identificaron con el comunismo como militantes orgánicos, simpatizantes o compañeros de ruta. Por último, el artículo pretende reflexionar sobre la figura del “intelectual de partido” asumiendo la complejidad de un vínculo que no puede reducirse solo a su dimensión teleológica.¹ En el entramado de diversas trayectorias vitales, contextos sociales y culturales y coyunturas políticas, los intelectuales comunistas argentinos tramitaron también diversamente la voluntaria cesión de autonomía.

¹ El intelectual de partido, afirma Gisèle Sapiro, “tiene como tarea principal ilustrar o defender la doctrina y/o la línea ideológica del espacio al que ha decidido unirse”, en “Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés”, *Prismas*, nº 15, 2011, p. 143. Sobre la dimensión teleológica del compromiso intelectual con el comunismo es clásico el ensayo de François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1995. Para una discusión véanse los ensayos, reunidos en la primera parte, de Michel Dreyfus, Bruno Groppo, Claudio Ingerlom *et. al.* (dirs.), *Le siècle des communismes*, París, De l’Atelier/Éditions Ouvrières, 2004.

mía característica de su condición y el espacio cultural del comunismo estuvo lejos de ser un plano homogéneo.

Desde su nacimiento en 1918 como Partido Socialista Internacional hasta el inicio de la etapa frentepopulista en 1935, la política cultural del PCA fue lábil y espasmódica.² Aunque el partido se caracterizó desde su creación por una inveterada falta de tolerancia hacia las diferencias internas, durante estos años no logró imponer un control estricto sobre el mundo artístico y cultural bajo la forma de un dogma estético o filosófico. Si bien no se abstuvo de establecer los límites político-ideológicos dentro de los cuales la palabra intelectual era posible y tolerada o de estigmatizar a la figura por su origen de clase, su “verbalismo” y su siempre latente espíritu fraccionista. Con el inicio del ciclo antifascista, el modelo vanguardista y antiburgués del trabajo intelectual que predominó, no sin matices, durante el llamado tercer período, cedió su lugar a otro que otorgaba al intelectual una función precisa en el combate contra el fascismo: la defensa de la tradición liberal en el ámbito local y de la URSS como último baluarte de los valores de la humanidad y la civilización.³ El inicio de la Guerra Fría, que se oficializó en la conferencia inaugural de la Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros (Cominform), en septiembre de 1947, modificó el modo de concebir el trabajo intelectual y sus formas de organización. Con las resoluciones de 1946-1948 del Comité Central del PCUS sobre el arte y la ciencia, dirigidas por Andrei Zhdánov, se inició un sistemático intento de disciplinamiento del mundo de la cultura, que debió someterse a los rigores del “realismo socialista” o la “ciencia proletaria”.⁴ En los partidos comunistas occidentales, este proceso se manifestó en un intento de “profesionalización” mediante el cual se buscó combatir las tendencias “obreras” e instalar la concepción de que el deber principal de los intelectuales comunistas era la “creación intelectual” y que, en consecuencia, debían disponer su propia obra para la batalla político-ideológica, adaptándola a la “línea” del partido y a los cánones del marxismo-leninismo-estalinismo.⁵ En términos organizativos esto se tradujo en la creación de estructuras de participación específicas, bajo la forma de comisiones y frentes por especialidad. La reactualización de la doctrina del “realismo socialista”, el reverdecimiento nacionalista, el endurecimiento de los controles partidarios y la voluntad de establecer una escisión en el interior del campo intelectual apelando a criterios de clase y reduciendo la crítica a un esquema político simplificador, provocaron arduos debates, particularmente entre los escritores y los artistas.

Las dirigencias comunistas argentinas, sobre todo a través de Rodolfo Ghioldi (1897-1985), estuvieron dispuestas a imponer las nuevas directivas, por sí mismas o a través de figuras menores o marginales que rápidamente ocuparon puestos decisivos en las publicaciones y en las organizaciones creadas en la época, como fue el caso de los jóvenes Roberto Salama e

² Un estudio del PCA en este período centrado en sus vínculos con el mundo de los trabajadores es el de Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI/Editora Iberoamericana, 2007.

³ Cf. Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

⁴ Cf. Adolfo Sánchez Vázquez, *Estética y Marxismo*, vol 1, México, Era, pp. 60-64, y Antoine Baudin y Leonid Heller, “Le réalisme socialiste comme organisation du champ culturel”, *Cahiers du monde russe et soviétique*, vol. 34, n° 3, 1993, pp. 307-343.

⁵ Cf. Gisèle Sapiro, “Formes et structures de l’engagement des écrivains communistes en France. De la ‘drôle de guerre’ à la Guerre Froide”, *Sociétés et Représentaions*, vol. 1, n° 15, 2003, pp. 155-176.

Isidoro Flaumbaum, primeros directores de la revista *Cuadernos de Cultura*.⁶ Las polémicas se sucedieron y en algunas ocasiones terminaron en purgas y expulsiones, como fue el caso de Cayetano Córdova Iturburu y del grupo de artistas concretos encabezado por Tomás Maldonado.⁷ El intento de acercamiento al peronismo que el partido ensayó durante algunos meses de 1952 y que es conocido con el nombre de “crisis Real”, en alusión al entonces secretario de organización, Juan José Real, precipitó la conformación de un frente cultural entre los comunistas argentinos. La decisión de romper lanza con el espacio liberal y revisar las premisas que desde 1930 gobernaban la imaginación histórica del partido, invocando un programa plagado de tópicos populistas y nacionalistas, obligó a los intelectuales comunistas a abandonar, no sin desgarros personales, instituciones como la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), provocando el primer gran quiebre del campo cultural antiperonista.⁸ Este movimiento consolidó la tendencia a la conformación de espacios e instituciones propias, al mismo tiempo que fortaleció la voluntad de autarquía cultural de las dirigencias partidarias.

En la Argentina, los golpes sucesivos del xx Congreso del PCUS y la posterior invasión soviética a Hungría no parecen haber sido decisivos en el interior del espacio intelectual partidario (al menos no públicamente), pero sí reavivaron los enconos y la desconfianza de la intelectualidad liberal hacia las pretensiones pacifistas y los llamados a la unidad nacional que nuevamente lanzaban los comunistas. Como muchos años después lo admitirá José María Aricó, los sucesos húngaros no produjeron ningún sacudimiento significativo respecto a las características del socialismo real y el hecho de que el partido insistiera en presentarlos como una contrarrevolución y una campaña de desprestigio de la prensa imperialista no produjo deserciones ni mayores cuestionamientos.⁹ De este modo, si la “nueva izquierda” europea nació como producto

⁶ Ambos jóvenes habían sido expulsados de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA) por su militancia política. Lograron hacerse conocidos en la prensa comunista gracias a sus diatribas contra intelectuales y escritores no comunistas, entre ellos Ricardo Güiraldes, Roberto Arlt, Francisco Romero y Eduardo Mallea. Dirigieron *Cuadernos de Cultura* durante los primeros cinco números.

⁷ Cf. Horacio Tarcus y Ana Longoni, “Purga antivanguardista”, *Ramona. Revista de artes visuales*, nº 14, julio de 2001, pp. 55-57, y Ana Longoni y Daniela Lucena, “De cómo el ‘júbilo creador’ se trastocó en ‘desfachatez’. El pasaje de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista. 1945-1948”, *Políticas de la Memoria*, nº 4, verano de 2003/2004, pp. 117-128.

⁸ Con el nombre de “Crisis Real” se conoce el breve intento de acercamiento al peronismo que fue comandado por el secretario de organización mientras Victorio Codovilla se encontraba en Moscú participando del xix Congreso del PCUS. Aunque el episodio sigue envuelto en un aire de confusión, Isidoro Gilbert sugiere que se trató de un cambio de rumbo propiciado por los soviéticos, interesados en encontrar un camino de colaboración diplomática con el gobierno argentino y mejorar su posición geopolítica en el continente, meta contradictoria con el antiperonismo que dominaba entre las dirigencias comunistas. Otros testimonios sugieren que el propio Codovilla avaló el movimiento (cf. *El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la Inteligencia soviética en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta 1994, pp. 179-184). Cuando Codovilla regresó al país terminó con el intento peronizante y Real fue expulsado del partido acusado de encabezar una fracción “nacionalista-burguesa”. En este interregno, los intelectuales comunistas, Agosti entre ellos, emitieron un llamamiento a los escritores que entre otras cuestiones proponían fundir a la SADE con las organizaciones intelectuales peronistas, la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA) y el Sindicato Argentino de Escritores (SAE), lo que derivó en una enorme polémica y terminó con la ruptura del espacio de confluencia intelectual logrado mediante la Campaña de Recordación Echeverriana de 1951. Así nacieron la Asociación Cultura Argentina para la Defensa y Superación de Mayo (ASCUA), que aglutinó el espacio de la fracción liberal independiente, mientras los comunistas fundaron la Casa de la Cultura Argentina, que sobrevivió accidentalmente hasta su clausura definitiva por el gobierno de Arturo Frondizi en 1958.

⁹ Cf. Horacio Crespo, *José Aricó. Entrevistas (1974-1991)*, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados/Universidad Nacional de Córdoba, 1999, p. 69.

del resquebrajamiento del mundo comunista y las tragedias convergentes de Hungría y la invasión imperialista al canal de Suez,¹⁰ en la Argentina serán la relectura del peronismo que se inicia luego de 1955 y el cambio de horizonte revolucionario que deja vislumbrar la Revolución Cubana un tiempo después las dos líneas principales del movimiento molecular que tomará el mismo nombre. La disputa por la correcta interpretación del peronismo y por el destino de las masas que le habían dado su apoyo encontró nuevos actores y los viejos elencos fueron progresivamente marginados, incluyendo a los intelectuales de la izquierda socialista y comunista.¹¹ En las condiciones locales, la demanda de un “marxismo abierto” se articuló con la inédita irrupción del problema nacional, y de la mano de la consolidación del espacio nacional-populista el antiliberalismo emergió como una categoría política capaz de establecer contactos con sectores juveniles que se acercaba al marxismo por vía del existencialismo y el nacionalismo.¹²

Con todo, luego de 1955 la actividad cultural comunista reverdeció, en parte gracias a la legalidad brevemente conquistada. Se crearon nuevas comisiones profesionales y gremiales y se alentó la creación de frentes culturales en las provincias. A las publicaciones oficiales y oficiales se sumaron nuevas revistas, la mayoría comandadas por jóvenes, entre ellas *Gaceta Literaria* (1956-1960), *Nueva Expresión* (1958), *Por* (1958-1959), *Hoy en la Cultura* (1961-1966), *Pasado y Presente* (1963-1965; 1974) y *La Rosa Blindada* (1964-1966). El creciente reclutamiento entre sectores de las clases medias profesionales e intelectuales obligó al partido a emprender una tarea organizativa y de “fortalecimiento ideológico” frente a la cual admitía que carecía de experiencia. El resultado fue paradójico: si por una parte el PCA se transformó en la única organización de izquierda que se dotó de una política específica para los intelectuales y los integró en estructuras propias y relativamente autónomas, por otra, buscó que esa estructuración fuera capaz de combatir las resistencias que estos oponían a la voluntad del partido de legislar sobre su obra.

Agosti y el “drama” de los intelectuales

En este clima tan crucial como desconcertante, Héctor P. Agosti comenzó el momento más rico de su producción intelectual y el más sólido en cuanto a su ascendencia partidaria. Para 1956 ya era una figura reconocida en el mundo intelectual argentino, particularmente desde la publicación de su *Echeverría* (1951). Considerado el discípulo más destacado de Aníbal Ponce, en tres décadas de militancia comunista supo combinar un prestigio conquistado en el mundo de la cultura –en un país donde las cercanías comunistas podían costar desde el puesto de trabajo hasta la cárcel– con una sinuosa pero efectiva fidelidad partidaria. Autor de más de una decena de libros, director de varias de las más importantes publicaciones culturales del partido y figura reconocida –aunque nunca rutilante– del comunismo latinoamericano, debió siempre ganarse la vida en el periodismo, la traducción y la docencia secundaria.¹³ La decisión de abandonar

¹⁰ Geoff Eley, *Un mundo que ganar: historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona, Crítica, p. 333.

¹¹ Cf. Carlos Altamirano, *Peronismo y Cultura de Izquierda*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2011, pp. 73 y ss.

¹² Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993, pp. 57-72.

¹³ Existen varios trabajos biográficos sobre Agosti, entre ellos el del comunista Samuel Schneider, *Héctor P. Agosti: creación y milicia*, Buenos Aires, Grupo de Amigos de Héctor P. Agosti, 1994. Para datos precisos consultar la voz

sus estudios universitarios en filosofía le vedó el desarrollo de una carrera en ese ámbito y reforzó su perfil de ensayista político con una legitimidad estructurada en primer lugar en el espacio partidario.

Luego de dirigir, junto a otros importantes intelectuales y escritores, las revistas *Expresión* (1946-1947) y *Nueva Gaceta* (1949), en 1951, desde su puesto de secretario de la SADE bajo la presidencia del liberal Carlos Alberto Erro, impulsó la campaña de conmemoración del centenario de la muerte de Esteban Echeverría, poeta y mentor de la Generación del '37. Esta aglutinó a un amplio espectro de intelectuales de diversas tradiciones políticas y fue la oportunidad para reflotar los vínculos de la sociabilidad antifascista en un desafío abierto al gobierno de Perón. En ese contexto publica *Echeverría*, donde valiéndose de las reflexiones de Antonio Gramsci sobre el Risorgimento italiano caracteriza el proceso histórico argentino como una “revolución interrumpida” por la incapacidad de la burguesía de dar respuesta al problema de la tierra y así integrar a las masas rurales a un proyecto nacional.¹⁴ Inscriptiéndose en una genealogía que a través de Aníbal Ponce lo unía con José Ingenieros y con el propio Echeverría, tomaba la teoría del “paralelismo histórico” como un programa político-intelectual específico: dado que el pensamiento originado en Europa debía *necesariamente* ejercitarse una acción de “desquicio” en los países atrasados, la función de las élites ilustradas era establecer sobre cada terreno nacional las causas concretas que determinaban su “anomalía” respecto a las líneas “lógicas” del desarrollo histórico y, sobre esta base, articular los principios de una batalla política e ideológica por su transformación.¹⁵ Como ya lo había caracterizado en la biografía que le dedicó a José Ingenieros, esta era la condición dramática aunque ineludible de los intelectuales argentinos: apelar a las ideas de afuera para pensar los problemas de adentro.¹⁶ Es esto lo que denomina “realismo crítico”, concepto mediante el cual define la función de las minorías intelectuales como vanguardias capaces de interpretar, conducir y forzar la “historia” en el sentido correcto que indica la “teoría” avanzada. Lo que suponía al mismo tiempo una revalorización de la teoría y su encorsetamiento en lo que constituye tan solo una inflexión del europeísmo marxista latinoamericano. El drama era, con todo, diferente a la tragedia. Tomando distancia del ensayo de interpretación nacional que desde la década del '30 comprendía el proceso argentino bajo el tono fatídico de las “invariantes psicológicas” y desembocaba en un nacionalismo de carácter esencialista, Agosti se ampara en el programa echeverriano para defender una interpretación “realista” del problema argentino. Esto mismo le permite plantear la cuestión nacional admitiendo el momento de la determinación económica (la revolución burguesa desmontando la arquitectura colonial y fundando nuevas relaciones sociales), pero dando prioridad a una solución que se piensa fundamentalmente ideológica (la

correspondiente en el *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*, de Horacio Tarcuri, Buenos Aires, Emecé, 2007, pp. 6-8. Véase también la tesis de maestría inédita de Laura Prado Acosta, “Héctor Agosti, el difícil equilibrio. Partido Comunista e intelectuales (1936-1963)”, Buenos Aires, Universidad de San Andrés, 2010, y el libro de Alexia Massholder, dedicado a revalorizar la figura de Agosti como intelectual de partido, *El Partido Comunista argentino y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*, Buenos Aires, Luxemburg, 2014.

¹⁴ Héctor Agosti, *Echeverría*, Buenos Aires, Futuro, 1951, p. 12. Para un análisis crítico de las hipótesis gramscianas de Agosti en este libro véase José María Aricó, *La cola del diablo. Itinerarios de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

¹⁵ Sobre el pensamiento de Echeverría consultese Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 60-69.

¹⁶ Cf. Héctor P. Agosti, *José Ingenieros. Ciudadano de la juventud*, Buenos Aires, Futuro, 1945.

lucha entre los principios de la revolución y la contrarrevolución). La importancia asignada a los intelectuales y a la cultura en este proceso es lo que distingue la de Agosti de otras interpretaciones comunistas del pasado argentino y constituye el punto de mayor operatividad del voluntarismo gramsciano.

En los años que median entre la publicación del *Echeverría* y la de sus dos obras fundamentales, *Nación y cultura* y *El mito liberal* (1959), Agosti se asentó definitivamente en el espacio partidario como referente y responsable máximo del frente cultural. En 1952 asume la codirección de *Cuadernos de Cultura* y participa en la fundación de la Casa de la Cultura Argentina, al mismo tiempo que se convierte en una figura destacada de las organizaciones intelectuales de escala continental que el comunismo impulsó en los años cincuenta al calor de la Guerra Fría, como el Congreso Argentino de Cultura. En 1953, viaja por primera vez a la URSS cumpliendo una estación insólitamente demorada para un dirigente de su calibre. En los años siguientes es dos veces candidato a diputado nacional y dos veces detenido. Es también una etapa de intensas lecturas, particularmente literarias, en la que va definiendo una serie de preocupaciones ligadas al lenguaje y a la literatura nacional, al mismo tiempo que sigue atentamente algunos debates del comunismo internacional, particularmente los que en Francia tienen como protagonista a Jean-Paul Sartre. En abril de 1956 escribe a propósito de “Le reformisme et les fétiches”, artículo en el que el héroe del existencialismo afirmaba que a pesar de disponer de un instrumento inigualable como el marxismo, los comunistas eran incapaces de crear obras que enriquecieran el pensamiento francés, ofreciendo a cambio un dogmatismo defensivo e inquisitorial.¹⁷

Dejando aparte las exageraciones que puedan encontrarse en los juicios de Sartre, es evidentemente razonable su reclamación de obras en lugar de críticas. Eso nos cae a medida a los argentinos. Aquí debemos pasar de lo negativo a lo positivo. La historia económica de la Argentina la escribió el ingeniero Ortiz, que no pertenece al PC; la Historia de la ganadería argentina la escribió el ingeniero Giberti, que no pertenece al PC; el libro más eficaz sobre petróleo lo escribió el Dr. Silenzi di Stagni, que no pertenece al PC sino muy por el contrario. ¿Y nosotros? Nosotros entretanto criticamos los errores de esas obras, que sin duda los tienen, con una jactancia que no sé de dónde nos proviene, pues mientras ellos, bien o mal, hacen, nosotros nos limitamos a juzgar desde lo alto de nuestro Sinaí ideológico. ¿Qué hemos dado, entretanto, especialmente en los últimos tiempos, a la elaboración de los problemas argentinos?¹⁸

El amargo diagnóstico se hacía extensivo a su propia labor intelectual, a la que juzgaba insuficiente en comparación con la productividad de algunos amigos cercanos, como Ezequiel Martínez Estrada. La contradicción permanente entre su gusto por la militancia política y su pasión por los libros, sumado a un estado de salud endeble, un carácter apático y retraído y una inestable situación económica, lo conducen a largas meditaciones sobre la imposibilidad de concretar lo que tempranamente considera “su” libro, *Nación y cultura*, que le insumiría tres años de trabajo.

¹⁷ Artículo publicado en *Les Temps Modernes*, nº 122, febrero de 1956.

¹⁸ Héctor P. Agosti, *Diario personal inédito*, pp. 70-71, Archivo HPA/cedinci.

Política y cultura en el comunismo argentino: batallas por una definición

Punto de llegada de un clima de beligerancia, incomodidad y sospecha que se había iniciado con las purgas antivanguardistas de 1948, la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas –convocada originalmente para marzo y suspendida por orden policial– se celebró en septiembre de 1956 y constituyó el reconocimiento, no sin suspicacias, de una situación novedosa por parte de las direcciones partidarias. Este encuentro, afirmaba la revista teórica *Nueva Era*, debía “establecer las formas orgánicas del trabajo militante de los intelectuales comunistas y tratar de esclarecer algunas discrepancias ideológicas que, a pretexto de diferencias sobre la apreciación de nuestra herencia cultural, encubren en realidad insuficiencias de apreciación teórica sobre la etapa revolucionaria argentina”.¹⁹

El debate, cuyo carácter se remarcaba como fundamentalmente ideológico, debía “determinar también en el terreno de la ideología, cuál es el enemigo principal y cuáles, en consecuencia, los aliados transitorios o permanentes”.²⁰ En concreto, se trataba de determinar si, como afirmaba Agosti en su informe, el principal problema de la crítica cultural de los comunistas era el sectarismo y, sobre todo, si la tradición democrático-liberal debía seguir aceptándose en las nuevas condiciones del país y del mundo.

La Asamblea no es una reunión de historiadores, ni está destinada a examinar en detalle todos los problemas de la historia argentina, ni a pronunciar veredictos sobre ellos. De lo que se trata es de apreciar juiciosamente la etapa de la revolución democrática argentina desde el punto de vista de las relaciones concretas de clase y determinar si la herencia cultural argentina es inválida para nosotros por su origen burgués.²¹

A pesar de que el documento preparatorio se encargaba de aclarar que tal cuestión no era una novedad esencial, el solo hecho de plantear la posibilidad de romper con la lectura sobre las tradiciones culturales que desde la década del '30 gobernaban las interpretaciones comunistas sobre el pasado nacional da cuenta de los alcances y las claves de recepción de las codificaciones soviéticas propias de la Guerra Fría en el contexto de un campo político y cultural profundamente transformado por la experiencia peronista. Sin embargo, conviene dudar sobre la total unanimidad del apoyo que la herencia liberal tenía entre los intelectuales comunistas. El hecho de que en el frente cultural la “peronización” impulsada por Juan José Real hubiera llegado demasiado lejos, como lo diagnosticó Fernando Nadra, permite considerar la sensibilidad que un sector de la intelectualidad comunista expresaba frente a ciertas dimensiones de la crítica nacional-populista a la tradición liberal. En definitiva, el zhdanovismo postulaba un criterio de clase para evaluar los fenómenos culturales que identificaba la cultura burguesa como decadente y valorizaba los productos populares. En las condiciones particulares del campo intelectual argentino, el chauvinismo, que fue la característica principal de la política cultural soviética de posguerra, pudo confluir fácilmente con ciertos tópicos clásicos del nacionalismo cultural de corte populista: el rechazo a las “formas extranjerizantes”, la tendencia a leer los

¹⁹ *Nueva Era*, Año 8, n° 3, p. 14.

²⁰ “Boletín preparatorio de la Primera Asamblea Nacional de Intelectuales Comunistas”, c. 1956, mimeo, p. 1, Archivo PCA.

²¹ *Ibid.*, p. 1

hechos culturales como meros epifenómenos de las estructuras económicas y la reivindicación de estéticas naturalistas y de contenidos populistas y tradicionalistas. El antiimperialismo, además, conectaba a los comunistas con una zona de preocupaciones intelectuales que no concernían a las fracciones liberales. En definitiva, el zhdanovismo y los realineamientos geopolíticos del comunismo de Guerra Fría, leídos estrictamente, conducían a un apartamiento de la tradición liberal y en el límite obligaba a una revisión total de ciertos elementos centrales de la cultura política comunista.²²

Este careo con la tradición liberal alcanzó a unos intelectuales comunistas que estaban lejos de sostener posiciones homogéneas o simplemente reductibles a una oposición entre una línea zhdanovista y otra aperturista y antidogmática representada ejemplarmente por Agosti.²³ Entre el acatamiento sin matices a las directrices culturales soviéticas, la pervivencia de los tópicos antifascistas sobre el pasado nacional, la necesidad de dar alguna respuesta al problema nacional y las diversas formas de concebir la función de los intelectuales y el trabajo cultural partidario, el espacio comunista estaba más cercano a la confusión que al monolitismo. Situación que las dirigencias partidarias advertían con perspicacia.

Aunque el tema de los intelectuales formó parte de las reflexiones de Agosti desde las tempranas páginas de *El hombre prisionero*, publicado en 1938 luego de la primera de sus tantas experiencias carcelarias, en el informe que sirvió de documento principal para las discusiones de la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas por primera vez se propone un abordaje razonado y sistemático.²⁴ El texto tuvo una repercusión importante, tanto en la Argentina como en otros partidos comunistas latinoamericanos, donde fue discutido como una “lúcida reflexión” sobre el problema de los aliados ideológicos y un modelo para batallar contra “todas las formas de sectarismo”.²⁵ A través de las notas que conservó sobre su intervención en la reunión, sabemos que en esta batalla contra el sectarismo y el “sociologismo vulgar” no se privó de señalar nombres, como Roberto Salama, protegido de Rodolfo Ghioldi, al que consideraba la expresión típica de una visión simplificadora del mundo que le otorgaba a la clase obrera y al partido un papel mesiánico, en una actitud propia del Proletkult tan justamente condenado por Lenin.

¿Por qué digo que R. S. [Roberto Salama] es la expresión típica del “sectarismo” que en el terreno de la crítica se manifiesta con formas “dogmáticas”? Sencillamente porque R. S. ve en todas las cosas literarias simplemente “etiquetas”, productos terminados, ciudadanos que son

²² Sobre las polémicas en torno a la gauchesca y la literatura nacional véase Adriana Petra, “Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)”, *Contemporánea. Historia y Problemas del siglo xx*, vol. 1, n° 1, octubre de 2010, pp. 51-74. También Alejandro Cattaruzza, “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”, *A Contracorriente*, vol. 5, n° 2, invierno de 2008, pp. 169-195.

²³ Para esta perspectiva consultese Julio Bulacio, “Intelectuales, prácticas culturales e intervención política: la experiencia gramsciana en el Partido Comunista Argentino”, en H. Biagini y A. A. Roig (eds.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo xx. Obrerismo, vanguardia y justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos. pp. 51-75.

²⁴ Héctor P. Agosti, “Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas”, en *Para una política de la cultura*, Buenos Aires, Procyón, 1956.

²⁵ Carta de Vicente Parrini a Héctor P. Agosti, Santiago de Chile, 25 de enero de 1957 (Archivo HPA/cedinci, Carpeta 2). En el Brasil, La *Revista Brasiliense*, dirigida por Caio Prado Jr., publicó un extenso y elogioso comentario y el texto formó parte de las discusiones abiertas en el PCB luego del xx Congreso.

reaccionarios o progresistas, clases sociales que se mueven antagónicamente sin conflictos interiores: la oligarquía, la burguesía, el proletariado, a veces los campesinos... ¿Y el movimiento dialéctico de interpretación de las cosas? Eso no existe para Salama. Arlt es fascista, Güiraldes representa la oligarquía, Kafka es intrascendente, Fulano es realista crítico, Manauta es realista socialista... Y va pegando etiquetas sucesivas. Yo diría que R. S. confunde la crítica literaria con el *Expreso Villalonga* [...] Él toma el bosquejo de historia del partido, mira lo que en ese bosquejo se dice a propósito de determinado período y si el producto literario que examina no coincide con esa descripción le adosa en seguida alguna etiqueta fulminante [...] Desde luego que semejante dogmatismo (cada cosa en su casillero) nada tiene que ver con el marxismo, nada tiene que ver tampoco con la doctrina leninista de la herencia cultural, nada tiene que ver con la crítica literaria que no mira solamente contenidos...²⁶

Con un tono menos virulento, en su informe Agostí se colocaba en el contexto de aquellos que habían emprendido una interpretación del peronismo superando los argumentos típicamente liberales que reducían todo el movimiento a las dotes demagógicas de un líder capaz de seducir a las masas incultas. Sin despegarse de la caracterización oficial que caracterizaba el gobierno de Perón como un ensayo “corporativo-fascista”, afirmaba que el argumento de la demagogia podía aceptarse siempre y cuando se advirtiera que aquella había florecido merced a que sentimientos como la justicia social y el antiimperialismo preexistían en la conciencia de las masas: “abominar simplemente de la demagogia no basta, por lo menos en quienes presumen ejercer el oficio de pensar”.²⁷ Para Agostí, el peronismo era tan solo un eslabón, aunque “monstruoso”, de la zaga reaccionaria que se había iniciado con el golpe de 1930 y que aún continuaba, puesto que respondía a una crisis estructural de la que solo se saldría a través de la revolución democrático-burguesa conducida por la clase obrera y su partido, tal como el PCA venía afirmando desde 1928.²⁸ En el contexto de una crisis nacional de proporciones gigantescas, el partido debía entonces insistir en las políticas unitarias –lo que en la jerga comunista de entonces adoptaba el nombre de “Frente Democrático Nacional”– y este era el plafón desde el cual iluminar el papel que les tocaba desempeñar a los intelectuales.

En primer lugar había que preguntarse qué es un intelectual. La primera respuesta apelaba a una concesión evidente: los intelectuales constituyen una capa social intermedia, carente de ideología propia, compuesta por hombres entregados al trabajo intelectual, según la definición del *Diccionario Filosófico Soviético*. Bajo este criterio sustancialista era posible incluir desde los ingenieros y los técnicos, hasta los médicos, los abogados, los escritores, los artistas y los científicos.²⁹ Sin embargo, advierte, el trabajo intelectual tiene la particularidad de su carácter individual, de su falta de integración en el sistema de producción capitalista, y es allí donde deben realizarse distinciones entre ciertas categorías donde esta contradicción es evidente, como los escritores y los artistas, y otras donde prácticamente no existe, como los abogados, los médicos y los ingenieros. Esta distinción tenía la mayor importancia, dado que el problema de la ideología se presentaba de modo acuciante en el terreno de la creación. En efecto, el capita-

²⁶ “Apuntes para una reunión”, Archivo HPA/ cedinci, Caja 6.

²⁷ Agostí, “Los problemas de la cultura argentina...”, *op. cit.*, p. 10.

²⁸ Cf. Daniel Lvovich y Marcelo Fonticelli, “Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista Argentino (1928-1935)”, *Desmemorias. Revista de Historia*, vol. vi, nº 23/24, 1999, pp. 199-221.

²⁹ Agostí, “Los problemas de la cultura argentina...”, *op. cit.*, p. 14.

lismo presentaba esa particular condición del trabajo intelectual bajo la forma sublimada de una élite espiritual, alimentando en los intelectuales un sentimiento de autonomía y superioridad que tanto ocultaba su condición de asalariados como fomentaba la falsa conciencia que los llevaba a creer que sus ideas no tenían ninguna relación con procesos sociales y económicos concretos. Como había observado Marx en sus *Teorías sobre la plusvalía*, el proceso de producción capitalista no es una simple producción de mercancías, sino que absorbe trabajo vivo (no pagado) convirtiendo los medios de producción en medios de absorción de trabajo no retribuido.³⁰ Desde la perspectiva de su dependencia con respecto a la plusvalía como fuente de salarios, el trabajo intelectual, dice Agosti, posee una productividad para el “capitalista” (desde el dueño de un laboratorio hasta un *marchand* o un editor), con la particularidad de que este obtiene un beneficio tanto económico como ideológico. En este sentido el intelectual, no tanto como asalariado sino como “creador”, se ve sometido a una coerción tanto económica como moral, debiendo ajustar su creación a las exigencias de la empresa capitalista o desperdiciar su talento en las demandas del “segundo oficio”, como ocurría particularmente entre los escritores.

Evitar considerar a los intelectuales simplemente como un tipo particular de asalariados, partiendo de la evidencia del creciente proceso de proletarización de las clases medias a las que pertenecían por su ubicación en la estructura social –ejercicio que los marxistas venían ensayando desde los tiempos de la Segunda Internacional y el debate sobre el revisionismo³¹ tenía consecuencias para la política efectiva de los comunistas en el terreno de la cultura, pues impelía a superar el economicismo analítico y su consecuente reducción corporativa. Para Agosti el gremialismo intelectual era importante pero insuficiente. En primer lugar porque la relación de las capas intelectuales con las clases fundamentales debía considerarse en los términos particulares de la sociedad argentina: al ser una economía dependiente, el antagonismo social no se desplegaba entre el proletariado y la burguesía, sino entre el pueblo y aquello que no lo era.³²

Si, en efecto, los intelectuales constituyen una capa social intermedia, esto quiere decir que en los países dependientes, y por lo tanto en el nuestro, la mayoría de los intelectuales forman parte del *pueblo*, entendiendo por “pueblo” las fuerzas objetivamente opuestas a la negación nacional y representada por la presencia del imperialismo y la persistencia de remanentes feudales. Acaba de decir Prestes que en la palabra “pueblo” incluye “desde obreros y campesinos hasta vastos sectores de la burguesía brasileña”, precisando así la inteligencia de una política que presupone necesariamente la reunión de todos los factores objetivamente concurrentes al proceso de liberación nacional.³³

³⁰ En 1920, el austromarxista Max Adler había apelado a los mismos textos de Marx para pensar la cuestión de los intelectuales en el contexto del debate sobre el revisionismo. Rechazando una aproximación puramente sociológica al problema, Adler afirmaba que dado que en la sociedad capitalista solo se consideraba productivo el trabajo del que se obtenía ganancia, esto afectaba de manera dramática la actividad cultural y científica. La negación de la creatividad del trabajo humano que efectuaba el capitalismo mancomunaba a los intelectuales con otros estratos sociales y constituyía un elemento fundamental de su integración política y del lugar que la teoría debía ocupar en la estrategia de los partidos socialdemócratas. Cf. *El socialismo y los intelectuales*, México, Siglo xxi, pp. 108 y ss.

³¹ Cf. Leonardo Paggi, “Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional. Aspectos y problemas”, en *ibid.*, pp. 7-114.

³² Para un desarrollo del concepto de “pueblo” en Agosti véase Georgina Georgieff, *Nación y Revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 255-259.

³³ Agosti, “Los problemas de la cultura argentina...”, *op. cit.*, p. 17. La referencia a Prestes no es inocente. A comienzos de los años cincuenta el Partido Comunista Brasileño (PCB) había adquirido una posición de liderazgo comunista

La apelación a un concepto tan semánticamente lábil como el de pueblo le permitía a Agosti considerar la cuestión de los intelectuales en términos de su pertenencia “objetiva” a las fuerzas destinadas a transformar la sociedad en una dirección nacional y antiimperialista, esto es, democrático-burguesa, pero no alcanzaba para analizar el modo específico en que los intelectuales debían integrarse a las luchas nacionales, es decir para precisar su función social. La respuesta a este interrogante vendrá de la mano de Antonio Gramsci. No es analizando la productividad del trabajo intelectual, sino su “faz improductiva” donde, dirá Agosti, emerge la función que cumplen los intelectuales como “forjadores”—o por los menos transmisores— de la ideología. Esto es bien sabido por las clases dominantes, que ejercen una mayor presión sobre los intelectuales y utilizan la cultura como instrumento para ejercer la hegemonía sobre el pueblo.³⁴ Este es el verdadero drama del intelectual, el que a menudo, dominado por sus prejuicios de clase media, es incapaz de observar las conexiones existentes entre sus problemas *qua* intelectual y los fenómenos estructurales que constituyen su causa. Pero ocurría que en situaciones de crisis total, tal era la de la Argentina posperonista, la conciencia económica se conectaba más fácilmente con una reflexión sobre los problemas generales de la sociedad. Si bien esta situación constituía un terreno fértil para la acción gremial, el partido debía asumirla como un problema fundamentalmente ideológico:

Somos el partido de la clase obrera, y en las actuales condiciones del país y del mundo el partido de la clase obrera representa el partido de la “síntesis nacional”, el partido que define, con su teoría y con su práctica, la necesaria integración de todas las fuerzas nacionales capaces de realizar la revolución democrática. La condición “improductiva” del trabajo intelectual (aquella que el joven Marx subraya intencionalmente al escribir que: “La primera libertad para la prensa consiste en no ser una industria”) se realza en la medida misma en que resulta necesario acentuar —en medio de los debates actuales sobre la calidad del país y su cultura— el papel de la voluntad consciente o sea el papel de la ideología. Sin voluntad consciente de transformar la naturaleza concreta de la sociedad argentina es imposible que dicha transformación se realice coherentemente. Esta premisa fue siempre válida, pero esta premisa resulta impostergable ahora precisamente porque ahora asistimos al crecimiento de las fuerzas materiales objetivas capaces de accionar aquella voluntad consciente.³⁵

Desafiando las interpretaciones economicistas, Agosti les otorga un lugar a los intelectuales como elementos clave en la aceleración de la conciencia de las masas y con ello a la cultura como dimensión imprescindible para la batalla político-ideológica, sin por ello distanciarse del vanguardismo que desde Kautsky y Bernstein hasta Lenin concebía el papel de los intelectuales como sistematizadores de una conciencia que las masas debían recibir desde afuera. Pero, sobre todo, obviaba completamente el hecho de que en la Argentina esas masas populares habían construido su identidad política y social en torno al peronismo y que el comunismo estaba lejos de constituir una fuerza de peso en el mundo de los trabajadores. Sin embargo, puesto en

regional y su programa era considerado un modelo adecuado a la nueva situación continental, pues consideraba la dominación imperialista norteamericana como la contradicción principal. Cf. Gerardo Liebner, *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011, p. 209.

³⁴ Agosti, “Los problemas de la cultura argentina...”, *op. cit.*, p. 19

³⁵ *Ibid.*, p. 21.

la perspectiva del debate interno que enfrentaba, su razonamiento constituía un giro copernicano respecto al reduccionismo habitual en los análisis comunistas sobre la cultura y sus relaciones con los fenómenos económicos.

Las leyes del desarrollo histórico son leyes objetivas que la voluntad de los hombres no podrá alterar; pero el conocimiento de esas leyes objetivas permite utilizarlas para acelerar el proceso social, que no es una sucesión –gris sobre gris– de transformaciones económicas y cambios ideológicos que las sigan como la sombra al cuerpo. Por eso representa una ingenuidad afirmar, por ejemplo, que “no habrá buenas novelas mientras no se haga la reforma agraria”, porque ese vulgar sociologismo implica, evidentemente, abolir el papel de la ideología y suponer que el intelectual no es un elaborador de la cultura, y por lo tanto un posible elaborador de la cultura de avanzada, sino un mero papel carbónico que registra acontecimientos de la sociedad una vez que estos acontecimientos ya se han instalado en la naturaleza económica de la sociedad. No necesito decir que semejante simplismo contraría la calidad del marxismo-leninismo hasta rebajarlo a la impotencia de cualquier determinismo más o menos positivista.³⁶

Para Agosti, los intelectuales estaban llamados a cumplir un papel relevante como vanguardia en la batalla ideológica por la “liberación nacional”, concibiendo el problema de la nación en los términos estatalistas de la construcción de una nación moderna sobre la consumación del programa de la democracia burguesa. Esto quiere decir que la elaboración ideológica de lo nacional debía encontrar sus fundamentos en la comprensión en clave feudal de las formaciones económico-sociales latinoamericanas y en la asunción de que el desarrollo independiente del país solo se realizaría en los términos de una revolución democrático-burguesa. Traducido en términos culturales, esta comprensión histórica no debía, como sucedía en ciertos sectores de la crítica comunista, analizarse bajo un prisma “obrero” que atacaba ciertas experiencias políticas del pasado por su carácter burgués, sin comprender que en ello residía su mérito y no su defecto.³⁷

El problema de la función ideológica de los intelectuales remitía entonces a una correcta caracterización de la crisis cultural por la que atravesaba el país, lo que en primer lugar demandaba rechazar la postura “torpe y sectaria” que reducía todo el problema a la influencia del imperialismo. Siguiendo el razonamiento según el cual el problema de la cultura era abordado a partir de una doble retícula que oscilaba entre la postulación de una autonomía relativa de los procesos culturales y su análisis en términos de correspondencia con las estructuras económicas, Agosti vuelve sobre el argumento, ya esgrimido en la IV Conferencia Nacional del Partido de diciembre de 1945, según el cual el problema de los intelectuales consistía en una desproporción entre sus condiciones técnicas y la imposibilidad de aplicación práctica de su esfuerzo.³⁸ La “traducción” ideológica de esta situación era el desencuentro entre la cultura y la nación cuyo inicio databa del período posterior a la Organización. Esto condenaba a los intelectuales a la marginalidad pública y la estrechez económica, y privaba a la sociedad de una

³⁶ Agosti, “Los problemas de la cultura argentina...”, *op. cit.*, pp. 21-22.

³⁷ *Ibid.*, pp. 43-45.

³⁸ Cf. Héctor P. Agosti, “Sobre algunos problemas de la cultura argentina (discurso pronunciado en la conferencia nacional del Partido Comunista)”, *Orientación*, febrero de 1946.

cultura capaz de responder a sus necesidades. “En pocos países, anota, ha sido menos evidente el peso de la intelectualidad en la vida pública.”³⁹

Las razones de este desencuentro debían buscarse en la ruptura de la “continuidad histórica” que la oligarquía terrateniente, la “más poderosa de América Latina”, había provocado como hecho singular del fenómeno cultural argentino. La “visión pastoril” de la oligarquía dominaba la vida cultural sobre la base de un mecanismo de deformación del sentimiento nacional y popular que el imperialismo profundizaba con los efluvios del cosmopolitismo. Como también lo harían intelectuales provenientes del nacionalismo popular y del nacionalismo marxista, Agosti opone el complejo cultural de la oligarquía a la imagen del pueblo como reserva de una “línea nacional independiente”, pero a diferencia de aquellos incluye en esta dimensión a los intelectuales, pues explica los términos de su “divorcio” con el pueblo en términos estructurales y no subjetivos. Si para Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós o Juan José Hernández Arregui, los intelectuales formaban parte del sistema de colonaje cultural que mantenía al país bajo la sujeción de la oligarquía y el imperialismo, para Agosti, los intelectuales, conjunto dentro del cual solo distingue vagamente a las “cumbres” seducidas por el cosmopolitismo, se caracterizaban por su tono democrático. Lejos de condenar a las élites liberales, ejercicio que constituyó el tono dominante de las reflexiones intelectuales en torno al hecho peronista y al que poco tiempo después se sumará él mismo, las rescataba por y a pesar de su liberalismo:

La nutrición liberal de la intelectualidad argentina es su virtud y su defecto. Su virtud porque la ha resguardado de buena parte de las seducciones de la demagogia corporativo-fascista; su defecto, porque le acorta la visión de las cosas, la mantiene en la superficie de los fenómenos y la encandila (generosamente en tantos casos) con la demagogia de la libertad. Pero este complejo ideológico-político es lo característico de nuestro medio. En él, y no en ningún otro debemos situarnos, porque dentro de este complejo de relaciones económico-ideológicas es donde han trabajado los intelectuales argentinos.⁴⁰

Comprender esta particularidad, explica, es fundamental para la política del partido, pues, tal como lo había advertido Gramsci, los intelectuales, por su naturaleza y su función histórica, nunca pueden *como masa* romper con las tradiciones dentro de las cuales se han formado.⁴¹ En las condiciones argentinas, el liberalismo de los sectores intelectuales debía ser el punto de partida para una política cultural de carácter democrático, fundamentalmente nacional antes que socialista, que tuviera la “herencia de Mayo” como columna vertebral. Los comunistas, por su parte, debían imprimirle a esa herencia un acento antiimperialista, además de atender a los elementos novedosos que surgían del mundo popular, gérmenes de una “nueva cultura”.⁴² Desde una matriz fuertemente letrada e iluminista, Agosti ve comprobado el dinamismo de la cultura popular en la existencia de numerosas bibliotecas, clubes de barrio y asociaciones juveniles, cuyo apego a las tradiciones democráticas intenta demostrar por el hecho de que muchas insistían en llamarse “José Ingenieros”. Puesto que debían cumplir un rol de vanguardia, los intelectuales comunistas debían, además y fundamentalmente, convertir el marxismo en

³⁹ Agosti, “Los problemas de los intelectuales comunistas...”, *op. cit.*, p. 24.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 27

⁴¹ Cf. Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Lautaro, 1960, pp. 11-28.

⁴² Agosti, “Los problemas de la cultura argentina...”, *op. cit.*, p. 28.

“sustancia de su propia creación”, lo que significaba no solo asumir una función ideológica más precisa que el mero apego emocional, el compromiso personal o la repetición de fórmulas dogmáticas, sino fundamentalmente comprender que el marxismo “solo podrá sernos útil si adquiere una forma nacional, es decir, si se aplica al examen concreto y original de los fenómenos argentinos”.⁴³ Este marxismo con “forma nacional” estaba obligado a otorgar un lugar relevante a la teoría, actitud de la que adolecían algunos de sus camaradas que, apuntaba, presumían de “realistas prácticos”.

Para Agosti, la asunción del marxismo como un “método creador” debía conducir a la conclusión de que los mayores yerros del partido procedían de una apreciación dogmática y sectaria sobre el panorama cultural del país. Como consecuencia, dominaba la idea de que en la batalla ideológica era imposible establecer alianzas, o bien que estas debían ser meramente tácticas, concepción a la que cabía oponer una “guerra sin cuartel”. Considerar el campo cultural como un bloque reaccionario opuesto a la ideología proletaria era erróneo puesto que, como había enseñado Lenin, en determinadas circunstancias históricas unir fuerzas con las ciencias modernas no marxistas era una forma de enfrentar tanto a los sectores dominantes más reaccionarios como al oscurantismo al que permanecían atadas las clases populares. Hacer *tabula rasa* con el pasado era solo una forma de espontaneísmo teórico, y tratar de un modo “grosero y simplista” los vínculos entre las posiciones filosóficas y las posiciones políticas de los intelectuales equivalía a no comprender el proceso histórico y era contraproducente para los fines políticos que el propio partido se proponía.

Nos ha dicho Togliatti que en Italia (¿y por qué no pensamos también en la Argentina?) la corriente idealista representa una actitud moderna comparada con las tentativas de volvernos al tomismo y que en sus primeras manifestaciones sirvió para librar la cultura italiana de las groserías positivistas. Y nadie, sin duda, supondrá que Togliatti proponga amenguar el materialismo dialéctico, o sustituirlo con un eclecticismo bastardo, o levantar bandera de parlamento en la batalla ideológica que él mismo conduce con tanta agudeza crítica; simplemente trata de mostrar, en los hechos, las repercusiones ideológicas de aquella “complicadísima maraña de la lucha de clases bajo el imperialismo”.⁴⁴

Demostrando una sensibilidad frente a las lógicas del debate intelectual que buena parte de sus camaradas ignoraba o prefería evitar, Agosti remarcaba que el “canibalismo crítico” ignoraba que la obra de los creadores honrados merecía respeto, más allá de las meras razones tácticas:

Y me permitirán, por lo mismo, que me cobije en el ejemplo de Gramsci, cuyos “cuadernos” conviene releer constantemente porque me parecen uno de los modelos más eminentes de la crítica marxista: en Gramsci, como lo destaca Togliatti, jamás encontraremos una simple negación o una oposición abstracta entre una realidad y un modelo, sino el análisis atento de todas las manifestaciones de la cultura, en conexión con el mundo real en que se desenvuelven, y no con el mundo de imaginadas cosas que a veces queremos otorgarles en nuestras críticas dogmáticas.⁴⁵

⁴³ Agosti, “Los problemas de la cultura argentina...”, *op. cit.*, p. 31.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 36.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 40.

Desde esta perspectiva, el problema de la correcta ponderación de las tradiciones culturales requería ser evaluado en dos planos. El primero, universal, remitía a una concepción típicamente ponceana: el humanismo socialista soviético que había heredado los valores abandonados por la burguesía integrándolos a una cultura de nuevo tipo. El segundo, nacional, encarnaba en la definición de la “tradición progresista”, momento en el que nuevamente los procesos culturales son entendidos como “reflejos” de la vida económica:

Tradición progresista es todo cuanto está enderezado a prolongar la línea de la tradición de Mayo, es decir, la línea de la revolución burguesa, es decir, la línea que a su debido tiempo procuró la aceleración del desarrollo capitalista en la Argentina [...] La “tradición progresista” se interrumpe cada vez que resulta estorbado el proceso independiente de aceleración del desarrollo capitalista; esto es válido en la economía y, por consiguiente, también en sus “reflejos” culturales.⁴⁶

Para Agosti, abominar de las fuerzas burguesas o tildarlas livianamente de “extranjerizantes” equivalía a aceptar la teoría nacionalista de la cultura y, por su intermedio, caer en la extraña paradoja de que la condena al vínculo con las ideas avanzadas terminara cayendo sobre los propios comunistas. El pasado, por el contrario, debía comprenderse en sus propios términos, pero determinando sus líneas de continuidad con el presente a partir del análisis de las modificaciones introducidas en el país por el desarrollo capitalista, en primer lugar la presencia del proletariado. Tal como lo había desarrollado en su conferencia sobre “La expresión de los argentinos” de 1948, Agosti sostiene que la nota característica del proletariado argentino es su origen urbano e inmigratorio y que este debe ser un dato que los comunistas no pueden desdenar más que al precio de rendirse a la predica antimoderna del nacionalismo.⁴⁷ El inmigrante integra lo nacional en el terreno económico y cultural y tanto el “retorno al gaucho” como la sugerencia de que el proletariado nacional fue constituido principalmente por campesinos constituyen consideraciones erróneas:

Mirar hacia la herencia cultural, que es nacional y universal al mismo tiempo, importa reconocer nacionalmente la línea de continuidad histórica de su pueblo. La revolución no significa una ruptura radical con el pasado, como si a partir de ese momento nos moviéramos en un universo sin memoria; la revolución democrática es justamente esa afirmación de la independencia nacional en todos los órdenes de los fenómenos materiales y espirituales que, en las nuevas condiciones históricas, se cumple bajo la hegemonía del proletariado, alzado por ello mismo a la condición de la más nacional de todas las clases actuantes en el país. Y nosotros, los intelectuales comunistas, en la medida en que lo somos efectivamente, somos los representantes teóricos y prácticos de la actitud histórica de la clase obrera, cualquiera sea nuestro origen social o nuestra posición en la escala del trabajo “productivo”.⁴⁸

La relación entre los intelectuales y el partido debía evaluarse en función de estas premisas, considerando en primer lugar las dificultades organizativas y la falta de coordinación que aún

⁴⁶ *Ibid.*, p. 42

⁴⁷ Cf. “La expresión de los argentinos”, en *Cuadernos de Bitácora*, Buenos Aires, Lautaro, 1949.

⁴⁸ Agosti, *Los problemas de la cultura argentina...*, *op. cit.*, p. 48.

afectaban al espacio cultural del partido. Esta coordinación no equivalía a una intromisión del partido en los asuntos que concernían a los intelectuales, pues, afirmaba sofísicamente, tal cosa equivalía a considerar que los intelectuales no participaban de las decisiones políticas de la organización. En tanto que los intelectuales, razonaba, contribuían a elaborar la línea política de la que luego eran ejecutores, la función dirigente del partido consistía únicamente en definir una “unidad de tendencia”, lo que no equivalía a una “unidad de expresión”, tal como señalaban sus críticos. Esto exigía que los intelectuales integraran el marxismo (que siendo la filosofía del partido lo es de la clase obrera, aclara) a la realización de su propio obra. La función militante de los intelectuales comunistas en tanto intelectuales de vanguardia es, concluye, proveer los elementos ideológicos para la agitación de la línea programática.⁴⁹

El “camino argentino” al socialismo: conclusiones de una victoria ambigua

Si el informe de Agosti precisó los contornos ideológicos de una política partidaria para los intelectuales, el texto del historiador Leonardo Paso (seudónimo de Leonardo Voronovitsky) hizo lo propio con los aspectos organizacionales, aunque desde un punto de vista instrumental que en buena medida contrariaba las palabras de Agosti.⁵⁰ Odontólogo de profesión, la carrera de Paso como historiador comunista comenzó por la voluntad de Victorio Codovilla, quien disconforme con las críticas a Bernardino Rivadavia y la valorización de los caudillos que Rodolfo Puiggrós había realizado en su libro *Los caudillos y la Revolución de Mayo* (1942), le encomendó que elaborara una respuesta.⁵¹ Una vez expulsado el grupo de Puiggrós y, más tarde, Juan José Real, autor del *Manual de Historia Argentina* (1951), Paso se convirtió en la figura central del espacio historiográfico comunista, si bien su escaso apego a los métodos y rigores del oficio lo mantuvo en los márgenes del campo profesional y la vida universitaria. En el interior del partido, sin embargo, era una figura respetada y gozaba de la confianza de las dirigencias, lo que explica la centralidad de su intervención en la reunión de intelectuales, así como en la siguiente, realizada en 1958, donde polemizó con el joven historiador José Carlos Chiaramonte.⁵²

Para el autor de *Rivadavia y la línea de Mayo* (1960) el trabajo de los intelectuales en el partido era totalmente insuficiente. En primer lugar porque hasta ese momento la cultura era

⁴⁹ Agosti, “Los problemas de la cultura argentina…”, *op. cit.*, p. 54.

⁵⁰ Leonardo Paso, “Informe sobre algunos problemas de organización de los intelectuales comunistas, con motivo de la conferencia nacional de intelectuales por el compañero Leonardo Paso”, s/f (c. 1956), Archivo PCA.

⁵¹ Cf. Omar Acha, *Historia crítica de la historiografía argentina* (vol. I: *Las izquierdas en el siglo xx*), Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 160.

⁵² La Segunda Reunión de Intelectuales Comunistas se realizó los días 13 y 14 de diciembre de 1958 y contó con la presencia de representantes de Capital Federal, Buenos Aires, Córdoba, Santiago del Estero, Santa Fe y Mendoza. Aunque presidida por Agosti, el informe principal estuvo a cargo de Paso y fue de un marcado tono antiperonista. La revista *Cuadernos de Cultura* reprodujo parte de este informe, acompañado de las intervenciones de los representantes de Córdoba y Santa Fe, Héctor Schmucler y José Carlos Chiaramonte. Este último centró su intervención en la necesidad de una crítica más sistemática al liberalismo y discutió con Paso acerca de la caracterización del “enemigo principal” en el terreno de la cultura. Centrar el problema solo en el clericalismo, afirmaba, constituyía una traslación mecanicista y unilateral de una tesis política y resultaba ineficiente para evaluar dialécticamente las contradicciones principales y secundarias, perdiendo de vista otras variantes igualmente funcionales al imperialismo y la oligarquía como el liberalismo económico, el irracionalismo filosófico o el “marxismo nacional”. Cf. “Los intelectuales comunistas y sus tareas”, en *Cuadernos de Cultura*, nº 40, marzo de 1959, pp. 127-129.

preocupación de unos pocos y no un trabajo colectivo de todo el partido, lo que acentuaba la debilidad ideológica con la que se afrontaban los debates político-culturales y la falta de organicidad de las agrupaciones propiamente intelectuales, que actuaban sin dirección ni coherencia.⁵³ Presas del individualismo propio de su condición, los intelectuales comunistas seguían sintiéndose más cómodos en la posición de franeotiradores y, salvo excepciones, despreciaban el trabajo gremial, participaban a desgano de la vida celular y no tenían ningún interés en asimilar el marxismo y la línea del partido. Los escritores eran, por antonomasia, el mejor ejemplo de esta inconsecuencia. Pero además, tendían a rechazar la injerencia del partido en el frente intelectual, haciendo gala de una imperdonable autonomía. Dominado por los “resabios pequeñoburgueses”, el intelectual comunista insistía en desvincular su obra o su creación de su militancia política, cometiendo gruesos errores, como juzgar el contenido de una obra separada de la conducta política de su autor o asistir a un congreso científico y discutir sobre la calidad académica de los trabajos presentados y no sobre la revolución democrático-burguesa.

La realidad era que los camaradas consideraban que el frente científico no era un frente ideológico y político. Esta tendencia a separar lo ideológico de su propia actividad específica, es una debilidad que debemos ir venciendo, y creo que debe ser una de las conclusiones de esta conferencia.⁵⁴

La persistencia de este modo de concebir el trabajo intelectual y, particularmente, de trabajar con la teoría marxista, puede considerarse un síntoma del acotado margen en el que debió moverse la apuesta de Agosti bajo el influjo gramsciano, e incluso de las limitaciones que su propia propuesta encarnaba. Sin embargo, su movimiento fue formalmente exitoso y la orientación de su informe resultó aprobada. El Proyecto de Resolución, escrito por el propio Agosti y que se mantuvo inédito, rebosaba de optimismo.⁵⁵ La tarea fundamental de los intelectuales comunistas, afirmaba, era establecer un diálogo con sus pares progresistas, y este era el marco que debía contener los límites de la crítica ideológica. Este trabajo unitario debía acompañarse por otro no menos fundamental referido a una correcta caracterización de la disgregación cultural argentina producto de una “hipertrofia metropolitana” que conducía a ignorar las diversidades regionales. Haciéndose eco por primera vez de los debates que atravesaban el comunismo internacional, el texto afirmaba que “la búsqueda de un ‘camino argentino’ hacia el socialismo era inseparable del examen concreto de las particularidades de cada región”.⁵⁶ El desarrollo de esta suerte de “policentrismo” argentino, en el cual los intelectuales estaban llamados a cumplir una función dirigente, requería de estos un perfeccionamiento político-ideológico basado en el estudio de la “línea del partido” y del “marxismo-leninismo”, términos que no casualmente tendían a fundirse en una misma cosa. Se trataba, entonces, de integrar el marxismo a su propia actividad creadora sobre la base de un análisis “concreto” de la realidad nacional:

Para los intelectuales comunistas el marxismo-leninismo debe representar una actitud creadora en el dominio de su propia especialidad, no simplemente el conocimiento dogmático de las

⁵³ Paso, “Informe sobre algunos problemas…”, *op. cit.*, p. 2

⁵⁴ *Ibid.*, p. 12.

⁵⁵ Proyecto de resolución, s/f (c. 1956). Archivo PCA.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 11.

líneas generales de la teoría. Ya Engels recordaba en su tiempo que conocer los principios del materialismo histórico no eximía de la investigación histórica concreta.⁵⁷

Esta función requería de formas organizativas flexibles y con una escala federal, además de la creación de comisiones dedicadas exclusivamente al trabajo ideológico en áreas sensibles como la filosofía, la historia argentina y la teoría artístico-literaria. Esta organización debía permitir superar las discrepancias ideológicas, pues imponía a los intelectuales el deber de discutir colectivamente los problemas hasta alcanzar una postura unitaria.⁵⁸ Era también la forma de combatir la “crisis ideológica” por la que atravesaban las nuevas generaciones, inusitadamente atraídas por el marxismo pero proclives a los “brebajes existencialistas” y a las fórmulas de un marxismo abierto que encubría mal su antileninismo.⁵⁹ Conviene citar el texto de la resolución, dado que expresa con elocuencia los límites y las contradicciones que una concepción positivista de la relación entre teoría y política imponía aún a las voluntades más aperturistas:

El partido no impone una forma de expresión determinada a sus intelectuales, no les impone siquiera una filosofía; les reclama, eso sí, la adhesión a su programa político, tal como surge de prescripciones estatutarias que todos sus afiliados han aceptado y están obligados a cumplir y hacer cumplir, en la medida misma en que ellos también contribuyen a elaborar, responsable y soberanamente, el programa político. Pero el partido –que no es una entidad extratemporal sino un cuerpo vivo que todos nosotros constituimos y animamos– no practica la neutralidad ideológica puesto que su propio programa político está decidido según los métodos de análisis del marxismo-leninismo. En este sentido, al reiterar su empeño a favor de la educación de sus miembros en los principios de la filosofía materialista dialéctica, la Primera Conferencia Nacional de Intelectuales Comunistas los exhorta a cumplir, como miembros responsables del partido de la clase obrera, la función dirigente que les corresponde en la gran batalla por los ideales del socialismo.⁶⁰

El notable esfuerzo de Agosti por dotar al trabajo intelectual de una importancia de la que carecía en la estrategia partidaria y desarrollar una crítica a las concepciones mecanicistas y positivistas del marxismo que prescindían de toda valorización del rol de las ideas en los procesos de cambio social, fue una respuesta heterodoxa a un problema de la más absoluta ortodoxia: lograr que los intelectuales comunistas superaran una forma de adhesión al partido que se mantenía en el terreno del compromiso político personal y avanzaran hacia una mayor integración del marxismo-leninismo en su trabajo profesional y creador. En este sentido, amparándose en la figura del “intelectual orgánico” gramsciano, Agosti ofreció una respuesta meditada al combate contra el obrerismo.

Embarcado en una batalla contra el sectarismo y el nacionalismo cultural que había comenzado a pregnar el discurso comunista, y que incluía una importante dosis de antiintelectualismo, Agosti plantea el tema de los intelectuales operando en dos direcciones. Por un lado, afirma que

⁵⁷ Proyecto de resolución, *op. cit.*, p. 13.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 12.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 51.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 14

por su pertenencia a las clases medias deben ser *objetivamente* considerados parte del pueblo, sujeto de la revolución democrática-burguesa. Esto obligaba al partido a darse una política de cooptación, que, dadas las condiciones de proletarización creciente del trabajo intelectual, puede adoptar la forma del gremialismo y las reivindicaciones corporativas. Por otro, distingue a los intelectuales del conglomerado de las clases medias por la función específicamente ideológica que desempeñan. Colocado desde esta perspectiva, el problema de los intelectuales ya no se reduce a un economicismo estrecho y adquiere su completa significación: como transmisores –e incluso creadores– de la ideología de las clases o grupos sociales que se enfrentan en la sociedad, los intelectuales cumplen un papel principal en los procesos de transformación de la conciencia de las masas. Por esta razón, el partido debe interpelar a los intelectuales en función de su rol ideológico y no simplemente como un tipo particular de trabajadores productivos. Este objetivo no podría ser alcanzado si se mantenía una concepción reduccionista y sectaria sobre los fenómenos culturales, pues tal postura impedía realizar una correcta caracterización del mundo intelectual y establecer una política de alianzas con los sectores liberales y democráticos, indispensables en el combate contra el oscurantismo, el hispanismo, el cosmopolitismo y la cultura de masas, manifestaciones del enemigo principal en el terreno de la cultura.

Colocado el análisis desde el punto de vista de su oposición a los sectores partidarios más proclives a una crítica cultural que operaba mediante una correlación mimética con los hechos políticos y económicos dando forma a una posición obrerista y con claras conexiones con el nacionalismo cultural, puede decirse que Agosti representaba una posición heterodoxa respecto al zhdanovismo, comprendido como ortodoxia. En efecto, su postura leninista acerca de la necesidad de que el movimiento obrero no rechazara el valor de las tradiciones culturales burguesas sino que las recuperara como una herencia que debía ser superada, sumado a la incorporación de categorías gramscianas que permitían considerar la función de los intelectuales y la cultura superando las definiciones puramente economicistas, constituyen elementos que le permitieron avanzar en un programa destinado a dotar a los comunistas de una visión más sutil y compleja de los fenómenos políticos y culturales. Ahora bien, estos gestos de heterodoxia frente a las codificaciones más reduccionistas sobre la política y la cultura convivieron con una permanente apuesta por el *juste millieu* que obturó el desarrollo de estas intuiciones, al punto de que en muchos aspectos Agosti actuó como un dique de contención frente a los que él mismo definía como los “desaforados”. Desde las purgas antivanguardistas de 1948 hasta la expulsión de sus discípulos en 1963, Agosti demostró que no estaba dispuesto a llevar sus cuestionamientos hasta el punto de comprometer aspectos nodulares de la cultura política y la tradición marxista en la que se había formado.⁶¹ Aun así, su apuesta fue efectiva en muchos sentidos, pues no solo abrió una brecha para el inicio de una breve, acotada y finalmente fallida apertura hacia nuevos horizontes intelectuales bajo el amparo gramsciano, sino que lo posicionó como el único intelectual comunista que fue capaz de articular alguna respuesta a las demandas del nuevo clima político e intelectual abierto en la convergencia del fin de la experiencia peronista y la crisis del comunismo.

⁶¹ Sobre la expulsión de Juan Carlos Portantiero y el grupo de la revista cordobesa *Pasado y Presente*, véase Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Política y cultura en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2004, y Adriana Petra, “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero, *Culturas Interiores. Córdoba en la Geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010, pp. 213-239.

Figura típica del *clerc* comunista, como lo definió Carlos Altamirano, la figura de Agosti concita la atención porque concita de modo ejemplar todas las paradojas de ese personaje de dos mundos que es el intelectual de partido, obligado a moverse en un espacio siempre tensiñado entre valores e intereses contradictorios como los que provienen de las lógicas del campo intelectual y las demandas político-partidarias.⁶² Abordar los pliegues de su trayectoria sin renunciar a la complejidad de su posición e incluso a los puntos ciegos de sus razonamientos es útil para pensar no solo el comunismo, sino el compromiso político de los intelectuales con todo proyecto o experiencia partidaria que exige una lealtad sin fisuras. □

Bibliografía

- Acha, Omar, *Historia crítica de la historiografía argentina* (vol. I: *Las izquierdas en el siglo xx*), Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 160.
- Adler, Max, *El socialismo y los intelectuales*, México, Siglo xxi, 1980.
- Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2011.
- Aricó, José María, *La cola del diablo. Itinerarios de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2005.
- Baudin, Antoine y Leonid Heller, “Le réalisme socialiste comme organisation du champ culturel”, *Cahiers du monde russe et soviétique*, vol. 34, n° 3, 1993, pp. 307-343.
- Bulacio, Julio, “Intelectuales, prácticas culturales e intervención política: la experiencia gramsciana en el Partido Comunista Argentino”, en H. Biagini y A. A. Roig (eds.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo xx. Obrerismo, vanguardia y justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006, pp. 51-75.
- Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Política y cultura en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2004.
- Camarero, Hernán, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo xxi/Editora Iberoamericana, 2007.
- Cattaruzza, Alejandro, “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”, *A Contracorriente*, vol. 5, n° 2, invierno de 2008, pp. 169-195.
- Crespo, Horacio, *José Aricó. Entrevistas (1974-1991)*, Córdoba, Centro de Estudios Avanzados/Universidad Nacional de Córdoba, 1999.
- Dreyfus, Michel, Bruno Groppo y Claudio Ingerflom *et. al.* (dirs.), *Le siècle des communismes*, París, De l’Atelier/Éditions Ouvrières, 2004.
- Eley, Geoff, *Un mundo que ganar: historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Barcelona, Crítica, 2000.
- Furet, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo xx*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Georgieff, Georgina, *Nación y Revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Gilbert, Isidoro, *El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la Inteligencia soviética en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1994.
- Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Lautaro, 1960.
- Liebner, Gerardo, *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011.

⁶² Cf. Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, *op. cit.*, p. 178.

Longoni, Ana y Daniela Lucena, “De cómo el ‘júbilo creador’ se trastocó en ‘desfachatez’. El pasaje de Maldonado y los concretos por el Partido Comunista. 1945-1948”, *Políticas de la Memoria*, nº 4, verano de 2003/2004, pp. 117-128.

Lvovich, Daniel y Marcelo Fonticelli, “Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista Argentino (1928-1935)”, *Desmemorias. Revista de Historia*, vol. vi, nº 23/24, 1999, pp. 199-221.

Massholder, Alexia, *El Partido Comunista argentino y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*, Buenos Aires, Luxemburg, 2014.

Paggi, Leonardo, “Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional. Aspectos y problemas”, en M. Adler, *El socialismo y los intelectuales*, México, Siglo xxi, 1980.

Pasolini, Ricardo, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo xx*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

Petra, Adriana, “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero, *Culturas Interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010, pp. 213-239.

—, “Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)”, *Contemporánea. Historia y problemas del siglo xx*, vol. i, nº 1, octubre de 2010, pp. 51-74.

Prado Acosta, Laura, “Héctor Agosti, el difícil equilibrio. Partido Comunista e intelectuales (1936-1963)”, Buenos Aires, tesis de maestría inédita, Universidad de San Andrés, 2010.

Sánchez Vázquez, Adolfo, *Estética y marxismo*, vol 1, México, Era, 1970.

Sapiro, Gisèle, “Formes et structures de l’engagement des écrivains communistes en France. De la ‘drôle de guerre’ à la Guerre Froide”, *Sociétés et Représentations*, vol.1, nº 15, 2003, pp. 155-176.

—, “Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés”, *Prismas*, nº 15, 2011, pp. 129-154.

Tarcus, Horacio, *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

—, y Ana Longoni, “Purga antivanguardista”, *Ramona. Revista de artes visuales*, nº 14, julio de 2001, pp. 55-57.

Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.

Fuentes

Agosti, Héctor P., *José Ingenieros. Ciudadano de la juventud*, Buenos Aires, Futuro, 1945.

—, *Cuadernos de Bitácora*, Buenos Aires, Lautaro, 1949.

—, *Echeverría*, Buenos Aires, Futuro, 1951.

—, *Para una política de la cultura*, Buenos Aires, Procyón, 1956.

Schneider, Samuel, *Héctor P. Agosti: creación y milicia*, Buenos Aires, Grupo de Amigos de Héctor P. Agosti, 1994.

Publicaciones

Cuadernos de Cultura, 1ª época (1950-1967).

Nueva Era. Revista teórico-política del Partido Comunista de la Argentina, 1ª época (1949-1976).

Orientación (1936- 1949).

Archivos

Archivo Héctor P. Agosti/CEDINCI-UNSAM.

Archivo Héctor P. Agosti/Centro de Estudios y Formación Marxista “Héctor P. Agosti” (CEFMA).

Archivo Partido Comunista Argentino.

Archivo José María Aricó/Biblioteca José María Aricó, Universidad Nacional de Córdoba.

Resumen / Abstract

La cuestión de los intelectuales en el comunismo argentino: Héctor P. Agosti en la encrucijada de 1956

En septiembre de 1956 el Partido Comunista Argentino (PCA) celebró por primera vez una reunión de intelectuales. En el contexto de la crisis abierta en el campo intelectual argentino luego del derrocamiento del gobierno peronista y en el mundo comunista a partir de las revelaciones del XX Congreso del PCUS, este encuentro fue el punto de llegada de una larga serie de controversias en el interior del espacio partidario. Intentando problematizar la cuestión de los intelectuales en el seno de culturas políticas altamente institucionalizadas, el artículo se propone reponer las principales líneas de debate que los comunistas argentinos ensayaron sobre su propio rol y función en el marco de un conflictivo clima político y cultural. Desde el gremialismo letrado hasta el partidismo sofisticado impulsado por Héctor P. Agosti, los intelectuales comunistas argentinos tramitaron de formas complejas su inserción partidaria y sus formas de concebir la ortodoxia.

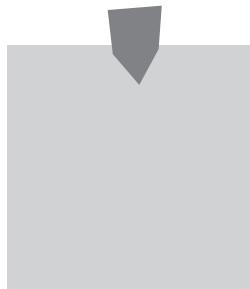
Palabras clave: Héctor P. Agosti - Partido Comunista Argentino - Intelectuales – Cultura

The intellectual question in Argentine communism: Héctor P. Agosti at the crossroads of 1956

In September 1956 the Communist Party of Argentina (PCA) held a meeting of intellectuals for the first time. This meeting was the culmination of a long series of arguments within the party, in the context of the crisis in the Argentinian intellectual field generated by the overthrow of the Peronist government and the revelations of the Twentieth Congress of the CPSU. This article aims to reconstruct the main lines of debate and discussion that Argentinian communists tested on their own role and function in party's strategy under a highly contentious political and cultural climate, and problematize, as well, the question of intellectuals within highly institutionalized political culture as communist. The Argentine Communist intellectuals experienced complex forms of party integration and ways of thinking about orthodoxy, like unionism counsel and sophisticated partisanship driven by Héctor P. Agosti.

Keywords: Héctor P. Agosti - Communist Party of Argentina - Intellectuals - Culture

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 19 / 2015

*Historia latinoamericana, historia de América Latina, Latinoamérica en la historia**

Hilda Sabato

CONICET/Universidad de Buenos Aires

Cuando Stefan Rinke me invitó a reflexionar sobre la historia global reaccioné con mi reticencia habitual frente a temas tan amplios, pero también descarté centrarme en mi área específica de investigación. Preferí, en cambio, una escala intermedia para intentar una conversación sobre América Latina, foco de esta conferencia. Pensé que quizás valía la pena interrogar el objeto mismo del encuentro, denominado –como saben– “Entre Espacios: la historia latinoamericana en el contexto global”.

¿A qué nos referimos con historia latinoamericana? ¿A la de los países tal y como los conocemos actualmente? ¿A la de la suma de esos países? ¿A la de una región que suponemos tiene una historia que no es apenas la de esa suma? Y ¿cómo se cruza la dimensión geográfico-espacial (los territorios del subcontinente) con la dimensión socio-temporal? Esto es, esta “historia latinoamericana”, ¿surge de proyectar hacia atrás la definición actual de América Latina para abarcar todo el pasado humano de un espacio que hoy comprende desde el Río Grande hasta Tierra del Fuego? O solo se ocupa de América Latina desde... ¿desde cuándo? ¿Desde qué fue conquistada por los europeos? En ese caso: ¿cuáles son sus límites? Habría quizás que incluir California y la Florida, por lo menos... O tal vez solo queremos referirnos a lo que ocurrió después de la ruptura del orden colonial. En fin, no es fácil definir nuestro objeto.

La cuestión se complejiza si consideramos la frase “en el contexto global”. Lo global, ¿es solo contexto? Y frente a una historia global, la historia latinoamericana ¿no presentaría las mismas limitaciones que las historias nacionales? Pensar globalmente, ¿no exigiría cuestionar la idea misma de ese recorte? Finalmente, “entre espacios”: la fórmula abre todavía más cuestiones, pues el tema del espacio no es de abordaje sencillo. Por eso, planteada la interrogación general, no pretendo aventurar ninguna respuesta, sino apenas centrarme en una pregunta: qué hacemos cuando decimos que hacemos historia latinoamericana.

La propuesta de incorporar al subcontinente como parte de una misma historia aparece en forma fragmentaria desde muy atrás. A mediados del siglo XIX, por ejemplo, Bartolomé Mitre escribía la biografía de San Martín con proyección regional y le ponía como título *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*. Más explícito fue el emprendimiento que, en

* Conferencia de clausura del XVII Congreso Internacional de AHILA –Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos–, Berlín, 12 de septiembre de 2014. Se ha mantenido el carácter coloquial de la conferencia, por lo que el texto no incluye referencias bibliográficas.

1918, encabezaron historiadores académicos norteamericanos que crearon la *Hispanic American Historical Review* para canalizar la producción sobre los países ubicados al sur de los Estados Unidos. Ese fue, sin duda, un hito en el proceso de formación de un campo de estudios en las universidades de ese país, cuya trayectoria ha sido explorada en varios trabajos relativamente recientes. No es mi intención revisar esa literatura ni tampoco hacer un rastreo sistemático de la proyección y redefinición de ese campo en otros lugares, pues esa tarea requeriría de capacidades y conocimientos que me exceden. Me interesa, en cambio, reflexionar sobre el tema con una mirada más acotada y, debo confesar, muy marcada por mi propia experiencia a lo largo de cuatro décadas. En ese marco, me pregunto por las maneras en que la historia como disciplina encaró el estudio del pasado de este “subcontinente” que hoy llamamos América Latina y encuentro tres variantes o momentos (que se superponen parcialmente en el tiempo) en ese sentido. Los resumo en la fórmula incluida en el título de mi charla, con una variación en el orden: historia de América Latina, historia latinoamericana y Latinoamérica en la historia.

Historia de América Latina

En 1968, se creaba, en Lima, la Comisión de Historia Económica del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), coordinada por dos historiadores de prestigio en la región, el mexicano Enrique Florescano y el chileno Álvaro Jara. Esta iniciativa reunía dos gestos innovadores: por una parte, se proponía fomentar la historia económica, en ese momento un campo de vanguardia que venía a renovar la disciplina; por otro lado, se disponía a coordinar a los cultores de ese campo en América Latina y a promover estudios sistemáticos sobre temas específicos para toda la región. Los historiadores participaban así del movimiento más general que, con foco en las ciencias sociales, contribuía a construir “América Latina” a la vez como objeto de estudio y como espacio de intervención política e ideológica. Si bien esa denominación tiene una historia más larga, fue en la segunda posguerra cuando se impuso sobre otras maneras de nombrar a la región, a la vez que adquirió fuerza connotativa en términos identitarios. La creación de CEPAL en 1948, en el marco de las Naciones Unidas, fue clave en ese sentido, a la que siguió FLACSO en 1957, como organización intergubernamental. Finalmente, diez años más tarde, por iniciativa autónoma de científicos sociales de la región, se creó el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), como institución no gubernamental destinada a coordinar los centros de investigación existentes. Su constitución refleja bien el clima de ideas prevaleciente en las ciencias sociales latinoamericanas, clima que fue a su vez alimentado por la actividad y la predica desarrolladas desde esa organización.

En ese marco, los historiadores mostraron un camino algo diferente al de sus colegas en las otras disciplinas. Así, mientras sociólogos y políticólogos producían obras que buscaban dar cuenta de los procesos regionales, como *La dependencia político-económica de América Latina*, de Cardoso y Faletto, o *La economía latinoamericana, de la conquista Ibérica a la Revolución Cubana*, de Celso Furtado, los dos de 1969, desde la historia los planteos eran otros. El texto de fundación de la comisión de historia de CLACSO toma en consideración, como punto de partida, “un pasado común y problemas también comunes” para fundamentar la voluntad de “programar [a futuro] investigaciones de largo alcance y capaces de cubrir grandes áreas y grandes períodos cronológicos”. A ello siguió la organización de dos tipos de simposios que desembocaron en varias publicaciones: por un lado, se discutió sobre aspectos meto-

dológicos de la disciplina y cuestiones referidas a las tendencias historiográficas; por el otro, se trabajó sobre temas concretos considerados de importancia común para Latinoamérica, que dieron lugar a volúmenes colectivos como el libro pionero *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*, de 1975; *Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina*, publicado en 1985 pero que reunía ponencias presentadas a una reunión de 1978, y otros por el estilo. En estas obras, la definición de una temática general considerada relevante para el conjunto de América Latina se desgranaba, sin embargo, en estudios específicos referidos a algún país o región en particular. Se plasmaba así una visión que resultaba de una suma de partes concatenadas entre sí por interrogantes comunes, y que a su vez podía revelar desarrollos paralelos y tendencias compartidas. La problemática era general, el abordaje, en cambio, era particular.

Esta fórmula (“de lo particular a lo general”) se observa también en el libro clásico de Tulio Halperin Donghi *Historia contemporánea de América Latina*, publicado inicialmente en italiano en 1967 y en castellano dos años más tarde, donde el autor recorre, con un programa común, el pasado de los distintos países de la región, uno a uno y a lo largo de un siglo y medio. Desde el comienzo, Halperin advierte el desafío que tiene entre manos cuando dice “Problema es ya la unidad del objeto mismo...”. Para construir esa unidad, combina tiempos y espacios, en una arquitectura de gran complejidad que articula, como ha señalado con perspicacia João Paulo Pimenta, situaciones muy diversas y ofrece una síntesis-problema. En sintonía con el clima de la época en que fue escrito, el libro traza un arco que subsume al conjunto: la relación de dependencia de América Latina frente al sistema internacional, desde la etapa colonial en adelante, en la medida en que sucesivas metrópolis pautaron desde afuera las coordenadas dentro de las cuales se desenvolvió la región. La historia está contada, sin embargo, en un diálogo entre lo que ocurrió en cada lugar y en cada tiempo, y ese arco que imprime unidad a la diversidad.

Esta forma de aproximación contrasta parcialmente con la que ensayaban, por la misma época, Stanley y Barbara Stein en *La herencia colonial de América Latina*, o la más simple que había propuesto Pierre Chaunu a fines de la década de 1940 en su *Histoire de l'Amérique Latine*. Esos textos trazan patrones de comportamiento social y económico general para la región, con énfasis en los siglos de dominación imperial. Ambos se internan, en sus últimos capítulos, en el período posrevolucionario con resultados desiguales. Así, mientras los Stein mantienen su visión integradora, Chaunu alterna ese propósito con el desgranamiento por países, en particular cuando quiere dar cuenta de los avatares políticos en diferentes espacios. De todas maneras, los dos libros se inscriben en una tendencia más amplia, diferente de la anteriormente mencionada y que identifico con el momento que llamo de la *historia latinoamericana*.

Historia latinoamericana

A diferencia de los historiadores del sur que se embarcaban en el estudio del pasado de América Latina a través de una composición articulada sobre la base de historias de espacios más acotados (para el siglo XIX, las flamantes naciones), en los centros académicos europeos y de los Estados Unidos se consideraba la región como unidad *ex ante*. Y más allá de cómo cada investigador armara la totalidad (si iba de lo particular a lo general o viceversa) el resultado refería centralmente a esta. Y se fundaba sobre un supuesto muy fuerte que tenía el interés y la producción sobre el tema: América Latina era una. Era “una” en su presente y en su pasado, y

se definía básicamente en contraste con el norte. Era “el otro”, pero no el otro radical, sino el que ofrecía la contracara del proceso civilizatorio occidental, de cuyo seno había surgido. Era su criatura desviada. Más allá de las diferencias de valoración que surgieron en la academia respecto a ese proceso y sus consecuencias para América Latina, la premisa de la fundamental unidad de la historia y el destino del subcontinente presidía todas ellas. Se trataba, así, de encontrar en el pasado las causas de ese derrotero tan diferente al de la América del Norte, lo que alimentó debates académicos y políticos durante décadas.

Sobre la base de esa premisa compartida, tomó forma el campo de la *historia latinoamericana*, que se articuló con una tendencia más general en la vida institucional de las universidades del norte, la proliferación de “area studies”, donde se conjugaban especialistas de diferentes disciplinas –no siempre en armonía– en torno al estudio y la enseñanza sobre diferentes áreas del mundo, entre ellas América Latina. Ese auge tenía menos que ver con la academia que con las políticas internacionales del norte durante la Guerra Fría, en particular en los Estados Unidos, donde varias agencias estatales y fundaciones privadas fomentaron activamente esa organización institucional para la construcción y difusión del conocimiento. Su influencia fue decisiva en la promoción de los estudios latinoamericanos, en cuyos marcos se desarrolló una historiografía que compartía el objeto de estudio.

En una nota más personal, pero que estoy segura reconocerán como propia unos cuantos colegas, recuerdo que me sorprendí cuando, al llegar a Londres como estudiante de doctorado, segura en mi definición de aspirante a historiadora sin más, me encontré incluida en una categoría que para mí era hasta entonces desconocida, la de “latinamericanista”. El problema no era solo de nomenclatura: nunca hasta entonces había pensado mi campo de interés en esa escala, a la vez ampliada y reducida: ampliada a toda la región pero reducida a esa región. Mi preocupación entonces era el proceso de acumulación capitalista en la Argentina, con foco en el agro pampeano, lo que me impulsó a buscar y establecer comparaciones con otras regiones del mundo, incluyendo algunos otros países de América Latina, pero sin darle especificidad latinoamericana. Esa tarea quedaba, según entendía yo las prácticas de la época, para los científicos sociales...

En un momento en que la historia buscaba en las ciencias sociales modelos de causalidad fuerte y métodos para el estudio de las estructuras que se consideraban determinantes delvenir social, la mayor parte de los historiadores del sur que entonces insertábamos nuestra disciplina en esa área científica seguíamos focalizados en lo particular y en el pasado que podríamos denominar, laxamente, “nacional” (volveré sobre este último punto). Solo desde allí, como ya dije, eventualmente y al calor de los cambios político-ideológicos del momento, se buscaban conexiones y se trazaban comparaciones para hablar de América Latina.

De ahí el impacto que recibíamos al encontrarnos con la “historia latinoamericana”, campo en que se presuponía una totalidad a partir de la cual se partía para atender los casos particulares.

En los años 90 ese panorama fue sacudido por la crisis de los “area studies” –sobre todo pero no únicamente en los Estados Unidos–. Antes que el resultado de algún cuestionamiento intelectual o académico, esta crisis tuvo su origen en las nuevas políticas institucionales que vieron la luz con la conclusión de la Guerra Fría, y que se tradujeron en un radical recorte de los fondos y los proyectos para los estudios de área. Las prioridades pasaron a ser otras; el mundo se tornaba “global”. Este giro inicialmente despertó una reacción fuerte de parte de estudiosos hasta entonces ubicados en aquel espacio, que defendieron intelectual e institucio-

nalmente su territorio. Esta resistencia tuvo en las Humanidades (entre ellas, la historia) su foco principal, mientras que en los ámbitos de la sociología, la economía y las ciencias políticas se reafirmaban, en cambio, propuestas teóricas y metodológicas que renegaban de las concepciones que habían alimentado los area studies, y privilegiaban otras formas de conocimiento. Para ellos, el objeto América Latina carecía de relevancia de cara a los análisis de tipo teórico o, en el terreno empírico, los destinados a corroborar, en diferentes períodos y lugares –preferentemente muy diferentes entre sí–, las teorías entonces en boga, como el “rational choice” o el neo-institucionalismo. No se consideraba necesario, para ese ejercicio, conocer en detalle cada caso elegido, ni incorporar bibliografía en diferentes idiomas, pues se cruzaban variables muy generales, supuestamente disponibles en publicaciones escritas, sobre todo, en inglés.

Estos movimientos no desembocaron, sin embargo, en la desaparición de los programas, institutos o posgrados “latinoamericanistas”, sino en una relativa marginación institucional y en una reducción de su cobertura disciplinaria. La historia como disciplina pasó a ocupar, en ese sentido, un lugar destacado en ese nuevo contexto reducido y la historia latinoamericana mantuvo su vigencia por algún tiempo más. Pero también allí llegarían los aires de cambio de la mano de la globalización y darían paso al tercer momento, el que llamo “Latinoamérica en la historia”, y que afecta tanto al norte como al sur, aunque de distintas maneras, como intentaré mostrar a continuación.

Latinoamérica en la historia

En el transcurso de este año, me tocó participar de dos reuniones convocadas por colegas del norte: la primera, en los Estados Unidos, llevaba por título “American Civil Wars. The Entangled Histories of the United States, Latina America, and Europe”, y la segunda, en España, “Federalismos. Europa del Sur y América Latina en perspectiva histórica”. Si bien hubo ocasiones anteriores en que asistí a reuniones donde se combinaban presentaciones de diversas regiones del mundo, nunca la enunciación fue tan clara como ahora. América Latina aparece aquí como una región entre otras, en paralelo con otras –¡al menos en el título!–. Y parece entrar en la Historia del mundo ya no como lo otro sino como una parte. ¿Será así?

¿Qué está pasando? No es fácil trazar un mapa de situación, así que procederé por partes. No me queda más remedio, entonces, que empezar por la historia global (a pesar de mi inicial resistencia a hablar de ese tema). Y voy a hacerlo de manera muy elemental, refiriéndome a algunos rasgos básicos y conocidos pero que sirven de punto de partida. Como sabemos, no hay una definición universalmente aceptada de ese término, que se utiliza genéricamente para hacer referencia a un conjunto de aproximaciones diferentes al pasado (que llevan distintos nombres y conviven y compiten entre sí con bastante entusiasmo). Todas ellas tienen, sin embargo, un denominador común: la crítica a las *historias nacionales*, que focalizan su mirada dentro de las fronteras de cada país o de otros espacios sociopolíticos o culturales específicos. Proponen, en cambio, una redefinición de los marcos y las escalas espaciales y temporales de indagación. En el conjunto de enfoques que reconocen esta perspectiva, se distinguen dos orientaciones principales. Por una parte, la que se impone trascender las fronteras políticas y territoriales de “sociedades” consideradas singulares para atender a procesos más abarcadores, idealmente globales o mundiales; por otra parte, la que apunta a los intercambios, flujos, transferencias y conexiones entre sociedades diversas, esto es, transnacionales. En sus versiones más atractivas,

estas dos vertientes no reniegan de las historias más acotadas, sino que se proponen atender a diferentes escalas de observación y análisis.

No estamos ante problemas estrictamente nuevos, pues desde los orígenes mismos de la disciplina no han faltado los intentos de escribir historias universales, así como de dar cuenta de las articulaciones de diversa índole entre distintas partes del mundo. Lo novedoso reside en dos factores que han potenciado la vigencia de estas propuestas. Primero, ante un mundo que se globaliza aceleradamente y en el que, sobre todo, circulan ideologías de globalización, interrogarse sobre ese proceso ha puesto en primer plano la cuestión de las escalas espaciales y temporales de indagación. Segundo, la propia disciplina ha experimentado una intensificación de los intercambios e interconexiones, que ha reforzado la influencia de las historiografías que se practican en los países centrales, lo que llevó a una relativamente rápida expansión de la historia global. En esta materia, la prédica en pos de no replicar las viejas formas de la “historia universal” –caracterizada por un eurocentrismo hoy objeto de fuertes críticas– no ha implicado, sin embargo, el fin de las hegemonías a la hora de construir conocimiento. Y si bien en América Latina existen precedentes en materia de aproximaciones globales o transnacionales al pasado, la nueva ola proviene, en este caso, de los centros académicos del Norte.

Esta situación ha llevado a cambiar parcialmente las coordenadas con las que se abordaba la historia latinoamericana en las universidades de los países centrales. Es cierto que el mandato de globalizar lleva, en un punto, a impugnar el recorte que presupone una unidad de sentido para un territorio autocontenido, de fronteras previamente definidas (ya no solo “nacionales”) como, por ejemplo, América Latina. Kenneth Pomeranz, en un artículo reciente donde hace agudas observaciones sobre los problemas que se le plantean a la disciplina en esta era “menos nacional”, como él la llama, se refiere a esta cuestión. Traduzco sus palabras: “una respuesta efectiva a la llamada ‘globalización’ no es simplemente descartar unidades toda vez que descubrimos que no son totalidades autocontenido, sino atender a cómo se hicieron y rehicieron, y preguntarse para qué son o no son útiles –como unidades analíticas para nosotros y en tanto unidades frecuentemente ‘naturalizadas’ que se usan para movilizar recursos en proyectos del ‘mundo real’–”. Su interés radica en el Este asiático, pero sus argumentos pueden extenderse a otras áreas, como la que aquí nos ocupa. Encuentra que hoy es aun más pertinente que antes considerar aquella región como una unidad a los efectos de la reflexión y el análisis, pues en las últimas décadas y no obstante los procesos concretos de globalización que, dice, supuestamente trascienden las regiones, el Este de Asia ha mostrado un incremento notable de las interconexiones y las tramas de relación entre los países que la constituyen. La región de hoy no es la misma que la de hace treinta años, lo que implica, además, que estamos frente a un producto histórico que cambia, se rehace y redefine, pero que puede seguir entendiéndose como una unidad de análisis, en una escala diferente a la vez de la nacional y de la global.

Pomeranz argumenta así contra algunas tendencias que se resisten a enfoques que no sean los estrictamente globales. Frente a las propuestas más radicales, encontramos que la mayor parte de los antiguos latinoamericanistas buscan inscribirse en las nuevas orientaciones pero sin abandonar su lugar de referencia, ya sea a través de planteos que sintonizan con los de Pomeranz, y que siguen pensando en América Latina otorgándole alguna unidad de sentido, ya por medio de abordajes que refieren a la segunda veta de la revolución global, la que remite a lo transnacional en alguna de sus variantes.

Si estas son las discusiones que atraviesan a la academia en el Norte, donde la historia global se ha convertido no solo en una moda, sino en un mandato imperativo (so pena de perder

influencias institucionales y apoyos materiales), ¿qué ocurre en América Latina? En la mayor parte de nuestros países, esta ola ha llegado de afuera y solo recientemente ha entrado en la agenda académica. No porque la historiografía se mantenga aferrada teóricamente a las historias nacionales en sentido estricto, sino porque los cuestionamientos a estas siguieron otros derroteros y se manifestaron de otras maneras. Hace un año Sergio Serulnikof y Andrea Lluch organizaron, en Buenos Aires, una reunión sobre “Latinoamérica y los enfoques globales”, de la que participaron historiadores de la región especializados en diferentes campos invitados para explorar la relación de sus propios trabajos con la perspectiva ahora en boga y para reflexionar sobre el impacto y el potencial de la misma para la historia de América Latina. Esa convocatoria partía de la constatación de que la historia global en sus versiones más duras prácticamente no tenía cultores entre nosotros, pero que era posible y deseable establecer un diálogo entre nuestras prácticas y los enfoques vigentes con mayor fuerza en el Norte. El resultado de este encuentro fue muy iluminador, porque mostró hasta qué punto, sin hacer profesión de fe global o transnacional, la mayoría hacía rato se había desmarcado de los encuadres nacionales más tradicionales, y sobre todo, incorporaba, en sus trabajos, miradas e interrogantes inscriptos en otras escalas.

Vuelvo, entonces, a la historia de América Latina en ese contexto. En lo que sigue, mis observaciones van a estar seguramente sesgadas por mi propia especialización en el campo de la historia política, aunque creo no equivocarme si supongo que en este terreno hay tendencias compartidas con otras zonas de la disciplina. La historiografía reciente muestra, en general, un cambio notable respecto tanto a la tradición de las historias nacionales como a las concepciones latinoamericanistas mencionadas antes y que florecieron en las décadas de 1960 y 1970. Unas y otras, por cierto, marcadas por un esencialismo ahora bajo crítica. El punto de partida sigue siendo preferentemente nacional (o sub-nacional), pero desde allí se han ido generando espacios de interlocución y debate de mayor alcance: en primer lugar, de proyección latinoamericana, pero también para incluir, según el tema de que se trate, a otros espacios sociales y geográficos, como por ejemplo, las ex metrópolis imperiales (España y Portugal), América en su conjunto, el mundo atlántico, etc. Este giro ha implicado no solamente la adopción de una mirada comparativa en los estudios locales y el establecimiento de un diálogo intenso con otras historiografías, sino también la consideración de temas “nacionales” como parte de conjuntos más abarcadores que cruzan las actuales fronteras. El parámetro nacional no refiere ya a una unidad autocontenido, origen y destino de la historia, sino más bien al punto de observación actual del historiador nacionalmente situado, que formula y organiza sus preguntas desde ese presente localizado, pero no aislado. Volveré sobre esto.

Ese movimiento es el resultado de factores muy diversos en buena medida compartidos con otras regiones. Por cierto que la autonomización de la historia como disciplina respecto a las que fueron sus obligaciones identitarias asociadas a la formación y consolidación de los Estados-nación durante el siglo XIX y parte del XX ha tenido un lugar central en la puesta en cuestión de los marcos interpretativos nacionales. También los fenómenos de globalización del “mundo real” han incidido decisivamente en la apertura a nuevas preguntas, y en el caso de América Latina se podría pensar que la mayor intensidad en los intercambios económicos, políticos y culturales de las últimas décadas entre los países de la región estimula a los historiadores a ampliar sus marcos de referencia. Más que esa influencia “externa”, sin embargo, tengo la impresión de que ha sido el propio desarrollo institucional de la disciplina lo que ha contribuido a romper las fronteras de indagación. En la mayor parte de los países latinoameri-

canos, en los últimos treinta años ha tenido lugar un cambio importante en las condiciones de producción historiográfica. Se ha afirmado y ampliado el campo académico, donde se investiga cada vez más, se publican y circulan trabajos de todo tipo, se crean carreras de posgrado y se multiplican los títulos, se organizan encuentros, se dan becas y subsidios, etc., etc. El resultado ha sido un crecimiento del output historiográfico que, si lo midiéramos, seguramente resultaría exponencial. Al mismo tiempo, junto a ese desarrollo se observa una sostenida circulación de estudiosos y de sus producciones entre países, así como el trazado de redes de relación institucional y articulación de proyectos, todo lo cual ha llevado a la formación de una comunidad científica que no reconoce las antiguas fronteras. Esa apertura no se limita a los intercambios entre latinoamericanos pero, a diferencia de las épocas en que la referencia externa eran casi exclusivamente las universidades de los Estados Unidos y de Europa, desde donde, en todo caso, se triangulaba con América Latina, en los últimos tiempos se observa un reconocimiento cada vez mayor de interlocutores de la propia región. Esta densidad en los intercambios ha des provincializado la profesión, pero ello no necesariamente implica un redireccionamiento de la historia nacional a otra latinoamericana, sino formas diferentes de pensar los problemas, en cualquier escala que ellos se planteen.

Basta revisar el programa de este congreso para ver hasta qué punto la mayor parte de los trabajos siguen teniendo anclajes que en primera instancia podríamos llamar “nacionales”. Me explico: hice el ejercicio de revisar los títulos de las ponencias de todos los simposios como una forma de aproximarme a los abordajes vigentes. Es cierto que los títulos pueden no reflejar contenidos, pero son un indicador, sobre todo en un congreso cuya convocatoria exigía esforzarse por insertarse en el debate global/transnacional. Los organizadores y los participantes, en su gran mayoría latinoamericanos, respondieron de manera interesante. Por una parte, un importante número de sesiones se abocan, explícitamente, a cuestiones que suponen interconexiones transnacionales: hay varias sobre migración en sus diferentes formas (inmigración, diásporas, exilios); otras tantas sobre circulación y flujos de otro tipo: saberes, mercancías, personas, ideas, instituciones, discursos, etc., etc. Las ponencias incorporan casi siempre una fuerte referencia “nacional” o local, pues en muchos casos se trata de flujos “desde” y “hacia” un país o lugar determinado (por ejemplo, inmigración polaca al Brasil o viajeros en el Perú). La dimensión latinoamericana solo se hace presente en la coexistencia de trabajos sobre diferentes países de la región, y a veces por la comparación explícita entre dos o más de ellos.

Por otro lado, la mayor parte de los simposios proponen temas variados, que no necesariamente implican una perspectiva transnacional y mucho menos global, con predominio de ponencias referidas a casos particulares (en general, con anclaje “nacional”: como por ejemplo fiscalidad en México o planificación familiar en Guatemala o la niñez en el norte de la Patagonia, y así siguiendo). En este caso, el escenario es de comparación más que de cambio de escala, comparación que en algunos simposios se despliega explícitamente en sus ponencias y en otros está implícita, en el marco de una agenda de temas que sí es compartida y refleja el clima de intercambio al que me referí más arriba. Finalmente, un reducido número de trabajos incluyen en su título a Latinoamérica como conjunto, o alguna referencia a la escala global propiamente dicha.

Este breve recorrido no tiene por objeto mostrar que todo sigue igual, que seguimos haciendo historias nacionales como siempre, o cualquier otra afirmación general por el estilo. Estoy convencida de que este congreso mostró novedades en la agenda, y no solo por su título, ni porque estemos necesariamente haciendo historia global de América Latina. Me parece que la innovación viene por el lado de una disposición compartida a interrogar las fronteras temá-

ticas, espaciales y temporales de nuestra disciplina. En ese marco, y para terminar, quisiera ensayar algunas reflexiones sobre el lugar que siguen manteniendo las historias nacionales en esta era de desacople entre historia e identidad nacional, historiadores y Estado, y sobre los desafíos que se presentan cuando buscamos articular diferentes escalas de análisis, para así volver, finalmente, a la historia de América Latina.

Historias “nacionales”

La historia como disciplina tuvo un papel central en la consolidación de los Estados-nación, y por muchas décadas afirmó su lugar y su poder a partir de su capacidad para inventar historias nacionales que contribuyeron a definir identidades. Esa colocación ha variado de manera sustantiva, y, desde hace ya varias décadas, la historia se ha desgajado de ese papel; en consecuencia, ha ganado autonomía a la vez que ha perdido poder. Han sido, paradójicamente, los propios historiadores quienes han contribuido de manera más sistemática a deconstruir intelectualmente el artefacto Estado-nación y a revelar el rol que la historia como disciplina tuvo en su conformación. Este proceso ha contribuido a abrir el pasado a apropiaciones e interpretaciones diversas, en particular en los procesos de construcción de identidades colectivas, ahora no solo nacionales.

Este proceso de autonomización de la historia ha inducido importantes cambios en la disciplina, y en lo que nos atañe aquí, ha desdibujado las referencias nacionales que durante mucho tiempo constituyeron presupuestos fuertes de la producción historiográfica. Sin embargo, como vemos, buena parte de las historias que se escriben en nuestros días mantienen su inscripción nacional –esto es, se escribe historia de las mujeres, los inmigrantes, las finanzas o los partidos políticos en México, Perú, Brasil, Argentina...– y que aun cuando se trabaja en escalas menores –locales, regionales– la referencia a la nacional es recurrente. Esta inscripción no resulta apenas una rémora, un obstáculo de etapas anteriores destinado a desaparecer, sino que remite tanto al objeto mismo de estudio como a las formas de producción y difusión historiográfica, a las tradiciones del campo y al lugar que la disciplina ocupa en el debate público.

En cuanto al objeto mismo de estudio, las naciones son artefactos relativamente recientes en la historia humana y en particular lo son en América Latina. ¿Qué sentido tiene, entonces, referir al pasado presuponiendo el punto de llegada, contingente por cierto, de la formación nacional? Pero aun para los tiempos nacionales, ¿qué posibilidad hay de dar sentido a cualquier proceso sin atender a ese carácter contingente, inestable y poroso de las naciones? Todo esto es sabido y es lo que ha contribuido a otorgar vigencia a las propuestas globales y transnacionales. Al mismo tiempo, sin embargo, las naciones existen y es poco probable que desaparezcan pronto. Como bien señala Tom Bender –en un libro ejemplar de una historia de los Estados Unidos que trasciende espacial y temporalmente la dimensión nacional–, la nación continua y debe continuar siendo un objeto central de la investigación histórica; la nación, agrego yo, no como una unidad auto contenida cuyo punto de consagración se alcanzó con la consolidación estatal, hacia la cual y desde la cual se organiza el pasado, sino como una más de las formas de organización social humana. Al mismo tiempo, esa forma sigue hoy muy vigente, superpuesta a otras pero no por ello menos verdadera. Y su eficacia se hace visible en nuestra propia práctica disciplinar: la historiografía puede no reconocer fronteras, pero los historiadores estamos en buena medida nacionalmente situados.

En efecto, los historiadores seguimos insertos en estructuras institucionales con base nacional: universidades, instituciones de enseñanza y sistemas científicos de producción y evaluación, entre otros, sobre todo en América Latina. Hay algunas novedades en ese terreno, pero no tantas. Por su parte, nuestro trabajo ya no depende únicamente de la documentación oficial, pero sigue apoyándose sobre materiales generados y sobre todo puestos en valor y en circulación pública por instituciones estatales (archivos, bibliotecas, etc.) o que se reconocen como “nacionales”. En el seno de la profesión, por su parte, si bien la internacionalización es creciente, las tradiciones historiográficas locales pesan en el diálogo que establece cada uno de nosotros con sus antecesores y con sus contemporáneos. Finalmente, gran parte de las preocupaciones que nos motivan están referidas a nuestro universo más inmediato de referencia, y el país donde cada uno ejerce su oficio ocupa en ese sentido un lugar central, aunque no exclusivo, por cierto. Esta situación se potencia por el papel que el pasado nacional ocupa en los debates públicos, sobre todo en los países latinoamericanos, donde ese pasado –el reciente pero también el más remoto, anterior a la era de las naciones– tiene una vigencia pública y política que en otras sociedades no se manifiesta con la misma intensidad o se reserva para algunas cuestiones específicas de gran trascendencia, como el nazismo en Alemania o la esclavitud en los Estados Unidos.

De esta manera, el “hacer historia” tiene fuertes anclajes en estructuras, representaciones y prácticas relacionadas con lo nacional. Al mismo tiempo, existe el desafío ya bien instalado en la profesión de trascender esos límites, lo que –opino– no debería convertirse en un nuevo mandato excluyente que busque desgajar el ejercicio de la disciplina de contextos que sirven, con frecuencia, para enriquecer y dar sentido a la práctica del historiador. ¿Cómo trascender esos límites y a la vez mantener la tensión creativa con el horizonte nacional que sigue vigente?

Sin pecar de optimismo excesivo, creo que eso es lo que está ocurriendo en parte de la historiografía de América Latina, que no se ha lanzado a escribir la historia del subcontinente sino a ampliar su horizonte de interrogantes y de indagación, lo que está llevando, me parece, a pasar de las miradas comparativas a la articulación de problemas en diferentes escalas. La percepción de que los fenómenos locales forman parte de historias más amplias no debería llevarnos a pensar que solo los estudios en escala mayor tienen sentido. No se trata de que todos nos dediquemos a indagar a Latinoamérica como un todo, o lo que sea, sino más sencillamente de no tomar el marco nacional como límite de indagación o punto de partida y de llegada inamovible. Tampoco América Latina, una representación cultural tan contingente como cada una de sus naciones.

En ese sentido, quisiera plantear algo así como un juego de escalas, en que cada investigación pueda enfocar niveles espaciales y temporales diferentes, según la índole del problema a explorar y los interrogantes que guíen al historiador, pero a la vez se inscriba en un campo problemático que incorpore también otras escalas de observación y análisis. Esta formulación no encierra novedad alguna, pues es lo que siempre ha hecho la buena historiografía. Lo nuevo quizás sea, en este campo, la exigencia que hoy se impone a cada uno de nosotros de atender a las interconexiones e interrelaciones más allá de la escala elegida.

Esta posibilidad presenta, sin embargo, dificultades concretas en materia metodológica, ya señaladas en los debates recientes sobre el tema y que aquí apenas sintetizo con la metáfora que utiliza Pomeranz en el artículo ya citado cuando señala que “diferentes escalas históricas no anidan prolíjamente una dentro de la otra, como muñecas rusas...”. En ese sentido, me gustaría insistir en lo que ya han remarcado otros estudiosos y que resumo en dos propuestas

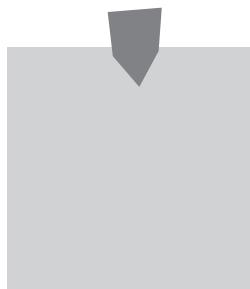
muy generales para nuestra labor: incorporar la “historia global” como una perspectiva que resulta insoslayable, en la medida en que pensemos cada problema (acotado o ampliado, singular o compartido) en su inserción en un marco espacial, temporal y temático que lo excede; al mismo tiempo, evitar que este posicionamiento se convierta en un imperativo teórico o metodológico, que nos fuerce a atender exclusivamente a aquellos temas que se consideran de índole “global” o transnacional, o –en su versión teleológica– a rastrear en el pasado los caminos hacia la globalización (o sus obstáculos) como en otros tiempos lo hicimos en relación con la modernización o el desarrollo de las fuerzas productivas. Tampoco a forzar nuestros temas para que encajen en esos parámetros y reemplazar la ideología nacionalista que presidió por décadas el trabajo de los historiadores por una ideología de la globalización.

En ese marco, quisiera, para terminar, subrayar la productividad de pensar América Latina como parte del mundo y no en sus márgenes, pero a la vez sin esencializarla y sin disolverla necesariamente en el gran magma de lo global. La intensificación de la producción y el intercambio de las últimas décadas nos habilita a hablar de un campo historiográfico específico, cuyo objeto de indagación es una región particular del mundo en el que se dibujaron y se siguen dibujando y redefiniendo historias nacionales y locales conectadas entre sí y con el resto del planeta, no solo en el mundo real sino también en la imaginación de nosotros, sus historiadores. □

Dossier

20 años de historia intelectual

Jornada por el aniversario
del Centro de Historia Intelectual
La historia intelectual hoy: itinerarios
latinoamericanos y diálogos transatlánticos
Oscar Terán, en busca de la ideología
argentina y latinoamericana



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 19 / 2015

El 25 de noviembre de 2014, en el IDES de Buenos Aires, se realizó la Jornada “20 años de historia intelectual” en celebración del aniversario del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes. La Jornada consistió en dos mesas temáticas: “La historia intelectual hoy: itinerarios latinoamericanos y diálogos transatlánticos”, con la participación de André Botelho, Andrés Kozel y Jorge Myers; y “Oscar Terán, en busca de la ideología argentina y latinoamericana”, con la participación de Alejandra Laera, Paula Bruno, Martín Bergel y Sebastián Carassai. El dossier reproduce los trabajos de los siete autores, oportunamente corregidos para esta edición.

Presentación

Adrián Gorelik

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

En 2014 se cumplieron 20 años desde que Oscar Terán creara en la Universidad Nacional de Quilmes un programa de investigación sobre “Historia de las ideas y análisis cultural”. Reunía en Quilmes como grupo de investigación estable los esfuerzos dispersos que venía realizando en la Universidad de Buenos Aires, donde dirigía la Cátedra de Pensamiento Argentino y el Seminario de Historia de las ideas, los intelectuales y la cultura del Instituto Ravignani. A poco de andar, el grupo se bautizó como Programa de Historia Intelectual –bajo la inspiración de Carlos Altamirano– y comenzó a editar esta revista, *Prismas*, cuyo primer número se dedicó a reproducir el primer encuentro organizado por el Programa ya en 1995 (“Ideas, intelectuales y cultura. Problemas argentinos y perspectiva latinoamericana”). En estas pocas líneas está contenida de alguna manera toda la historia del grupo hasta hoy.

En primer lugar, se nombra a sus dos líderes intelectuales. Oscar Terán, de cuyo fallecimiento se cumplieron ya 7 años, y a cuya obra se dedicó la segunda mesa de la Jornada aniversario que se reproduce en este dossier, organizada bajo la convicción de que ya no es tiempo de homenajes o, mejor, que empezó el tiempo del mejor homenaje posible: la discusión de una obra que sigue bien viva entre nosotros. Y Carlos Altamirano, quien aunque no

ocupa ya formalmente el cargo de director del grupo (que desde hace tres años se convirtió en Centro de Historia Intelectual) sigue siendo sin duda su principal referente e inspirador.

En segundo lugar, la aparición del nombre que definió el campo de problemas: la historia intelectual, a cuya actualidad se dedicó la primera mesa de la Jornada aniversario que reproducimos aquí. ¿Por qué se llegó a ese nombre, “historia intelectual”? No voy a extenderme en lo que es el tema de esa parte del dossier; simplemente quiero señalar que –al menos según mi recuerdo de las conversaciones que tuvimos entonces– ese nombre no fue elegido tanto para trazar una vinculación con la tradición anglosajona en la que la “Intellectual History” –como muestra Jorge Myers en su texto– tiene una larga historia, como porque gracias a la lejanía respecto de ella podía funcionar entre nosotros como un recipiente vacío, capaz de abrir un nuevo capítulo que pudiera ir siendo llenado con los modos plurales y heterodoxos con que siempre concebimos esa práctica, despegándonos –aunque no excluyéramos a priori todas sus problemáticas y formas de aproximación– de los modos tradicionales con que se había practicado en América Latina la historia de las ideas o la historia cultural. Esto nos permitía incluir en nuestra práctica tanto la dimensión simbólica de la vida social como la historia de las élites culturales; entender las

ideas, los intelectuales y la cultura siempre mezclados con la vida política y social, y la historia, con la teoría y la crítica; ampliar la definición de intelectuales y también los modos de estudiar los soportes materiales de su práctica; en definitiva, precisar una perspectiva de análisis atenta tanto a los lenguajes en que se expresa la vida intelectual como a sus condiciones histórico-sociales, institucionales y materiales. Por eso, más que como una “disciplina”, siempre me pareció más rico pensar la historia intelectual a través de la metáfora con que Anthony Grafton la define: como “una zona sísmica donde las placas tectónicas disciplinares convergen y se entrecocan, produciendo ruidos de todo tipo”.¹

En tercer lugar, finalmente, la definición de las herramientas con que ese programa iba a ser desarrollado: la revista *Prismas*, como plataforma de experimentación y de proyección del trabajo de investigación; y los encuentros temáticos, como método de elaboración colectiva y como forma de creación de un campo de debate latinoamericano. Con ellas, el grupo fue trazando alianzas estratégicas con colegas e instituciones de América Latina y, en el caso de la Argentina, especialmente con dos instituciones: el Programa de Historia y Antropología de la Cultura (IDACOR, UNC-CONICET), de Córdoba, con el que desde 2008 se co-organiza bienalmente el Taller de Historia Intelectual; y el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Iz-

quierda en la Argentina (CEDINCI/UNSAM), con el que se co-organizó en noviembre de 2014 el IIº Congreso de Historia Intelectual de América Latina. Todo posible, vale aclarar, gracias al apoyo institucional recibido durante estos años de la Universidad Nacional de Quilmes, en primer lugar, pero también de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, que ha financiado varios proyectos de investigación del grupo, y del CONICET, que además de financiar proyectos, ha posibilitado la incorporación de jóvenes investigadores y becarios que son quienes están garantizando hoy la continuidad de este proyecto.

Sirvan estas breves líneas para mencionar algo de la historia del Centro de Historia Intelectual, ya que las dos mesas que organizamos para celebrar sus 20 años, y que reproducimos en este *dossier*, no tratan de ella. La primera mesa, con la participación de André Botelho, Andrés Kozel y Jorge Myers, se tituló “La historia intelectual hoy: itinerarios latinoamericanos y diálogos transatlánticos”, con el objetivo de presentar al debate algunos de los desarrollos diferenciados de este amplio campo problemático. La segunda mesa, con la participación de Alejandra Laera, Paula Bruno, Martín Bergel y Sebastián Carassai, se tituló “Oscar Terán, en busca de la ideología argentina y latinoamericana”, y se propuso el análisis crítico de la obra de nuestro fundador ordenada de acuerdo a los episodios históricos en los que hizo sus principales aportes: el romanticismo, la cultura científica del cambio de siglo, Mariátegui, los años sesenta. Los trabajos que publicamos tienen como base las presentaciones en la Jornada, pero han sido preparados especialmente para este *dossier*. □

¹ Cf. Anthony Grafton, “La historia de las ideas: Preceptos y prácticas, 1950-2000 y más allá”, *Prismas*, n° 11, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2007.

*Un programa fuerte para el pensamiento social brasileño**

André Botelho

Universidade Federal do Rio de Janeiro

Desde la década de 1990 el pensamiento social brasileño ha alcanzado un alto grado de consolidación como área de investigación, sobre todo en el ámbito de las ciencias sociales, pero también en el de la historia. Así lo muestran, entre otros datos, los balances realizados sobre su producción en libros, su emergencia como campo problemático que entrelaza diferentes generaciones en la formulación de una perspectiva teórico-metodológica, o su presencia, como área de concentración, en instituciones de investigación y educación, además de la producción creciente de tesis de doctorado en ciencias sociales.

Significativamente, los balances de la producción de los años 1990 realizados por Sergio Miceli y Lúcia Lippi Oliveira, dos de los principales artífices del área de investigación, integran el mismo proyecto editorial, “O que ler na ciência social brasileira (1970-1995)”, publicado en 1999 por la Asociación Nacio-

nal de Investigación y Posgrado en Ciencias Sociales (ANPOCS). Más aun, desde entonces el pensamiento social brasileño ha sido incluido en todos los proyectos editoriales de la ANPOCS que relevan la producción de las áreas de investigación más importantes de las ciencias sociales brasileñas.¹ Otra característica común en la producción relevada es que, en su mayoría, se desarrolló en la forma de tesis de doctorado en instituciones de educación e investigación, otro indicador fuerte de la consolidación del área.

Y lo que resulta en particular interesante en esos balances es que, aun cuando virtualmente se trate del mismo universo intelectual y empírico, realizan recortes tan distintos sobre la producción que, al fin y al cabo, parecen crear objetos también distintos para el área de investigación. En su balance, Lúcia Lippi privilegia los trabajos sobre las “interpretaciones del Brasil” y señala en un conjunto importante de ellos la influencia de tra-

* Agradezco a los colegas del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes y a su director, Adrián Gorelik. En la jornada conmemorativa de los 20 años de ese Centro se presentó y discutió una primera versión de este trabajo. Agradezco también a Antônio Brasil Jr., Elide Rugai Bastos, Lília Moritz Schwarcz y Nísia Trindade Lima por el diálogo en torno de las cuestiones presentadas en el texto; cabe además un agradecimiento especial a Antônio por su colaboración en la recolección de los datos de la Biblioteca Virtual del Pensamiento Social (BVPS). Traducción al castellano: Ada Solaro.

¹ Véase Elide Rugai Bastos, “Pensamento social da Escola Sociológica Paulista”, en Sergio Miceli (org.), *O que ler na ciência social brasileira (1970-1995)*, 2^a ed., San Pablo, Editora Sumaré/ANPOCS; Brasilia, DF, CAPES, 1999; Elide Rugai Bastos y André Botelho, “Horizontes das Ciências Sociais: Pensamento social brasileiro”, en Carlos Benedito Martins y Heloisa Helena T. de Souza Martins (orgs.), *Horizontes das ciências sociais no Brasil*, 1^a ed., San Pablo, ANPOCS, 2010, vol. 1.

bajos de Wanderley Guilherme dos Santos de fines de los años 1970, que habrían sido particularmente influyentes al distinguir las matrices “ideológica”, “institucional” y “sociológica” sin por ello proponer que estas debieran ser asumidas de modo disyuntivo en la investigación del pensamiento social. Este sería el caso, sugiere la autora, de las investigaciones realizadas en las décadas de 1980 y 1990 en el Centro de Investigaciones y Documentación de Historia Contemporánea del Brasil (CPDOC) de la Fundación Getúlio Vargas.²

Eje en el recorte del balance que realiza Sergio Miceli son los estudios sobre “intelectuales brasileños”, también llevados a cabo entre los años 1980 y 1990, especialmente aquellos que, según el autor, “más contribuyeron a moldear el espacio de debates y explicaciones”. La confrontación entre estos estudios permitiría, según Miceli, constatar dos tendencias metodológicas principales: por un lado, un énfasis en la “morfología” y la “composición interna del campo intelectual, sus instituciones y organizaciones, el peso relativo de la categoría de los intelectuales en el interior de los grupos dirigentes”; por otro lado, el énfasis en las “modalidades de su contribución para el trabajo cultural y político”. En ese universo, sería posible distinguir, según el autor, tres “modelos” orientadores de las investigaciones: “el argumento sociológico con tintes culturalistas, de mi autoría”, “el argumento doctrinario-politicista, formulado por el sociólogo francés y latinoamericano Daniel Pécaut”, y “el argumento organizacional e institucionalista, concebido por el sociólogo brasileño Simon Schwartzman”. A partir de esos modelos el autor comenta algunos de los libros entonces recién publicados: *Guardiões da razão: modernistas mineiros* (1994), de Helena Bomeny; *História*

e historiadores: a política cultural do Estado Novo (1996), de Angela de Castro Gomes; *Projeto e missão: o movimento folclórico brasileiro* (1997), de Luís Rodolfo Vilhena, y *Destinos mistos: os críticos do grupo Clima em São Paulo* (1998), de Heloisa Pontes.³

Considerados desde el punto de vista teórico-metodológico, esos balances de fines de los años 1990 muestran la centralidad del debate entre el partido “textualista” y el “contextualista”, que prácticamente dividían el área de investigación en dos, aun cuando no sea posible atribuir pertenencias generacionales, geográficas y/o institucionales tan claras a cada una de esas orientaciones intelectuales.⁴ Exagerando un poco podríamos decir que los años 1990 parecían concluir respecto del pensamiento social con la pregunta sobre su propio objeto de investigación: ¿“intelectuales” o “interpretaciones del Brasil”? Aun cuando la disyuntiva haya en parte permanecido y aún integre el debate actual, a partir de los años 2000 la dualidad “textualistas” o “contextualistas” pasó a ser cada vez más cuestionada. Y la búsqueda de respuestas más integradas pasó a ocupar el centro de la agenda teórico-metodológica del pensamiento social como área de investigación, acompañando, por lo demás, tendencias más amplias en el ámbito internacional de la sociología de la cultura.⁵

Por cierto, esos balances no pueden comprender todas las posiciones entonces en juego. En realidad, el interés de ese tipo de material reside menos en el efecto de verosimilitud pretendido que en sus límites. Lo que nos interesa es la precariedad con la que inevitablemente operan sus demarcaciones, así como su tenden-

³ Sergio Miceli, “Intelectuais brasileiros”, en Miceli, *O que ler, op. cit.*, pp. 109-110.

⁴ Cf. Heloisa Pontes, “Círculo de intelectuais e experiência social”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 12, no. 34, San Pablo, ANPOCS, 1997.

⁵ Véase al respecto Bastos y Botelho, *Horizontes das Ciências Sociais..., op. cit.*

² Lucia Lippi Oliveira, “Interpretações sobre o Brasil”, en Miceli, *O que ler, op. cit.*, p. 155.

cia a ofrecer procedimientos estabilizadores y cánones muy parciales, que implican, potencialmente, la exclusión de propuestas marginales respecto de los grupos que organizaron las revisiones. No se trata de señalar necesariamente la teoría más sofisticada o de juzgar de alguna forma las posiciones en juego, sino precisamente de captar tendencias y, sobre todo, la formación de rutinas en un campo de debates dentro de un área de investigación que de ese modo se va configurando y transformando.

Con esas consideraciones en vista, en este ensayo presentaré algunas cuestiones sobre la discusión actual respecto del pensamiento social brasileño como área de investigación. Como la producción del área creció muchísimo en los últimos treinta años, rehacer balances bibliográficos abarcadores se volvió una tarea aun más arriesgada, y se requiere mucho espacio para mínimamente mostrar la pluralidad y la diversidad de abordajes, temas y cuestiones actuales. Desafíos de este tipo han producido recortes que no siempre dan una idea de conjunto integrada del área, como cuando, anteriormente, invitados a hacer el relevamiento de la producción bibliográfica del pensamiento social brasileño, debimos limitarnos a trabajos sobre la historia de las ciencias sociales en diálogo con las tradiciones intelectuales realizados antes de su institucionalización, lo cual evidentemente representa hoy solo una parte, si bien central, de lo que se está investigando, escribiendo y enseñando como “pensamiento social brasileño”.⁶ En este ensayo plantearé otra estrategia analítica: utilizo nuevos materiales de investigación, diferentes de los balances más usuales en el área, pero tan precarios como ellos en los términos anteriormente señalados.

Con el proyecto colectivo Biblioteca Virtual del Pensamiento Social (BVPS) fue posi-

ble identificar en otro plano y de modo más sistemático el perfil más amplio del área de investigación, utilizando esta vez metodologías y datos cuantitativos más abarcadores.⁷ Aun cuando siempre hayamos trabajado en la BVPS con criterios de autodeclaración de pertenencia al área del pensamiento social brasileño, que pueden ser aprehendidos, por ejemplo, en la adjudicación del área o atribución de palabras clave a un proyecto de investigación, orientación o publicación en los currículos vitae que constan en la Plataforma Lattes del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq), reconocemos los límites del procedimiento. Por ejemplo, esa autodeclaración no significa, necesariamente, que exista consenso entre los investigadores sobre lo que ellos hacen y sobre lo que es el pensamiento social, y es posible que algunos de ellos ni siquiera lo aceptaran como un rótulo adecuado para su propio trabajo.

Así, frente a la necesidad de incorporar las representaciones de los propios investigadores del área y, de ese modo, calificar los datos cuantitativos con evaluaciones cualitativas, utilizo también las respuestas de doce investigadores senior de diferentes instituciones y regiones del Brasil que fueron invitados para que dieran su visión personal en el “Simpósio: cinco cuestiones sobre el pensamiento social brasileño” que integra el “Dossiê Pensamento Social Brasileiro” en la revista *Lua*

⁶ Elide Rugai Bastos y André Botelho, “Para uma sociología dos intelectuais”, *Dados*, Río de Janeiro, vol. 53, 2010.

⁷ La BVPS tuvo origen en 2013 y está en su fase final de implantación; está coordinada por Nísia Trindade Lima (Fiocruz) y constituye una iniciativa de cooperación entre investigadores e instituciones académicas con el objetivo de fortalecer y divulgar esta área de investigación. Su modelo de cooperación busca maximizar el intercambio de informaciones, experiencias y conocimientos de manera de promover y sostener redes de investigaciones. La BVPS intenta, así, ser un instrumento dinámico con actuación en tres campos básicos interrelacionados: 1) producción de conocimiento, 2) memoria de las tradiciones intelectuales y de la ciencia, 3) contribuciones didáctico-pedagógicas y divulgación científica.

Nova en 2011.⁸ Como veremos, en las respuestas se destacan dos cuestiones: la búsqueda de nuevos abordajes que integren “textos” y “contextos” en la investigación y la interdisciplinariedad del área. Entre otras, esas cuestiones constituyen desafíos cruciales para los investigadores del pensamiento social brasileño y, por eso, me concentraré en ellas en este comentario.

Pensamiento social en números

Para dar una idea de la magnitud del área, destaco en principio algunos resultados principales obtenidos en relevamientos en la Plataforma Lattes del CNPq y en la base de tesis de la Coordinación de Perfeccionamiento de Personal de Nivel Superior (CAPES).⁹ Primero, a la pregunta por “investigadores”, aplicando como filtros de búsqueda en la Plataforma Lattes por currículos únicamente los investigadores que (i) tuvieran por lo menos una maestría y (ii) hubieran indicado “pensamiento social” en por lo menos tres ítems de su CV-Lattes, llegamos al sorprendente resultado de 938 investigadores distribuidos en el país.¹⁰

⁸ Lilia Moritz Schwarz y André Botelho, “Dossiê Pensamento Social Brasileiro”, *Lua Nova. Revista de Cultura Política*, nº 82, San Pablo, CEDEC, 2011.

⁹ El CNPq es la agencia federal de fomento a la investigación relacionada con el Ministerio de Ciencia y Tecnología del Brasil. La CAPES es el órgano del Ministerio de Educación del Brasil que coordina las acciones relativas al posgrado en el país y tiene a su cargo el sistema nacional único de fomento y evaluación del posgrado.

¹⁰ Campos en que el término “pensamiento social” fue investigado en los CV-Lattes de los investigadores: Producción intelectual (en general), Palabras clave de la formación académica/título obtenido, Área del conocimiento de la formación académica/título obtenido, Naturaleza de la actividad profesional, Título de las líneas de investigación del quehacer profesional, Palabras clave de las líneas de investigación del quehacer profesional, Áreas de trabajo, Nombre de los proyectos, Descripción de los proyectos, Título de la orientación concluida/en curso, Palabras clave de la orientación concluida/en curso.

Segundo, la evolución del recorte temático “Pensamiento social” en la producción que consta en esta Plataforma puede ser resumida así: 2 ítems de producciones en 1974, 13 en 1986, 81 en 1997. A partir de allí el crecimiento es exponencial: en 2000, ya hay 211 ítems; en 2010 el número llega a más del doble, son 425 ítems; en 2013 hay 348 ítems de producciones.¹¹

Tercero, la investigación en la base de tesis de la CAPES muestra que hay 259 tesis en cuyas palabras clave figura “Pensamiento social” y 67 en las que aparece “Historia intelectual”. Como en general se permiten cinco palabras clave, puede ser que “Pensamiento social” aparezca junto con “Historia intelectual” y otras relacionadas, como “Historia de las ideas” (238 tesis), “Intelligentsia” (37 tesis), “Intelectuales brasileños” (93 tesis), “Trayectoria intelectual” (155 tesis), solo para dar algunos ejemplos.¹²

Así, la evolución en la producción bibliográfica ampliada, que incluye artículos en periódicos, libros autorales, libros compilados y capítulos de libros, además de tesis de maestría y de doctorado concluidas, que constan en la Plataforma Lattes, aplicando en la búsqueda los filtros de las palabras clave “pensamiento social”, “intelectuales”, “historia de las ideas” e “interpretaciones del Brasil”, muestra los siguientes datos: en 1973 tenemos apenas 1 ítem;

¹¹ Los datos aquí expuestos fueron extraídos a partir de la base CV-Lattes del CNPq entre noviembre de 2014 y marzo de 2015.

¹² Buscando a partir de 15 palabras clave significativas para el área de pensamiento social, encontramos en la base de tesis de la CAPES 799 tesis de maestría y doctorado, universo que constituye la base operacional de la Biblioteca Virtual del Pensamiento Social. Estos datos son de marzo de 2013. Lamentablemente, la base CAPES cambió la metodología de investigación en 2014, por lo que en su mecanismo de búsqueda solo están disponibles producciones a partir de 2010. Si buscáramos en este momento (marzo de 2015) la frase exacta “pensamiento social”, encontraremos el significativo número de 178 tesis de maestría o doctorado desde 2010 hasta el comienzo de este año.

en 1983 son 6; en 1990 son 10 y en 1999 ya son 55 ítems; en 2005, más del doble: 124 ítems; en 2012, son 161 ítems bibliográficos. En total, son 1960 ítems de producción.

El mismo tipo de búsqueda se realizó en el Directorio de los Grupos de Investigación del CNPq y el resultado fue significativo: 20 grupos de investigación registrados relacionados de manera sustantiva con el área (se descartaron los grupos que no tenían relación directa con el área de investigación; por ejemplo, había grupos en filosofía antigua que empleaban el término “pensamiento social” en la descripción del proyecto).

La investigación de la Plataforma Lattes según temáticas, aplicando como filtros las palabras clave “pensamiento social”, “intelectuales”, “historia de las ideas” e “interpretaciones del Brasil”, muestra que “pensamiento social brasileño” y sus variaciones “pensamiento social” y “pensamiento social en el Brasil” concentran 970 menciones en la plataforma Lattes, sin contar “Intelectuales”, el ítem con mayor número de menciones absoluto (664 menciones), “Historia de las ideas” (107) y “Sociología brasileña” (45) también asociadas.

Es significativa la presencia de algunos de los llamados intérpretes del Brasil claramente destacados, como Gilberto Freyre (132 menciones), Florestan Fernandes (62) y Oliveira Vianna (49). Tomando como criterio de búsqueda los intérpretes que aparecen en el libro *Um enigma chamado Brasil*, que reúne los principales objetos de las comunicaciones presentadas en el GT Pensamiento social en el Brasil de la ANPOCS, tenemos las siguientes menciones principales: Gilberto Freyre (787 menciones), Florestan Fernandes (725), Oliveira Vianna (498), Sergio Buarque de Hollanda (434) y Mário de Andrade (345).¹³

Por último, en la misma dirección se debe señalar la vitalidad del área de Pensamiento Social en los Grupos de Trabajos de asociaciones científicas, como la ANPOCS, cuyo GT Pensamiento social en el Brasil se reúne con regularidad desde 1981. En el último encuentro de la ANPOCS (su 38º encuentro anual), en octubre de 2014, funcionaron exactamente 5 GT cuyos objetos son sumamente intercambiables –como sugieren sus sumarios– respecto del pionero GT Pensamiento social en el Brasil: el GT02: Arte y cultura en las sociedades contemporáneas; el GT19: Intelectuales, cultura y democracia; el GT26: El pensamiento social latinoamericano: legado y desafíos contemporáneos; y el GT39: teoría política y pensamiento político brasileño - normatividad e historia. Esto por no hablar de los GT de Pensamiento social y político en el ámbito de las asociaciones profesionales, como en la Sociedad Brasileña de Sociología (SBS) y en la Asociación Brasileña de Ciencia Política (ABCP), además de congéneres en la Asociación Nacional de Historia (ANPUH), como el GT Nacional de Historia Cultural.

Los datos sugieren una efectiva expansión y consolidación del pensamiento social, un proceso acompañado no solo por el crecimiento cuantitativo del número de investigaciones, sino también por la diversificación de sus temáticas y de sus objetos. No disponemos, sin embargo, de herramientas más precisas para identificar y evaluar las principales perspectivas teórico-metodológicas empleadas, en los mismos términos que los demás datos aquí reunidos. Con ese propósito recurrimos ahora al “Simposio: cinco cuestiones sobre el pensamiento social brasileño” que coorganizamos en la revista *Lua Nova* en 2011.¹⁴

¹³ André Botelho y Lilia Moritz Schwarcz, *Um enigma chamado Brasil*, San Pablo, Companhia das Letras, 2009.

¹⁴ Schwarz y Botelho, “Dossiê...”, *op. cit.* De aquí en más, para todas las citas de este dossier se indicará entre paréntesis el número de página sin reiterar la referencia bibliográfica.

Textos y contextos

El “Simposio: cinco cuestiones sobre el pensamiento social brasileño” muestra la consolidación de un debate contemporáneo sobre el área de investigación, evidenciando nuevamente la pluralidad y la diversidad de abordajes y perspectivas teóricas y políticas que hoy existen en ella. Fueron invitados a prestar sus testimonios Angélica Madeira y Mariza Velloso (UNB), Elide Rugai Bastos (UNICAMP), Glaucia Villas Bôas (UFRJ), Lucia Lippi Oliveira (CPDOC-FGV), Luiz Werneck Vianna (PUC-RJ), Maria Arminda do Nascimento Arruda (USP), Renan Freitas Pinto (UFAM), Ricardo Benzaquen de Araújo (PUC-RJ), Roberto Mota (UFPE), Rubem Barboza Filho (UFJF) y Sergio Miceli (USP). Las cuestiones propuestas van desde la actualidad del área de investigación del pensamiento social, sus objetos, problemáticas y abordajes teórico-metodológicos, sus conexiones con otras disciplinas, las obras más relevantes del área, su inserción en el grado y en el posgrado, hasta las posibilidades futuras y las cuestiones fundamentales para el desarrollo del área. Entre otras cuestiones planteadas en las respuestas al simposio, dos son cruciales para un relevamiento de las prácticas de investigación contemporáneas del pensamiento social: la dualidad entre abordajes “textualistas” y “contextualistas” de las investigaciones y algunos significados de la señalada interdisciplinariedad del área.

Veamos la primera cuestión. Aun cuando de modo general los investigadores reconozcan hasta qué punto el área de investigación se estructuró en el pasado en torno de la polaridad entre abordajes “textualistas” y “contextualistas”, las percepciones sobre el presente y el futuro del área apuntan de modo inequívoco hacia abordajes que reconocen claramente el conflicto entre estos como un espacio productivo en la búsqueda de nuevos abordajes interrelacionados. Por cierto, per-

sisten visiones más resistentes en ese plano. Sergio Miceli, por ejemplo, afirma:

A juzgar por el reciente encuentro carioca del grupo, sigue habiendo, en mi opinión, dos tendencias; por un lado, un abordaje contextualista, para el cual los textos u obras estarían como imantados, por otro, un enfoque en el linaje de la historia de las ideas, inclinado a hacer paráfrasis, aproximaciones postizas entre libros y autores, o bien a construir una perspectiva de interpretación un tanto “espiritualizada” (143).

Explicando lo que entiende por cada una de las posiciones, Miceli acentúa el contraste entre ellas:

El linaje contextualista busca construir una historia densa de mediaciones, desde orígenes sociales, pasando por la formación cultural, hasta los modos de inserción en la escena intelectual o artística; los adeptos a la historia de las ideas lidian con autores y libros, como si estuviesen dispuestos en un cuadro de honra/deshonra, extrayendo de esas confrontaciones linajes de pensamiento definidos en términos anacrónicos. En ambas direcciones se encuentran prodigios de erudición a veces prescindibles (143).

Ahora bien, como el lector del simposio podrá constatar, no es esa la posición predominante en la percepción de los investigadores entrevistados. Así, por ejemplo, Elide Rugai Bastos observa que reconoce

por lo menos tres grandes líneas, cada una con abordajes internos diversos: la contextualista, la textualista y la que, reconociendo la tensión existente entre los dos términos, propone un análisis que tome en consideración dicha tensión (140).

En la misma dirección, Ricardo Benzaquen sugiere que

la vieja oposición entre una perspectiva que privilegia el análisis interno de los textos y otra que busca explicarlos destacando el contexto –en sus múltiples dimensiones– comienza a convivir con posiciones que tratan de combinar esos dos puntos de vista y, por lo tanto, de matizar aquella oposición (142).

Maria Arminda do Nascimento Arruda, por su parte, observa, que desde el punto de vista teórico-metodológico,

hay una gran diversidad, lo que en principio es muy bueno. Sin embargo, teniendo en vista el carácter variado de los estudios, a menudo se confunde diversidad con falta de rigor, como se ve en la construcción de meros retratos de los personajes estudiados (142).

Poniendo también el acento en la diversidad existente en el área, Lucia Lippi observa que las

problemáticas que guían a los análisis llevan a indagar sobre trayectorias, sobre redes de sociabilidad, sobre los procesos de producción, divulgación y recepción de obras, sobre convergencias y divergencias en el campo intelectual (141).

Sobre la segunda cuestión señalada, se perfila claramente en las respuestas de los investigadores entrevistados al mismo tiempo el reconocimiento y la problematización de la interdisciplinariedad del área. Desde el punto de vista de las disciplinas en juego, se observa que, a pesar de cierta asociación del pensamiento social brasileño con la sociología de la cultura, la percepción mayoritaria entre los investigadores entrevistados la asocia con la teoría social. Maria Arminda do Nascimento

Arruda, que no explicita en su respuesta esta asociación, acaba por atribuir el crecimiento de la sociología de la cultura en el Brasil en mayor medida a los trabajos en el área del pensamiento social, especialmente las “reflexiones sobre los intelectuales, sector de la especialidad actualmente central” (146).

Así, por ejemplo, Angélica Madeira y Mariza Veloso plantean que hay “una proximidad cada vez mayor con la teoría sociológica, clásica y contemporánea”, así como “con las ciencias del lenguaje, con un patrimonio de conceptos que permiten operar sobre los textos, examinar las narrativas” (139). Las autoras acentúan, en lo que consideran como un “futuro promisorio” del pensamiento social brasileño, la existencia de “eslabones teóricos cada vez más firmes con la teoría sociológica” al mismo tiempo que afirman la “necesidad de mantener la apertura transdisciplinaria del campo” (155). También Luiz Werneck Vianna considera que, por “definición, el estudio de esa disciplina [pensamiento social] consiste siempre en un ejercicio de teoría social”, y ve que “la utilización de las obras clásicas de ese campo desempeña un papel notoriamente privilegiado” (145). En la misma dirección, aunque acentuando aspectos de orden epistemológico, Rubem Barboza Filho sugiere que “se deberían intensificar las relaciones con otras áreas, en especial con la filosofía o la teoría política” (147). Sergio Micieli, por su parte, observa que al atraer a científicos sociales de

distintas disciplinas –historia, sociología, antropología, etc.–, las prácticas de investigación y de interpretación se vieron incitadas a dialogar con vertientes diversas de la teoría sociológica contemporánea, desde Weber, Gramsci, Durkheim, pasando por Raymond Williams, Pierre Bourdieu, Erving Goffman, hasta las monografías ineludibles de Ringer, Christophe Charle, Stefan Collini, entre otros (147-148).

Hay además otras consideraciones importantes concernientes a la cuestión de la interdisciplinariedad que ayudan a comprender las representaciones de los investigadores del área del pensamiento social brasileño. La primera de ellas es que el reconocimiento de la interdisciplinariedad no necesariamente excluye la percepción de la diversidad interna de las prácticas intelectuales comúnmente reunidas bajo la designación de “pensamiento social”. Designación que en la opinión de Sergio Miceli, por ejemplo, figuraría como un “título histórico” que terminó siendo preservado, pero que tendría que ver más “con cierta práctica intelectual de interpretación del país en clave macro”, y que no se correspondería, añade, con lo que hace la mayoría de los actuales profesionales del área, sino, más precisamente, “con alguna de las sociologías referidas a esos universos de práctica social: sociología de los intelectuales, historia social del arte, sociología de la literatura” (148).

Una segunda consideración importante es la relativa a la distinción entre el eventual interés que otras disciplinas humanas tendrían por sus “clásicos” y la investigación en el área del pensamiento social brasileño. Distinción muy bien formulada por Glaucia Villas Bôas, que llama la atención incluso hacia una eventual investigación sobre ciertos autores en trabajos de “especialistas en sociología urbana o sociología de la violencia, por ejemplo, que en un determinado momento desean escribir un artículo sobre Gilberto Freyre, Capistrano de Abreu o Roberto Cardoso de Oliveira, porque han hecho una lectura importante para su reflexión o investigación” (145). Según la autora, la distinción es importante para reconocer el pensamiento social como “un área de conocimiento con cuestiones y métodos propios” (145). Es claro que incluso en las ciencias sociales la valorización de la historia intelectual de las disciplinas tendría efectos distintos en su práctica contemporánea. Lucia Lippi sugiere, en esa dirección, que el área de

investigación del pensamiento social estaría más cerca de la sociología y de la antropología, así como de la historia y de la geografía, entendidas como “humanidades”, que, por ejemplo, “de la ciencia política y de la economía tal como se practican hoy en día, ya que dichas disciplinas han adoptado principios más formalistas, más basados en modelos que consideran al individuo como centro de decisiones racionales” (145).

Por último, están aquellos que entienden que la interdisciplinariedad que marca de modo constitutivo el área del pensamiento social brasileño precisa abrirse efectivamente a un diálogo heurístico con otras disciplinas, ampliando las referencias teóricas más allá de las ciencias sociales. Ricardo Benzaquen recuerda, en ese sentido, que el papel estructurador de las ciencias sociales en el área también está directamente relacionado con el Grupo de Trabajo creado en 1981 en la ANPOCS; es por ello, observa, que “el grupo se llama Pensamiento Social en el Brasil y no Pensamiento Social Brasileño” (147). Pero recuerda además que “el área también se ocupa, desde hace mucho tiempo, de trabajos provenientes de la literatura, de la crítica y de la tradición ensayística, para mencionar solo algunos pocos ejemplos”. Para Benzaquen el desafío, ahora, “sea tal vez el de relacionarnos con estas otras disciplinas de manera más abierta, buscando un diálogo, un intercambio intelectual más amplio, matizado y complejo, que sea provechoso para todos los participantes” (147). Retoma esta cuestión al discutir su visión sobre el futuro del área (158).

Es cierto que las dos cuestiones destacadas en el “Simposio: cinco cuestiones sobre el pensamiento social brasileño” –la dualidad entre abordajes “textualistas” y “contextualistas” de las investigaciones y la necesidad de su superación, por un lado, y la interdisciplinariedad del área, por otro– están directamente relacionadas. A fin de cuentas, como ocurre en las ciencias sociales y humanas en

general, también las investigaciones en el área del pensamiento social pueden asumir alguna imagen general de sociedad, a la que sus propios resultados pueden a su vez sumarle o restarle plausibilidad. Como observó Elide Rugai Bastos en el simposio: “Las diversas formas de definición del objeto son resultado de la adopción de diversos métodos, pues un método no está solo en el campo interpretativo, sino que entra en conflicto explícito o implícito con otros métodos; de otro modo, estaría proponiendo dogmas y no análisis” (140).

Posiciones en perspectiva

La consolidación del pensamiento social como área de investigación trajo aparejado no solo el crecimiento cuantitativo del número de investigaciones, tesis y publicaciones, sino también la diversificación de sus objetos, metodologías empleadas y teorías propuestas. Hoy, como vimos a partir los datos de la Biblioteca Virtual del Pensamiento Social y de las respuestas al “Simposio: cinco cuestiones sobre el pensamiento social brasileño”, las investigaciones desarrolladas en el área comprenden tanto los temas clásicos de la formación de la sociedad brasileña, en sus diversas dimensiones –por ejemplo, modernización, modernidad y cambio social; construcción y transformación del Estado nación; cultura política y ciudadanía–, como diferentes tipos de productores y modos de producción cultural en un sentido amplio (no solo las ciencias sociales, sino también la literatura de ficción, las artes plásticas, la fotografía, el cine, el teatro) y la propia “cultura” como sistema de valores y formas de lenguaje, por no hablar del análisis de la rica tradición ensayística brasileña, una de las orientaciones centrales en las que el área se está desarrollando y renovando internamente, y también –es importante señalarlo– externamente, según la percepción de

científicos sociales profesionales de otras áreas de investigación.¹⁵

Uno de los principales efectos de su consolidación como área de investigación parece ser hoy, precisamente, la ampliación y la pluralización de la propia noción de “pensamiento social”. Y ello tal vez indique la relativa inexistencia de fronteras cognitivas más definidas en el área de investigación. Aun cuando muy a menudo la tendencia más inmediata sea la de asociar las dificultades para una definición clara de un área a su supuesta fragilidad, en verdad nada garantiza de antemano que las cosas ocurran de esa manera. Con frecuencia, lo opuesto también se verifica.¹⁶ Esto es, la aparente indefinición de fronteras de un subcampo de investigaciones puede indicar más bien su éxito al lograr generalizar o compartir algunos de sus presupuestos y problemas propios en un campo más vasto. Así, lo que parece ser fragilidad desde otras perspectivas puede parecer fuerza.¹⁷ Lo que es en particular estimulante en el caso del pensamiento social brasileño es que las limitaciones de ese tipo no parecen estar

¹⁵ Cf. Gildo Marçal Brandão, *Linhagens do pensamento político brasileiro*, São Paulo, Editora HUCITEC, 2007, p. 24.

¹⁶ Cf. André Botelho y Maurício Hoelz, “Sociologias da literatura: do reflexo à reflexividade”, mimeo, 2015.

¹⁷ Como señaló Carmen Felgueiras (“O pensamento social como patrimônio”, 2º Seminário de Pensamiento Social en Instituciones de Río de Janeiro, IFCS/UFRJ, 2013, mimeo) en su comentario sobre el “Dossiê Pensamento Social no Brasil”: “Desde el punto de vista digamos ‘teórico-metodológico’, el área de pensamiento social en el Brasil se reconoce por la amplitud del campo inter- y multidisciplinario. Es posible, inclusive, que en este aspecto relativo a la constitución del pensamiento social en el Brasil esto haya funcionado como un facilitador de su consolidación institucional, pues la institucionalización en curso en los últimos treinta años parece haberse beneficiado de esa falta de forma, mientras que el tratamiento conjunto de una variedad de temáticas sobre diferentes autores e intérpretes se convertía en una fuerza centrípeta, aglutinadora de ideas desarrolladas en diversas instituciones y a partir de disciplinas diversas, haciendo por lo tanto que la búsqueda de forma o identidad teórico-metodológica se volviera algo paradójica”.

comprometiendo la vitalidad y el rigor de los proyectos intelectuales que están consolidando y renovando su tradición de investigación, incluidas sus relaciones con otras especialidades en el campo de las ciencias sociales, que en general son vistas como positivas.¹⁸

La vieja dualidad texto *o* contexto que había organizado el pensamiento social brasileño como área de investigación ya no tiene cabida entre los investigadores. Es lo que muestran las representaciones de los investigadores consultados en el Simposio, como también los sumarios de los principales Grupos de Investigación registrados en el Directorio del CNPQ y los sumarios de los Grupos de Trabajo de las principales asociaciones científicas, según el modelo de la ANPOCS, la SBS y la ABCP. No se trata, naturalmente, de considerar que esta dualidad simplemente haya desaparecido, o mucho menos que deba desaparecer, pero el elemento nuevo es que se ha comprobado que no es ni tan fuerte ni suficiente como para organizar el área de investigación como ocurrió en el pasado. Por cierto, los desarrollos contemporáneos son deudores de las contribuciones anteriores, que venían modelando el área en términos de producción de conocimiento, debates y controversias, pero también del reconocimiento de sus límites, cognitivos y políticos. Procedimientos disyuntivos que privilegiaban o bien el análisis de textos o la reconstrucción de contextos como estrategias explicativas dominantes han cedido espacio para la identificación y la calificación de las tensiones existentes entre aquellos términos, en la medida en que estas tensiones pasan a ser consideradas como

constitutivas de la propia materia social que el análisis debe ordenar.

Son nuevos los desafíos surgidos a partir de ese dislocamiento de la agenda de investigación contemporánea hacia visiones, si no sintéticas, al menos más integradas del pensamiento social brasileño. Para hacer frente a ellos son fundamentales nuevas relaciones interdisciplinarias, como también fue señalado en algunos círculos académicos dirigentes del área en el simposio. Pienso que, en especial, la historia intelectual nos puede ayudar a resituar el problema de la historicidad de la vida social para las ciencias sociales mediante un análisis fino que trate de esclarecer las conexiones de sentido que el proceso histórico-social genera entre categorías y relaciones sociales. Más aun cuando en la sociología, por ejemplo, teoría y método son adoptados como modelos estructurales o sistémicos, como si fuese posible trasponerlos o aplicarlos a realidades particulares sin una adecuación histórica y sin los consecuentes dislocamientos de sentidos de las categorías analíticas. Por otro lado, el contacto con el área de investigación del pensamiento social brasileño podrá colaborar con la historiografía intelectual en la discusión sobre los efectos sociales y políticos de las ideas, y sobre las relaciones reflexivas entre ideas y sociedad. Así, como una alternativa a la visión más historicista de que las identidades de las ideas y de los intelectuales se encierran en sus contextos propios, será posible percibirlas y tratarlas como espacios sociales de comunicación reflexiva entre diferentes momentos de la sociedad, entre su pasado, su presente y su futuro.¹⁹

La investigación en el campo del pensamiento social brasileño replantea, de ese modo, cuestiones cruciales pero amplias para las ciencias sociales y humanas contemporáneas. Y aun cuando no se trate de concordar

¹⁸ Cf. Maria Arminda Arruda, “Pensamento brasileiro e sociologia da cultura: questões de interpretação”, *Tempo Social. Revista de Sociologia da USP*, vol. 16, nº 1, pp. 107-118, São Paulo, 2004; y João Marcelo E. Maia, “Pensamento brasileiro e teoria social: notas para uma agenda de pesquisa”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, São Paulo, ANPOCS, vol. 24, 2009.

¹⁹ André Botelho, “Pasado futuro de los ensayos de interpretación del Brasil”, *Prismas*, nº 13, 2009

con la idea de que la cultura opera como una “variable independiente” en la conformación de acciones e instituciones sociales, como sugiere Jeffrey Alexander, tal vez estemos en verdad frente al desafío de formular un “programa fuerte”, para tomar prestada su formulación, también para el pensamiento social brasileño.²⁰ El primer paso para enfrentar ese desafío consistiría, entonces, en deshacernos

de principios formales previamente definidos en términos de “textos” o “contextos”, para que las múltiples conexiones de sentido entre ideas, intelectuales y sociedades puedan, finalmente, pasar a ser un problema efectivo de investigación. Así, se abre al pensamiento social un campo más vasto, y también más imprevisible, como, en rigor, debe ser un campo de conocimiento.²¹ □

²⁰ Jeffrey Alexander, *Sociología cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas*, Barcelona, Anthropos, 2000, p. 39. Aun cuando proponga superar la dicotomía interno/externo, en su programa fuerte para la sociología de la cultura Alexander acaba privilegiando la “textualidad de las instituciones y la naturaleza discursiva de la acción social” (*ibid.*, p. 34).

²¹ Tras ese primer paso, se abren muchos caminos. Por mi parte, vengo planteando con insistencia en diferentes trabajos que las conexiones de sentido entre ideas, intelectuales y sociedades deben ser tratadas como reflexivas. La exposición de mi postura, naturalmente, va más allá de los propósitos de este trabajo.

El estudio del pensamiento latinoamericano en nuestros días. Notas para una caracterización

Andrés Kozel*

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Propósito

Tentar un balance de los estudios sobre el pensamiento latinoamericano (EPL) es un desafío tan estimulante como complejo. Porque, ¿cómo podría delinearse con un mínimo de eficacia un balance de algo tan vasto, polifónico-disonante y de contornos tan borrosos? Una parte no menor de los problemas implicados proviene del propio concepto de pensamiento, acertado y fascinante al tiempo que difuso y propenso a la saturación. Introducido, hasta donde sé, por José Gaos en los años cuarenta, el concepto busca dar cuenta de ciertas particularidades de la Filosofía iberoamericana –entre ellas, su carácter asistemático y su inclinación político-pedagógica–, una Filosofía a la cual Gaos, contradiciendo sus propias diltheyanas premisas, le escamoteó rango desde la nomenclatura.¹ En virtud de ese sello de origen, la Historia de las ideas en América

Latina quedó, en principio, en manos de unos filósofos consagrados a estudiar no solo ideas producidas por filósofos sino además, y sobre todo, ideas producidas por pensadores. Esto tuvo varias consecuencias, entre las cuales se cuentan la apertura casi ilimitada del foco de interés y el entrelazamiento de la noción de pensamiento con la de ensayo, también problemática.² Por eso, cuando hablamos de EPL hablamos de unos estudios que abarcan, sí, la Filosofía, pero también el Ensayo de ideas, territorio enorme, y que presenta zonas de intersección –a veces, de competencia– con otros tipos de inquietudes historiográficas, a la vez que con prácticamente la totalidad de los saberes existentes en la sociedad.

No hay, desde luego, un modo único y pre establecido de tentar un balance de los EPL. Las vías de acceso son múltiples. Voy a enunciar cuatro, no porque sean todas las posibles, sino porque son las que quisiera transitar, en proporciones disímiles, en esta intervención. Una sería abordar los EPL panorámicos publicados en los últimos tiempos, bosquejando algo así como un “panorama de panoramas”. Otra, revisar un conjunto de “balances” previos, con la

* El autor deja constancia de su agradecimiento a Pablo Guadarrama González, Eduardo Devés Valdés, Claudio Ingerflom, Gustavo R. Cruz y Juan F. Martínez Pería, quienes amablemente accedieron a ser entrevistados durante la elaboración de la comunicación. Desde luego, la responsabilidad por las limitaciones y falencias del texto es exclusiva del autor.

¹ Andrés Kozel, *La idea de América en el historicismo mexicano. José Gaos, Edmundo O'Gorman, Leopoldo Zea*, México, El Colegio de México, 2012, cap. I.

² En el abordaje de la problemática del ensayo destacan los aportes de Liliana Weinberg; véase, por ejemplo, su *Situación del ensayo*, México, ccyDEL/UNAM, 2006.

finalidad de componer algo así como una “urdimbre de balances”. Otra, establecer diálogos con algunos de los protagonistas del ámbito, en procura de formalizar una serie de “impressiones calificadas” acerca de su dinámica y perspectivas. Otra más, poner de relieve “líneas polémicas” selectas, cuyo seguimiento ayude a iluminar aspectos relevantes. La presente comunicación se adentra unos pasos en la primera de las sendas mencionadas, sirviéndose de algunos insumos puntuales tomados de las dos siguientes. Luego, en un Escolio, refiere una “línea polémica” no demasiado conocida en nuestro medio. Finalmente, ofrece un bosquejo clasificatorio de las constelaciones implicadas en los EPL, para concluir delineando una reflexión en clave de “moraleja”, apenas con el propósito de fijar una inquietud.

Panoramas

¿Cómo era la escena de hace un cuarto de siglo en relación con lo que nos interesa aquí? En términos generales, hay que decir que los años noventa no fueron demasiado propicios para los latinoamericanismos, ni siquiera para los estrictamente filosóficos o historiográficos. No obstante, en aquellos ámbitos donde conseguían articularse disposiciones latinoamericanistas del estilo de las que nos ocupan, gravitaban figuras que, en años anteriores, habían dado a conocer obras de referencia muy importantes: Leopoldo Zea, Arturo Andrés Roig, Arturo Ardao. Ahora bien, en ese tiempo, los supuestos, las orientaciones y las proyecciones de ese “canon”, si es que cabe designarlo así, estaban siendo cuestionados desde distintos ángulos; unas veces, por estudiosos que de alguna manera continuaban situados en dicha tradición “canónica” buscando ampliar y/o renovar sus miras; otras, por estudiosos que “habían arribado a” o “se situaban en” tradiciones disciplinarias alternativas. De hecho, fue precisamente entonces que se conformaron algunos

de los grupos de estudiosos que en los lustros subsiguientes desempeñarían papeles protagónicos. Uno es el de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, cuyos veinte años de vida celebramos aquí.³ Otro es el conocido como “Grupo Modernidad/Colonialidad” (GMC), conformado hacia 1998. El GMC ha venido jugando un papel importante en tanto foco generador de categorías críticas –la principal, propuesta inicialmente por Aníbal Quijano, es la de “colonialidad del poder”–, articulando sus afanes con las aspiraciones de distintos movimientos sociales.⁴ Los planteamientos del GMC, entre cuyos animadores se cuenta Enrique Dussel, de larga trayectoria previa en la Filosofía de la Liberación, movilizaron modalidades específicas de revisión de la historia del pensamiento y la cultura latinoamericanos, desde una clave denunciatoria del eurocentrismo y de la prevalencia de una racionalidad científica y letrada asociada a la reproducción de relaciones de dominación asimétricas y opresivas.⁵ Otro de los grupos que

³ Para un panorama sensible a la diversidad y los matices de la propuesta, véase Mara Polgovsky Ezcurra, “La historia intelectual latinoamericana en la era del ‘giro lingüístico’”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, octubre de 2010. Disponible en <<http://nuevomundo.revues.org/60207>>.

⁴ Un par de años antes el filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez había dado a conocer su *Crítica de la razón latinoamericana* (Barcelona, Puvill, 1996), revulsivo ajuste de cuentas con el entero legado de la historia de las ideas y de la filosofía latinoamericanas. Su embestida crítica incluía la obra de Enrique Dussel, con quien luego convergerían en el GMC. Véase David Sobrevilla, “Nuevas tendencias en la historia de las ideas en América Latina”, en *Solar*, año 8, n° 8, Lima, 2011, pp. 21-22.

⁵ Más recientemente se ha introducido una distinción entre poscolonialismo y decolonialidad, en un sentido que tiende a apreciar más la segunda noción por sobre la primera, con consecuencias que interesan aquí. Según Walter Mignolo –otro de los animadores del GMC–, aunque ambos enfoques constituyen respuestas a la “colonialidad del saber”, el abordaje decolonial busca eludir las trampas de las modas eurocéntricas y de la concepción lineal del tiempo a las que había quedado atado el enfoque de la poscolonialidad. El concepto de “geopolíticas del conocimiento” significaría, precisamente, que lo más nuevo no necesariamente es lo mejor: el abordaje deco-

cobraron vida en ese tiempo es el “Corredor de las Ideas del Cono Sur”, animado por estudiantes provenientes de varios espacios sudamericanos, entre los cuales destacan Eduardo Devés Valdés, Hugo Biagini y la Unidad de Historiografía e Historia de las Ideas de Mendoza, dirigida entonces por Arturo A. Roig.⁶

Un balance satisfactorio de lo acontecido con los EPL en la última década y media debiera ser capaz de eslabonar satisfactoriamente las dinámicas intra- y multidisciplinares, los modos por los cuales se fueron produciendo las transiciones generacionales, los procesos que fueron llevando a la conformación y el desenvolvimiento de los nuevos grupos; también, las transformaciones sociopolíticas que fueron teniendo lugar: con las mediaciones del caso, ellas nunca dejaron de incidir sobre las orientaciones y proyecciones de los EPL. Sin pretensiones de exhaustividad, en lo que sigue se nombran y se caracterizan someramente una decena de EPL de carácter panorámico aparecidos en la última década y media.

1. Cerutti Guldberg, Horacio (dir.), *Diccionario de Filosofía Latinoamericana*, México, Toluca, UAEM, 2000.

Este diccionario de cerca de 400 páginas fue dirigido por Horacio Cerutti Guldberg y coordinado por Mario Magallón Anaya, Isaías Palacios Contreras y María del Rayo Ramírez

lonial promete otro tipo de relación con las tradiciones intelectuales. Walter Mignolo, “(De) Coloniality and Uneasy (Post) Colonialism”, Preface to the Dossier “Uneasy Postcolonialisms”, edited by Manuela Boatcă, Duke University, vol. 3, noviembre de 2013. Disponible en <<https://globalstudies.trinity.duke.edu/volume-3-dossier-3-uneasy-postcolonialisms>>.

⁶ Desde su fundación, el “Corredor” lleva realizadas más de una docena de reuniones académicas. Sobre sus primeros diez años de vida, véase Carlos Pérez Zavala, “El Corredor de las Ideas del Cono Sur, 1998-2008”. Disponible en <http://www.corredordelasideas.org/docs/reflexiones/reflexion_corredor.pdf?p=803>.

Fierro. En la elaboración de sus cerca de 130 entradas participaron unos 50 autores, mayor aunque no exclusivamente mexicanos. Como suele suceder en estos casos, los criterios seguidos para establecer las entradas se prestan a debate. Algo desparejo, el resultado es útil como guía de navegación. Interesa atender a los títulos de algunas de las entradas: antropofagia, chicanismo, diferencia sexual, ensayo, ética del desarrollo, etnia, eutopía, feminismo, filosofía afroamericana, imperialismo de las categorías, influencia, inventamos o erramos, mestizaje, movimiento lésbico homosexual, poscolonialismo, racismo, raza cósmica, Tierra sin mal (el yvy-marâey o la utopía tupí-guaraní), tlamatiniime, utopía, verso libre. Hay allí una importante dosis de heterodoxia y, también, una suerte de agenda de época que no ha perdido vigencia con el paso de los años. Interesa revisar el contenido de algunas de las entradas, por lo que implican en términos de autopercepción, de autodefinición colectiva, de contrapunteo polémico. Es el caso de las correspondientes a la “Filosofía de la liberación” –donde se distinguen posiciones y se establece una polémica tácita, que ya contaba con cierto espesor, con Enrique Dussel y otros–, y a la “Historia de las Ideas” –donde, tras las menciones de rigor a José Ortega y Gasset, José Gaos y Francisco Romero, despuntan consideraciones orientadas a distinguir, por ejemplo, las propuestas de Zea y Roig, y donde se hace referencia a la especificidad de la Historia latinoamericana de las Ideas en relación a otras tradiciones disciplinares–.

2. Devés Valdés, Eduardo, *El pensamiento latinoamericano del siglo xx. Entre la modernización y la identidad*, 3 vols., Buenos Aires, Biblos/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000-2004.

Prologada por Arturo Andrés Roig y cercana a las 900 páginas, la obra de Devés se orga-

niza del modo siguiente: los volúmenes I y II (“Del Ariel de Rodó a la CEPAL” y “De la CEPAL al neoliberalismo”), en tres partes cada uno, compuestas por varios capítulos ordenados cronológicamente; el volumen III (“Las discusiones y las figuras del fin de siglo, los años noventa”), en seis recorridos dispuestos “en espiral”, los cuales abordan varios “nudos problemáticos”: identidad, memoria, violencia, mujeres/género, indígenas/originarios, ecología y medio ambiente, etc. De acuerdo con el autor, el último tomo es menos una “historia de las ideas” que una suerte de “informe de lectura”. La tesis principal de Devés pone de relieve la alternancia del predominio de orientaciones modernizadoras y de orientaciones identitarias en la historia del pensamiento latinoamericano. Los principales factores del cambio en el nivel eidético serían: a) el advenimiento de una nueva generación, b) la aparición de nuevas ideas en el ámbito internacional, y c) la explosión de algún suceso de gran magnitud capaz de operar como precipitador. Es claro que Devés busca evitar las tentaciones de la filosofía de la historia (en particular, de su componente teleológico), así como los deslices hacia la epopeya y la hagiografía. Su tentativa panorámica es lograda, máxime si se considera que se trata de la obra de un único autor, quien además casi no se recuesta sobre la glosa parafrástica, sino que, para usar uno de sus términos preferidos, cartografía. Es cierto que algunas de las pinceladas son algo gruesas; es una limitación inevitable en una obra así; el autor la asume. Una justipreciación del esfuerzo devesiano debe partir de reconocer que no se contaba con una obra parecida desde la reedición, un cuarto de siglo antes, de *El pensamiento latinoamericano*, de Leopoldo Zea.⁷

3. Beorlegui, Carlos, *Historia del pensamiento filosófico latinoamericano. Una búsqueda incesante de la identidad* [2004], 2^a ed., Bilbao, Universidad de Deusto, 2006.

Tomo único de casi 900 páginas, la obra de Beorlegui se presenta como una “humilde introducción” al tema. Está organizada en once capítulos –el primero problematizador/sistemático; los restantes diez siguiendo un orden cronológico, desde la época precolombina a la posmodernidad y la poscolonialidad–. Beorlegui explicita su opción por el americanismo y por el liberalismo, reconociendo de manera abierta su proximidad a los planteamientos de Enrique Dussel. Acude al clásico esquema de periodización por generaciones, combinándolo con otros criterios. En el manual predomina una glosa parafrástica mayormente heterónoma. Los abordajes de los distintos temas son desparejos, lo cual es difícilmente evitable en una obra así. La tesis principal es que el esfuerzo que animó a los pensadores iberoamericanos más significativos ha sido la búsqueda de la identidad. La opción por darle preeminencia argumental a la línea de pensamiento americanista de alguna manera debilita la tesis, toda vez que la vuelve casi una petición de principio. Según Beorlegui, el panorama filosófico actual se caracteriza por una disputa entre a) la Filosofía de la Liberación (cuya evolución interna ha sido compleja y diversa), b) la Posmodernidad y c) la Poscolonialidad. La Filosofía de la Liberación es para el autor el punto de mayor originalidad del pensamiento latinoamericano.

4. Piñeiro Iñíguez, Carlos, *Pensadores latinoamericanos del siglo XX. Ideas, utopía y destino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

El libro de Piñeiro Iñíguez rebasa las 800 páginas. Se presenta dividido en dos grandes secciones: una extensa introducción –titulada

⁷ Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, Barcelona, Ariel, 1976, reedición ampliada con respecto a la de 1965.

“América: ideas, utopía y destino” – y una colección de 46 estudios “sobre autores”, agrupados “por país”, bajo el título “Pensadores latinoamericanos del siglo xx”. La selección prioriza la primera mitad del siglo xx, “etapa de las cumbres”, a juicio del autor. La conformación del inventario es debatible y hay ausencias que se extrañan. Un punto de interés es que el argumento de la Introducción se apoya en buena medida en una recreación inteligente de las tesis planteadas por Richard Morse en su ensayo clásico.⁸ Para Piñeiro, a partir de la Independencia, tradición, incorporación, comunidad, etc. se refugiaron en las poblaciones no urbanizadas y marginadas. Es una tesis con hondas raíces y con fuertes implicaciones heurísticas y políticas. Piñeiro asegura que la dinámica ascendente del latinoamericanismo se interrumpió a fines de la década de 1950, momento en el que también se truncó la hegemonía del ensayo como modalidad predominante de expresión. Hay en Piñeiro una interrogación algo nostálgica acerca del lugar del ensayo en nuestros días. Su respuesta es doble: por un lado, el cultivo de una prosa caracterizada por giros inscriptos en la tradición que añora; por otro, la puesta de relieve de la valía y el vigor de la literatura de ficción, que posee, a sus ojos, un contenido ensayístico subrepticio; Piñeiro es también autor de varias obras de ficción.

5. Fernández Retamar, Roberto, *Pensamiento de Nuestra América. Autorreflexiones y propuestas*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.

A diferencia de los otros panoramas tratados aquí, este aporte del ensayista cubano Fernández Retamar es breve –unas 80 páginas–, pues se trata de la transcripción de una serie de

⁸ Richard Morse, *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, México, Siglo xxi, 1982.

“lecciones” impartidas en 2004, en el marco de un seminario virtual de CLACSO. Aunque se enuncia la doble aspiración a superar tanto la “arcaica historia de las ideas” como la “concepción pobre” de lo ideológico como mera mente superestructural, no deja de apreciarse cierto maniqueísmo y cierta carga teleológica. Si las dimensiones de la tentativa obstan su puesta en relación con las otras tratadas aquí, no puede desconocerse su significación: Fernández Retamar es autor de una obra profusa, en la que destaca *Caliban*, ensayo clásico; es, además, uno de los portavoces emblemáticos de la Cuba pos-revolucionaria, lugar de enunciación peculiar, asociado a las más intensas pasiones políticas del último medio siglo.

6. Altamirano, Carlos (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008-2010, 2 vols. (ed. del primero Jorge Myers; del segundo, el propio Altamirano).

La obra dirigida por Altamirano se acerca a las 1500 páginas. Sus más de 50 “entradas”, elaboradas por otros tantos autores, se estructuran en catorce “nudos problemáticos”: revistas, empresas editoriales, vanguardias, discurso indigenista, ciencias sociales, etc. El eje de la propuesta es estudiar el comportamiento de las élites culturales periféricas, la historia de su posición en el espacio social, de sus asociaciones, formas de actividad, instituciones, campos y relaciones con el poder. En un pasaje clave de la “Introducción General”, Altamirano sostiene que la imagen clásica del hombre de letras como “apóstol secular” ya no corresponde a nuestras exigencias de conocimiento histórico (p. 17 del vol. I). En su opinión, es imperioso salir de esa problemática y buscar otros ángulos de visión para elaborar los temas y los problemas de una historia “más terrenal” de los intelectuales. La obra plantea un vínculo con un linaje determi-

nado de estudios sobre intelectuales –entre las referencias latinoamericanas destaca Ángel Rama, cuya obra *La ciudad letrada* es recuperada en un sentido distinto al que veremos cuestionado en el Escolio–, tomando distancia de la Historia de las ideas “tradicional”. Aunque busca un balance entre lo común y lo diverso, el equilibrio alcanzado gravita hacia una renuncia a los denominadores comunes fuertes. En particular, el volumen II no sigue una “línea recta”, sino que está estructurado por ejes, partiendo de la premisa según la cual no habría, para dicho período, una periodización válida para todas las áreas de la región. Destaca en esta obra la alta calidad de los estudios particulares. Su renuncia a la preceptiva va, quizá, en desmedro de la “mística latinoamericanista”; de todos los panoramas tratados aquí, este es, sin duda, el “menos militante”. Entre sus eventuales puntos cuestionables se cuenta, una vez más, la conformación del canon, que aparece ampliado y renovado, pero ostentando omisiones, entre ellas la de la casi totalidad del universo textual que venimos considerando.

7. Dussel, Enrique, Eduardo Mendieta y Carmen Bohórquez (eds.), *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino” (1300-2000). Historia, corrientes, temas y filósofos*, México, CREFAL/Siglo XXI, 2009.

Esta obra de más de 1000 páginas aborda lo que se entiende de modo amplio como pensamiento filosófico latinoamericano, caribeño, latino. Como lo indica el subtítulo, se organiza en cuatro partes: períodos; corrientes filosóficas del siglo XX; temas filosóficos; filósofos y pensadores. Entre sus acentos más particulares figuran los tratamientos de una serie de temas: las filosofías propias de los pueblos originarios; el primer desarrollo de la modernidad con énfasis en la figura de Bartolomé de las Casas; la etapa colonial (filosofía acadé-

mica, barroca); la modernidad madura; los desarrollos más recientes, incluyendo la teoría feminista, la filosofía ambiental, la filosofía con niños, el indigenismo, la filosofía intercultural, el pensamiento decolonial. La última sección ofrece entradas monográficas sobre casi 400 pensadores y pensadoras. Se trata de “fichas”, muy breves, que permiten acceder a información básica sobre una enorme cantidad de figuras. En una reseña, Dante Ramaglia, integrante del grupo de Mendoza antes referido y que participó de esta obra con un texto clave –“La cuestión de la filosofía latinoamericana”–, pone de relieve que la aparición del volumen representa la continuidad de una tarea colectiva asumida desde un pensamiento crítico vigente, que viene proponiéndose renovadamente bajo la perspectiva de contribuir a la autonomía y la integración de nuestros países con un claro sentido emancipatorio.⁹ La obra ha recibido elogios y críticas, entre estas, la inevitable, según la cual todavía “siguen faltando” temas y nombres. También se ha observado la grandilocuencia del acorde inaugural, que presenta la empresa como el inicio de un movimiento filosófico continental. No deja de ser interesante ver cómo se tratan aquí aquellas cuestiones que involucran aristas polémicas o autodefinitionales, como es el caso de la Filosofía de la Liberación.

8. Grüner, Eduardo (coord.), *Nuestra América y el pensar crítico. Fragmentos de Pensamiento Crítico de Latinoamérica y el Caribe*, Buenos Aires, CLACSO, 2011.

Fruto de las actividades del GT-CLACSO “Pensamiento histórico-crítico de América Latina y el Caribe”, este libro está integrado por una

⁹ La reseña de Ramaglia, en *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, vol. 27, 2010.

decena de contribuciones que, según se indica, comparten una posición de compromiso con una teoría crítica emancipatoria (Prólogo, p. 11). Aunque hay, desde luego, algunas conexiones entre los aportes, el libro es, tal como lo anuncia su subtítulo, una colección de fragmentos. El texto de Grüner que lo abre –“Los avatares del pensamiento crítico, hoy por hoy”– ofrece un diagnóstico de época –el proceso sociometabólico del capital ha entrado en una fase terminal, sin que aparezca un sustituto para la instancia sobre la cual se ha articulado el lazo social durante el último medio milenio: la religión de la mercancía–, a la vez que una relectura de una tradición intelectual –la primera Escuela de Frankfurt, la antropología política “maldita”, etc.– y un programa de indagación del pensamiento crítico producido en la “periferia pos/neocolonial”. Para Grüner, este pensamiento crítico puede y debe ser leído “a *contrapelo*, o a *contra-tiempo*, tal como relampaguea hoy en este instante de peligro, para *desandar* los caminos tortuosos de la colonialidad del *poder/saber*” (p. 56).

9. Guadarrama González, Pablo, *Pensamiento filosófico latinoamericano. Humanismo, método e historia*, 3 vols., Bogotá, Planeta/Università Degli Studi di Salerno/Universidad Católica de Colombia, 2012-2013.

Estas casi 1400 páginas dadas a conocer por el filósofo cubano Pablo Guadarrama constituyen una reedición actualizada de una serie de estudios elaborados por el autor a lo largo de más de treinta años (en la década de 2000 Guadarrama ya había publicado otras compilaciones semejantes). Destaco media docena de cuestiones. En primer lugar, su mirada de la Historia de la filosofía –tanto general como latinoamericana o “en” Latinoamérica, como el autor prefiere decir– en tanto gigantomaquia en la que confrontan humanismo y alienación. En segundo lugar, el hecho de que

ofrece, además de estudios particulares sobre temas y figuras clásicos, así como sendas visitas a las rutilancias del caso –José Martí, Enrique José Varona–, algunas aproximaciones a temas y figuras no habituales, ensamblándolos dentro de la gigantomaquia referida; es el caso de Luis Nieto Arteta, Antonio García Nossa, Zaira Rodríguez Ugidos y otros; huelga decir que los abordajes son, aquí también, algo desparejos. En tercer lugar, el auto-posicionamiento en el mapa de la Filosofía latinoamericana, el cual busca ser equilibrado, particularmente en relación con el balance de los aportes y los límites de la Filosofía de la Liberación. En cuarto lugar, la autodefinición de Guadarrama como marxista humanista, la que se vincula estrechamente con el cultivo de un robusto optimismo filosófico. En quinto lugar, su insistencia en que el pensamiento latinoamericano ha sido, y es, “más humanista” que “alienante”, punto que es, tal vez, uno de los menos convincentes del planteo. Por último, en sus elecciones temáticas, en sus desarrollos y en sus tensiones, la obra testimonia un itinerario intelectual y vital no desprovisto de interés: Guadarrama es uno de los cubanos de la posrevolución que con más denuedo se consagró al estudio de la filosofía latinoamericana (marxista y no), su residencia alternada entre Cuba y Colombia, su profundo conocimiento de otros medios, como el mexicano, contribuyen a hacer de él una figura singular.

10. Funes, Patricia, *Historia mínima de las ideas políticas en América Latina. Un recorrido por las ideas, las corrientes, los pensadores y los líderes de la historia intelectual latinoamericana*, Madrid, El Colegio de México/Turner Publicaciones, 2014.

Cumple este libro una función importante, en la medida en que logra condensar los avances y los debates recientes asociados a los desarrollos de la Historia de las ideas y de los lenguajes

jes políticos, materia sobre la que no había disponibles demasiados abordajes regionales que cubrieran un arco temporal amplio, y fueran capaces de dar cuenta del creciente refinamiento analítico alcanzado en el abordaje de temáticas particulares. En sus casi 300 páginas, la obra recorre las sucesivas etapas de la historia continental –siglos XIX y XX–, con el foco puesto en las vicisitudes de las ideas políticas dominantes, sobre la base de considerar cuatro coordenadas principales: modernidad, crisis, nación y revolución. Destaca el esfuerzo por pensar desde esta perspectiva los períodos correspondientes a las dictaduras militares –“ideas de plomo”– y a las posdictaduras –“memoria obstinada”–, dando cuenta de los avances registrados en el terreno de la historia reciente. Es recomendable la “Nota bibliográfica” que cierra la obra. Importa mencionar el *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, iniciativa en curso dirigida por Javier Fernández Sebastián que Funes registra, y donde, sobre la base del nucleamiento de numerosos autores, se busca avanzar en “una historia atlántica de los conceptos políticos”.

Escolio: Françoise Perus y su “defensa de la tradición letrada”

En varias contribuciones recientes Françoise Perus ha abordado de manera incisiva y polémica el horizonte problemático asociado a la valía de la tradición letrada en América Latina.¹⁰ La autora emprende una embestida crí-

tica contra las implicaciones de la noción de *ciudad letrada*, acuñada por Ángel Rama. Argumenta que, tal como la perfiló Rama, dicha noción alberga una serie de proyecciones cuestionables, asentadas sobre simplificaciones extremas de raigambre funcionalista y reproductivista del poder instituido sobre las cuales es preciso reflexionar cuidadosamente. Para Perus, los desarrollos de Rama desembocan en la conclusión según la cual “toda la tradición letrada –literaria y no literaria– no ha consistido sino en la legitimación de este poder omnímodo, y en la evicción o la tergiversación de los más genuinos sueños americanos” (p. 170). De este modo, el planteamiento habría terminado operando como “caballo de batalla” para el desmantelamiento de las tradiciones letradas, en nombre de la reivindicación de unas “identidades subalternas” supuestamente emergentes. Según Perus, es un equívoco riesgoso postular que la tradición letrada-culta es exclusiva de las “élites”, tanto como lo es pensar que no es más que un dispositivo funcional a la reproducción de los poderes establecidos. Tampoco es adecuado oponer simplificadoramente un “Occidente” pensado como entidad monolítica a unas culturas vernáculas eventualmente “auténticas”.¹¹ Lo importante es visualizar la tradición letrada como un conjunto de legados diversos y complejos, al que cada uno tiene el derecho de acceder para disfrutarlo y reelaborarlo. Para esta autora hay un enorme trabajo por hacer en lo que concierne al rescate de aquellas herencias y experiencias que hacen de América Latina un lugar privilegiado –esto es, central– desde el punto de vista de las elaboraciones y reelaboraciones del juego de alteridades y distancias entre las culturas, un juego desplegado en un dialogismo tenso, conflictivo y carente de progresión lineal. La propuesta de Perus entrelaza

¹⁰ Françoise Perus, “¿Qué nos dice hoy *La ciudad letrada* de Ángel Rama?”, en *Revista Iberoamericana*, LXXI, 211, 2005; “En defensa de la tradición letrada”, en Norma de los Ríos Méndez e Irene Sánchez Ramos (eds.), *América Latina: historia, realidades y desafíos*, México, UNAM, 2006; “Antonio Cornejo Polar: una política de la lectura”, en *Anuario del Colegio de Estudios Latinoamericanos 2006*, vol. 1, 2007; “Los Estudios Latinoamericanos: ¿de nueva cuenta en busca de sí mismos?”, en *Nostromo, revista crítica latinoamericana*, nº 2, 2009.

¹¹ Françoise Perus, “Antonio Cornejo Polar...”, *op. cit.*, 106.

una interpretación crítica de Rama, un juicio no conservador sobre las simplificaciones en que incurren algunas tendencias “pos”, y un programa de trabajo no “esencialista” ni “teológico”, además de sensible a la problemática de la transmisión de los legados. Por eso juzgué pertinente referirla aquí.

Bosquejo clasificatorio y “moraleja”

Los EPL son actualmente un ámbito frondoso, plural y dinámico. Ostentan niveles de acumulación sin precedentes, una suerte de polifonía extrema y un inusitado nivel de actividad: se conforman grupos de investigación, se diseñan y se concretan proyectos y obras, algunos de escala internacional, quizá como nunca antes. En algunos casos, esto se acompaña de niveles considerables de refinamiento analítico. Paralelamente, se dejan sentir tendencias a la fragmentación y a la saturación, elementos casi inevitablemente asociados a la copiosidad. El siguiente bosquejo distingue cuatro constelaciones de estudiosos, sin conocer la existencia de debates internos, ni, tampoco, de conexiones, transversalidades, copertenencias y deslizamientos:

1. La “Historia de las ideas latinoamericanas”, donde, desde la época del *Diccionario...* mencionado en primer término, se han continuado explorando las problemáticas utopólogica, feminista, indianista, entre otras (María del Rayo Martínez Fierro, Francesca Gargallo, Gustavo R. Cruz). En esta constelación han de incluirse asimismo, más o menos problemáticamente, presencias como la de Eduardo Devés, que viene proponiendo una reconfiguración disciplinar bajo la denominación de “Estudios Eidéticos”,¹² o la de Pablo

Guadarrama, ubicable también en otra de las constelaciones –la cuarta–, o la de los estudios sobre el Ensayo, que también se dejarían inscribir en la constelación segunda.

2. La “Historia intelectual”, en sentido amplio, incluyendo en ella, obviamente, la “Historia de los intelectuales”. Sin confundirse con ellas, pero con innegable proximidad, hay que mencionar las historias de las ideas políticas, de los lenguajes políticos, de los conceptos o conceptual. Aquí se incluyen también los estudios sobre revistas, redes intelectuales, procesos de difusión y recepción, etc.; al respecto, no pueden dejar de mencionarse espacios como el Seminario de Historia Intelectual de El Colegio de México, o nombres como Ricardo Melgar Bao, Horacio Tarcus, Horacio Crespo, Pablo Yankelevich, Regina Crespo y, de nuevo, Eduardo Devés.

3. La “Historia del pensamiento filosófico en clave liberacionista/poscolonial/decolonial”. No se trata solamente de que, como vimos, Enrique Dussel *et al.* publicaran una voluminosa obra, ni de que Walter Mignolo llamara a establecer una nueva relación con las tradiciones intelectuales. Se trata, también, de que unos EPL inspirados en el arsenal categorial propuesto por el GMC implican acentos particulares, a cuyos “efectos” vale la pena atender.

4. La “Historia del pensamiento crítico latinoamericano en clave marxista”; a veces, ligada a la recuperación de alguna determinada vertiente de dicha tradición, como es el caso de los mencionados Roberto Fernández Retamar

¹² “A la hora de la constitución de una disciplina, es decisivo independizar a los Estudios Eidéticos de su iden-

tificación con la historiografía. Se trata de una cuestión clave, y que no se resalta suficientemente. Los Estudios Eidéticos no deben asumir la perspectiva diacrónica necesariamente, sino también la sincrónica. Mucho menos deben restringirse al pasado. Si los Estudios Eidéticos quieren contribuir al ‘desarrollo eidético’ es decisivo que se emancipen de la matriz historiográfica” (E. D. V., comunicación personal al autor, diciembre de 2014).

y Pablo Guadarrama¹³ –también, por caso, de Néstor Kohan–; otras veces, bajo claves deliberadamente fragmentarias, ligadas a los planteamientos benjaminianos, frankfurtianos y/o de Richard Morse (en *El espejo de Próspero*, Morse revisitó la neoescolástica en clave frankfurtiano-marcuseana), como pueden ser los casos de Piñeiro Iñíguez, Eduardo Grüner, o Bolívar Echeverría y derivaciones. Varios de los nombres mencionados antes –Mélgar Bao, Tarcus, Horacio Crespo; Quijano y Dussel; también Perus– han sostenido a lo largo de sus trayectorias una intensa relación con distintos aspectos de Marx y de la tradición marxista.

La especie de “moralaje” que quisiera plantear es que interesa sobremanera prestar atención a los tipos de vínculos que se establecen con la tradición intelectual y cultural en un ámbito como el de los EPL, frondoso, abigarrado y signado por cierta fragmentación y por el despliegue casi constante de gestos fundamentales. Por un lado, y pese a los vasos comunicantes y a las fluideces que indudablemente existen, los EPL se caracterizan por cierto relativo poco diálogo entre las constelaciones. Por otro lado, en su historia reciente no han sido

infrecuentes la promulgación de rupturas, parteaguas, giros y prefijos que se suceden algo frenéticamente, como si se tratara de manifestaciones de una suerte de incurable “síndrome de Copérnico”. Este síndrome conduce no solo a cierta vana grandilocuencia, que sería lo de menos, sino también a “dar por muertas” tradiciones enteras que evidentemente gozan de buena salud. Es cierto que este tipo de gestos posee una dimensión estratégica, ligada a los autoposicionamientos individuales y grupales. Sin embargo, también es cierto que tienen algo de pueril, y que sus consecuencias no son necesariamente saludables, máxime porque los EPL están consagrados, por definición, al trabajo sistemático con el legado cultural. No pocos de los que cuestionan la dimensión teleológica o misional de los demás portan puntos de vista que acentúan un tipo de mirada “progresiva simple” –lineal evolutiva o revolutiva– de los EPL, del estilo: “todo era error puro hasta el advenimiento del último ‘giro’”. En mi opinión, no hay razones para pensar así. El problema no parece ser tanto el de hallar/conducir el novísimo giro cuanto el de preguntarse cómo habremos de dialogar en un espacio así, evitando los abusos interpretativos, los etiquetamientos estereotipados, los relegamientos masivos. Por lo demás, un diagnóstico honesto sobre los EPL no debiera ser únicamente autocomplaciente, sino que debería retomar reflexiones del estilo de las vertidas por Simmel en torno a la tragedia de la cultura contemporánea. Entre otras cosas porque, a medida que se acumulan más y más saberes, no solo se vuelve difícil entender su sentido, sino que también se torna imperioso afrontar con seriedad la compleja problemática relativa a la transmisión de los legados a las nuevas generaciones. □

¹³ “Es cierto que siempre me he identificado con el marxismo, o al menos de lo que conflictivamente se entiende por tal cuestionado concepto hasta por el propio Marx. Me formé bajo la influencia del marxismo-leninismo y, aunque luego observé algunas insuficiencias dogmáticas en dicha concepción tras la lectura de otras perspectivas desde el llamado ‘marxismo occidental’, sigo considerando que el núcleo duro del marxismo o de la concepción dialéctico-materialista de la historia es esencial, aunque no suficiente, para explicar y comprender el desarrollo histórico de la sociedad humana y sus perspectivas” (P. G. G. [Pablo González Guadarrama] comunicación personal al autor, abril de 2015).

Discurso por el contexto: hacia una arqueología de la historia intelectual en Argentina

Jorge Myers

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Como ocurre en todas las disciplinas humanísticas, la idea que podamos tener de la historia intelectual como campo, subcampo o simple zona de intersección de miradas evoca una cuestión de fronteras al mismo tiempo que las pone en cuestión. El término historia intelectual, que ha servido para designar las actividades realizadas por quienes pertenecen al Centro cuyo aniversario estamos ahora conmemorando, es tan solo uno entre muchos que pudieron haber servido para dar nombre a las mismas: *historia de los conceptos, historia de los discursos, historia del pensamiento, historia de los intelectuales y su producción, historia de las mentalidades, historia de las ideas, historia cultural, historia de la civilización*, o –aun– *filología histórica*, son tan solo algunos de los términos posibles que hubiera sido legítimo emplear como designación del objeto de estudio de esta institución. “What’s in a name? A rose by any other would smell as sweet!” Más allá de la elocuencia con que el gran bardo inglés supo expresar su nominalismo radical, solo se puede responder en este caso: sí, es cierto, pero no. Cada uno de esos nombres –por más que ellos enfoquen, por más que recubran semánticamente, en mayor o en menor medida, un mismo territorio de actividades humanas, por más que puedan parecer, al menos en ciertos contextos, solaparse y hasta volverse (potencialmente) sinoními-

cos– encierra en sí mismo un conjunto de pre-conceptos metodológicos, epistemológicos y hasta ontológicos, un conjunto de expectativas apriorísticas acerca de los contornos de su objeto de estudio, sus límites y su importancia, que varían entre sí profundamente, tanto hasta tornarlos, en ciertos otros contextos, absolutamente incommensurables entre sí. Postulan, si se quiere, *epistemes* alternativas en cuyo interior la propia naturaleza del objeto analizado muda radicalmente de identidad. La consolidación, en las últimas décadas, del espacio propio de indagación de la historia intelectual, tanto en el mundo como en la Argentina, no ha podido ser ajena a esa condición específica de incomensurabilidad o de incongruencia entre los distintos campos que de algún modo le han servido de antecedentes. En las páginas que siguen proponemos esbozar el desarrollo de aquellos antecedentes de la “historia intelectual” que juzgamos más importantes, para luego reflexionar sobre los prolegómenos de este espacio disciplinar en la Argentina.

Un primer esfuerzo sostenido por establecer un dominio de investigación constituido autónomamente frente tanto a la filosofía como a las demás ramas de la historia fue la *Kulturgeschichte* alemana, producto tardío de la universidad de los mandarines, corriente cuya consolidación fue impulsada por figuras

como Eberhard Gothein, Wilhelm Dilthey, Karl Lamprecht, Karl Burdach, entre otros. Utilizado ese término en 1852 por primera vez, el espacio de una historia cultural que se pretendía disciplinariamente autónoma se consolidó a partir de la importante obra de los historiadores de Basel, Jacob Burckhardt (*Die Kultur der Renaissance in Italien [La cultura del Renacimiento en Italia]*, 1860, y *Griechische Kulturgeschichte [Historia de la cultura griega]*, 1902) y Johan Jakob Bachofen (hoy considerado más bien un antropólogo histórico, *Das Mutterrecht [El derecho materno]*, 1860, *Versuch über die Gräbersymbolik der Alten [Investigación acerca de la simbólica funeraria de los antiguos]*, 1859), prolongándose como zona de gran productividad intelectual hasta mediados de la década de 1930. Erich Auerbach describió la *Kulturgeschichte* del siguiente modo:

La *Kulturgeschichte* de Burckhardt se distingue de la *Geistesgeschichte* en tanto sus ideas generales muy elásticas no implican ningún sistema de filosofía de la historia ni mística histórica alguna; y se distingue de los métodos positivistas porque Burckhardt no tuvo necesidad de procedimientos tomados de la psicología o de la sociología –un conocimiento vasto y exacto de los hechos, dominado por el juicio instintivo de un espíritu sin prevenciones apriorísticas, le ha bastado–. Ha encontrado un sucesor que se le puede parangonar por el método y por el espíritu en el holandés Johan Huizinga, autor de un célebre libro sobre el ocaso de la edad media (1^a edición holandesa de 1919).¹

El propio Auerbach pudo haberse incluido a sí mismo dentro del elenco de sucesores de

Burckhardt, así como algunos estudios recientes lo incluirían al Walter Benjamin de los ensayos sobre Goethe y sobre los *Trauerspiele* del barroco alemán. Como modo de practicar la historia, la *Kulturgeschichte* permitió organizar dentro de un campo unificado de estudios un conjunto de fenómenos y objetos que hasta ese momento habían sido, o ignorados por completo, o reclinados en un espacio muy marginal de la práctica hegemónica de los historiadores: todos aquellos referidos a los procesos de simbolización en el interior de una sociedad, tanto en sus aspectos discursivo-ideológicos cuanto en sus aspectos materiales. Si la existencia de clásicos representativos de gran proyección intelectual, que podían servir para ofrecer un paradigma de investigación, si la multiplicación de líneas de investigación conducidas dentro de ese paradigma, la creación de revistas, de espacios institucionales en las universidades, etc., confirman la existencia de un campo consolidado, entonces de la *Kulturgeschichte* se puede decir –y ello con independencia de la creciente crisis que afectó en su país de origen a ese territorio historiográfico luego de la Primera Guerra Mundial– que en 1920 o 1930 lo era ya, y de una forma muy clara. De modo que para el momento en que comenzó a perfilarse como una práctica profesional el estudio de la historia en la Argentina, la “historia cultural”, tal como esta se practicaba en Alemania y en los países, como Italia o Inglaterra, hacia los cuales se proyectaba la inteligencia alemana, estaba ya disponible como espacio consolidado en cuyo interior legitimar el estatuto de la propia obra.²

¹ Erich Auerbach, *Introduzione alla filologia romanza*, Turín, Einaudi, 2001, p. 40.

² De la vasta bibliografía sobre la *Kulturgeschichte* y la *Geistesgeschichte* germanas, además de las mencionadas en el texto, me han resultado especialmente útiles: Pietro Rossi, *Lo storicismo tedesco contemporaneo*, Milán, Edizioni di Comunità, 1994; Antonello Giugliano, *La storia della cultura fra Goethe e Lamprecht*, Cattanzaro, Rubettino Editore, 1998; Karl Löwith, *Meaning in History: the Theological Implications of the Phi-*

En paralelo a la *Kulturgeschichte* se iría consolidando en los años intermedios del siglo XX otro gran espacio paradigmático-disciplinar para la realización de estudios históricos acerca de los objetos y los discursos del pasado cuyo interés radicaba principal o únicamente en su capacidad de vehiculizar significados, es decir, en su poder para expresar los aspectos simbólicos de una sociedad: la *history of ideas* de prosapia anglo-norteamericana. Es ya parte de la historia canónica de la “historia de las ideas”, no solo entre quienes siguen identificándose principalmente con este término, sino también entre muchos de los que practican la historia conceptual o la historia intelectual, el señalamiento de que esa orientación disciplinar tuvo su momento de cristalización en 1933, con la presentación de las conferencias que luego derivaron en la publicación (1936) del libro clásico del germano-norteamericano Arthur Lovejoy, *The Great Chain of Being* [*La gran cadena del Ser*]. Cuatro años más tarde, el propio Lovejoy impulsaría la fundación de una revista académica dedicada exclusivamente a publicar trabajos realizados dentro de este campo: el *Journal of the History of Ideas*, en existencia continua desde 1940. Lovejoy enfatizó en la introducción a su libro sobre la gran cadena del ser la relación que había existido entre la interrogación histórica acerca del pensamiento pretérito y la filosofía: en su opinión, la historia del pensamiento había sido hasta el siglo XX, siempre, una parte de la práctica de la filosofía, asumiendo fundamentalmente la forma de una historia de la filosofía. Su propio proyecto consistía en establecer un campo autónomo en cuyo interior fuera posible estu-

diar *las ideas* separadas de las escuelas –de los ismos– en que se dividía la tradición filosófica occidental, historizando de ese modo la acción de pensar. Las ideas, por fuera de cualquier concepción filosófica o religiosa, tenían una historia propia, específica, y esta podía ser reconstruida por el historiador. Puede ser, quizás, que la innovación más importante –en términos teórico-metodológicos– lanzada por Lovejoy en ese libro haya sido la noción de las *unit-ideas*: las ideas como unidades simples, básicas, aprehensibles por parte del historiador y factibles, por ende, de ser el objeto primordial de cualquier investigación acerca de la historia del pensamiento. Las *unit-ideas* constituyen el objeto específico que define los propósitos y las fronteras del campo de la historia de las ideas. Desligadas de cualquier vínculo apriorístico con los “ismos” religiosos, filosóficos, político-ideológicos existentes, el hecho de que el historiador colocara el foco de su análisis sobre las *unit-ideas* constituía una garantía de la científicidad de su empresa y reduciría –al menos ello era lo que se esperaba– la posible contaminación por parte de creencias dogmáticas externas al objeto de estudio. Cuarenta años antes de que Bourdieu insistiera –con razón– en la importancia de practicar una historia de los intelectuales desideologizada, en cuyo seno el señalamiento de identidades de “derecha”, “centro” o “izquierda”, con sus concomitantes juicios de valor, quedara desterrado a favor de un análisis anclado en el estudio de las reglas concretas que regían la vida intelectual como actividad social, la propuesta de Lovejoy, asociada, es cierto, a una concepción de las “ideas” que tendía a minimizar sus vínculos con un contexto específico y a inyectar –de un modo hasta cierto punto contrario a la intención original del propio Lovejoy– cierto esencialismo ahistorical a la propia noción de *unit-ideas*, buscó generar el mismo efecto de *laicidad* en un campo que cargaba –sobre todo en el mundo anglosajón, donde la polémica reli-

losophy of History, Chicago, University of Chicago Press, 1949; Karl Löwith, *Jakob Burckhardt*, Bari, Editori Laterza, 2004; Raymond Aron, *La philosophie critique de l'histoire*, París, Seuil/Vrin, 1969. Estas referencias no agotan, evidentemente, el campo de lecturas que he buscado sintetizar en estas breves líneas.

giosa seguía estando muy viva— con el lastre de una demasiada proximidad a sus raíces filosóficas y teológicas. Más allá de la especificidad teórica o conceptual concreta del modelo promovido por Lovejoy, el hecho es que a partir de fines de la década de 1930 se consolidó también ese campo —con obras representativas de historia de las ideas referidas al Renacimiento en Italia y en Europa, a la Reforma, a la revolución científica y aun al nacimiento de disciplinas como la sociología (el caso de la obra de Robert A. Nisbet, *The Sociological Tradition [La formación del pensamiento sociológico]*, 1966)—, llegando a ofrecer a los historiadores que se interesaran en la historia de los fenómenos culturales o de los modos de pensamiento del pasado una alternativa a la más antigua “historia cultural” de prosapia alemana.³

Desde una perspectiva latinoamericana, entonces, se hallaban en existencia, hacia mediados del siglo xx, dos grandes campos de investigación, cada uno con su tradición y sus reglas, en cuyo interior era posible imaginar una exploración sistemática de la producción cultural, intelectual, discursiva del pasado, sin que esta estuviera necesariamente subordinada al espacio disciplinar de la filosofía. Si para ese momento la tradicional *Kulturgeschichte* parecía estar mostrando claros signos de agotamiento —las obras que se reclamaron de su legado comenzaban a estar, hacia 1955 o 1965, impregnadas de cierto tufillo de avenjamiento—, no por ello dejaba de contar en Hispanoamérica con investigadores que colocaban su obra bajo esa égida. La más reciente

“history of ideas”, a su vez, si comenzaba a ser cuestionada en los años sesenta por su origen norteamericano, en medio de la creciente polémica entre la espada/fusil y la pluma y en un clima erizado de antiimperialismo, tampoco dejaba de hallar autores en nuestra región que se sentían interpelados por una parte al menos del programa que había venido a proponer. En 1953-1955 —el momento de *Imago Mundi*— y todavía en 1962-1965 —decanato de José Luis Romero en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA— cada uno de esos campos disciplinares con sus respectivos paradigmas tenía todavía cierta presencia en la Argentina y podía seguir siendo un surtidero de perspectivas de investigación para quien se interesara en los aspectos de la historia más vinculados a la dilucidación de las tramas de significación pretéritas que a sus aspectos exclusivamente materiales y/o político-fácticos.

En la construcción del pasado de la historia intelectual, si las grandes corrientes paradigmáticas y las obras monográficas contenidas dentro de los límites estrechos de una estricta dependencia disciplinar definieron el espacio para el estudio histórico de los fenómenos de producción intelectual y cultural —y fue a partir del contexto configurado por ellas que debió necesariamente surgir la historia intelectual que hoy se practica—, hubo otro elemento que a nuestro juicio ha sido tan importante como los ya mencionados: la existencia de ciertas obras devenidas puntos de condensación canónica de la historiografía —clásicos si se quiere—, que han podido y quizás exigido ser aprehendidas desde los parámetros actuales del campo como antecedentes directos o tangenciales del mismo. Entre estos libros modélicos se encontraban algunos estudios generales, que habían pretendido abrazar sintéticamente zonas ampliamente panorámicas del pasado cultural o intelectual de la Argentina o de Hispanoamérica, y también otros cuya perspectiva era en apariencia más limi-

³ Sobre Arthur Lovejoy véase Daniel J. Wilson, *Arthur O. Lovejoy and the Quest for Intelligibility*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1980. Sobre otros dos historiadores norteamericanos afines, especializados en historia del pensamiento, véase H. Lark Hall, *V. L. Parrington, Through the Avenue of Art*, New Brunswick/Londres, Transaction Publishers, 1994; William E. Cain, *F. O. Matthiessen and the Politics of Criticism*, Madison, University of Wisconsin Press, 1988.

tada, pero que bajo esa apariencia engañosamente escondían ambiciones interpretativas tan amplias como las de los primeros. Algunos de los hitos de condensación canónica más importantes fueron, sin agotar la lista, los siguientes: José Ingenieros, *Evolución de las ideas argentinas* (1917/1918), Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (1936); José Luis Romero, *Las ideas políticas en la Argentina* (1946); Pedro Henríquez Ureña, *Historia cultural de la América Hispánica* (1947). Quisiera detenerme, aquí, en solo dos de estas obras.

En 1917, José Ingenieros, conocido hasta ese momento más como sociólogo positivista que como historiador –en aquella época la distinción entre estas dos identidades era mucho más tenue que hoy– había dado inicio a un proyecto intelectual muy ambicioso, consistente en una reinterpretación del conjunto del pasado argentino a partir del estudio de la historia de las ideas que habían animado el accionar de generaciones sucesivas, y que debía ser a la vez un estudio objetivo de los hechos verdaderos del pasado argentino y una guía para el comportamiento ético destinado a las juventudes de este país. Obra ambiciosa e inconclusa por la muerte temprana de su autor, y escrita con la urgencia que le imprimía el hecho de la gran guerra en curso, fue la primera quizás en defender –a partir de un marco teórico que todavía manifestaba muchas huellas del positivismo científico en el cual se había formado– la centralidad de la historia del pensamiento, de las ideas, para la comprensión del pasado argentino. Explicaba su proyecto del siguiente modo:

Después de mucho leer y meditar sobre las corrientes ideológicas que han inspirado a las minorías cultas, durante la formación de la sociedad argentina, el autor ha creído llegar a una arquitectónica de su asunto, solo modificable por retoques de albañilería. [...] Deseando ser exacta antes que

parecer original, esta obra se divide en tres partes: La Revolución, La Restauración, y La Organización, precedidas por una sinopsis de La Mentalidad Colonial. En cada una –sirviéndole de cañamazo la historia– el autor expone lo que sabe acerca de las ideas en lucha: políticas, sociales, religiosas, filosóficas, educacionales, de su genealogía, de sus hombres representativos, de su función militante, de sus correlaciones invisibles. Algunos juicios no son los corrientes ni podrían serlo; lo que ocurre sobre el tablado no es igual para quien admira los títeres que para quien observa los hilos.⁴

En las más de 1200 páginas de texto que siguieron, Ingenieros buscó cumplir con el propósito enunciado: interpretar la historia argentina en términos de una lucha de ideas, en cuyo interior las ideas particulares estaban puestas al servicio de dos grandes principios organizativos –la conservación de la Feudalidad y la propulsión de la Democracia–, y organizadas en función de ellas. Si bien la crítica más directa que se le puede dirigir hoy a ese temprano esfuerzo, desde el mirador de una historia intelectual en vías de consolidar su identidad, es que la especificidad de las ideas parecía por momentos diluirse en un relato dominado por el análisis político-social, el proyecto paralelo que acompañó la escritura de ese libro desmiente parcialmente tal conclusión, y constituye también un importante antecedente de la práctica actual de la historia intelectual en este país: la edición de clásicos del pensamiento argentino en la colección que llevaba el título de *La cultura argentina* entre 1915 y su fallecimiento en 1925. Cada uno de los tomos incluía una breve semblanza biográfica del autor más un

⁴ José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas* [1918], Buenos Aires, El Ateneo, 1951, pp. 8-9.

estudio introductorio sobre la obra en cuestión escrito por un especialista.⁵

En 1946 un entonces muy joven escritor, José Luis Romero, publicaba en la colección Tierra Firme del Fondo de Cultura Económica de México su primer libro clásico, *Las ideas políticas en Argentina*. Allí enunciaba su visión de lo que debía ser una moderna e intelectualmente productiva historia de las ideas en los siguientes términos:

El autor considera imprescindible hacer algunas aclaraciones sobre el punto de vista que ha adoptado. Si se concibiera la historia de las ideas políticas exclusivamente como exposición del pensamiento doctrinario, acaso no hubiera valido la pena escribir este libro. Ni en la Argentina ni en el resto de los países hispanoamericanos ha florecido un pensamiento teórico original y vigoroso en materia política, ni era verosímil que floreciera. Pero el punto de vista adoptado al concebir este libro ha sido otro. Aparte que sea o no original en el plano doctrinario, el pensamiento político de una colectividad posee siempre un altísimo interés histórico; pero no solamente en cuanto es idea pura, sino también –y acaso más– en cuanto es conciencia de una actitud y motor de una conducta.

Y explicaba más adelante:

Las ideas políticas que el autor ha tratado de precisar y seguir en el hilo del tiempo no son sólo aquellas puras y originales en que ha florecido el genio especulativo; son

también los remedos de ideas, cuyas deformaciones constituyen ya un hecho de cultura de profunda significación; y son ciertos impulsos que entrañan y presuponen una determinada predisposición, con los que se nutrirán luego las ideas claras y distintas, apenas entrevistas en el momento primero de su irrupción, pero latentes en su indecisa forma y en su orientación aproximativa. Acaso se pueda objetar que el autor se exceda en el uso de la palabra *idea*; pero está convencido de que en el campo de la historia de la cultura no es posible aislar en ese concepto las formas pulcras y perfectas de las formas elementales y bastardas. La vida social es el resultado de la convivencia de quienes poseen muy variados patrimonios intelectuales, y sería un peligroso criterio histórico no apreciar la significación de ciertos aportes de opinión, porque nunca fueron expuestos con claridad y con plena conciencia. Firme en este propósito, el autor ha procurado siempre descender desde el plano de las ideas claras y distintas hasta el fondo oscuro de los impulsos elementales y las ideas bastardas, seguro de llegar, de este modo, a la fuente viva de donde surge la savia nutricia que presta a las convicciones esa fuerza tan particular de nuestra historia política.⁶

Romero –cuya obra temprana había estado dedicada a dilucidar la historia política y cultural romana empleando las herramientas que le otorgaba la *Kulturgeschichte* alemana, la sociología de la tradición de Simmel, Weber y Sombart y la filosofía de Max Scheler– dejaba traslucir en esta declaración de principios metodológicos su profunda compenetración con la tradición de la historia cultural,

⁵ Sobre Ingenieros véanse de Oscar Terán, *José Ingenieros: Pensar la Nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986; *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986; *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987; *Vida intelectual en el Buenos Aires “Fin-de-siglo”*, *Derivas de la Cultura Científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

⁶ José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina* [1946], México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 10-11.

pero también permitía intuir ya lo que sería su segunda época como historiador de las ideas, cuando la historia cultural terminara de transmutarse para él en “historia social”. Para llegar allí debió pasar por la importante experiencia de dos revistas culturales: *Realidad* (1947-1949) e *Imago Mundi* (1953-1956). En ellas, al mismo tiempo que se renovaba el universo de referencias teóricas y metodológicas disponibles en la Argentina para encarar trabajos dedicados a la historia del pensamiento, aparecieron también ecos de la crisis que desde antes de la Segunda Guerra venía agrietando el edificio otrora tan aparentemente sólido de la *Kulturgeschichte*, y ello en el preciso momento en que, si hemos de aceptar la periodización y el argumento de Francis Mulhern, también se derrumbaban las certezas que habían permitido la emergencia de ese tan particular oficio intelectual –el de la *Kulturkritik*– que hacía de la “alta cultura” un tribunal independiente desde el cual someter a juicio los problemas sociales y políticos de la propia época.⁷

A lo largo de los años de 1960, 1970 y 1980 esa crisis terminó de liquidar la legitimidad de la empresa tradicional de la *Kulturgeschichte* y socavó también las certezas del modelo “lovejoyano” de historia de las ideas: en un clima intelectual marcado por una catarata de novedades desde fines de la década de 1950, cuando el existencialismo sartreano cedió rápidamente el lugar de preeminencia a una competencia entre corrientes “estructuralistas” de variada procedencia –aunque la variante antropológica y la semiótica hayan sido las más difundidas–, y que a su vez debieron competir con renovaciones del debate marxista que tanto desde el neo-gramscismo cuanto desde el marxismo cultural inglés tendían a poner en cuestión el presupuesto eli-

tista de la teoría de la vanguardia –valorización de lo popular que también se fortaleció a partir de la legitimación de la cultura popular como objeto de interés científico para la antropología cultural y la sociología de la cultura–, la historia de las ideas o del pensamiento como se había practicado durante el siglo XX –aun en sus versiones teóricamente más pedestres– pareció condenada a una necesaria extinción. Por un lado la noción de la “crisis del sujeto” ponía en tela de juicio la propia existencia del tipo de agencia que hasta entonces se les venía asignando a las minorías cultas, a las élites doctas, a los productores de conocimiento, a ideólogos e intelectuales definidos de múltiples maneras; y, por otro lado, la creciente puesta en valor de la “cultura popular” –definírase esta del modo que se quisiera– implicaba que aun en el caso de que existiera una agencia humana por detrás de los sistemas de signos que “nos hablaban”, aquella *tradicionalmente* reconocida como portadora de las ideas que habían sido el objeto por excelencia de la historia del pensamiento y de la cultura –las minorías o las élites cultas– merecía ser dejada de lado por el estudioso ya que no era en ella donde se podría encontrar un saber suficiente para develar los enigmas de las sociedades modernas.

Una excepción podría aducirse que, sin embargo, no lo fue tanto: el sartrismo vernáculo. A semejanza de su fuente francesa, sí reconocía la importancia de las ideas doctas y de los intelectuales en los procesos sociales e históricos, pero entendía la misión del escritor –incluyendo bajo esta categoría también a los que escribían sobre historia de las ideas y de la cultura– en términos de compromiso y denuncia. A partir de *Contorno* y su grupo se plasmó una corriente muy nutrida de historias culturales e intelectuales de la Argentina cuyo signo preponderante consistió en cierto “denuncialismo”: David Viñas y Juan José Sebrelli. Más allá de la calidad intrínseca de su obra, difícilmente pudo convertirse en antece-

⁷ Véase Francis Mulhern, *Culture/Metaculture*, Londres, Routledge, 2000.

dente o fuente para una historia intelectual que asumiera el desafío de la reconstrucción contextual del pasado.

En los orígenes de la historia intelectual que hoy es posible practicar en la Argentina se sitúan dos historiadores de proporciones mayores, el ya mencionado José Luis Romero y Túlio Halperin Donghi. De Romero, cuya obra ya ha sido invocada, añadiré simplemente que el impacto de su libro tardío, *América Latina: las ciudades y las ideas*, sigue inspirando importantes vetas de investigación en este país y en América Latina. Sería demasiado arriesgado decir que la obra de Túlio Halperin Donghi estuvo dominada por cuestiones relativas a la historia de las ideas, de la cultura y de los intelectuales: concedió, sin embargo, a estas tres cuestiones un lugar de privilegio en libros y ensayos publicados desde los años 1950. Ya sus primeros trabajos habían abordado el pensamiento de algunos de los principales autores/políticos del siglo XIX, entre los cuales destaca su *coup-de-grâce* de 1951 a la reputación póstuma de Esteban Echeverría, que fue también su primer libro. Esos tempranos libros y ensayos –que se fueron escalonando a lo largo de los años 1949 a 1961– hicieron del análisis del pensamiento, y sobre todo del pensamiento de los escritores de la primera generación romántica argentina, su centro. Obras menores en el contexto de un largo oficio de historiador que lo llevó a conquistar para su interpretación un dominio magistral simultáneo de la historia económica, social, política, cultural e intelectual de la Argentina –cuyas coordenadas utilizaría además para intentar ordenar el abigarrado espectro de la historia contemporánea de América Latina–, indicaban ya en su capacidad para colocar el movimiento de las ideas en sus contextos específicos de origen y de circulación –tanto sociopolíticos cuanto específicamente ideológico-discursivos–, en el escepticismo historiográfico que aplicaba su mirada escudriñadora a las ideas recibidas y en la rara habilidad para detectar las aporías profundas

que habitan todo esfuerzo por dar cuenta, mediante las herramientas del lenguaje y del intelecto humano, de una experiencia histórica que siempre se mostraba reacia a ser sometida a esquemas intelectuales, algunos de los caminos que habría de transitar la historia intelectual contemporánea, en casi todas sus diversas zonas de especialización. Sin espacio para explorar más detalladamente su legado para la naciente historia intelectual, menciono simplemente dos clásicos de historia intelectual *avant la lettre* nacidos de su pluma: *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (1961) y *Una nación para el desierto argentino* (1982).

En un lapso de tiempo cuyas fronteras exactas son difusas, emergió en la Argentina a mediados de los años 1980 una nueva historia de las ideas renovada por el impacto de la obra de Michel Foucault, por la recepción de la obra del marxismo cultural inglés –sobre todo de E. P. Thompson (a Williams lo ubico en otro registro)–, y por la incorporación de la sociología de los intelectuales y de la cultura de Pierre Bourdieu y su escuela a la agenda de debate histórico local. Casi al mismo tiempo comenzaban a circular, de un modo sistemático, entre los historiadores interesados en la historia del pensamiento, los textos básicos de dos corrientes historiográficas que tendrían un importante desarrollo en la Argentina y en toda América Latina. Por un lado, aquellos asociados a la llamada “escuela de Cambridge” de historia de las ideas políticas –centrada en la obra de J. G. A. Pocock y Quentin Skinner–, cuyo énfasis estuvo colocado sobre la importancia de una lectura *contextualizada* de las obras y las ideas del pasado. Pocock, de un modo más sistemático que Skinner, ha insistido en que el propósito específico de la historia del pensamiento debía ser la identificación y la reconstrucción histórica de lenguajes o discursos formados por un cuerpo heterogéneo de ideologemas, y en cuyo interior los clásicos debían disol-

verse, perdiendo su estatuto de objetos dotados de una especificidad especial, “aurática”, ya que todo enunciado de una época determinada, sin importar el tipo de vehículo que lo movilizó –libros, periódicos, discursos parlamentarios, etc.– contribuye a la elaboración de un lenguaje específico de la política. Ambos han coincidido en postular que las palabras son acciones, que las expresiones verbales emitidas en el plano de la discursividad tienen efectos tan concretos como cualquier otro tipo de acción humana, y que, por ende, el estudio de los discursos no ocupa un lugar marginal y aislado dentro de la compleja geografía que ha ido asumiendo la ciencia histórica en las últimas décadas, sino que repercute de un modo directo e intenso sobre todos los demás espacios de la misma.

La segunda corriente que ha tenido un gran impacto visible en la historia latinoamericana durante los últimos veinte años ha sido la *Begegnungsgeschichte* –sucesora hasta cierto punto de las ambiciones heurísticas de la antigua *Kulturgeschichte* aunque con una conciencia mayor de los límites modestos a los que puede aspirar cualquier empresa de reconstrucción y/o interpretación historiográfica–. No me detendré a describir los rasgos básicos de una corriente cuya amplísima repercusión la ha hecho moneda corriente entre nosotros: me limitaré a sugerir que la relación entre esta y el campo de la historia intelectual, si bien ha sido productiva desde el punto de vista de la tematización de los núcleos de significación lingüísticos como constituyentes centrales de cualquier empresa historiográfica moderna, subrayando al igual que la escuela de Cambridge la posibilidad y la productividad de un análisis histórico centrado en el análisis semiótico de la sociedad –como lo ha hecho también en sede antropológica Clifford Geertz–, registra ciertas zonas de mutua incommensurabilidad.

Un tercer modo de enfocar el estudio histórico de las ideas y de sus productores ha sido

la sociología de los intelectuales desarrollada en las obras de Pierre Bourdieu y su escuela, que en su recepción por parte de los historiadores locales dedicados a la historia del pensamiento se solapó con aquella de la obra más sociológica del padre fundador de los *cultural studies* del Reino Unido, Richard Hoggart, y con aquella otra del principal teórico del materialismo cultural, Raymond Williams. Mientras que la progresiva transformación de la sociología de la cultura desenvuelta por Bourdieu a partir de su inicial marca estructuralista en una sociología posestructuralista de los intelectuales ofrecía al historiador todo un arsenal de sugerencias teóricas y metodológicas, con sus propios vocabularios especializados, la obra de Hoggart tanto como la de Williams ha enfatizado la necesaria segmentación social de todo fenómeno, de toda práctica u objeto cultural, y el rol que en la construcción de los significados socialmente legítimos que “marcan” esas prácticas y esos objetos ejercen las minorías cultas, los estratos poseedores de autoridad en materia cultural. De este modo, la intersección entre ambas miradas ha permitido delinear un espacio de indagación cuyo sentido podría ser expresado metafóricamente a través de la siguiente figura conceptista: el proyecto williamsiano de análisis histórico de la cultura y de la sociedad parecería haber dado lugar a otro en el cual el lugar de la conjuntiva ha sido ocupado ahora por un referente específico: los intelectuales. El título tan preciso de *Cultura y sociedad* exigiría ahora transformarse en: *Cultura, Intelectuales, Sociedad*.

¿Por qué historia intelectual? ¿Por qué, entre tantas designaciones posibles, esta para designar la actividad que realiza el Centro cuyo aniversario ha incitado esta reflexión? Este término, en sintonía con lo ocurrido en otras partes del mundo, desde Francia hasta los Estados Unidos, ha venido a identificar explícitamente la ruptura entre el modo contemporáneo de abordar el pensamiento de épocas

pasadas y aquel de las dos grandes corrientes que mencioné al principio, la historia cultural y la historia de las ideas. Sin estar afiliada a ninguna posición teórica exclusiva –y esta es una diferencia básica entre la “historia intelectual” que se desarrolla, no solo en este Centro, sino en muchas universidades del mundo, y la “historia de los conceptos” que cubre en gran medida el mismo terreno– la historia intelectual analiza los procesos de producción de significados en el interior de una sociedad, centrándolo su análisis tanto en el producto final de esos procesos, con sus contenidos –que por su propia naturaleza están abiertos a una pluralidad de interpretaciones–, cuanto en los productores y en los contextos de producción de los mismos. Si hay algo que define la diferencia entre la historia intelectual del momento actual y la historia de las ideas de tipo más tradicional, es la atención que presta la actual al contexto en cuyo interior están insitidos los discursos (vale la pena recordar que los discursos objeto de la historia intelectual no necesariamente son exclusivamente verbales; la producción de imágenes también elabora series discursivas, una evidencia de la cual Benjamin parece haberse hecho cargo en los años 1930, al sostener que la arqueología de la modernidad es consustancial a una “historische

Index der Bilder” [el registro histórico de las imágenes] y que la tarea del historiador consiste básicamente en una *Bildforschung*).⁸ Los discursos y las ideas (o ideologemas) que vehiculizan no pueden ser tratados de un modo adecuado por una historia que no acepte que una parte central de su tarea consistirá en una reconstrucción e interpretación de la dimensión contextual de los mismos: al menos este parecería ser el desafío principal del que debería hacerse cargo una historia del pensamiento o de la cultura llevada a cabo en clave de historia intelectual. En un espacio que por definición ha estado abierto a una multiplicidad de perspectivas de análisis, y en cuyo interior han confluido distintas prácticas disciplinares y distintos paradigmas filosóficos –incluyendo, en gran medida, aquellos en los cuales se ha basado la historia de los conceptos–, la principal prescripción metodológica parecería ser, pues, esta: que solo será historiográficamente legítima aquella exploración que acepte la necesidad de acceder –en términos historiográficos– al discurso por el contexto. □

⁸ Christian J. Emden, *Walter Benjamins Archäologie der Moderne: Kulturwissenschaft um 1930*, Munich, Wilhelm Fink Verlag, 2006, p. 12.

En primera persona

Sobre el abordaje de Oscar Terán a los románticos del 37 y su literatura

Alejandra Laera

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Alberdi con Terán

No ha sido igual el abordaje a la figura de Juan Bautista Alberdi después del estudio de Oscar Terán que acompañó su antología fundamental de los *Escritos póstumos*.¹ En esa lectura, en la que Terán daba cuenta de la innumerable cantidad de textos que Alberdi no había llegado a publicar en vida, se proponía una biografía intelectual nueva. Alberdi, según este redimensionamiento, no era solo aquel que formaba parte de la generación del 37 y cuyo pensamiento había sido la base de la Constitución argentina; también es aquel que exploró la contradictoria relación entre poder y saber, quien anudó de modo particular el vínculo entre liberalismo e individualismo, quien supo dar cauce teórico a un nacionalismo constitucionalista, y, sobre todo, es ese hombre ambivalente en muchas de sus reflexiones y cuya producción resulta tan amplia como imposible de homogeneizar. A la luz del efecto que sobre Alberdi tuvo la lectura de Oscar Terán, me interesa pensar, complementariamente, de qué modo esa lectura repercutió sobre el propio Terán.

¿Cómo llegó a los escritos póstumos? ¿Fue a buscar allí algo que le interesaba previa-

mente (una idea, una visión, una interpretación), o se acercó a ellos por la figura misma de Alberdi? Y esta pregunta no es menor si se tiene en cuenta, frente a la importancia de su relectura, que desde aquel estudio publicado en 1988 no hay, hasta las publicaciones de sus últimos años, un retorno sistemático o de peso ni a la generación del 37 ni al romanticismo, aun cuando sí haya vuelto a escribir sobre Alberdi. Tras el estudio preliminar a los *Escritos póstumos*, Terán vuelve dos veces a su figura: en 1996 prologa la compilación *Escritos de Juan Bautista Alberdi. El redactor de la ley*, que integra una colección dirigida por él mismo; casi diez años después, en el 2004, publica *Las palabras ausentes: para leer los Escritos póstumos de Juan Bautista Alberdi*, libro de pequeño formato que pertenece a una serie denominada “Colección Popular”.² Es recién al final de su vida cuando llega al momento romántico desde otro lugar. Publica entonces *Para leer el Facundo. Civilización y barbarie: cultura de fricción*, que forma parte de la colección “Claves para todos”, en 2007, y al año siguiente la *Historia de las ideas en*

¹ Oscar Terán, *Alberdi póstumo*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

² Oscar Terán, *Escritos de Juan Bautista Alberdi. El redactor de la ley*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996, y *Las palabras ausentes: para leer los Escritos póstumos de Juan Bautista Alberdi*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980, cuya tercera lección hace foco en el *Facundo* de Sarmiento y en las *Bases de Alberdi*, y que pertenece a una serie llamada “Biblioteca Básica de Historia”.³

Si además de considerar el lugar que esta producción ocupa en la carrera de Terán atendemos a las condiciones de cada publicación, puede pensarse que el estudio de la generación del 37 y de los románticos, cuyo punto fuerte fue Alberdi, se llevó a cabo entre dos objetivos: rastrear en el pasado elementos que permitieran entender el presente, a lo cual contribuyen tanto la historia de las ideas como la biografía intelectual, y ejercer la alta divulgación. Y aunque al comienzo se observa más la consecución del primero, y hacia el final, del último, ambos objetivos se aproximan de entrada y se fusionan cada vez más. De hecho, y como si se tratara, precisamente, de ir en busca de la ideología argentina o de las ideas centrales en el diseño de la nación, el interés de Terán en el Alberdi de los *Escritos póstumos* sintoniza con la insistencia con la que a mediados de los años 80 se acerca a José Ingenieros en *Pensar la nación* (1986), *En busca de la ideología argentina* (1986) y *Positivismo y nación en la Argentina* (1987).⁴ Pero, a la vez, y a diferencia de lo ocurrido con otros de sus estudios, los dedicados a Alberdi y eventualmente a la generación del 37 fueron objeto privilegiado de difusión, ya sea por conformar antologías, o, más tardíamente, por integrar colecciones de divulgación.

Es notable, en relación con todo esto, que un intelectual como Terán, que fue modificando en su trayectoria perspectivas históricas y teóricas, no haya cambiado en lo fundamental su mirada sobre los hombres del 37: “Pasemos entonces a Juan Bautista Alberdi, con motivo del cual ampliaremos y complejizaremos nuestro panorama sobre las formaciones del pensamiento liberal argentino en el siglo xix”, señala en su *Historia de las ideas en la Argentina*; y aclara enseguida:

Aquí el tono de esta lección cambiará de registro, teniendo en cuenta lo ya avanzado en las lecciones anteriores y especialmente en la parte referida al *Facundo*. Asimismo, se nota en lo que sigue la marca de un par de trabajos míos, anteriores, sobre el propio Alberdi, de la que siempre resulta difícil desprenderse (p. 91).

No se trata solamente de volver a un tema, por lo tanto, sino de hacerlo de un modo que no difiere sustancialmente ni en su lectura ni en su formulación. Y si bien eso mismo lo convierte en un objeto en especial apto para la alta divulgación, también lo evidencia como un objeto cuya lectura es en buena medida subsidiaria de objetivos que no apuntan estrictamente a su conocimiento (el de la generación del 37 y el romanticismo), sino a buscar en él claves o rasgos que permitan explicar el devenir de las ideas en la Argentina y, en consecuencia, su constitución, su situación.⁵

³ Oscar Terán, *Para leer el Facundo. Civilización y barbarie: cultura de fricción*, colección “Claves para todos”, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2007, e *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, “Biblioteca Básica de Historia”, Buenos Aires, Siglo xxi, 2008. Todas las referencias corresponden a estas ediciones.

⁴ Este gesto está enmarcado, antes, por ese punto de inflexión que es su aproximación a Michel Foucault, al que acompaña la publicación de la compilación *El discurso del poder*, en 1983, y después por la primera edición, en 1991, de *Nuestros años sesentas*.

⁵ Estos son, a grandes rasgos, algunos de esos temas: la relación entre el letrado y el pueblo, entre las leyes y las costumbres; la cuestión de la importación cultural; la división del trabajo intelectual: la filosofía especulativa y la aplicada; la diferencia entre nacionalismo constitucionalista y nacionalismo cultural; la relación entre autonomía política y autonomía civil; el encuentro entre liberalismo y democracia; el individualismo y la gobernabilidad; el desplazamiento del sujeto histórico desde una idea más ligada al pueblo hacia la noción de individuo de la tradición anglosajona; el industrialismo; el antiintelectualismo.

Inflexiones del pasado y el presente

Uno de los intereses diferenciales del romanticismo de los hombres del 37 es que han sido a la vez, y en muchos casos complementariamente, tema de estudio de los historiadores y de la crítica literaria. Su carácter fundacional, en el sentido de que allí se encuentra una primera preocupación por lo nacional (político, cultural, literario) para pensar el Río de la Plata, y la eficacia a corto y largo plazo de sus propuestas lo han convertido en un eslabón indispensable tanto para la historia de las ideas como para la historia de la literatura. En sede literaria, los dos volúmenes bajo el título *Los proscriptos* que le dedica Ricardo Rojas en su *Historia de la literatura argentina* (1917-1922) muestran de entrada la ligazón constitutiva entre política y literatura.⁶ Ese *double bind* del abordaje al romanticismo está en algunas de sus lecturas más relevantes, como si dijéramos, para dar dos ejemplos bien diversos: en los trabajos de Túlio Halperin Donghi (débilmente en su temprano *Esteban Echeverría*, en el que entabla un diálogo implícito con sus circunstancias enunciativas, pero con fuerza en *Una nación para el desierto argentino* y en su lectura del historicismo romántico en Sarmiento) y en el de David Viñas (en las sucesivas ediciones de *Literatura argentina y realidad política*, al leer el comienzo de la literatura argentina en términos de voluntad generacional, al leer las antinomias románticas de Echeverría, Sar-

miento y Mármol en términos de clase, al leer en esa misma clave los viajes a Europa de Sarmiento y de Alberdi).

En el conjunto, los aportes de Terán al estudio de los hombres del 37 van desde la historia de las ideas a la historia y la biografía intelectual. Pero, ya en el principio, al ocuparse de los textos de Alberdi, de su producción textual, insiste en recuperar el decidido carácter político determinado por el objetivo de la escritura (aun cuando destaque lo económico en Alberdi o la argumentación literaria en Sarmiento). Es con esa perspectiva que observa la relación de Alberdi con lo europeo (Francia e Inglaterra) y el modo en que ingresan en su pensamiento ciertas ideas (civilización, democracia, libertad, igualdad, nacionalismo), es con esa perspectiva que sigue el recorrido de la noción de “liberalismo” en su obra, y que abordará más adelante la obra de otros miembros de la generación y en particular el *Facundo* de Sarmiento. Además, acá retorna, precisamente, el objetivo de rastrear las primeras manifestaciones de un rasgo peculiar de lo argentino: Terán encuentra en el romanticismo, en Sarmiento, en Alberdi y en otros de sus hombres el origen del mito de la “excepcionalidad argentina” (*Historia de las ideas...*, p. 105). Alrededor de lo idiosincrático se opera un desplazamiento, ya que en lugar de los rasgos de “color local” que obsesionan a los propios románticos –expresión, por otra parte, que es clave en el romanticismo y que Terán apenas usa un par de veces–, esa suerte de color local radicaría, precisamente, en la excepcionalidad, en el carácter excepcional, original, de la nación argentina. El “optimismo” acerca de su destino se explica en esa convicción, que más tarde, ya a comienzos del siguiente siglo, se reconocería como el “mito de la grandeza argentina”. En una entrevista del 2004, a una pregunta sobre si ese mito ha caído, Terán responde que aún sigue vigente: “sigue siendo muy fuerte la creencia en sectores amplios de la sociedad

⁶ Otras lecturas provenientes de los estudios literarios. Alberto Palcos (lectura documentalista), Félix Weinberg (la sociabilidad del Salón literario), Adolfo Prieto (la mediación de los viajeros ingleses en la configuración del territorio nacional en Echeverría, Sarmiento, Mármol y Alberdi), Ricardo Piglia (lee en la retórica un modo de pensamiento: la traducción y la analogía), Noé Jitrik (la adaptación rioplatense del romanticismo), María Teresa Gramuglio (el romanticismo en términos de literatura mundial), Graciela Batticuore (la mujer romántica), Hernán Pas (la producción periodística en el exilio chileno), Patricio Fontana (la biografía).

en el carácter de la excepcionalidad argentina; excepcionalidad vinculada a soluciones mágicas que se identifican con el batacazo”.

Como puede observarse, todo esto conduce a la comprensión del presente a partir del pasado (la insistencia de la política en la vida argentina, la relación con Europa, la excepcionalidad). Solo que una característica de la historia de las ideas, que se infiere de su análisis pero que también se explicita, en Terán tiene una proyección que excede la comprensión historiográfica. ¿O no resuena en el propio presente de la enunciación, el de los años de 1980, la cita sobre la historiografía que hace de Alberdi en su lectura de los *Póstumos* a la vez que enfatiza su especial interés en ella: “ciencia que estudia el porqué de los hechos desgraciados y el cómo se podrían prevenir y reemplazar por otros felices” (*Alberdi póstumo*, p. 30). Muchos años después, en uno de sus últimos libros, cuando dedica la lección tercera de su *Historia de las ideas* a la generación del 37, el salto que da del pasado al presente ya es total:

Notablemente, este tópico de la excepcionalidad y la grandeza argentinas recorrerá con alzas y bajas todo el imaginario argentino hasta el presente. Tendremos ocasión de ver de qué modo esta confianza se fractura en las décadas siguientes. (Sabemos además que en el bienio 2001-2002 resultó francamente pulverizada, pero esa es otra historia) (p. 107).

Fuera de toda pertinencia de género y apelando a una primera persona del plural que excede lo mayestático casi como buscando la complicidad con el lector, esa suerte de zoom al pasado inmediato produce un cambio de registro que parece salir del terreno de la historia para pasar al de una experiencia compartida que, en este contexto, queda acotada al paréntesis.

En ese punto de su lectura de Alberdi y del romanticismo es donde me gustaría leer un

punto de inflexión en la propia obra de Terán y en su trayectoria intelectual. Quiero señalar, al menos, dos desplazamientos. El primero es, en cierto modo, de orden generacional y va desde el interés por las teorizaciones de Antonio Gramsci y Frantz Fanon, entre otros, a la focalización en los pensadores argentinos para buscar una suerte de genealogía del pensamiento en la Argentina (una ojeada rápida por la bibliografía de Terán es suficiente para verificarlo). Ese desplazamiento, esa inflexión hacia el pensamiento argentino, no me parece frecuente, y no responde, de hecho, a una trayectoria como historiador, sino que articula en el pensamiento de Terán la historia con la filosofía. Desde ya, y esto lo destaca él mismo, en este pasaje hacia el pensamiento argentino es fundamental el encuentro con Michel Foucault, que, en los ochenta, le permite revisar su adhesión al marxismo y de cuya obra hace una antología que, junto con el extenso prólogo, funcionó como introducción a su teoría.⁷ El final de su primer Alberdi, donde destaca las tensiones de su pensamiento, está escrito en la estela de Foucault: “Alberdi parece creer entonces que donde está el poder no está el saber” (*Alberdi póstumo*, p. 82). Más allá de desplazamientos, de inflexiones, de trayectorias, ¿no es sorprendente esta conexión? ¿No es sorprendente, acaso, que Alberdi le permita a Terán aplicar el giro foucaultiano de su propio pensamiento para abordar el de él? Y sin embargo, no solo lo hace sino que, a través de su lectura, consigue acabar con toda inflación teoricista, con todo desbalance entre el modo de leer y el objeto leído, gracias, precisamente, a esa misma aplicación que podría haber parecido desnivelada.

El otro desplazamiento está en relación directa con el anterior: es la recuperación de

⁷ Michel Foucault, *El discurso del poder*, compilación e introducción de Oscar Terán, México, Folios Ediciones, 1983.

ciertos pensadores argentinos que habían sido objeto de atención hasta casi mediados del siglo XX pero que después quedaron no solo relegados a un tratamiento muy secundario sino asociados al pasado; Terán los pone de nuevo en foco y los convierte, otra vez, en un objeto de estudio interesante para las humanidades aun hasta hoy. Como señalé al comienzo, la lectura de Alberdi está en sintonía, en ese sentido, con la de Ingenieros (por la vía de Aníbal Ponce) y con los ensayos de *En busca de la ideología argentina* (también sobre Ingenieros y Ponce, a quienes se suman Juan B. Justo y Alejandro Korn). Pero la lectura de Alberdi, a la vez, pega un volantazo: porque la búsqueda de la “ideología argentina” en la ruta del socialismo se desplaza definitivamente hacia una búsqueda en la ruta del liberalismo.

No es ocioso subrayar, en este punto, que el trabajo de archivo que hace Terán con Alberdi nunca es del orden del archivismo; no es con ese sentido que aborda los diecisés volúmenes que reúnen los escritos póstumos de Alberdi, sino con el interés en rastrear ideas, una ideología de más largo aliento, a partir de lo cual componer una antología representativa. Solo que si bien, como tiende a sostener la historia de las ideas, Terán busca la configuración de nociones fundamentales en un autor central (como él mismo dice: finalmente en las *Bases* de Alberdi se basó la Constitución), hace un movimiento fenomenal al sumergirse, de entrada, en los *póstumos*, con todos los riesgos que eso podría tener a la luz de las obras que Alberdi sí publicó en vida. De ese modo, Terán pone en jaque el postulado de coherencia de la historia de las ideas, que ya Skinner había develado como mitología.⁸ Es cierto, como se le ha señalado desde

la crítica genética, que esa relectura habría requerido la reposición de la cronología, la recuperación de una temporalidad para esos materiales póstumos, ya que la primera edición se hizo siguiendo un criterio temático que no contemplaba el orden cronológico.⁹ Sin embargo, esta necesidad no solo no va en desmedro del abordaje desde la historia de las ideas o desde la historia intelectual, sino que sería importante conciliar ambas perspectivas para avanzar en el estudio de la producción de Alberdi. Ya el propio Terán anticipaba los riesgos de ponerse a estudiar los *Escritos póstumos* sin un trabajo de investigación previo:

Única edición en realidad hasta el presente (la cual –como se sabe– adolece de errores, carece de un criterio ordenador uniforme y no incluye un numeroso material que aún permanece en estado de manuscritos) [afirma Terán de la edición original publicada entre 1895 y 1901], pero que resulta imprescindible para recomponer un itinerario político-intelectual que no necesariamente es mera anticipación, eco o réplica de los ocho volúmenes que componen sus obras llamadas completas (*Alberdi póstumo*, p. 12).

Al enfatizar la figura del propio Alberdi con la mención del “itinerario político-intelectual”, Terán pone de relieve una cuestión fun-

tener en cuenta las referencias porque no se puede decir que un autor dijo algo que no estaba en condiciones de decir o que para él, para su marco de referencia, no habría tenido sentido (p. 147); y también, complementariamente, señala Skinner, hay que tener en cuenta lo que un autor dijo y lo que quiso decir.

⁹ Ha sido Élida Lois quien, desde la crítica genética, ha trabajado con el Fondo documental Alberdi, que consiste en 119 libretas (apuntes, borradores y originales autógrafos); 7190 cartas (del período 1832-1884); 225 piezas epistolares intercambiadas entre terceros; dossieres genéticos de textos (ensayos y obras satíricas); lejajos con documentación jurídica, diplomática, política y privada; etcétera.

⁸ En *Lenguaje, política e historia* (Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2007), Quentin Skinner explica las cuatro mitologías de la historia de las ideas, entre ellas la mitología de la coherencia, según la cual hay que

damental: la imposibilidad de separar la configuración de una idea del individuo que la configura, y por lo tanto, junto con eso, la importancia otorgada a la primera persona en el romanticismo. No hago este señalamiento porque sea el único rasgo que Terán destaque entre otros –como puede ser la irracionalidad, que le sirve para entender la dicotomía civilización/barbarie en su lectura del *Facundo*–, sino porque la importancia dada a la primera persona va acompañada por una falta de énfasis en la instancia social del romanticismo, que es también otra de sus manifestaciones posibles. Si, como podemos inferir, Terán conocía todos los alcances de ese rasgo constitutivo del romanticismo –en particular del romanticismo francés a través del cual los letrados rioplatenses acceden al movimiento y a sus entonaciones iniciales en Alemania e incluso en Inglaterra–, la atenuación de la dimensión social es aun más llamativa. Sobre todo porque él mismo explica que esa dimensión social es una de las marcas fundamentales de la adaptación que los hombres del 37 han debido hacer del romanticismo europeo, una adecuación imprescindible provocada por los conflictos locales. Que el modo en el que esa “misión social” entra en tensión con el yo romántico no requiera suficiente atención se explica, propongo, por la total focalización en la idea de individualismo que sostiene a la lectura de Terán.¹⁰ Porque la noción de individualismo, tan ligada con la expresión de la primera persona, es la que le permite comprender y explicar mejor el tipo de liberalismo postulado por Alberdi: en Alberdi, afirma, el individualismo se inclina cada vez más hacia el liberalismo.

Este recorrido, a la vez, es el que sigue Terán de manera cada vez más decidida en sus

diversos textos sobre la generación del 37, que si bien son muy parecidos –como él mismo aclaraba en su *Historia de las ideas*– subrayan diferentes nociones, y especialmente la de individualismo, lo que lo lleva a relegar la dimensión social del yo, con su propensión sacrificial. Por supuesto, a la luz de estas consideraciones, toda esta observación debería plantearse al revés: es el interés de Terán en rastrear la historia del individualismo lo que lo lleva a desatender la dimensión social. A partir de la idea de individualismo es que Terán aborda la cuestión del interés en Alberdi (y su relación con la concepción montesquieuana del *doux commerce*), la conexión entre lo privado y lo público, el autogobierno como límite de la libertad, entre otras. El individualismo, en Alberdi, nota Terán, no solo puede dotarse de rasgos que no van en contra del interés común, sino que incluso puede servir como péndulo para resolver la tensión entre libertad e igualdad; y finalmente, también, es la noción que le permite recuperar un nacionalismo que no es culturalista sino constitucionalista.

Ahora bien, para retomar una observación que hice al principio, el abordaje de la generación del 37 se juega entre la comprensión y la alta divulgación. Y es inesperadamente en ese punto donde se articula el yo del propio Terán.

Primera persona

En el pasaje de la difusión a la alta divulgación, que tanto le interesó a Oscar Terán en los últimos años de su trayectoria, se produce una inflexión discursiva hacia el yo. Esta es, para mí, una marca totalmente personal: el modo en que, en ese pasaje, el discurso de la alta divulgación se sustenta en un yo que podríamos calificar de autorreflexivo y en una escritura autorreferencial.

Ya en *Nuestros años sesentas* emerge la posición en primera persona. Hay un yo plu-

¹⁰ Acerca de la relación entre la exaltación del yo y la misión social con propensión al sacrificio en el romanticismo, véase, entre otros, Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo* [1999], Buenos Aires, Taurus, 2000.

ral, un “nosotros” que se interroga desde el comienzo de la advertencia (“‘¿De quién son ‘nuestros’ *estos* años sesenta; cuál es el ‘nosotros’ que se dibuja sobre un escenario sin duda también habitado por otros actores que legítimamente se resistían a reconocerse en la imagen que el espejo de este texto les propone?’”).¹¹ Y hay también un yo que aparece en el “Final” con la “distancia pudorosa” respecto de los acontecimientos y discursos que lo involucraron y a los que vuelve ya no como protagonista sino como investigador (p. 245). Es decir que el yo –ese yo que interpela y se involucra y no una mera primera persona que asume una hipótesis o un punto de vista– está en los marcos, es paratextual, lo que de algún modo lo separa de la lectura que está realizando aun cuando desde el título esos años 60 a los que estudia sean “nuestros”. Más extremo, en cambio, es el efecto de incorporar al cuerpo del texto marcas fuertes de primera persona, sobre todo cuando, como es sabido, la información, la exposición y la explicación requieren, sobre todo en los textos de divulgación, el uso de la tercera persona y solo muy eventualmente de la segunda.

Un ejemplo muy ilustrativo de la apelación a la segunda persona de un modo que excede por completo la convención del género de la alta divulgación está en la *Historia de las ideas*, a propósito de la transitada cita de Alberdi sobre la diferencia arquitectónica entre las casas inglesas y francesas y las formas de vida que configuran; después del fragmento citado, Terán dirige una pregunta al lector: “La cita es iluminadora, ¿verdad?” (p. 101). Si algo encierra esa pregunta retórica que parece fuera de contexto es una invitación total a la complicidad entre narrador y lector. En cuanto a la primera persona, parte de un uso

bastante naturalizado del plural, como ser “Ahora podemos agregar una última pregunta...” (p. 85), “Pasemos entonces...” (p. 91), “Aquí ya sabemos...” (p. 103), solo que lo hace con una frecuencia mayor a la previsible. Esa suerte de yo narrativo que asume la tarea de historizar las ideas mientras las presenta y las explica conduce al lector en el camino de su aprendizaje y lo acompaña bien de cerca, a la vez que va describiendo su propia tarea explicativa. Esa primera persona del plural propone un nosotros pero, en su mismo gesto, nunca confunde a narrador y lector, nunca confunde los roles.¹² Es ahí donde la primera persona del yo talla su diferencia: porque en su uso el narrador Terán se pone autorreferencial; se trata de una primera persona que reflexiona sobre las explicaciones que da, sobre el modo de contar, sobre las palabras que usa para hacerlo. Así, refiriéndose a las reflexiones alberdianas sobre la inmigración, utiliza el adjetivo “vertiginosa” para calificar la “teoría del trasplante inmigratorio”: “Y digo ‘vertiginosa’ porque ella nos pone en presencia de un romántico que ya no solo busca costumbres en otras regiones, sino que ahora sale a buscar habitantes en el extranjero [...]” (pp. 94-95). Y enseguida, insiste: “Pero además digo ‘vertiginosa’ porque es un gesto extraordinariamente revolucionario en alguien siempre inclinado más bien a una mirada gradualista” (p. 95). Nada queda librado al azar si es con el fin de clarificar los hechos presentados al lector. Y es también como si quisiera poner todas las cartas a la vista, como si no quisiera diluir en la tercera persona la acción del yo sobre los contenidos seleccionados, sobre su relato, sobre su explicación y,

¹¹ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina [1991 y 1993]*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2013, p. 44. Todas las citas siguen esta edición.

¹² Y cuando hay una especie de identificación, su función es simplemente explicativa, tal como en este ejemplo en el que Terán acude al impersonal “uno”: “Luego de la invocación de aliento shakespeariano, uno esperaría que comenzara por fin el relato de la vida de Quiroga. Pero esto no ocurre. ¿Por qué?” (p. 76).

además, sobre la interpretación de los hechos históricos.

¿Para qué le sirve, en definitiva, esta primera persona, con toda su autorreferencia? Para matizar, modelizar el discurso convencionalmente asertivo de la exposición y la explicación, así como para hacerse cargo de la interpretación. Por un lado, es cierto que de este modo Terán parece recuperar la escena didáctica clásica. Pero por otro lado, esa misma marca es, en buena medida, una huella del ensayismo, tan caro a la tradición latinoamericana del ensayo de ideas. En ese encuentro, el género se va mostrando a sí mismo a través de las diversas inflexiones de la primera persona.

A la luz de la trayectoria de Terán y de su producción, me parece central para pensar el lugar que asume esa primera persona el modo en el que se enlaza con una manifestación del yo ligada directamente a su condición de intelectual. Me refiero al volumen *De utopías, catástrofes y esperanzas*, publicado en 2006 (Buenos Aires, Siglo xxi) y cuyo subtítulo es “Un camino intelectual”, en el que recoge un conjunto de notas, artículos y entrevistas publicados en las dos décadas previas, es decir precisamente desde el momento en que inicia su trabajo sobre Alberdi, que es también, o ante todo, el momento de su giro foucaultiano y de su retorno del exilio. Y si en un aspecto este volumen funciona a manera de balance de esos últimos veinte años complementando así el grueso de sus publicaciones, en otro aspecto, que es el que más me interesa acá, se articula, pero ya claramente en primera persona, con aquel yo que emergía en los paratextos de *Nuestros años sesentas*. Porque allí se observa muy bien el modo en que el historiador se involucra con aquello que escribe, porque allí también se privilegia esa inflexión autorreflexiva del yo que señalé más arriba.

Leyendo esa compilación que el mismo Terán hace de su vida desde mediados de los años 80, conocemos el relato que hace de su trayectoria, por cuáles vicisitudes ideológicas

y teóricas ha pasado, conocemos la historia de sus ideas. En ese conjunto de textos, nos dice en su presentación, “la reflexión surge del entrecruzamiento de posturas personales y coyunturas públicas. Ellas siguen una deriva que circula entre esperanzas y catástrofes colectivas; fijan asimismo estaciones armadas con lecturas, deudas y experiencias mínimas de una vida intelectual” (p. 9). Después de ese “camino intelectual” por el que nos orienta, podemos afirmar que ya sabemos bien en qué condiciones, en qué estado llega el yo que aparece en *Para leer el Facundo* y en *Historia de las ideas*.

En ese sentido, el yo de Oscar Terán es diferente al de otros intelectuales. No escribió autobiografías, ni memorias, ni diarios de viaje, ni tampoco crónicas. No es un yo autobiográfico ni memorialista ni cronista de su tiempo. Es, podría decirse, un yo alejado del llamado “giro autobiográfico” contemporáneo.¹³ Y por eso mismo es, si lo pensamos en la estela de sus estudios sobre el romanticismo rioplatense, una suerte de yo antirromántico. En cambio, su primera persona tiende a ser autoexplicativa, como si le sirviera de argumento racional, como si le diera una cuota de responsabilidad en el decir. En ese estado, propongo, llega la primera persona (el yo y el yo incluido en el nosotros) de sus últimos dos libros: se trata de un yo responsable en el que se configura una ética de la explicación, de la pedagogía, de la alta divulgación.

Ese yo responsable es el de aquel que se ha ido, ha recorrido un largo camino y ha regresado. Es un yo que vuelve. ¿O no representa eso, acaso, la figura recurrente de Ulises en los escritos de Terán? Una figura que, nota-

¹³ Tomo la expresión de las teorizaciones de Alberto Giordano para la narrativa argentina contemporánea, porque me permite distinguir los usos y funciones diferentes del recurso a la primera persona (véase Alberto Giordano, *El giro autobiográfico de la literatura argentina actual*, Buenos Aires, Mansalva, 2008).

blemente, aparece al final de la “Presentación” de su *De utopías, catástrofes y esperanzas*, a modo de epígrafe, a través de un fragmento del poema de Konstantin Kavafis:

En cuanto a las metas que a través de aquellos caminos se perseguían, vale el deslumbrante poema de Kavafis sobre Ulises al mirar con la insatisfacción del deseo cumplido el retorno a su anhelada Ítaca: “Aunque pobre la encuentres / no hubo engaño. / Rico en saber y en vida / como has vuelto / a comprenderás ahora / lo que significan / las Ítacas” (p. 9).

En ese camino, me parece importante recalcar que Kavafis pone en plural el destino deseado (las Ítacas). Porque el anhelo no tiene un solo sentido o significado, sino varios posibles. Es más, siguiendo la senda del individualismo cuyos inicios, en la Argentina, Terán encontró en Alberdi, ¿no se trata precisamente de eso, de la posibilidad de que haya varias Ítacas? En Ulises parece estar cifrado literariamente ese yo que, en su dimensión intelectual, se fue construyendo a lo largo de los libros de ensayo. En la entrevista de 1994 que Terán, alterando la cronología, elige para abrir ese mismo volumen, se refiere, precisamente, a la relación entre la literatura y la historia. Se refiere a *La revolución es un sueño eterno*, la novela de Andrés Rivera escrita a partir de la vida y los textos de Juan José Castelli, y concluye con lo siguiente: “Uno se encuentra en estos casos afortunados con que la ficción puede ser mucho más estimulante para pensar

una cultura que los trabajos específicamente historiográficos” (p. 30). Si la tarea del historiador y el ensayista le dio espesor intelectual al yo y si el objetivo de la alta divulgación viene a renovar su responsabilidad, la dimensión simbólica, poética, de ese yo *autorreflexivo responsable* que construye Terán a lo largo de su obra se la da la literatura. A partir de esa inflexión, la primera persona se amplifica, se proyecta hacia el lector, comparte sus conocimientos, se interroga. Ahí es cuando escribe la *Historia de las ideas en la Argentina*, con un capítulo dedicado a la generación del 37, a Alberdi y a Sarmiento, y ahí es cuando escribe su lectura del *Facundo*. □

Obras de Oscar Terán citadas

Alberdi póstumo, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

Escritos de Juan Bautista Alberdi. El redactor de la ley, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

Las palabras ausentes: para leer los Escritos póstumos de Juan Bautista Alberdi, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Para leer el Facundo. Civilización y barbarie: cultura de fricción, Buenos Aires, Capital Intelectual, colección “Claves para todos”, 2007.

Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980, Buenos Aires, Siglo xxi, Biblioteca Básica de Historia, 2008.

Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1991 y 1993), Buenos Aires, Siglo xxi Editores, 2013.

De utopías, catástrofes y esperanzas, Buenos Aires, Siglo xxi, 2006.

Compilación e introducción de Foucault, Michel, *El discurso del poder*, México, Folios Ediciones, 1983.

Positivismo y cultura científica. Escenarios, hombres e ideas

Paula Bruno

CONICET / Universidad de Buenos Aires

Presentación

La obra de Oscar Terán sobre el cambio del siglo xix al xx puede ser descripta, en líneas generales, como un estudio del mundo intelectual signado por el ideario positivista y sus manifestaciones. Se trata de toda una línea historiográfica que lleva su sello personal.¹ Aunque en sus trabajos más tardíos puso en juego el rótulo de “cultura científica”, no descartó la noción de positivismo. Este hecho permite sostener que, en lugar de tratarse de un simple reemplazo de categorías, fueron cambios interpretativos los que habilitaron la convivencia de términos para describir la escena cultural de la época.

Presento y analizo aquí una lectura que muestra esos deslizamientos. Propongo una periodización que se detiene en tres estaciones signadas por un momento y una obra central de Terán:² 1) el pasaje de la década de

1970 a la de 1980 y *América Latina: positivismo y nación*;³ 2) fines de los ochenta y *Positivismo y nación en la Argentina*;⁴ 3) inicios del 2000 y *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*.⁵

En cada estación centro la mirada en los siguientes puntos –no siempre ordenados de idéntica forma–: cómo se define el positivismo; con qué corrientes compite o convive en la escena cultural; qué rol tienen las ideas en los proyectos estatales y nacionales; cuál es el perfil de los intelectuales que impulsan un ideario positivista.

Primera estación

En este primer momento, la obra ordenadora es *América Latina: Positivismo y nación* (1983). Desde el título, el escenario elegido por Terán para analizar el positivismo tiene dimensión regional; sin embargo, el recorte de tipo geo-

¹ Por razones de espacio no contextualizo historiográficamente aquí los momentos que describo. Sobre este particular escribí un artículo al que me permito remitir: Paula Bruno, “Notas sobre la historia intelectual argentina entre 1983 y la actualidad”, en *Cercles. Revista d’Història Cultural*, Universitat de Barcelona, nº 13, 2010, pp. 113-133.

² Estas obras funcionan como ordenadoras de las observaciones presentadas, pero consideré también contribuciones afines temática o temporalmente para proponer esta cronología.

³ Oscar Terán, *América Latina: positivismo y nación*, México, Editorial Katún, colección “Antología de América Latina”, 1983.

⁴ Oscar Terán, *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

⁵ Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

gráfico se encuentra un tanto matizado por la clave interpretativa de lo nacional. Esta grieta potencial, como se verá, se profundiza en los argumentos y la propuesta del libro.

La contribución de Terán al volumen oficia de “Presentación” a una selección de textos de autores de distintos países (Gabino Barreda, Eugenio María de Hostos, Luis Pereira Barreto, Valentín Letelier, José Gil Fortoul, Javier Prado, José Ingenieros, Enrique José Varona y Alcides Arguedas). Estas figuras son consideradas representantes del positivismo, descripto como una corriente ideológica dominante en América Latina. De hecho, se adjetivan varios términos signados por la misma, entre ellos: pensamiento positivista, filosofía positivista, dispositivo conceptual positivista, cuadrícula clasificadora positivista. A su vez, se propone caracterizar toda una época teñida por una ideología: la “edad positivista”.

La definición de positivismo –y las expresiones afines– puede sintetizarse en los siguientes términos: se trata de un sistema de ideas –o una ideología– que, por medio de la producción de saberes –médicos, criminológicos, jurídicos, pedagógicos–, se encuentra al servicio de los aparatos estatales latinoamericanos en pleno proceso de centralización. Con este objetivo, desde las instituciones estatales esos saberes se tradujeron en mecanismos clasificadores del mundo social con el fin de ordenarlo, controlarlo y disciplinarlo. De este modo, el positivismo habría funcionado para los estados como ideología hegemónica de centralización y coerción. Por su parte, las instituciones estatales, ahora sacralizadas, operaron como corporalizaciones del poder para garantizar la gobernabilidad y mantener el lazo social. Para ver cómo el “sistema de ideas” positivista se asoció de manera estrecha con toda una gama de saberes sociales bastaría con observar el peso central de la medicina, la psiquiatría, la criminología y el derecho penal a la hora de diagnosticar y me-

dicalizar los males sociales, de disciplinar y matricular conductas.⁶

Terán señala que el positivismo, especialmente de inspiración comteana, estuvo capacitado en América Latina para articular temas y legitimaciones de estados centralizadores y tener ideológicamente a toda una época. No parece haber encontrado, entonces, sistemas de ideas con los que entrar en colisión; tanto el liberalismo –caracterizado como fuerte en la etapa anterior– como la religión parecían más bien ideologías con escaso eco que presentaban desafíos limitados.

Hasta aquí las ideas generales del estudio preliminar de *América Latina*... que caracterizan al “positivismo latinoamericano”. Ahora bien, en el mismo desarrollo del texto, la idea de América Latina y la concepción de un positivismo adoptado en la región de manera hegemónica y casi exclusiva se tensiona. Por un lado, Terán considera simplista considerar la “eficacia de las ideologías” y asumir la existencia de una perfecta alianza entre positivismo y necesidades de los estados latinoamericanos; propone, en cambio, problematizar e historizar los acompañamientos entre la formación del Estado y la nación con las derivas del ideario positivista en circunstancias nacionales

Con estos llamamientos, la idea de América Latina se resquebraja –o, al menos, se suspende como categoría de análisis–. De hecho, Terán no duda en subrayar que la unidad latinoamericana existe solamente “en el regis-

⁶ Los referentes teóricos que se mencionan en este libro son Claude Lefort (y sus ideas sobre la descorporización del poder en la sociedad secularizada y la necesidad de sacralizar las instituciones y generar una religión estatal), Michel Foucault (en varios testimonios Terán destacó un uso temprano de foucaultismo excesivo en sus escritos de fines de la década de 1970 y comienzos de la de 1980 sobre todo visible en el uso de las ideas ligadas al tratamiento de los dispositivos de control social) y Antonio Gramsci (mencionado a la hora de dar cuenta de cómo los aparatos de coerción estatal garantizaban la disciplina de quienes no podían ser incluidos por el camino del consenso).

tro de lo imaginario”.⁷ Puntualizada esta idea, entran también en jaque las nociones de “filosofía latinoamericana” e “historia de las ideas latinoamericana”. El autor expresa, de hecho, la urgencia en abandonar algunos principios:

Latinoamérica como un objeto unitario, el positivismo como una filosofía homogénea, y la filosofía misma como un espacio privilegiado entre las ideologías latinoamericanas. Será necesario desprenderse, en este sentido, de la imagen monárquica de los saberes que sigue reconociendo en ciertas disciplinas el papel central que tuvieron en otras latitudes, pero que no fue el mismo que desempeñaron en este continente.⁸

Al hacer este llamamiento, Terán señala que los estudiosos latinoamericanos, de alguna manera, se han manejado con principios falaces. Así, aunque la lista bibliográfica que ofrece es copiosa,⁹ sugiere que el positivismo había sido estudiado hasta el momento de manera abstracta, doctrinaria y alejado de condiciones históricas concretas. De este modo, hay dos tradiciones con las que marca una distancia. Por un lado, se aparta de la idea de “unidad latinoamericana” como un bloque homogéneo pasible de ser estudiado y comprendido desde una “filosofía latinoamericana” o “historia de las ideas latinoamericana”.¹⁰ Declara que, aunque desde las coordenadas políticas y económicas podría ser posible estudiar procesos latinoamericanos (centralización estatal,

incorporación al mercado mundial, organización de los países como exportadores de materias primas y alimentos, entre otros), desde las líneas sociales y culturales es preciso atender a las modulaciones nacionales. Solo la historización de los casos podría dar cuenta, efectivamente, de las distintas miradas y las respuestas que el positivismo pudo dar ante distintas realidades de la región.

El segundo frente con el que Terán rompe cuenta en sus filas con aquellos estudios sobre el positivismo que lo trataban solo en sus expresiones teóricas y que, por lo tanto, se dedicaban a “medir” con la vara doctrinaria –o de una filosofía de la historia– las derivaciones, adaptaciones, errores de “traducción”, desvíos y caricaturizaciones de una vertiente de ideas.¹¹ Estas contribuciones, además, no anclaban al positivismo en un momento histórico concreto. Se presumía como un sistema de ideas ahistórico –o, por lo menos, extendido a lo largo de todo el siglo XIX y comienzos del XX-. Así, en algunas contribuciones podían enumerarse figuras del positivismo de todo tipo: positivistas *avant la lettre*, precursores del positivismo, semipositivistas, positivistas completos, tímidos positivistas, positivistas extremos, inconscientes positivistas.¹²

Terán propone, en cambio, un recorte cronológico, el pasaje del siglo XIX al XX, y un anclaje en casos nacionales. Así, pese a compartir un contexto, el de la creación de “dispositivos productores de saberes” propulsados

⁷ Oscar Terán, *América Latina...*, *op. cit.*, p. 8.

⁸ *Ibid.*, p. 20.

⁹ En la bibliografía se cuentan las siguientes contribuciones: 2 sobre Argentina, 1 sobre Guatemala, 2 sobre Uruguay, 4 sobre Brasil; 5 sobre Venezuela; 1 sobre Chile, 3 sobre México, 2 más generales: 1 sobre Iberoamérica y 1 sobre pensamiento positivista latinoamericano.

¹⁰ Véase sobre estos temas y para una crítica de estas tendencias del pensamiento o la filosofía latinoamericana: Elías Palti, *El tiempo de la política. Lenguaje e historia en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

¹¹ En la Argentina se puede rastrear una tradición consolidada en este sentido que incluye a Alejandro Korn, Coriolano Alberini, Luis Farre, Juan Carlos Torchia Estrada, Francisco Romero, Diego Pró y otros. Para un desarrollo al respecto me permito remitir a Paula Bruno, “Lecturas sobre la vida intelectual en la Argentina de entre-siglos”, Documento de Trabajo nº 49, Buenos Aires, Universidad de San Andrés/Departamento de Humanidades.

¹² Basta como muestra de esta tendencia la siguiente obra: Leopoldo Zea (compilación, prólogo y cronología a cargo de), *Pensamiento positivista latinoamericano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

por las clases dominantes para diseñar un modelo nacional en el que las instituciones estatales trazaran los límites entre lo integrable y lo excluyente, no todos los proyectos ligados a alguna forma del positivismo eran idénticos. Por ejemplo, las naciones cuyos legados coloniales eran omnipresentes presentaban desafíos diferentes a las que no contaban con esas huellas. Tampoco eran idénticos los retos generados por estructuras sociales que habían recibido inmigración europea que los de aquellas que contaban con un mosaico de poblaciones originarias. Distintas sociedades emplazaban a los intelectuales con miradas positivistas a “decir”, interpretar y diseñar respuestas diferenciadas frente a exigencias varias de homogeneización.

Como conclusiones de estas propuestas terrianas, entonces, el positivismo servía para estudiar un período concreto, y debía estudiarse como una ideología hegemónica, pero atendiendo a las especificidades nacionales. Al desplegarse en naciones de reciente formación, por su parte, era un sistema de ideas lo suficientemente plástico como para ser definido en varios sentidos: un positivismo en acción –o performativo– que generaba saberes y proyectos, un positivismo de derecha, y hasta un positivismo histórico, cuya única intención era pensar de manera pesimista los legados del pasado.

Estos postulados recortaban, a su vez, la categoría de “intelectual positivista”. No todos aquellos pensadores o políticos que habían usado grillas interpretativas o términos propuestos por esta corriente de ideas podían encasillarse en el mismo rótulo. El ideario positivista era, entonces, una “caja de herramientas”. La agenda de investigación futura quedaba definida.

Segunda estación

Esa agenda se desplegó en *Positivismo y nación en la Argentina* (1987). En esta obra, Te-

rán “argentiniza” decididamente su análisis sobre el positivismo y estudia las particularidades nacionales –aunque sin perder la perspectiva latinoamericana a la hora de las comparaciones–. Se lleva a la práctica la propuesta de pensar articulada e históricamente la formación de un Estado-nación concreto y la suerte del ideario positivista en ese devenir. Paralelamente, se renuncia a tratamientos abstractos de una corriente filosófica y se rechaza también la idea de un “original” y sus “copias”.

Puestas en funcionamiento estas líneas, se trata ahora de estudiar al “positivismo argentino”, y los intelectuales lejos están de ser vistos como meros receptores que caricaturizan o distorsionan ideologías foráneas o exóticas. Con estos desplazamientos se dibuja una interpretación menos rígida que en la estación anterior respecto de la relación eficiente y bien aceitada entre instituciones estatales y los intelectuales a su servicio. Quizás estos matices se deben a que el positivismo, aunque dominante, pasa a ser considerado parte de un campo cultural en el que conviven varias corrientes de ideas, entre ellas: vitalismo, espiritualismo, decadentismo, modernismo, liberalismo. No hay una única ideología posible de teñir las expresiones intelectuales, sino varias. En este escenario variopinto, sin embargo, el positivismo se plantea como la intervención discursiva más exitosa para explicar los efectos no deseados de la modernización.¹³ Este éxito y el uso de la “caja de herramientas” del positivismo se traduce en la definición de un género: el ensayo positivista, aquel que romaniza su concepción de la ciencia como dadora de explicaciones para los males sociales.¹⁴

¹³ Las ideas ligadas a los procesos de modernización y sus efectos no deseados desplegadas en estos años por Terán pueden haber tenido su origen en la lectura de la obra de Marshall Berman, que no se encuentra citado en sus libros. Agradezco esta observación a Carlos Altamirano.

¹⁴ Es posible que esta elección de adjetivar un género como positivista se base en la comprobación de que en la

Terán considera, entonces, que los intelectuales que intervinieron desde el ensayo positivista supieron aplicar una retícula ideológica que les permitió tematizar la “invención de la nación”.¹⁵ Lo hicieron desde el diseño de instituciones y saberes; se sirvieron de la teoría y de la retórica del positivismo para pensar en una problemática nacional concreta y evaluar los desfasajes y los desafíos de la relación entre el Estado y las masas. Estos intelectuales –José María Ramos Mejía es el arquetipo de este perfil– depositaron su confianza en el progreso en el marco de un clima optimista y diseñaron una variable performativa del positivismo. En esta línea, denominada integracionista, podía rastrearse una continuidad con tradiciones y sistemas de ideas en auge en la etapa anterior. Por ejemplo, respecto de la educación y su doble función (disciplinadora e integradora) se podía trazar una continuidad con los padres fundadores: una combinación de la mirada de Sarmiento con la de Alberdi sintetizada en la confianza en la “nacionalización pedagógica y compulsivamente institucionalizada”. Datos de este tipo llevan a Terán a concluir que algunos pensadores positivistas también eran liberales, pero realistas. Con apreciaciones como esta, el positivismo, al menos en su versión integracionista, no es considerado meramente como una ideología al servicio de la coerción estatal, el disciplinamiento y el control social.

Esta línea optimista del positivismo convivió en la Argentina con una variable pesimista –denominada coercitiva–, encarnada por Agustín Álvarez y Carlos Octavio Bunge. Tendencia pesimista que, sin embargo, tuvo

Argentina, a diferencia de países como México y Brasil, es difícil hablar de “instituciones positivistas”.

¹⁵ Aunque sin mencionarlas, es posible que las renovaciones historiográficas ligadas a la “invención de la nación” muy difundidas en la década de 1980 hayan tenido un peso en estas apreciaciones de Terán. Véase Elías Palti, *La nación como problema. Los historiadores y “la cuestión nacional”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

menos ecos a la hora de diseñar políticas de homogeneización o integración/exclusión. De este modo, predominantemente, los positivistas argentinos no solo no aplicaban teorías sin brújula y por capricho; pensaban un país en particular cuyo proceso de modernización era diferente a los demás; generaban lo que Terán denomina el “mito originario del argentino-centrismo”.

El triunfo de la vertiente optimista/integracionista es especialmente subrayado cuando se aborda en particular el caso de José Ingenieros –el intelectual-guía que Terán estudió en el largo plazo para pensar el período–. Se lee en *Positivismo y nación...*:

[U]na interpretación canónica de la historia de las ideas argentinas se autocomplace en presentar a Ingenieros como a un positivista sin fisuras, y al positivismo como un bloque ideológico incapaz de pensar el problema de la nación, como efecto seguro de su carácter exógeno y de su europeísmo no menos recalcitrante. La actual presentación y la selección de textos que prologa habrán de cumplir su objetivo si estas certezas tenaces ceden su lugar a una lectura más compleja de ambos fenómenos.¹⁶

El positivismo argentino, pensado en circunstancias locales específicas, se convierte en esta obra en un repertorio del que podían surgir: propuestas para promover la modernización e intervenir en la invención de la nación –línea predominante–; explicaciones pesimistas de los males argentinos; proyectos para normalizar los vínculos entre el aparato estatal y la sociedad; interpretaciones del pasado nacional. El positivismo permitía así, en sus múltiples posibilidades y lejos de la homogeneidad, ver la articulación entre principios filosóficos gestados en otros circuitos de pro-

¹⁶ Oscar Terán, *Positivismo y nación...*, op. cit., p. 7.

ducción de ideas y circunstancias, escenarios y figuras nacionales.

Dos desplazamientos más se sugieren para pensar el positivismo en clave nacional. El primero es que en la Argentina las lecturas de Comte fueron remplazadas rápidamente por las de Spencer –ligadas al marxismo económico en el caso de Ingenieros– y que esto habilitó nuevas coordenadas para interpretar el agitado mundo social de la modernización. El segundo cambio se observa en la segmentación de la cronología para el pasaje del siglo xix al xx. Al posar ahora la mirada en las dinámicas nacionales la periodización se complejiza: 1880 es descripto como el año en el que se desencadenaron procesos ligados a la modernización; 1890 es definido como un momento bisagra en el que se expresaron las voces que criticaron sistemáticamente los efectos de esos procesos y en el que la élite gobernante sufrió una crisis de legitimidad que abrió las puertas a los diagnósticos filiados con el espiritualismo; en el 900 empieza a desplegarse con fuerza el espiritualismo; el Centenario marca el final de una época en la que el ensayo positivista deja de estar en auge a la hora de explicar fenómenos acuciantes.

En suma, en este texto puede verse un giro interpretativo en el que se deja de presentar al positivismo como una ideología coercitiva al servicio del Estado y se pasa a considerarlo, al menos en su vertiente exitosa en la Argentina, en términos de una grilla al servicio de intelectuales argentinos para pensar la nación por medio de mecanismos numerosas veces integradores. El positivismo continúa siendo caracterizado como matriz mental dominante, pero está menos subrayado su rol hegemónico y el rótulo mismo se flexibiliza en nociones como oferta positivista, archivo positivista o caja de herramientas positivista.

En un sentido complementario, los intelectuales son considerados como receptores activos de una corriente ideológica y, aunque sus ideas son convergentes con proyectos estata-

les de nacionalización, no aparecen sometidos a las demandas de las élites gobernantes. El abanico de posibles intelectuales positivistas, a su vez, se diversifica cuando se presta atención particular a las curvas vitales de las figuras seleccionadas. Si en la primera estación era frecuente subrayar la idea de que los positivistas hablaban desde las instituciones y con voces articuladas con las clases dirigentes, la profundización en los rasgos de la biografía de Ingenieros permite pensar que ciertas intervenciones no encuentran en su lugar político ni en su linaje una fuente de legitimidad –como sí sucede en el caso de Ramos Mejía–.

Tercera estación

En este tercer momento la obra ordenadora es *Vida intelectual en Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la “cultura científica”* (2000). Si para la primera estación era América Latina y para la segunda la Argentina, en esta ocasión el escenario es Buenos Aires. Además, este libro de Terán se diferencia de los anteriores porque el tratamiento de los temas es más extenso, ya que no se trata de una presentación o estudio preliminar. Esto permite, por ejemplo, que la descripción de las trayectorias biográficas de los intelectuales estudiados tenga más información y peso en las definiciones de sus perfiles.

El libro se define como una obra de historia intelectual que estudia los discursos de figuras conspicuas de la cultura intelectual. Dentro de este campo cultural, se privilegia la denominada cultura científica,¹⁷ encarnada en una serie de intervenciones que se amparan en el

¹⁷ Es posible que esta idea de “cultura científica” derive de las lecturas de Charles Percy Snow y Wolf Lepenies. En 1999, en una clase teórica de la materia “Pensamiento Argentino y Latinoamericano” –un año antes de la publicación de *Vida intelectual...*– Terán mencionó la obra de Lepenies e introdujo el concepto equiparándolo al de positivismo y/o científicismo.

prestigio de la ciencia para dotar de legitimidad a sus argumentos. Terán señala que esta denominación le resultó preferible al término “positivismo” por ser más abarcativa, lo que se debería no solamente a las distancias existentes entre Comte, Spencer y sus lectores argentinos, sino también a que se considera al “movimiento positivista” como un espacio en el que convivieron distintas tendencias.

A su vez, se considera que los intelectuales pertenecientes a la cultura científica –quienes respondían a un perfil, el de “intelectual-científico”– conformaron una fracción intelectual de la élite y que tuvieron una función dominante. Estos intelectuales podían contar, según retrata Terán, con rasgos biográficos diferentes (la oposición se señala, sobre todo, en las figuras de Ramos Mejía –considerado de linaje patricio y miembro de una familia con lugares predominantes en la vida política y en la cultura– y la de Ingenieros –con un perfil más cercano al de la carrera abierta al talento–), pero que compartían rasgos en sus formas de intervención pública.

Junto con la reducción de la escala de observación a Buenos Aires se produce una ampliación en la definición del campo cultural que se estudia. El escenario en el que se despliega la cultura científica es para Terán un espacio en el que convivían diferentes expresiones, entre las que asumía un marcado protagonismo el “espiritualismo estetizante”. Estas tendencias se habrían disputado un terreno, el de la construcción de imaginarios sociales y nacionales alternativos, en detrimento de una “cultura religiosa” en evidente retroceso. Para dar cuenta de estas cuestiones, se presenta una obra compuesta por cinco capítulos. En cada uno de ellos se rastrea y analiza el itinerario intelectual de un personaje. A excepción del primer referente, Miguel Cané –propuesto como arquetipo de una tendencia anterior y en retirada, la “cultura estética–, el resto de los intelectuales elegidos se inscribirían en

las filas de la “cultura científica” y, como el subtítulo de la obra destaca, pondrían de manifiesto los caminos múltiples de esta propuesta cultural que difícilmente responde a un proceso unívoco u homogéneo.

Así, la cultura científica (mencionada a lo largo de la obra varias veces como positivismo y/o científicismo) es descripta como un movimiento plural, polifacético, una corriente de ideas modernizadora frente a la “cultura estética clásica”. El auge de la cultura científica habría llegado a su fin, desde la perspectiva de Terán, cuando las disputas por la definición de la nación fueron encauzadas por una propuesta “culturalista y criollista”, encarnada por Leopoldo Lugones.

El marco de comparación o puesta en perspectiva de la cultura científica local no es ya América Latina. Se encuentran referencias en general ligadas al contexto europeo. De hecho, se marca claramente que frente a una pérdida de prestigio en Europa del ideario positivista, en la Argentina funcionaba como una ideología vigorosa.

También es Europa el escenario que se piensa para ponderar el ocaso de la cultura científica. Terán destaca que la Primera Guerra Mundial corroería definitivamente los cimientos y los valores sobre los que esta se había forjado. Las concepciones derivadas del Iluminismo, desde el Liberalismo a la Democracia pasando por las ideas ligadas a la Razón y la Ciencia como fuerzas emancipadoras, habían sido condenadas como valores y desechadas luego de la guerra. La cultura científica perdía así su legitimidad para articular la realidad y los ideales en el marco de un completo quiebre civilizatorio.

Pese a este ocaso, sin embargo, Terán señala una perspectiva más optimista para pensar las proyecciones de la “cultura científica”: “fuere porque las ideologías son cárceles de larga duración, fuere porque el culto a la ciencia había penetrado con firmeza en ámbitos más amplios que los estrictamente intelectua-

les, aquel estrato de la cultura científica persistirá a la defensiva en los entresijos de las nuevas formaciones simbólicas en ascenso”. Esta resistencia se haría presente, según puntualiza el autor, en las expresiones de fracciones del “progresismo argentino” que harían de la razón y la ciencia sus estandartes para proclamar que “los sueños de la razón y la ciencia aplicados a la organización de las sociedades no necesariamente producen monstruos”.¹⁸

Terán cierra con estas palabras un completo periplo intelectual dedicado a estudiar el mundo de las ideas del cambio de siglo. A lo largo de más de veinte años pensó las formas posibles en las que una ideología, corriente de ideas o movimiento intelectual se desplegó en un escenario que varió en sus dimensiones: América Latina, la Argentina y Buenos Aires. Esas referencias espaciales, como propuso en estas páginas, no traducen simples cambios en la escala de análisis, sino que son marcas que permiten rastrear corrimientos interpretativos. Al observar en particular las circunstancias locales y cerrar el ciclo con Buenos Aires, las ideas iniciales sobre el positivismo como una ideología coercitiva al servicio del Estado cedieron frente a consideraciones que ligan de manera estrecha el positivismo con el progresismo intelectual. Puede aventurarse que estos deslizamientos respondieron a un cambio de referencias teóricas, que habilitó una matización en las apreciaciones del pasado; o quizás se debieron al camino reco-

rrido desde la filosofía a la historia, que Terán subrayó en varias miradas retrospectivas; es posible también que el itinerario descripto oficie como muestra de la maduración de pensamientos. Elijo pensar que responden a la conjugación de estos aspectos; a la que, quizás, se suman las cavilaciones derivadas de asumir que ciertas ideas pueden alimentar utopías, catástrofes o esperanzas. □

Obras de Oscar Terán citadas

(Introducción, compilación y notas a cargo de) *Antimperialismo y nación*, México, Siglo xxi, 1979.

América Latina: positivismo y nación, México, Editorial Katún, 1983.

En busca de la ideología argentina, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

José Ingenieros: pensar la nación, Buenos Aires, Alianza, 1986.

Positivismo y nación, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

“Ernesto Quesada o cómo mezclar sin mezclarse”, en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 3, noviembre de 1999.

Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

“El pensamiento finisecular (1880-1916)”, en Lobato, Mirta (dir.), *Nueva Historia Argentina. El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, vol. v, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

“Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980”, en Oscar Terán (coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo xx latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2004.

De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual, Buenos Aires, Siglo xxi, 2006.

Historia de las ideas en Argentina, Buenos Aires, Siglo xxi, 2007.

¹⁸ Oscar Terán, *Vida intelectual...*, op. cit., p. 306.

Pensar la nación, pensar el mundo

Las lecturas de Mariátegui de Oscar Terán

Martín Bergel

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

A lo largo de su trayectoria intelectual, Oscar Terán publicó trece textos referidos al peruano José Carlos Mariátegui. Los primeros datan del año 1980, de su laboriosa y productiva etapa del exilio mexicano; el último, consagrado a la revista *Amauta*, vio la luz tras su fallecimiento primero en *Prismas* y luego como uno de los capítulos de la *Historia de los Intelectuales en América Latina* que dirigiera Carlos Altamirano. Entre esos dos extremos, que cubren virtualmente la totalidad de su itinerario como historiador de las ideas argentinas y latinoamericanas, la figura de Mariátegui funcionó para Terán como una referencia permanente, y no apenas en los trabajos expresamente dedicados a retratarla. Pero cabe señalar que ese conjunto de aproximaciones no fue el resultado de un proyecto homogéneo, sino que, muy por el contrario, experimentó en su despliegue pronunciados desplazamientos. En la idea de que en sus incursiones sobre Mariátegui es posible hallar un barómetro de algunas de sus más acusadas preocupaciones intelectuales y aun políticas, este texto se propone ofrecer un breve avistaje de las etapas que tramaron los asedios de Oscar Terán al autor peruano.

El primer ciclo de esa extensa serie de aproximaciones a Mariátegui se inicia efectivamente en México a fines de los años 70, y sus resultados se prolongan hasta algunos de los

textos reunidos en *En busca de la ideología argentina* (editado ya en Buenos Aires en 1986). Desde un punto de vista atento a sus condiciones de posibilidad más próximas, puede decirse que en ese interés inicial de Terán por el autor de los *Siete Ensayos* confluyeron sobre todo tres procesos. En primer lugar, las estrechas relaciones que teje en México con José Aricó, que emprendía entonces un camino paralelo de indagación del pasado de las izquierdas latinoamericanas con especial atención a los fenómenos peruanos. Entre otros frutos de ese vínculo, Terán traduciría para los Cuadernos de Pasado y Presente el libro de Robert Paris *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, uno de los más logrados estudios sobre el intelectual peruano. En segundo lugar, y en estrecha conexión con lo recién apuntado, propiciado también por Aricó tendría lugar en 1980 el llamado Coloquio de Culiacán, que aún hoy puede contarse como uno de los hitos de mayor envergadura en la historia de los estudios sobre Mariátegui. Allí se darían cita, y con importantes trabajos, los nombres que han quedado asociados a las mejores contribuciones sobre la obra mariateguiana: ciertamente Aricó y Terán, pero también el propio Paris, el italiano Antonio Melis y los peruanos Carlos Franco y Alberto Flores Galindo, entre otros. Finalmente, tal como supo ser referido retrospectivamente

por el propio Terán en algunas entrevistas, el exilio mexicano proveyó condiciones materiales, pero también culturales, que facilitaron sus inspecciones sobre Mariátegui y otras figuras como José Ingenieros y Aníbal Ponce. La figura del exiliado romántico a quien México le abre un horizonte latinoamericano antes vedado que imaginaba para sí y para sus compañeros de destierro, se añadiría a los estímulos que lo impulsaron a escudriñar las vivencias análogas experimentadas en sus respectivos exilios por Mariátegui o por Ponce.¹

Pero sobre esa serie de incentivos planeaba una preocupación más englobadora que, también compartida con Aricó y otros intelectuales argentinos del exilio mexicano, en Terán se manifestaría con especial énfasis. Para decirlo de una vez: la pregunta fundamental que guía casi obsesivamente sus exploraciones del período sobre Ingenieros, Ponce y Mariátegui estriba en desentrañar las modalidades y los estímulos que posibilitaron o impidieron al marxismo y al socialismo latinoamericanos el acceso a una operación que Terán condensa en la fórmula *pensar la nación*. Esa pregunta reverberará en una serie heterogénea de textos del período. En “El nacionalismo sin nación”, artículo publicado en 1980 en la revista *Controversia* –la revista de los intelectuales argentinos exiliados en México–, evocará elogiosamente al llamado austromarxismo por haber puesto en circulación “una de las escasísimas teorizaciones no tacticistas y realmente sustantivas sobre el problema nacional dentro de la tradición marxista”.² En tanto que en “De socialismos, marxismos y naciones”, otro texto de *Controversia* del mismo año, finalizaba afirmando la necesidad de “seguir cre-

yendo que las multitudes argentinas –según algunos, ‘alienadas’ en ideologías nacional-populistas– persisten como el único horizonte posible de nuestra nacionalidad y continúan dibujando el rostro huidizo de la esperanza”.³

En ese mismo artículo de la revista *Controversia*, Terán afirmaba que “en toda la tradición marxista latinoamericana, solo el peruano Mariátegui –que en tantos aspectos fue la contracara positiva de Aníbal Ponce– fue capaz de *decir la nación*”.⁴ Y es que en efecto, ese contrapunto es el que orienta tanto su ponencia en el Coloquio de Culiacán –titulada “Latinoamérica: naciones y marxismos (Hipótesis sobre el planteamiento de Mariátegui y de Ponce sobre la cuestión de la nación)”, como el volumen *Aníbal Ponce. ¿El marxismo sin nación?*, que publica en 1983 en los Cuadernos de Pasado y Presente.⁵ El cotejo entre ambas figuras tenía como principal cometido mostrar que allí donde el comunista argentino se había visto inhibido de interrogar las singularidades nacionales, por oposición Mariátegui emergía como la figura sobresaliente que en el continente se había entregado desde el marxismo a dicha tarea. Esa constatación es la que preside también el libro *Discutir Mariátegui*, la refinada biografía intelectual que le dedica al intelectual peruano en 1985, y que hoy puede leerse como uno de los saldos más destacados de todo ese ciclo.⁶

No es difícil percibir que esa mirada sobre Mariátegui, que por contraste iluminaba las carencias de las tradiciones de izquierda en la

³ Oscar Terán, “De socialismos, marxismos y naciones”, *Controversia*, nº 7, México, julio de 1980, p. 21.

⁴ *Ibid.*

⁵ Oscar Terán, “Latinoamérica: naciones y marxismos (Hipótesis sobre el planteamiento de Mariátegui y de Ponce sobre la cuestión de la nación)”, *Socialismo y Participación*, nº 11, Lima, 1980; *Aníbal Ponce. ¿El marxismo sin nación?*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1983.

⁶ Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*, Puebla, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1985.

¹ El juego de espejos es evidente en su primer trabajo sobre Ponce. Cf. Oscar Terán, “El exilio mexicano de Aníbal Ponce”, *Controversia*, nº 1, México, octubre de 1979.

² Oscar Terán, “El nacionalismo sin nación”, *Controversia*, nº 2-3, México, diciembre de 1979, p. xii (del suplemento especial “Argentina: los años de la crisis, 1930-1945”).

Argentina, colocaba a Terán todavía en una zona deudora de los anhelos de su generación, la de la nueva izquierda de los años 60, por ofrecer alguna forma de fusión entre nacionalismo y socialismo. Y sin embargo, y aun cuando ese sea el acento más evidente de sus trabajos del período, otros rasgos que los habitan desprendían ya entonces a Terán del universo de sentidos en el que se había formado. Por un lado, en esa hora de balances y tentativas de recomposición que era la del exilio, varias de las certezas teóricas y político-ideológicas heredadas eran interrogadas sin piedad. Es el caso del propio marxismo, al que somete a escrutinio incluso en sus postulados fundacionales; pero también de aquellos que en otro artículo de *Controversia* llama “ideólogos de la inefabilidad tercermundista”. Por otro lado, sus matizadas incursiones sobre Ponce o Ingenieros se distanciaban de las actitudes típicas prodigadas hacia esas figuras por la nueva izquierda: sea la mera ignorancia, sean los juicios condenatorios. Pero sobre todo, es en esos trabajos concebidos en la etapa mexicana que se configura un modo de hacer historia de las ideas que, por las singularidades que comporta, merece ser llamado *estilo Terán*.

Mucho se podría decir acerca de ese estilo, empezando por la eficacia y la belleza de la escritura que lo sostiene (deudora de lo que el propio Terán denominó, en referencia al caso de Sarmiento, una voluntad de “‘argumentación por la estética’, donde la palabra bella está destinada a obtener el consenso de los lectores por la vía de la sensibilidad”).⁷ Pero aquí quiero detenerme simplemente en un aspecto. Mencioné la historia de las ideas, y a juzgar por el título de su libro póstumo editado por Siglo xxi –*Historia de las ideas en*

Argentina–, esa pareciera ser la parcela subdisciplinar a la que se ajustaba su labor como investigador. Pero es preciso señalar que varias de las premisas metodológicas de las que hace gala la emergente historia intelectual que hoy predomina entre nosotros, se hallan presentes ya en la historia de las ideas practicada por Terán a comienzos de los años 80. Tal lo que ocurre ejemplarmente con nuestra actual preocupación por los contextos. En efecto, en sus tempranos trabajos sobre Ingenieros, Mariátegui o Ponce, Terán se muestra especialmente atento a reponer las condiciones históricas específicas que daban marco a los hechos de discurso que estudia. En primer lugar, los recorridos que ofrece de esas tres figuras se estructuran a partir de una búsqueda por establecer periodizaciones rigurosas de sus respectivos derroteros, a partir de una cuidadosa delimitación de sus estaciones (una palabra cara a Terán), así como de sus enlaces y discontinuidades. En segundo lugar, las ideas cuya reconstrucción persigue son a menudo interceptadas en lo que en el lenguaje foucaultiano que utiliza en la época denomina reglas de constitución de discursos. A falta de Bourdieu o de Skinner, el Foucault para historiadores intelectuales que emplea Terán le permite introducir las presiones sociales o culturales que favorecen o inhiben la emergencia, la transformación o el desvanecimiento de posicionamientos ideológicos y tramas conceptuales (y es por ello que también es posible observar en Terán a un historiador intelectual de los conceptos *avant la lettre*). Y a todo ello, finalmente, se suma en el mismo sentido la consideración que hace de las series extratextuales. En sus estudios, las ideas se recortan contra el fondo de datos provistos por la historia económica (como los relativos a las crisis de 1890 o 1930), la historia social (por ejemplo, a propósito del aluvión migratorio que afecta a la Argentina), o la historia política (por caso, en relación con el triunfo electoral de Yrigoyen de 1916).

⁷ Oscar Terán, *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2008, p. 67.

Todo lo cual permite visibilizar en estado práctico la definición epigramática que empleará en varias ocasiones: la historia de las ideas es la historia de la relación entre lo que son las ideas, y aquello que no son las ideas.

Pero volvamos a Mariátegui (siempre es bueno volver a Mariátegui, como bien sabía Oscar Terán). Según recuerda Elías Palti, cuando lo conoció en 1988 Terán todavía tenía en mente la factura de un libro sobre el pensamiento de izquierda y la cuestión nacional. Como se sabe, ese proyecto, así concebido, no llegó a consumarse. En cambio, en esos años se embarcó en la investigación que culminó en *Nuestros años sesentas*. Voy a detenerme un instante en ese libro, porque se me ocurre que es en el curso de su elaboración que se ve afectada la perspectiva que desde su exilio mexicano había predominado en sus aproximaciones a las figuras de la izquierda intelectual latinoamericana. En efecto, en la “Advertencia” que abre el volumen Terán señala que la empresa había comportado, entre otras cosas, “un arreglo de cuentas con mi propia conciencia ideológica”.⁸ El autor parece decir allí que, junto a una reconstrucción de las claves intelectuales y culturales que tramaron el período que estudia, son sus años sesentas, los suyos y los de su grupo generacional, los que son colocados bajo examen. Ahora bien, permítaseme sugerir que ese arreglo de cuentas puede entenderse no meramente como un ajuste con su período de juventud, sino también con las creencias más próximas que animaron sus exploraciones en historia de las ideas en los primeros años 80. Y es que no es difícil convenir que *Nuestros años sesentas* puede leerse como un libro que propone una genealogía crítica del prisma nacional-populista que supo embargar a una

porción sustantiva de las izquierdas intelectuales argentinas.

Ese desplazamiento que se ha producido en el interior de su universo conceptual puede observarse en el siguiente escrito que dedica a Mariátegui. En 1994 la Universidad Nacional de Mar del Plata organiza un congreso a propósito del centenario del nacimiento del intelectual peruano, y Terán es uno de los principales invitados. El texto resultante de esa intervención, que publica en *Punto de Vista* y luego con leves modificaciones en una revista de La Plata bajo el título “Mariátegui: El modernismo revolucionario”, comienza de este modo:

Cuando se me invitó a participar de este evento acepté con el corazón ligero. No percibí entonces que me exponía a verificar una vez más que la historia había sido escasamente benévolas con los hombres y mujeres de mi generación y de mis ideas. Es cierto que yo había frecuentado las páginas de Mariátegui sin eludir la fascinación que ese pensamiento libérrimo me producía. Pero al volver a mirar esos textos comprendí demasiado bien aquello que decía Bourdieu de que un libro cambia por el solo hecho de que no cambia mientras el mundo cambia.⁹

Pues bien: ¿qué es lo que ha cambiado en ese retorno a la lectura de Mariátegui? Terán alude a los tiempos neoliberales que le tocaba entonces transitar en la Argentina, tan distantes a los del exilio. Pero además de ello, al recorrer los textos que desde entonces dedica al autor de los *Siete ensayos* es evidente que se ha disuelto el anterior privilegio otorgado a sus formulaciones sobre la nación. En cambio, lo que ahora parece subyugar a Terán con no

⁸ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 12.

⁹ Oscar Terán, “Mariátegui: el modernismo revolucionario”, en *CELEHIS. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, nº 6-7-8, Universidad de Mar del Plata, 1996, p. 17.

menor fascinación que antaño es la férrea voluntad de modernidad que atraviesa la apuesta socialista de Mariátegui. Por esa vía, en sus nuevas aproximaciones al peruano cobran mayor visibilidad el espiritualismo subjetivista y el modernismo extremo, que terminaban comunicándolo con las vanguardias estéticas en una experiencia que no tenía nada de módica.

Y que esa imagen de Mariátegui permanecerá para Terán como una referencia de peso lo testimonia el artículo “Modernos intensos en los veintes” que publica en el primer número de *Prismas* en 1997. Aunque ese texto tiene por objeto algunas fulguraciones del campo cultural argentino de la primera posguerra, resulta tentador enlazar esa búsqueda con la modernidad intensa por excelencia que Terán había detectado en Mariátegui (cuya figura es evocada además explícitamente en ese escrito en un par de oportunidades). Esta vez el cotejo arroja resultados diferentes. Si la confrontación con Ponce estaba orientada a exhibir las carencias de la cultura intelectual argentina, la nueva puesta en relación permitía revelar en el Río de la Plata actitudes análogas a las del extremismo modernista de Mariátegui (por ejemplo en la revista *Inicial* o en Roberto Arlt).¹⁰

Casi diez años más tarde, Terán vuelve a visitar la figura del peruano, ahora colocando el foco en su revista *Amauta*. Su renovada exploración de los materiales ofrecidos por la célebre publicación limeña ratifican y aun profundizan los puntos de vista asumidos una década atrás. Frente a los lugares comunes sedimentados que terminan por asociar sin más a Mariátegui a la tradición *nuestroamericana*, Terán prefiere observar en la experiencia de *Amauta* el matrimonio mejor consumado en el continente entre vanguardismo político y vanguardismo estético. Así, mien-

tras subraya la urgencia con que la revista busca hacerse eco de los sucesos mundiales contemporáneos, posa su mirada en las páginas que allí se dedican al surrealismo, al freudismo o al cine de Chaplin. Y en cuanto al indigenismo, que había abonado su énfasis en la vinculación de Mariátegui con la cuestión nacional, ahora prefiere citar el texto de *Amauta* en el que su director señala que se trata de una corriente que

recibe su fermento y su impulso del “fenómeno mundial”. La levadura de las nuevas reivindicaciones indigenistas es la idea socialista, no como la hemos heredado instintivamente del extinto inkario sino como la hemos aprendido de la civilización occidental, en cuya ciencia y en cuya técnica solo romanticismos utopistas pueden dejar de ver adquisiciones irrenunciables y magníficas del hombre moderno.¹¹

No sorprende entonces que en sus últimas aproximaciones a Mariátegui, Terán concluya asociándolo a la figura de los “periféricos cosmopolitas” acuñada por la crítica cultural Natalia Majluf.¹² Y es que, para emplear una expresión que ya no proviene del querido y recordado gran historiador de las ideas sino del también querido Mariano Siskind, la asombrosa marcha de Mariátegui no puede sino asociarse a una voracidad que lo debe todo a sus insaciables *deseos cosmopolitas*.¹³ □

¹¹ José Carlos Mariátegui, en *Amauta*, nº 5, Lima, 1927, cit. en Oscar Terán, “*Amauta*: vanguardia y revolución”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 12, 2008, p. 182.

¹² En sus últimos textos sobre Mariátegui, Terán establece esa asociación en dos oportunidades: en “*Amauta*: vanguardia y revolución”, *op. cit.*, p. 186; y en “Un socialista de los márgenes”, prólogo a Luis Sicilia, *José Carlos Mariátegui, un marxismo indígena*, Buenos Aires, Capital Intelectual, colección “Fundadores de la izquierda latinoamericana”, 2007, p. 9.

¹³ Mariano Siskind, *Cosmopolitan Desires. World Literature and Global Modernity in Latin America*, Evanston-Illinois, Northwestern University Press, 2014.

¹⁰ Oscar Terán, “Modernos intensos en los veintes”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 1, 1997.

Obras de Oscar Terán citadas

“El exilio mexicano de Aníbal Ponce”, *Controversia*, nº 1, México, octubre de 1979.

“El nacionalismo sin nación”, *Controversia*, nº 2-3, México, diciembre de 1979.

“De socialismos, marxismos y naciones”, *Controversia*, nº 7, México, julio de 1980.

“Latinoamérica: naciones y marxismos (Hipótesis sobre el planteamiento de Mariátegui y de Ponce sobre la cuestión de la nación)”, *Socialismo y Participación*, nº 11, Lima, 1980.

Aníbal Ponce. ¿El marxismo sin nación?, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1983.

Discutir Mariátegui, Puebla, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1985.

Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

“Mariátegui: el modernismo revolucionario”, en *CELE-HIS. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, nº 6-7-8, Universidad de Mar del Plata, 1996.

“Modernos intensos en los veintes”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 1, 1997.

“Un socialista de los márgenes”, prólogo a Luis Sicilia, *José Carlos Mariátegui, un marxismo indígena*, Buenos Aires, Capital Intelectual, colección “Fundadores de la izquierda latinoamericana”, 2007.

Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980, Buenos Aires, Siglo xxi, 2008.

“Amauta: vanguardia y revolución”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, nº 12, 2008.

El malestar Terán: el factum como Fatum

*A propósito de Nuestros años sesentas**

Sebastián Carassai

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Hay, a menudo, en Oscar Terán una prosopopeya, un regreso a los textos como si fuesen lugares. Así visita los escritos de José Carlos Mariátegui, por ejemplo, con motivo del centenario de su nacimiento, y así lo hace también con el corpus que recorta de los años sesenta.¹ La diferencia radica en que solo en este último caso en esos lugares que visita se encuentra, entre otros, con alguien que él fue y que ya no es más, y a cuya comprensión entrega toda la sutileza de su esmero intelectual.

Los años sesenta de Terán van de 1956 a 1966, de la Revolución Libertadora al comienzo de la Revolución Argentina. En esos años comienza a despuntar una fracción de intelectuales, pronto ramificada, que dirige sus discursos hacia los aspectos sociales y políticos de la realidad nacional. El sartrismo provee el adjetivo justo: se trata en todos los casos de intelectuales comprometidos. Algunos luego devendrán orgánicos. La reconstrucción que realiza Terán de sus tradiciones ideológicas tiene por cometido un estudio más profundo, ontológico en su horizonte, acerca de la violencia de las pasiones ideológicas, motivado según el propio autor por el

descubrimiento, que cifra en el año 1975 de su biografía, de que “las ideologías también son mortales”.² En esta historia de las ideas de sus años sesenta, entonces, Terán ausculta la espesura de creencias y valores que acabarán determinando prácticas concretas, como si en la desconfianza que las palabras despertaban en aquellos jóvenes –que las oponían a lo real, a lo concreto, a la acción– pudiera reconocer el germen de su posterior abandono.

¿Qué papel juegan las ideas en esta historia y qué papel los sujetos? Las “Advertencias” que reciben al lector cuando abre el libro sorprenden con una confesión memorable. Escribiéndolo, Terán manifiesta haberse sorprendido no pocas veces por “la ambigua sensación de estar en rigor observando más bien un conjunto de ideas que se apoderaron de unos hombres y, al hacerlos creer lo que creyeron, los hicieron ser lo que fueron”.³ Así, el rechazo del espiritualismo y la concepción corporalista e historizada de la reali-

² Oscar Terán y Silvia Sigal, “Los intelectuales frente a la política”, *Punto de Vista*, nº 42, abril de 1992, pp. 42-48.

³ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 13. Pocos meses después de aparecido el libro, refirió esta misma sensación en el diálogo citado en la nota anterior, que mantuvo con Silvia Sigal, autora de *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, el otro clásico sobre estos años.

* Agradezco los comentarios de Roy Hora y de Carlos Altamirano a una versión preliminar de este texto.

¹ Oscar Terán, “Mariátegui: el destino sudamericano de un moderno extremista”, *Punto de Vista*, nº 51, abril de 1995.

dad (en el grupo *Contorno*), el diagnóstico de crisis del imperialismo y el programa politizador de la moral (en Hernández Arregui), la demanda de totalización y la centralidad de la categoría de totalidad (en los jóvenes existencialistas como Masotta), el antiliberalismo (en el revisionismo histórico), la crítica despiadada a la clase media (en casi todos los grupos), el nacionalismo de izquierda (o más explícitamente marxista), el redescubrimiento de las nociones de enajenación y de praxis (en el grupo *Pasado y Presente*) y, más adelante en el texto, el tránsito del humanismo existencialista al estructuralismo antihumanista, el antiimperialismo como clave explicativa de la historia nacional, la deriva que desemboca en la concepción foquista y el voluntarismo revolucionario, y la teoría de la dependencia hermanada con la visión anti-etapista del desarrollo; todo ello vendría a representar estaciones diversas de una Idea en movimiento.

Sin embargo, aquel énfasis unilateral en las ideas augura una filosofía de la historia que el libro aplaza hasta olvidar. En disonancia con la advertencia inicial, el transcurrir del libro toma distancia de ese sentido trágico que ve en los hombres armazones heterónomas sujetas a la lógica autónoma de la Idea. La mera adopción de la teoría del compromiso, señala Terán, no alcanza a explicar lo sucedido. Hizo falta una traducción, una apropiación, una articulación de aquellas ideas a la realidad argentina. En este sentido, el capítulo dedicado al peronismo, que abre la narración de esas traducciones, invita a pensar –en clave bastante menos hegeliana que la advertencia inicial– que no fue la conciencia de esos jóvenes la que determinó su ser social sino que, como quería Marx, fue el ser social el que promovió en ellos la búsqueda, la adopción y la resignificación de aquellas ideas. La problematización del fenómeno peronista constituyó el rasgo más evidente y angustiante de ese ser social. “La sociedad, el Estado y el país todo

habían cambiado más de lo previsto luego del peronismo”, subrayaba Terán.⁴

Si el peronismo fuera del Estado representó “el acta de nacimiento de la generación crítica”,⁵ todo un conjunto de hechos y procesos al que Terán dará el nombre de “modernización” hará de marco contextual y de condición de posibilidad a su desenvolvimiento. El surgimiento de las carreras de sociología y de psicología, la renovación de la ciencia histórica, la creación del Instituto Di Tella, la renovación del campo cultural católico, la aparición de nuevas editoriales y revistas como *Primera Plana* y la constitución de una audiencia no menos novedosa, con epicentro en franjas de la juventud de clase media urbana, todo ello sumado a algunos episodios internacionales (la lucha por los derechos civiles en los Estados Unidos, el movimiento anti-Vietnam, el ascenso de la idea del Tercer Mundo y su articulación con la de antiimperialismo y, por sobre todo lo anterior, “la influencia devastadora de la Revolución Cubana”)⁶ forma un solo y mismo movimiento con la emergencia de esta nueva izquierda.

El huracán que barre la historia

Tenemos allí un breve *racconto* de las ráfagas más intensas que caracterizaron aquel “huracán que barre la historia”, como dirá mucho después.⁷ Pero los vientos no golpearon parejamente a toda la sociedad ni alentaron en todos las mismas acciones. Los hechos no eran transparentes, había que interpretarlos. De allí el énfasis en el análisis de las mediaciones más que en la sencilla confirmación de la cruda in-

⁴ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, *op. cit.*, p. 44.

⁵ *Ibid.*, p. 33.

⁶ Oscar Terán y Silvia Sigal, “Los intelectuales frente a la política”, *op. cit.*

⁷ Oscar Terán, “Lectura en dos tiempos”, *Lucha Armada*, nº 1, primavera de 2004, pp. 12-15.

mediatez. Describe, entonces, Terán, cómo la experiencia frondizista, juzgada como traición, promovió la clausura de la idea de relaciones pacíficas con el poder, y cómo al poco tiempo el éxito de la insurrección armada en Cuba fue traducida como su confirmación. Terán llama “efecto Prigoyne” a las consecuencias de la “traición Frondizi”, porque Prigogine pensaba que un requisito para la creatividad intelectual residía en la existencia de un dios fuerte y un principio débil. El dios fuerte fundamentaba la objetividad, el principio débil garantizaba ese mínimo desorden sin el cual la inteligencia carecería de estímulos. A diferencia de Silvia Sigal, que veía una paradoja en que los intelectuales estuvieran por esos años débilmente insertados en el Estado o en las organizaciones sociales pero estuvieran en cambio presentes en la sociedad y en la política, Terán veía más bien en lo primero la condición de posibilidad de lo segundo: en el principio débil la condición de posibilidad del dios fuerte, en la “traición Frondizi” la condición de posibilidad del dios de la revolución.⁸

Comenzaba así a gestarse la subordinación de la cultura a la política, sedimentada en una ideología para la cual todo era político y la política era antagonismo.⁹ Pero esta subordinación no fue meramente exterior, como si la política hubiera invadido el campo intelectual, sino que requirió también de una representación afín en las concepciones que los intelectuales se fueron haciendo de lo político. La distinción entre lo formal y lo real en

lo que respecta a las libertades y a la democracia —que en un texto dos años posterior a *Nuestros años sesentas* Terán recuerda que funda su linaje en *La cuestión judía*, de Marx, y sobrevive bajo nuevos ropajes también en Foucault—,¹⁰ no se evaluó desmentida sino confirmada por el golpe de Onganía, en 1966. Así, se cerraban las vías para que aquel “malestar en la cultura” de esa nueva izquierda, que había tomado conciencia de ese malestar diez años antes, encontrara un cauce de expresión alternativo al que se adivinaba en las armas.¹¹ A esta cerrazón Terán la llamó “bloqueo tradicionalista”, tesis de la que luego se distanció atribuyéndola a un “exceso de autobiografía” —como recuerda Hugo Vezzetti en su estudio preliminar a la nueva edición de *Nuestros años sesentas*.¹² En este sentido, Terán terminó dando razón a Sigal, que en su diálogo con él enfatizaba la existencia de un conjunto de experiencias (entre ellas, las cátedras nacionales y las marxistas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires) que cuestionaba el quiebre que habría significado 1966 para los jóvenes de la nueva izquierda. En el texto, sin embargo, ese bloqueo tiende a explicar que aquella izquierda haya considerado para siempre clausurados los caminos institucionales.

Contra la inexorabilidad en la historia

Con todo, *Nuestros años sesentas* es también un ensayo contra la inexorabilidad histórica. El libro es de 1991, pero sus argumentos se fueron elaborando a lo largo del período abierto por la

⁸ Véase Oscar Terán, “Intelectuales y política en la Argentina: 1956-1966”, *Punto de Vista*, nº 37, julio de 1990, y *Nuestros años sesentas...*, *op. cit.*

⁹ Esta caracterización corresponde a Carlos Altamirano, “Intelectuales en represión y democracia”, *Punto de Vista*, nº 37, noviembre de 1986. Sobre la fusión entre política y cultura, véase el artículo pionero de Beatriz Sarlo, “Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?”, *Punto de Vista*, nº 25, diciembre de 1985, al que el propio Terán remite en “Intelectuales y política en la Argentina: 1956-1966” arriba citado.

¹⁰ Oscar Terán, “La estación Foucault”, *Punto de Vista*, nº 45, abril de 1993.

¹¹ Sobre el origen de este “malestar en la cultura”, véase Oscar Terán, “Imago Mundi”, *Punto de Vista*, nº 33, septiembre-diciembre de 1988.

¹² Hugo Vezzetti, “Estudio preliminar”, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2013, pp. 9-39.

inminencia del retorno al régimen democrático, o quizás antes, en medio del exilio. Más bien es punto de llegada que de partida, maduración de temas sobre los que varias veces a lo largo de esos años regresó, como confiesa en otro lado.¹³ En 1983, Terán objeta a Víctor Massuh su justificación de la “intervención quirúrgica” realizada por la última dictadura militar pero al mismo tiempo llama a indagar en una “geografía que a todos nos incluye” las claves de la crisis argentina.¹⁴ La democracia nacería viciada si las izquierdas renunciaran a una reflexión “difícil pero imprescindible” tendiente a dilucidar “cómo se fue constituyendo un dispositivo político-cultural que oficiaría como condición de posibilidad de una ideología del vanguardismo armado que terminó por sustituir a las masas que pretendía representar”.¹⁵ Al año siguiente, en la conclusión de su artículo sobre la genealogía de la modernidad en Foucault, se pronunció a favor de una “ética de la responsabilidad”, “ahora que el imperativo incondicionado del integrismo o de la revolución palingenésica han revelado que la otredad terciermundista también produce los monstruos de la intolerancia que la Razón tecnocrática sueña”.¹⁶ El mismo año, en su polémica con José Sazbón sobre el posmarxismo, localizará esta necesidad en la izquierda argentina.

Un relato que hoy excupe lisa y llanamente la responsabilidad de la izquierda en nuestro país, arguyendo el salvajismo incommensurablemente mayor de la barbarie militar –escribió– no haría más que contribuir a ese viaje tan argentino por los parajes de la amnesia.¹⁷

¹³ Véase Oscar Terán, “Intelectuales y política...”, *op. cit.*

¹⁴ Oscar Terán, “El error Massuh”, *Punto de Vista*, nº 17, abril-julio de 1983, p. 4.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Oscar Terán, “Foucault: una genealogía de la modernidad”, *Punto de Vista*, nº 21, agosto de 1984.

¹⁷ Oscar Terán, “Una polémica postergada: la crisis del marxismo”, *Punto de Vista*, nº 20, mayo de 1984, pp. 19-20.

Diez años después, en la entrevista que le realizaron Roy Hora y Javier Trimboli, aunque al recordar esa polémica señaló que aquel artículo suyo ya no le gustaba, volvió a citar textualmente aquella exhortación a revisar responsabilidades en la izquierda –a la que, según sus propias palabras, “podría agregar muy poco”–.¹⁸

Visto en perspectiva, la reflexión que fue madurando Terán durante los años ochenta y que tendrá en *Nuestros años sesentas* uno de sus frutos más conocidos, anticipó a su modo el debate que, muchos años después, estallará en el campo de las izquierdas a raíz de la carta que el filósofo Oscar del Barco envió a la revista *La Intemperie* conmocionado por el testimonio de Héctor Jouvé, un ex miembro del Ejército Guerrillero del Pueblo que en una entrevista había relatado el asesinato de dos compañeros por decisión del propio grupo.¹⁹ A diferencia de Del Barco, la reflexión de Terán no asume la forma de una contrición. Ambos comparten, sin embargo, la necesidad de no eludir la cuestión de la responsabilidad de las izquierdas en la revisión del pasado trágico argentino. En Terán, este énfasis en la responsabilidad dialoga críticamente con la idea de destino, implícita en la advertencia con la que comienza *Nuestros años sesentas*.

En la mencionada polémica con Massuh, Terán señala la ausencia de una interrogación,

¹⁸ Oscar Terán, “La historiografía es la encargada de articular un sentido para las experiencias colectivas. Sin él, una sociedad contiene zonas de anemia y desmemoria”, en Roy Hora y Javier Trimboli, *Pensar la Argentina. Los historiadores hablan de historia y política*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994, p. 66. Terán mantendrá este llamado a revisar responsabilidades, aun sobre las consecuencias no queridas de las acciones, hasta el fin de sus días. Véase, por ejemplo, Oscar Terán, “Lectura en dos tiempos”, *Lucha Armada*, nº 1, primavera de 2004, pp. 12-15.

¹⁹ La carta de Del Barco, la entrevista a Jouvé que la originó y algunas de las intervenciones que provocó pueden verse en Pablo Belzagui (comp.), *Sobre la responsabilidad: no matar*, Córdoba, Del Cíclope, Universidad Nacional de Córdoba, 2008.

ya no solo en la izquierda sino en la sociedad, acerca de

por qué en esa comunidad el connubio con la muerte llegó a asumir las características de *factum* vivido como *Fatum*: una presencia “obviamente dada” que adquirió las connotaciones de un Destino y que cubrió a sectores más amplios que aquellos que directamente participaron de la tentación de convertir la violencia clandestina en el instrumento privilegiado de la política.²⁰

Terán subraya más de una vez que los acontecimientos que se sucedieron a partir de 1966 fueron leídos por la nueva izquierda que él estudia en *Nuestros años sesentas* como la consumación de un conjunto de profecías que los intelectuales habían enunciado en los años anteriores. No se trata tanto, entonces, de ver si en las pasiones ideológicas estaba ya prefigurada la catástrofe posterior. Se trata de algo todavía más valiente: indagar hasta qué punto esa prefiguración no habría que buscarla en el modo en que esas ideas fueron apropiadas, sostenidas y finalmente convertidas en destino inexorable por una parte de aquella generación. Ese es, a mi juicio, el malestar Terán: el descubrimiento de un nosotros –que él deliberadamente hace que nunca lo esquive– que tendió a ver en los acontecimientos jalones de una historia imaginada como inevitable.

Es cierto que este malestar no se reduce exclusivamente a los años sesenta. Cuando analiza discursos antiimperialistas del período que va de 1898 a 1914 para rastrear qué objeto constituían cuando pronunciaban el nombre “antiimperialismo”, Terán advierte en el positivismo argentino esta misma inclinación a “aceptar el *factum* como *Fatum*: puesto que el hecho imperialista era ineludible, se tornaba

necesario asumirlo como un destino”.²¹ Lo que Terán verificaría, entonces, en más de una oportunidad en la historia de las ideas en la Argentina, es cierta tendencia a transformar lo dado en ontológico. Incluso podría interpretarse su interés por la empresa genealógica de Foucault como una estrategia teórica para desmontar esa tendencia. “Genealogía” es, para Terán,

la mostración de la irracionalidad del presente a través del cuestionamiento de la justificación retrospectiva que confiere legitimidad a todo lo duradero hasta hacernoslo aparecer como obvio. Por eso toda genealogía es necesariamente crítica, al desnudar que las raíces de lo que somos y sabemos no se hunden en ninguna esencia última, sino en la exterioridad de lo accidental.²²

Traducido a la historia de las ideas en la Argentina, una genealogía implica el paciente desmonte de las capas sedimentadas en la ideología, único modo para comprender que “el auténtico sistema de desastres”²³ que motoriza a la sociedad argentina no obedece a ningún destino y que su carácter contingente acaba dirigiendo siempre una última pregunta a la cuestión de la responsabilidad de los actores.²⁴

Conclusión por la filosofía

Oscar Terán no fue estrictamente un foucaultiano. Si detuvo momentáneamente su marcha filosófica en “la estación Foucault”, como

²¹ Oscar Terán, “El primer antiimperialismo latinoamericano”, *Punto de Vista*, nº12, julio-octubre de 1981.

²² Véase Oscar Terán, “Foucault: una genealogía de la modernidad”, *op. cit.*

²³ Oscar Terán, “El error Massuh”, *op. cit.*, p. 4.

²⁴ Véase, a este propósito, la aguda lectura que Carlos Altamirano realizó del libro de Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos, 1986), en *Punto de Vista*, nº 28, noviembre de 1986, pp. 49-50.

²⁰ Oscar Terán, “El error Massuh”, *op. cit.*, p. 4.

la llamó él, fue menos por una empatía con sus objetos que por lo que a partir de algunos de sus trabajos podía contradecir. De *Historia de la locura y de Vigilar y castigar*, por ejemplo, Terán rescató el aliento a “la revuelta de lo particular contra la lógica de la identidad”, que puja por una política que maximice “los códigos según los cuales (como enrostraba Kant al *imperium* paternalista), ‘nadie puede obligarme a ser feliz a su manera’”, o en los que (en clave módicamente argentina) ‘la vida mía no sea la muerte tuya’”.²⁵ Un Foucault a la medida de una alarma nunca desde entonces disipada ante la lógica de la identidad, ante cualquier política que proponga o fantasee con aniquilar la diferencia.²⁶

En las últimas líneas de *Nuestros años sesentas* Terán menciona la esperanza. Quien en aquellos años la conoció, escribió, ya no la olvida.²⁷ Al año siguiente, en un debate organizado por el Club de Cultura Socialista, dialogó junto a Jorge Dotti sobre las perspectivas del pensar filosófico contemporáneo. Se pronunció entonces por la búsqueda de verdades parciales, lo que es lo mismo que decir, dijo, que “nos quedan el deseo, la palabra y algunos valores amenazados”.²⁸ Entre estos últimos

ubicó uno que también conoció en sus años sesenta: “aquella solidaridad fundada en una justicia social que recupera la idea moderna de la transformación y que sigue ostentando el nombre irrenunciable de socialismo”.²⁹ Diferencia (y ya no identidad), transformación (y ya no revolución), y una defensa incansable de los mejores valores defendidos, como la solidaridad y la justicia social, son ahora las garantías de perdurabilidad del requisito adorniano de que el pensamiento siga incluyendo la “promesa de la felicidad”, acaso la expresión filosófica de la esperanza que Terán no quiso resignar.

La historia no es la geometría, dice Terán, y a ello se debe que sea más interesante y, por lo general, más cruel.³⁰ Dos meses después de que saliera a la calle la primera edición de *Nuestros años sesentas* falleció “el inolvidable Pancho Aricó”.³¹ Terán le dedica unas palabras en las que inscribe, otra vez, un nosotros. “Quiso ir para un lado”, escribió Terán sobre Aricó, “fue –como todos nosotros– para otro”.³² Túlio Halperin Donghi ha dedicado buena parte de su incomparable labor historiográfica a desentrañar este tipo de paradojas en la historia argentina. Pero lo que en Halperin adquiere muchas veces la forma de una ironía despersonalizada, en Terán es tragedia en primera persona. Una tragedia a la que, además, priva siempre de argumentos ganados por las lentes tranquilizadoras que labran los buscadores de desvíos. Al contrario: una y otra vez, con *Nuestros años sesentas* pero también con el liberalismo, con el positivismo, con Foucault o con Sartre, lo que Terán trata de señalar son las áreas de un pensamiento que conspiran desde adentro contra su

²⁵ Véase Oscar Terán, “Foucault: una genealogía de la modernidad”, *op. cit.*

²⁶ Otra vez, esta política Terán no la circunscribe al período que sucedió a los años sesenta. En su análisis de la construcción de una tradición en Leopoldo Lugones, Terán subraya los modos en que se operó una expresa bestialización de las razas indígenas. “Si ese otro es bestial –escribió– por eso mismo es inasimilable”; y fue por ello que “aquel problema [la ocupación definitiva de la Patagonia] no tenía otra solución que la guerra a muerte”. Oscar Terán, “‘El payador’ de Lugones o ‘la mente que mueve las moles’”, *Punto de Vista*, nº 47, diciembre de 1993, pp. 43-46. También en su análisis de la tradición liberal y las reacciones de la élite ante la inmigración y luego ante el ascenso del yrigoyenismo, Terán detecta “el montaje de mecanismos simbólicos de deslegitimación del adversario o simplemente del ‘otro’”. Oscar Terán, “La tradición liberal”, *Punto de Vista*, nº 50, noviembre de 1994.

²⁷ Terán, *Nuestros años sesentas*, *op. cit.*, p. 191.

²⁸ Oscar Terán, “Preguntas abiertas”, *Punto de Vista*, nº 44, noviembre de 1992, pp. 4-7.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Véase Oscar Terán, “Mariátegui: el destino sudamericano de un moderno extremista”, *Punto de Vista*, nº 51, abril de 1995.

³¹ Así se refiere a él en “Mariátegui: el destino sudamericano...”, *op. cit.*

³² Oscar Terán, “Fulguraciones: *in memoriam* Pancho Aricó”, 1991.

empresa más general. “Entre el homenaje y el exorcismo”,³³ lejos del determinismo y más lejos aun de las hagiografías, su crítica de las ideas de la nueva izquierda en los años sesenta fue también, y no tan secretamente, el intento de hacer estallar el círculo encantado de la autocomplacencia argentina. □

Obras de Oscar Terán citadas

“El primer antiimperialismo latinoamericano”, *Punto de Vista*, nº 12, julio-octubre de 1981.

“El error Massuh”, *Punto de Vista*, nº 17, abril-julio de 1983.

“Foucault: una genealogía de la modernidad”, *Punto de Vista*, nº 21, agosto de 1984.

“Una polémica postergada: la crisis del marxismo”, *Punto de Vista*, nº 20, mayo de 1984.

“Imago Mundi”, *Punto de Vista*, nº 33, septiembre-diciembre de 1988.

“Intelectuales y política en la Argentina: 1956-1966”, *Punto de Vista*, nº 37, julio de 1990.

Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, Buenos Aires, Punto Sur, 1991.

“Fulguraciones: *in memoriam* Pancho Aricó”, 1991.

“Preguntas abiertas”, *Punto de Vista*, nº 44, noviembre de 1992.

“La estación Foucault”, *Punto de Vista*, nº 45, abril de 1993.

“‘El payador’ de Lugones o ‘la mente que mueve las molles’”, *Punto de Vista*, nº 47, diciembre de 1993.

“La tradición liberal”, *Punto de Vista*, nº 50, noviembre de 1994.

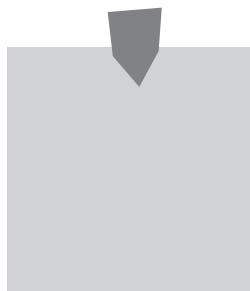
“Mariátegui: el destino sudamericano de un moderno extremista”, *Punto de Vista*, nº 51, abril de 1995.

“Lectura en dos tiempos”, *Lucha Armada*, nº 1, primavera de 2004.

Oscar Terán y Silvia Sigal, “Los intelectuales frente a la política”, *Punto de Vista*, nº 42, abril de 1992.

³³ Véase Oscar Terán, “Intelectuales y política...”, *op. cit.*

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 19 / 2015

Samuel Moyn y Andrew Sartori (eds.),
Global Intellectual History,
Nueva York, Columbia University Press, 2013, 342 páginas

En cualquier noción de campo o espacio intelectual que se admita, tanto las modas académicas como las concomitantes sospechas que suscitan surgen como un efecto virtualmente estructural. Puede conjeturarse que hay medios y culturas intelectuales que predisponen más a unas que a otras. Así, mientras que en los Estados Unidos tiende a premiarse la novedad, acaso en la Argentina las suspicacias tienen un peso mayor. Pero en cualquier caso, esas variaciones de grado no alteran la dinámica de la vida académica contemporánea, que en todas partes se ve ritmada por ambos tipos de fenómenos.

Global Intellectual History, el volumen editado por Samuel Moyn y Andrew Sartori (profesores de Harvard y de New York University respectivamente) que recoge los textos presentados por una docena de reconocidos investigadores en una conferencia organizada en 2010 bajo ese título, puede ser fácilmente objeto de los resquemores que acompañan las propuestas que se presentan bajo el signo de lo nuevo (y de hecho lo ha sido en algunas reseñas). Y ello por varias razones. En primer lugar, se trata de un proyecto que de modo más o menos explícito tiene el ambicioso propósito de fundar un subcampo u orientación dentro de la historia intelectual. En segundo lugar,

porque puede aducirse que el arborescente “global turn” al que se asiste en la historiografía de los últimos años (sobre todo en los Estados Unidos y en algunos países de Europa, como Alemania) está menos justificado en un terreno como el de los intelectuales, en la medida en que las ideas y en general el mundo de la cultura se desenvuelven en espacios más aceptadamente transnacionales. Dicho de otro modo, no es tan sencillo replicar para el caso de las élites letradas el éxito de recientes historias globales de mercancías como el algodón o el café, cuya reconstrucción ha revelado un fascinante mundo de tramas y conexiones planetarias a menudo insospechadas (insospechadas incluso hoy en día en nuestros consumos y relaciones cotidianas con distintos objetos). Esa tarea de desocultamiento y reposición es menos evidente en el campo de la historia intelectual. Finalmente porque, en rigor, en el pasado más o menos reciente diversas aproximaciones ya han ejercitado en distintas variantes un tipo de historia que persigue las travesías transcontinentales de las ideas y los sujetos que se encuentran asociados con ellas. La empresa impulsada por Moyn y Sartori no sería así tan novedosa, un dato que se verifica incluso en el hecho de que varias de las contribuciones agrupadas en *Global*

Intellectual History son reelaboraciones o extensiones de importantes trabajos anteriores de sus autores (es lo que ocurre por ejemplo en el caso de Cemil Aydin, que ofrece un capítulo que prolonga el camino de su logrado libro *The Politics of Anti-Westernism in Asia: Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asiatic Thought*, publicado en 2007; o en el del propio Moyn, cuyo texto individual consiste en una reflexión teórico-metodológica que se apoya en su también destacado texto *The Last Utopia: Human Rights in History*, de 2010).

Y sin embargo, a pesar de esas y otras prevenciones que puedan esgrimirse, *Global Intellectual History* cumple una doble tarea significativa. Por un lado, tanto afirma (da nombre propio a un conjunto de desarrollos preexistentes) como esclarece y delimita un terreno para la historia intelectual global. Por otro lado, en los textos que reúne ofrece un menú de lo que Moyn y Sartori llaman “opciones alternativas” dentro de ese espacio emergente, una serie relevante de ensayos de diverso tenor que exhibe las distintas posibilidades internas al proyecto general.

Aunque todos los textos del libro participan en mayor o menor medida de la discusión acerca de los contornos que definirían una historia intelectual global, es en la

introducción, a cargo de los editores del volumen, donde se ofrece una propuesta al respecto. Para Moyn y Sartori, el campo que presentan se abre a tres tipos diferentes de indagación, vinculados a tres usos distintos de la noción de “global” (o transregional). En primer lugar, un uso metahistórico o analítico, a través del cual el historiador reconstruye y coloca en diálogo, en clave generalmente comparativa, un conjunto de casos ocurridos en tiempos y espacios distantes entre sí. A diferencia de esta perspectiva, en segundo lugar lo global sí comporta una dimensión interna a los procesos históricos, en tanto escala de análisis que permite visualizar zonas o momentos de contacto entre distintos espacios culturales. En esta clave, la mirada del historiador se detiene sobre todo en los actores (intermediarios, traductores, redes) que han favorecido procesos de interconexión. Finalmente, una tercera vía de inspección considera lo global como una categoría subjetiva de los grupos o intelectuales que son objeto de análisis. Las formas de conciencia universal, las figuraciones del mundo, o las apelaciones o discursos supranacionales, serían parte de este horizonte de investigación, que en cierto sentido se confunde con una historia del cosmopolitismo (o de diferentes formas históricas de cosmopolitismo).

Tras esa útil y persuasiva clarificación, el libro está construido bajo la idea de que los siguientes diez textos ofrecen “opciones alternativas” de historia intelectual global

que en mayor o menor medida se inscriben en alguna de las tres vías de investigación presentadas. En virtud de sus temáticas heterogéneas –cuya completa reposición extendería demasiado esta reseña–, aquí solo se hará mención a algunos de esos capítulos. En un ejercicio representativo de la primera de las tres variantes ofrecidas por Moyn y Sartori, Siep Stuurman estudia el modo en que una tríada de pensadores de momentos y espacios muy diversos (el griego Heródoto, el chino Sima Qian, y el norafricano de origen árabe Ibn Jaldún) conceptualizaron las relaciones entre las culturas sedentarias a las que pertenecían, y algunos pueblos nómadas que las circundaban. Contra la perspectiva que ha interrogado las formas históricas de construcción de la otredad como operación nodal en la elaboración de identidades civilizatorias, el autor detecta una modalidad común en los tres casos en los que se detiene a través de la cual discursos proto-ethnográficos que se sitúan en posiciones de frontera entre dos culturas heterogéneas producen desde su interior una noción de humanidad común que incluye también a sociedades usualmente consideradas inferiores, como las nómadas. Sheldon Pollock, por su parte, se interna en formaciones premodernas que favorecieron “procesos de transculturación cosmopolita” (p. 60). Más específicamente, presenta el caso de la “cosmópolis del sánscrito”, un extenso espacio asiático que vehiculizado por esa lengua común, irreducible a dialectos locales, a lo largo de varios siglos favoreció prácticas

político-culturales que remitían a un mismo tronco. Más cerca en el tiempo, Christopher L. Hill ensaya una aproximación al proceso de universalización de los conceptos que tiene lugar en el siglo XIX, que busca trascender la reificación de la espacialidad nacional implícita en los modelos de circulación internacional de las ideas. Para ello propone la noción de “campo intelectual transnacional”, un espacio solo posible de ser delimitado en las situaciones contingentes en que circulan los conceptos (es decir, no a partir de geografías definidas apriorísticamente). En ese modelo, en el que inciden condiciones técnicas, económicas y políticas, tienen más peso y deben merecer mayor atención en la investigación histórica las formas de reproducción de las ideas (que viajan a través de redes de mediadores, divulgadores y traductores) que sus supuestos orígenes, que de hecho tienden a borronearse en el proceso de universalización. En su artículo “Globalizing the Intellectual History of the Idea of the ‘Muslim World’”, Cemil Aydin se concentra en intelectuales del mundo no-occidental, para mostrar cómo al mismo tiempo que en las décadas finales del siglo XIX y las de comienzos del XX se propusieron desafiar la hegemonía imperial europea, se apropiaron y extendieron valores universales (no fueron así antimodernos, sino contramodernos o altermodernos). Pero si esa perspectiva ha sido ya explorada en la historia intelectual global de cuño reciente, en su ensayo Aydin busca mostrar cómo ese

proceso de universalización no solo disputó ideas del canon occidental, sino que introdujo en la arena global nociones ajenas a las tradiciones de pensamiento europeo (como la de “mundo musulmán”, pergeñada como instrumento que habría de rivalizar en la dirección del proceso civilizatorio). Finalmente, Mamadou Diouf y Jinny Prais consideran una serie de figuras –W. E. B. Du Bois, William Henry Ferris, J. E. Casely Hayford, entre otros– cuya praxis intelectual no solo procuró establecer conexiones entre comunidades de población negra y de origen africano dispersas en el mundo, sino que desafió las narrativas universalistas que no incluían las contribuciones originadas en el África y en la diáspora de grupos con raíces étnicas y culturales en ese continente.

La última parte del libro, titulada “Concluding reflections”, presenta dos revisiones críticas del proyecto y del conjunto de textos que lo componen a cargo de Frederick Cooper y Sudipta Kavijar. Entre otros señalamientos, ambos autores hacen notar que, con la excepción de los capítulos antes referidos de Stuurman y de Pollock, todas las contribuciones están referidas a la modernidad y, sobre todo, al período que se abre en las décadas finales del siglo XIX. La perspectiva global del volumen permitiría una dilatación espacial, pero no un movimiento correspondiente en el carril temporal capaz de abarcar las interconexiones transculturales anteriores a la consolidación del capitalismo y la modernidad. Cooper es quien

con mayor énfasis desliza objeciones de esa índole (al punto de mostrarse escéptico con el horizonte general propuesto en el libro), arguyendo que una mirada que sepa contemplar más decididamente los contactos premodernos colocaría en la agenda mapas y circulaciones que descenterían el proyecto de una historia intelectual global limitada a los avatares mundiales de las ideas europeo-occidentales.

Y es que, en efecto, por su propia naturaleza *Global Intellectual History* habilita un terreno de debates, controversias y reparos (un terreno que Moyn y Sartori, conscientes del carácter exploratorio de la empresa que proponen, hasta cierto punto parecen auspiciar). Para concluir, añadamos pues dos observaciones críticas. En primer término, tratándose de un libro dedicado a los contactos y los intercambios culturales entre diferentes regiones, en los ensayos reunidos llama la atención el reducido tratamiento de las prácticas intelectuales propiciadoras de los vínculos y las tramas que son objeto de interés. Tal es el caso, por ejemplo, de la correspondencia, a un tiempo soporte material y género de escritura intensamente utilizado por las élites letradas en la modernidad, y que por su propia índole supo ser un vehículo destinado a atravesar fronteras espaciales. En segundo lugar, causa aun un mayor asombro la casi completa ausencia en el libro de referencias a América Latina. Según parece, en la

conferencia de 2010 se presentaron trabajos que involucraban aspectos o figuras de la historia intelectual latinoamericana, que por razones que no se explicitan no integraron finalmente el volumen. Sea como fuere, ese vacío no tiene justificación (en el doble sentido de que no se brinda ninguna explicación al respecto, y que de haberla no serviría para salvar la carencia) en un proyecto como *Global Intellectual History*.

Y sin embargo, hay que decir que ante esa situación malaría la historia intelectual latinoamericana en rechazar *in toto* la propuesta de Moyn y Sartori (u otras semejantes). Antes que como anécdota o como constatación de menoscrecio, la ausencia de América Latina en *Global Intellectual History* debiera ser leída como síntoma. Y es que allí donde sabemos que la del continente es una historia rica en movimientos y contactos que a lo largo de los siglos la han conectado invariablemente con circuitos transregionales, es probable que el sesgo de la orientación dominante en la investigación histórica de la actualidad permanezca rigidizado en la consideración de espacios nacionales o a lo sumo meramente continentales. Si a diferencia de otras zonas del mundo América Latina no se halla presente en las discusiones en historia intelectual global, quizás es porque aún no la hemos pensado suficientemente en esa escala.

Martín Bergel
CHI-UNQ / CONICET

José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski,
“Cómo sucedieron estas cosas”. *Representar masacres y genocidios*,
Buenos Aires, Katz, 2014, 297 páginas

La representación de masacres y genocidios ha sido, y sigue siendo, un tema complejo, con numerosas aristas y debates que lejos están de clausurarse. Cada cierto tiempo, una nueva producción artística emerge renovando las discusiones al respecto. Sin ir más lejos, se puede recurrir a la polémica que suscitó recientemente *The Act of Killing* (Joshua Oppenheimer, 2012), película documental en la que un grupo de asesinos de las masacres de 1965 en Indonesia recrea sus crímenes para la cámara; en las representaciones, realizadas con una cuidada puesta en escena, los asesinos se volvían dobles de sí mismos. Ahora bien, dicha representación, ¿puede ser pensada de la misma manera en términos culturales o, para decirlo de otro modo, en tanto fórmula de representación? Esta pregunta merece ser analizada a partir de los resultados de las investigaciones de José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, publicados bajo el título “Cómo sucedieron estas cosas”. *Representar masacres y genocidios*.

Desde el epígrafe, los autores toman una postura epistemológica. La cita de *Hamlet* –de la que también se desprende el título del libro– nos indica que la pregunta que recorrerá la obra no es de índole moral; es decir, no se interroga por la posibilidad de representar una masacre. Como bien señalarán en las páginas

subsiguientes, los autores nos demuestran que la empresa de representar las masacres fue efectuada una y otra vez a lo largo de la historia. Por lo tanto, la movilización a representar posee un aspecto ético, que se resume en la frase de la obra de Shakespeare que citan: “Y permitidme que cuente al mundo que aún no lo sabe cómo sucedieron estas cosas, para que sepáis...”. La voluntad de representación se encuentra anclada a la intención de transmisión y de conocimiento.

Al haber numerosas interpretaciones y definiciones en torno a los conceptos de masacres y genocidio, Burucúa y Kwiatkowski comprenderán en su libro la masacre como “el asesinato masivo de individuos usualmente desarmados y sin posibilidades de defenderse, para el que se utilizan métodos de homicidio excepcionalmente crueles” (p. 11), y para la noción de genocidio optarán por atenerse a los lineamientos de la Convención para la prevención y la sanción del delito de genocidio de la ONU de 1948. En el contexto del libro, ambas definiciones resultan operativas, y permiten escrutar los diferentes casos y también vislumbrar los núcleos de dichas representaciones.

Estas dos opciones teóricas también permiten comprender la obra como una introducción al estudio de las representaciones de las

masacres. En esta oportunidad, los autores nos brindan un andamiaje teórico fértil para pensar algunas problemáticas asumiendo que el lector continuará analizándolas desde otras perspectivas. Si bien señalan en algunas oportunidades que la escalada de violencia culmina con el exterminio, se focalizan específicamente en la representación del momento del crimen, dejando un interrogante respecto a cómo pensar las consecuencias de dicho exterminio.

La pesquisa que realizan posee dos claras propuestas relacionadas entre sí. Por un lado, al estudiar las representaciones de las masacres Burucúa y Kwiatkowski efectúan una genealogía de las masacres que no pretende ser exhaustiva ni tampoco punitillosa, pero sí fundamentada y documentada. En esa tarea, encontramos que estos fenómenos han tenido lugar en períodos muy tempranos de la historia humana y que aquellos que buscaron representarlos encontraron problemas en su tarea. Si el término genocidio vino a colocar un nombre a un tipo de crimen existente desde hace tiempo, la pregunta sobre cómo representar este tipo de crímenes atosigó a historiadores, filósofos y artistas con la misma magnitud. Por otro lado, los autores proponen encarar el estudio de

dichos problemas a partir de fórmulas de representación, que no solo permiten llevar a cabo una lectura histórica de las representaciones sino que también tienen como objetivo comprender mejor las causas de esas dificultades para expresar lo ocurrido y estudiar los intentos realizados pese a los límites. Estas fórmulas, a su vez, habilitarán a rastrear las similitudes, las regularidades y los usos de recursos para aproximarse a los trágicos hechos.

Una de las hipótesis que plantean en su libro tiene como foco advertir que la crueldad de las matanzas interrumpe las cadenas de causas y efectos y lleva a que el lenguaje u otros medios de representación sean considerados inadecuados para describir tales episodios. Si bien dicho intento no ha cesado nunca, las fórmulas de representación permiten arrojar luz sobre lo acontecido y también meditar sobre las relaciones de dominación que produjeron un antagonismo tal que el exterminio de un grupo se volvió necesario, deseable e, incluso, justificado.

De este modo logran realizar un gran estudio comparativo, de larga duración, sin pretender igualar dichos fenómenos; así, constantemente los hechos extremos han puesto a prueba las categorías usuales para su conceptualización y comprensión. Con todo, la representación de las masacres se volvió una imagen de dos caras. La primera puede ser vista en pocas ocasiones, cuando los perpetradores intentan asentar su “obra”: quizá el ejemplo contemporáneo más claro sea el caso del genocidio ruandés, en

que los victimarios plantearon desde el primer momento hacer visible su práctica genocida. El extremo opuesto podemos encontrarlo en las palabras de Heinrich Himmler en su infame discurso de Posen, en el cual pedía ocultar la empresa que estaban realizando. La otra cara se conforma por quienes simpatizan con las víctimas, sobrevivientes o allegados a la masacre, que buscan dar testimonio de lo ocurrido. De allí surge un imperativo preciso: no distorsionar la historia mediante representaciones inadecuadas. Hacer las cosas vistas parecería ser también hacer las cosas conocidas. Para Heródoto, en sus tiempos, estos temas ya se habían tornado problemáticos, y el desafío a las palabras obligó al jurista Raphael Lemkin en 1944 a acuñar el término genocidio para dar nombre, representar, este tipo de crimen. Es en esa dirección que el libro recoge algunos de los debates suscitados por la representación –o irrepresentabilidad– de la *Shoah* a partir de algunas discusiones impulsadas por Hayden White, Jean-François Lyotard, Jacques Rancière y Saul Friedlander, y también por el acalorado y polémico intercambio entre Gérard Wajcman y Elisabeth Pagnoux “contra” Georges Didi-Huberman.

El problema, lógicamente, no se resuelve con una respuesta afirmativa o negativa. En ese sentido, los autores señalan que el problema no es saber si se puede o se debe o no representar, sino qué se quiere representar y qué modo de representación se elige para este fin. Ante la posibilidad de un posible anestesiamiento

frente a tanto hostigamiento de imágenes, tal como Susan Sontag temía, Burucúa y Kwiatkowski acuden a Aby Warburg, un pensador cuya influencia es palpable en todo el libro. Para pensar los debates en torno a la representación, proponen el concepto warburguiano de *Denkraum* o “espacio para el pensamiento”. Esta noción propone pensar la ciencia, como también la magia y el arte, como proveedores de un espacio para el pensamiento que permita el abordaje de objetos que nos enfrentan con nuestros temores y ansiedades más íntimas; en ese espacio se podría crear una distancia que serviría para conjurar o convertir tales objetos en instrumentos de nuestra acción sobre la realidad circundante: tomar aquello que nos acosa para luchar contra ello. Ese espacio para el pensamiento creado por las representaciones también permitirá meditar sobre las consecuencias y los efectos del exterminio.

Quizás uno de los pasajes más polémicos del libro se encuentra en la forma de caracterizar a la víctima en las representaciones de masacres elegidas; aquí se alude a la víctima representada en su “inocencia radical”. El pasaje se desprende como producto de la ruptura de causalidades: el exterminio no poseería justificación. Para sostener dicha visión debemos comprender la particularidad de los crímenes aquí analizados (y representados). Como mencionan Burucúa y Kwiatkowski, al desatarse la matanza se interrumpen las cadenas de causa-efecto provocando un hiato que preserva a las víctimas de

cualquier mancha moral y que implica, simultáneamente, la culpa irremediable del perpetrador. Ese hiato tendrá como consecuencia la inocencia radical de las víctimas, por cuanto sus acciones individuales y colectivas antes de la matanza son irrelevantes para el hecho de la masacre y no se relacionan con ese fenómeno.

Señalamos antes que los autores nos ofrecen “fórmulas de representación” para pensar las masacres y los genocidios, pero ¿en qué consisten dichas fórmulas? Ante todo son herramientas para buscar y explorar regularidades, límites y cambios. Junto a Louis Marin, piensan que los textos, las imágenes y los objetos culturales poseen tanto una dimensión transitiva, por la cual señalan algo que se encuentra fuera de ellos, como también una dimensión reflexiva: hacer presente una ausencia pero también aparecer en ese acto, concretar la acción indirecta y sustitutiva de hacer presentes esos objetos, personas o fenómenos que no están aquí ni ahora. Por lo tanto, las fórmulas de representación plantean indagaciones y relaciones entre la cultura, la vida social y material. Otra gran influencia para pensar las fórmulas es, nuevamente, Aby Warburg: en esta oportunidad la importancia de la *Pathosformel* resulta notable. De hecho, siguiendo a los autores, podríamos pensar que su propósito no es solo historizar los orígenes y las evoluciones de las fórmulas sino también advertir la supervivencia de dichas fórmulas a lo largo del tiempo.

Una fórmula de representación, entonces, es “un conjunto de dispositivos

culturales que han sido conformados históricamente y, al mismo tiempo, gozan de cierta estabilidad, de modo que son fácilmente reconocibles por el lector o el espectador” (p. 46). Una fórmula es más amplia que una metáfora, un *topos* o las *Pathosformen*, pero, a la vez, las incluye: una fórmula de representación se conforma por metáforas complejas que definen y representan hechos (las masacres reales) mediante la indicación de otros hechos (la caza, el infierno, el martirio).

En su investigación, Burucúa y Kwiatkowski han encontrado cuatro fórmulas: la cinegética, la infernal, la martirológica y la *Doppelgänger*. Cada fórmula posee orígenes precisos y, en cada capítulo, dedicado a cada fórmula, los autores desarrollan los orígenes, la evolución, las características y la supervivencia de cada una de ellas. En la Antigüedad ya se puede rastrear la cinegética; en la Edad Media, el martirio; a partir de los siglos xv-xvi, el infierno, mientras que la fórmula de la duplicación se inicia en los siglos xvii-xix y se asienta con más fuerza en el siglo xx luego de la Primera Guerra Mundial.

La fórmula cinegética se concentra en dos aristas. Por un lado, la cacería, fórmula para la representación de masacres humanas desde la Antigüedad clásica; por otro lado, la animalización de las víctimas o, incluso, de los victimarios. La supervivencia de esta representación se verifica en que a lo largo de los siglos encontramos en los discursos de los perpetradores la animalización de sus “presas”, transformadas en alimañas,

insectos, bacterias e incluso virus, cuya eliminación pretendían justificar para proteger una raza míticamente pura y saludable. Por otro lado, esta fórmula permite estudiar las representaciones de las condiciones de traslado de los deportados judíos a los campos de concentración y exterminio, semejantes a las empleadas con el ganado; con ella también podemos reparar en el genocidio ruandés al observar cómo en Ruanda los tutsis eran tomados como cucarachas por los extremistas del *Hutu Power*.

Entre los ejemplos que los autores analizan con notable erudición, examinan una pintura de François Dubois de 1573 sobre *La matanza de San Bartolomé*. En ella, el artista pinta a los perpetradores asistidos por perros, listos para la caza. Incluso el propio término “masacre” posee su origen en esta fórmula. Es en el siglo xvi que dicho vocablo adquiere su sentido actual. En Francia, hasta 1540 se había empleado para designar el lugar donde el carnicero cortaba las piezas (su cuchillo se llamaba *massacreur*). Así, mientras que en la Antigüedad solo la víctima era representada como animal, en la modernidad temprana se introducen nuevos elementos que incluyen una animalización oscilante de víctimas y perpetradores. En todos los casos siempre se puede apreciar la aplastante superioridad de los humanos ante los animales a cazar, encontrando en ocasiones una representación redentora e inocente del animal.

La fórmula del martirio posee sus raíces en el cristianismo, y se remonta a antecedentes helenísticos y

judíos. La evolución de la idea de mártir llevó a comprender como tal a todo aquel que, convencido de las verdades de su religión –cristiana– aceptaba la muerte con tal de no negarlas. El modelo para representar imágenes de masacres tuvo su inspiración prototípica a partir de la representación de la masacre de los santos inocentes a fines de la Edad Media. En las representaciones que vendrán después se destaca la inocencia radical de los niños víctimas y también su debilidad y su completo estado de indefensión.

Esta fórmula reaparecerá en representaciones de diversas masacres: tanto en la de San Bartolomé, como en la de la conquista de América, por citar algunas. Sobre esta última, los autores analizan una serie de libros protestantes en los cuales las ilustraciones buscaron vincular la crueldad infernal de los conquistadores con la inocencia radical de los indios sometidos a torturas; también la *Brevísima relación sobre la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas tuvo una edición ilustrada. Bajo esta fórmula, asimismo, fueron representadas las luchas protestantes en Irlanda, algunos episodios de violencia colectiva en el marco de la Guerra de los Treinta Años y la población armenia en 1915. Al analizar la supervivencia de esta fórmula los autores señalan que las fotografías de los niños desmayados en el gueto de Varsovia rememoran la escultura *El martirio de Santa Cecilia*, esculpida en 1600.

La fórmula infernal, que ocasionalmente fue empleada por los perpetradores como intento de justificar la matanza,

por cuanto los muertos aparecerían como legítimamente condenados. Esta fórmula hace su aparición en el siglo XVI y se mantiene hasta el XX, cuando el infierno se transformó en un método de control social y el demonio adquirió un lugar en este mundo. Las herejías fueron el modelo demonológico para la brujería satánica y el modelo infernal ha sido por antonomasia el de representación de la *Shoah*, tal es así que el poeta León Felipe mandó a callar a los poetas infernales (Dante, Blake, Rimbaud...); en infinidad de representaciones vemos así las chimeneas de Auschwitz como verdaderos calderos del infierno.

La última fórmula que los autores afirman haber hallado en sus pesquisas se presenta en siluetas, máscaras, réplicas, fantasmas, sombras: es la fórmula del *Doppelgänger*. Ella irrumpió ante la magnitud de los nuevos horrores, ante los cuales las viejas fórmulas se revelan inadecuadas para contribuir con éxito a dar cuenta de lo ocurrido. Por otro lado, podemos pensar también esta fórmula en el contexto de la aparición de nuevas artes miméticas como la fotografía y el cine. Pese a ello, la preocupación por la silueta y las sombras posee una larga historia. Los autores nos muestran cómo Vasari, Rembrandt o Rafael, por citar algunos nombres, eran acosados por ellas. El *Doppelgänger*, en cambio, tiene un momento de nacimiento preciso: en 1796 en manos de Jean-Paul Richter, quien en una novela narra las desventuras y aventuras de un personaje; ya en la primera escena, durante su casamiento,

aparece un doble que ha ocupado su lugar. El doble, que en ocasiones es convocado para representar el mal, sería también una expresión característica del romanticismo alemán; y esa misma figura será abordada por Freud para trabajar la noción de “lo simiestro”. Bajo esta fórmula, entonces, los autores comprenden que la silueta es una presencia extraña, perturbadora en ocasiones, que puede ser lo que no percibimos de una persona pero que constituye su intimidad, o bien la paradójica aparición sensible del ausente, del muerto (o bien la proyección perturbadora de nuestro deseo de completar la existencia trunca del desaparecido). Escritores como Poe, Stevenson o Hoffmann hicieron uso de este recurso; y en el cine, en forma temprana, la película alemana *El estudiante de Praga* aprovechó dicha extrañeza, anticipando así la cinematografía expresionista. Antes, Goya también apeló a esta fórmula en un aguafuerte de los *Desastres*, y posteriormente Alfredo Jaar haría lo mismo para representar al Chile pinochetista en *La geometría de la conciencia*. En nuestro país, la obra más emblemática de esta fórmula es *El siluetazo*, promovida por Rodolfo Aguerreberry, Julio Flores y Guillermo Kexel; también se hizo uso de la silueta en los escombros del ex centro de detención El Atlético o en la emblemática obra *Ausencias*, del fotógrafo Gustavo Germano. En las fotografías de Hiroshima y Nagasaki de Yoshito Matsushige y Eiichi Matsumoto, en la obra *Lager* de Józef Szajna o en *Sombras II*,

de Christian Boltanski, también se detecta la práctica de la fórmula del doble. Con ello, observamos que las fórmulas no pertenecen a una región o a un marco temporal concreto, sino que se multiplican a lo largo de la geografía mundial.

Luego de todo el recorrido, en el que los autores ofrecen también una brevíssima meditación sobre las representaciones musicales de las masacres, se preguntan cuál es la razón de toda esta investigación. ¿Por qué y para qué representar? La distancia, *Denkraum*, se hace presente, no para solucionar la cuestión de los límites de la representación sino para evitar un riesgo de parálisis, de silencio; este espacio abre la posibilidad de enfrentarse a los horrores de la historia críticamente.

A partir del análisis a lo largo de la investigación del conjunto de obras, los autores señalan un riesgo nodal al convocar las fórmulas de representación: la generalización. Esta corre el riesgo de reproducir la uniformidad que el perpetrador impuso a las víctimas, de transformarlas en cosas, en un colectivo indiferenciado. Es por eso la imperiosa necesidad de “balancear” el empleo de las categorías desarrolladas con la búsqueda de personas concretas, de dolores y destinos. La recuperación de los nombres, tan cercana en las políticas de memoria nacionales como también en el museo *Yad Vashem* de Israel, es un modo de impedir posibles distorsiones. Así, el libro de Burucúa y Kwiatkowski no solo

resulta un renovado aporte a la historia del arte; es también una valiosa obra que oficia de introducción, una llave teórica para continuar abriendo los estudios de las representaciones. Como contrapartida también genera preguntas e inquietudes: ¿por qué la repetición, a lo largo de la historia y en diferentes locaciones, de estas fórmulas? ¿Acaso existe un imaginario visual común en toda la cultura? ¿Acaso existe una memoria cultural de las representaciones de las masacres y los genocidios?

Lior Zylberman
Centro de Estudios sobre Genocidio-UNTREF / UBA / CONICET

Karl Gunther,

Reformation Unbound. Protestant Visions of Reform in England, 1525-1590,

Cambridge, Cambridge University Press, 2014, 296 páginas

Resulta un desafío hallar en la historia inglesa un proceso histórico más complejo y de consecuencias más profundas que la Reforma. La dificultad se incrementa exponencialmente si el interés cronológico se limita a la Edad Moderna. Es posible afirmar –sin exagerar demasiado– que el investigador que pretenda dedicarse al estudio de la cultura, la sociedad, las ideas y la política durante el período 1520-1750 de la historia de Inglaterra se ocupará (voluntaria o involuntariamente) de los orígenes, los desarrollos o las herencias de la Reforma. Esta consideración permite entender, en parte, el enorme y permanente esfuerzo que los académicos británicos consagraron y continúan consagrando a este objeto de estudio. De hecho, la dedicación excede a los nativos de la isla: el estadounidense Karl Gunther y su *Reformation Unbound* son un ejemplo.

Historiador interesado en el vínculo entre la religión y los intelectuales durante la modernidad temprana británica, Karl Gunther se doctoró en Northwestern (2007). Ese mismo año asumió como *Lecturer* en el Departamento de Historia en la Universidad Rice, y en 2008 como *Assistant Professor* en la Universidad de Miami, cargo que continúa desempeñando. Desde la década pasada ha sido beneficiado con diversas becas

para la realización de sus investigaciones, entre las que se destaca la otorgada por la *Folger Shakespeare Library* para el período 2010-2011. Ha publicado artículos en revistas de prestigio mundial como *Past and Present* y *The Journal of Ecclesiastical History*.¹ Estas producciones se vinculan genealógicamente con los ejes principales de su tesis doctoral “The Intellectual Origins of English Puritanism, ca. 1525-1572. Reformation Unbound”, por lo cual no es solo el primer libro publicado por el autor, sino también el corolario de la primera etapa de su trayectoria académica.

El libro está orientado a demostrar la existencia de concepciones radicales de la Reforma desde su génesis en el reinado de Enrique VIII. Los nueve apartados (una introducción, siete capítulos y la conclusión) en que el autor lo estructuró están dedicados a analizar sincrónicamente y diacrónicamente registros documentales teológicos, políticos y literarios que

permiten probar la existencia de vertientes radicales del protestantismo inglés anteriores a la eclosión del puritanismo iniciada en la década de 1570. El propio autor reconoce que en las últimas décadas historiadores como Eamon Duffy, Christopher Haigh, y Diarmaid MacCulloch han hecho mucho para demoler los mitos de la moderación anglicana y del aislamiento con respecto a las experiencias reformistas continentales.² Este último punto –señala Gunther– en ocasiones produjo la errónea y perdurable idea de que cualquier expresión de radicalismo en Inglaterra había sido producto de la influencia extranjera.³ Vinculado con esto, cuando la atención de los investigadores finalmente se posaba sobre las manifestaciones más extremas del caso inglés, la referencia cronológica nunca era anterior a la de los exiliados marianos, y generalmente tomaba como referencia las dos últimas décadas del siglo XVI, o bien

¹ Karl Gunther y Ethan Shagan. “Protestant Radicalism and Political thought in the Reign of Henry VIII”, *Past and Present*, vol. 194, n° 1, febrero de 2007, pp. 35-74. Karl Gunther, “Rebuilding the Temple: James Pilkington, Aggeus and the Early Elizabethan Puritanism”, *The Journal of Ecclesiastical History*, vol. 60, n° 4, octubre de 2009, pp. 689-707.

² Eamon Duffy, *The Stripping of the Altars: Traditional Religion in England c.1400-c.1580*, New Haven, Yale University Press, 1992; Christian Haigh, *English Reformations. Religions, politics and society under the Tudors*, Oxford, Oxford University Press, 1993; Diarmaid MacCulloch, *The Later Reformation in England*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2001.

³ Idea que sostuvieron los sectores más moderados de la Iglesia de Inglaterra desde el siglo XVI.

avanzaban sin escala hacia el xvii. *Reformation Unbound* es, entonces, una invitación a conocer y revalorizar las tempranas y perdurables voces radicales inglesas. Para lograr este objetivo, el autor propone pensar la temática abandonando las definiciones esencialistas, utilizando la categoría “radical” para describir ideas y actitudes que en circunstancias específicas desafiaron más profundamente que otras el *statu quo* vigente.⁴

El libro de Gunther respeta una organización a la vez temática y cronológica: los apartados examinan distintas polémicas que durante los reinados de Enrique y sus hijos reflejaron posiciones enfrentadas (y en ocasiones opuestas) entre los protestantes. El primer capítulo analiza en profundidad las disputas en torno a la organización y la política eclesiástica. Lo que lo hace interesante es que el enfrentamiento tiene lugar durante las décadas de 1520 y 1530, y es intra-protestante. El autor recurre a escritos de Robert Barnes, John Frith, John Bale y nada menos que William Tyndale para señalar la existencia de un precoz proselitismo contra el derecho canónico, la liturgia vigente y la tradicional estructura eclesiástica, de la que solo se pretendía mantener a los obispos, aunque transformados en ministros, predicadores y agentes de disciplina en cada parroquia, eliminando sus funciones políticas y de

gobierno.⁵ Lo llamativo de estos planteos es que además de rechazar la jerarquía eclesiástica, hacían lo propio con el control de las autoridades políticas sobre la esfera religiosa: su visión de la Reforma iba más allá de reemplazar al Papa por el Rey. Al retrotraer Gunther la defensa de la autonomía eclesiástica y el énfasis en la disciplina a una época tan temprana, la clásica catalogación de Patrick Collinson sobre el presbiterianismo isabelino como un dogmatismo extraño a la tradición protestante inglesa merece ser revisada.⁶ De hecho, el autor ofrece el que debería ser el golpe definitivo a la consideración de *un único protestantismo inglés*. La retórica radical es abordada en el segundo capítulo a través de la discusión sobre la naturaleza de la Reforma. Mientras que Enrique y su hijo Eduardo la entendían como un instrumento para la pacificación y el ordenamiento de la población, incorporada por completo en el seno de una Iglesia nacional, otros grupos con una visión más drástica de los Evangelios la juzgaban como una espada para atormentar a quienes no eran lo suficientemente píos. La difusión de la Palabra necesariamente era disruptiva: la minoría comprometida no debía convivir en armonía con la sacrílega mayoría, sino incomodar su existencia.

Mientras los dos monarcas se veían a sí mismos como los gobernantes de todos los ingleses, los evangelistas más extremos les reclamaban un rol militante y partisano para liderar una reforma sin fin.⁷ La disputa se inclinó en favor de la perspectiva más conciliadora, que adquirió entre los contemporáneos del siglo xvi, pero también en la historiografía del xx, el carácter de versión oficial. Si Haigh, Duffy y Richard Whiting a comienzos de la década de 1990, al destacar la capacidad de resistencia de las prácticas y la cosmovisión católica, cuestionaron la llamada tesis del “protestantismo triunfante” de Dickens y Geoffrey Elton (pero también presente en Keith Thomas), Gunther también lo hace al poner en primer plano las tempranas voces de una porción intransigente dentro del protestantismo, capaces de cuestionar el rumbo que tomaban las autoridades políticas y su aparato de gobierno civil y religioso.⁸

Los siguientes tres capítulos se interesan por las ideas radicales de la intelectualidad protestante exiliada durante la

⁷ Gunther, *Reformation Unbound*, *op. cit.*, p. 96.

⁸ Para la tesis del llamado protestantismo triunfante, véase Arthur Dickens, *The English Reformation*, Nueva York, Shocken Books, 1964; Geoffrey Elton, *Reform and Reformation. England: 1509-1558*, Londres, Arnold, 1977; Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth century England*, Londres, Penguin Books, 1971. Para las posturas revisionistas, véase Robert Whiting, *The Blind Devotion of the People: Popular Religion and the English Reformation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

⁴ Karl Gunther, *Reformation Unbound. Protestant Visions of Reform in England, 1525-1590*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, p. 3.

breve pero intensa restauración católica liderada por María Tudor, sin dejar de señalar su influencia en los siguientes decenios. El capítulo 3 revela la supervivencia del *ethos* antinicodemita desde la época mariana hasta la década de 1590. El llamado para que aquellos que permanecieron en la isla evitasen la disimulación y declarasen abiertamente sus preferencias religiosas constituyó un rasgo identificatorio entre los protestantes más ardientes no solo durante el peculiar contexto del exilio, sino cuando el trono volvió a manos protestantes con Isabel. Sin plantear una filiación directa entre los expatriados del decenio de 1550 y los separatistas del 1590, Gunther exhibe otra sólida demostración de su hipótesis central. La firmeza de quienes llamaban a romper con la Iglesia isabelina por sus ineludibles imperfecciones teológico-litúrgicas encuentra un antecedente de más de cuatro décadas en los protestantes ingleses ausentes de su tierra que consideraban traidores a sus correligionarios que asistían a las celebraciones religiosas marianas. El martirio que podía traer consigo la abierta profesión de una fe que no era la oficial resalta la naturaleza agonal que la Reforma tenía para sus partidarios más exacerbados.⁹ Tal como refleja el capítulo 2, el radicalismo privilegiaba la dimensión conflictiva del proceso por sobre la posibilidad de pacificación y concordia. Si el

anti-nicodemismo rompió la frontera temporal del período mariano, el capítulo 4 trata una trayectoria similar en la teoría de la resistencia al poder político, que señalaba la primacía de la obediencia a Dios por sobre aquella debida a cualquier hombre. A través de la obra del obispo James Pilkington, el autor ubica el llamado a completar la Reforma como una tarea a realizarse sin importar si el gobernante de turno lo consideraba adecuado o no. Este caso estudiado problematiza la cronología tradicional que encuadra a la teoría de la resistencia política o bien en el *interregno* católico o bien en plena disputa por las vestimentas del clero durante la década de 1560.

En el capítulo 5, la atención permanece allende las fronteras inglesas. Allí se reinterpreta la posición de Richard Cox y sus seguidores durante el célebre conflicto que mantuvieron con el grupo liderado por John Knox en Frankfurt. Gunther se distancia de quienes observaron en este conflicto un anticipo del enfrentamiento entre conformistas y separatistas. El llamado por parte de Cox a que Knox y sus acólitos respetaran el *Prayer Book* de 1552 (a esa altura prohibido por María), en lugar de inspirarse en el modelo francfortés, no habría surgido de un impulso conservador sino del deber de no desanimar a los hermanos protestantes que quedaron en Inglaterra criticando un documento fundamental de su identidad religiosa. Más que ponderar positivamente el libro, la facción “coxiana” rechazaba la postura de que las cuestiones

formales como ceremonias o rituales fuesen decididas por la autoridad política, ya que podía ser malinterpretado por los protestantes ingleses como un permiso para conformar con su soberana católica. El autor propone que Cox no lideraba un grupo menos radical que el de Knox; por el contrario, desde la década de 1570, los presbiterianos encabezados por Thomas Cartwright se apoyaron sobre las reglas paulinas (preferidas por Cox) como fuente para determinar la forma de la Iglesia, y no sobre la voluntad de la autoridad política (favorecida por Knox).¹⁰ Este hilo argumental se profundiza en el apartado siguiente dedicado a la controversia sobre las vestimentas sacerdotiales ocurrida en 1565-1566. La defensa del Arzobispo Parker del derecho de la Suprema Gobernante de la Iglesia para determinar el tipo de ropaje de los religiosos descansaba para Gunther en una *rationale* similar a la de Knox en Frankfurt. Por su parte, quienes se negaban a vestir del modo tradicional se apoyaban en las Escrituras como árbitro último sobre este tipo de asuntos, tal como había hecho Cox. Los no conformistas temían que las continuidades litúrgicas confundieran a la población inglesa y fortalecieran la posición del catolicismo, un temor muy similar al que habían tenido los antinicodemitas en el exilio. Una vez más, los ecos del radicalismo temprano retumbaban décadas después.

⁹ Gunther, *Reformation Unbound, op. cit.*, pp. 100-101.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 178 y 179.

El enfrentamiento abierto entre conformistas, puritanos y separatistas en los últimos veinte años de los Tudor como dinastía reinante llevó a que estas facciones buscasen legitimidad en el amanecer de la Reforma, de manera tal que sus rivales quedasen desacreditados como una desviación del rumbo original. El capítulo final de *Reformation Unbound* analiza los modos en que los grupos mencionados utilizaron y manipularon los documentos de los primeros intelectuales reformados con la intención de construirse un mito de origen favorable. El análisis de este apartado termina de señalar que el autor propone la existencia de

algunas continuidades pero no una evolución necesaria o un determinismo histórico entre los radicales del inicio de la Reforma y los puritanos. El fracaso rotundo tanto de conformistas como de puritanos en la tarea de dotarse de un pasado perfecto y sin desvíos prueba la inexistencia de una única naturaleza del protestantismo inglés: los primeros no pudieron explicar el antiepiscopalismo y la voluntad profundizadora de los primeros protestantes ingleses, mientras que el segundo grupo no podía justificar que John Bale y John Hooper hubiesen aceptado un obispado.

El mayor mérito de Karl Gunther no radica en la

singularidad de los documentos y autores trabajados, sino en una revisión novedosa de fuentes conocidas, lo que le permitió obtener respuestas diferentes a las de sus antecesores (con quienes no se abstuvo de debatir, aunque exento de pretensiones iconoclastas). Resultado de casi una década de trabajo, *Reformation Unbound* será referencia indispensable para los próximos estudios dedicados a comprender la cultura y a la intelectualidad inglesa del siglo XVI.

Agustín Méndez
UBA / CONICET

Rebecca J. Scott y Jean M. Hébrard,
Freedom papers. An Atlantic odyssey in the age of emancipation,
Cambridge/Londres, Harvard University Press, 2012, 259 páginas

En los últimos treinta años la llamada “historia atlántica” ha ido concitando un interés creciente y sus cultores se han multiplicado en los dos márgenes del océano que da nombre al campo.¹ Entre los trabajos realizados en este espíritu pocas obras dan cuenta de las potencialidades y la riqueza de este enfoque como *Freedom Papers*. En cierto sentido, podemos decir que la “promesa de la historia atlántica” (de la que hablaban Greene y Morgan)² se cumple en este libro en toda su extensión. La colaboración entre dos autores, Rebecca Scott (Universidad de Michigan) y Jean Hébrard (*École des Hautes Études en Sciences Sociales*), provenientes de continentes distintos, con lenguas maternas diversas y pertenecientes a tradiciones historiográficas disímiles pero que logran confluir, es realmente fructífera. Gracias a esa cooperación la investigación se nutre de una notable multiplicidad de fuentes: desde archivos parroquiales a cartas privadas, pasando por censos, periódicos, leyes, debates constitucionales, testamentos, registros de prisiones, de

barcos, de comerciantes, cartas de ciudadanía, expedientes judiciales, y la lista puede continuar. Lo más sobresaliente de ello no es solo la variedad de archivos –en al menos cinco lenguas– consultados, sino que cada tratamiento de las fuentes se constituye en un manual sobre su potencial uso historiográfico. Merece también ser destacado el diálogo que el libro establece con historiografías locales y temáticas muy diversas que no acostumbran a interactuar entre sí. El recorrido por al menos cuatro de las revoluciones del siglo XIX que pusieron en marcha discursos y luchas por la igualdad (la revolución haitiana, la francesa de 1848, la guerra civil y la reconstrucción norteamericana y la revolución de independencia cubana de fin del siglo XIX) es una muestra de ello.

Otro elemento valioso del libro es que –a diferencia de lo que Paul Gilroy denunciaba en 1992 en su *Black Atlantic*³ sobre la tendencia a escribir historias atlánticas olvidando a África– esta obra realiza un esfuerzo notable por reconstruir los lazos africanos del mundo atlántico. Ciertamente el libro no es un caso aislado y participa de una tendencia

creciente en los estudios sobre la diáspora africana, el tráfico esclavista y la esclavitud. Sin embargo, en general se estudian los lazos entre dos continentes y pocas veces se integran los tres –África, Europa y el mundo americano– como lo hacen Scott y Hébrard.

Freedom papers representa así una monumental reconstrucción de la trayectoria de cuatro generaciones de una familia cuyo recorrido se inicia en tierras senegalesas hacia fines del siglo XVIII –donde una mujer es capturada, traficada y vendida luego en Saint Domingue como esclava– y termina en Europa –donde una de sus descendientes muere como prisionera política en 1945 en el campo de concentración nazi de Ravensbrück–. En el camino, los autores nos llevan de Haití a Santiago de Cuba, de allí a Louisiana; luego a México, Francia y Bélgica, con pasajes por Inglaterra. En cada una de estas “paradas” –reconstruidas en diferentes capítulos– se van trazando las alternativas de libertad y esclavitud, de igualdad y discriminación, de pobreza y progreso, de participación y exclusión que padecieron y construyeron los miembros de este linaje y –a través de ese prisma– también sus contemporáneos.

En el primer capítulo, comenzamos a conocer los orígenes de quien luego como esclava se llamará Rosalie

¹ Bernard Bailyn, *Atlantic History: Concept and Contours*, Cambridge-Londres, Harvard University Press, 2005.

² Jack P. Greene y Philip D. Morgan (eds.), *Atlantic History: A Critical Reappraisal*, Nueva York, Oxford University Press, 2009.

³ Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.

Vincent. El ejercicio desanda los caminos de la cosificación de una “pièce d’Inde” vendida en tierras americanas para llegar a la historia de la niña senegalesa capturada. A contramarcha de la absoluta negación del pasado y la humanidad que marca la esclavización, los autores procuran comprender desde dónde fue embarcada Rosalie, cuál pudo haber sido su experiencia y su cultura, qué transformaciones se estaban experimentando en el valle del Río Senegal en el momento de su probable secuestro, y cuáles eran las dinámicas del tráfico esclavista por entonces, hacia el interior del continente y desde Saint-Louis du Senegal hacia el atlántico. Gracias a este trabajo podemos saber que Rosalie (como tantos otros) fue embarcada hacia 1780 y vendida como “negra de la nación Poulard”. Las “naciones” eran un atributo relevante para los traficantes ya que solían asociar características específicas a grupos particulares. Para los historiadores, en cambio, el dato importa porque permite identificar su pertenencia a una región senegalesa que a fines del siglo XVIII estaba restringiendo la exportación de esclavos por los límites impuestos por el líder musulmán allí instalado a través de una revolución. A su vez, esta pertenencia Poulard de Rosalie puede indicar una probable experiencia previa con textos escritos, en particular, con versos preparados que funcionaban como amuletos protectores. Como mostrarán los autores a lo largo del libro, los papeles eran centrales para la libertad. Los actores aprenderán

de la manera más dura que “las palabras pueden proteger, y las palabras pueden esclavizar” (p. 19).

En el segundo capítulo Rosalie ya se encuentra en Jérémie, poblado al sudeste de Puerto Príncipe, colonia francesa de Saint-Domingue, donde fue comprada por un amo afrodescendiente y luego vendida a otro. Las trayectorias de estos amos son reconstruidas y puestas en un contexto de historias de vida similares, y los autores nos muestran cómo la compra de esclavos por quienes habían sido esclavos o tuvieron padres esclavizados era parte de una estrategia de progreso económico y de reafirmación de la propia condición de libertad. Se reconstruye la estructura social de la región, sus cambios y las dinámicas de un mundo popular en el que se tejían estrechas redes personales entre libres de color, blancos empobrecidos y negros esclavizados. Finalmente, en este capítulo se abordan los cambios abiertos con el impacto de la revolución francesa en la colonia, que fueron profundizados primero con los rumores, luego con la realidad de la abolición de la esclavitud y finalmente radicalizados con la declaración de independencia de Haití. En medio de este torbellino, los autores rastrean los cambios en la vida de Rosalie, quien en 1794 vive junto al colono francés empobrecido Michel Vincent con quien tendrá tres hijos. Ante la posibilidad de que Napoleón enviase a Haití una violenta expedición y que se organizara una fuerte resistencia local, muchos

adoptaron la emigración como estrategia de supervivencia, entre ellos, Vincent y Rosalie.

El escenario del tercer capítulo es entonces Santiago de Cuba, aún colonia española. Bastión de la esclavitud –en tierras cubanas la libertad lograda a través de la revolución no sería fácil de mantener-. Allí la política de admisión de refugiados y las re-esclavizaciones estuvieron a la orden del día. Rosalie, y su segunda hija Elisabeth (de los otros hijos ya no hay registros), evitaron ser catalogadas como esclavas. Junto a Michel se integraron a una populosa ciudad, con una extensa población libre de color. Rosalie procuró certificar su libertad por un medio tradicional –una carta de libertad entregada por Michel– que prometía una mayor eficacia extraterritorial que la libertad general declarada por la Convención francesa y luego por las autoridades haitianas. Con la invasión napoleónica a España las autoridades coloniales cubanas decidieron en 1809 expulsar a todos los franceses de su territorio. Aquí se bifurcan los senderos de Rosalie y su hija: Elisabeth, a cargo de su madrina, una próspera mujer de color conocida como viuda Aubert, partió a los Estados Unidos. El lugar más promisorio era Louisiana, donde había una sustancial población francesoparlante. Sin embargo, el congreso norteamericano había prohibido el tráfico de esclavos por lo que el ingreso de estos supuso la puesta en marcha de ambigüas estrategias de clasificación de estos pasajeros como “criados” a fin de evitar la incautación. Rosalie, en

cambio, como tantos otros refugiados en Santiago, habría optado por regresar a Haití “buscando vivir como ciudadanos en una nación sin esclavitud” (p. 61).

Louisiana es entonces el escenario del cuarto capítulo. Nuevamente los autores describen las redes, los patrones de residencia y el mundo laboral de la ciudad, junto a las regulaciones específicas en torno a la población de color. En el puerto de New Orleans se produjo un nuevo proceso de atribución de estatus que inclinó la balanza hacia la presunción de esclavitud de cientos de refugiados. Ellos duplicaron la población de la ciudad y desarrollaron trabajos no remunerados para los residentes libres del futuro estado de Louisiana. Allí a Elisabeth y a su tutora se les aplicó la etiqueta “de color”, pero su libertad no fue desafiada. Aubert convivió con un carpintero belga formando una de las tantas uniones conyugales interraciales de la ciudad. En 1821, Elisabeth se comprometió con Jacques Tinchant, joven hijo de una mujer de color y un colonialista francés que, emigrado tiempo atrás desde Saint-Domingue, no tuvo más vínculos con su prole. Tinchant vivía en otra casa interracial, ya que su madre ahora convivía con un masón blanco, Louis Duhart, maestro de escuela y también haitiano. Durante la década de 1820 Louisiana estuvo signada por un progresivo endurecimiento de las leyes hacia las personas libres “de color” que llevaron a la madre de Tinchant y Duhart a abandonar el país e instalarse en Francia. Jacques y Elisabeth permanecieron en los

Estados Unidos y progresaron económicamente. Mientras, procuraron sacudirse los signos de estigma individual. Elisabeth intentó adquirir el derecho a su apellido paterno. A pesar del progreso y la respetabilidad formal adquirida, la creciente discriminación y el control sobre los “negros libres” llevaron al matrimonio Tinchant-Vincent hacia 1840 a seguir los pasos de los padres de Jacques e instalarse en Francia con sus hijos. Scott y Hébrard realizan un notable ejercicio de reconstrucción de las opciones y los contextos que orientaron esta decisión.

En el quinto capítulo los autores describen las diferencias en los momentos de arribo al viejo mundo de una y otra pareja, las dificultades de los más jóvenes pero también las ventajas que tuvieron y buscaron en términos de educación. Detallan los rasgos de esa formación así como el viaje a París del segundo hijo del matrimonio Tinchant-Vincent, Joseph, quien en el álgido contexto de la revolución de 1848 y la abolición de la esclavitud se identificó con los principios en boga de derechos públicos e igualdad social así como con la hostilidad hacia las distinciones de “castas”. Ese escenario revolucionario así como la posterior represión contra los republicanos del ‘48 son centrales para explicar la decisión de Joseph, “fiel a la tradición atlántica Vincent-Tinchant”, de regresar a Louisiana en busca de nuevas oportunidades.

En el sexto capítulo, los autores reconstruyen la vida de los jóvenes hermanos Tinchant –nietos de Rosalie– en sus distintas locaciones: en New

Orléans –donde dos de ellos se inician en el negocio del tabaco y organizan su comercialización transatlántica– y en Antwerp, Bélgica, puerto elegido como base europea de operaciones. El último en llegar a Mississippi fue el menor de los hermanos, Édouard, quien arriba en plena guerra civil. Scott y Hébrard analizan la complejidad de la posición de la población de color en la guerra y la errática política del gobierno federal norteamericano hacia ella. En este contexto de guerra y discriminación muchos afrodescendientes –entre ellos Joseph, sus cuñados y dos de sus hermanos– optaron por emigrar, por ejemplo, a México. Édouard, en cambio, nacido y educado en Francia, se transformaría en un americano radical: no solo se alistaría voluntariamente en el ejército de la Unión, sino que más tarde entablaría polémicas en la esfera pública local y terminaría teniendo una activa participación política durante la Reconstrucción (1866-1877).

El papel público y político de Édouard se aborda en el séptimo capítulo. En estrecha relación con un libro anterior de Scott⁴ donde se analizan las tensiones, esperanzas y posteriores frustraciones del período de la Reconstrucción, el capítulo se centra en ese mundo y en el papel de Édouard como veterano de guerra, publicista, director de una escuela para niños de color libres y, más tarde, delegado para la nueva Convención

⁴ Rebecca Scott, *Degrees of freedom. Louisiana and Cuba after slavery*, Cambridge, The Belknap Harvard University Press, 2005.

Constitucional de Louisiana de 1866. Un punto interesante del libro es el estudio de la trayectoria de la idea de “derechos públicos”. Esta idea, incluida en la nueva constitución estatal jurada en 1868, fue una herramienta útil para enfrentar tentativas segregacionistas en el espacio público. Sin embargo, cuando en 1876 la hostilidad de la Corte Suprema norteamericana a este concepto se hizo evidente, su eficacia desapareció. A la par, los republicanos –los abanderados de la abolición en el inicio de la guerra– fueron construyendo una alianza con blancos conservadores y con algunos demócratas restringiendo la participación de sus antiguos aliados de color. En este contexto, Édouard, sin grandes perspectivas en la capital, casado y con una situación laboral inestable, volvió a partir. Alejado de la escena pública y la militancia, se mudó a la ciudad de Mobile en Alabama. En el censo de 1870, fue inscripto como nacido en Francia, hijo de extranjeros, ciudadano americano, y catalogado como “blanco”.

El capítulo octavo rastrea las trayectorias en México de los demás hermanos Tinchant en la década de 1860. Su instalación en Jicaltepec, el impacto de la invasión francesa y el imperio establecido por Maximiliano, el cultivo del tabaco en la zona y los destinos de la empresa de exportación montada por los Tinchant. Quizá la reflexión más interesante de los autores en este apartado se refiere a las

reelaboraciones del significado de la identidad “criolla” de la familia a medida que se desplazó. Si en Louisiana su carácter “criollo” se ligaba al Caribe y a los africanos traídos a América como esclavos, en Bélgica (adonde casi todos los hermanos regresaron) algunos transformarán su “criollismo” como identidad asociada a su estancia en México y, por extensión y conveniencia económica en el negocio de los cigarros, a Cuba.

El capítulo noveno aborda las estrategias de naturalización de los hermanos Tinchant en Bélgica. Allí se analizan los diversos componentes de la ciudadanía que ellos adquirieron a lo largo de sus múltiples viajes atlánticos, muchas veces sin gozar de los derechos legales conferidos por nacimiento, paternidad o naturalización oficial, así como su experimentación con una secuencia de afiliaciones subjetivas alternativas. En todas estas idas y vueltas, sostienen los autores, el color permaneció como una delicada y casi siempre silenciada cuestión.

Finalmente, los autores reconstruyen rasgos centrales de la vida de Marie-José Tinchant, nieta de Joseph, durante el siglo XX. En 1937 la joven huyó a Londres para casarse por la oposición de sus suegros al matrimonio. Rastreando periódicos londinenses e incluso norteamericanos, los autores dan con las palabras de Marie-José, quien atribuye tal negativa a que “su madre es blanca, su

abuela es blanca, pero yo tengo color”. Ya casada y de regreso en Antwerp, Scott y Hébrard reconstruyen el divorcio de Marie-José, su prisión y muerte en las cámaras de gas nazis. El debate oficial posterior en torno a su condición o no de presa por razones “políticas” o “raciales” y el impacto sobre la condición de héroes o víctimas de esas personas da un cierre perfecto a uno de los temas centrales del libro: la construcción de identidades y las relaciones entre raza, política y libertad.

Este intrincado relato de biografías familiares y escenarios cambiantes puede parecer por momentos anecdotico. Sin embargo, es todo lo contrario: en cada capítulo podemos descubrir cómo se interrelacionan sutilmente agencia y estructura, decisión y contexto, individualidad e historia.

Freedom papers puede interpelar a distintos públicos. Excede ampliamente los límites de los campos en que se inscribe –estudios diaspóricos, historia de la esclavitud y el tráfico, historia atlántica, historia social y cultural–, y se transforma en un ejercicio logrado en el que cualquier historiador encontrará lecciones sobre el oficio y cualquier lector podrá apreciar las potencialidades de la historiografía.

Magdalena Candioti
Instituto Ravnani-UBA /
UNL / CONICET

Annick Lempérière (ed.),

Penser l'histoire de l'Amérique latine. Hommage à François-Xavier Guerra,

París, Publications de la Sorbonne, 2012, 324 páginas

Es casi inútil recordar el fuerte impacto que tuvieron los trabajos de François-Xavier Guerra en las historiografías latinoamericanas. Sin embargo, en Francia –país donde este se desempeñó como profesor e investigador en la Universidad de la Sorbonne-París 1– su obra sigue siendo poco conocida más allá de los ámbitos latinoamericanistas. Por ello, la publicación de *Penser l'histoire de l'Amérique latine*, homenaje compilado por Annick Lempérière, cumple una doble función. Por un lado, da cuenta de la importancia de la renovación historiográfica impulsada por este gran historiador que murió prematuramente en 2002. Por otro lado, evidencia sus aportes en las investigaciones actuales de quienes fueron sus alumnos o colegas –europeos y latinoamericanos– y son autores de los artículos del libro. En este sentido, los trabajos reunidos permiten apreciar el rol clave que desempeñó Guerra en el desarrollo de los estudios latinoamericanistas en Francia y en la formación de historiadores franceses y latinoamericanos.

Para Guerra, *Pensar la historia de América Latina* significó ante todo explorar las relaciones del continente con la modernidad política. Los instrumentos metodológicos y conceptuales que desarrolló para este fin, así como el tipo de interpretaciones que formuló

sobre los procesos históricos de invención de un nuevo orden político en el mundo hispánico decimonónico, se ven reflejados en los textos del libro. Algunos autores dialogan directamente con las propuestas metodológicas de Guerra, otros presentan investigaciones que se inscriben en la nueva historia de lo político *guerriana*. Son particularmente interesantes los trabajos que retoman problemas formulados por Guerra sobre el siglo XIX para pensar el siglo XX.

Siguiendo el esclarecedor prólogo de Annick Lempérière, se pueden identificar al menos tres puntos que determinaron el cambio de perspectiva historiográfica iniciado con *Le Mexique*¹ y profundizado a partir de *Modernidad e independencias*.² En primer lugar, en el contexto intelectual francés de los años 1980, marcado por el cuestionamiento de las sociologías objetivistas y de la historia social, Guerra reemplazó el uso de categorías sociales preestablecidas por la observación empírica de los actores y la reconstrucción de la dimensión relacional y cultural que organiza las

actividades colectivas de los individuos. En segundo lugar, revalorizó el carácter contingente inherente a todo proceso histórico y el rol transformador del acontecimiento, es decir “su capacidad para crear en los espíritus de los actores un ‘antes’ y un ‘después’” (p. 202). Finalmente, al distanciarse de los análisis socioeconómicos de la historia, a los que consideraba deterministas, rehabilitó el campo de lo político como dimensión clave para entender fenómenos de ruptura como son las revoluciones hispánicas y, en el siglo XX, la Revolución mexicana.

Si bien este cambio de perspectiva se inscribió en un contexto más general –marcado por la empresa revisionista de François Furet durante el Bicentenario de la Revolución Francesa–, la originalidad de la obra de Guerra residió en su interpretación novedosa del siglo XIX latinoamericano. Al sostener que el origen de las independencias no debe buscarse en 1810 sino en 1808 –con la invasión del ejército napoleónico a la España peninsular y las consiguientes abdicaciones reales en Bayona que provocaron la crisis de legitimidad de la monarquía hispánica–, el historiador francés reinterpreta el proceso independentista hispanoamericano bajo el prisma de la desintegración del

¹ François-Xavier Guerra, *Le Mexique de l'Ancien Régime à la Révolution*, París, L'Harmattan-Publications de la Sorbonne, 2 vols., 1985.

² François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, Madrid, MAPFRE, 1992.

imperio, inscribiendo la historia latinoamericana en un espacio euro-americano. Antonio Annino explicita en su texto este “proceso único y global” que desembocó en la fragmentación de un conjunto político en múltiples cuerpos soberanos. El autor resalta con claridad el valor heurístico de la categoría “revoluciones hispánicas” al explicar que se trata de un modelo para pensar de manera general la construcción de la nación en otros casos de crisis imperial que se diferencian del esquema clásico.

El concepto de “euro-américa latina” propuesto por Guerra es recuperado, profundizado o repensado por otros autores de la compilación. Frédéric Martínez plantea una nueva forma de abordar las construcciones nacionales latinoamericanas a partir de los actores y las representaciones que circulaban en el espacio atlántico. Más empírico, el trabajo de Sol Serrano sobre la reorganización de la Iglesia chilena en el período de la república liberal decimonónica es particularmente interesante. Al analizar la introducción de las congregaciones femeninas francesas y de las cofradías de Saint-Vincent en el contexto sociocultural chileno, la historiadora da cuenta de un caso concreto de adaptación y reinención en el marco del cual el catolicismo local pudo renovarse y anclarse en una sociedad civil en proceso de modernización. Jean-Frédéric Schaub, por su parte, propone complejizar la dicotomía entre civilización y barbarie desde una perspectiva más teórica que procura superar la división entre historia de Europa e historia de los mundos coloniales.

Finalmente, Olivier Compagnon ofrece una reflexión crítica sobre las nociones de “influencias” y “modelos” y sugiere estudiar las relaciones entre los dos espacios en términos de “transferencias culturales”. De esta manera, afirma, es posible desarrollar una historia de los intercambios culturales más allá de la dicotomía clásica entre culturas dominantes y dominadas, restituyendo la complejidad de esas circulaciones en el espacio euroamericano.

Otro punto clave de la mirada *guerriana* es el énfasis en el carácter imprevisible e irreversible de lo acontecido durante el bienio crucial (1808-1809) que provocó la irrupción de la modernidad en una monarquía de Antiguo Régimen. Dicha perspectiva supone centrarse en el proceso –siempre indeterminado– de invención de una nueva legitimidad y de un nuevo orden políticos, en la aparición de nuevos actores, así como en la reformulación de las identidades, de las prácticas, de los valores, de los espacios de sociabilidad y de los mecanismos de gestión de la cosa pública. Desde esta perspectiva, Marie-Danielle Demélas y Carole Leal Curiel colocan el foco en los lenguajes políticos modernos –pueblo y república– fundantes de las revoluciones hispánicas, para analizar tanto sus usos como los sentidos e imaginarios a los que remiten. Por su parte, Richard Hocquellet analiza el proceso revolucionario desde la metrópoli de la monarquía española, interrogándose sobre el proceso de transformación política que, entre 1808 y 1810, produjo la irrupción de la

modernidad en la península ibérica. Según explica el autor, en un primer momento la inmediata reacción patriótica de fidelidad al rey Fernando VII encontró en el lenguaje pactista la coherencia que otorgó legitimidad a las juntas de gobierno. Sin embargo, fue la paulatina adopción de un discurso liberal y de prácticas políticas modernas la que permitió articular la referencia a la nación en forma autonomizada con respecto a la figura del rey.

Otros autores se centran en la definición de nuevos espacios públicos a partir de la obra de Guerra: es el caso de Marco Morel sobre el rol de la prensa periódica en la formulación de una teoría de la independencia en el Brasil, o el de Elisa Cárdenas sobre la organización del espacio público porfiriano y sus mutaciones en los albores de la revolución de 1910. Es de gran interés el artículo de Sophie Baby ya que reflexiona sobre la constitución de un nuevo orden político en el contexto contemporáneo de la transición democrática española (1975-1982). En un período marcado por los atentados de ETA y la creciente amenaza de golpe militar, Baby señala las contradicciones de un sistema que, en nombre de la defensa del consenso democrático, se encaminó hacia una concepción restrictiva del espacio público, privilegiando el orden y los métodos ilegales de represión por sobre derechos y libertades de los ciudadanos.

Una de las conclusiones más controvertidas de Guerra sobre las particularidades y las paradojas de la modernidad política en las revoluciones hispánicas se refiere a la idea

de un siglo XIX marcado por la adopción de imaginarios, instituciones y prácticas del liberalismo moderno en sociedades tradicionales que seguían siendo mayoritariamente holistas. En su análisis de *Le Mexique*, Clément Thibaud muestra cómo, a partir de un uso crítico de la prosopografía, Guerra pudo superar los fundamentos individualistas de esta herramienta metodológica para reconstruir el complejo juego que se tejió entre la ficción política y las prácticas sociales durante la Revolución mexicana. Su aproximación al Porfiriato en términos relacionales y culturales es lo que lo llevó a reflexionar sobre la dualidad de la construcción de un orden republicano en el marco de una sociedad tradicional. Si la legitimidad política descansaba en los principios liberales y en la soberanía popular, el vínculo entre el orden político y la sociedad concreta se materializaba en una pirámide de relaciones personales basadas en la reciprocidad desigual y mediadas en última instancia por Porfirio Díaz. La Revolución mexicana puede entenderse entonces como un desmoronamiento relacional: el vacío de poder creado por la crisis de sucesión del presidente derivó en una competencia entre redes

clientelares, en la parálisis del sistema, y creó las condiciones de posibilidad de una “sustancialización del pueblo” (p. 199) a través de la movilización de la sociedad.

Esta articulación *guerriana* entre el orden de lo político y el orden de lo social es retomada en varios artículos que componen el libro. A partir de un estudio prosopográfico más clásico sobre la dirigencia chilena entre 1888 y 1925, Marco Feeley insiste en el carácter cerrado de un campo político dominado por una élite muy restringida y socialmente homogénea. A pesar de las constantes referencias discursivas al mundo igualitario de la modernidad, la política seguía dominada por una “*sanior pars*” cuyos vínculos de parentesco en el campo social eran el instrumento de acumulación de poder político. Por su parte, el trabajo de microhistoria de Nikita Harwich analiza cómo, en la pequeña localidad de Ocumare de la Costa en Venezuela, los vínculos de solidaridad tradicionales son los que prevalecieron por sobre las exigencias del poder abstracto del Estado, representado por la fuerza militar durante la guerra federal (1858-1863). Finalmente, Eugenia Palieraki propone aplicar la articulación entre actores sociales y

políticos para comprender la complejidad del proceso de arraigo del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) entre los pobladores y los campesinos chilenos de la década de 1960. Si bien el contexto intelectual y político tiene su peso, la autora remarca la importancia del pragmatismo de esos sectores populares marginalizados en su decisión de unirse al MIR para dar visibilidad y legitimidad a sus reclamos sociales.

En el caso de algunos artículos, el lector tal vez puede lamentar la ausencia de una crítica a la dicotomía *guerriana* modernidad / tradición. Si bien esta fue novedosa en la década de 1990 para pensar las revoluciones hispánicas, concentra cierto carácter contradictorio y normativo que hubiese sido interesante problematizar. Esto no quita que el libro ofreca una valiosa ilustración de la profundidad y de la amplitud de la renovación historiográfica impulsada por Guerra a través de trabajos actuales que retoman sus aportes interpretativos para pensar nuevos aspectos de la historia de América Latina no solo del siglo XIX sino también del XX.

Marianne González Alemán
Instituto Ravignani-UBA /
UNTREF / CONICET

Rafael Rojas,
Los derechos del alma. Ensayos sobre la querella liberal-conservadora en Hispanoamérica (1830-1870),
México, Taurus, 2014, 364 páginas

Desde la Argentina hasta México, las historiografías nacionales han presentado el siglo XIX como una disputa entre liberales y conservadores. En algunas ocasiones, el relato de esta dialéctica se ha convertido en el núcleo de la historia patria, que rebasa los límites decimonónicos. Desde hace tiempo, los historiadores han reaccionado a esta visión simple y maniquea. El caso mexicano resulta ejemplar. A partir de la década de 1880, la historiografía trazó una línea que mostraba los avances del liberalismo en contra de las fuerzas de la reacción. Los historiadores del siglo XX mantuvieron ese punto de vista, y lo concluyeron con el triunfo de la Revolución Mexicana de 1910. En obras canónicas como la de Jesús Reyes Heroles¹ los liberales siempre habrían estado asociados con la independencia, el republicanismo, el federalismo y el combate a los privilegios corporativos, en especial, los eclesiásticos. Por el contrario, los conservadores serían partidarios de la dependencia con España o con alguna otra potencia (en particular, europea), monárquicos, centralistas y apoyados por las clases privilegiadas. Los estudios más

recientes han mostrado las inconsistencias de esa interpretación. Hubo opositores a la independencia que favorecían un régimen constitucional, así como partidarios de la anexión a los Estados Unidos entre los liberales más radicales. Por supuesto, muchos de los liberales forjados en la tradición de la Constitución de Cádiz eran monárquicos. Tampoco faltaban los partidarios de los derechos estatales que eran sumamente conservadores y vinculados con las corporaciones eclesiásticas. Buena parte de los liberales del siglo XIX eran católicos. Tampoco había propiamente un partido conservador en México antes de la década de 1840.²

Esta revisión de la vida política del siglo XIX ha conducido a algunos historiadores a rechazar las explicaciones centradas en el conflicto entre el partido liberal y el conservador.³ El libro de Rafael Rojas, *Los derechos del alma*, muestra que con un adecuado análisis, alejado de

las interpretaciones canónicas, todavía es posible encontrar en ese conflicto aspectos y temas de enorme riqueza para entender el desarrollo de los países latinoamericanos en un período crítico. Para hacer esto, nuestro autor pone atención en algunos aspectos tradicionalmente poco abordados, tales como la reflexión que los pensadores y los políticos, tanto liberales como conservadores, hicieron sobre la guerra civil o, más importante aun, la concepción que tuvieron de los derechos del alma, es decir, los derechos naturales. Sería la doctrina de los derechos naturales la que emplearon el tlaxcalteca José Miguel Guridi y Alcocer y el aragonés Isidoro de Antillón para tratar de poner fin a la trata y avanzar en la abolición de la esclavitud (pp. 35-36). Por supuesto, los intereses económicos del Caribe español así como el temor ocasionado por la revolución haitiana retrasaron el debate del abolicionismo, estudiado en el capítulo primero del libro de Rojas. Aun así, los ecos del derecho natural seguían presentes en la segunda mitad del siglo XIX cuando Emilio Castellar promovía la libertad de vientres como un paso en el objetivo que se habían planteado los abolicionistas.

Los capítulos dos y tres de *Los derechos del alma* abordan temas mexicanos. El “Viaje de

¹ Jesús Reyes Heroles, *El liberalismo mexicano*, 3 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1953.

² Véanse Josefina Zoraída Vázquez, “Iglesia, ejército y centralismo”, *Historia mexicana*, 39, nº 1, julio/septiembre de 1989; Erika Pani (coord.), *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 2009.

³ Timothy E. Anna, *Forging México 1821-1835*, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 1988, pp. 176-177.

un panfleto”, dedicado al *Nuevo vocabulario filosófico-democrático* del jesuita Lorenzo Ignazio Thjulen, publicado en México en 1834, muestra una de las facetas más interesantes de la disputa por la religión en las repúblicas católicas hispanoamericanas, así como la importancia que desde aquellos años se concedió a los lenguajes políticos y sus transformaciones (p. 71), uno de los temas más valorados por los actuales historiadores de los conceptos. En el análisis de la obra del jesuita, Rojas destaca el debate acerca de los derechos naturales y la férrea defensa que hizo Thjulen de la concepción cristiana del ser humano como ser caído, pecaminoso y, por lo mismo, necesitado de una guía trascendente que el autogobierno –promovido por el contractualismo– era incapaz de ofrecer. La publicación del *Nuevo vocabulario filosófico-democrático* en México era una respuesta que varios grupos políticos de este país dieron a las reformas anticorporativas que encabezó el vicepresidente Valentín Gómez Farías. Dichas reformas fueron concebidas, en buena medida, como definición y defensa de los derechos naturales frente a los privilegios de las corporaciones. Para José María Luis Mora, a quien está dedicado el capítulo tercero del libro, la propiedad era sin duda un derecho inalienable, pero solo la de los individuos, no la de los cuerpos, construcciones sociales que, por lo mismo, siempre estaban a disposición de los intereses de la sociedad. Por supuesto, los defensores de los privilegios y los bienes eclesiásticos rechazarían esta apreciación y algunos de ellos,

como Basilio Arrillaga y Clemente de Jesús Munguía, lo harían asimilando la teoría de los derechos naturales, con lo que se alejarían de la crítica contrailustrada de Thjulen. En el mencionado capítulo tercero, “Mora en París”, Rojas pone atención además en la labor editorial que llevó a cabo el liberal mexicano en su exilio francés, iniciativa poco conocida e ignorada por muchos historiadores, pues estuvo dedicada a la publicación de una *Colección completa de las fábulas del doctor García Goyena, hijo de Centroamérica*, y la *Colección de poesías mejicanas*, ambas de 1836.

Los capítulos cuatro y cinco dan cuenta de polémicas y fracturas en el seno del liberalismo, en el marco argentino. “Socialismo sin dogma” está dedicado al análisis de las polémicas entre Esteban Echeverría y Pedro de Angelis, el oficioso publicista de Juan Manuel de Rosas. El debate entre ambos personajes sirve a nuestro autor para introducir un nuevo elemento en la pugna entre liberalismo y conservadurismo: el socialismo. A través de diversas publicaciones de Echeverría, que culminan con *El Dogma socialista*, de 1846, se puede apreciar la irrupción de las doctrinas sociales en el pensamiento político hispanoamericano. El análisis da cuenta de cómo ese socialismo no se alejaba demasiado de los principios del liberalismo (una especie de liberalismo socialista), pero de que también recurría a un lenguaje cristiano. Según Rojas, lo que más censuraba Pedro de Angelis en el

“jacobinismo” de Echeverría “no era la defensa de la tolerancia religiosa sino el tono humanista cristiano” (p. 164). Este apartado se propone mostrar cómo la disputa entre el socialismo de Echeverría y el conservadurismo de De Angelis puede ser visto como el enfrentamiento de diversos tipos de liberalismos, que no renunciaban a la concepción de los derechos naturales. En el capítulo cinco (“Sarmiento, Alberdi y la guerra civil”) Rojas reconstruye la polémica entre estos celebres políticos y pensadores de mediados del siglo XIX, focalizándose en el análisis que ambos hacen de la guerra como característica del avance de la civilización frente a la barbarie. El objetivo del autor consiste en mostrar la fractura de las élites políticas hispanoamericanas liberales; pero este capítulo revela también uno de los aspectos más importantes del libro: el punto de vista comparado. A lo largo de todos los capítulos hay referencias a las élites liberales caribeñas o al pensamiento conservador mexicano. Por ejemplo, en el análisis del pensamiento de Alberdi se muestra una peculiaridad argentina, el unitarismo como sinónimo de civilización y el federalismo de barbarie, justo lo contrario de lo que ocurría en México, donde los federalistas se veían a sí mismos como progresistas, mientras que acusaban a los centralistas de conservadores y los asociaban con las tradiciones coloniales.

José Victorino Lastarria, analizado en el capítulo seis (“El despotismo del pasado”) se percató con claridad de que liberalismo y conservadurismo,

enfrentados en todos los países hispanoamericanos, no necesariamente eran lo mismo en cada uno. Las polémicas chilenas de mediados del siglo XIX dan buen ejemplo de esto. De un lado, Francisco Bilbao enarbola un liberalismo que ponía atención en las relaciones de las clases sociales, para cuestionar algunos de los principios más sagrados del constitucionalismo liberal como la representación política (p. 216). Por supuesto, la promoción de una sociedad de iguales ocasionó respuestas, tanto desde la perspectiva claramente liberal de Lastarria como desde el derecho canónico y el derecho natural. “La patria de Arboleda”, capítulo séptimo, analiza esas mismas respuestas en la obra de Julio Arboleda. Católico, pero heredero de la tradición republicana fundacional de Colombia, Arboleda no se deja encasillar en los comportamientos tradicionales: favoreció la expulsión de los jesuitas de 1850, con lo que se enfrentó a políticos católicos como el ecuatoriano Gabriel García Moreno. En este extraordinario capítulo, Rojas vuelve sobre el problema del lenguaje para mostrar cómo había un lenguaje de la libertad y de la igualdad cristiano, que veía como perversión el empleo de esos términos en boca de los “jacobinos”. Su análisis se basa en la riquísima obra poética de Arboleda, un género literario habitualmente ignorado por quienes hacen análisis del pensamiento político.

El último capítulo (“Plumas que matan”) está dedicado precisamente a esa república católica que diseñó García Moreno. A lo largo de todo el

libro se ha venido señalando que, de hecho, todas las repúblicas hispanoamericanas de la primera mitad del siglo XIX eran repúblicas católicas, algo que ha mostrado la historiografía reciente.⁴ El planteo de Rafael Rojas consiste en mostrar las semejanzas del proyecto católico de García Moreno con las tradiciones republicanas de Hispanoamérica. Esta vinculación con los propios movimientos de independencia puede apreciarse en la cláusula de la Constitución ecuatoriana de 1869 que sujetaba la ciudadanía al catolicismo, lo mismo que, muchos años antes, expresara la Constitución de Apatzingán de 1814.

En este capítulo, Rafael Rojas recurre, al igual que en el resto del libro, al análisis de las polémicas para aclarar las características intelectuales de los políticos latinoamericanos. Así, no se queda con la descripción de la trayectoria como publicista de García Moreno, quien como muchos otros fuera también poeta. Para completar el panorama, Rojas recurre al análisis de los argumentos de Juan Montalvo, uno de los más destacados opositores liberales del período, quien no obstante se percató del atractivo de la república católica ecuatoriana por la bandera que enarbola de paz, orden y progreso; bandera que regímenes liberales en otras partes de Hispanoamérica

recuperarían en las últimas décadas del siglo.

En esta serie de ensayos se ofrece una visión general de la enorme riqueza, de los puntos de contacto y de las diferencias de un conflicto liberal-conservador que parece un fenómeno general en toda América Latina; incluso, en el extremo de propuestas socialistas elaboradas desde un lenguaje cristiano. A lo largo del libro, el eje de la concepción de los derechos naturales permite observar un sustrato cultural común en la mayoría de los pensadores políticos de aquella época. No deja de llamar la atención, sin embargo, que el autor no recupere las propuestas de autores como José Carlos Chiaramonte, quien, desde hace al menos dos décadas, viene insistiendo en la importancia del jusnaturalismo como la “ciencia social” de comienzos del siglo XIX. También se puede criticar el empleo de categorías que no siempre son consistentes. Por ejemplo, en ocasiones se señala que Pedro de Angelis era un republicano típico para, páginas adelante, llamarlo liberal,⁵ mientras que la respuesta católica a Bilbao es definida en ocasiones como liberal y a veces como ilustrada. Por último, debo mencionar un aspecto que también es relevante. El libro

⁴ Alfredo Ávila, “Catholic Nations: Spain and Spanish America in the Early Nineteenth Century”, *Mexican Studies*, vol. 30, nº 2, 2014.

⁵ Con esto, parece dar la razón a la crítica que hace Roberto Breña respecto a la diferenciación entre republicanismo y liberalismo en la historiografía reciente, en particular en la obra del propio Rafael Rojas. Véase Roberto Breña, *El imperio de las circunstancias. Las independencias hispanoamericanas y la revolución liberal española*, Madrid, Marcial Pons/El Colegio de México, 2012.

está constituido por una serie de ensayos, con todas las características de este género –incluida la redacción cuidada y ágil a la que ya nos tiene acostumbrados Rafael Rojas–, lo que no deja de ser refrescante en un medio en el que las monografías son

consideradas la cumbre de la producción académica. Así, de ensayo a ensayo, *Los derechos del alma* revela aspectos novedosos de la historia de un conflicto (intelectual, militar y político) que parecía muy manido, pero en el cual todavía pueden

encontrarse explicaciones para entender el desarrollo político latinoamericano.

Alfredo Ávila
Universidad Nacional
Autónoma de México

Olivier Compagnon,
América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939),
Buenos Aires, Crítica, 2014, 350 páginas

Desde hace varios años un rasgo característico de la producción historiográfica sobre la Primera Guerra Mundial está marcado por la emergencia de una perspectiva global que ha tensionado fuertemente la mirada más eurocéntrica que imperaba en los estudios sobre el conflicto. Dicho desplazamiento se tradujo en el desarrollo de novedosas líneas de investigación abocadas a otras áreas geográficas anteriormente consideradas “periféricas”, las cuales también habían sido visiblemente afectadas por la guerra como es el caso de los dominios coloniales y los países neutrales.¹ En ese marco, las investigaciones sobre el impacto de la Gran Guerra en Latinoamérica han adquirido una renovada atención.

Resultado de una tesis de habilitación presentada en la Université Paris I - Panthéon Sorbonne, el libro de Oliver Compagnon se inscribe en esa ampliación del campo de estudios sobre las repercusiones de la conflagración europea más allá de las experiencias concretas de los países combatientes. Publicado originalmente en francés por la

editorial Fayard,² este libro fue recientemente galardonado con el premio de la *Académie Française*, traducido casi simultáneamente al portugués, y en nuestro medio ha sido objeto de varias reseñas tan elogiosas como superficiales.

Bajo un título pretencioso, Compagnon despliega un estudio comparativo de dos casos nacionales, el argentino y el brasileño, a lo largo de un período que excede largamente los años del conflicto y que llega incluso a los inicios de la Segunda Guerra Mundial. Entre los motivos que justifican los términos de la comparación, el autor destaca que hacia 1914 Buenos Aires, Río de Janeiro y San Pablo constituyan algunas de las principales capitales culturales de América Latina pero que además ambos países contaban con otros polos regionales, como Córdoba, Mendoza, Tucumán, Rosario y La Plata en la Argentina, y Recife, Salvador de Bahía, Belo Horizonte y Porto Alegre en el Brasil. A juicio del autor, la existencia de estos otros polos “permite no restringir la historia de la nación a la de la capital, debilidad clásica de la historiografía latinoamericana” (p. 22). Sin embargo, ese ambicioso

proyecto historiográfico, que permitiría cotejar y complejizar la imagen capitalina sobre las repercusiones de la Gran Guerra en ambos países, no se ve reflejado en las escasas menciones del impacto producido por la conflagración europea en dichas ciudades, las cuales son francamente minoritarias. En otras palabras, Compagnon cae en la misma falencia que prometía subsanar.

Ahora bien, este es solo un ejemplo concreto de un problema metodológico mucho mayor que recorre todo el libro y que responde a varias cuestiones. Primero, a la extensa delimitación cronológica elegida; segundo, a la excesiva pretensión de atender en forma simultánea a la prensa, los diplomáticos, las élites políticas, económicas e intelectuales y, en términos más amplios, a las opiniones públicas de ambos países (pp. 16 y 21). Tercero, pero no menos importante, a un pobre relevamiento y análisis de las fuentes primarias. Todo ello arroja como resultado una mirada muy superficial y generalizadora que, en reiteradas ocasiones, se limita a enunciar o mencionar tangencialmente ciertos aspectos que son claves para comprender cabalmente el período estudiado y, en particular, las diversas repercusiones producidas por la Gran Guerra. En ese sentido, cabría señalar la escasa

¹ El dinamismo de esta perspectiva puede constatarse en el reciente libro de Helmut Bley y Annette Kremers (eds.), *The World during the First World War*, Essen, Klartext Verlag, 2014, que reúne artículos sobre el impacto del conflicto en Asia, África y América Latina.

² Bajo el título de *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre*, París, Fayard, Colección “L'épreuve de l'histoire”, 2013.

atención prestada a temas como la manipulación informativa ejercida por las agencias de noticias europeas (pp. 39 y 72), el debate sobre las responsabilidades por el estallido de la guerra (p. 39) y, para el caso argentino, el fusilamiento del vicecónsul de la ciudad belga de Dinant (p. 47) o el apresamiento del buque *Presidente Mitre* (p. 48), acontecimientos que motivaron fuertes polémicas y alineamientos en el seno de la prensa, los intelectuales y la opinión pública local.

La hipótesis central del libro sostiene que en América Latina la Gran Guerra constituyó “una de las matrices de la renovación de los debates sobre la construcción nacional del otro lado del Atlántico” (p. 21), una hipótesis que no es estrictamente novedosa, dado que puede leerse más o menos explícitamente en otras investigaciones dedicadas directa o indirectamente al impacto de la Gran Guerra en Latinoamérica.³ Esa hipótesis es puesta a prueba a lo largo de los tres grandes apartados que conforman el libro. En el primero de ellos, “De la guerra europea a la guerra americana”, Compagnon analiza los motivos subyacentes a la defensa de la

neutralidad en ambos países, las movilizaciones de los intelectuales y la prensa en favor de uno u otro de los bandos en disputa, las consecuencias económicas y sociales del conflicto, el ingreso de los Estados Unidos en la guerra y las reacciones ante el armisticio de 1918.

El autor parte de una caracterización de la guerra como algo ajeno al continente latinoamericano que justificaría el llamado “consenso neutralista” que impera entre las reacciones de los estados ante el inicio de las hostilidades. A su juicio, esta posición establece una continuidad con el comportamiento de las cancillerías americanas frente a los conflictos previos a la Gran Guerra, indiferentes, salvo algunas excepciones, tanto a la exacerbación de los

nacionalismos como a las crisis de Marruecos y las guerras de los Balcanes. Según el autor, “el análisis de la prensa en las dos décadas que anteceden a la Primera Guerra Mundial da cuenta de esta distancia” (p. 32). El problema aquí es que tamaña afirmación se sostiene en una sola cita tomada de la bibliografía secundaria.⁴

El análisis de Compagnon sobre el impacto de la Gran Guerra en la Argentina no logra superar algunas tendencias ya reiteradas en las investigaciones precedentes. En primer lugar, una desestimación de la importancia de las primeras semanas del conflicto. El autor afirma que durante los

momentos iniciales de la conflagración, la prensa de Buenos Aires otorgó un lugar secundario a su cobertura, abocándose a otros acontecimientos (como la muerte de algunas figuras de primer orden de la política local –como el presidente Roque Sáenz Peña o el ex presidente Julio Argentino Roca–, o los vaivenes políticos de la Revolución Mexicana). Para Compagnon, “la actualidad americana ocupó un lugar primordial en la prensa y la actividad diplomática entre junio y septiembre de 1914” (p. 43), una afirmación que, al menos para el caso argentino, es como mínimo exagerada, por no decir insostenible. Basta con hojear los principales diarios y revistas de Buenos Aires para constatar que el inicio de las hostilidades fue un asunto neurálgico para la prensa local, y que si bien los acontecimientos señalados por Compagnon tuvieron su lugar en las páginas de los diarios porteños, su influencia duró solo unos días en el caso de la muerte de los ex mandatarios, o fue más bien intermitente en el del conflicto mexicano. Por el contrario, la commoción producida por el estallido de la guerra en la prensa de Buenos Aires fue tan grande que incluso afectó apartados y secciones que a priori no debían interesarse por ella como, por ejemplo, las secciones sociales y las dedicadas al público femenino e infantil.

En segundo lugar, aunque íntimamente vinculado a lo anterior, el libro de Compagnon replica una mirada sobre el impacto de la guerra que queda suspendida entre dos

³ A nivel continental véase Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo xx. Entre la modernización y la identidad*, vol. I: *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Buenos Aires, Biblos, 2000, y, para el caso argentino, en estudios pioneros como el de Oscar Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1982, y el libro de Patricia Funes, *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

⁴ Concretamente, del libro de Sidney Garabone, *A Primeira Guerra Mundial e a impresa brasileira*, Rio de Janeiro, Mauad, 2003.

“instantáneas”: una fugaz mirada sobre el inicio del conflicto que luego se adentra sin solución de continuidad en la crítica coyuntura de 1917, que marca uno de los puntos más álgidos de las repercusiones del conflicto a nivel local.⁵ Dada la gravedad de estos hechos, el año 1917 ha sido uno de los más transitados por la historiografía sobre el impacto de la contienda en la Argentina.⁶ Y esa tendencia también se replica en el libro de Compagnon, que dedica casi todo el capítulo tres, “Las Américas en guerra”, a comparar las posiciones divergentes de la Argentina y el Brasil durante esa coyuntura del conflicto. Ahora bien, esa mirada sobre ciertos pasajes de la guerra implica que el tratamiento de las repercusiones del conflicto en los otros años

(1915, 1916, 1918 y 1919) es sensiblemente menor a lo largo de todo el libro.

Como ya se ha señalado, estos problemas de tipo metodológico son también el resultado de una endeble investigación empírica. Para el caso argentino, ello puede constatarse en el análisis de la prensa porteña y sus correspondentes. Partiendo de una mirada apriorística que no discute los sentidos ni los alcances de dichas categorías, Compagnon compone una cartografía estática de los alineamientos de los periódicos locales que distingue entre la prensa “aliadófila” (*El Diario, La Argentina, La Mañana y Crítica*), “germanófila” (*La Unión*) y “equilibrada” (*La Prensa, La Nación y La Razón*) (pp. 70-71). La rigidez de ese esquema se hace patente en el hecho de que esos alineamientos quedan fijados en una descripción inicial que no atiende a sus variaciones a lo largo de los cuatro años del conflicto. Y esa relativa exterioridad frente al mundo de la prensa también se advierte en el tratamiento que reciben los correspondentes. No por casualidad, de la pléthora de colaboradores, correspondentes y cronistas que alimentaban las páginas de los diarios de Buenos Aires, Compagnon menciona solo a aquellos cuyas crónicas fueron compiladas posteriormente en formato de libro (como es el caso de Emilio Kinkelin y Roberto Payró), dejando de lado a decenas de otros colaboradores locales que escribieron sobre el conflicto bélico.

Algo parecido ocurre con el accionar de los intelectuales, que en la mirada del autor

parece reducirse a la trillada encuesta sobre la guerra lanzada por la revista *Nosotros* a comienzos de 1915, presentada por Compagnon como un hallazgo novedoso que revelaría las principales tendencias y alineamientos de la *intelligentsia* argentina. Esta descripción del escenario cultural en los años de la guerra se completa con el trazado de una cartografía que apela a los posicionamientos de los intelectuales “disonantes”: los socialistas “pacifistas e internacionalistas” (Augusto Bunge, Del Valle Iberlucea y Manuel Ugarte) y los “germanófilos” (Ernesto Quesada, Alfredo Colmo y Juan P. Ramos).

A partir de un escaso número de figuras y revistas culturales del medio local, Compagnon esboza una tipología de los posicionamientos intelectuales según sus modalidades de inserción académica y laboral (p. 110), la cual solo puede hacerse a costa de un desconocimiento de la copiosa bibliografía sobre los intelectuales argentinos del período. Según este esquema, los juristas, los filósofos, los sociólogos y los médicos influidos por la tradición alemana formarían los “batallones germanófilos”, a lo que habría que añadir las élites militares y los miembros de la jerarquía católica. Mientras que los escritores, los artistas, los historiadores, los periodistas y los críticos literarios, más sensibles a la tradición cultural francesa, conformarían los grupos de “aliadófilos”. Ahora bien, ¿en qué grupo entraría una figura como la de José Ingenieros según esta

⁵ En febrero de ese año, los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas con Alemania, y en abril ingresaron en la guerra como respuesta al restablecimiento de la guerra submarina ilimitada. Esta medida trajo aparejadas fuertes presiones diplomáticas para que los países del continente adoptaran la misma postura, aunque en el caso argentino dichas presiones no lograron modificar el rumbo de la política neutralista del presidente Hipólito Yrigoyen. La gravedad de la situación se incrementó a partir de abril de 1917 a raíz del hundimiento por parte de los submarinos alemanes de varios buques de bandera argentina y por el estallido del “Affaire Luxburg”, que originó una fuerte movilización de la opinión pública porteña.

⁶ Para un balance acerca de la historiografía sobre las repercusiones de la Gran Guerra en la Argentina me permito remitir a Emiliano Sánchez, “Ecos argentinos de la contienda europea. La historiografía sobre la Gran Guerra en la Argentina”, *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del cedmci*, n° 13, Buenos Aires, 2012.

taxonomía socioprofesional? Nuevamente, estamos ante un modelo de análisis tan estático y que requiere de tantos matices ante los frecuentes contraejemplos que se vuelve muy poco útil para el estudio de los alineamientos intelectuales a lo largo del conflicto.

Las dos partes restantes del libro –“La Europa bárbara” y “La Gran Guerra, la Nación y la identidad”– analizan en qué medida el conflicto bélico incidió en el cambio de las representaciones de Europa en América Latina y cómo la guerra participa de manera decisiva en la cristalización del nacionalismo de los años veinte y treinta. Ambos apartados comparten algunos de los problemas ya señalados en relación al análisis de la Gran Guerra. A lo largo de esas páginas, Compagnon va hilvanando temas y problemas de gran relevancia, como la dimensión técnica de la Primera Guerra Mundial y los cambios en las modalidades de combate, el sufrimiento de los civiles, la participación de las tropas

coloniales, la filtración de tópicos sobre la guerra en la cultural popular y, en especial, en el tango, etc. Sin embargo, el tratamiento de esos temas suele ser muy poco problematizador y, en muchos casos, basado en fuentes de segunda mano. A modo de ejemplo, ello puede verse en el escueto análisis que el autor realiza sobre la recepción local de las diferentes tradiciones literarias que se derivan de la experiencia del frente y, en particular, de las figuras de Ernst Jünger y Henri Barbusse. El caso de este último es indicador de las falencias ya señaladas: su recepción en la Argentina es tratada en un sola página (p. 192) mediante una referencia a un artículo de Julio Irazusta publicado en la revista *Nosotros* en 1919, y luego con una mención a su presencia mucho después en el marco del movimiento antifascista a través de una cita de la revista *Unidad*, órgano de la AIAPE, sin distinguir claramente los cambios en los contextos y las representaciones de la misma

figura intelectual a lo largo de esos años.

En resumen, en un momento donde ha comenzado a diversificarse el campo de estudios sobre el impacto de la Primera Guerra a nivel global, *América Latina y la Gran Guerra* pretende ser una investigación concluyente que viene a clausurar un área en la que actualmente se están realizando importantes innovaciones desde el punto de vista metodológico y empírico. Por ello, la imagen demasiado simplista que a lo largo de sus páginas arroja el estudio de Compagnon debe ser necesariamente complejizada por investigaciones menos esquemáticas y más atentas a los matices y las tensiones que el impacto de la Gran Guerra produjo en las sociedades y en las opiniones públicas de los países neutrales del otro lado del Atlántico.

Emiliano Sánchez
UBA / UNTREF / CONICET

Rubén Darío,

Viajes de un cosmopolita extremo (selección y prólogo de Graciela Montaldo),

Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013, 391 páginas

Itinerarios de Rubén Darío

Todos sabemos que Rubén Darío es un poeta imprescindible en el ámbito de la poesía latinoamericana. Desconocer su gravitación en el desarrollo de una historia de la poesía sería anular uno de sus eventos sonoros más relevantes. La poesía de Darío recibe influencias de la cultura occidental, pero su singularidad radica en el modo en que articula ese aluvión de procedimientos, sonidos y temas. El símbolo del cisne –el símbolo fundamental de la estética modernista– no permanece cristalizado en su obra, sino que se historiza dramáticamente. Del cisne radiante e impoluto –építome de la belleza y el ideal– que se pasea elegantemente por las fuentes de *Prosas profanas* (1896) pasamos a un cisne que inscribe su protesta política en la superficie de sus alas, tal como se manifiesta en *Cantos de vida y esperanza* (1905). Paradójicamente, la fragilidad de los cisnes se convierte en una formidable resistencia a las “brumas septentrionales” que bajan hacia el sur del continente. La amenaza geopolítica, anticipada magistralmente por José Martí en “Nuestra América” (1891), es denunciada también por Darío a través de la lírica: el poema “Los Cisnes” es, en ese sentido, un emblema.

La producción periodística de Darío es decisiva (además de cuantiosa) en el interior de su obra, y no deja de dialogar con su escritura poética de manera persistente. En las últimas tres décadas la crítica ha realizado avances significativos en el establecimiento y la organización de esa zona de su obra. *Viajes de un cosmopolita extremo*, con selección y prólogo de Graciela Montaldo, se inscribe en esta dirección. Este volumen integra la serie *Viajeros*, una colección de títulos que comprende diversos autores, dirigida por Alejandra Laera. En este caso, se trata de una antología de crónicas de Rubén Darío cuyo eje es la experiencia del viaje en un sentido literal y en otro simbólico. Los textos compilados registran los periplos del poeta nicaragüense por distintas ciudades del mundo, pero también dan cuenta de otros recorridos. Uno de ellos corresponde al de la experimentación textual en el ámbito del periodismo. Las crónicas reunidas se dividen en tres zonas temáticas: a) geopolítica y cultura; b) archivo y experiencia; c) espectáculos. Se añade un texto autobiográfico en el que Darío refiere una grave congestión pulmonar sufrida en Nueva York, y su convalecencia en un hospital de la ciudad, un año antes de su muerte. El conjunto de los textos narra las peripecias de un cronista

versátil, cosmopolita, que si bien nos cuenta y describe episodios particulares (acontecimientos artísticos, políticos, sociales, demográficos), por debajo de ellos, en filigrana, nos muestra lo que les otorga un sentido cultural más amplio: los signos distintivos de la modernidad. El recorrido de Darío por las capitales más importantes de América y Europa escenifica otro movimiento en el interior de las crónicas: la diversidad de procedimientos y recursos lingüísticos. El movimiento físico y el movimiento discursivo metabolizan la experiencia del viaje con técnicas de escritura que la modernidad proporciona al poeta y al periodista Rubén Darío.

La errancia dariana es un tópico vastamente trabajado por la crítica. Las crónicas revelan, por un lado, la destreza de un periodista profesional que percibe en sus textos viajeros las nuevas condiciones de producción; por otro lado, se constituyen en un espacio de tanteos y ensayos donde se cruzan voces provenientes de imaginarios estéticos y culturales dispares. Darío escribe en un momento en el que la modernidad y la modernización conforman el sustrato de su experiencia personal. La modernización en el ámbito periodístico significa el usufructo de discursos masivos en directa relación con

el público a fines del siglo xix. También significa la conciencia autorreferencial de la escritura que hace del estilo un bien rentable. De ese modo se articulan dos esferas en apariencia intocables entre sí: el mundo del espíritu y el mundo de la materia. A propósito, se pueden leer las crónicas parisinas recogidas en este volumen. Ese conjunto de textos se encarga de representar ambas esferas, pero ya no como mundos autónomos, sino como ámbitos que no dejan de cruzarse. La modernidad, a su vez, es una experiencia cultural e histórica vivida como una esperanza en el progreso del mundo. Sin embargo, se trata de una experiencia contradictoria para los artistas, ya que critican tanto las ideas positivistas referidas al progreso indefinido como al lenguaje mimético y meramente instrumental. La descripción de las ciudades y las multitudes de la vida moderna son la imagen fragmentaria de un mundo distante respecto de América Latina. La representación del mundo moderno es la vitrina de un espacio alucinante. Los recursos periodísticos y literarios capaces de representar el vértigo de un flamante escenario son también síntomas de la nueva época. Darío manifiesta su modernidad cosmopolita mediante una curiosidad voraz y una rara habilidad de apropiación de discursos sociales que irrumpen en sus textos de manera polifónica. Sin embargo, a pesar de su apertura en distintos ámbitos, a la sombra del pensamiento hegemónico de la época, Darío se manifestará reticente para aceptar algunos cambios; por ejemplo, los

cambios políticos y sociales encarnados en el movimiento feminista y la resignificación de la figura de la mujer en la escena pública (véase “*¡Estas mujeres!*”, 1912). La crítica ha despejado –a partir de los trabajos, ya clásicos, de Ángel Rama– la opción de si abordar o no sus crónicas y su poesía como dos campos inescindibles e irreconciliables. Sin embargo, no viene mal insistir en que el discurso periodístico fue una condición de posibilidad de la escritura poética de los modernistas. Laboratorio y lugar de experimentación, mezcla y articulación de códigos culturales, el género de la crónica latinoamericana de entresiglos aparece como un espacio de inesperadas proyecciones en el siglo xx. Pensemos tan solo en dos nombres que –en otros contextos– hicieron del género de la crónica un espacio singular y que los identifica cabalmente como grandes escritores: Roberto Arlt, con sus aguafuertes porteñas, y Rodolfo Walsh, con sus testimonios de índole política. La crónica será un género fundamental en el desarrollo formal de la literatura latinoamericana. Casi todos los modernistas escribieron crónicas como modo de sustento, y las estetizaron con su rúbrica literaria; esa fue la marca de su distinción. Una distinción que proviene de un saber poético y de una encrucijada histórica. Para un número importante de artistas, enrolados en cierta concepción romántica, el horizonte vital presentaba dos caminos irreconciliables. Uno consistía en entregarse al mercado y abandonar para

siempre toda pretensión artística; el otro camino consistía en preservar la condición poética a costa de ser fagocitados por las leyes del mercado. La disyuntiva fue resuelta de modo interesante por parte de los modernistas. Se reconocieron a sí mismos como artistas, orgullosamente, sin ningún complejo ni pudor, se ampararon en el discurso periodístico y explotaron el estilo literario como modo de diferenciación y usufructo económico en función poética. Darío fue un caso paradigmático en esta resolución. Es un escritor que se encuentra en un ámbito de creciente profesionalización donde los debates en torno al vínculo de la escritura con el dinero son decisivos. Este tópico se reitera, una y otra vez, en muchos de los textos reunidos en este libro. El capital se convierte en un modo de acceso a los bienes espirituales. París, la otra metáfora del ideal modernista, se convertirá en un espacio de ensueño en tanto se obtenga dinero para la realización del viaje, la estadía y el recorrido por los sitios más luminosos de la ciudad. Pero ese ideal puede desintegrarse detrás de las marquesinas y los escaparates más lujosos si no se posee sustento económico. El joven que desea arribar a París en busca de contactos artísticos y difusión de sus propias producciones es un tipo social descripto magistralmente por Darío. La decepción de París equivale, en el contexto del Modernismo, a la desilusión del ideal: “París nocturno es luz y música, deleite y armonía, y, *hélas!*, delito y crimen. No lejos de los amores magníficos

y de los festines espléndidos, va el amor triste, el vicio sórdido, la miseria semidorada, o casi mendicante; la solicitud armada; la caricia que concluye en robo, la cita que puede acabar en un momento trágico, en el barrio peligroso, o en la callejuela sospechosa". Rubén Darío, constituido como sujeto de enunciación en la crónica "El deseo de París" (1912), desalienta al joven personaje a emprender el viaje. La experiencia del desasosiego de aquel que arriba a la capital europea sin solvencia económica y sin contactos no está lejos del desasosiego que experimentará el propio Darío. El poeta nicaragüense tendrá que representar el estereotipo del buen *sauvage* en función del auditorio europeo, como describe en la "Epístola" a la señora de Lugones, o tendrá que convivir con la indiferencia cercana al maltrato por parte de los artistas franceses, como sugiere en su crónica "Los hispanoamericanos" (1900).

El tópico del dinero fue central en el imaginario modernista. Si repasamos las crónicas periodísticas de los grandes escritores del Modernismo, el dinero aparece como una obsesión y como un fantasma revestido de inquietud. La nueva subdivisión de las tareas periodísticas y la experiencia estética del lujo y el placer tienen como trasfondo el tema del dinero como ordenador de miedos acuciantes y como regulador de los actores de la industria cultural. En este sentido, los versos de Darío que refieren su condición de periodista asalariado y su relación de dependencia con el diario manifiestan una secreta

turbación: el temor a la pérdida del empleo: "Me recetan que no haga ni piense nada./ que me retire al campo a ver la madrugada,/ con las alondras y con Garcilaso, y con/ el *sport*. ¡Bravo! Sí. Bien Muy bien. ¿Y *La Nación*?/ ¿Y mi trabajo diario y preciso y fatal?/ Es preciso que el médico que eso recete, dé/ también libro de cheques para el *Crédit Lyonnais*". Si bien los modernistas, en ocasiones, expresaron su molestia por el hecho de tener que realizar tareas laborales en diarios y periódicos en relación con el sustento material, es cierto también que celebraron esa actividad y meditaron, profusamente, sobre el significado de esa experiencia. En este sentido, el famoso cuento "El rey burgués" de Rubén Darío es una reflexión sobre el destino del poeta finisecular. Este cuento, muchas veces mal comprendido, contiene una doble ironía. La ironía sobre el monarca y su escaso criterio estético de coleccionista es evidente; pero el personaje del poeta, idealista y de entusiasta retórica, también es objeto de crítica por carecer de ingenio en función de su adaptación a la experiencia cotidiana. Para los escritores modernistas, el dilema económico y laboral se zanjó mediante un oscilante cruce entre estetización y divulgación. El auditorio jugará un papel crucial en esta resolución. Recordemos la famosa frase del poeta nicaragüense en el "Prefacio" a *Cantos de vida y esperanza*: "Yo no soy un poeta para las muchedumbres. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas". La compiladora de este volumen explica que Darío

tuvo una fuerte percepción de los nuevos lectores, e incluso de la sensibilidad popular. Graciela Montaldo señala en su estudio preliminar: "Darío concibe la cultura de los medios y los espectáculos masivos como un verdadero campo de experimentación, el lugar desde donde se podría renovar la poesía, la escritura, la estética. Los nuevos espectáculos estaban generando cambios profundos en la percepción. [...] Todo ello generará nuevos modos de desarrollar la atención y de vincularse con la novedad, pues los espectáculos son también lugares en los que los artistas aprenderán nuevas formas de composición, nuevos procedimientos". Darío reconoce, entonces, la recepción de manera concreta. Como se verifica en estas crónicas, el viejo lugar común en torno a la evasión y el torremarfilismo de los poetas modernistas es nada más que el registro de un tópico estético, y de ninguna manera un rechazo y antipatía por los lectores.

Viajes de un cosmopolita extremo es un libro útil y sensible. Provee un conjunto de textos periodísticos de Rubén Darío que contribuye a tener presente, una vez más, que la escritura del autor nicaragüense, más que tratarse de comportamientos estancos, implica la manifestación de una experiencia artística continua entre los diversos géneros que practicó: la conciencia de una transacción y el movimiento de un pasaje hacia algo nuevo e inolvidable.

Carlos Battilana
UBA

César Vallejo,

Camino hacia una tierra socialista. Escritos de viaje (selección y prólogo de Víctor Vich),

Fondo de Cultura Económica, 2014, 328 páginas

Recién a mediados de la década de 1980 fueron exhumadas las crónicas que César Vallejo escribió durante quince años desde Europa. En 1984, la Universidad Autónoma de México publicó en dos tomos, con prólogo y notas de Enrique Ballón Aguirre, casi trescientos textos. En 1987, Jorge Puccinelli coordina la edición peruana bajo el título *Desde Europa. Crónicas y artículos (1923 – 1938)*.

Fueron muchos años de paciente búsqueda en archivos personales y en hemerotecas destinados a salvar del olvido textos perdidos, la mayoría de ellos aparecidos en los diarios *Mundial* y *Variedades* de Lima, *El Norte* de Trujillo, *El Comercio* de Lima y *Bolívar* de Madrid. La labor de Puccinelli continuó durante décadas hasta la edición de *Artículos y crónicas completos* en el año 2002 por la Pontificia Universidad Católica de Lima, fuente autorizada que Víctor Vich ha consultado para esta valiosa selección.

Si bien Vallejo llega a la crónica por apremios económicos, es curioso el modo en que sus envíos periodísticos terminan por conformar un conjunto indispensable para aquellos que se interesen por estudiar las genealogías tanto de sus poemas como de su imagen de escritor. Su escritura tensiona el género crónica en la medida en que pone en escena una serie de marcas y notas

autobiográficas a través de las cuales lo vemos revisar su poética, definirse políticamente en numerosas ocasiones, contradecirse y, otras veces, rectificarse.

La antología publicada por Víctor Vich tiene el gran mérito de presentar un Vallejo esencial. En primer lugar, dibuja un trayecto (si de viajeros se trata, nada más ajustado que organizar una vida en relación con una serie de espacios) que en el caso de César Vallejo es inseparable de un itinerario intelectual y artístico. Su escritura propone un intenso registro del espacio y del tiempo a causa de las múltiples tensiones e inestabilidades que la constituyen y la serie de fronteras culturales y lingüísticas por las que atraviesa. En segundo lugar, esta antología nos sitúa frente a los tópicos sobre arte y política que constituyeron las preocupaciones centrales del poeta peruano desde 1923 hasta su muerte. La lista es larga, aunque los temas principales son las modalidades del consumo en la sociedad capitalista, la importancia de la publicidad y la moda, las formas de la política burguesa, el valor del arte y la literatura en el marco de las estéticas de la vanguardia, la velocidad como regulador de la vida moderna, el socialismo como horizonte de liberación, el lugar de América en el mundo europeo.

La antología está organizada en cuatro secciones que dibujan una cartografía de la experiencia de Vallejo, desde su salida del Perú en 1923 hasta su muerte en París en 1938, a través de diversos materiales de archivo donde se cruzan cartas, crónicas y poemas. Las tres primeras secciones fueron articuladas a partir de los tres lugares de Europa en los cuales Vallejo desplegó sus pasiones poéticas y efectuó, *in situ*, observaciones sobre los procesos de cambio social y político de su época. En primer término está París. En la mirada de Vallejo, en la década del veinte, era una ciudad que sobrepasaba largamente la mera condición de urbe cosmopolita. En virtud de un extraordinario mecanismo de convivencia, en París los extranjeros podían coexistir en compenetración profunda y plena al ritmo “cósmico de ciudadanía universal”. Como sostiene Vich en el prólogo, a Vallejo no le interesaba formular un proyecto identitario culturalista sino la búsqueda de una singularidad universalizable, es decir, apostaba por construir un nuevo universalismo capaz de hermanar a la humanidad. Sin embargo, el alcance de la total dignidad humana sobrevendría cuando el cosmopolitismo experimentado en París tomara la forma del comunismo avizorado en Moscú. Estas son las premisas que lo impulsan a viajar tres veces a la Unión

Soviética, segundo término de un itinerario marcado por la exigencia vanguardista de futuridad. Ante la dictadura del proletariado, asombra la emergencia de un Vallejo cargado de optimismo por lo que apenas alcanza a vislumbrar. El cronista viaja para ver en representación de todos. Es el testigo que quiere dar testimonio de lo que ahí estaba ocurriendo y al que hay que creerle menos por lo que dice que por su honestidad de hombre justo. Desde Moscú, Vallejo ejerce una mediación extraña. Ve y escucha en representación de sus lectores al tiempo que él mismo depende de la mediación de una intérprete que no adhiere al régimen. Mediación mediada que impone excesiva distancia entre sus informantes y sus lectores. Como señala Vich, en los textos dedicados a la experiencia soviética combina su habilidad de reportero con descripciones casi etnográficas de la vida cotidiana en el socialismo, a las que suma una serie de análisis teóricos en los que despliega lo aprendido en sus lecturas de materialismo dialéctico. Es curioso cómo el marxista convencido y entusiasmado termina por asumir la dirección de un relato que deja afuera la médula de los hechos que narra, a punto tal que la interpretación –que por momentos roza los territorios del dogmatismo– termina ganando la partida, opacando el análisis crítico del viajero que en todo momento enfatizó su carácter de observador independiente.

El tercer término del viaje de Vallejo es España. Allí escribe con la emoción y la conmoción profunda suscitada

por la defensa de la República y el estallido de la Guerra Civil. España es el lugar donde experimentó más profundamente su condición de “ciudadano cósmico” en el sentido que la expresión adquiere en la crónica “El disco de Newton”, es decir, una ciudadanía universal que al mismo tiempo permite mantener las señas autóctonas que delatan un lugar de procedencia. Los acontecimientos de España fueron la demostración más impactante de la sustanciación de una hermandad universal que también podía sonar en español. De este modo, las crónicas de la guerra trasvasan directamente a su poesía última para otorgarle un carácter documental inédito.

Acertadamente, la antología concluye con una cuarta sección que diseña otro término del viaje: la configuración de su excepcional imagen de artista. Apelando a las palabras del mismo Vallejo, podríamos denominar esta zona como la de sus “nebulosas políticas”, es decir, el espacio de escritura donde, lejos de cualquier dogma o catecismo, combustionan una serie de ideas, postulados y experiencias que funcionaron como el núcleo generador de su sensibilidad de artista. En esta zona, Vallejo logra dar con una perspectiva para ver y una posición para analizar las estrategias culturales del capitalismo, las formas en que la modernidad regula la vida de la humanidad, los modos en que el arte y la literatura de la segunda y tercera décadas del siglo xx responden a los desafíos de una época convulsionada por la guerra y la revolución.

La selección de materiales que propone Víctor Vich nos abre la posibilidad de una lectura productiva que, atravesando las barreras de los géneros, acorte distancias entre literatura y periodismo, entre teoría y práctica, entre arte y política. De las potenciales derivas interpretativas que suscitan los escritos de un viajero tan excéntrico se impone la pregunta por las motivaciones que subyacen en su pulsión itinerante: ¿Hacia dónde viajaba Vallejo? ¿Desde dónde partía? ¿Cuál era su lugar en el mundo? ¿Dónde su casa? ¿Dónde su destino? A través de la lectura de sus crónicas podemos confirmar que los dilemas de Vallejo estaban muy próximos a los de otros escritores sin casa para los que George Steiner imaginó un espacio extraterritorial. La situación vallejiana es paradójica y al mismo tiempo paradigmática: estamos ante un sujeto que viaja y simultáneamente fija su residencia en la intemperie. Migrante del futuro, residente en la tierra, Vallejo forma parte del grupo de escritores con raíces portátiles: fuera de las fronteras de su país y sin domicilio fijo, halló las marcas de una lengua personal para poder forjar una escritura donde colapsan todas las brújulas. Viajero con pasaporte peruano y aspirante a ciudadano del mundo, Vallejo habitaba en sus contradicciones. Basta con advertir su curiosa manera de programar uno de sus viajes cuando solicita a la burocracia diplomática de su país un dinero para el retorno, para su “repatriación” y, en el momento de obtenerlo, termina destinándolo a un viaje en

dirección opuesta, hacia el Este, hacia la tierra socialista, como reza el título de la antología. Frente a esta contradicción conducta, una respuesta rápida podría argumentar sobre las estrategias de la pobreza del artista, sobre su “inquerida bohemia”, sobre las tretas del débil. Sin embargo, entre la solicitud del dinero para el retorno y el desvío final hacia Moscú se interpone un resto como testimonio involuntario de las formas particulares que el cosmopolitismo asumía para Vallejo. Lo cósmico de su cosmopolitismo constituye una estrategia de relación entre el lugar de procedencia, su Santiago de Chuco natal, y una serie de destinos inciertos; entre un pasado nunca cancelado y un futuro abierto a lo imposible.

Vallejo se mueve en una heterotopía de tiempos múltiples y, en sintonía con su singular coyuntura, encuentra orientación gracias a la ineludible razón poética que circula entre las diferentes formas discursivas que practica

para terminar configurando un continuo textual entre epistolario, crónicas y poemas. Y, justamente, este es el punto donde reside uno de los mayores aciertos de la selección de Vich cuando decide iniciar los escritos de viaje de Vallejo con la carta en la que informa su arribo a París al “queridísimo hermanito Víctor”. En la intimidad familiar, resuena clara la lengua arcaica de la infancia que es la misma que vibra en sus poemas y que se oye como telón de fondo en los momentos nostálgicos de las crónicas del viajero: “El Altísimo permita que mis letras los hallen llenos de bienestar, papacito y toda la familia. El Altísimo también me hizo llegar sin contratiempo alguno a esta gran capital, que según opinión universal, es lo más bello que Dios ha hecho sobre la Tierra. Aquí estoy ya, y me parece todo un sueño, hermanito amado. ¡Un sueño! ¡Un sueño! Quiero llorar ahora, viéndome aquí, tan lejos de ustedes... ¡uf! ¡Muy lejos! Quiero llorar mucho, a

torrentes porque mi dolor y mi tristeza asoman a mis ojos y no me dejan escribir...” (p. 39). Si los escritos de viaje se abren con una carta que anuncia la llegada a la tierra prometida, alcanzan su total eficacia cuando cierran el ciclo con un poema póstumo, elegido entre los muchos que Vallejo dejó inéditos anunciando su propia muerte, en suma, informando sobre el destino final de todos que es una forma de hermanarse con lo universal, una forma de penetrar y perdurar en lo humano: “De todo esto yo soy el único que parte [...]. Y me alejo de todo, porque todo / se queda para hacer la coartada: / mi zapato, su ojal, también su lodo [...].” Perfecta demostración de una escritura que resiste a las divisiones y clasificaciones estériles tanto como resiste soberanamente el paso del tiempo.

Mónica Bernabé
UNR

Antonio Brasil Jr.,

Passagens para a teoría sociológica: Florestan Fernandes e Gino Germani,

San Pablo, Hucitec, 2013, 304 páginas

La relación con las teorías y los conceptos de los centros mundiales de la disciplina ha sido siempre una cuestión problemática para los sociólogos latinoamericanos. Si en algunos momentos esa cuestión podía perder visibilidad o recibir escasa atención, en otros generó agudas polémicas y debates, movilizando argumentos que, en términos estilizados, se organizaron en torno a dos posiciones. Por un lado, aquella que, defendiendo la “universalidad” del conocimiento científico, no veía ningún problema en la incorporación y aplicación más o menos directa al medio local de los productos teóricos elaborados en los países “avanzados”. Por otro lado, aquella que, reivindicando las particularidades propias de nuestras sociedades, recusaban la “importación” de lo que veían como una “sociología enlatada” y llamaban a la producción “nacional” de las teorías y los conceptos. En una región sometida a diversas formas de dependencia intelectual y académica, la cuestión y los problemas de la recepción de las teorías sociológicas elaboradas *en y para* otras realidades sociales, no podía –ni puede– dejar de actualizarse una y otra vez. En este marco de discusiones, propio de una situación intelectual periférica, se inserta el libro *Passagens para a teoría*

sociológica: Florestan Fernandes e Gino Germani, de Antonio Brasil Jr. El libro, basado en su tesis de doctorado,¹ se propone analizar y reconstruir el proceso de recepción –o “aclimatación”, según la fórmula escogida por el autor– de la denominada sociología de la modernización en las dos figuras centrales de la renovación de la sociología brasileña y argentina de mediados del siglo pasado: Florestan Fernandes y Gino Germani.

La sociología de la modernización, tal como muestra Brasil Jr. a lo largo de los dos primeros capítulos, se organizó en torno a una serie de diagnósticos y esquemas analíticos de cuño funcionalista que buscaban dar cuenta de las profundas transformaciones que por entonces se daban en un conjunto (muy heterogéneo) de países “subdesarrollados”. Inspirada en algunos elementos de la teoría de Talcott Parsons –en particular sus *pattern-variables*– y en los desarrollos metodológicos elaborados por Paul Lazarsfeld, esta perspectiva pudo gozar de un fuerte ascendiente y presencia en diversas regiones gracias al decidido apoyo de un conjunto

de instituciones norteamericanas e internacionales (entre ellas, la Unesco) que además de financiar sus ambiciosos *surveys* a lo largo y ancho del mundo, promovían su difusión como la sociología encargada de dar cuenta de los procesos de transición “tardía” a la modernidad. Según su visión, que Brasil Jr. reconstruye a partir del estudio pormenorizado de dos investigaciones “típicas” (llevadas a cabo por Alex Inkeles y Joseph Kahl), la transición a la modernidad constituye un proceso que se daba de manera semejante en todas las sociedades, independientemente de sus particularidades históricas o posición en el mundo. Una vez producido el “take off”, según esta mirada, cada sociedad avanzaría, con mayores o menores resistencias, hacia un mismo punto de llegada, caracterizado por la secularización de las actitudes y comportamientos, el desarrollo económico y la democracia política.

Frente a estas elaboraciones, referencias obligadas en la época, Fernandes y Germani no procedieron a una simple incorporación o aplicación pasiva. Lejos de ello, a la hora de analizar sus sociedades y las tensiones e *impasses* que sus procesos de modernización presentaban –que desmentían en los hechos las previsiones de

¹ Defendida en 2012, la tesis fue premiada en el *I Concurso Internacional de Teses sobre o Brasil e a América Latina* organizado por FLACSO y recibió la *Menção Honrosa do Prêmio Capes de Tese* del área de Sociología.

sus pares norteamericanos—, estos sociólogos introdujeron una serie de inflexiones y reorientaciones que distanciaron de manera creciente sus elaboraciones de aquella “matriz original”. Según la hipótesis que recorre el libro, Fernandes y Germani, gracias a su profunda sensibilidad histórica, preocupada por captar las especificidades y las singularidades de las sociedades brasileña y argentina, realizaron una aclimatación creativa de aquella corriente, lo que llevó a la formulación de unos productos intelectuales bien novedosos. Las particularidades de cada sociedad, señala el autor, no habrían incidido solamente en el contenido de las obras sino, y esto es lo que más le importa destacar, en la propia “forma” o “principio de composición de la teorización sociológica”. Según Brasil Jr., en efecto, los desajustes “entre los esquemas importados y la experiencia local”, entre una teoría que relegaba la historia y una “materia social” que se revelaba “problemática”, llevaron a estos autores a adoptar, en contraste con las relaciones “universales” y simplificadoras planteadas por la sociología de la modernización, una perspectiva analítica abierta a las contingencias de la historia y lo social.

Si resaltar los vínculos entre las teorías sociológicas y la realidad social no es algo novedoso en la medida en que esas teorías tienen justamente por finalidad dar cuenta de esa realidad, la solidez con la que Brasil Jr. encara la tarea, reconstruyendo en la sucesión de obras de Fernandes y Germani las inflexiones

suscitadas por una modernización que desmentía sus promesas originales, es notable.² Inspirado en elaboraciones de la crítica literaria brasileña preocupadas por dar cuenta de la relación entre “texto” y “contexto” de una manera “mediada” y no mecánica, el autor, a partir de una lectura atenta y sistemática de los textos y de la movilización de una serie de materiales documentales (que incluyen cartas, apuntes, clases, etc.), ofrece una interpretación que no concibe los contextos de producción como condiciones meramente “externas”, sino como elementos que, al “interiorizarse” en las obras, devienen principios organizadores de la misma. Es con ese presupuesto que Brasil Jr. procura captar en la propia *forma* de entender y concebir lo social cómo Fernandes y Germani pusieron en juego las “marcas” dejadas por las sociedades que buscaron estudiar y a partir de las cuales

elaboraron sus reflexiones y propuestas.

En función de lo anterior, y para ver cómo cada experiencia social condicionó una particular aclimatación, Brasil Jr. procede a una comparación sistemática de las principales obras de Fernandes y Germani realizadas entre 1950 y 1970, desde la realización de sus primeras investigaciones empíricas (cap. 3) o conceptualizaciones “intermedias” (caps. 4 y 5), hasta la elaboración de sus “productos teóricos finales” bien distantes ya de la sociología de la modernización (cap. 6). Para llevar a cabo esta empresa, el autor incorpora como “caso de control” las elaboraciones de Talcott Parsons, un sociólogo que “aunque no haya sido un practicante directo de la ‘sociología de la modernización’, fue fundamental en su configuración intelectual e institucional”. A partir del cotejamiento sistemático y cuidadoso de las elaboraciones de Fernandes y Germani con la obra del sociólogo norteamericano, Brasil Jr. reconstruye los *procesos* de elaboración y reelaboración teórica mostrando cómo, a partir de los desafíos impuestos por “materias sociales” divergentes, cada autor produjo una recepción y reformulación diferenciada de aquel cuerpo de ideas. Inicialmente, es posible constatar una relativa proximidad entre los tres sociólogos, con un Parsons que reconocía las tensiones y los conflictos que los procesos de modernización podían conllevar, al lado de un Fernandes y un Germani que, apelando a la idea de “demora

² Para referir solo dos ejemplos “clásicos”, ¿sería posible deslindar la concepción weberiana del poder político como una realidad no reducible al poder económico sin tomar en cuenta la situación alemana (a él) contemporánea en la que la clase “políticamente dominante” —la aristocracia terrateniente— se hallaba en un proceso de franco deterioro económico, mientras la “clase económicamente dominante” —la burguesía— se mantenía apartada del poder político, “inmadura” para ejercer el liderazgo de su nación? Del mismo modo, ¿la vinculación directa y necesaria que Marx hacía entre poder económico y poder político no había sido inspirada por las experiencias asociadas a la Revolución Inglesa y la Revolución Francesa, en que las conquistas de una clase en el plano material le habían dado, de forma más o menos rápida, el predominio político?

cultural” o “asincronías”, guardaban aún un relativo optimismo sobre las posibilidades de formación de un “orden social competitivo” y una “sociedad democrática”. Sin embargo, y sin que medie un intervalo temporal muy prolongado, ante las dificultades de la transición brasileña, controlada por élites que se resistían a los cambios sociales que pudieran menoscabar sus intereses, y de la transición argentina, signada por una secular inestabilidad institucional, las divergencias no se hicieron esperar. Al tiempo que Parsons adopta una perspectiva cada vez más optimista sobre la modernidad y su tendencia hacia una diferenciación e inclusión crecientes –visión que, como nos muestra Brasil Jr., no se vio afectada siquiera por los intensos conflictos originados en la fallida integración de los negros a la sociedad norteamericana–, Fernandes y Germani, en contextos donde lo moderno no parecía tener aquel poder por el cual “todo lo sólido se desvanece en el aire”, hacen de la *profundización* de la sensibilidad histórica la clave de sus miradas sociológicas. Así, si el sociólogo norteamericano, cada vez más fascinado por su esquema de las cuatro funciones (su célebre AGIL) y la idea de la “evolución” social, dejaba poco lugar para la contingencia, sus pares latinoamericanos, en el contexto de sociedades que ponían en cuestión cualquier teleología universal, forjaron una perspectiva que, aun cuando no abandonaba la preocupación por la generación de modelos explicativos, era constitutivamente histórica. Según Brasil Jr., frente a

materias sociales “problemáticas”, “paradojas” e incluso “enigmáticas”, Fernandes y Germani se ven llevados a hacer de la historia y sus contingencias parte integrante de la *forma* en que conciben la teorización sociológica, una teorización que rechaza los modelos “universales” y las generalizaciones que no tengan en cuenta las “asperezas” o rasgos particulares de cada sociedad.

Es a partir de esta sensibilidad por la dimensión histórica, forjada en el trabajo con realidades que no se acomodaban a los modelos importados, que los sociólogos latinoamericanos pudieron, desde sus posiciones “periféricas”, develar los “puntos ciegos” de las teorías elaboradas en el centro. Fue claro, en ese marco, cómo esas teorías, que se apoyaban en una experiencia social particular –aquella de los Estados Unidos–, generalizaban de modo ilegítimo sus hallazgos a escenarios que les eran ajenos, poco o mal conocidos. Como apunta André Botelho en su prólogo al libro, la aclimatación de la sociología de la modernización permitió “desnaturalizar los propios presupuestos de la teoría central”, develando el “carácter contingente de una teoría que, como el funcionalismo de Parsons, se pretendía más allá de la historia”. A partir del trabajo creativo de Fernandes y Germani, “se queda sin sustento la concepción parsoniana de que las sociedades modernas convergirían para un único patrón societario independiente de sus secuencias históricas” (p. 13).

Si Brasil Jr. a partir de su trabajo “cuerpo a cuerpo” con los textos logra argumentar de modo convincente sobre las inflexiones que las sociedades brasileña y argentina impusieron a la aclimatación de la sociología de la modernización realizada por Fernandes y Germani, una dimensión no explorada en su libro es la influencia de otras tradiciones intelectuales provenientes de “afuera” pero también, y sobre todo, de sus propios países. Si es cierto que tanto Fernandes como Germani plantearon sus iniciativas intelectuales en ruptura con las formas previas de pensar sus sociedades – Germani de hecho gustaba presentarse como un autodidacta–, lo cierto es que la recepción de la sociología de la modernización y su ajuste creativo a las realidades locales estuvo mediada *también* por el conjunto de producciones intelectuales que, de un modo ciertamente variado, había intentado dar cuenta del desarrollo de ambas sociedades y de algunos de los problemas que estos sociólogos ahora se planteaban. Aun cuando el diálogo con esas producciones no fuera siempre explicitado, la relación con ese universo de discursos es un material que, junto con la propia “realidad” social, condicionó la aclimatación de la sociología de la modernización. La idea de Argentina como una sociedad o experiencia “excepcional”, que, como muestra Brasil Jr., Germani terminó abrazando, no era, por ejemplo, una invención suya, sino que presentaba una genealogía bastante más extensa (idea que, en aquellos momentos, el peronismo –aquel movimiento

“indescifrable” – no había hecho más que reforzar). Si Brasil Jr. no se propuso explorar esa dimensión –y es siempre algo injusto solicitarle a alguien que haga lo que no se propuso hacer–, la influencia de los textos o tradiciones locales en la aclimatación de las teorías forjadas en otras latitudes constituye una variable relevante cuando se estudia un proceso de recepción intelectual. Por supuesto, al lado de esos elementos más “textuales”, existen también otros de carácter “contextual” que, como los elementos biográficos (abordados en algunos pasajes del libro), las disputas con los pares y otros intelectuales, o las relaciones con las diversas audiencias o públicos no especializados, inciden también en esa recepción.

Sin dudas, el libro de Brasil Jr. constituye una referencia obligada para diversos lectores, para aquellos preocupados por la historia intelectual de la sociología latinoamericana, por supuesto, pero también para

aquellos que, desde diversas especialidades y áreas de estudio, están comprometidos con la producción de teorías y conceptos originales desde América Latina.³ En la medida en que, como nota el autor, “el problema de las complicadas relaciones entre condición periférica y vida intelectual no es un dato coyuntural” (p. 283), propio de la época en que Fernandes y Germani desarrollaron sus empresas, sino una realidad estructural aún vigente. La vuelta a *nuestros* clásicos a la que nos invita el autor, de un modo tan estimulante y enriquecedor, bien puede colaborar en la realización de una tarea creativa en la que, pese a los avances registrados en otros planos (con la expansión de los espacios de

formación, el aumento de las publicaciones, la producción de reuniones y congresos, etc.), aún queda mucho por hacer. Si es cierto que la sociología y las ciencias sociales, como señala Emilio de Ipola,⁴ avanzan, no sin cierta paradoja, a partir de una serie de “operaciones de retorno” a sus clásicos, la reivindicación de la tradición intelectual representada por Fernandes y Germani –una tradición que, consciente de los desafíos y problemas impuestos por la dependencia, pudo desarrollar una labor creativa pero al mismo tiempo abierta al diálogo internacional–, constituye una labor de gran relevancia y actualidad.

Juan Pedro Blois
NETSAL-IESP

³ También sería relevante para aquellos sociólogos del “norte” que se proponen, tal como Burawoy en su conocido artículo sobre la sociología pública, “provincializar” su sociología, bajándola del “pedestal de la universalidad” en el que suele ser ubicada.

⁴ Emilio de Ipola, *El eterno retorno. Acción y sistema en la teoría social contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

Luiz Carlos Jackson y Alejandro Blanco,
Sociologia no espelho: ensaístas, cientistas sociais e críticos literários no Brasil e na Argentina (1930-1970),
San Pablo, Editora 34, 2014, 264 páginas

Entre trazos y tipos: la sociología en el Brasil y en la Argentina

Sociologia no espelho: ensaístas, cientistas sociais e críticos literários no Brasil e na Argentina (1930-1970), de Luiz Carlos Jackson y Alejandro Blanco, es uno de los resultados –y de los más significativos– de la intensa colaboración, establecida hace ya algunos años, entre investigadores brasileños y argentinos con vistas a un análisis comparado del universo intelectual de los dos países. De esta cooperación resultaron los dos tomos de *Historia de los intelectuales en América Latina*, organizados respectivamente por Jorge Myers y Carlos Altamirano, colegas de Blanco en la Universidad Nacional de Quilmes. También está por publicarse *Retratos latinoamericanos*, bajo la coordinación de Jorge Myers y Sergio Miceli, este último vinculado a la Universidad de San Pablo, al igual que Jackson.

Sin embargo, el libro de Jackson y Blanco posee una especificidad que vale la pena registrar: escrito desde el inicio al fin a cuatro manos, *Sociologia no espelho* asumió el desafío de construir un cuadro analítico compartido, colocando tensiones y apuntando ciertos límites en las perspectivas hasta entonces

vigentes en las áreas de investigación en las que se desempeñan –que, por lo demás, reciben nombres distintos: pensamiento social, en el Brasil, e historia intelectual, en la Argentina–. De ahí el interés del libro que, más allá de su defensa enfática del método comparativo como hilo de la investigación, procura igualmente sintetizar, o por lo menos colocar en diálogo, marcos teóricos y metodológicos rivales. Tal vez la mejor expresión de esta innovación sea la combinación, en el análisis de su objeto de investigación –la fundación de la sociología en el Brasil y en la Argentina–, de una perspectiva atenta al mismo tiempo a las tradiciones intelectuales y a los ordenamientos institucionales, dimensiones cruciales para la estructuración de las prácticas sociológicas en los dos países.

No se trata aquí de sintetizar el conjunto de los argumentos propuestos por Blanco y Jackson en *Sociologia no espelho*. No obstante, vale la pena puntualizar algunos aspectos desarrollados a lo largo de los capítulos, ya sea para destacar su novedad para el análisis de la vida intelectual en los dos países, o para iluminar ciertas zonas sombrías que implican algunas elecciones, inevitables cuando se trata de un emprendimiento de este tipo, que recorre un arco

temporal de cuatro décadas y que abarca tres registros intelectuales distintos (ensayo, sociología y crítica literaria).

En lo que se refiere al primer capítulo, es interesante advertir cómo la comparación con la experiencia argentina desnaturaliza la secuencia histórica, en general vista como “natural” o “lógica” por los investigadores brasileños, que se inicia con la literatura –especialmente la poesía y la novela–, luego con los llamados “ensayos de interpretación del Brasil”, hasta llegar a la sociología propiamente dicha, punto final de un largo proceso de constitución de la autoconciencia del país. En la Argentina, según la hipótesis de Jackson y Blanco, las urgencias de un proceso de ruptura más incisivo con relación con la condición colonial habría colocado al ensayo político-social –*Facundo* (1845), de Sarmiento, sería uno de sus principales productos– a la delantera en relación con los géneros específicamente literarios. La literatura y la poesía, en el Río de la Plata, serían productos tardíos, de fines del siglo XIX, cuando tuvo lugar una cierta estabilidad política y dinamización de la vida cultural, a través de la expansión del sistema educativo. En el Brasil, donde el pasaje de colonia a país independiente estuvo marcado por una gran continuidad en términos

políticos y sociales, la poesía y la novela habrían precedido al ensayismo. Solamente con la generación de 1870, sugieren los autores, el ensayo ganaría mayor relevancia, dada la crisis del Imperio y las nuevas perspectivas de transformación de la sociedad.

Esta inversión de la secuencia histórica de los géneros tendría implicaciones para el trío de ensayistas argentinos de 1930, Raúl Scalabrini Ortiz, Ezequiel Martínez Estrada y Eduardo Mallea. Sus principales ensayos surgen en un momento en que la literatura era la “forma expresiva dominante”, condición que persistiría en la Argentina “hasta mediados de los años de 1980” (p. 66). Así, el ensayismo de 1930, a diferencia de las variadas intuiciones legadas sobre la formación y los *impasses* de la sociedad argentina, estaría más próximo de la literatura que de las ciencias sociales modernas, caso contrario de lo que habría ocurrido en el Brasil. En este país, a pesar de las distintas tomas de posición de los sociólogos profesionales –críticos de la factura “impresionista” del ensayismo–, habría habido una efectiva relación de continuidad entre los dos géneros, en relación a los temas y a las interpretaciones sustantivas de la vida social. Para los autores, el tema de la “formación”, típico del ensayismo, se desdoblaría en la cuestión de la “modernización”, que pautó la agenda de investigaciones en las ciencias sociales (p. 73). Y, por esto mismo, se impondría con mayor énfasis la necesidad de demarcar y diferenciar las identidades profesionales, dada

la fuerza (inclusive cognitiva) del ensayismo en la escena intelectual brasileña. Ya en la Argentina, las diferencias patentes entre la sociología científica en vías de institucionalización y el ensayismo que le antecedió no habrían provocado una polémica abierta contra el ensayo propiamente dicho. El competidor más inmediato, dotado de poder institucional, sería otro tipo de sociología, la “sociología de cátedra” –nombre despectivo atribuido por Gino Germani a las actividades realizadas por profesores de sociología de las universidades del interior–, que no conjugaba la moderna investigación empírica con el desempeño docente, focalizada antes en una “historia de las ideas sociológicas” (p. 156).

El contraste entre estas dos formas de relación de la sociología con el repertorio ensayístico vuelve posible, como señalan Jackson y Blanco, matizar la idea de que el ensayo sería una “forma general y recurrente en los países latinoamericanos hacia mediados del siglo xx”, ya que su fuerza y sentido en la vida intelectual asumirían “formas históricamente variadas, condicionadas por configuraciones sociales y culturales específicas” (p. 228). Sin embargo, valdría la pena profundizar esta perspectiva más contingente sobre el pasaje del ensayo a la sociología dando más espacio al tratamiento de la materia textual legada por ensayistas y sociólogos, procedimiento que es más sugerido que practicado en *Sociologia no espelho*. Aun cuando el ensayo argentino de 1930 no haya servido como

“puente” para la conformación y delimitación de los temas y perspectivas de análisis de la sociología, Gino Germani no puede ser totalmente indiferente a las tradiciones intelectuales argentinas. Como los autores indican en nota al pie, “su obra se inscribe en el linaje del mejor ensayismo político argentino, pudiendo ser entendida como una actualización de los cuestionamientos realizados por Sarmiento en el siglo xix” (pp. 162-163). En el caso brasileño, no se puede minimizar que la efectiva continuidad entre ensayo y sociología fue también la otra cara de una profunda divergencia, inclusive política, con relación al sentido de los cambios sociales en curso. Esto es particularmente nítido en la crítica de Florestan Fernandes a la obra de Gilberto Freyre y su positivización del papel histórico desempeñado por el patriarcalismo en la formación de la sociedad brasileña. Como indica Elide Rugai Bastos, la discordancia principal de la sociología de Fernandes respecto de la de Freyre no residía en la descalificación de sus cualidades como sociólogo –caso contrario, no habría insistido en invitarlo a participar como miembro del jurado de los tribunales de evaluación de las tesis de sus dirigidos–, sino en el carácter conservador de su sociología y en la fuerza que ella prestó en la articulación de los arreglos políticos posteriores a 1930.¹

¹ Elide R. Bastos, *Criaturas de prometeu: Gilberto Freyre e a formação da sociedade brasileira*, São Paulo, Global, 2006.

En el segundo capítulo, Jackson y Blanco se valen de la acumulación previa de sus propias investigaciones sobre la sociología en el Brasil y en la Argentina, condensando sus argumentos ya formalizados en artículos y libros para ponerlos a prueba de la exigente comparación aquí propuesta. En esta confrontación se destacan las figuras de Gino Germani y de Florestan Fernandes, como era de esperar, pero sus actuaciones son situadas en un complejo juego de variables y de actores en disputa, restituyendo la complejidad de la afirmación de la escena sociológica en los dos contextos. Aun cuando un encuadramiento analítico “institucionalista” sea movilizado por los autores, la perspectiva histórico-comparada permite llamar la atención hacia ciertas contingencias nada obvias, como el papel desempeñado por la inmigración masiva en San Pablo y en Buenos Aires en la consecución de una moderna empresa científica con la formación de “escuelas” lideradas, respectivamente, por Fernandes y por Germani. El impacto de la fuerte presencia de inmigrantes de ultramar en las dos ciudades encadena el argumento que vincula el primer capítulo con el segundo, y es una de las variables explicativas –al lado de muchas otras, detalladas en las casi noventa páginas de esta parte del libro– del éxito en la implantación de la sociología universitaria.

La introducción de esta variable socio-estructural –la conexión fuerte entre inmigración y desarrollo de la sociología, a la manera de lo

que habría ocurrido en Chicago, tal como indican los autores en nota al pie (p. 77)– permite matizar otros aspectos ya indicados en la bibliografía especializada. Sin minimizar la importancia de la autonomía universitaria con relación a las intervenciones de la esfera política, la inmigración introduciría un tercer elemento explicativo, permitiendo la colocación de nuevas cuestiones y de nuevos énfasis. En este marco, la ya conocida distinción entre las sociologías practicadas en San Pablo y en Río de Janeiro –la última mucho más expuesta a las injerencias políticas que la primera, como han sostenido varios autores– gana otras dimensiones en el caso porteño, que combinó, al mismo tiempo, organizaciones académicas modernas y una fuerte interferencia política en la vida universitaria. Las nuevas clases medias surgidas con la inmigración habrían posibilitado, en San Pablo y en Buenos Aires –su impacto sería menor en Río de Janeiro–, la “conversión de proyectos educacionales, inicialmente concebidos por las élites, en modernas empresas académicas afinadas con las demandas de ascenso de las clases medias” (p. 77). Así, en el caso de Buenos Aires, además de la antigua implantación de la universidad en la Argentina, su estructura social modernizada por la inmigración también habría ofrecido un importante contrapeso a las recurrentes investidas del poder político en los asuntos universitarios.

Este encuadramiento socio-estructural más amplio proporciona los indicadores necesarios para que Jackson y

Blanco sitúen las acciones innovadoras de Florestan Fernandes y de Gino Germani en sus respectivos contextos. Confrontando sus trayectorias y su papel en los procesos de institucionalización de la sociología en el Brasil y en la Argentina –más concentrada y continua en el primer caso; más extendida y discontinua en el segundo–, emergen, de nuevo, interpretaciones inesperadas. Una de ellas es la necesidad de calificar la “excepcionalidad” de Florestan Fernandes en la conformación de la sociología científica en el Brasil. A fin de cuentas, comparado con Germani, Fernandes se destacó en el interior de “una generación igualmente destacada, resultante de las circunstancias extremadamente favorables que encontró en los primeros años de funcionamiento de la Universidad de San Pablo”. Además, el sociólogo paulista habría contado “con la retaguardia poderosa de sus profesores y, también, con la integración propiciada por el grupo de colegas al que pertenecía” (p. 159). Y todavía más, pese a la fuerza gravitacional ejercida por Fernandes desde la Cátedra I de Sociología en la USP, el poder institucional de la disciplina estaba más diferenciado, con programas de investigación competitivos situados en la propia USP y en otras instituciones. En cambio, el involucramiento del sociólogo ítalo-argentino en el proceso de conformación de la moderna sociología se dio “como una excepción, una vez que antes de él había poco que indicase la posibilidad de un proyecto como el que terminó llevando a

cabo” (p. 158). El corolario de eso sería la enorme concentración institucional de la disciplina en torno de Germani, que controló “prácticamente todas las instancias –carrera, departamento e instituto– de la enseñanza y de la investigación en sociología en la FFyL de la UBA entre 1955 y 1966” (p. 161).

La situación de la sociología en la Argentina y el papel que Germani desempeñó en ella implican difíciles desafíos interpretativos, pues se trata de un tipo de institucionalización que apenas se separa del entramado de acciones y de contingencias enfrentados por sus actores, dimensiones que, por esto mismo, deben ser priorizadas en el análisis, bajo el riesgo de una importante pérdida de poder explicativo. Por tal motivo, como enfatizan los autores, la comprensión del caso de Germani “exige otras mediaciones”, pues ella solo gana sentido en el interior de un cuadro más amplio y más flexible, aun cuando “extremamente dinámico” (p. 163), de producción cultural y disputas políticas. En una ligera nota al pie, ya en la conclusión, los autores esclarecen que, para los casos analizados en el libro, “en rigor, deberíamos hablar antes de campos en constitución y no de campos ya plenamente formados y autonomizados” (p. 225).

Finalmente, en el último capítulo, tenemos la inesperada comparación entre Antonio Candido y Adolfo Prieto, puerta de entrada para la discusión sobre la fuerte presencia de la sociología en sus programas de renovación de la crítica

literaria. Inesperada porque, salvo error, estos dos personajes todavía no habían sido comparados –en el ámbito latinoamericano, la conexión más recurrente vincula a Antonio Candido con el uruguayo Ángel Rama–. Y también, como esclarecen Jackson y Blanco, porque Candido ocupó –y todavía ocupa, teniendo en vista el papel destacado cumplido hasta hoy por el equipo de investigación que lideró– una posición central en la crítica literaria brasileña, mientras que Prieto hizo carrera en las universidades del interior argentino hasta exiliarse en los Estados Unidos. Además de la comparación entre las evaluaciones diferenciales de la crítica literaria y de la literatura en los dos países, en la que entran en juego elementos tan variados como el peso de las tradiciones intelectuales, los orígenes sociales y geográficos de críticos y literatos y sus relaciones con la universidad –que generó una bella contraposición de los perfiles de las revistas *Clima* y *Contorno* (pp. 201-203)–, el núcleo del capítulo está en el escrutinio del tipo de crítica “sociológica” ejercida por Candido y por Prieto. De ahí que, más que en los otros capítulos, exista en este un mayor espacio para el análisis de las obras de los autores, especialmente de *La literatura autobiográfica argentina*, publicada por Prieto en 1962, tres años después de *Formação da literatura brasileira*, de Candido.

En la comparación de los dos libros, y entre los demás textos de la extensa producción de los dos críticos, se percibe

que se trata de programas de investigación realmente distintos, en los que el peso de las relaciones entre texto literario y materia social recibe diferentes tratamientos. En el argumento de Jackson y Blanco, siempre multidimensional, estas perspectivas analíticas de Candido y de Prieto expresan, entre otros factores, el “origen social de los críticos, [los] patrones de relaciones entre críticos y escritores, [los] vínculos entre campo intelectual y político” (p. 222). Esto explicaría, entre otros aspectos, la relativa continuidad entre el programa de Candido y las historias de la literatura en el Brasil que lo antecedieron –como la de José Veríssimo–, así como la necesidad de considerar la relativa autonomía de las obras y el carácter polémico de la propuesta de Prieto, que trataría la literatura como un “hecho social” entre otros, además de defender otra jerarquía de autores y géneros literarios. Si la comparación entre estas dos críticas de carácter sociológico resalta, a través del contraste, la relativa continuidad del emprendimiento de Candido en el interior de una tradición intelectual, esto no debe conducir al oscurecimiento de inflexiones decisivas, aunque sutiles, llevadas a cabo en *Formação da literatura brasileira*.² Como, por ejemplo, el hecho de que Candido propone, no una simple historia

² Véase André Botelho, “Pequena história da literatura brasileira: provocação ao modernismo”, *Tempo Social*, USP, Impresso, vol. 23, n° 2, 2011, pp. 135-161.

de la literatura, en la que desarrollo literario y social caminen juntos (al menos potencialmente), sino una “historia de los brasileños en su deseo de tener una literatura”.³ Este desplazamiento de la cuestión permite tratar la sistematización –relativamente exitosa– de la literatura en el Brasil aun cuando la propia sociedad no se hubiera integrado en su conjunto dada la persistencia del legado colonial. Además, si la inscripción de Machado de Assis como punto de llegada del proceso de formación de la literatura reafirma las evaluaciones literarias vigentes –aun cuando la relación del modernismo de 1922 con la obra del autor de *Dom Casmurro* haya sido ambivalente–, por otro lado, el valor de la obra es medido por su visión crítica y compleja de la sociedad brasileña. Este partido metodológico gana mayor nitidez en “Dialética da malandragem” y “De cortiço a cortiço”, artículos reunidos posteriormente en *O discurso e a cidade* (1993). Cândido sugiere que los libros de Manuel Antônio de Almeida y de Aluísio Azevedo no solamente ganan inteligibilidad cuando la mediación social es buscada en la factura literaria, sino que, ampliando el argumento, concibe estas novelas como entradas privilegiadas para una visión no

aristocrática de la sociedad brasileña del ochocientos.

Son muchas las cuestiones suscitadas por el emprendimiento conjunto de Luiz Carlos Jackson y Alejandro Blanco. La puesta en espejo de las dos experiencias desestabiliza viejos protocolos de lectura tanto en el Brasil como en la Argentina, planteando nuevas preguntas y ángulos osados e inesperados de observación. Como bien observa Lidiâne Rodrigues en la solapa del libro, el programa comparativo inscrito en *Sociologia no espelho* es, también, una invitación que merece ser asumida por los investigadores de los dos países. La imagen del espejo es interesante, especialmente si la entendemos como espejos esféricos, que permiten tanto la ampliación del campo de visión (como en los espejos convexos) como la detección de ciertos detalles inusitados (como en los espejos cóncavos). En general, la puesta en espejo promovida por el libro favorece una visión panorámica, sobre todo cuando se confrontan los grandes ejes de la evolución intelectual en el Brasil y en la Argentina, aunque por momentos se eclipsan ciertos matices. Un mayor “cuerpo a cuerpo” con los textos tal vez hubiese ayudado a superar esa limitación, aun cuando no faltan en el libro sugerencias de temas más circunscritos que dan pistas interesantes de investigación. Como, por ejemplo, el análisis cruzado de la recepción de *Casa grande & senzala* (1933), de Gilberto Freyre, en Brasil y en

Argentina, que arrojó diferentes valoraciones sobre el carácter de su ensayismo (pp. 68-69). O también la comparación entre el papel cumplido por Freyre en la positivización del mestizaje en Brasil con “la inversión interpretativa realizada por Germani en el análisis del impacto de la inmigración masiva” (p. 108), lo que permitiría confrontar los sentidos –bastante distintos– de esos cambios radicales en las formas de autoconciencia entre los dos países. Muchos otros ejemplos podrían ser citados, inclusive la sugerencia de Sergio Miceli, autor del prefacio del libro, de comparar las interpretaciones sobre el papel de las ciudades en el ensayismo brasileño y argentino (p. 10).

Tampoco debe pasar desapercibido el buen trabajo gráfico y editorial realizado por la Editora 34, de San Pablo, que ilustra la tapa del libro con la reproducción de uno de los *Objetos gráficos* de la artista plástica Mira Schendel. La presencia de un alfabeto extraño, que mezcla letras impersonales, tipográficas, con trazos caligrafiados, ambos dispuestos en frágil papel japonés, no deja de expresar parte del universo complicado presente en *Sociologia no espelho*, en el que trabajo artístico y profesionalismo intelectual conviven lado a lado, en un terreno inestable y accidentado.

Antonio Brasil Jr.
UFRJ

³ Antonio Cândido, *Formação da literatura brasileira* [1959], San Pablo, Livraria Martins Editora, 1964, p. 27.

Ciudadanos inesperados: espacios de formación de la ciudadanía de ayer y hoy reúne una serie de trabajos que desde diversas disciplinas, aunque claramente influidos por la historia cultural, se proponen explorar la formación de la ciudadanía en los últimos doscientos años, principalmente en México, pero también en América Latina. La intención expresa es abandonar abordajes de corte normativo y/o teórico y enfocarse en vez en el estudio de los ciudadanos antes que en la ciudadanía como concepto abstracto. El libro abre con una interesante introducción donde las compiladoras discuten los aportes más significativos y se detienen en algunos conceptos clave. Rodrigo y Caballero sostienen que en la bibliografía subyacen marcos normativos construidos a priori donde la ciudadanía siempre aparece como una promesa incumplida o cuyo alcance es deficitario. Frente a esta perspectiva, la compilación propone detenerse en los “espacios sociales donde se negocian los criterios extra- legales que [definen la ciudadanía] en momentos y en circunstancias precisas” (p. 22). Entender así la ciudadanía permite, de acuerdo a las compiladoras, superar las visiones optimistas o escépticas respecto de la calidad del ejercicio de la ciudadanía y “englobar todo aquello que desde el puro principio legal

parece excederla”, y de allí la noción de “ciudadanos inesperados” (p. 22). Las autoras estiman además que “la propia definición legal de ciudadanía parece requerir para su aplicación prácticas que van más allá de lo legal” (p. 23). Desde esta óptica, para apropiarse de la ciudadanía las personas realizan acciones y apelan a expresiones físicas concretas como el vestido, la higiene, el cuerpo, que rebasan los principios legales que las animan. En otras palabras, lo legal no alcanza para saber quién es y cómo se constituye el ciudadano.

Hilvanados en torno a la intención expuesta en la introducción, el libro agrupa nueve artículos que analizan temas muy diversos, tanto en sus temáticas como en relación con la secuencia temporal que tratan. Ordenados cronológicamente, aunque sin la intención de presentar una visión evolutiva, los tres primeros trabajos se detienen en el siglo XIX mexicano. En el primer capítulo Eugenia Roldán analiza una serie de rituales escolares utilizados en México a los que concibe como procedimientos ceremoniales de formación e iniciación ciudadana. Roldán se detiene particularmente en el catecismo escolar, un cuadernito escrito con preguntas y respuestas diseñado para ser aprendido de memoria en las escuelas o leído en voz alta por los adultos y en

los exámenes públicos. La autora subraya el carácter performativo de los contextos en que estos rituales se realizaban. Considera que la naturaleza ceremonial de esas prácticas debe ser entendida no como una “variante de la ciudadanía ni como una sustitución de la misma, sino un elemento intrínseco de ella que implica corporal y emocionalmente a los sujetos” (p. 62). Para Roldán esas ceremonias no solo actualizaban las prácticas de la ciudadanía sino que incidían en la formación ciudadana en sentidos muchas veces no previstos por las políticas educativas. El segundo artículo, de Daniela Traffano, pone el foco en el estudio de un momento particular del México posindependiente, el de las reformas liberales; y en un grupo recortado, el de los indígenas. La Constitución de 1857 decretó la completa separación entre Iglesia y Estado. La legislación reconfiguró por lo tanto las relaciones ciudadano-Iglesia en un sentido macro pero también en el nivel más micro. La Iglesia amenazaba con la excomunión a quienes obedecían al Estado y reservaba la salvación solo a quienes se retractaban públicamente o hacían explícitamente una petición de perdón o permiso. La situación determinó diversas y originales respuestas por parte de los ciudadanos que

habían quedado atrapados en la disyuntiva de ser fieles a sus creencias religiosas o respetar la autoridad estatal. En este contexto, los indígenas hicieron uso de las posibilidades que el conflicto significaba ejerciendo la ciudadanía de formas que no siempre eran contempladas por el discurso de las élites. El último de los estudios sobre el siglo XIX, de Fiona Wilson, abarca un arco temporal amplio: de 1880 a 1950. En sus páginas la autora analiza un objeto material como la vestimenta para desplegar una serie de hipótesis sobre cómo el Estado y los individuos construían discursos sobre la identidad nacional a través de la ropa. Wilson observa que los sentidos que se asociaban al uso de determinada indumentaria no eran estáticos; por el contrario, estaban sujetos a diversas influencias. Si por un lado el afán modernizador del gobierno de Porfirio Díaz estigmatizaba a los indígenas y a pobladores rurales por el uso de prendas consideradas campesinas, también es cierto que el acceso a determinada ropa significaba para la gente una forma de liberarse de etiquetas racistas. Luego, los cambios políticos y sociales que signaron las primeras décadas del siglo XX, concretamente la Revolución y las migraciones en masa a los Estados Unidos, también influyeron en el binomio vestimenta y ciudadanía, sobre todo para el caso de los mexicanos varones provenientes de sectores populares. La experiencia de la migración hizo que la ropa se convirtiera en una parte integral del ejercicio de la ciudadanía. Vestirse de determinada forma

era según Wilson “un requisito social para volverse mexicano” (p. 125).

Ariadna Acevedo Rodrigo también recurre al vestido para explorar a los “ciudadanos inesperados”. Al igual que Roldán, la autora se centra en el mundo escolar aunque hace hincapié en mostrar las relaciones que se tejen entre el objeto ropa y las representaciones que sobre este se construyen. Por un lado, Acevedo Rodrigo analiza las reflexiones sobre indumentaria e higiene de diversos funcionarios escolares y, por el otro, las prácticas y las ideas de maestros y estudiantes normalistas antes de la Revolución y luego de creada la Secretaría de Educación Pública. La autora observa la fuerte vinculación que el Estado establece a través del discurso de sus funcionarios entre vestimenta, higiene y moralidad. El ciudadano civilizado sería aquel que adoptara una determinada apariencia. La escuela era proyectada entonces como un espacio para difundir ciertos hábitos, lo que en el caso analizado significaba convertir a campesinos e indígenas en usuarios de jabón, cubiertos y ropa occidental, entre otras cosas. En sintonía con lo observado en el trabajo de Wilson, la autora de este sugerente ensayo descubre que en lugar de provocar resistencias esas peticiones convergían con las de los estudiantes normalistas rurales que se quejaban a las autoridades de “la falta de infraestructura y recursos materiales para que los futuros maestros pudieran cumplir con su función de sujetos modelo

por su higiene personal e indumentaria” (p. 158). Tal era el peso que esas personas adjudicaban a la vestimenta. Según afirma Acevedo Rodrigo, la preocupación por la apariencia se convirtió “en una demanda de derechos ciudadanos” (p. 160).

El quinto ensayo, de María Rosa Gudiño Cejudo, también se concentra en los discursos estatales sobre el ciudadano. La autora estudia una serie de cortometrajes producidos por el Estado mexicano entre 1955 y 1960 cuyo fin era dar combate al paludismo. Gudiño Cejudo observa en un ámbito distinto al de Acevedo Rodrigo la fuerte vinculación que la retórica estatal establece entre higiene y ciudadanía. Estar sano es en la filmografía estudiada un deber que hace al ciudadano y al mismo tiempo un beneficio que debe proveer el Estado. En este sentido, el trabajo identifica como un elemento innovador de los documentales de los años cincuenta la presencia de una visión enaltecedora del Estado. En el sexto artículo, Susana Sosenski Correa se traslada al mundo de la niñez y se aleja de lo estatal para observar en cambio cómo el mercado también participa del proceso de creación del ciudadano. Partiendo del supuesto de que el consumo constituye un espacio de socialización ciudadana, el artículo se detiene en las imágenes proyectadas por los periódicos mexicanos de la década de 1950 en que se observa el “ideal de niño consumidor” que estos delinean. La autora repara principalmente en las publicidades y discute las formas en que se invitaba a los niños y a sus familias a

consumir. El artículo describe las propagandas como parte de un proceso que reconocía *agency* a los niños y señala al consumo infantil como parte de las representaciones que se referían al “futuro ciudadano” (p. 220).

Los últimos tres capítulos se ocupan de cuestiones más actuales. En el primero de ellos Inés Dussel reflexiona sobre el impacto de la cultura digital en la noción de ciudadanía a partir del estudio de las producciones culturales de un grupo de jóvenes de escuela media de la Argentina y de Chile. El ensayo de Dussel no ofrece afirmaciones categóricas sobre el efecto de este proceso pero sí sostiene que los “saberes requeridos para la participación de los nuevos medios digitales se distancian de las competencias para la participación de la *polity* letrada” (p. 226). Estos privilegian “la inmediatez, la atención distribuida y fragmentada, el acceso directo y a medida del usuario y la emocionalidad” (p. 247). Los cambios tecnológicos significarían, según sostiene la autora, una participación diferente en la cultura pública donde el Estado y en gran medida la escuela pierden protagonismo para definir qué es la cultura pública. El octavo apartado también se pregunta por los jóvenes y sobre cómo estos aprenden y/o ejercen la ciudadanía. Leonel Pérez Expósito, Almendra Ortiz Tirado Aguilar, Manuel A. González Martínez y Alejandra Gordillo Arias estudian la experiencia de un conjunto de estudiantes de la Universidad Autónoma Metropolitana de la Ciudad de México en lo que

ellos denominan “colectivos estudiantiles”. La intención que ordena el análisis es subrayar la importancia de esos espacios informales como instancia de aprendizaje de la ciudadanía. El último artículo, escrito por la antropóloga Paula López Caballero, se interroga por el uso del nombre “pueblos originarios” en la Ciudad de México en la primera década del siglo XXI. La autora advierte primero una circulación del rótulo en el ámbito local que luego se empalma con una discusión nacional y regional que deriva en la institucionalización de esta categoría. Ya institucionalizado, el nombre pueblo originario se convierte en una etiqueta necesaria para que determinados grupos sean escuchados o vistos en el espacio público; es decir, para ejercer la ciudadanía. Por último, el libro cierra con un epílogo escrito por el historiador Pablo Piccato en que señala lo que considera el mayor aporte del libro: el movimiento hacia los ciudadanos y sus prácticas, lo que según Piccato permite comprender mejor la “complejidad y la contingencia de las conexiones entre ideas y acciones” y asomarse así a un espacio difícil de asir para los historiadores: la subjetividad (p. 362).

Leídos individualmente los artículos contribuyen a consolidar los campos subdisciplinarios donde sus autores se ubican. Por ejemplo, los trabajos de Roldán y Acevedo Rodrigo acercan preguntas y herramientas renovadas para abordar la historia de la educación en América Latina, todavía

mayormente centrada en las retóricas estatales y/o en las ideas pedagógicas. Leídos en su conjunto los trabajos tienen la virtud de posibilitar el movimiento opuesto: permitir que los debates salgan de sus nichos disciplinarios como la historia de la educación y la historia del consumo para hacer visible una discusión común a todos ellos. Los artículos agrupados en *Ciudadanos inesperados* ofrecen un nuevo mapa de cuestiones y zonas para pensar la ciudadanía o, más específicamente, a los ciudadanos. Es cierto que el alejamiento del plano ideológico para concentrarse en lo material es un camino que la disciplina histórica viene recorriendo en los últimos tiempos; lo interesante de este libro reside en que la productividad de ese giro puede aprehenderse de manera panorámica. No obstante, también es preciso advertir que ese ejercicio no puede abandonar completamente la dimensión de las ideas porque la ciudadanía “se inventa” primero en la letra. Y en este sentido el libro por momentos genera dudas. No todos los artículos logran con la misma claridad establecer cómo lo tangible o performativo se conecta con la ciudadanía o, dicho de otra forma, cómo es que “hacer determinado acto” es ejercer la ciudadanía y/o cómo esos actos se relacionan con los ideales que los animan. Por ejemplo, en el texto sobre el consumo esa secuencia no es evidente para el lector. En ese caso concreto tal vez hubiera sido productiva una comparación con otros contextos nacionales, donde el consumo en esos mismos años,

como lo fue para el caso del peronismo en la Argentina, estaba siendo incorporado por la propia retórica estatal y por los individuos como un derecho. En otras palabras, el texto de Susana Sosenski Correa sobre el niño consumidor no nos ofrece pistas para pensar cómo el Estado y también los individuos concretos –no aquellos “idealizados” por la publicidad– se posicionaban frente al

consumo. Esto se relaciona con otra promesa del libro que, es justo señalar, no todos los autores encaran con el mismo énfasis: hablar de los ciudadanos antes que de las ideas sobre la ciudadanía. Esta objeción se aplica, por ejemplo, al texto que analiza los documentales producidos por el Estado. Los filmes son finalmente un pliegue distinto de lo discursivo y retórico y también proyectan

“ideales”. No obstante, a pesar de estos cuestionamientos, no hay duda de que *Ciudadanos inesperados* ofrece una propuesta en su conjunto productiva para pensar la ciudadanía y recorta una serie de objetos y problemas que permitirán renovar su estudio.

Flavia Fiorucci
CHI-UNQ / CONICET

Rosalía Baltar,

Letrados en tiempos de Rosas,

Mar del Plata, Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata (EUDEM),

2012, 250 páginas

Rosalía Baltar –docente e investigadora de la Universidad Nacional de Mar del Plata y directora de *Estudios de Teoría Literaria. Revista de artes/letras/humanidades*– nos anticipa en una nota inicial que el presente libro es una reescritura de su tesis doctoral, *Figuraciones del letrado en los tiempos de Rosas*, realizada bajo la dirección de las doctoras María Coira y Graciela Batticuore y defendida en 2010. La tesis obtuvo una mención en el concurso de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial 2010 del Fondo Nacional de las Artes. Se trata, por lo tanto, de un texto académico intervenido, modificado, con la intención de lograr “una escritura más ágil y amena”, según afirma la propia autora.

El trabajo de Baltar se propone arrojar una mirada más aguda sobre la actividad y el movimiento cultural desplegado en Buenos Aires durante la época de Rosas, a fin de ofrecernos “un cuadro en el que prima la perspectiva, el rasgo, el punto de vista, la luz, la densidad y el matiz” (p. 15). Para ello, focaliza su atención en algunos *letrados* menos conocidos, que fueron, según declara, descuidados por la historia oficial y concretamente por la historia de la literatura de Ricardo Rojas, quien, para ocuparse del período rosista,

desplaza la mirada hacia “los proscriptos”. La autora propone tres categorías de análisis: el *letrado rivadaviano*, el *letrado rosista* y el *letrado romántico*. Reconoce, no obstante, el carácter riesgoso de dichas “nomenclaturas” y su construcción a partir de “puntos de intersecciones” más que de aspectos excluyentes (pp. 23-24).

El libro consta de una introducción, tres capítulos centrales, un breve apartado conclusivo y la sección bibliográfica, además de un valioso apéndice al capítulo 2 con el índice de la *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata*, editada por Pedro de Angelis. Las tres figuraciones de letrados propuestas por Baltar constituyen el eje que sustenta la estructura de su trabajo. Así, el primer capítulo se consagra al *letrado rivadaviano* –representado por Carlo Zucchi y sus compatriotas, quienes arribaron a estas tierras gracias al proyecto cultural de Rivadavia–, el segundo al *letrado rosista* –encarnado de manera paradigmática en De Angelis, marcado por su adhesión al gobernador de Buenos Aires– y el tercero al *letrado romántico* –fundamentalmente Echeverría pero también Alberdi y Gutiérrez– en su interacción

con el *rosista*. La figura de De Angelis –a caballo entre el *letrado rivadaviano* y el *rosista* y en estrecha vinculación con el *romántico*– atraviesa todo el libro y adquiere un protagonismo indiscutido.

En el primer capítulo, Baltar confiesa su deuda con el marco planteado por la *Historia de los intelectuales en América Latina*, dirigida por Carlos Altamirano, más concretamente con el primer tomo de la obra editado por Jorge Myers. No obstante, el modelo de letrado que ella propone, según declara, no habría sido examinado en dicho volumen, aunque reconoce que la figura de De Angelis sí es abordada por Horacio Crespo “dentro de los letrados coleccionistas, eruditos y americanistas” (p. 21). Tras aclarar que no pretende objetar dicha omisión, traza el perfil de los letrados de los que se ocupará: “son artistas que piensan sus oficios dentro del mundo de las *Belle arti* [...]. No son letrados juristas ni tampoco enteramente publicistas [...]”; guardan una relación ambivalente y disímil con el espacio político rioplatense [...]; el aprendizaje lingüístico es a la vez un costo porque los muestra insolventes en sus primeros tiempos; su extranjería [...] es decisivamente constitutiva y una forma diferente de expresar ciertas reflexiones sobre la tierra” en la que se exilian (p. 22).

La autora explicita, además, que empleará el término *letrado* en un sentido diferente al que le asigna Oscar Mazín en su contribución a la *Historia de los intelectuales* mencionada, donde opta por la figura de *gentes del saber* para caracterizar el ambiente cultural de los virreinatos hispanoamericanos (siglos XVI a XVIII), ya que *letrados* se aplicaba prioritariamente a juristas abogados. Para Baltar, el empleo de dicha categoría se justificaría en que la misma resulta adecuada para caracterizar a aquellos personajes de los que se ocupa, procedentes de sectores ilustrados, con una profesión definida, y vinculados estrechamente con el Estado o con emprendimientos privados. Sin embargo, después de establecer estas precisiones, señala que empleará el término *intelectuales* como sinónimo de *letrados* en el sentido de “expertos en el manejo de recursos simbólicos”, propuesto por Myers. Baltar no persigue, aparentemente, el propósito de extenderse ni ahondar en el arduo debate en torno a la definición y precisión de las categorías en juego (*letrados*, *intelectuales*). De hecho, una de sus principales declaraciones al respecto es expuesta en una nota al pie. Suponemos que dicha actitud se debe a la intención explícita de amenizar el texto.

Este capítulo gira en torno a la correspondencia privada entre el ingeniero arquitecto italiano Carlo Zucchi y algunos compatriotas también emigrados al Río de la Plata (Pedro de Angelis, Giuseppe Venzano, Ottaviano Fabricio Mossoni, Giovanni Grilenzoni

y Giovanni Battista Cuneo), compilada por Gino Badini a partir del Archivo Zucchi. Se percibe aquí un destacable gesto de visibilización de este material, gesto que cuenta como precedente con la tarea de Fernando Aliata y su equipo, como reconoce Baltar. El apartado se ocupa de temas diversos, tales como las condiciones inestables de los viajes y de la política de la época, las relaciones de estos letrados entre sí y con el poder de turno, las imágenes de Europa y América, y concretamente del Plata, plasmadas en las cartas y las concepciones que estos letrados tienen del arte y del artista.

La *Colección de Obras y Documentos* de De Angelis ya mencionada, así como su correspondencia con algunos eruditos italianos (Zucchi principalmente), constituye el núcleo del segundo capítulo. El propósito fundamental que guía este apartado –y en cierto sentido toda la obra– es revalorizar la obra de De Angelis, conjurando el “pálido recuerdo” que ha quedado de su figura. En esta empresa, Baltar se inscribe explícitamente en la línea seguida, entre otros, por Josefa E. Sabor, quien le dedica un sustancioso estudio al napolitano. El capítulo se centra, entre otros aspectos, en la faceta de erudito de De Angelis; en las acusaciones de ladrón, mercenario y oportunista de las que es objeto, que la autora relativiza en tanto constituirían simplificaciones interesadas; en el vínculo de De Angelis con los idiomas (castellano, francés, italiano, lenguas aborígenes); en los avatares del proyecto editorial de la *Colección* y sus

proyecciones ideológicas, así como en los lectores previstos por el editor; en la compleja relación que mantiene con Rosas, que Baltar interpreta en el contexto de la figura del letrado cortesano e ilustrado, y en la intervención del gobernante en la escritura y en los proyectos de De Angelis en calidad de corrector, mecenas y lector privilegiado.

El último capítulo, por su parte, pone en diálogo textos federales y antirrosistas, con el fin de desnudar las estrategias y las operaciones discursivas comunes en unos y en otros (la animalización del adversario, la violencia corporal) y las representaciones del *otro*, de la voz enunciadora y de la figura de Rosas. Entre los escritos federales que revisa la autora figuran una selección del cancionero de la época, la *Biografía en verso de Juan Manuel de Rosas* de Luis Pérez y la *Biografía del Exmo. Gral. Juan Manuel de Rosas* de De Angelis, así como el juicio que este publica en su periódico *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa en el Mundo* con motivo de la reedición del *Dogma socialista* de Echeverría. Como representantes de los escritos románticos y antirrosistas se incluyen y analizan *El Gigante Amapolas* de Alberdi, el estudio preliminar a las *Obras completas* de Echeverría de Juan María Gutiérrez y, fundamentalmente, las cartas que escribe Echeverría en defensa del *Dogma*, donde polemiza con De Angelis. Un rasgo interesante de este capítulo es su foco en la actitud polémica que se registra no solo entre los letrados de uno y otro bando, sino también dentro del mismo sector federal. En este

sentido, la autora esboza la hipótesis de que las biografías de De Angelis y de Pérez son susceptibles de leerse como piezas de una polémica o confrontación soterrada y subrepticia, en una suerte de competencia por posicionarse en el campo federal.

El corpus de la investigación que da origen a este libro, como se observa, es variado y heterogéneo, y abarca distintas texturas genéricas e ideológicas. Los distintos textos son abordados en tanto “instancias de lectura y escritura” (p. 217), reveladoras del entrecruzamiento de voces diversas que permiten la reconstrucción de las distintas figuraciones de letrados. El tratamiento del material es dispar, dado que algunos escritos reciben mayor atención y son analizados con mayor profundidad. Probablemente, la explicación de esta conducta resida en la preeminencia otorgada a las cartas, públicas o privadas que –como la propia autora confiesa– cobran relevancia y una dimensión fundamental en su trabajo.

En lo que respecta al marco teórico y a los aspectos metodológicos, se percibe la impronta de la sociología de la cultura, a través del empleo de categorías de Raymond Williams y Pierre Bourdieu. En ocasiones, la autora recurre además a los instrumentos de la pragmática y de la lingüística. El análisis de la dedicatoria y el

prospecto inicial de la *Colección* de De Angelis a través de las categorías de la cortesía verbal, y la búsqueda de las marcas de la oralidad en la biografía de Pérez constituyen elocuentes ejemplos de este procedimiento.

Uno de los principales méritos del libro es la reconstrucción compleja del escenario cultural de la época, enfrentada deliberadamente con una “imagen escolar forjada por los vencedores de Caseros y refrendada por Rojas” (p. 212). A nuestro entender, si bien la autora no lo menciona, su gesto se articularía con la mirada revisionista de Fermín Chávez, quien en su texto *La cultura en la época de Rosas. Aportes a la descolonización mental de la Argentina* intentaba refutar la tesis de la barbarie y revertir una imagen tendenciosa e interesada del panorama cultural bajo el régimen rosista. Por otra parte, Baltar hace hincapié en numerosas ocasiones en los rasgos compartidos entre letrados rosistas y románticos. Se propone así una revisión y superación de esquemas taxonómicos simplistas, que reducen a dicotomías categóricas –(neo)clásicos vs. románticos– posturas estéticas-políticas cargadas de ambivalencia y matices. El gesto de rescate y relectura de la figura de De Angelis se orienta precisamente en esta dirección, a tal punto que

constituye el pretexto y el catalizador que le permite a la autora analizar, revisitar y revisar el ambiente cultural de la Buenos Aires rosista.

La ilustración de la portada del libro sintetiza precisamente esa operación de ejercer una mirada reivindicadora y minuciosa, pronta a captar pormenores y matices. Del retrato de Manuelita Rosas realizado por Prilidiano Pueyrredón se enfoca y amplifica un detalle: la enjoyada mano derecha de la hija del Restaurador que descansa sobre un papel escrito (una carta a su padre, según conjetura la crítica) situado en la mesa. La elección de la imagen resulta sumamente acertada. Manuelita representa el rostro más amable de un régimen acusado de bárbaro y sangriento, apreciada incluso por sus detractores y adversarios políticos, tal como lo demuestra la imagen que de ella diseña José Mármol en *Amalia*, su novela profundamente antirrosista. Por su parte, el papel debajo de la mano de Manuelita en el óleo de Pueyrredón se reconfigura como símbolo y metonimia de la vida del espíritu y la cultura de su época, en sintonía con el tono y la intención del libro.

Luis Marcelo Martino
CONICET / Universidad
Nacional de Tucumán

Alejandra Laera,

Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001,

Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, 395 páginas

En las sociedades capitalistas todos o casi todos los aspectos de la vida social están monetizados, o son susceptibles de monetización. El dinero es la condición de posibilidad para el acceso, el mantenimiento y la reproducción de los sistemas expertos sin los que ninguno de nosotros podría sobrevivir: salud, comunicación, producción y distribución de alimentos –o cualquier otro bien–, educación, transporte, albergue. Incluso aquellos aspectos que en nuestra cultura aparecen –ilusoriamente– más anclados en la biología o en la psicología (la raza, la identidad sexual, las pasiones), aparentemente más ajenos a las opciones de mercado, son cada vez más plausibles de monetización: psicofármacos cada vez más poderosos y especializados que intervienen y transforman nuestra psíquis, operaciones de reasignación de género, intervenciones quirúrgicas –radicales o no– para cambiar los signos visibles de pertenencia racial, software que posibilita (y define) los encuentros sexuales más efímeros; todo está allí esperando al próximo comprador, todo es posible, pero solo por la mediación del dinero. El trabajo moderno se define por una relación del tiempo y el cuerpo con el dinero; el ocio se define por otra (pero no por un exceso o exterior con respecto al dinero: todo lo contrario). Hoy, el

dinero es casi invisible, lo que no implica que el dinero haya dejado de ser importante: es probablemente más importante que nunca porque es ubicuo, y se ha convertido en una especie de segunda naturaleza. El dinero es, siempre ha sido, lenguaje. Pero nuestra época es cada vez más consciente de que es un lenguaje que no representa la realidad, sino que produce realidad. La realidad que el dinero crea está hecha de sujetos y sus historias, pasiones, modos de relación y de circulación, todas instancias que no preexisten al dinero, sino que son creadas por él. Si el dinero es un lenguaje (una ficción) que produce realidad, no la única pero, tal vez, la más importante, es posible que por medio del examen de las ficciones que ponen en su centro el dinero el crítico cultural pueda acceder a una visión única de algunas de las líneas de fuerza que definen una cultura.

Ficciones del dinero: Argentina, 1890-2001 hace precisamente eso. Laera recorre el ciclo moderno argentino desde el prisma de la novela (o de la narrativa, ya que el libro no se agota en el examen de una serie de novelas, aunque ellas ocupen sus reflexiones principales). Así, a un nivel, *Ficciones del dinero* es un intento ambicioso (y logrado) de redefinición de qué fue la narrativa moderna en la Argentina, desde su origen

hasta su crisis. En este nivel, el libro es una continuación y la ampliación de *El tiempo vacío de la ficción* (2003), donde Laera examina el surgimiento de la novela argentina moderna a partir de la obra de Eduardo Gutiérrez y de Eugenio Cambaceres.

A otro nivel, *Ficciones del dinero* es una exploración de qué fue la modernidad argentina, dando al dinero el rol de ficción crucial a la formación de esa modernidad. Así Laera reposiciona –sin negar ni desconocer– otras ficciones fundacionales (el término podría resultar escandaloso para algunos) de la modernidad argentina: los conflictos políticos, ideológicos, de clase, aparecen en su libro, pero cruzados (y hasta cierto punto definidos) por el problema del dinero.

Las ficciones del dinero (término tomado, como es notorio, del ensayo de Ricardo Piglia sobre Roberto Arlt) no son meramente ficciones donde el dinero aparece como tema, como objeto de pasiones o disputas, como héroe. En las ficciones del dinero, más bien, el dinero es el motor de la trama, lo que echa a andar la historia, la matriz explicativa del relato que, en forma ficcional, ilumina zonas veladas de espacios y temporalidades en la Argentina. Así, afirma Laera, estas ficciones sirven tanto para procesar la circulación real del

dinero como para negociar su relación con la experiencia del dinero.

El libro tiene dos polos entre los que Laera se mueve constantemente: las ficciones del dinero producidas inmediatamente después de la crisis económica y bursátil de 1890 (una de cuyas causas principales fue la devaluación del peso billete y el alza en la cotización del oro), y las ficciones del dinero producidas entre la crisis de 1989-1990, que dio pábulo a la implantación del modelo de modernización neoliberal de los noventa y la crisis (aparentemente terminal) de ese modelo a fines del 2001. Entre esas dos crisis, entre esos dos corpus disímiles, Laera ve el inicio y el ambiguo fin del ciclo de la novela moderna argentina (y de la modernidad argentina). Cada uno de esos momentos es abordado a partir de sendas novelas-emblemas que Laera ve como un núcleo donde se condensan (aunque no se agotan) los problemas que definen sus épocas respectivas. Por una parte, *La Bolsa* (1891), de Julián Martel, y por otra parte, cien años después, *El aire* (1992), de Sergio Chejfec. Cada una de esas novelas le sirve a Laera para ordenar una constelación más o menos disímil de novelas o narrativas. Laera lee cada uno de esos polos a partir del otro; en el otro: *El aire* (con cuyo examen Laera abre el libro) es leído (desde *La bolsa*) como una puesta en escena y deconstrucción en clave narrativa de algunos de los tropos cruciales de la relación dinero / sociedad establecidos en el siglo XIX, o incluso antes. Por otra parte, *La Bolsa* es leída

(desde *El aire*) como el sitio donde, por una parte, la novela busca *retotalizar* lo social fracturado por el crack bursátil pero que, en su reverso, pone en evidencia una conciencia del potencial *desterritorializante* del capital financiero en relación con lo social. Así, Laera encuentra *La Bolsa* en *El aire*, y viceversa. Lee los problemas de una novela en otra, articulados de manera diferente (y hasta opuesta), en contextos diferentes (y hasta opuestos). Eso es lo que define, en mi opinión, lo que Laera llama la *heterocronía* como modo de aproximación a su corpus (en oposición a la cronología, y a la implicación teleológica de la cronología como el rastreo del origen, desarrollo y madurez de un fenómeno dado).

En *Ficciones del dinero*, *La Bolsa* es leída por Laera como un testimonio de la ruptura “epistemológica” que la crisis de 1890 generó en la sociedad argentina, un testimonio de los efectos disruptivos que la modernización y la creciente hegemonía del capital financiero ejercía en la sociedad. Un testimonio, y una especie de exorcismo, de cancelación de esos mismos efectos. Así, dice Laera “en esas condiciones de modernización y crisis profundas y abruptas, tienden a aparecer relatos que –prospectiva o retrospectivamente– proponen, por un lado, versiones a contrapelo de la euforia modernizadora, y por el otro, algún tipo de intervención que denuncia la crisis desatada por la incontinente circulación del dinero. [...] En todos los casos se denuncia la ilusión de los

años previos al crac y se muestra el dominio ejercido por la Bolsa sobre los personajes –quienes sucumben a ella y terminan perdiéndolo todo– y en la mayoría, además, se incluye alguna figura ligada a la literatura, el pensamiento o las artes, que es presentada como una reserva moral”.

Sin embargo, esa confianza decimonónica en que la novela, de la mano de la ilusión referencial, organizara a través de la representación de situaciones ilustrativas los desórdenes sociales provocados por la economía, y la apuesta por construir mundos que resolvieran imaginariamente los conflictos detectados en la realidad y que redistribuyeran los valores según una escala no material, fueron cayendo a jirones a lo largo del siglo XX. “Y –dice Laera– si los escritores argentinos de finales del siglo XIX esperaron a que se desatara la crisis para poder advertirla, reaccionar ante sus posibles causas y ponerse a novelarla, los narradores de finales del siglo XX ya sabían muy bien que el dinero es artificio, que es mutable, volátil y abstracto. [...] Ese saber, aun cuando se renueve y amplíe, ya es, además de un supuesto teórico, una experiencia histórica, y los modos en los que se imbrica con la narración han cambiado por completo” (pp. 26-27).

Así, en *El aire* el dinero, en vez de mostrar su potencial heroicidad, declara su imposibilidad de ser un héroe moderno (y del héroe moderno en general). La novela narra la desaparición del dinero gubernamental y su reemplazo por vidrio; una transfiguración sin retorno, el fin de la

intercambiabilidad y, consecuentemente, la desintegración de todas las instancias de lo social modernas, que dependían de la existencia y la circulación del dinero. De este modo, *El aire*, y las novelas que pertenecen a su mismo “ciclo” (*Wasabi*, de Alan Pauls, *Varamo*, de César Aira, *Plata quemada*, de Ricardo Piglia, *La experiencia sensible*, de Enrique Fogwill) ofrecen mórdicas alegorías que pueden leerse a modo de alegorías finales de la novela argentina moderna. Todas imaginan una situación que funciona como umbral de un cambio total, como bisagra entre tiempos y espacios e imaginan también un modo de reconversión de ese valor que, altamente simbólico, se vincula por diferentes recorridos con el mundo de la literatura. “Entre las situaciones que presentan y las condiciones de su enunciación, se trama la motivación que encuentra en el dinero una potencia renovada para el relato, una matriz que permite hablar a la vez del

mundo y de la literatura, que permite tramitar esa experiencia.”

Entre esos dos polos que acabo de mencionar, el libro de Laera propone una cantidad de lecturas de otros autores (de Lucio V. Mansilla en adelante), donde el dinero funciona diversamente: mito de origen de la literatura, condición de posibilidad y ruina del proyecto utópico, emblema visible del valor literario, punto de ruina de la comunidad, o de redención de esa misma comunidad, metáfora de la literatura, del universo, de la sociedad. Es imposible, en estas breves páginas, realmente hacer justicia a la densidad de este libro. Diré solo que, en mi opinión, su mérito es doble: por una parte, ofrece una cantidad de estudios de caso donde brilla la agudeza y la erudición de Laera. Tengo para mí que las secciones sobre Martel, sobre Mansilla, sobre Darío, sobre Fray Mocho, sobre Arlt, sobre Gálvez, sobre Wast, son sencillamente magistrales, en concepción y en ejecución. Por

otra parte, ofrece una visión de conjunto, articulada a partir de esos estudios de caso, que reordena el campo, crea nuevos problemas, discusiones, afinidades. Desde esta segunda perspectiva, creo que el libro de Laera formará parte de un selecto grupo de textos de la crítica argentina, donde la erudición se aúna al impulso ensayístico, y que nos enseñaron a leer un grupo de textos, pero, sobre todo, nos enseñaron a pensar algunos de los problemas que definen a la literatura argentina. Pienso en *El discurso criollista*, de Adolfo Prieto; pienso en *El género gauchesco* y *El cuerpo del delito*, de Josefina Ludmer; pienso en *Literatura argentina y realidad política*, de David Viñas; pienso en *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, de Ezequiel Martínez Estrada.

Juan Pablo Dabóve
University of Colorado
Boulder

Anahi Ballent y Jorge Francisco Liernur,

La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna,

Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, 689 páginas

En sus más de 650 páginas, *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna* contiene 21 artículos escritos por Anahi Ballent y Jorge Francisco Liernur a lo largo de treinta años. Se trata, sin duda, de una obra mayor, que reúne en un solo volumen textos que habían aparecido en épocas diversas y en publicaciones más o menos accesibles, y que al hacerlo recupera una serie de reflexiones que han construido el campo de la historia de la vivienda en la Argentina.

La historia que proponen Ballent y Liernur es política, social y cultural. Los capítulos del libro conforman una narración en la que la vivienda es el sitio de entrecruzamiento de debates y representaciones que abarcan esa pluralidad de registros, creando una visión compleja y multifacética de la vivienda como objeto histórico. Se exploran en el libro los distintos significados culturales que la vivienda tuvo para diferentes épocas, individuos y sectores sociales, se buscan las luchas políticas de las que la vivienda formó parte, y se precisan cronologías necesarias para caracterizar sus desarrollos.

Si la vivienda aparece en este libro inmersa en la historia, también está presente en su materialidad y formalidad en tanto arquitectura, con sus aspectos técnicos y estéticos. Así, Ballent y Liernur,

arquitectos de formación, analizan con mirada experta problemáticas como la emergencia de nuevas tipologías habitacionales, los cambios estilísticos, el lugar de la casa dentro de la profesión arquitectónica, la función de la tecnología en el hogar, y un largo etcétera. Asimismo, ocupan un lugar privilegiado las relaciones entre vivienda, ciudad y territorio, instancias que a lo largo de la historia dialogaron en formas cambiantes y a veces conflictivas desde un punto de vista tanto espacial como político y cultural.

Historia, espacio y arquitectura son entonces los polos entre los cuales *La casa y la multitud* construye su relato. La temática de la vivienda se despliega en una cronología amplia: comenzando por la expansión metropolitana en las últimas tres décadas del siglo xix y el surgimiento del “problema de la vivienda”, sigue las rearticulaciones que este tuvo como tema urgente de la cuestión social en los años de la Primera Guerra Mundial y el radicalismo. La narración atraviesa luego la transformación de las tipologías habitacionales durante el período de entreguerras, las políticas habitacionales del peronismo, y finalmente traza algunas líneas de análisis posteriores a 1955 que llegan hasta el día de hoy, como la expansión de la propiedad

horizontal durante los años desarrollistas, el desarrollo de los *countries*, o la expansión de las villas miseria. En contraste con esta vasta cronología, el campo geográfico es limitado, se centra en la ciudad de Buenos Aires y su área metropolitana, aunque algunos temas tengan proyección nacional.

El libro se compone de dos capítulos introductorios y tres partes, clasificadas temáticamente. El capítulo 1 contiene un breve estado de la cuestión de los estudios sobre historia de la vivienda en la Argentina y el exterior. La Introducción brinda algunas explicaciones de las problemáticas generales del libro y de las principales referencias teóricas (el marxismo cultural de Raymond Williams y Gramsci, Michel Foucault, Pierre Bourdieu, y el historiador de la arquitectura Manfredo Tafuri) que a lo largo de los años fueron moldeando las investigaciones de los autores. Esta herencia teórica y la trayectoria de los autores fue parte de la experiencia de un colectivo intelectual, en gran medida impulsado por Liernur (quien estudió con Tafuri en el Instituto de Arquitectura de Venecia), de arquitectos devenidos historiadores que desde los años '80 en adelante realizó una importante contribución a la historia cultural argentina en áreas como la historia urbana, la

historia de la arquitectura, la historia del paisaje o la historia del arte.¹

La primera parte, “Sociedad, instituciones y políticas”, trata sobre las políticas públicas de vivienda en la Argentina, en un sentido amplio. Toma como punto de partida la emergencia del problema de la vivienda hacia el cambio de siglo y recorre sucesivas instancias en que el Estado y diferentes organizaciones sociales impulsaron proyectos para resolverlo. Hay dos hipótesis centrales que organizan estos trabajos, las cuales se explicitan en el más temprano de ellos, “Radicar y controlar. La estrategia de la casa autoconstruida”, originalmente escrito por Liernur en 1984: por un lado, la idea de que el problema de la vivienda y las soluciones buscadas a él no se limitaron a aquellas medidas explícitamente dirigidas a tal

fin (léase legislación de vivienda o creación de instituciones destinadas a la construcción), sino que estuvieron determinados por los mecanismos más generales de la expansión y las políticas urbanas, como ser la estructura del mercado inmobiliario, la persistencia a través de los loteos suburbanos del esquema de manzana, lotes estrechos y una propiedad fragmentada, los reglamentos de construcción, o el desarrollo del sistema de transportes públicos y su subsidio por parte del Estado. Por otro lado, Liernur argumenta también en este capítulo que, por sobre estas estructuras, las instituciones de vivienda que sí existieron no encontraron su verdadero significado histórico en la construcción directa, sino en las diversas formas en que impulsaron una “reforma del habitar” que se situó en una ambivalente intención reformista que procuraba la integración social de las clases subalternas al mismo tiempo que su disciplinamiento. Desde una perspectiva foucaultiana fuertemente influida por los trabajos de Georges Teyssot para el ámbito europeo, Liernur postuló la existencia de un “proyecto general de homogeneización y disciplinamiento de la población” (p. 189) emprendido por sectores de la élite higienista sobre una población inmigrante inestable y móvil, lo que en términos de Teyssot se podría llamar “el proyecto doméstico”.²

Esta perspectiva sobre la reforma del habitar es una clave interpretativa importante de los tres capítulos siguientes, en los que se analizan tres instituciones de vivienda de los años de entreguerras: la Comisión Nacional de Casas Baratas, las iniciativas de vivienda impulsadas por la Iglesia católica en la Gran Colecta Nacional de 1919, y la labor de la cooperativa El Hogar Obrero, fundada por líderes del Partido Socialista en 1905. En los tres casos hay un énfasis en las formas en que estas instituciones consideraban la vivienda parte de un profundo “proyecto doméstico” de reforma social, con fuertes tonos moralizantes y discursos centrados en la familia y en la paz social, si bien los autores también exploran con sutileza las diferencias entre las intervenciones políticas, arquitectónicas y urbanas que estos tres casos significaron.

La primera parte del libro finaliza con dos capítulos de carácter diverso. El capítulo VIII realiza un exhaustivo recorrido por las sucesivas instituciones de financiación de la vivienda que desde el Banco Hipotecario Nacional (BHN), a fines del siglo XIX, hasta el FONAVI y la actualidad, fueron desarrollándose a contrapunto y a veces en tensión con los otros vectores de las políticas públicas del sector. El capítulo IX, en diálogo con las primeras páginas de la introducción, propone, a través de un análisis de la evolución de las villas miseria en Buenos Aires, una mirada de largo plazo sobre el problema de la vivienda, y a la vez una crítica de las políticas

¹ Producto de las investigaciones de los miembros de este colectivo fueron obras como: Adrián Gorelik, *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998; Graciela Silvestri, *El color del río: historia cultural del paisaje del Riachuelo*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2003; Anahí Ballent, *Las huellas de la política: vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo, 2005; Fernando Aliata, *La ciudad regular: arquitectura, programas e instituciones en el Buenos Aires posrevolucionario, 1821-1835*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo, 2006; Alejandro Crispiani, *Objetos para transformar el mundo: trayectorias del arte concreto-involución, Argentina y Chile, 1940-1970. La Escuela de Arquitectura de Valparaíso y las teorías del diseño para la periferia*, Buenos Aires/Santiago, Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo/Editiones ARQ, 2011.

² Georges Teyssot, *Il progetto domestico. La casa dell'uomo: archetipi e prototipi*, Milán, Electa, 1986.

actuales hacia él. Los autores destacan la necesidad de una mirada histórica y espacial del problema, en el sentido de comprender que una política de vivienda no consiste simplemente en la provisión de un *quantum* de unidades habitacionales sino en lograr una articulación entre la construcción de viviendas y la provisión de servicios urbanos (en otras palabras, atender a la relación entre “derecho a la vivienda” y “derecho a la ciudad”). La crítica de esta precariedad de los modelos actuales de ciudad tiene su contrapunto en la tematización de los *countries* como modalidad elegida por los sectores altos de la sociedad que hará Ballent en el capítulo XXI de la tercera parte.

La segunda parte del libro, “Arquitectura y tipos de vivienda”, pasa del problema social de la vivienda a su arquitectura, y analiza obras puntuales y tipologías. Un primer grupo de artículos se centra en arquitectos individuales, principalmente exponentes locales del Movimiento Moderno, y en los desafíos que en su momento les presentó el impulso de nuevos lenguajes arquitectónicos en un medio urbano que en gran medida estaba en tensión con ellos. Los primeros dos capítulos se centran en Fermín Bereterbide y Wladimiro Acosta, hilvanando en el análisis de obras emblemáticas la sutil tensión entre innovación formal y adaptación a la trama urbana que signó el trabajo de estos arquitectos a la hora de encarar el problema de la vivienda social. Los dos capítulos siguientes, escritos

por Liernur, indagan en tensiones análogas (relaciones entre forma arquitectónica y uso de suelo urbano, entre edificio y manzana, entre utopía y realidad), pero diversificando el abanico de autores y obras, para mostrar la variedad de soluciones posibles que tuvieron lugar en las décadas del '30 y el '40, en proyectos destinados en estos casos a las clases medias y altas.

Un segundo grupo de capítulos, escritos por Ballent, se mueve hacia un terreno diferente, como es el de la historia de las tipologías arquitectónicas, análisis que además sirve a la autora para hacer un balance de la arquitectura de vivienda del peronismo, retomando las reflexiones que ya había hecho sobre el tema en su libro *Las huellas de la política*. El primero de ellos es probablemente el ejemplo más logrado de historia cultural de la arquitectura en todo el libro. Trazando el itinerario histórico de una tipología particular, el chalet californiano, se emprende un viaje fascinante en el que ese tipo va cambiando de usos y significados: desde su irrupción en los años '20 como modalidad unifamiliar pintoresca y símbolo de prosperidad suburbana elegido por las clases medias y altas, atravesando un desplazamiento por un lado hacia las residencias de veraneo en Córdoba o en Mar del Plata y por otro hacia experiencias de vivienda social y de ciudad jardín en el conurbano bonaerense, hasta su apropiación y politización por el peronismo en sus conjuntos

habitacionales. En este recorrido, que va “del mercado al Estado”, esta tipología arquitectónica deviene un verdadero objeto cultural que va modificando y agregando valencias a su carga de significados para terminar representando, como lo hace todavía en la actualidad, la “edad de oro” del Estado de bienestar argentino.

El segundo capítulo trata de una tipología más amplia, la casa colectiva, en sus sucesivas encarnaciones como pabellón, torre en altura o monoblock, y en su relación con los imperativos del mercado, las pautas residenciales de la población y los sucesivos regímenes de propiedad. El peronismo aparece aquí con aun mayor centralidad, en tanto el análisis se focaliza en el impacto contradictorio que el congelamiento de alquileres, la ley de propiedad horizontal y los esquemas de préstamos del BHN tuvieron en la década del '40. Los años '50 y '60 también están presentes, ya que fue entonces que los mecanismos de mercado y los préstamos hipotecarios generaron un ciclo masivo de edificación en altura, conduciendo a la expansión del departamento como modalidad habitacional predominante de las clases medias, lo cual se analiza en el capítulo XIX.

Llegamos así a la tercera parte, “El hogar y la casa”, en la cual se avanza definitivamente en el terreno de la historia cultural y de las representaciones a través del análisis de las “ideologías del habitar privado”, abandonando ya la perspectiva foucaultiana de algunos de los capítulos previos. No es casualidad que

los artículos de esta tercera sección daten todos de fines de la década del '90, cuando esta tendencia hacia una historia cultural más matizada se consolidaba en historiografías como las "historias de la vida privada", en las que los autores participaron directamente.³

Los primeros dos capítulos retoman, desde esta nueva perspectiva, una de las hipótesis centrales del libro, aquella referida a la transformación en las formas dominantes del habitar, desde los viejos tipos como la casa chorizo o la casa colonial hacia el nuevo modelo de la casa unifamiliar moderna o "casa cajón". En estos capítulos se rastrea tal proceso ya no a partir de las instituciones de vivienda social, como en la primera parte, sino en el plano cultural, tanto en revistas arquitectónicas como en revistas populares dirigidas al público femenino, muchas de ellas vinculadas a su vez a los grupos reformadores antes analizados. Este prisma cultural ilumina una segunda hipótesis importante, relacionada con la trayectoria social del proceso de transformación tipológica. La atención de los autores está puesta ahora, en vez de en la vivienda popular, en los vínculos comunicantes entre los tipos de viviendas de los diversos grupos sociales. Las casas aristocráticas fueron tal vez las primeras en iniciar la transformación tipológica, en el tardío siglo XIX, a través de una especialización de las funciones de las habitaciones, el

desarrollo de la cocina y el baño como espacios individualizados, la introducción de nuevos servicios y equipamientos (agua corriente, electricidad, etc.), y una separación de las zonas de flujos (pasillos, cañerías, etc.) de las de estar. Mientras que toda esta complejización atravesó en el período de entreguerras un proceso de "compactación" y resimplificación en la definición de la casa unifamiliar y el departamento tipo de las clases medias, para finalmente experimentar durante el peronismo una ulterior simplificación (vista por los autores negativamente como un proceso de pérdida de algunas facetas que hacían a la calidad del habitar) y una democratización global. Como resultado de este proceso, afirman los autores, se dio una cierta homogeneización de las formas de vivienda, en el sentido de que sus características para los distintos sectores sociales "registraron menores diferencias entre sí que las que pueden constatarse en otros momentos históricos" (p. 17).

Los párrafos precedentes dan una visión de los contenidos e ideas generales de este libro. Por su exhaustividad de temas, riqueza de perspectivas y complejidad de análisis, es claramente una obra central para todo lector interesado no solo en la historia de la vivienda o de la arquitectura, sino también en la historia cultural en general; es justamente uno de sus méritos mostrar cómo la vivienda adquirió una centralidad política y cultural en diferentes épocas y se volvió así un

elemento insoslayable del paisaje histórico. La nueva publicación de estos artículos no puede más que ser bienvenida al rescatar y actualizar una labor historiográfica de largo alcance.

Este libro fundamental tiene entonces un sentido de legado, de gran repositorio de ideas y narrativas en torno a la historia de la vivienda. Es legítimo preguntarse, sin embargo, qué puede sugerirnos sobre el futuro de este campo de investigación. ¿Es un terreno fértil para nuevas indagaciones históricas, o ha dado ya todos sus frutos? ¿Qué nuevos interrogantes pueden plantearse a la vivienda como objeto histórico? Los propios autores sugieren algunas respuestas. En el capítulo III del libro, por ejemplo, Liernur visita las patentes de invención de dispositivos constructivos y de equipamiento del hogar para explorar la dimensión técnica de la modernización de la casa, en una indagación que recuerda aquella que Siegfried Gideon había realizado en los años '40.⁴ Otros autores, asimismo, han explorado nuevas vías. La técnica de la construcción y el equipamiento de la casa, los mecanismos de financiación y la circulación del capital inmobiliario son algunas de ellas,⁵ si bien los interrogantes que estos temas plantean no son

⁴ Siegfried Giedion, *Mechanization Takes Command. A Contribution to Anonymous History*, Nueva York, Oxford University Press, 1948.

⁵ Ejemplos de estas últimas dos temáticas son las actuales investigaciones de Juan Lucas Gómez en torno a las sociedades de crédito recíproco en los años '40 y '50, o las de Alejandro Gaggero y Juan Nemíña sobre el mercado inmobiliario en los años de la última dictadura.

³ Véase Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina*, Madrid/Buenos Aires, Taurus, 1999.

tan diferentes de los ya transitados. Una posible vía de investigación más novedosa podría provenir de una perspectiva procesual de los usos y la producción del hábitat, considerando los edificios no solamente como proyectos que agotan su historicidad en el momento de ser construidos, sino más bien como objetos cuya existencia continúa, además de en el plano cultural y político (que nuestros autores exploran con maestría), en el uso que sus habitantes le dan. Trayendo a la historia preguntas

que provienen de la sociología y de la antropología contemporáneas, se podría investigar la interacción de los individuos y los grupos sociales con el espacio construido, las relaciones entre propietarios e inquilinos, o las resignificaciones subjetivas de los espacios.⁶ Que estas

preguntas sean hoy posibles y necesarias es, sin duda, una consecuencia de las investigaciones de Ballent y Liernur. Que el punto de partida sea un piso tan elevado también lo es.

Martín Marimón
Princeton University

⁶ Véase por ejemplo la noción de “apropiación del espacio” en la geografía social francesa contemporánea. Fabrice Ripoll y Vincent Veschambre (eds.), “L’appropriation de l’espace: sur la

dimension spatiale des inégalités sociales et des rapports de pouvoir”, *Norois*, 195, nº 2, 2005.

Alejandro Dujovne,
Una historia del libro judío. La cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas,
Buenos Aires, Siglo xxi, 2014, 302 páginas

El libro tiene su historia. La bibliografía especializada suele mencionar *L'apparition du livre* (1958), el clásico de Lucien Febvre y Henri Jean-Martin, como un hito fundacional en la disciplina. A partir de entonces se multiplicaron, por una parte, las historias nacionales del libro y la edición, las monografías y los congresos dedicados al tema; por otra parte, las reflexiones teóricas y metodológicas, no exentas de arduos debates, acerca de un objeto complejo y esquivo que reclama, en cualquier caso, un enfoque multidisciplinario. El francés Roger Chartier y el estadounidense Robert Darnton suelen ser las figuras que sobresalen en la bibliografía sobre la historia del libro, al menos en nuestro medio, de entre un conjunto creciente de intervenciones historiográficas de indiscutible calidad.

El libro de Alejandro Dujovne se incorpora, con méritos que reseñaremos, en esa destacada tradición. Se origina en su tesis doctoral en Ciencias Sociales (UNGS-IDES), defendida en 2010 con el título *Impresiones del judaísmo. Una sociología histórica de la producción y circulación transnacional del libro en el colectivo social judío de Buenos Aires, 1919-1979*, bajo la dirección de Gustavo Sorá. Sin embargo, el libro ha sorteado, en su reelaboración,

los riesgos del exceso académico que suelen acechar al género tesis: se deja leer como un libro de divulgación, de recorrido sin obstáculos y de prosa hospitalaria; así, tendrá la oportunidad de alcanzar públicos más amplios y menos especializados.

Está dividido en siete capítulos de títulos referenciales que dan una idea nada equívoca del contenido de los mismos: 1. Historia y geografía transnacional del libro judío; 2. El libro ídish en Buenos Aires; 3. “Los libros que no deben faltar en ningún hogar judío”. La traducción como política cultural, 1919-1938; 4. “Un acto de afirmación judía”. La edición en castellano entre 1938 y 1974: sionismo, cultura y religión; 5. De la trayectoria al catálogo. El caso de Editorial Israel; 6. Geografía urbana y palabra impresa. Librerías, bibliotecas e imprentas judías en Buenos Aires; 7. La cultura judía porteña de posguerra bajo el prisma del Mes del Libro Judío, 1947-1973. El objeto de estudio más visible es, de un modo evidente, el libro judío; no obstante, el subtítulo elegido nos brinda, atinadamente, una clave de lectura: la cultura judía “a través de” los agentes del libro. De modo que se trata de un trabajo sobre el libro y la edición pero ese objeto está atravesado por caminos de sentidos opuestos. Si bien el libro va de lo general a lo

particular, esto es, desde una “historia y geografía transnacional del libro judío” al estudio de casos significativos en la Argentina, como la Editorial Israel o el Mes del Libro Judío, y ese recorrido es, desde el punto de vista argumentativo, el más apropiado, a menudo el recorrido es el inverso, y allí el texto procura reconstruir el campo más vasto de una cultura “a través” del análisis *micro* y de la recuperación de historias –de personas, de editoriales, de catálogos, de libros–. La originalidad de estos procedimientos, que escapan al registro árido y a la mera enunciación de títulos, enriquecen la investigación y, a la vez, atrapan el interés del lector. Reseñaré algunos de esos procedimientos:

1) El itinerario espacial, no sólo atento a una geografía “transnacional” que tuvo como centros Varsovia y Vilna, y luego Berlín y Nueva York, sino también a los datos contextuales que lo fueron determinando, en un recorrido originado en la “diáspora” y que sufrió trágicos avatares, desde los *pogroms* de los zares hasta los horrores del Holocausto. Ese itinerario iniciado en el capítulo 1 parece anclar en la precisión cartográfica del capítulo 6, en una geografía local que sitúa el ámbito de la cultura judía en Buenos Aires, a través de la

localización en el barrio de Once de las principales editoriales, imprentas y librerías de esa cultura. De este modo, las certidumbres de los datos inmigratorios y de los censos del nomadismo forzado se integran con los lugares de radicación y sociabilidad, y estos con las condiciones de producción cultural.

2) La reconstrucción de las “trayectorias sociales” de los principales editores, cuya labor, en la mayoría de los casos, excedía la del editor profesional, tal como lo entendemos en la actualidad, para ampliarse hacia la de activista cultural, traductor, dirigente institucional, mecenas, portavoz de ideologías en pugna en el interior de esa cultura, entre tantas otras. Así, el libro cuenta con verdaderos excursos sobre Salomón Resnik, Marc Turkow, Abraham Mibasham, José Mirelman o Máximo Yagupsky, por solo nombrar algunos, que permiten ver dos cuestiones: por un lado, las trayectorias detrás de las decisiones que se concretan en la elaboración de un catálogo; por otro lado, una dimensión diacrónica e individual en el interior de una sincronía colectiva. El procedimiento permite un recorrido en diferentes direcciones por la historia y la cultura del libro, y por la de sus agentes, y este es uno de sus méritos más llamativos. Dicho de otra forma, aquí conviven armónicamente y productivamente las estrategias propias de la historia cultural (en el modo en que Robert Darnton o Roger Chartier reconstruyen trayectorias significativas alrededor del mundo del libro) y de la sociología de la cultura

(en el modo en que Pierre Bourdieu diagrama espacios de producción en pugna y estrategias de posicionamiento en el campo).

3) El desarrollo analítico de los conflictos ideológicos y lingüísticos que protagonizaron editores, escritores y traductores, instituciones comunitarias y agrupaciones políticas, élites dirigenciales y colectivos sociales. Aquí se advierten tensiones que el libro reseña minuciosamente entre el bundismo, que reivindica la cultura ídish de la diáspora desde una posición identificada con la izquierda y el integracionismo; y el sionismo, que sostiene como eje de sus acciones la creación del Estado de Israel, la exaltación de los pioneros que fueron ocupando tempranamente territorio en el Medio Oriente y la imposición del hebreo como lengua emblemática de la cultura judía. Esas tensiones, aquí solo esbozadas sintéticamente, resultan claves en la lectura de los catálogos, no solo en los títulos, sino también en las lenguas, y en la interpretación de las empresas de quienes publican en ídish, quienes traducen del ídish al castellano, quienes publican en hebreo, quienes traducen del hebreo al castellano, quienes traducen libros de temática judía pero originalmente escritos en lenguas como el inglés o el alemán, etc. Y también son claves para entender la periodización que el libro postula; por ejemplo, en el corte que advierte en 1938, un año importante en la historia editorial argentina, cuando empieza a publicar la Editorial Israel; o de 1948, con el

impacto decisivo que tuvo para la comunidad judía la creación del Estado de Israel, después de la dramática experiencia del Holocausto y la Segunda Guerra.

Estas tres estrategias argumentativas (el itinerario y los desplazamientos geográficos de la cultura del libro judío, la reconstrucción de trayectorias sociales e institucionales, el análisis de las tensiones políticas y lingüísticas) desembocan en lo que podríamos llamar políticas culturales del libro judío; políticas que se pueden advertir a través del libro judío o, mejor dicho, a través de los criterios de edición del libro judío. El estudio alcanza a las editoriales en ídish, como *Das Poylishe Idntum*, dirigida y promovida por Marc Turkow —que tuvieron el carácter de importadoras de textos y exportadoras de libros, más que difusoras de su propia literatura—; a las editoriales que traducían del ídish al castellano, como las ediciones de la Sociedad Hebraica Argentina y la notable y prolífica labor de traductor de Salomón Resnik; a las colecciones de temas judíos en el marco de catálogos más cosmopolitas y heterogéneos como la “Biblioteca” que lanzó Manuel Gleizer, el mítico editor de la vanguardia literaria argentina; a las editoriales en castellano que encarnaban un proyecto político-cultural, identificable en la constitución del catálogo, como el sionismo en Editorial Israel. Incluso se pasa revista a los grandes editores judíos de nuestro país que no se dedicaron a la edición de libros judíos, como Samuel Glusberg y *BABEL*; Jaime Bernstein y Enrique Butelman, fundadores, hacia

mediados de los años cuarenta, de Paidós; Jacobo Muchnik, el gran editor de Fabril; Gregorio Weinberg y Boris Spivacow, entre tantos otros.

Salvo que las omisiones resultaran flagrantes, que no es este el caso, los libros no deben juzgarse por aquello que falta, o por aquello que el lector cree que falta. Sin embargo, aquí es el propio autor quien reconoce algunas de las limitaciones del trabajo y las traduce en sugerivas propuestas futuras de investigación. La más importante de ellas es la extrema dificultad de mensurar la magnitud de la empresa, tanto en el número de ejemplares de los libros editados como del impacto y llegada que pudieron tener en la masa de lectores. En un conocido y temprano trabajo de 1982, “What is the History of

Books?”,¹ Robert Darnton afirmaba: “En el circuito que siguen los libros, la lectura sigue siendo la etapa más difícil de investigar”; y, en oportunidad de revisitar ese artículo, veinticinco años después y con una voluminosa y notable obra escrita durante ese período, confiesa: “La historia de la lectura parece hoy mucho más compleja de lo que yo había imaginado en un principio”.² El límite principal que Dujovne reconoce

constituye así una suerte de abismo científico y metodológico que la más destacada bibliografía no ha dejado de advertir.

En suma, *Una historia del libro judío* representa un significativo aporte para el mejor conocimiento de la historia y la cultura del pueblo judío y va camino a engrosar las bibliografías autorizadas en ese campo; pero estamos también ante un libro imprescindible para comprender la historia del libro y la edición en la Argentina, un ámbito de estudios que se ha consolidado en los últimos años y que es abordado con creciente interés en la investigación académica.

¹ Robert Darnton, “What is the history of books?”, *Daedalus*, vol. 111, nº 3, pp. 65-83 [trad. esp.: “¿Qué es la historia del libro?”, *Prismas*, nº 12, Buenos Aires, diciembre de 2008].

² Robert Darnton, “What is the history of books? Revisited”, *Modern Intellectual History*, vol. 4, nº 3, pp. 495-508 [trad. esp.: “Retorno a ‘¿Qué es la historia del libro?’”, *Prismas*, nº 12, Buenos Aires, diciembre de 2008].

José Luis de Diego
idIHCS-UNLP

Ana Teresa Martínez,

Cultura, sociedad y poder en la Argentina. La modernización periférica de Santiago del Estero,

Santiago del Estero, EDUNSE, 2013, 225 páginas

Reunir un conjunto de trabajos publicados separadamente a lo largo de una década acaba, como anticipa su autora, ofreciendo otra cosa. Lo que podría pensarse como un conjunto más o menos ocasional dado por continuidad se muestra como una serie contundente, habilitada por un tema común, signada por la tenacidad de ciertas preguntas y expresiva de la creciente familiaridad y caladura con la que pueden considerarse las cosas. Santiago del Estero –país de hondo sentido patriótico, figura errática de la anulación y la miseria, breve promesa interrumpida, según se mire– es el tema, o mejor la *cuestión*, de estos trabajos cuya convivencia e inserción empujan en un sentido nuevo: no se trata solo de una inquietud seria y un estímulo a la reflexión, hay también una urgencia.

Su *convivencia*, porque en la reunión de estas indagaciones histórico-sociológicas sobre la cultura y la política santiagueñas emergen el encanto y la tragedia de casi un siglo de vida ciudadana, provincial y aun regional; nada de esto indiferente. Su *inserción*, porque es difícil desligar el tono del libro de las marcas que introduce su inscripción en la colección “Sociedad y cultura” de la (flamante) editorial universitaria de Santiago, de cuya voluntad de difusión

participa. Como señalé en otro sitio, en parte aquí parafraseado, el libro subraya desde el comienzo su vocación de interesar a un público más vasto, explicitando su carácter de, a la vez, indagación sobre las vicisitudes de la historia santiagueña e insumo para la reflexión sobre lo local, con vistas a su transformación. Entre la distancia de quien no proviene de allí y el compromiso de quien ha decidido quedarse, se teje el delicado esfuerzo de Ana Teresa Martínez (así, sin acento, me permito decirlo, no sabe por qué); esfuerzo que no elude señalar los riesgos mayores de las narrativas locales (sea el de presumir la mengua respecto de otros centros, sea el de hacer de la diferencia un motivo de orgullo de difícil control) para avanzar en la rearticulación de ese haz de intentos desacoplados temporalmente. La secuencia es así, en parte, la de sucesivas inquietudes disparadas por un mundo complejo y sugestivo (un *razonamiento* sobre lo local, dice la autora). ¿Cómo considerar una cultura local cuando las unidades de desarrollo histórico objetivo (en primer término, nacionales) la exceden? ¿Cuál es el lugar de la singularidad y de la integración? ¿Quiénes son los que dominan, quiénes los que parecen dominar y cómo construyen su poder? ¿Cuánto

ilumina pensar el proceso santiagueño en términos de *campos, capitales, trayectorias o posiciones*? ¿Y cuáles, y de qué tipo son, cuando las hay, las contestaciones...? Estas son algunas de las cuestiones que cruzan el libro en su conjunto; y aunque la consideración de momentos sucesivos obligue a ciertas modulaciones, esas claves permiten poner de relieve la transición de una sociedad (la de comienzos de siglo) altamente integrada y cuya dominación se funda en una capital indistinción de capitales, a otra regulada por formas más variadas y a la vez más firmes de poder económico o político; de una que tuvo marcadas expectativas de desenvolvimiento material y social a otra que debió volver una y otra vez sobre la tragedia de su empobrecimiento; de una sociedad, finalmente, en la que los grandes reclamos revestían una condición regional (e incluso proveían interesantes alternativas) a otra en la cual lo que es indistinguible es ya el orden de las agresiones, que configura un estado de cosas devenido insopportable y percibido como tal.

Los tres capítulos iniciales son definidos por la autora como de historia cultural. El primero evalúa, a través de la experiencia de la Asociación La Brasa, el tránsito entre dos figuras culturales de cierta densidad: el “notable”,

emergente de un momento caracterizado por la indistinción de capitales, y el “intelectual”, perfilado dentro de un proceso de especificación cultural sensible hacia los años ‘20. Su voluntad crítica ante un cuadro de cosas local convive con una apertura estética que reenvía al curso de las vanguardias en la capital del país, sin identificarse con ellas. El segundo capítulo (en coautoría con Constanza Taboada y Alejandro Auat) revisa la suerte de los hermanos Wagner, franceses en tierras santiagueñas. Prolíjos arqueólogos y audaces postuladores de una mítica “civilización chaco-santiagueña” (1934), capaz de alimentar el sentimiento de reserva local y la nostalgia de un pasado perdido de grandes realizaciones, sus teorías chocarán con el descrédito de sus pares a escala nacional, lo que oscurecerá también su mayor logro: un arduo trabajo de rescate y clasificación arqueológica que Bernardo Canal Feijóo continuará reivindicando, quizás al precio de su estilización, en el recurso a los dibujos de los Wagner que acompañan muchos de sus escritos. El propio Canal Feijóo, el más célebre brasista, es objeto del tercer capítulo, orientado a reinscribir dos de sus textos mayores (*La estructura mediterránea argentina –1948– y Teoría de la ciudad argentina –1951–*) en sus condiciones de producción, entre Santiago y Buenos Aires.

Los capítulos cuarto a sexto son, como anota su autora, ante todo trabajos de historia política, aunque en ellos se agitan aspectos centrales de la cultura política local (la

institución del favor, el peso relativo del catolicismo o la plasticidad de los tableros ideológicos), en cuyos intersticios se elabora trabajosamente un estado siempre subordinado a la lógica de otros campos. Concentrados en la instalación del peronismo en la provincia (de tono conservador y muy ligado a los sectores nacionalista-católicos), estos capítulos reenvían a un momento anterior, formidablemente iluminado por la figura de Olmos Castro, burócrata con inquietudes sociales que hace su pequeña odisea estatal en las lides contra los dueños del poder económico, primero, y político, luego. El sexto capítulo nos deja ya en las puertas del largo poder juarista, que reencontraremos en el siguiente, cuarenta años después. El aparente hiato no podría computarse como una falta: sabemos de su interés, en gran medida, por los trabajos elaborados dentro del grupo animado por la autora y señalado por ella como parte central de su experiencia santiagueña.

El capítulo séptimo, por fuerza, es el más peculiar, pero también el más conmovedor de todos. Cifrado en una coyuntura próxima tanto en el tiempo como en la experiencia de la autora (1990-2005), escudriña el momento de desarticulación del “régimen juarista” en la provincia, parcialmente definido por una intervención federal pero preparado por una coagulación de fuerzas locales en la que una parte de la iglesia tuvo un gran (y también muy oneroso) protagonismo. Ciertos datos de la cultura política identificada en los años ‘40

reaparecen cincuenta años después, en una nueva y compleja configuración de factores locales, nacionales y transnacionales, solo discernible para una mirada atenta al carácter relacional de la vida política y cultural.

Esa perspectiva relacional, presente en todos los capítulos y que en conjunto permite exponer convergencias muy disímiles conforme el corte temporal de que se trate, es lo que en parte, creo, intenta recoger el subtítulo del libro. Partiendo de allí, y atendiendo en especial a la noción de “modernización periférica”, es posible recuperar algunas de las cuestiones que más interés, pero también más motivos de controversia, ofrecen al diálogo común dentro de la historia cultural argentina contemporánea.

Lo primero: la adopción de una perspectiva relacional es una de las vías más concretas para eludir algunas de las limitaciones de las historias locales, siempre marcadas por cierto solipsismo que oscurece la actividad de contextos de diversa extensión y duración. Pero de ella se desprende, y esto es lo segundo, una constatación: que aunque en la economía de los intercambios se establecen relaciones asimétricas (del orden de las que señalan nociones como las de *centro* y *periferia*), esto no implica que esos equilibrios dejen de estar datados (aun si su duración es muy larga y por momentos parece llamada a no extinguirse). Interesa, en este sentido, definir cuál es la duración de esa condición periférica, y respecto de qué unidades y capitales precisos se opera (incluso en países de

vocación monocéntrica como el nuestro, en el que la concentración de capitalidades en Buenos Aires es muy reciente y, pese a todo, no pudo eliminar por completo la actividad magnética de otros centros a otras escalas –del tipo de las que definen a las regiones conforme los más diversos atributos–). Vuelve a colarse aquí el motivo de Santiago-sede-de-obispado, despojada en beneficio de Córdoba y, con ello, acaso también privada de una universidad que pudo ser la suya, contribuir a una centralidad peculiar merced a ambos atributos, y así... Tercero, esta cuestión es conexa a la problemática de ciertas nociones que vinieron a describir cuadros históricamente datados, para luego cristalizar como conceptos rodeados de cierto aire de evidencia: la de *vanguardias*, la de *modernidad*. La necesidad de distinguir esas macro-entidades en sus modalidades específicas de desarrollo condujo, como señalara Gorelik, a privilegiar la adjetivación (*periférica, moderada, dependiente, católica*) frente al sustantivo, cada vez menos transparente (¿debiéramos entender por modernización la avanzada del capital, la especificación de funciones y su creciente interdependencia, la burocratización estatal, el

privilegio del yo frente a formas corporativas de vida...algunos de esos elementos o solo *todos* ellos...? Y en función de eso, ¿desde y hasta cuándo se extendería esa modernización, periférica o central...?). El problema no es nominal sino analítico, y aunque no merezca las mejores energías sí amerita ser reinstalado, para contrariar en algo la sensación de universalidad que suele acompañar a toda macro categoría (el Estado central y el capitalismo eran algo muy distinto vistos a escala de la Santena de Levi, aunque a él ese pueblo en sí le importara muy poco; Santiago, que en cambio interesa mucho a la autora, puede también mostrar algo muy diferente respecto de aquello que suele sobreentenderse por modernización en nuestros países, tendencialmente contencioso).

Por último, ya de vuelta a la historia local y al comienzo del libro: hallar de repente que hay ahí, en la reunión de los textos, una historia –política o cultural– local y señalalar, como hace Martínez, que la historia debe crecer entre las grietas de una anterior: una historia localista de lo local, “oficial” u “oficiosa”, celebratoria o condenatoria, frente a la cual es preciso rastrear una “sociedad verosímil”. Este es un desplazamiento central, no porque sean todas formas de

participar de una cierta memoria social sino porque la historia que asume su condición disciplinar tiende a ir a contrapelo de una memoria de la que la separan los objetivos, los procedimientos y un corte deliberado frente a la espontaneidad de una cadena de transmisión. Forma específica de relación con el pasado, entonces, pero ahora especialmente atenta a cuadros de situación anterior que sabe no exclusivamente locales y, en esa medida, parte de una dinámica que diseña marcos jurídicos, económicos o comunitarios más vastos (el del imperio español o el virreinato, el del mercado interno colonial o las provincias unidas, el pretendido o el dado por el Estado central, el que puede corresponder a la región o a sus vínculos con ultramar, etc.). El siglo xx santiagueño se juega en múltiples y cambiantes marcos de esa y otras especies y, visto de manera global, tiene un resultado inquietante. Como aquí las cuestiones analíticas van ligadas a otras, si se quiere prácticas y orientadoras de la acción, no extrañará que tanto las primeras como las segundas parezcan, a despecho de su condición pasada, urgentes.

Ana Clarisa Agüero
IDACOR / CONICET-UNC

Miranda Lida,

Años dorados de la cultura argentina. Los hermanos María Rosa y Raimundo Lida y el Instituto de Filología antes del peronismo,
Buenos Aires, Eudeba, 2014, 264 páginas

Una intención anima este valioso libro de Miranda Lida, intención que es expresa ya en el comienzo de sus páginas: reconsiderar la memoria edificada en torno de Raimundo y María Rosa Lida, dos *scholars* argentinos, especie rara en el país. Raimundo, un filólogo y ensayista que tras su alejamiento de la Argentina hará en el Colegio de México, primero, y en Harvard después, una destacada carrera académica; María Rosa, discípula como su hermano de Amado Alonso, e investigadora erudita, entre cuyos estudios figura un libro excepcional entre nosotros, *La originalidad artística de la “Celestina”*.

Según el relato –o mito, como lo llama Miranda Lida– que encierra esa memoria que se propone revisar, la vocación intelectual de los dos jóvenes talentosos que fueron los hermanos Lida, nacidos en la Argentina, donde habían hecho los primeros pasos de su carrera, solo pudo realizarse afuera, concretamente en los Estados Unidos. Allí, en el exterior, consiguieron el reconocimiento y los laureles, no en el país que dejaron atrás y al que no volverían sino esporádicamente. En esos ocasionales y breves retornos, hallarán que tanto la universidad como la vida pública no habían cambiado sino para empeorar. Este relato, que se liga y se mezcla con el

recuerdo de los avatares del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, se alimenta de opiniones familiares de los Lida, a veces de lo dicho por los propios María Rosa o Raimundo en ciertas ocasiones, pero también de la memoria de muchas otras personas vinculadas al mundo de las humanidades en la Buenos Aires de los años veinte y treinta del siglo xx.

La autora no busca desmentir ese relato contraponiéndolo a la autoridad de otra memoria, sino revisarlo a la luz de un elaborado trabajo histórico, en cuyo despliegue entrelaza varios hilos o historias. Por un lado, la historia de una familia judía, los Lida, de donde proceden los hermanos Emilio, Raimundo y María Rosa. Las peripecias de los Lida se inscriben así en un marco más amplio, el de la inmigración judía en la Argentina. Por otro lado, el trayecto biográfico de Raimundo va a enlazar otra historia de inmigrantes –de españoles, en este caso–, la de la familia de Leonor García, que será la esposa del futuro filólogo. Podríamos decir, por lo tanto, que en este libro tenemos trozos de la Argentina que, como dice la conocida humorada, “desciende de los barcos” o, para emplear la imagen de José Luis Romero, trozos de la “Argentina aluvial”, con los dos rasgos que a los ojos de Romero caracterizaban

a esa sociedad en formación: la movilidad social y la aventura del ascenso económico.

En *Son memorias*, Tulio Halperin Donghi anotará que no todas las familias de argentinos nuevos se ajustaron a esas pautas y expresará reservas respecto de un exceso de “imaginación sociológica” que creía advertir en la idea de un perfil general en el comportamiento de las familias de origen inmigratorio. Admitía que hubiera preocupaciones compartidas por las familias de argentinos nuevos; por ejemplo, el cuidado por evitar que el tango, juzgado incompatible con la respetabilidad del hogar, llegara al ámbito familiar a través de la radio. Pero había otras formas de ascenso al reconocimiento y a la excelencia social: la carrera del talento.

Aunque en el caso de los Lida, ninguno de los miembros de la pareja paterna integraba el mundo de las clases medias ilustradas, los hijos van a encontrar muy tempranamente que los libros y la música forman parte del ambiente doméstico. Además de los progenitores, ¿qué tienen en común los hermanos María Rosa y Raimundo Lida? Un español que debía mucho al aprendido en los libros –“usted” y “tú”, nunca “vos”– y la preocupación por la corrección lingüística. ¿Podría verse en este cuidado el anuncio de la vocación por la

filología? Hacer conjeturas sobre esto sería tomar la pista siempre dudosa de los presagios teleológicos. De la correspondencia familiar y la memoria conservada, la autora recoge para caracterizar a los hermanos Lida otras dos actitudes: el rechazo de los comportamientos considerados vulgares y la adopción de un estilo de urbanidad comedida, deferente. Por lo demás, la personalidad de los hermanos no podía ser más diferente, desenvuelta y mundana en el caso de Raimundo, tímida y reservada en el de María Rosa.

En fin, el otro hilo que anuda la reconstrucción de Miranda Lida es el de las peripecias del Instituto de Filología, que se estableció en la Facultad de Filosofía y Letras en 1923. Tras la efímera dirección del erudito español Américo Castro, que no conquistó precisamente el corazón de los porteños (es célebre la sarcástica réplica de Jorge Luis Borges a las consideraciones de Castro sobre el habla rioplatense), la gestión del Instituto pasó a manos de Amado Alonso, filólogo todavía joven en 1924 que será una suerte de héroe cultural a los ojos de los estudiantes que reclutó en la Argentina esa disciplina recién llegada. La creación y la presencia del Instituto en la actividad intelectual de Buenos Aires fueron parte del esfuerzo que había emprendido España por la reconquista espiritual de Hispanoamérica y que se hará manifiesto sobre todo a partir de los centenarios.

La autora habla, desde el título mismo que dio a su libro, de “años dorados de la cultura argentina” para referirse

particularmente a los años veinte y treinta del siglo xx. Pero el espacio que nos hace ver es el de Buenos Aires. El escenario de las vidas cuya historia traza es Buenos Aires y es esta la ciudad donde se esboza ese circuito literario en que “todos se conocen” (aunque esto no fuera empíricamente cierto, las dimensiones del universo cultivado producían en sus integrantes esa impresión). A través de los recorridos de Raimundo Lida se ven los contornos de aquella república literaria: las revistas *Nosotros y Sur*, el suplemento cultural del diario *La Nación*, el Colegio Libre de Estudios Superiores, el Instituto de Filología, el Instituto de Profesorado, la embajada de México durante la gestión de Alfonso Reyes. Los nombres salientes en esa reducida comunidad se repiten: Jorge Luis Borges, Francisco Romero, Roberto Giusti, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y, en un lugar especial, Amado Alonso. Como destaca Miranda Lida, la actividad que tenía como protagonistas a estas figuras no se hallaba desconectada de otro fenómeno, el del formidable crecimiento de la industria editorial argentina, cuyo comienzo se sitúa a fines de los treinta.

En *Años dorados en la cultura argentina*, la vida de esa república de gente de letras se recorta sobre el fondo de las vicisitudes políticas de la Argentina, vicisitudes cuya gravitación será cada vez mayor a medida que se ingrese en la polarización de la segunda mitad de los años treinta y que el estallido de la Segunda Guerra Mundial no hará más que agudizar. El antisemitismo

será un rasgo de ese tiempo, como señala nuestra autora. No se trataba de un hecho extraño en el país (en un documentado estudio, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Daniel Volnovich siguió sus huellas desde fines del siglo xix), pero no fue sino en los treinta y los cuarenta cuando alcanzó una escala alarmante en el espacio público.

Mediante el entretejido de estos diversos hilos, Miranda Lida busca resituar a los hermanos Lida en su tiempo y en su medio. Como ella misma escribe: “Se trata de mostrar que, lejos de cualquier mito, ambos hermanos fueron un producto de su tiempo y de su lugar: la ciudad de Buenos Aires en el período de entreguerras”.

Miranda Lida no desconoce, por supuesto, que sobre los años que ella evoca existe un retrato consagrado, el de una “década infame”, título con que el escritor nacionalista José Luis Torres bautizó y condenó la etapa de los gobiernos conservadores que se establecieron a partir de 1932. ¿El que fuera un período floreciente de la cultura argentina, la cultura de una élite intelectual, como lo muestra la autora, contradice el hecho de que en ese mismo tiempo el país conociera el fraude electoral sistemático, la persecución política y la corrupción pública? No lo creo, solo hace ver, me parece, que la historia no transcurre en una sola dimensión, que no es posible reducir sus diferentes planos al juicio que puede extraerse de uno de ellos.

El advenimiento del hecho peronista significó el fin de la Argentina en que no solo

habían nacido, sino en que se habían formado los Lida. Ellos continuaron sus vidas y su labor de docentes y estudiosos en el exterior y, en sus regresos, nunca se reencontrarían con el país que consideraban el suyo y que había quedado atrás. Tampoco se sentirían atraídos por la universidad reformista que surgió en 1956, tras el derrocamiento del peronismo. La erudición de los Lida aún

hoy nos asombra, si bien la obra que cada uno dejó no es similar a la del otro: la de Raimundo más discontinua y diversa, la de María Rosa, más especializada, constante y poderosa. A los ojos de Miranda Lida, lo más interesante, sin embargo, no se halla en lo que esos dos hermanos hicieron, escribieron o desearon ser, “sino más bien lo que pudieron llegar a ser y

las oportunidades a las que accedieron en el curso de sus vidas en Buenos Aires”. A través de la trayectoria de aquellos dos *scholars* su libro nos devuelve a un momento de la cultura intelectual de la metrópoli argentina.

Carlos Altamirano
UNQ / CONICET

Matías Fernando Giletta,

Sergio Bagú. Historia y sociedad en América Latina. Una biografía intelectual,

Buenos Aires, Imago Mundi, 2013, 240 páginas

Para muchos académicos de las ciencias sociales, entre los que me incluyo, la admiración por Sergio Bagú no se corresponde con un conocimiento integral de su producción escrita y un acercamiento detallado a su itinerario intelectual. Si bien Bagú no es un escritor desconocido en el campo académico argentino, Waldo Ansaldi acierta al sostener, en el prólogo al libro reseñado, que el reconocimiento que se merece le ha “sido escamoteado” en su propio país (p. xv). El libro de Matías Giletta es una primera contribución para comenzar a saldar la deuda con ese “heterodoxo” intelectual, considerado uno de los precursores de la teoría de la dependencia.

El objetivo principal del libro es reconstruir el itinerario intelectual de Sergio Bagú, “revisitando y sistematizando su obra en el cuadro de inserciones más significativas en proyectos institucionales, proponiendo pautas para interpretar su perspectiva y ubicando su pensamiento histórico y social en el contexto de las tradiciones intelectuales en las que se inscribió” (p. xxi). En relación a la perspectiva teórica, Giletta se inscribe en la corriente de la historia intelectual y de la sociología del conocimiento, subsidiaria de los aportes de Karl Mannheim, y considera que las ideas son resultado de

un clima intelectual y de un medio social históricamente situado, tanto en el mundo intelectual como dentro de la organización social en general.

El análisis de los “contornos biográficos” de Bagú le permiten al autor delimitar cinco etapas en su itinerario intelectual y analizar de manera sistemática y profunda la producción escrita en cada uno de estos períodos.

Una primera “etapa juvenil” que comienza en la década de 1930 con su acercamiento y adhesión al Partido Socialista, bajo la influencia de su hermano mayor Saúl Bagú y de Antonio Zamora, fundador de la revista *Claridad*. Es un período caracterizado por su activa militancia antifascista, la permanente colaboración en *Claridad* y el comienzo de sus estudios en la carrera de abogacía en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), de la que no llegó a obtener el título correspondiente. En el ambiente universitario participó activamente de la denominada “segunda generación” de la Reforma Universitaria que, según el mismo Bagú, fue su “gran escuela de formación”. Durante su militancia universitaria llegó a la presidencia de la Federación Universitaria Argentina (FUA), en dos oportunidades, 1934 y 1936. Se desenvolvió en diversos proyectos editoriales

de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), en particular en la publicación *Unidad* y dictó conferencias en la Cátedra de Estudios Americanos *Franklin Delano Roosevelt* del Colegio Libre de Estudios Superiores. Este período está atravesado por la influencia, tanto intelectual como ética, de José Ingenieros y de Aníbal Ponce, y por sus primeros libros, concentrados en el análisis biográfico de intelectuales y políticos que despertaban su admiración. Destacan en estos años *Almafuerte discursos completos* (1933), *Almafuerte (Pedro B. Palacios) Evangélicas completas. Otros escritos literarios y cartas* (1934), *Vida ejemplar de José Ingenieros. Juventud y plenitud* (1936) y *Mariano Moreno: pasión y vida del hombre de Mayo* (1939), todos publicados en *Claridad*.

La segunda etapa que traza Giletta en la trayectoria de Bagú se inicia en el viaje realizado a los Estados Unidos en 1943, luego de ganar el *Premio Farrar and Rinehart*, patrocinado por la Unión Panamericana, y la posterior invitación que recibe del Departamento de Estado norteamericano, en el marco de la *Política de la Buena Vecindad*, para visitar unos meses ese país. Finalmente, la estadía se extiende hasta 1947. Según Giletta, en los Estados Unidos Bagú consolida su vocación latinoamericana,

que se afianza en diversos viajes realizados a México, Brasil, Cuba, Venezuela y Uruguay. Luego de permanecer durante dos años en este último país (1947-1949), regresa por unos meses a la Argentina, pero “sus desavenencias con el peronismo lo llevaron a emigrar nuevamente” (p. 39) y a residir en los Estados Unidos desde 1950 hasta 1955, donde se desempeña como traductor para las Naciones Unidas. Es en este período cuando Bagú comienza a trabajar y finalmente publica en 1949 una de sus obras más discutidas y originales: *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada* (1949), editada con fondos personales en la editorial El Ateneo y que recién fue reeditada en 1992, en México, por Grijalbo. Asimismo, *Estructura social de la colonia. Ensayo de historia comparada de América Latina* (1952), también editada por El Ateneo, y complementa, desde la perspectiva social, el análisis económico sobre la América colonial.

El regreso a la Argentina en 1955, la obtención de un cargo en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y su participación activa en el proceso de “reconstrucción universitaria” que caracterizó a la dictadura posperonista constituyen para Giletta los hitos que abren una tercera etapa biográfica en la trayectoria de Bagú, que concluye en 1970. La inserción en la Facultad de Ciencias Económicas como profesor responsable de las cátedras de Historia Económica General y Sociología Económica acercó a Bagú al grupo de

investigadores, estudiantes y docentes que luchaban en esos momentos por la creación de la carrera de Economía. Destacable en este período es el proyecto desarrollado entre Bagú y Gino Germani sobre estratificación social, sus publicaciones en diversas universidades e institutos de investigación y la edición de *El plan económico del grupo rivadaviano (1811-1827). Su sentido y sus contradicciones. Sus proyecciones sociales. Sus enemigos*, cuya edición a cargo de la Universidad Nacional del Litoral data de 1966, meses antes del golpe de Estado de Onganía, situación que llevó a que luego de la intervención de esa universidad se suspendiera la edición y la distribución de diversos libros, incluido el de Bagú. Otro aspecto que resalta Giletta en este período biográfico de Bagú es su inserción en el Instituto de Desarrollo Social (IDES) como socio fundador en 1960 e integrante del comité editorial de la revista *Desarrollo Económico*. En el aspecto bibliográfico publicó en 1970 uno de sus escritos más relevantes: *Tiempo, realidad social y conocimiento en Siglo xxi*.

El año 1970 representa el comienzo de una nueva etapa en la trayectoria de Sergio Bagú, con su incorporación a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Santiago de Chile. En este período, entabló relaciones con la mayor parte de los intelectuales que por diversos motivos residían en ese país y experimentó de manera directa el gobierno socialista de Salvador Allende. En palabras de Giletta, esta etapa

“representa su integración en un espacio de producción intelectual abocado a la realidad latinoamericana” (p. 157). Inserto en esta estructura institucional, publicó en 1971 dos libros destacados: *Industrialización, sociedad y dependencia en América Latina y Marx-Engels: revalorización de diez conceptos fundamentales*.

En 1973, y como consecuencia del golpe de Estado en Chile, Sergio Bagú debió exiliarse. Luego de pasar una temporada en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) de Buenos Aires se estableció definitivamente en México, incorporándose al Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), perteneciente a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) donde se desempeñó hasta su muerte. Esta es la última etapa (1974-2002) que traza Giletta en la trayectoria intelectual de Sergio Bagú.

Un aspecto destacable del estudio de Giletta reside en su análisis exhaustivo de la producción escrita de Sergio Bagú emergente de cada una de estas etapas. Teniendo en cuenta que la mayoría de sus libros no han sido reeditados, que muchos tuvieron una limitada circulación y que otros no se publicaron en la Argentina, el sistemático “relevamiento bibliográfico” realizado por el autor resulta esclarecedor para conocer en profundidad el conjunto de la obra de Bagú.

El análisis que hace el autor de *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada*, insertándolo en un contexto de producción,

atravesado por diversas coordenadas intelectuales y emergente de un espacio de disputas basadas en el debate sobre la “índole” capitalista o feudal de la América colonial, como también el estudio que realiza de la recepción del libro en diversos países latinoamericanos, es un aspecto específico a destacar. La lectura del segundo capítulo, “Residencia en Estados Unidos e incursión en la historia colonial latinoamericana (1943-1955)”, le permite al lector un acercamiento tanto textual como contextual al libro de Bagú, como también un acercamiento a las lecturas que se le realizaron, desde las críticas a las celebratorias.

Sin embargo, no todos los libros de Bagú son analizados de la misma manera por Gilettta. En algunos, prima el análisis

textual, mientras que los contextos de producción son meramente tratados y el examen de la recepción y las lecturas están ausentes, como en el caso de *Tiempo, realidad social y conocimiento y Marx-Engels: revalorización de diez conceptos fundamentales*.

El lector interesado en la historia intelectual puede cuestionar el análisis de los “contornos biográficos”, que si bien contribuyen a la construcción analítica desde un “criterio cronológico” de las etapas de la trayectoria de Bagú, no ayuda a esclarecer algunos aspectos específicos. Por ejemplo, elementos biográficos que podrían ser relevantes para los interesados en la historia intelectual, como la escabrosa relación entre Bagú y el gobierno peronista, sus continuos desplazamientos y exilios y su relativo

distanciamiento de su país de origen, si bien son mencionados en el texto, no se tratan en profundidad.

Estos aspectos críticos menores no le quitan mérito al libro. Como se dijo en la introducción, el estudio es un aporte fundamental para el análisis de la trayectoria intelectual de Sergio Bagú y un rescate sistemático de su producción escrita, lo que representa un puntapié inicial para futuros estudios sobre la figura de Bagú. En palabras de su autor: “un punto de partida en una línea de investigación que admite una multiplicidad de aperturas y focalizaciones” (p. xxxi).

Fernando Quesada
Universidad Nacional
de Cuyo

Natalia Milanesio,

Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad

y cambio cultural durante el primer peronismo,

Buenos Aires, Siglo xxi, 2014, 262 páginas

El libro de Natalia Milanesio presenta al consumidor obrero no solo como una novedad histórica para la Argentina de mediados del siglo xx, sino también como “una fuerza social modernizadora” que ayudaría a modelar una nueva cultura comercial, así como una transformación de las relaciones sociales, de las identidades colectivas y del rol del Estado como mediador entre empresas y consumidores. Es en este sentido que su investigación, si bien ha llenado un vacío historiográfico en los estudios sobre el primer peronismo, busca explícitamente insertarse en una historia de más largo plazo sobre el consumo en la Argentina, objeto de estudio que ha tenido un desarrollo tardío en relación a otros casos nacionales. En diálogo permanente con estas producciones (una primera versión de este libro fue publicada en inglés bajo el título: *Workers Go Shopping in Argentina: The Rise of Popular Consumer Culture*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2013), la autora presta especial atención a un creciente corpus bibliográfico abocado al análisis del proceso de “americanización de la cultura de masas” en Latinoamérica.¹

¹ Para el caso específico de la Argentina, puede mencionarse como ejemplo más

En estos análisis, el consumo no es definido como mero acto económico dirigido a la adquisición de mercancías, sino como “una experiencia sociocultural subjetiva que individuos y grupos emplean para validar o crear identidades, expresarse a sí mismos, diferenciarse de otros y para establecer formas de pertenencia y estatus social” (p. 12). Así, el objetivo central del libro de Milanesio radica en observar las consecuencias que la participación activa de los trabajadores en el mercado de consumo tuvo sobre el lenguaje y la estética de las publicidades, los miedos y las ansiedades de las clases media y alta, sobre las expectativas de género y las identidades de clase. Para avanzar en forma ordenada en el estudio de cada una de estas instancias, el libro se divide en una introducción en la que se contextualiza historiográficamente la investigación, seis capítulos organizados con criterios temáticos y una breve conclusión que da cuenta de las principales líneas argumentales presentadas en las páginas precedentes.

Como marco general en el que se insertarán los posteriores

análisis, el capítulo 1 describe las políticas económicas del primer peronismo, concentrándose en la interdependencia entre industrialización por sustitución de importaciones, políticas de redistribución del ingreso y el ideal de justicia social del gobierno peronista. Es en la dinámica de este círculo virtuoso (o “cadena de la prosperidad” en términos nativos del primer peronismo) que la inclusión del trabajador en un mercado de consumo masivo, al que la clase media había accedido ya en la década de 1920, demuestra su centralidad política y económica, así como su capacidad disruptiva de las relaciones sociales y las pautas culturales establecidas. Por otro lado, si bien en su mayor parte este capítulo resume una muy bien lograda visión panorámica sobre la economía de la década del cuarenta a partir de investigaciones preexistentes, también realiza un aporte original propio al reconstruir las nuevas instituciones creadas por el Estado para la protección del consumidor asalariado y la regulación de la industria de bienes de consumo, como puede ser la Dirección Nacional de Alimentación.

El capítulo 2 se interroga por la forma en que se crearon las campañas educativas y publicitarias de la época, que lograron adaptarse con éxito a

destacado: Eduardo Elena, *Dignifying Argentina: Peronismo, Citizenship and Mass Consumption*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2011.

(e influir sobre) los gustos del consumidor obrero a través de una apelación a su identidad de clase, de género o a su origen regional en tanto migrante interno reciente. Para ello la autora se sirve de fuentes como los estudios de mercado que ayudaron a diseñar estas campañas, ya presentes en trabajos clásicos como los de Gino Germani, pero a los que ella suma una importante cantidad de nuevo material de análisis. Además, hace foco en el grupo profesional de los publicistas que se encontraba detrás de este nuevo diálogo con el consumidor obrero, dando forma, así, a un análisis de la publicidad que, de otra manera, podría correr el riesgo de suponer un universo de objetos culturales sin actores (sin menospreciar lo valioso y original de su perspectiva, este podría ser, por ejemplo, el caso del estudio de Marcela Gené sobre las imágenes y la iconografía del primer peronismo).²

El resultado de esta adaptación de la publicidad a un nuevo público es analizado en el capítulo 3, donde Milanesio describe una cultura comercial popular que pasará a caracterizarse por el uso del lenguaje coloquial, el humor y la representación gráfica del trabajador como destinatario final de un segmento específico del mercado de masas. Este trabajador, sin embargo, se encuentra ahora acompañado por una nueva forma de

representación del ideal femenino (un nuevo “cliché”, en palabras de la autora): la imagen de la mujer “sexy y bonita” que se desarrollará con mayor detalle en el quinto capítulo. El sustento material de estas innovaciones temáticas y estilísticas, por su parte, será la multiplicación de la publicidad en la vía pública de las grandes ciudades argentinas, espacio privilegiado de la convivencia democrática y, por lo tanto, ámbito especialmente adecuado para la popularización de estas nuevas representaciones. En este punto también resulta interesante la constatación de la autora del surgimiento de una “auténtica publicidad nacional”, vehiculizada a través de un creciente número de agencias argentinas que se encontraban mejor equipadas para responder a las transformaciones del gusto y el mercado nacional que aquellas de origen extranjero, que habían dominado el mercado en las décadas previas. Puede observarse en esta conclusión de Milanesio una dinámica de competencia transnacional similar a la señalada por Matthew Karush para la industria cultural porteña y su competencia con el jazz y el cine norteamericano durante las décadas de 1920 y 1930.³

El capítulo 4 vuelve sobre un tema que cuenta con un amplio desarrollo en la historiografía cultural sobre el primer peronismo: el de las inquietudes, los resentimientos,

los miedos y los sentimientos de amenaza a su estatus social y a su identidad cultural experimentados por la clase media como resultado de la convivencia pública con el nuevo consumidor obrero. Así, este estudio específico se integra a un conjunto de investigaciones, tanto locales como extranjeras, que en los últimos años han tomado como objeto la historia de la clase media argentina, las condiciones de su origen y sus principales marcas de identificación sociocultural. Lo que Milanesio aporta a este conjunto de producciones es el análisis de la imagen del “decoro” de clase media como una construcción que se realiza necesariamente en función, y contraposición, de la “ostentación” que los medios de la década de 1940 observaban en los nuevos consumidores obreros. Y especialmente, como la autora se ocupa de subrayar, antes que en los hombres, en las mujeres migrantes y/o trabajadoras, expresión máxima de la ruptura de las pautas culturales tradicionales de la Argentina de principios de siglo.

El impacto de la nueva cultura de consumo popular sobre la cuestión de género recorre todo el libro, pero tiene un desarrollo más detallado en el capítulo 5. Aquí se observan los cambios en las relaciones de género y las redefiniciones de roles y estereotipos, como el del marido sostén del hogar, o el del ama de casa abnegada. La masificación del trabajo femenino asalariado sumado a las estrategias comerciales y publicitarias especialmente apuntadas al mercado femenino supuso, en la época, un

² Marcela Gené, *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo 1946-1955*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

³ Matthew Karush, *Cultura de clase. Radio y cine en la creación de una Argentina dividida (1920-1946)*, Buenos Aires, Ariel, 2013.

trastocamiento del imperativo social del matrimonio y de sus formas características. Es parte de la tesis de la autora la idea de que estas nuevas condiciones materiales y la legitimación que supuso el apoyo, si no del conjunto, al menos de una parte del discurso público, al ideal de una soltería de trabajo, ocio y consumo previa al matrimonio, no podría dejar de tener consecuencias sobre la forma final que adoptaría aquel. Sin embargo, en este punto el trabajo podría haberse enriquecido del debate con investigaciones que han avanzado en direcciones distintas, y a las que la autora no hace referencias explícitas. Una investigación particularmente relevante en este sentido, por la similitud de los objetos estudiados en uno y otro caso, es la de Inés Pérez: apuntando a estudiar las “complejas relaciones” entre cultura material y vida familiar, el libro de esta autora subraya, antes que la ruptura o la transformación, la continuidad de la subordinación de la mujer en el ámbito doméstico en las nuevas condiciones materiales surgidas a partir de la década de 1940.⁴

Por último, en el capítulo 6 se recurre a la historia oral para explorar el rol del consumo como arena de representaciones y construcción de la subjetividad. El grupo de

entrevistados incluyó a trabajadores de la industria textil, del ferrocarril y de la construcción, así como a amas de casa, costureras y secretarías de Buenos Aires y, en mayor número, de Rosario. El trabajo con estas fuentes fue llevado adelante con seriedad, evitando interpretaciones simplistas y reconociendo los mecanismos de la memoria que actúan sobre estos testimonios, así como la influencia sobre los mismos de hechos acontecidos muchas décadas después de los hechos narrados (la autora, por ejemplo, destaca la influencia de la crisis económica de 2001-2002 sobre las formas específicas en que los testimoniantes recuerdan sus posibilidades de consumo en la década del cuarenta y lo que aquellas habían significado para ellos a un nivel subjetivo). Es de destacar, además, que desde la perspectiva de la autora estas “memorias del consumo” reafirman una identidad específicamente trabajadora y no buscan la emulación de los hábitos o la integración a las clases medias, como proponen otros autores (Pérez, entre ellos).

Si bien, como muy brevemente se ha referido, existen algunos puntos en el desarrollo de *Cuando los trabajadores salieron de compras...* que pueden continuar abiertos a debate, el mercado de masas conformado a partir de mediados de la década del cuarenta se impone como una realidad que no puede ser obviada a la hora de estudiar una cultura popular

interpelada permanentemente por la publicidad, la moda y los *mass media*, tanto nacionales como extranjeros. En este sentido, el libro de Milanesio puede ser considerado un buen ejemplo del programa de investigación propuesto por la *New Cultural History* de cuño norteamericano, que tiene como uno de sus principales pilares metodológicos la recuperación de la importancia del mercado capitalista como un tercer registro que interviene en la relación entre Estado y masas, y que la historiografía previa en buena medida había ignorado. Así, aunque el trabajo aquí analizado parece evitar por completo cualquier tipo de debate historiográfico, de hecho se inserta en un conjunto de producciones que en la actualidad buscan interpelar al primer peronismo y la cultura popular de mediados del siglo XX argentino desde perspectivas renovadas. Y en su aporte particular a dicho esfuerzo colectivo, la autora ha logrado abordar con éxito y desde ángulos muy diversos y siempre complementarios (la acción del Estado, la práctica publicitaria y sus efectos, el conflicto de clase, la perspectiva de género, la memoria y la construcción identitaria) un objeto multifacético como lo es la ampliación del mercado de masas en la Argentina del primer peronismo.

Hernán Comastri
UBA / CONICET

⁴ Inés Pérez, *El hogar tecnificado. Familias, género y vida cotidiana: 1940-1970*, Buenos Aires, Biblos, 2012.

Omar Acha,

Crónica de la Argentina peronista. Sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955,

Buenos Aires, Prometeo, 2014, 408 páginas

Desde el momento mismo de su nacimiento, y mucho más después de su caída en 1955, el “primer peronismo” ha proporcionado abundante material para el debate tanto político como intelectual. Luego de los primeros trabajos académicos preocupados por determinar sus orígenes sociales y las causas de su emergencia, han aparecido a lo largo de las décadas innumerables investigaciones que han abordado distintas facetas de lo que sin duda ha sido el fenómeno político, social y cultural más relevante de la Argentina en el siglo xx. Más recientemente el foco de los estudios sobre el peronismo se ha desplazado desde las dimensiones social y política hacia la cultural. Producto de esto ha sido la publicación de un importante número de textos que han buceado en los discursos, los rituales, la propaganda y, en los últimos años, en las transformaciones que el peronismo introdujo en diversos aspectos de la cultura argentina, tanto para enfatizarlas como para relativizarlas. *Crónica de la Argentina peronista* constituye una contribución a esta “novísima historiografía” sobre el peronismo. Se trata de un texto denso, ambicioso en sus objetivos, extenso y de no fácil lectura. Se propone a sí mismo como un nuevo punto de partida en los estudios sobre el peronismo. Esto sería así tanto

por su método, en el que el marxismo y el psicoanálisis –en línea con los análisis de León Rozitchner, cuyo nombre ocupa el primer lugar en la lista de los agradecimientos– ocuparían un lugar central, como por su foco en la sexualidad y en lo inconsciente. El autor muestra un constante y a veces exagerado afán por marcar la ruptura que su investigación representaría respecto de trabajos anteriores, lo que reflejaría, en cierta medida, el origen del texto reseñado como una tesis doctoral. Esta afanosa búsqueda de originalidad se hace presente desde el comienzo mismo de *Crónica*. Una serie de preguntas que han venido preocupando a los investigadores sobre el tema, tales como “¿qué es el peronismo?” o “¿Qué peculiaridades caracterizan en su seno al ‘primer peronismo’ de los años fundacionales?” son rápidamente descalificadas por Acha, ya que, según nuestro autor, el problema fundamental del tipo de pesquisa orientado por estas y otras preguntas similares estaría en el “es” de lo que se atribuye al peronismo, lo que daría cuenta de una visión reificada del mismo. Es que, según nos informa Acha, “un rasgo decisivo del peronismo, como todo acontecimiento históricamente significativo, es su emergencia en los plegamientos de una pluralidad temporal” (p. 9).

La tarea que se propone Acha a lo largo de las más de 400 páginas que componen su libro es sin duda compleja. Se trataría de desanudar las dimensiones inconscientes y eróticas del fenómeno peronista. Es que, nos dice el autor, “sin una comprensión de los aspectos sexuales y morales de la política en la Argentina peronista, se extravía el meollo de su acaecer entre la clase obrera” (p. 14). Pareciera entonces que, para Acha, son los “aspectos sexuales y morales de la política” los que permitirían mejor que ningún otro comprender los vínculos entre la clase obrera y el peronismo. Esta hipótesis de origen es hecha aun más explícita cuando se nos señala que el texto pretende realizar una revisión de lo que el autor llama el “paradigma progresista” de los estudios sobre el peronismo. Esta revisión “se habilita con las figuras adoptadas por el deseo, el erotismo, la pasión, el sentimiento y el amor, todas participantes de un ardor simbólico-corporal llamado sexualidad” (p. 16). La peculiaridad (o una de ellas) de lo que podríamos llamar (el autor no lo hace) el “momento peronista” consistiría en que las peripecias de la sexualidad se habrían ordenado “a la sombra del Estado” queemergería en ese momento como “forma simbólico-material coextensiva al primer peronismo” (p. 17).

Se trataría, por lo tanto, no solamente de des-cubrir la dimensión erótica del peronismo sino también de la particular configuración estatal que se generó a partir de él y que nutre y se nutre de aquella.

A lo largo de sus siete extensos capítulos –más un epílogo– el texto despliega una serie de “crónicas” (así las llama el autor) que refieren a formas diversas de mirar el problema y que en conjunto conforman una trama abierta que permitiría abordar la dimensión erótica del peronismo. Esta estructura en forma de mosaicos parcialmente superpuestos es el resultado de una opción metodológica, ya que para el autor “no hay otro modo de acceder a las huellas de la totalización de una época que a través de los fragmentos de una mutación colectiva” (p. 64). Así, la historia de las mujeres migrantes y los patrones de casamiento (religiosos) en los barrios porteños de Chacarita y Almagro (cap. 1) le permiten a Acha aportar elementos para comprender las formas de elección de pareja y discutir la formación de espacios de sociabilidad que posibilitaron el arraigo del peronismo y, al mismo tiempo, disputar algunas de las conclusiones de las versiones canónicas sobre los orígenes sociales del peronismo. Si este primer capítulo, por su naturaleza y método, podría asociarse a la historia social, los siguientes desplazan la mirada hacia lo que podría llamarse, en un sentido amplio, historia cultural. El capítulo 2 presenta una novedosa investigación sobre las experiencias del servicio doméstico en la

Argentina y sus vínculos con el delito tanto en la realidad como en el imaginario de las clases dominantes. Las disputas (lo que –en su a veces peculiar lenguaje– Acha llama “nervaduras prácticas y simbólicas”) acerca del “mal paso” (embarazos no deseados, delitos) de las empleadas domésticas habrían nutrido un aspecto de “esa efervescencia social que se llamó peronismo” (p. 67). Acha encuentra en algunos hechos delictivos cometidos por empleadas domésticas elementos que permitirían hablar de (o al menos no descartar) resistencia de clase. A esto le sigue un análisis de las representaciones de la figura de la madre soltera (y de la concomitante ausencia del padre) en la cinematografía producida durante la década peronista, análisis que el autor articula con una discusión sobre las políticas y los discursos del gobierno peronista sobre madres solteras y filiación ilegítima (cap. 3). Este capítulo es seguido por otro que focaliza en los elementos homoeróticos “inconscientes” presentes en las representaciones cinematográficas sobre los hinchas de fútbol. Particularmente bien lograda es la sección del capítulo titulada “La sexualidad deportiva del hincha” (pp. 202-213) en la que se analiza la película “El hincha”, de Manuel Romero. El tema de la homosexualidad (ahora en forma más abierta) es retomado en el capítulo siguiente (el quinto) donde se analizan las representaciones de la homosexualidad y las políticas al respecto llevadas a cabo durante el gobierno de Perón; en particular el autor se detiene en las *razzias* realizadas

en 1954 y 1955 contra los homosexuales (hombres). La propaganda y el discurso peronista asociarían la ambigüedad sexual a la oligarquía y, por lo tanto, al antiperonismo.

El capítulo 6, de índole más conceptual, debería, en mi opinión, estar ubicado en los comienzos del texto porque es en él donde el autor discute y define una serie de categorías vinculadas al Estado peronista que se dan por supuestas en los otros capítulos, en particular la integración de las masas trabajadoras y la constitución de un imaginario en torno del Estado. Este capítulo incluye un interesante análisis (partes del cual ya habían sido publicadas en artículos previos) sobre las cartas-petitorios enviadas a Perón con motivo del Segundo Plan Quinquenal. Finalmente, el último capítulo centra su atención en las disputas entre el peronismo y la Iglesia católica (y, por extensión, el antiperonismo) alrededor de temas tales como el divorcio, la sexualidad, el género y la filiación que conducirían al conflicto final de 1955 y a la subsecuente caída del Perón. En la visión de Acha, estos temas constituirían el eje central del conflicto.

El autor parece fundamentar su análisis en un complejo entramado de referencias teóricas (algunas de ellas de dudosa compatibilidad) que, como se dijo, incluye el psicoanálisis freudiano (y también la versión de Jacques Lacan, aunque Acha no se priva de criticar a ambos), el marxismo (cuya utilidad para el tipo de análisis que realiza el autor es bastante menos evidente), pero también escritos

de Aby Warburg, Walter Benjamin, elementos de *queer theory*, etc., etc. Supongo que el lector se preguntará (como lo he hecho yo) hasta qué punto la proliferación de citas teóricas (en el caso de los textos freudianos citados en alemán aunque se encuentran desde luego disponibles en español, y otros como los de Norbert Elias mencionados en alemán en el cuerpo del texto pero en español en la correspondiente nota al pie) responde realmente a una necesidad conceptual para comprender mejor el objeto de la investigación.

Por otro lado, a lo largo del texto aparecen problemas que considero más serios. En primer lugar, aunque el autor nos advierte desde el comienzo contra las visiones esencialistas y reificadoras del peronismo, sin embargo en el libro este es presentado muchas veces casi como un agente dotado de voluntad. Abundan las expresiones del tipo “el peronismo quiso”, “el peronismo se propuso”, “el peronismo tuvo”, etc. Así, por ejemplo, en la página 354, se nos informa acerca de “las innovaciones jurídicas [que] entroncaron con una colonización de lo social que el peronismo *deseó concluir rápidamente*” (resaltado mío). Esta clase de expresiones luego de las advertencias de Acha son algo desconcertantes. En segundo lugar, a pesar de los esfuerzos del autor, en muchos casos no queda claro (al menos para mí) cuál es la especificidad del peronismo respecto de las dimensiones que se analizan. La evidencia presentada no permite comprender qué hay de *específicamente peronista* en

algunos de los procesos estudiados. Es que a lo largo del texto el autor va descubriendo (y nos va descubriendo) que las continuidades fueron muchas veces más fuertes que las rupturas. Como señala el propio Acha en un tono que parece reflejar más su propia sorpresa que la del potencial lector, “es en mi parecer indiscutible que vigas históricas del edificio peronista provenían de construcciones operadas durante los decenios que lo antecedieron” (p. 348). Al respecto hay que destacar que Acha provee una importante cantidad de ejemplos que ilustran sus argumentos pero que no terminan de adquirir el estatuto de evidencia histórica. En tercer lugar, el uso del concepto de inconsciente para analizar fenómenos sociales o culturales a los cuales accedemos mayormente a través de lo que se dice sobre ellos (la prensa, la propaganda, el cine) y no por el relato directo de las experiencias vividas por los actores es al menos cuestionable. El autor jamás nos informa acerca de cuáles son los instrumentos metodológicos adecuados para acceder a este inconsciente social cuya existencia misma está lejos de ser evidente, y sobre cuyo estatuto problemático el propio Freud no se cansó de advertir. En todo caso, los elementos *inconscientes* que Acha encuentra, por ejemplo, en una película de ficción, ¿remiten a un inconsciente social o al del director? En este sentido el mencionado análisis de las cartas es valioso porque constituye la única instancia en que realmente escuchamos la

voz (mediatizada, es cierto, por el carácter ritualizado del lenguaje usado en muchos casos) de los actores. Finalmente, y esta es una cuestión menor que tiene que ver con el estilo, el afán iconoclasta mostrado por el autor lo lleva muchas veces a presentar como hipótesis novedosas algunas que no lo son tanto (la influencia, tal vez inconsciente, de los trabajos de Daniel James sobre *Crónica* parece ser más profunda en algunas partes del libro de lo que sugieren las numerosas referencias, siempre positivas, hechas a la obra del historiador británico-norteamericano –véase, por ejemplo, el final de la pág. 278–), y a utilizar (sin duda involuntariamente) un cierto tono defensivo que rememora las prevenciones del personaje borgeano Carlos Argentino Daneri en “El Aleph”: “Presiento una impugnación desde una historiografía quizá ya suficientemente circunspecta ante las precedentes referencias psicoanalíticas” (p. 20).

En suma, se trata de un libro tan problemático y complejo como su objeto de estudio, que combina sólidos análisis de historia social y cultural (presentes particularmente en el capítulo 1 y en el análisis de las cartas enviadas a Perón), y algunas hipótesis sugerentes, con especulaciones y *a-prioris* difíciles de digerir, todo ello escrito en un lenguaje que, en ocasiones, encuentra innecesariamente complicado.

Mariano Ben Plotkin
CIS-IDES / UNTREF / CONICET

Leandro de Sagastizábal y Alejandra Giuliani,
Un editor argentino: Arturo Peña Lillo,
Buenos Aires, Eudeba, 2014, 176 páginas

Desde el título este libro nos propone introducirnos en la vida de un individuo, y nos predispone a leer la biografía de un editor. Un editor que ya se había ocupado de sí mismo, publicando su autobiografía, *Memoria de Papel*, en 1988, y de su oficio, en *Los encantadores de serpientes*, publicado en 1965. Pero rápidamente conocemos, en el primer párrafo de la introducción, que es la noción de editor *argentino* la que justifica la empresa de los historiadores Leandro de Sagastizábal y Alejandra Giuliani, a cargo de la obra que estamos reseñando.

Ya que se trata de un editor argentino en un doble registro. Por un lado, que sistematiza lo que él mismo llamaba el pensamiento nacional, agrupando autores argentinos que escribían ensayos sobre problemáticas nacionales. Pero por otro, no menos interesante, es un editor orientado al mercado interno, que supo interpelar al público de libros nacionales y de ese modo contribuyó a generar lectores argentinos para sus títulos. El análisis de las prácticas que llevó adelante Arturo Peña Lillo entre aproximadamente 1953 y 1976 revela que se trataba de un editor activo en la construcción de una identidad particular para su empresa *A. Peña Lillo Editor*, logrando perfilarla como la editorial de ensayo de autor nacional, aunque no editara ese género exclusivamente.

El trabajo de De Sagastizábal y Giuliani combina reflexiones sobre la trayectoria personal del editor –sus comienzos en el oficio, sus aprendizajes y motivaciones personales– con la historia de la empresa, su organización y distintos aspectos económicos que hacen al sostenimiento comercial. A mi juicio, en la obra son dos los ejes o nociones que permiten la combinación de todos estos elementos: el modelo y el catálogo.

El modelo de editor refiere a estudiar a Peña Lillo en sus elementos compartidos y los que lo distinguieron en tanto editor respecto de otras formas disponibles de entender y dar sentido al oficio. Mientras que el catálogo no solo ha sido reconstruido y se ofrece como apéndice al final del libro, sino que el texto mismo puede considerarse una minuciosa descripción del proceso de constitución y diversificación del catálogo, tanto en sus lógicas internas como en sus vínculos externos.

De este modo, encontramos capítulos que si bien siguen un orden cronológico, varían el énfasis que se otorga a cada eje, y por ello tenemos, luego de la “Introducción”, un capítulo definido de acuerdo a una lógica más clásicamente biográfica, como es el de “Los primeros años (1952-1959)”, seguido por uno que corresponde a un interés por las publicaciones: “La Siringa (1959-1966)”. Sin embargo,

debemos notar que se trata de énfasis diferentes para temas y problemas que son inescindibles.

Puede verse en el capítulo sobre La Siringa que se ocupan tanto de describirla temáticamente, como de ponderar los roles que ejercieron Peña Lillo y Jorge Abelardo Ramos en su conformación y desarrollo, intentando reconstruir su relación y las lógicas editoriales que aportaba cada uno y también analizar qué significó la colección para la consolidación de la empresa editorial: los autores consideran que La Siringa fue el núcleo desde el cual se fue formando un catálogo. En el capítulo que sigue, “A. Peña Lillo editor (1966-1976)”, se recorre ese catálogo desde poco antes del período indicado, para remarcar que se produce una apertura en 1966 –cuando termina de editarse *La Siringa*–, y reconstruir los vínculos personales de Peña Lillo con sus autores, en especial con Arturo Cambours Ocampo y con Arturo Jauretche. El éxito editorial fue en buena medida un éxito de Arturo Jauretche como autor, pero también se reconoce en Peña Lillo un editor exitoso al considerar las reimpresiones que sus títulos tuvieron en el período.

Estos entrecruzamientos son de alguna manera inevitables por las características particulares del objeto de investigación, me refiero a Arturo Peña Lillo como

editor, quien por su fuerte personalismo, que era también su modo de entender su profesión, explica que lo encontramos inevitablemente en el centro al analizar el catálogo y las prácticas editoriales. En otras palabras: referirse la empresa A. Peña Lillo es de varias maneras referirse a la persona física, que se ocupaba tanto de buscar los autores como de seleccionar manuscritos, crear colecciones y hasta escribir las contratapas. En el último capítulo anterior al Epílogo, titulado “La empresa del editor”, se hacen explícitas estas marcas que atraviesan el texto.

Otro punto a destacar es que la investigación realizada por los autores pone de manifiesto todo lo que aún queda por hacer para una historia del libro y la edición del período. Son los primeros y esperados pasos en la búsqueda de los lectores empíricos, aquellos lectores del pensamiento nacional que esta editorial contribuyó a conformar y que garantizaban el éxito de muchos de sus títulos. Con ese horizonte en vista, los autores indagaron en las fuentes disponibles –en especial en el archivo personal de Laura Peña y en entrevistas– las formas de circulación de los libros y algunos testimonios de quienes los leían. Sin pretensión de exhaustividad, los autores brindan datos novedosos y perfilan un panorama de lecturas que nos muestra la importancia de seguir indagando por estos caminos. Rastrean indicios como la carta de un lector de la Resistencia Peronista, detenido en Caseros, que le pedía a Peña Lillo que le enviara libros, como también la presencia de títulos de la colección en la bibliografía de las Cátedras Nacionales

¿Por qué ocuparse de Peña Lillo? En primer lugar porque implica abrir aún más la pregunta y las posibles respuestas respecto al modelo argentino de editor –que ya había descrito Gustavo Sorá¹ para un período anterior, recuperando los avances de investigaciones hasta 1950– y que Martín Ribadero² analizó para el caso de Jorge Abelardo Ramos. Y a su vez, y un poco más allá –o más acá– de los avances y los debates dentro de lo que se entendería estrictamente por una historia de la edición, el trabajo de De Sagastizábal y Giuliani da cuenta de un punto importante, que explica el interés por este editor en particular desde otros niveles de análisis: señalan los autores que el *pensamiento nacional* no es una entidad que la editorial expresaría, sino una construcción activa por parte de Peña Lillo, faceta de la función editorial que, puesta de manifiesto gracias a la investigación de los autores, hace de este libro un aporte no solo para una historia del libro y de la edición, sino para una historia de los nacionalismos y una historia de las ideas de los sesenta argentinos. Es en este sentido que consideramos que el trabajo que hemos reseñado hasta aquí entraría fácilmente en diálogo con recientes contribuciones en ese campo,

como las de Michael Goebel.³ Un diálogo aún pendiente, por lo menos en profundidad, que permitiría por ejemplo matizar o revisar las nociones de marginalidad y antiintelectualismo a las que los autores recurren como descripción del proyecto y de quienes allí participan. Unir lo propuesto en el libro con problemas más generales de la historia intelectual de los sesenta resultaría útil precisamente por lo que señalan los autores, en el sentido de que sería un error identificar a la editorial como expresión de un pensamiento nacional previamente existente y consolidado, ya que lo mismo puede decirse de otras corrientes, como la izquierda nacional y el revisionismo histórico, también en proceso de definición, hacia el interior y el exterior de dichas definiciones. Así quedaría abierta la pregunta acerca de si la tarea de Peña Lillo fue realizar una fusión ideológica o si su intervención generó un efecto de unidad que estaba lejos de producirse más allá de la biblioteca construida por él mismo.

Por todos estos motivos, por las preguntas respondidas y por las que estimula su lectura, se trata de una obra imprescindible. La figura de Peña Lillo merecía la atención que no había recibido hasta ahora y esta contribución significa un aporte muy positivo en ese sentido.

¹ Gustavo Sorá, “El libro y la edición en Argentina. Libros para todos y modelo hispanoamericano”, *Políticas de la Memoria*, Buenos Aires, 2011, pp. 125-142.

² Martín Ribadero, “Marxismo y nación: discursos, ideología y proyectos culturales en los grupos intelectuales de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)”, tesis doctoral, Universidad Nacional de Buenos Aires, 2013.

María Julia Blanco
UNR / ISHIR - CONICET

³ Michael Goebel, *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2013.

Michael Goebel,

La argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia,

Buenos Aires, Prometeo, 2013, 328 páginas

Michael Goebel estudia en este libro la relación entre el nacionalismo, o, más bien, los nacionalismos, y la política de la historia en la Argentina del siglo xx. Dicho de otro modo: el libro indaga los diferentes modos en que diversos colectivos e individuos hicieron política con la historia, concentrándose especialmente en cómo un conjunto heterogéneo e inestable de ideas “nacionalistas” sirvió para impugnar o avalar políticas concretas mediante el recurso a la historia como fuente de legitimación.

Goebel inscribe su investigación en la senda de Ernest Renan y, como él, comienza distinguiendo dos modos de construir una identidad nacional. Uno intenta construirla a partir del olvido de los antagonismos pasados, persiguiendo la comunión entre antiguos enemigos o directamente omitiendo las antinomias. Otro recurre a los mismos personajes y acontecimientos históricos que integran un canon oficial o dominante con el propósito de ponerlo en cuestión. “Esta obra es un análisis de la compleja interacción de esas dos tendencias en la Argentina del siglo xx” (p. 12), afirma el autor. Pero el libro sorprende al lector con un tercer modo no contemplado en la distinción de Renan, que termina adquiriendo mayor relevancia en la narrativa que despliega Goebel. Se trata

del intento de construir una identidad nacional desacreditando parcial pero vehementemente un canon oficial, buscando héroes en donde este mayormente encontraba infames y trayendo a primer plano acontecimientos históricos que se juzgan tan significativos como silenciados. Este libro es una historia de estas tres modalidades, de sus conflictos y de sus superposiciones, aunque sus mayores aportes se encuentran en el estudio del revisionismo histórico, un actor mutante que fundamentalmente recurrió al último de los tres modos antedichos para definir la identidad de la nación argentina.

El revisionismo es, de hecho, el punto de partida analítico del libro. Goebel estudia la relación entre la versión revisionista de la historia argentina, que surge en el período de entreguerras unida a un pensamiento autoritario y antiliberal y luego es retomada por las izquierdas en los años sesenta con propósitos revolucionarios, y la versión que los revisionistas catalogaron como “oficial” o “liberal”, mayormente promovida desde esferas estatales. ¿Cómo explicar el surgimiento del revisionismo? Si bien esta pregunta escapa al interés de Goebel, el libro propone que en su origen se encuentra el fracaso en la construcción de un moderno y

próspero Estado-nación (algo que se haría palpable con el golpe de Uriburu) por parte de quienes el revisionismo tildó de “liberales”. Menos atentos al contexto económico internacional y al lugar que un país como la Argentina podía desarrollar en él, los revisionistas atribuyeron a una combinación de imperialismo británico, oligarquía vernácula y clase culta de la ciudad de Buenos Aires el origen del fracaso argentino. 1852 habría sido el punto de inflexión: la nación verdadera (el interior del país), con sus tradiciones hispanas y católicas y la identidad criolla encarnada en el gaucho y sus milicias misioneras, sucumbió ante el embate “liberal”. Urquiza, Mitre, Sarmiento y la mayoría de la generación del 37 triunfaron sobre el caudillo de caudillos, Rosas, que de aquí en más se convirtió en la principal reivindicación revisionista.

El recorrido que propone el libro tiene cinco estaciones, cuya periodización obedece quizás demasiado prolíjamente a la cronología de los ciclos gubernamentales. El primer nacionalismo partidista decididamente antiliberal se desarrolló en la década del ’30 y tuvo en la reivindicación de Rosas por Ibarguren y, sobre todo, en el revisionismo de los hermanos Irazusta a sus principales representantes. Cultores de un Estado autoritario (los Irazusta hicieron

campaña a favor del golpe que derrocó a Yrigoyen), antisemitas, anticomunistas y fundamentalmente antiliberales, el blanco principal de estos revisionistas fue más la “oligarquía liberal” que el marxismo o el populismo radical. Por tal motivo este revisionismo histórico pudo confluir con nacionalistas populistas como los nucleados en torno al grupo FORJA y con las ideas de figuras destacadas como Scalabrini Ortiz. Goebel sostiene que, aun teniendo en cuenta sus críticas recurrentes al pacto Roca-Runciman o los números de Scalabrini sobre los ferrocarriles, el problema de la nación argentina para estos grupos radicaba menos en la economía que en lo político-cultural, específicamente en lo que juzgaban como unas clases dirigentes europeizadas vueltas de espaldas a la nación. Más que en la reivindicación de Rosas (que ya se había ensayado mucho antes en la obra de Saldías) o en el uso principalmente político de la historia, lo novedoso de este revisionismo fue “el carácter sistemático y maniqueo” mediante el cual intentó “crear un panteón alternativo como eje central de un ferviente nacionalismo antiliberal” (p. 83).

La segunda estación es el peronismo. El régimen militar de 1943 coincidía con el nacionalismo en muchos puntos, desde la neutralidad ante la guerra hasta la asociación entre identidad nacional y catolicismo, pasando por el antisemitismo y su aversión a la democracia liberal. Sin embargo, aunque algunos intelectuales nacionalistas lograron colonizar

las instituciones estatales de enseñanza superior, estos no jugaron un papel relevante durante el gobierno peronista (1946-1955). El principal argumento de Goebel al respecto es que Perón “quiso construir una forma nueva de nacionalismo más susceptible de consenso” (p. 89) y que, en buena medida y visto retrospectivamente, lo logró con creces. Aunque más que un “nuevo” nacionalismo, lo que se desprende del argumento del libro es que Perón construyó un nacionalismo “a la carta”. Se sirvió de conceptos y símbolos que el nacionalismo había colaborado a popularizar (como la centralidad del gaucho, del criollismo y del interior del país en la definición de la identidad nacional), pero dejó a un lado todo aquello que fuera más problemático a la hora de sumar voluntades, como el ataque a la inmigración, el antisemitismo y el conflicto liberal-revisionista. Así, las visiones dicotómicas de la sociedad que los nacionalistas de los años '30 habían popularizado vinieron de perillas al peronismo, que les dio una “profundidad popular” sin precedentes. Pero los textos escolares introducidos por el Estado peronista, en el momento de trazar equivalencias históricas entre Perón y los héroes del pasado, obviaron referirse a Rosas o a los caudillos del interior e insistieron en la igualación con San Martín, figura de cerrado consenso. Los términos que elige Goebel para describir esta operación varían. A veces habla de “inspiración” (p. 109), “toma” (p. 116), “apropiación” (p. 111) o “adopción” (p. 136); otras, utiliza términos más

fuertes como “usurpación” (p. 107), “apoderamiento” (p. 107) o “expropiación” (p. 136). En todos los casos, lo que quiere subrayar son las tesis de que Perón conscientemente diseñó un nacionalismo para fortificar la legitimidad de su régimen y que la claridad que faltaba a su ideología sobraba a su estrategia.

La próxima estación abarca desde la caída del peronismo hasta el derrocamiento del gobierno de Illia. Lo que Oscar Terán dijo acerca del discurso antiimperialista, Goebel lo extiende al nacionalismo: “no se veía porque estaba en todas partes”. La proscripción del peronismo, al que comenzó a denominarse “movimiento nacional-popular”, terminó por convertirlo en la expresión autoconsciente más explícita del nacionalismo en esta etapa. Pero el contexto internacional, en el que sobresalió la influencia de la Revolución Cubana, era tan diferente al de los años del ascenso de las ideologías fascistas, que la inspiración que en los años treinta muchos intelectuales encontraban en Charles Maurras, en los años sesenta la buscaron en Frantz Fanon. El revisionismo pasa de la derecha a la izquierda. Ex comunistas (como Puiggrós y Astesano), ex trotskistas (como Ramos), peronistas marxistas (como Cooke y Hernández Arregui), populistas no marxistas (como Jauretche), entre otros, comenzarán a asociarse a este revisionismo carente de “unidad ideológica”, como señala Goebel siguiendo a Fernando Devoto. Pero a los vientos del mundo los ayudó mucho la propia Revolución Libertadora, especialmente a partir de que

quedó en manos de Aramburu y Rojas. Con sus analogías entre las “dos tiranías” (Rosas y Perón) y la línea que unía la Revolución de Mayo, la batalla de Caseros y su propia revolución, confirmaban “las caricaturas revisionistas más burdas” (p. 159). Sin abrazar el revisionismo, el líder del siguiente gobierno, Frondizi, asumió la presidencia con un programa nacionalista y, sobre todo, antiimperialista. Una vez en el gobierno, la moderación de ese programa le valió el antagonismo no solo del revisionismo de izquierda sino de otros grupos nacionalistas de extrema derecha, como Tacuara y la Guardia Restauradora Nacional.

Los años que van entre los golpes de Estado de 1966 y 1976, la siguiente estación, tuvieron en la violencia política su característica sobresaliente, señala Goebel. A ella contribuyeron factores internacionales, como el contexto de la guerra fría. Sin embargo, también lo hicieron diversos nacionalismos. Onganía concordaba con el nacionalismo católico; muchos de los cargos que dejaron vacantes los profesores universitarios que renunciaron a causa de la intervención militar fueron ocupados por docentes de universidades católicas. Goebel recuerda el acierto de Halperin Donghi al señalar que Onganía fue el primer presidente en hacer públicamente comentarios positivos sobre Rosas. Así y todo, la influencia del nacionalismo en su gobierno se circunscribió al área de la cultura. Sus políticas económicas movilizaron en su contra tanto al nacionalismo

peronizado de izquierda, especialmente después del Cordobazo, como a sus vertientes de derecha. Entre estos extremos, señala bien el autor, no faltaron líneas de continuidad ideológicas y personales (p. 204). Con el triunfo electoral del peronismo, en marzo de 1973, el revisionismo llegó al poder (o al menos se le acercó más que nunca). Pero pocos meses después Perón lo marginó, “escéptico respecto de que estos intelectuales [revisionistas], notoriamente pendencieros, pudieran convertirse en los promotores del consenso” (p. 220).

La última estación abarca desde el golpe de 1976 hasta la actualidad. Goebel cuestiona la idea de que la dictadura comenzada en marzo de aquel año haya sido el desenlace de una cultura autoritaria de larga data relacionada con el nacionalismo. Aunque los nacionalistas católicos ocuparon cargos en algunos ministerios, la economía estuvo en manos de liberales, igual que con Onganía. Pero a diferencia de este, la última dictadura cortó todo lazo con grupos políticos civiles (p. 235) para mantener independencia en su campaña “antisubversiva”. La genealogía en la que el Proceso se inscribía recuperaba por supuesto a San Martín y daba un lugar sobresaliente no a los caudillos (para entonces ya inevitablemente asociados al peronismo) sino a Roca (una figura que el revisionismo a menudo evitaba pues no encajaba del todo bien en sus dicotomías). Malvinas fue el “surgimiento” (p. 247) del nacionalismo territorial, aunque en realidad el propio Goebel

menciona su importancia ya en tiempos de Onganía (p. 190). Lo que sí es inobjetable es que el irredentismo que envolvía la “causa Malvinas” era sin duda popular e inundaba todos los nacionalismos. Según Goebel, a partir de los setenta “el sitio de la identidad nacional se desplazó gradualmente hacia el sur” (p. 254), y allí inscribe tanto el intento alfonsinista de trasladar la capital a Viedma como el cambio de designación de la moneda nacional (“austral”) –algo que bien podría leerse, en cambio, como secuela de la guerra de 1982–. Con Alfonsín, la dicotomía nacionalismo-antinacionalismo cedió ante la de dictadura-democracia. El revisionismo, entonces, se debilitó, y aunque siguió mayormente vinculado a la cultura peronista, a partir de Menem profundizó su debilidad. La mayoría de los revisionistas apoyó su candidatura y algunos, como Ramos, también su gobierno. Menem “se apropió de los motivos folclóricos” del revisionismo separándolos “de su sustancia política” (p. 272). Concretó la tantas veces mentada repatriación de los restos de Rosas, al tiempo que, con los indultos, quiso convertir el olvido en una forma de memoria. De esas cenizas, el revisionismo resucitó con cierta fuerza durante la era Kirchner, reflotando el concepto de las “dos Argentinas” y el imperativo de reescribir la historia que los antinacionales habrían falsificado.

El modo en que la narrativa construida por Goebel opera sobre los discursos políticos consiste en relativizar los binarismos y mostrar en cada caso lo que un conjunto de

actores específicos comprendieron en ellos. “Liberalismo”, por ejemplo, en la primera mitad del siglo xx, significaba una combinación de centralismo porteño y cosmopolitismo. Por ese motivo, el revisionismo de la década del ’30 asoció a Mitre y a Sarmiento a esa corriente mientras que no lo hizo de igual modo con Alberdi que, aunque más liberal en materia económica, rescató el papel de Rosas y criticó las campañas militares contra los caudillos del interior. Más que una temprana polaridad entre nacionalistas y liberales, Goebel prefiere distinguir entre un nacionalismo étnico cultural y un nacionalismo de corte cívico. El primero, impulsado por la generación del centenario (Gálvez, Rojas, Lugones) y retomado luego por autores revisionistas (Rosa), entronizaba al gaucho como figura arquetípica de la pureza nacional; el segundo, característico de la generación del 37 (Mitre, Alberdi, Sarmiento), hacía descansar la esencia de la nación en las luchas por la independencia, los símbolos patrios y la Constitución de 1853. Pero esa distinción no los opone completamente; a fin de cuentas, ambos “nacionalismos” evaluaban la historia en términos político-morales, concentraban sus esfuerzos en los usos políticos del pasado más que en la investigación histórica, y reclutaban a la mayoría de sus hombres en la élite económica y cultural del país.

Del mismo modo, el “nacionalismo peronista” combinó oposiciones (pueblo vs. oligarquía) que provenían

de grupos nacionalistas como FORJA con la reivindicación del panteón liberal (como prueba los nombres escogidos para bautizar las líneas ferroviarias metropolitanas). Desde el punto de vista de las ideas que enarbola, el peronismo podría ser descripto como un movimiento con argumentos revisionistas, símbolos nacionalistas y héroes liberales. O, como prefiere Goebel, “como el complemento [más que el reemplazo] del republicanismo decimonónico con elementos étnico-culturales” (p. 137). Pero además, su derrocamiento tuvo en el nacionalismo católico un promotor tan influyente que logró ubicar a algunos de sus hombres en el gabinete de Lonardi. O dicho de otro modo: al nacionalismo peronista colaboró a derrocarlo otro nacionalismo.

También el revisionismo de la década del sesenta tuvo tanto acuerdos como conflictos con las primeras ideas revisionistas y aun entre sus distintas variantes contemporáneas. Compartía con el primero, señala bien Goebel, la inmutable oposición entre “dos Argentinas” y la visión de que la historia real había sido falsificada por los intelectuales de la oligarquía liberal. Sin embargo, menos vinculado con los militares y omitiendo reivindicar el catolicismo y la hispanidad como definitorios de la identidad nacional, enfatizó la devolución de la nación a los marginados (ausente en el primer revisionismo). Aunque coincidían en cuanto a los “villanos históricos” (p. 149), el trono que en el altar del primer revisionismo ocupaba Rosas, en

el de los años sesenta lo ocuparon los caudillos del interior y las misioneras. Pero además, a este revisionismo de izquierda se le opuso una derecha también peronista e igualmente revisionista. El revisionismo setentista, así, albergó tanto a terceromundistas como a fascistas y a nacionalistas católicos.

La relativización de los binarismos, en la última estación, puede verse en el señalamiento de que el movimiento militar carapintada que se sublevó durante los gobiernos de Alfonsín y de Menem combinaba a su modo nacionalismo con irredentismo malvinero y un cierto peronismo. O en que Menem aparece en este libro representando una inesperada síntesis de las “dos Argentinas”, un caudillo del interior implementando un plan económico liberal e intentando construir un panteón capaz de albergar a Rosas y a Sarmiento.

De este recorrido Goebel concluye las tres tesis principales del libro. En primer lugar, que en la Argentina del siglo xx, más que en otras partes del mundo, las demarcaciones entre quienes pertenecían a la nación y quienes eran excluidos de ella estaban internalizadas. En segundo lugar, que esas demarcaciones no remiten a dos tradiciones políticas claramente identificables (la nacionalista y la liberal) sino que resultan de una matriz interpretativa. En tercer lugar, que así como no puede distinguirse claramente entre “liberales” y “nacionalistas”, tampoco puede hacerse una distinción entre nacionalismo cívico y étnico-cultural.

En síntesis, distante de los estudios que tienden a leer la historia argentina sumida en un autoritarismo persistente e inmutable (Nicolas Shumway, Diane Taylor, Colin MacLachlan), igualmente distante de quienes exageran la importancia de la singularidad argentina (y aquí la lista es más larga y compuesta fundamentalmente por autores argentinos), procurando distinguir el nacionalismo como movimiento nacionalista del nacionalismo como discurso más general, Goebel ofrece un inteligente y provocador análisis de cómo se relacionan, modifican, debilitan y resurgen cuerpos de ideas sobre la identidad nacional argentina desde los años '30 hasta nuestros días. En la línea de autores como Prasenjit Duara y Miroslav Hroch, Goebel concluye que el nacionalismo es el suelo mismo de la política en el que diferentes actores pugnan por imponer una idea de nación por sobre las demás.

Menciono, para finalizar, solo dos de las varias preguntas

que despierta esta renovada lectura del nacionalismo argentino. El libro es convincente cuestionando la tajante oposición entre liberalismo y nacionalismo; sin embargo, al ubicar al revisionismo como “síntoma semántico” (p. 17) de algo que estaría sucediendo en un plano no meramente discursivo, aquél cuestionamiento se debilita. Goebel prefiere construir un argumento ambiguo: las “dos Argentinas” que propagaron los revisionistas y otros grupos “fue sin duda una invención” pero la dicotomía no hubiera evocado nada “si no hubiera sido reconocible en la realidad social” (p. 32). ¿Cómo distinguir esa afirmación de esta otra: las “dos Argentinas” fueron una invención fundada en una realidad?

Por último, Goebel sostiene que “la decadencia económica, la violencia política, los golpes militares y las violaciones de los derechos humanos” (p. 22) en el siglo xx argentino no pueden explicarse porque desde el comienzo el país haya sido

violento o autoritario. Así, afirma, ni la influencia de la Iglesia católica (que fue mayor en otros países de América Latina), ni el liberalismo defectuoso (similar al que experimentaron Inglaterra, Alemania o Francia), colaboran a aquella explicación. Pero al cabo de este extenso y muy valorable trabajo, quedan sin responder las preguntas que sobrevuelan ese argumento. Si la Argentina del siglo xix sufrió igual o menor influencia del catolicismo reaccionario y no fue ni más violenta ni más autoritaria que otras naciones latinoamericanas, ¿por qué, por ejemplo, la violencia de los sesenta y la represión estatal en Argentina fueron notoriamente más extendidas que en los países vecinos? Si su liberalismo fue tan deficiente como el de Inglaterra, Alemania o Francia, ¿por qué la Argentina estuvo tan lejos de parecerseles?

Sebastián Carassai
CONICET / UNQ

Valeria Manzano,

The Age of Youth in Argentina. Culture, Politics, & Sexuality from Perón to Videla,

Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2014, 329 páginas

La lectura del libro de Valeria Manzano, *The Age of Youth in Argentina*, produce una extraña sensación de familiaridad y de sorpresa. Por sus temas (la modernización de las costumbres, la revolución cultural, la radicalización política), por el período (“de Perón a Videla”), y por la tapa con jóvenes de mini-short y pelo largo, se trata de un trabajo ostensiblemente ligado a ese campo de historia “reciente” que tanto se ha desarrollado en los últimos años. A la vez, es un proyecto singular en espectro y ejecución. En el marco de un recorte temporal generoso, donde los muy “largas sesentas” incluyen al peronismo “clásico” y la dictadura militar, se van desplegando los hilos de una trama densa y compleja, una trama capaz de sostener un repertorio de elementos inusualmente amplio. Apoyado en un vastísimo archivo y en diálogo crítico con hipótesis diseminadas en un ambicioso espectro bibliográfico, Manzano ofrece una narrativa de gran solidez, una narrativa resistente, a todas luces destinada a larga vida. Ofrece, también, un ejercicio en interconexiones, donde se demuestra muchas veces la productividad del entrelazamiento entre historia política e historia cultural.

Los protagonistas de esa historia son los jóvenes, y es la pregunta por su

multidimensional experiencia –cultural, sexual, política– la que vertebraba el recorrido de todo el libro. Por supuesto, este sujeto social ya tenía un lugar asegurado en la historia de los años sesenta, pero la premisa de ese protagonismo es aquí retomada como un dato a demostrar, un dato observado con extrañamiento, interrogado, desmontado y vuelto a montar: *¿por qué los jóvenes?* La primera respuesta evoca elementos muy locales, como la expansión inédita del acceso a la escuela secundaria a partir del peronismo, y la célebre experiencia de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en el ocaso de ese ciclo (cap. 1). Allí donde había dominado una lectura exclusivamente política del significado de esta organización, el trabajo aporta una perspectiva que la vincula a la constitución de identidades etarias.

Este énfasis se encadena sin esfuerzo con la siguiente cuestión. En los tempranos años posperonistas, la preocupación por las marcas que en los jóvenes habría dejado aquella experiencia de tintes emancipatorios estuvo en la raíz de dos corrientes opuestas, ambas destinadas a larga vida: el psicoanálisis y una reacción católica muy vigorizada. No es acaso el primer factor –ampliamente conocido– sino su contrapunto con el segundo lo que produce uno de los muchos efectos de tensión que

puntúan el recorrido del libro, pues el proceso argentino de liberación de los jóvenes estuvo acompañado muy de cerca, hasta sus rincones más íntimos, de freno represivo y autoritarismo liso y llano. Si el acceso al secundario era un hito generador de independencia, también era el ingreso a un mundo de monotonía intelectual y de discrecionalidad en el ejercicio del poder, que contrastaba con los cambios en las demás dimensiones de la vida de los jóvenes (cap. 2). Si los sesenta fueron años de experimentación y audacia, también fueron los de las más álgidas versiones del conservadurismo cultural. El lugar que ocupan los archivos de la policía de costumbres a lo largo de esta investigación –un recurso novedoso y bien aprovechado– parece muy justificado en su capacidad para ir marcando una senda insidiosa de violencia larvada y conflictos no resueltos.

Una de las claves de la potencia narrativa del libro reside en la decisión de acceder a los problemas generales a partir del análisis denso de entradas particulares, donde algunos episodios –grandes y no tan grandes, conocidos y no tanto– anudan progresivamente los hilos de la trama. Así ocurre con la cuestión del conflicto intergeneracional, por ejemplo, abordado a partir de un caso policial de enorme resonancia pero raramente evocado en las

reconstrucciones de la época. La desaparición de la joven Norma Penjerek en mayo de 1962 absorbió la atención pública durante meses, desencadenando una “ola de pánico” en torno a la cuestión de la moral sexual de los jóvenes y los límites de la nueva libertad de movimiento (cap. 5). Diversas dimensiones del caso van sirviendo de apoyatura para mostrar no solamente un pico de terror moral, sino también las agudas tensiones intergeneracionales surgidas del desencuentro cada vez mayor entre las expectativas de los jóvenes –sobre todo, de *las* jóvenes– y la vigencia persistente de la autoridad patriarcal. He aquí otro nudo de tensión que a lo largo del libro conecta dilemas de la escuela secundaria, de la universidad y, luego, de la militancia política.

Siguiendo esta estrategia expositiva, la reconstrucción de la experiencia juvenil se organiza en torno de algunos síntomas que permiten revisitar las hipótesis más conocidas en relación a los consumos generacionales con una mirada atenta a las demarcaciones internas de clase, de género y de ideología. (Los capítulos 3 y 4, entre los más atractivos del libro, retoman perspectivas desarrolladas en proyectos previos, como el volumen *Los sesenta de otra manera*, coeditado por Manzano, Isabella Cosse y Karina Felitti.) Y aquí, la historia sociocultural de los objetos gana un lugar preeminente. La cuestión de la vestimenta, por ejemplo, es abordada a partir de un análisis minucioso de la dupla jeans/ vaqueros, explorada en sus materialidades concretas y sus

reverberaciones semánticas recónditas. De manera similar, la música de los jóvenes es ubicada firmemente en el marco del mercado discográfico, para luego ponderar sus muy disímiles efectos identitarios. En ambos casos, el seguimiento de las condiciones materiales de circulación –seguimiento desapegado, muy informativo en relación a las estrategias de producción, publicidad y marketing subyacentes– se combina con la observación aguda de los significados diferenciados en el consumo de estos bienes. Así establecido, este escenario permitirá luego concebir los puentes posibles, y los imposibles, con la dimensión política de esa identidad juvenil.

También se echa mano de apoyaturas concretas para abordar la difícil pregunta por la intersección entre prácticas culturales y radicalización política. A partir de la evocación de la experiencia del nuevo turismo joven, Manzano traza las coordenadas de una geografía de la rebelión (cap. 6). La vía que apunta a las comunidades hippies en los Andes del sur, que es eminentemente contracultural en sus postulados, se va distinguiendo de la que mira al norte, signada por el descubrimiento de una Argentina pobre y discriminada. Es en esta última, en esos campamentos sociales donde convergen programas políticos e intervenciones del catolicismo más contestatario, donde opera decisivamente la fuerza emotiva de la indignación. El descubrimiento de un Tercer Mundo argentino, por completo olvidado de la modernización,

talla una forma de pasión política que se radicaliza aceleradamente, mientras se conecta con un horizonte latinoamericano. Acompañado de consumos musicales que también son nuevos –Mercedes Sosa, Quilapayún, Viglietti, Soledad Bravo– el viaje al norte sella el compromiso de muchos en un proyecto revolucionario de escala continental.

Conocido en sus líneas políticas, ese compromiso reaparece aquí siguiendo la lógica general de entrelazamientos transversales. Una de las vías de acceso explora las demandas sobre el cuerpo (cap. 7). Los tardíos sesenta y tempranos setenta, observa Manzano, plantearon dos colocaciones contrapuestas, la del cuerpo erotizado del short y la minifalda, y la del cuerpo resistente y comprometido de la militancia política. Como es sabido, la liberación sexual y vestimentaria fue frenada por padres autoritarios, ligas católicas y policía de costumbres. Pero también chocaría con una prescriptiva revolucionaria que censuraba severamente las indulgencias de los instintos, a la vez que priorizaba particiones de género muy parecidas al más tradicional machismo: el entronizamiento de la “moral proletaria” era, también, el del liderazgo de los hombres. El conservadurismo de género –un aspecto conocido de las organizaciones políticas de los años setenta– aparece entonces como una instancia más en el juego tenso entre liberación y represión del cuerpo joven. Pero la complejidad también se desprende del otro polo: lejos de ser un grito espontáneo, la moda de la delgadez y la minifalda no fue

ajena a presiones y mandatos, allí donde las nuevas estéticas de lo erótico y lo unisex tenían mucho de marketing y *boom* publicitario. El cuerpo de los (y de *las*) jóvenes pasó al centro de la escena, sin duda. Y con él, las dificultades para navegar los signos que lo distinguían, y los costos personales que se pagaron en la empresa de distinción.

El clima de radicalización política en el que transcurre la experiencia juvenil se recrea en un goteo de intensidad creciente. Hay un hito temprano, en la presentación del conflicto universitario (cap. 2); y otro, en una pormenorizada cronología del Cordobazo (cap. 6). Pieza maestra del “mayo argentino”, el Cordobazo es analizado para mostrar la “diferencia” del caso en relación a otros “mayos” traumáticos de los sesenta. Puesto que el choque entre los insurrectos y las fuerzas represivas no resultó en una escalada represiva mayor (como sí ocurrió en México y en el Brasil), el levantamiento masivo y multiclassista constituyó más bien el punto de partida de un ciclo de gran dinamismo, donde la multiplicación de grupos armados se combinó con coaliciones sociales difusas y de gran amplitud. Mientras en otros horizontes algo se cerraba, en la Argentina algo comenzaba.

En este punto, como en otros, el trabajo encuentra su ángulo en el aprovechamiento de la perspectiva comparada, un ejercicio inevitable quizás para una investigación concebida en el mundo académico norteamericano, donde tanto se ha dicho sobre los jóvenes de los sesenta. El proceso local es puesto en diálogo con la abundante historiografía sobre el período, en un ejercicio de control que ahorra tentaciones esencialistas y pasos en falso. La sensación de amplitud que transmite el libro proviene de ese contrapunteo, que ajusta y oxigena, pero también de una operación historiográfica más actual, como es la atención a la cualidad transnacional de los procesos, como es evidente en el análisis de los consumos. Ejercicios controlados y sensatos permiten combinar escalas conectando lo local con procesos más amplios, sin dejar de atender a lo particularísimo de la experiencia argentina. Una porción decisiva de esa singularidad provino de las formas que adquirió la política, y no sorprende que en sus tramos finales el libro se conecte más francamente con debates locales sobre los giros extraordinarios del peronismo, el auge de la violencia, y la tragedia que envolvió a los jóvenes de los setenta.

Fiel a su proyecto general, sin embargo, el libro no se cierra en un relato de la catástrofe sino que busca nuevos anclajes para la pregunta por la experiencia joven en el “proyecto de reconstitución del orden” (cap. 8). En la revista *Gente*, que tantas publicidades del erotismo y la sensualidad de la violencia había difundido, aparecen imágenes de muchachos prolijos, emprendiendo un “camino nuevo” de orden (sexual, político, cultural) y reconciliación intergeneracional. Mientras tanto, por encima y por debajo de ellos, aparecen otros jóvenes. En un cierre parcial y exploratorio, el libro se detiene en el mundo del rock, el consumo que sobrevivió como referencia generacional y dio refugio en los años más terribles. Como en las demás escalas, el mapa de los juegos de oposición se registra con rigor y desprejuicio. Se necesitarán más hilos para tejer esa trama, claro, pero la pregunta por la política de los consumos jóvenes de los tardíos setenta queda admitida y activada. Ojalá sean muchos los que decidan abordarla. Y ojalá que esos abordajes tengan la calidad de concepción y ejecución del libro de Valeria Manzano.

Lila Caimari
CONICET / Udesa

Isabella Cosse,
Mafalda: historia social y política,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, 313 páginas

Historia, no una historia. En esa diferencia se puede adivinar la ambición que anima el reciente libro de Isabella Cosse. La historia lleva 50 años y está contada intensamente, desde sus inicios en aquellos primeros bocetos de la historieta antes de su aparición en el semanario porteño *Primera Plana* (1964), hasta el presente, cuando el “mito global” de *Mafalda* se muestra consagrado y empuja a un final abierto. El argumento trata sobre “la producción, la circulación y las variaciones de la significación y los usos de la historieta desde su surgimiento hasta la actualidad” (p. 26). Sus cinco capítulos avanzan en una progresión cronológica y espacial, y el último se abre a la temporalidad del mito y las conmemoraciones, rehaciendo el significado del origen. Así, contra lo que haría pensar la contundencia del primero, donde sin duda se halla el corazón de la interpretación de la tira en términos socioculturales, el capítulo de cierre sobre la circulación de *Mafalda* en las últimas décadas no realiza un relevamiento inercial sino que aporta ideas centrales para la comprensión del fenómeno, e invita a recapitular toda la trama bajo su prisma.

La apuesta del libro es a analizar la relación entre los aspectos narrativos y gráficos de la tira, y lo social y lo político, en sí misma; la propuesta, hacerlo mediante

una reconstrucción histórica que sitúe a la tira en sus variados contextos, o, dicho de otro modo, explicar por la historia las razones de la popularidad y perdurabilidad de *Mafalda*; las significaciones sociales atribuidas a la historieta. He ahí el propósito de la obra. Con ella, la historiadora uruguaya, de reconocida producción en el campo de la historia argentina,¹ reafirma su base en la historia social al enfocar este objeto cultural privilegiado. Su perspectiva no solo es tributaria del giro cultural en la historia social que lleva ya unas décadas sino que mantiene el afán totalizador que está en el ADN de la tradición francesa de esa subdisciplina (vestido en el traje de la más cercana microhistoria), y echa, por tanto, mano de cuanto enfoque analítico y tipo de fuentes sean factibles de abarcar, en aras de dotar de la mayor complejidad y humanidad posibles a aquello sobre lo que posa su mirada. De ahí que esta historia de *Mafalda* da cuenta del aspecto narrativo y gráfico de la historieta, del

dibujo, del discurso humorístico y sus lecturas, de los diversos formatos y medios en los cuales se editó; de sus diferentes públicos; junto a ello y centralmente, de la trama social y política que dialogó con la tira y en la que esta fue producida, leída y debatida, usada; las redes intelectuales, editoriales y artísticas que permitieron la circulación de *Mafalda* en otros ámbitos nacionales; estos tres espacios de recepción (Italia, España y México) en sus conflictos políticos y sociales, sus debates, sus tradiciones editoriales y de humor gráfico; más de tres décadas de exposiciones, conmemoraciones y espacios de consagración de *Mafalda* a nivel global...

¿Qué interpretación propone, entonces, Cosse de su significación para la sociedad argentina y, especialmente, para la identidad de clase media en la década del '60, un hilo que, desplegado en el primer capítulo, se complejiza y bifurca a lo largo del libro? Dicho suavemente, la tira representó las inquietudes y las ansiedades con que la clase media respondió a las contradicciones y, especialmente, al trastocamiento de sus nociones de respetabilidad, consecuencia del proceso de modernización. “Lo central –argumenta la autora– es que, en vez de una visión ascendente y exitosa, *Mafalda* –la niña/joven–

¹ Sus dos libros anteriores sobre la materia son *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2010, y *Estígmata de nacimiento. Peronismo y orden familiar*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006. También compiló, junto a Karina Felitti y Valeria Manzano, *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

desenmascaraba las frustraciones, las dificultades –cuando no directamente las imposibilidades– que ese proceso de modernización sociocultural imponía a los varones y a las mujeres de clase media: las limitaciones de los proveedores, las frustraciones de las madres y amas de casa, las impugnaciones de las nuevas generaciones al orden familiar. La figura construida con Mafalda, paradójicamente, ofrecía una representación que logró exorcizar el enojo que recaía en espacios intelectuales y progresistas sobre su propia clase” (pp. 52-53). La “niña terrible” era la voz de denuncia de una clase media intelectualizada y progresista, y devino emblema antiauthoritario al calor de su amplia llegada al público lector. El análisis de los personajes de Manolito y Susanita le permite a la autora mostrar cómo la heterogeneidad ideológica y cultural que componía el *nosotros* de la clase media ocupó el centro de la tira. Manolito resultaba de la distorsión de un estereotipo social cristalizado como el del “gallego bruto”, a partir de su conexión con un prototipo contemporáneo, el “ejecutivo”, que era objeto de parodia. Susanita, encarnación del modelo femenino tradicional y *alter ego* de la protagonista, sintonizaba en sus rasgos con los cuestionamientos de ensayistas como Juan José Sebreli o Arturo Jauretche, a una clase media caracterizada como hipócrita, elitista y reaccionaria, y cuyas mujeres vivían apegadas al mundo doméstico. Tales atributos, sin embargo, se actualizaban con las críticas más recientes que

las corrientes modernizadoras de las relaciones familiares arrojaban sobre quienes se resistían a ellas. En el segundo capítulo, la autora de *Mafalda: historia...* propone mostrar cómo cambió la significación social de la historieta al mutar las coordenadas sociales y políticas culturales que habían signado su surgimiento, a partir de la creciente polarización política, la represión y la violencia. En el análisis de sus avatares entre 1968 y 1976, se reconstruye la apropiación de la tira por parte de diversos actores de izquierda y de derecha, en un período en el cual el escenario de enfrentamientos sociales y políticos se había recalentado a tal punto que el mundo recreado en la tira, de convivencia dentro de las diferencias, se distanciaba cada vez más de esa realidad de oposiciones irreconciliables. Acá, entonces, se analizan los usos de *Mafalda* como parte inescindible de la interpretación de sus sentidos con sede en producción. ¿Cuál era esa significación que se había vuelto anacrónica en el despuente de la década del ’70? En la lectura de Cosse, la voz de Mafalda era el centro de la “composición ideológica coral” de la tira, y daba un cuerpo a la identidad progresista de clase media que en esa escala masiva, en el momento de su surgimiento, carecía de entidad. El humor de la historieta de Quino “requería códigos y una identidad compartida que daba cuenta, a la vez que lo creaba, de un ‘nosotros’ de clase media sensible a las injusticias sociales y comprometido con la denuncia de la ‘mala’ política” (p. 73). Así, la autora propone

que *Mafalda* contribuyó a la autopercepción de la clase media progresista. La tira expresaba el malestar constitutivo de la clase media y subrayaba la dimensión problemática de su definición. Estos sentidos evocados por un tipo de humor irónico y abierto eran imposibles de reponer en los años setenta, cuando los requerimientos sobre los objetos culturales eran más unívocos y las apropiaciones efectivas de la historieta y su protagonista se podían dividir entre su utilización por una organización armada, su análisis en tanto emergente de una ideología “liberal” o “burguesa” por la crítica cultural, o bien su apropiación por los servicios de inteligencia como propaganda del uso de la violencia represiva contra quienes osaran proclamar “ideologías”.

Al señalar el carácter fundacional en *Mafalda* de la cuestión identitaria de la clase media, Cosse realiza su contribución al campo local e internacional de estudios sobre ese sector social. Su planteo destaca la importancia del momento autorreflexivo y simbólico para la constitución de la identidad de clase media. Por cierto, a partir del capítulo 3, dedicado a la circulación y las apropiaciones a “escala transnacional”, se hace patente “el carácter global de los problemas clase medieros de la tira, concebidos como propios por el público europeo”, lo cual explica el éxito de *Mafalda* en ese ámbito. En ese capítulo, la autora reconstruye los contextos sociopolíticos y culturales de Italia, España y México que posibilitaron la apropiación y recepción de *Mafalda*, y los

usos a que dio lugar en esas latitudes. En Italia, por caso, no solo se refiere la edición de *Mafalda, la contestataria* (1969), con prólogo de Umberto Eco, al clima de confrontación social y generacional vinculado a las crecientes demandas laborales y culturales que la expansión de la matrícula universitaria y la modernización suscitaban, sino que también la aparición del primer libro exclusivo de *Mafalda* en Europa es inscripto en el debate italiano sobre las industrias culturales y la cultura de masas, que disparó, en 1965, *Apocalípticos e integrados*, del propio Eco. Cosse revela la utilidad que la tira revistió para este en su posición acerca del potencial crítico del comic (especialmente trayendo a colación el origen latinoamericano del personaje creado por Quino). Del caso de España, se destaca la exploración del campo editorial en tanto contexto de recepción. Aquí la publicación de *Mafalda* es mostrada como parte del proceso de renovación que iniciaron editores como Tusquets, Herralde y Barral, quienes habían conformado a su vez el engranaje del *boom* de la literatura latinoamericana. En un momento de auge del papel político del humor gráfico en España, y de creciente cuestionamiento al régimen franquista, *Mafalda* pudo ser apropiada para la construcción de un canon de historieta en lengua española en la medida en que engarzaba, según la lectura de Cosse, lo latinoamericano con lo universal.

Vale la pena detenerse en la dimensión de la transnacionalización cultural que el estudio de *Mafalda*

contribuye a profundizar. Cosse identifica dos rasgos de esa circulación en los años sesenta y setenta a la luz de su análisis: la importancia de las redes informales de emprendedores, editores, traductores y artistas en la vehiculización de las nuevas subjetividades políticas y culturales de esas décadas y la centralidad adquirida por la periferia (América Latina como parte del llamado Tercer Mundo), en los círculos culturales impugnadores de las políticas imperiales (incluso dentro de los países centrales). Ahora bien, a la luz de las evidencias presentadas en el estudio de los tres casos nacionales citados, la escala transnacional parece mostrar que la circulación de *Mafalda* se desagregaba en diversas recepciones también dentro de cada ámbito nacional, en ese momento múltiple y difícil de asir de la lectura, desafío al que la autora no renuncia en el momento heurístico pero que podría estar más destacado en el balance interpretativo. En ese sentido, lo latinoamericano de *Mafalda* parece haber sido en los tres casos analizados un rasgo subrayado en las apropiaciones de los segmentos intelectuales de cada país en función de sus propias políticas culturales, pero en una recepción más amplia (de cuya probabilidad la historiadora, por cierto, da cuenta con un finísimo análisis de la traducción al italiano de la tira, o de los temas que azuzó en la sociedad mexicana, como la problemática de la televisión y la educación de los niños, las transformaciones en la vida cotidiana y en las relaciones familiares), en esa recepción más extensa, decíamos,

Mafalda parece haber sido leída como “italiana”, “española”, “mexicana” o incluso, como “para millares de fans” italianos según una crónica periodística, con “aire francés”.

Si el tercer capítulo interroga las resignificaciones de *Mafalda* en otros espacios nacionales y en el circuito global de consumos culturales, el cuarto ensancha el horizonte temporal en el que la tira pudo ser actualizada en la sociedad y la política argentinas, todavía bajo utilizaciones contrapuestas: desde su apropiación macabra por una banda paramilitar en la masacre de los padres palotinos (cuando el póster con la famosa viñeta del “palito de abollar ideologías” fue colocado sobre el cadáver de unos de los sacerdotes asesinados durante la última dictadura militar), hasta su consagración como ícono de la restauración democrática. El consenso inédito logrado en torno a esta última significación es explicado por la afinidad entre el clima de época y las claves ideológicas de la tira, aunque en la construcción de tal afinidad tuvieron un especial papel, según la interpretación de la autora, las intervenciones de Quino con *Mafalda* (en que se destacan la autocrítica explícita del autor acerca del papel del humor en la caída del gobierno de Arturo Illia, y su apoyo a Raúl Alfonsín durante la crisis militar de Semana Santa, en abril de 1987).

Es interesante el tratamiento que recibe la figura de Quino, a quien se le asigna un lugar presente pero recatado en el libro. Si el eje de la investigación no pasa por la figura del intelectual, es

evidente que lo que aquel hacía o decía en tanto creador de *Mafalda* era difícilmente irrelevante para los fines de esta historia. Así, no se dejan de narrar momentos de intervención polémica de Quino sobre su criatura, en los que hizo valer su autoridad sobre la obra que, como bien queda demostrado, ya no le pertenecía solo a él. Uno emblemático fue cuando, interrogado por el posible destino adulto de su personaje en el presente, respondió que *Mafalda* no habría tenido tal destino porque posiblemente se habría contado entre los 30.000 desaparecidos. Documentadas minuciosamente en el libro, este tipo de intervenciones son relatadas como parte de los numerosos avatares de la tira a lo largo de sus 50 años de vida, que así nunca pierde el centro de la trama. El acercamiento de Quino a Cuba luego del colapso del bloque socialista soviético es, por ejemplo, historizado en función de introducir la nueva significación adquirida por la

historieta desde los años noventa en adelante, tema que ocupa el último capítulo.

El capítulo de cierre sobre los nuevos escenarios y formatos que jalónaron la consagración de la historieta en las últimas décadas reconstruye la conversión de *Mafalda* en un “mito global” de resistencia ante la hegemonía neoliberal. En la Argentina, con el marco de la celebración de los 30 años de su creación, la autora explora la condensación de esos valores en tanto símbolo de una cultura de clase media amenazada por la emergencia de otra, la menemista. Para cuando llevaba ya 20 millones de ejemplares de “libritos” vendidos, Cosse plantea que la historia de *Mafalda* fue revestida con los rasgos del mito, contribuyendo a elaborar un presente sombrío de pauperización económica y frustraciones políticas, a través de la recuperación de un pasado heroico de luchas contra la injusticia social y el compromiso con proyectos

emancipadores. A la erección del mito colaboró singularmente un “juego social” a nivel global (tal como lo llama la autora) que terminó de delinejar su “condición sobrenatural”, al intervenir lectores pero también otros agentes e instituciones (incluido el propio Quino) en el juego de imaginar el destino de personajes que habían cobrado vida fuera del papel y, por tanto, quedaban dotados de un carácter liminal. “*Mafalda* quedaba situada en el umbral de las dicotomías occidentales (masculino/femenino, infantil/maduro, ficción/realidad, eternidad/historicidad)” (p. 281). La vitalidad del mito, sin embargo –concluye la autora– radicaba en las constantes reappropriaciones y nuevas significaciones de esa “creación sin igual” cuya vocación era universal. *Mafalda* sigue, por cierto, entre nosotros.

Laura Ehrlich
CHI-UNQ / CONICET

Ana Longoni,

Vanguardia y revolución. Arte e izquierdas en la Argentina de los sesenta-setenta,

Buenos Aires, Ariel, 2014, 314 páginas

Vanguardias: mito, historia y actualidad

El nuevo libro de Ana Longoni es, antes que nada, una entrada múltiple y polifónica al corazón de una época en disputa, nuestros “sesenta-setenta”. Una época vertiginosa y compleja que, sin embargo, ha sido muchas veces aplanada y simplificada en discursos que buscaron o bien denigrar su desmesura mesiánica y violenta (como contra-mito sobre el que fundar el mito “democrático”), o bien exaltar el heroísmo sacrificial de esa edad de oro de la política revolucionaria (como mito con el que legitimar inercias “de izquierda”). Los “sesenta-setenta”, agobiados bajo el peso del mito o del anti-mito, aún restan como enigma por interrogar, tanto más inquietante cuanto que en ellos se fraguaron las pasiones y las incertezas que aún hoy nos habitan. Este libro propone una mirada de aquellos años sin resentimientos. Su ecuanimidad, sin embargo, lejos está de la actitud neutra y neutralizadora del historicismo. Al sustraerse de la hagiografía y de la demonización, no busca un mero atenerse a los “hechos”, “tal cual ellos fueron”, sino que más bien ensaya una multiplicación prolferante de los relatos que permita devolver esos años a los vaivenes de proyectos y opciones que no pueden ser reducidos o pacificados tras

eslóganes unilaterales o juicios sumarios. Este libro confía en que la única manera de emancipar esta época de su neutralización es devolviéndola a la complejidad irreductible de su multívoca historicidad. Y esta es, justamente, la secreta *política* del libro: *la disolución del mito en el espacio de la historia* como ejercicio preparatorio para la *reactivación* de la verdad (aún no dicha) de aquellos años.

El contexto específico de su intervención es el de las tensiones entre “arte e izquierdas”, en esa época. La historiografía ya disponible sobre “cultura y poder”, sobre “intelectuales y política” en los años 60-70 ha insistido (en voces insoslayables como las de Oscar Terán, Silvia Sigal o Beatriz Sarlo, entre otras) en asentar la tesis según la cual la cultura atraviesa en esos años un acelerado proceso de “modernización” que luego, sobre todo como reacción al golpe de Onganía en 1966, se transforma en proceso de tumultuosa “radicalización” en el que la diversidad y “autonomía” del “campo cultural” se ve fagocitada por la lógica unilateral de la política. La cultura, en gesto autosacrificial cómplice con la época, participa del “espiral de violencia” que preparó la catástrofe, al negarse como esfera específica de mediación de las tensiones sociales, ahora crudamente expresadas en la

violencia de las armas. El libro de Longoni permite discutir ese relato unilineal. No pretende negar el proceso de radicalización, sino que más bien muestra que esa “radicalización” involucra una complejidad de matices que aquellas historiografías fundantes no habían dejado ver (tan determinadas por las mutaciones ideológico-políticas de los ’80 “democráticos”, y por su necesidad de refundación de la “autonomía” intelectual perdida). El libro muestra que en medio del vértigo de esa “radicalización” convivieron opciones múltiples, irreductibles al simple “pasaje a la política” o al “abandono del arte”. Los ’70 no son aquí meramente los años del antiintelectualismo y de la negación (auto)sacrificial de la cultura, sino, *al mismo tiempo*, un laboratorio experimental con formas alternativas de la cultura y de la política, irreductibles a la mera separación (*moderna*) entre ambas, experiencias invisibles para la gramática dual autonomía / heteronomía. *Ni mera autonomía, ni mera absorción en la política*: esta doble negación trabaja implícitamente a lo largo del libro, abriendo un terreno de experiencias poco frecuentadas en la historiografía sobre aquellos años, políticas del arte que se resisten a ser pensadas desde la normalizadora diferenciación de las distintas “esferas de validez” modernas.

Múltiples nombres, acciones y opciones van delimitando este territorio irregular, los años 60-70, que ya no podremos recorrer con la cómoda secuencia *modernización-radicalización-colapso (autonomía-heteronomía-catástrofe)*. En este sentido, este libro es una pieza fundamental para diseñar nuevas memorias (ya no “ochentistas”) de los 60-70.

El desarrollo se organiza en tres grandes partes con cuatro capítulos y un epílogo cada una de ellas. La primera parte encara de manera frontal el problema de las relaciones de nuestra actualidad con ese pasado, ya desde el título: “De cómo nos interpela hoy esta historia”. De allí la centralidad del capítulo 3, titulado “El mito de Tucumán Arde”. Reaparece así un episodio fundamental del cruce entre arte e izquierdas, un episodio que Longoni contribuyó decisivamente a rescatar hace ya casi quince años en *Del Di Tella a “Tucumán Arde”*.¹ Sin embargo, si el contexto de aquel trabajo seminal era el del olvido y la invisibilidad de aquella experiencia, el libro que reseñamos, por el contrario, se publica cuando Tucumán Arde ha ingresado en el canon de la historia del arte y del activismo artístico, y cuando el “arte político” se vende bien en el mercado de la cultura. Si en el 2000 se rescataba esa experiencia del olvido y la desidia, hoy se la intenta redimir de esa forma más

insidiosa y sutil de olvido que es la canonización. Y aquí se activa la estrategia general del trabajo: necesitamos (nosotros y ese pasado) *más historia(s)*. De manera que a lo largo del recorrido se habla poco de Tucumán Arde, y mucho de la tupida trama de experiencias, estrategias y apuestas de la que Tucumán Arde es una expresión entre otras.

La segunda parte lleva el elocuente título “Ganar la calle, copar el museo”, que delimita con precisión el movimiento de sus cuatro capítulos, condensado en el contrapunto entre los capítulos 6 y 7, titulados respectivamente “El museo en la calle” y “La calle en el museo”. Si el primero reconstruye una experiencia (“Arte e ideología en CAYC al aire libre”, septiembre de 1972) que replicaba el movimiento antiinstitucional generalmente atribuido a las vanguardias, llevando el arte a una plaza pública, el segundo reconstruye una presentación colectiva (“Proceso a nuestra realidad”, agosto de 1973) que traza el movimiento inverso, trasladando un muro de la calle (con pintadas y pegatinas referidas a Trelew y a Ezeiza) a una sala del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires. Lo que esta parte tira por tierra es toda “teoría de la vanguardia” definida esquemáticamente como el mero “ataque a la institución arte” (según la influyente teorización de P. Bürger), y más bien muestra que ese ataque convivió siempre con una serie de estrategias de “copamiento” u “ocupación táctica” que buscaron más bien instrumentalizar las instituciones de la cultura,

desde sus bordes y límites, como “caja de resonancia” de sus propias iniciativas. Hubo formas de “retorno a la institución” en los años ’70, después de que esa vía parecía clausurada tras haber tocado el extremo contra-institucional de “Tucumán Arde”. Puesto que, en efecto, una vez disuelto el mito, reaparecen estas historias de militancia artística en las que la institución no es un tabú, sino un espacio a aprovechar, sea por su visibilidad estratégica, sea por representar un resguardo ante la violencia instalada en la calle.

La tercera parte, titulada “Políticas artísticas”, desplaza la mirada desde los artistas politizados hacia las posiciones sostenidas por los partidos y las organizaciones políticas de izquierda en relación con el arte. Se estudian aquí las “iniciativas internacionalistas” suscitadas en el eje Cuba-Santiago de Chile, legatarias del viejo internacionalismo de izquierdas; los oscilantes debates sobre “realismo y vanguardia” en el PCA y las mutaciones del uso de concepto “vanguardia”; las políticas artísticas del trotskista “Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura” (FATRAC) y la lógica apropiacionista del PRT; la reivindicación del pueblo como sujeto creador en el maofismo y el peronismo, y el consecuente borramiento tendencial de la noción misma de “vanguardia”. Nuevamente, no se busca establecer fronteras fijas sino más bien mostrar la variada gama de oscilaciones y matices, en este caso en el roce entre las decisiones de una vanguardia artística que se politiza y las lógicas de una vanguardia

¹ Ana Longoni y Mariano Mestman, *Del Di Tella a “Tucumán Arde”. Vanguardia artística y política en el ’68 argentino*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2000.

política que propone políticas culturales. En esa oscilación, nada está decidido de antemano. Ni siquiera en los “radicalizados” años setenta.

En una palabra: “Tucumán Arde” es rescatado del mito, la “vanguardia” es liberada de su corset antiinstitucionalista, las organizaciones “revolucionarias” se muestran como impulsoras –y no solo negadoras– de políticas culturales, las estrategias de politización del arte son emancipadas de la gramática polar “auto/hetero-nomía”, todo ello en el marco de una reinscripción de los 60-70 artístico-políticos en su compleja trama de historias, oscilaciones y contradicciones. Una agenda de trabajo fundamental para preparar una nueva politización, ya no mitológica, de los años de la revolución en el arte y del arte en la revolución.

Ahora bien, quizá lo más singular de este trabajo sea la manera en que en su implícita polémica con las versiones más establecidas sobre aquellos años, se pliega sobre su propio “objeto” buscando modelos de historicidad ajenos a los protocolos académicos habituales, y fraguados más bien en la singular experiencia de las “vanguardias” que se trama a lo largo del libro. Tal parece ser el sentido del énfasis de la autora en la idea de “rescate”, “reactivación” o “actualización” de aquellas experiencias. “Actualizar” un pasado implica abrirse a una relación no objetivante con él, a una relación que, relativizando las jerarquías epistémicas, se deja afectar por ese pasado, es decir, se interroga por una temporalidad no meramente

historicista en la que no solo cuente la crónica de sus “hechos”, sino también la lógica de sus formas de experiencia. Longoni parece sugerir que este nombre, “vanguardia”, es indicio cierto de un modelo radical de transmisión histórica y cultural, en el que el libro ejercita su propia escritura. Un modelo que plantea la siguiente paradoja (inscripta en la trama de nuestra historia cultural precisamente por la irrupción vanguardista): no se trata de transmitir *algo*, sino de suspender la distancia entre la transmisión y lo transmitido, entre el *acto de transmitir* y sus “contenidos”. Como en un ritual antiguo, como en el juego de los niños, como en toda historiografía política, la distancia entre el contenido cultural y el acto de transmisión colapsa. Toda *actualización* es un *poner en acto* ese pasado, que en vez de aquietarlo como valor de cambio lo moviliza como valor de uso, haciendo de sus “contenidos” no objetos de contemplación sino estructuras complejas de la experiencia.

Es en este sentido que el libro que comentamos ha de pensarse como parte de una serie compleja de prácticas (no solo “historiográficas”) que tienen a Ana Longoni como una de sus principales animadoras. No nos referimos, insistimos en esto, a contenidos ni a obras sino a prácticas, a lógicas de la experiencia, a estructuras de la sensibilidad común y a formas de socialización, que son la *puesta en acto* de ese legado, esto es, la *performativa* puesta en crisis de la distancia entre la transmisión y lo transmitido (acaso el legado más radical de las vanguardias). No podría

“transmitirse” la experiencia del arte radical del siglo xx como si fuera un contenido más (de veneración política, de investigación académica, de comercialización mercantil), sino solo como *acto radical de transmisión*. Esto es, la crítica del estatuto del arte y la cultura, como puesta en colapso de la “obra”, del artista “creador” y de la recepción “contemplativa”, solo se puede *transmitir* como un perpetuo fin de la obra, como una interminable crisis del sujeto y como insistente apertura a un más allá de la contemplación. Y esa es la permanente inquietud de Longoni y otros artistas-activistas-investigadores que se tomaron en serio el juego de las vanguardias. No se trata de repetir sus “obras” que no eran obras, ni sus “gestos” que eran estrictamente contextuales, sino de adentrarse en lo que podríamos llamar el *régimen vanguardista de transmisión*: de la obra al proceso, del sujeto al colectivo, de la contemplación al uso. De la separación entre arte y política a su continuo desborde. Estos elementos no son ningún “objeto” sino la estructura misma de prácticas colectivas concretas como la “red conceptualismos del sur”² o el proyecto “archivos en uso”.³ Así, “Ana Longoni” no es un “sujeto creador”, sino el nombre de uno de los nodos post-subjetivos de una red que se propone como proceso

² Puede visitarse su página: <<http://redcsur.net/>>.

³ Proyecto colectivo de digitalización y puesta a disposición en una plataforma virtual de archivos fundamentales de las vanguardias y prácticas culturales radicales en la región, en <<http://archivosenuso.org/>>

abierto de puesta en circulación de formas y estrategias de un pasado que, *en acto*, deja de serlo. Así, la “obra” no es obra, no es configuración cerrada de sentido, sino *archivo, ready-made histórico*, reservorio de recursos socializables irreductibles a la lógica de acumulación académica. Así, el objetivo no es la *contemplación* de estos archivos, su consideración desinteresada, sino su *puesta en uso*, su multiplicación como práctica y no como cosa, su deriva sin fin como exceso inapropiable de sentido, valor de uso irreducible a su valor de cambio.

De este modo, “actualización” es el nombre de un enlace político de presente y pasado, donde el pasado puede ser reactivado en su potencia crítica solo por un presente que se sepa interpelado y prefigurado en ese pasado. Y esto no es ninguna “proyección” del presente sobre el pasado (como supondría una concepción lineal): es la *acción retroactiva* de experiencias

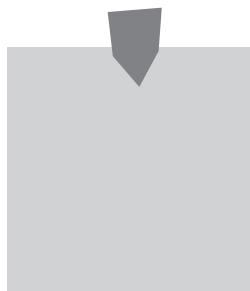
sedimentadas en las memorias políticas sobre su propia historia. Se trata de la puesta en juego de un rigor de nuevo tipo, ajeno a los controles epistémicos historicistas. Se trata del diseño de complejas constelaciones entre pasado y presente que no dejan intocado ni aquel ni este y que ponen en juego formas no lineales de temporalidad que nos obligan a repensar permanentemente nuestra relación con el saber y con la historia. *Red, archivo, uso*, son algunos de los dispositivos que interrumpen las formas usuales de escribir historia y de hacer política en ella.

No estamos, entonces, ante un nuevo “relato” de los 60-70, sino más bien ante un archivo discontinuo y móvil de aquellas experiencias. Y *eso* es lo que no se deja apropiar, ni por el mercado ni por la academia, incluso cuando sus “contenidos” puedan ser una y otra vez puestos a la venta: se trata de la lógica de un juego, no de sus fichas. Se piensa aquí a las vanguardias como

reservorio móvil de recursos para las luchas político-culturales contra el capital, ni más ni menos. Ayer y hoy, en una *actualidad* que excede la cronología y nos adentra en el corazón incandescente, ya no mítico, del mito. Tucumán Arde siempre aquí y ahora, solo aquí y ahora. En cada aquí y ahora que sepa interrumpir la lógica del fetiche, al saberse interpelado por un pasado de luchas que no es mero pasado. Despues de todo, si la vanguardia es algo que pueda y merezca ser “reactivado”, nada puede tener que ver con el gesto procaz o con la épica fundacional sino más bien con un silencioso desplazamiento de lógicas, con un sutil trabajo de anacronización, con las subterráneas fatigas del *viejo topo* de la cultura. Este libro es una cartografía mutante de las aventuras del caprichoso animalito.

Luis Ignacio García
UNC / CONICET

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 19 / 2015

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, como base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

La sección es organizada por Martín Bergel, Gabriel Entin y Ricardo Martínez Mazzola.

Franco Moretti,
El burgués. Entre la historia y la literatura,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, trad. Lilia Mosconi, 2014, 240 páginas

Los libros de Franco Moretti son siempre un recuerdo electrizante de las relaciones íntimas y necesarias entre crítica literaria e historia intelectual; cuánto más en este último libro, que desde el subtítulo propone ese lugar de enunciación intermedio *entre la historia y la literatura*. Claro que a Moretti le interesa la historia en un sentido amplio (la historia del capitalismo que lleva al presente), y por eso se lamenta de que su estudio no sea capaz de “aplicar la inteligencia del pasado a la crítica del presente” (en contraste, dice, con lo que logran los amigos a quienes se lo dedica, Perry Anderson y Paolo Flores D’Arcais). Pero esa tensión se hace presente de todos modos en algunos de los mejores rasgos del libro: en especial, un modo de incluir en la escritura –tanto a través de los ricos debates con otros autores como de las reflexiones sobre las maneras que elige para abordar y recortar cada uno de sus temas– los interrogantes actuales que explican los intereses históricos, haciendo participar a los lectores de su propia aventura intelectual.

El libro trata de la presencia de la figura del burgués en la literatura realista y del modo en que la experiencia burguesa moldea esa misma literatura. Lo hace siguiendo un ciclo histórico de despegue (*Robinson Crusoe*: el burgués

tratando de encontrar las palabras para expresar su existencia novedosa), afirmación y extensión en el siglo XIX (el “siglo serio” de la novela clásica, de Balzac y Eliot a Mann), y decadencia (la visión crítica de Ibsen). Y para ello combina una serie de recursos de lectura (es especialmente inspirador el modo en que interroga el libro de Defoe) con la identificación en una gran cantidad de novelas de ciertas “palabras clave” (útil, eficiencia, confort, serio, influencia, *earnest*) y formas de la prosa (continuidad, principio de realidad, objetividad/ subjetividad), en las que la experiencia burguesa se expresa en el ciclo novelístico. Como suele ocurrir en sus otros libros de historia literaria (especialmente en ese estudio fascinante que es el *Atlas de la novela europea*), Moretti utiliza de un modo desprejuiciado todos los recursos de los que dispone –o mejor, que él mismo ha ido produciendo en su ambición de renovar los enfoques–. Y no deja de ser significativo que el inventor del provocativo *distant reading* –el estudio serial de la producción literaria masiva posibilitado por el laboratorio que dirige en la Universidad de Stanford, que suele despertar suspicacias en los medios de la crítica literaria–, sea capaz de lecciones tan refinadas del muy tradicional *close reading* como las que da en *El burgués*, mostrando todo lo que la literatura es capaz de ofrecerle a la historia.

Adrián Gorelik

Roberto Calasso,
La marca del editor,
Anagrama, Barcelona, trad.
de Edgardo Dobry, 2014, 174
páginas

Los cuadernos, las notas y las memorias de los editores siempre ejercieron una fascinación especial. Una atracción semejante a la que producen las novelas de detectives clásicas: conocemos el delito, pero desconocemos el nombre del autor, al igual que las motivaciones y las acciones que emprendió para ejecutar su acción. Son sus marcas las que, a través de las preguntas correctas, nos permitirán llegar a él y a su trama. *La marca del editor*, el testimonio de Roberto Calasso, uno de los editores literarios y ensayistas más reconocidos de Europa, puede leerse de ese modo, con la sensación de estar develando el misterio tras el exquisito catálogo del sello italiano Adelphi. Pero también puede leerse de otra manera, no menos fascinante. Como una explícita y extremadamente lúcida afirmación y reivindicación del papel del editor en el juego de la cultura frente al avance de la economía y los negocios en el mundo de la edición. Proyecto que lo acerca a otras obras, tales como los ensayos “La edición sin editores” y “El dinero y las palabras” de otro gran editor, André Schiffrin, o los trabajos del sociólogo británico John Thompson. La “marca del editor” se hace presente, en primer lugar, en la elección de obras y autores. Este es el material que confiere identidad a un proyecto editorial, que define su lugar dentro del

panorama cultural de una lengua. Pero la tarea y la intervención del editor, señala Calasso, solo empiezan con la decisión de publicar cierta obra, cierto autor. A partir de allí se despliega una secuencia de acciones que concluirán con la existencia de un libro, y que determinarán sus posibilidades de ser reconocido y, quizás, leído. Así, la “marca” también se manifiesta en, por ejemplo, el celo obsesivo con que se escoge la imagen de una portada, se piensan las solapas, se diseña una publicidad, delimita una tirada, etc. Una “buena editorial” se define por publicar “buenos libros”, y para eso, sugiere Calasso, es preciso contar con editores que continúen concibiendo su trabajo como un arte. El editor como formador de paisajes mentales, como autor de una vasta obra llamada catálogo en que cada libro es un capítulo, como formador de lectores, pero también como un actor atento a los negocios, que no pierde de vista que el libro es también una mercancía. *La marca del editor* puede ser leído desde muchos ángulos en simultáneo: desde la historia del libro y la edición, pasando por la sociología de la cultura, hasta el placer estético que suscita encontrarse con una escritura fina e inteligente.

Alejandro Dujovne

Juan Pablo Scarfi,
El imperio de la ley. James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014, 251 páginas

El título sintetiza bien el despliegue de este libro, resultado de una tesis de maestría: el desarrollo de una disciplina y un cuerpo de doctrina como la del derecho internacional estadounidense. Se trató, como aclara Scarfi en la introducción, de “la construcción y desarrollo de un discurso sobre el derecho internacional en Estados Unidos y su impacto en América Latina entre comienzos del siglo xx y finales de los años treinta”. En este sentido, sigue de cerca la manera en que fue predicado como condición *sine qua non* de la excepcionalidad tanto estadounidense como latinoamericana frente a los modos europeos de resolución de conflictos internacionales. Condición que funcionaba a costa de desligar otra: la del imperialismo informal. Como bien sugiere Ricardo Salvatore en el prefacio, el libro es una indudable pieza en el haz de estudios sobre el “imperialismo informal estadounidense” –su acción en la relación saber/poder–: “la teoría del derecho internacional como una herramienta de construcción de un panamericanismo de ideas, principios y entendimientos”. Y lo es, también, en tanto que la perspectiva elegida es fundamentalmente la de la historia intelectual. Siguiendo la trayectoria de James Brown Scott, figura clave en el desarrollo, difusión y monitoreo

de esta práctica de derecho internacional, Scarfi sondea con buen pulso la red “interamericana” –en particular el vínculo Cuba-Estados Unidos– que dio legitimidad a esa nueva disciplina y, sobre todo, a la idea de que era posible aplicar el derecho sajón del *common law* a un derecho internacional de todo el continente; como si se afirmara que lo que era bueno para los Estados Unidos sería bueno para los estados latinoamericanos. La importancia que Scott daba a la formación de la opinión pública lo hacía verse casi como un apóstol de esa “buena nueva” para América Latina (y entonces, Scarfi también observa críticamente la negación o desestimación de las diferencias). Otro buen momento del libro está en el análisis de la búsqueda de Scott de una tradición en la que enlazar ese derecho internacional con un pasado específico: el derecho de gentes del español Francisco de Vitoria, buscando allí una suerte de “nueva base moral” signada por la “guerra justa”. Si hay una palabra que aparece apenas mencionada pero que es sustantiva a la hora de comprender el vínculo entre saber/poder es la de la geopolítica: en efecto, como afirma Scarfi, la prédica de derecho internacional era un “instrumento geopolítico para consolidar el imperio informal estadounidense”. Este libro puede ser leído también en esos términos: como un estudio sobre uno de los modos de la geopolítica estadounidense antes de la Segunda Guerra Mundial.

Ximena Espeche

Pilar González Bernaldo de Quirós (dir.), *Independencias iberoamericanas. Nuevos problemas y aproximaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015, 384 páginas

Pocos libros colectivos alcanzan la categoría de importantes, sobre todo en un clima de abundancia de publicaciones y reiteración de argumentos por la conmemoración de los bicentenarios de las revoluciones y de las independencias en Hispanoamérica. Este es un libro importante. Y lo es por tres motivos.

1) Reúne a catorce especialistas que representan gran parte de la renovación historiográfica sobre el siglo XIX iberoamericano y, en particular, sobre las revoluciones hispánicas: Antonio Annino, Jeremy Adelman, Marco Pamplona, Anthony McFarlane, Mónica Henry, Clément Thibaud, Víctor Peralta Ruiz, Geneviève Verdo, Samuel Amaral, Hilda Sabato, Marcela Ternavasio, Ana María Stuven, Véronique Hébrard, Fernando Devoto y Horacio Tarcus.

2) El libro funciona como una síntesis del “giro copernicano” de la historiografía sobre las independencias y de los principales debates en la renovación de la disciplina histórica –analizados en detalle por González Bernaldo en su soberbia introducción– a partir de la nueva historia política, la historia intelectual, la nueva historia jurídico-institucional, la historia conceptual, la nueva historia atlántica y la historia global “situada” (basada en interconexiones y circulaciones

históricamente constatadas). Estos enfoques dan forma a este giro copernicano que consiste en un cuestionamiento integral de los “espacios de inteligibilidad de los procesos revolucionarios” (p. 16). Así, se revelan las perspectivas más interesantes de reinterpretación del siglo XIX donde el objeto *revolución* se presenta como un conjunto de problemas, indicadores de “múltiples revoluciones dentro de la revolución” (p. 18).

3) La obra permite evaluar las potencialidades heurísticas –y los límites– de los dos principales responsables de esta renovación en la historiografía iberoamericana: Túlio Halperin Donghi y François-Xavier Guerra, a quienes González Bernaldo dedica el libro. Organizados en cinco secciones a partir de criterios epistemológicos e historiográficos, los artículos tratan problemas analizados o sugeridos por Halperin y Guerra: las dimensiones y las diferentes crisis de la monarquía hispánica (imperial, atlántica, de independencia, constitucional); las interconexiones entre espacios hispanoamericanos y entre estos y los Estados Unidos; la cultura jurídica y el constitucionalismo gaditano e hispanoamericano; la institucionalidad jurídica y económica en el Río de la Plata y las tensiones en la construcción de un sistema republicano y federal; la militarización de la vida política en Chile y Venezuela; las lecturas y relatos de origen de la revolución de Mayo en las historiografías liberal y marxista de la Argentina.

Gabriel Entin

María Victoria Crespo, *Del rey al presidente. Poder Ejecutivo, formación del Estado y soberanía en la Hispanoamérica revolucionaria. 1810-1826*, México, El Colegio de México, 2013, 432 páginas

Este libro es el resultado de la tesis doctoral de su autora en la *New School for Social Research*. Presenta una lúcida reconstrucción del presidencialismo como problema constitutivo de las revoluciones en Hispanoamérica a principios del siglo XIX a partir de una comparación de las formas de gobierno en el Río de la Plata, Venezuela y México. El eje que da unidad a los seis capítulos del libro son las formas de ingeniería política del Poder Ejecutivo. Para la autora, más que como un resultado institucional evidente de la revolución, el presidencialismo debe analizarse como una experimentación política de las élites revolucionarias a partir de coyunturas cambiantes. Desde una perspectiva de historia y sociología política, Crespo desafía varios lugares comunes en las interpretaciones del presidencialismo en América Latina: su identificación con una cultura monárquica hispánica, sus rasgos antidemocráticos y autoritarios, su tendencia a la centralización y personalización del poder, y su degeneración en gobiernos dictatoriales, caudillistas o cesaristas. Este desafío parte de la demostración del presidencialismo como creación de las revoluciones de independencia que se consolidaría como solución institucional contra formas autoritarias y personalistas del

poder. Así, afirma la autora, el primer presidencialismo en Hispanoamérica se fundó en una legitimidad democrática y constitucional, propia de la cultura republicana y liberal de las élites políticas. Crespo muestra que los diseños de Ejecutivo unipersonal surgieron como alternativa a la monarquía constitucional, a la dictadura republicana y a gobiernos caudillistas y cesaristas a partir de la necesidad de crear una autoridad política centralizada basada en la soberanía popular. Los capítulos 3 y 4 sobre la dictadura y el cesarismo son particularmente interesantes. Crespo ve una incidencia positiva y negativa de la dictadura en el presidencialismo. Positiva, porque desde su significado clásico como magistratura republicana se incorporó como poder de emergencia en algunas constituciones (Venezuela, 1819, y Colombia, 1821). Negativa, porque representó una forma autoritaria que debía prevenirse con un Ejecutivo legal. De la degeneración de la dictadura surgieron los cesarismos hispanoamericanos: liderazgos políticos y militares fuertes como los de Bolívar, Iturbide y San Martín. Mostrando las contradicciones que implican estas asociaciones (cuyo espejo principal era Napoleón), Crespo rescata el componente simbólico del cesarismo en la formación de la cultura y la institucionalidad presidencialista hispanoamericana, identificada con la larga duración, un Ejecutivo y un liderazgo fuertes, y la figura de un padre fundador.

Gabriel Entin

Patricia Funes,
Historia mínima de las ideas políticas en América Latina,
Madrid, Turner/El Colegio de México, 2014, 282 páginas

¿Cómo escribir una historia de las ideas políticas de dos siglos en América Latina en 282 páginas sin dejar grandes huecos o simplificar en exceso las complejidades de esta región del mundo donde los debates político-intelectuales fueron tan densos? La historiadora Patricia Funes lo logra en el formato de “ideas mínimas” que forma parte de una colección organizada por El Colegio de México. En efecto, la autora transita largas temporalidades en ese espacio “poco dócil para las generalidades que es América Latina”, donde la propia existencia del objeto a analizar resulta problemática.

Estructurado a partir de una imbricación de grandes obras, imaginarios, lenguajes y tradiciones políticos, palabras clave, ideas propiamente dichas y sensibilidades culturales, el libro va (re) construyendo el clima de época en cada momento histórico desde las independencias –en plural– hasta “la memoria obstinada” de los primeros años del siglo xxi frente a los estragos de la violencia política y las dictaduras.

La autora se mueve con destreza al pasar de la revolución al orden postindependencia; después a la “evolución” y, más tarde, a unos centenarios que obligaron a los estados oligárquicos a tratar de construir lo que en el lenguaje actual serían sus “marcas país”, resaltando

virtudes e invisibilizando a sus “otros” vergonzantes (negros, indios, etc.). Luego el macroscopio nos acerca al antiimperialismo, a los populismos y a nuevas revoluciones, en un subcontinente subsumido en la idea de Tercer Mundo (región en la que, como se afirmaba en el discurso de entrega del Premio Nobel de 1967 al guatemalteco Miguel Ángel Asturias, “interesantes eventos estaban teniendo lugar”). Tampoco faltan las vanguardias, los intelectuales y el compromiso, los imaginarios de liberación (y desarrollo) o dependencia, o las difíciles conquistas democráticas. Siempre se destaca una tensión: ¿cambiar el orden u ordenar el cambio?

En este marco, comparaciones como la de las décadas del veinte y del sesenta, que la autora ya ha venido trabajando, contribuyen a alejar al texto de un mero “recuento de ideas”. En este libro el lector reencontrará a viejos conocidos de la historia latinoamericana, conocerá nuevos personajes y, al mismo tiempo, podrá ver mejor cómo las ideas en juego en cada momento dialogaban con climas y sensibilidades transnacionales. Como apuntó Jorge Dotti, “leer textos ajenos genera inevitablemente respuestas autóctonas; más aun: receptar y concretizar discursos que se generan en otros ámbitos es siempre un gesto original por menardista que fuere”. Y no fue de otro modo en estos dos siglos de pensamiento latinoamericano.

Pablo Stefanoni

Saúl Sosnowski (comp.), *Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 2014, 320 páginas

Treinta años más tarde, esta reedición en la serie de los dos siglos viene a sumarse, como bien lo dice Jorge Lafforgue, a los textos constitutivos del proceso cultural de nuestra nación. En este caso, se invita a reflexionar sobre las marcas que la represión de la última experiencia militar dejó en la cultura, y sobre el papel que le cabía a la cultura en el proceso de redemocratización. El libro compila las intervenciones de los invitados por Saúl Sosnowski a participar del encuentro de título homónimo que se realizó en la Universidad de Maryland en diciembre de 1984: se publican los trabajos de Hipólito Solari Yrigoyen, Túlio Halperin Donghi, Mónica Peralta Ramos, José Pablo Feinmann, Beatriz Sarlo, Luis Gregorich, Juan Carlos Martini, Noé Jitrik, Jorge Lafforgue, León Rozitchner, Tomás Eloy Martínez, Liliana Heker, Osvaldo Bayer y Santiago Kovadloff.

A un año de la victoria electoral del radicalismo y de la “vuelta a la democracia”, Maryland operó como lugar de encuentro entre los que se exiliaron y los que se quedaron en el país, bajo las nuevas coordenadas que imponía la democracia: la búsqueda de consenso y la necesidad de respetar las diferencias y estimular el diálogo. En este contexto, tuvo lugar, en palabras de Sosnowski, “la discusión febril de las discrepancias”. Por un lado,

hubo críticas y escasas autocriticas, defensas, justificaciones y enconos personales; por otro lado, el expreso llamado a la tolerancia, al disenso y a la convergencia funcionó como espíritu unificador. Es así que, más allá de las diversas tradiciones político-ideológicas de los participantes, el libro está atravesado por el intento de reflexionar críticamente sobre el pasado reciente, sobre la autocrítica y el testimonio y sobre el exilio y los intelectuales. Resulta interesante apuntar que, sin proponérselo, todas las intervenciones dieron cuenta del momento de crisis de los lenguajes políticos y culturales; de las dificultades que implicaba definir el pasado reciente en busca de verdades, realidades o falsedades; de hablar del exilio y de los exiliados, buscando diferenciar un adentro y un afuera, y de pensar la democracia como momento fundacional o de cambio.

En el nuevo prólogo, Saúl Sosnowski afirma que la utilidad de reeditar este volumen lo ubica en el incómodo lugar de la actualidad, donde cultura, represión y redemocratización todavía no forman parte de una experiencia superada. Justamente por ello vale la pena explorar este momento de quiebre, no como instancia cerrada del pasado reciente sino como momento productivo para ahondar en las fisuras del entramado político cultural que nos permita una mejor comprensión de ese período y de la emergente democracia.

Martina Garategaray

Pablo Stefanoni, *Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)*, La Paz, Plural editores, 2015, 384 páginas

Como ha señalado frecuentemente la historia intelectual latinoamericana, los fenómenos de recepción de ideas producen combinaciones que a primera vista, y en otros contextos, pueden resultar sorprendentes. Sobre la base de un rastreo minucioso de fuentes de muy diverso tipo, que reconstruyen las lábiles y cambiantes redes culturales y políticas, este libro organiza el horizonte intelectual de la Bolivia de los años '20 y '30, con sus diversas combinaciones de nacionalismo y socialismo, entre ellas la del “socialismo militar”. En su introducción, el libro presenta la hipótesis que guía el recorrido: en el período estudiado la ideología liberal entra en crisis, y las alternativas que a ella se oponen, fundadas en el marxismo, el vitalismo, el eugenismo, se articulan bajo diferentes figuras de socialismo.

La primera parte del libro reconstruye los “usos” del socialismo en la Bolivia del Centenario. Stefanoni da cuenta del surgimiento de los primeros grupos socialistas, nacidos de las organizaciones gremiales locales y apoyados por revistas culturales como *Arte y Trabajo*. Aborda también los vínculos entre intelectuales, dirigentes obreros e indígenas, a la vez que destaca, con gran originalidad, el vínculo complejo que los líderes indígenas mantenían con el discurso republicano.

La segunda parte analiza las posiciones durante la Guerra del Chaco. El conflicto, subraya el autor, dio una oportunidad para la expansión de propuestas de superación del liberalismo: por ejemplo, la comunista, que planteaba una estrategia de “clase contra clase” y no dejaba de formular paradojas en una sociedad mayoritariamente campesina; o una propuesta como la del arqueólogo Arturo Posnanski, quien apoyado en Spengler sostenía un discurso sobre las “razas superiores” que le permitía identificar una de ellas en los aymaras “constructores de Tiawanaku”.

La tercera parte da cuenta del ascenso al poder del socialismo nacionalista en los años de posguerra. Una clave de ese ascenso es la existencia de un mito movilizador eficaz, el “mito del Chaco”, la idea de la hermandad nacida de la trinchera y la del excombatiente como aquel que está autorizado a hablar en nombre de la comunidad y de la nación. Stefanoni da cuenta del ascenso al poder del socialismo militar en los gobiernos de José David Toro y Germán Busch: analiza sus propuestas de representación funcional, que incorporaban a los indios sin pensarlos como iguales, y destaca su desconfianza en la existencia de un movimiento obrero independiente. Finalmente, analiza el abrupto final de esa experiencia planteando hipótesis interesantes sobre sus legados, relevantes para experiencias políticas posteriores.

Ricardo Martínez Mazzola

Roy Hora,
Historia del turf argentino,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2014,
281 páginas

Sobre el telón de fondo de una historia social del turf argentino, Roy Hora concentra su atención en la relación entre tres actores: la poderosa élite que poseía el control institucional del hipódromo como espectáculo y era propietaria de los caballos, los jinetes profesionales que exhibían sus destrezas en las pistas y los aficionados que poblaban las tribunas populares. Explorando un universo pocas veces indagado en la Argentina esta investigación ubica el hipódromo, desde sus inicios en el siglo XIX hasta nuestros días, como un espacio de interacción social con valores y gustos compartidos, pero también estructurado por relaciones de poder, marcado por disputas y tensiones. La cambiante relación entre los tres actores que focaliza el libro nos habla de las transformaciones que experimentó el turf impulsadas por fuerzas tales como el poder de la élite propietaria, pero también por la profesionalización y la mercantilización de un espectáculo que, mucho antes que el fútbol, conoció un período de masiva adhesión popular.

El largo período que aborda este trabajo permite explorar los orígenes del turf en la Argentina, y su relación con la cultura británica local, para verlo convertirse en una de las principales aficiones –y fuente de inversión– de las élites patricias, hasta llegar a transformarse en un verdadero

furor nacional y experimentar, finalmente, un lento pero persistente retroceso desde el segundo cuarto del siglo XX hasta el presente.

Para ello, el libro pone en el centro de la escena una serie de elementos culturales hasta ahora desatendidos, como el protagonismo de los caballos argentinos que llegaron a contar con renombre y fama internacional: la pasión por los caballos Botafogo y Grey Rex desbordaba las tribunas, transformando el Hipódromo Argentino de Palermo en la arena más famosa de toda América Latina. Asimismo, analiza las preezas de jockeys como Leguisamo, que marcaron la profesionalización y la democratización del turf, y el despliegue de cronistas especializados, como fue el caso de Last Reason; y también la fuerte afición que el turf encontró en figuras paradigmáticas del *star system* local como Carlos Gardel y José Razzano, y los tangos que tienen a este universo como centro de atención y observación.

Por último, este relato permite abordar un escenario compartido entre el Jockey Club y algunos nombres clave de las élites dedicadas a la cría de pura sangre, las clases medias, sus debates y cuestionamientos a esta afición y la masividad de un espectáculo que hasta mediados del siglo XX colmaba sus tribunas con espectadores de sectores populares.

Ana Cecchi

Nora Pagano y Martha Rodriguez (comps.), *Conmemoraciones, patrimonio y usos del pasado. La elaboración social de la experiencia histórica*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014, 191 páginas

Este libro compila ponencias en su mayoría presentadas en las *II Jornadas Internacionales de Historia, Memoria y Patrimonio. Las conmemoraciones en una perspectiva comparada*, organizadas conjuntamente en noviembre de 2013 por el Instituto de Investigaciones en Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” y el Instituto de Investigaciones sobre el Patrimonio Cultural de la Universidad Nacional de General San Martín. Los nueve artículos que lo integran abordan temas, espacios y períodos muy diversos, aunque con anclaje preponderante en la Buenos Aires del siglo xx. Unifica la diversidad de casos la preocupación común por indagar en la cultura histórica (Jörn Rüsen) desde las representaciones y escenificaciones que cada sociedad propone de su pasado en cada presente, más allá del discurso del historiador profesional o de una supuesta univocidad estatal. Uno de sus mayores aportes es mostrar tanto el juego, en armonía y tensión, de las múltiples voces –gubernamentales, institucionales, asociativas, partidarias e individuales– como la heterogeneidad de medios y canales involucrados en la administración, gestación y difusión de la experiencia memorialista; una experiencia

destinada a legitimar presentes y proyectar futuros.

El primer artículo pertenece a Fernando Devoto y está dedicado a reflexionar sobre los horizontes de temporalidad y el tipo de acontecimiento que representa la conmemoración centenaria de la Revolución de Mayo. Eduardo Hourcade se aboca a un ritual político con impacto en las efemérides: las repatriaciones de próceres, con especial atención al caso de Rosas. Martha Rodriguez examina la intervención de historiadores, funcionarios y empresas editoriales en la producción editorial y multimedia durante el Bicentenario argentino. María Elena García Moral analiza las apropiaciones de los sesquicentenarios de mayo y de julio (1960 y 1966) por parte del socialismo y el comunismo argentinos. En un período previo a la creación del partido socialista, Sofía Seras examina las discusiones en el periódico *El Obrero* (1890-1893) sobre las fechas conmemorativas y sus implicaciones identitarias en la izquierda argentina. Javier Moreno Luzón estudia el ciclo de centenarios de la España regeneracionista entre 1898 y 1918. Gabriela Siracusano reflexiona sobre la función del color y la iconografía del arco iris en el mundo andino anterior y posterior a la conquista. Nora Pagano estudia las conmemoraciones y las declaratorias sobre patrimonio gestionadas durante el primer peronismo. Por último, Sabina Loriga indaga en los usos nacionalistas italianos detrás de la hipótesis de la autoctonía respecto del “misterio etrusco”.

Pablo Ortemberg

Paula Bruno (coord.), *Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936*, Buenos Aires, Biblos, 2014, 307 páginas

En los últimos años, y en consonancia tanto con el giro material de la historia cultural como con la consolidación de la historia global, han crecido las indagaciones acerca del papel de los viajes en la conformación de los espacios intelectuales argentinos. Lo más frecuente ha sido abordar a los intelectuales que viajaron por el mundo, reconstruyendo sus trayectorias y dando cuenta de sus miradas sobre otras sociedades. La propuesta de Paula Bruno y los autores que participan de esta compilación es complementaria: abordar las visitas que intelectuales extranjeros realizaron a la Argentina entre 1898 y 1936. Los trabajos comparten una grilla que organiza las visitas en tres momentos: el de los preparativos, indagando en los motivos del viaje y en los núcleos locales con los que los viajeros establecen vínculos no siempre armoniosos; la visita propiamente dicha, lo que suele comprender un protocolo establecido de conferencias, clases, viajes de estudio y entrevistas en la prensa; y, por fin, las marcas que deja el viaje en el visitante y en el medio local.

Luego de reconstruir el viaje que Pietro Gori realiza a la Argentina de fin de siglo, donde permanece cuatro años y se vincula tanto con el anarquismo local como con la élite intelectual, el libro da cuenta de visitas que, como la del krausista español Rafael

Altamira o la del líder radical francés Georges Clemenceau, tienen lugar hacia el Centenario. A continuación, dos trabajos presentan visitas en espejo: las de Jean Jaurès y León Duguit en 1911, iluminando las diferencias tanto en sus posiciones en el escenario político e intelectual francés como en las redes con las que interactuaron en la Argentina; y las de José Ortega y Gasset y Eugenio D'Ors, trazando una línea de continuidad que sostiene una lectura vitalista y juvenilista. A estos trabajos le siguen otros dos que reconstruyen los impactos disímiles que una misma visita, la de Albert Einstein en 1925, produce en dos medios muy distintos, la comunidad científica y la comunidad judía argentina.

El libro se cierra con artículos que, abordando los años '20 y '30, dan cuenta de una serie de visitas caracterizadas por el malentendido: Le Corbusier no encuentra en la Argentina los encargos esperados, Filippo Marinetti parece menos innovador que lo augurado, Jacques Maritain desaira a los nacionalistas que esperan encontrar en él a un portavoz autorizado, Waldo Frank propone la creación de una revista americanista y surge *Sur*, Rabindranath Tagore se recluye en una quinta prestada por Victoria Ocampo. El ejemplo del indio, cuya contravención del protocolo establecido por los viajeros no hace más que popularizar su imagen de misterioso sabio oriental, muestra que el malentendido puede ser muy productivo.

Ricardo Martínez Mazzola

Sandra Fernández y Paula Caldo,
La maestra y el museo: gestión cultural y espacio público, 1939-1942,
Rosario, El Ombú Bonsai, 2013, 172 páginas

La maestra y el museo se detiene en el estudio de una figura singular del magisterio normalista, la de Olga Cosettini, y en un episodio que la tiene como protagonista: en 1939 organiza en el Museo Municipal de Bellas Artes J. B. Castagnino de la ciudad de Rosario una muestra denominada *El niño y su expresión*, en la que se expusieron los trabajos de arte realizados por los alumnos de la escuela de la que ella era directora. El libro de Sandra Fernández y Paula Caldo, escrito en clave de historia cultural y también haciendo uso de las herramientas de la historia intelectual, ensaya un análisis detallado sobre cómo se gesta ese acontecimiento y cómo este se constituye en un episodio clave en el itinerario de una de las protagonistas del movimiento de la *escuela nueva* en la Argentina.

El cuerpo principal del texto está dividido en cinco secciones que se ocupan de diversos aspectos relacionados con la vida y las prácticas de esta maestra. En el primero se discute el contexto político e ideológico en que se desarrolla el experimento educativo de Cosettini. El énfasis está puesto en explicar cómo pudo surgir una propuesta educativa progresista en un contexto político marcado por el fraude y el recorte de las libertades individuales. La segunda

sección pone el lente sobre la figura misma de Cosettini, a la que describe como un producto del normalismo pero también como una intelectual. En este punto reside una de las apuestas más interesantes y productivas de Fernández y Caldo: recuperar a los miembros del magisterio como un objeto de estudio de la historia intelectual. Al respecto las autoras afirman que las investigaciones sobre intelectuales se concentran en torno de figuras masculinas y donde "las mujeres quedan en muchos casos fuera del ámbito de lo intelectual". "Exclusión" que, para Fernández y Caldo, "es aun más contundente para el caso de aquellas mujeres que ejercieron el magisterio", dado que esta labor fue naturalizada desde sus inicios como una extensión de la maternidad (p. 78). La tercera y la cuarta sección se centran en el estudio de la muestra y en el libro que de ella se deriva. Las autoras observan cómo un proyecto incubado en lo escolar repercute más allá de este espacio y permite a Cosettini afianzar su lugar entre la intelectualidad de la época. Finalmente, el texto se detiene en el viaje que la educadora realiza los Estados Unidos gracias a una beca Guggenheim. El éxito de Cosettini, según el texto, se sustenta en los méritos de su obra pero también en la capacidad de tejer a su alrededor una densa red de sociabilidad que incluía a algunos de los intelectuales más destacados del momento.

Flavia Fiorucci

Mario Glück,
La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez, 1898-1954,
Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2015, 357 páginas

Resultado de la tesis doctoral que su autor defendió en la Universidad de Rosario, este libro realiza una reconstrucción minuciosa de la biografía intelectual de Juan Álvarez. Autor de ese libro tan singular que es el *Estudio sobre las guerras civiles argentinas* (1914), Álvarez ofreció una interpretación sobre la organización nacional descentrada de las diferentes tradiciones historiográficas. Y en el seguimiento que hace Glück de los diferentes debates en que participó y a través de los cuales fue construyendo su lugar en las escenas culturales rosarina y nacional (los debates contra los nacionalismos, contra la reforma universitaria, contra el lugar de Buenos Aires), es posible ver que ese descentramiento está muy ligado tanto a una idiosincrasia intelectual que funcionaba a contracorriente, como a la propia identificación de Álvarez con esa ciudad tan especial en el mapa cultural argentino que es Rosario. Es esa la ciudad desde la que imagina la nación, y los contextos intelectuales, sociales, políticos e institucionales en los que su biografía se va tramando, reconstruidos en detalle en el libro, son muy elocuentes acerca del modo en que ese imaginario de Álvarez –liberal, cosmopolita, alberdiano– se fue conformando. Cabe decir, de todos modos, que esa

reconstrucción contextual por momentos parece opacar el reconocimiento de su originalidad como historiador, para lo cual sería quizás necesario recuperar una lectura más en profundidad de algunas obras clave, como el *Estudio sobre las guerras civiles* mencionado o *El problema de Buenos Aires en la República Argentina* (1918).

En cambio, es lógico que el lugar de Rosario en esta reconstrucción convierta al capítulo sobre la *Historia de Rosario* (1943) de Álvarez en el epicentro del libro, donde más densamente se encuentra la biografía intelectual con la historia de las ideas. Allí se entiende cómo Álvarez fue construyendo su inconformismo incluso frente al *ethos* de esa *self made city* tan vinculado a su personalidad. Para la época en que escribe esa historia se han producido mutaciones muy importantes en sus ideas, y Glück nos muestra cómo se fue desplazando desde el consecuente liberalismo inicial a un conservadurismo nostálgico del orden conservador y obsesionado por el comunismo. Es especialmente elocuente, en ese sentido, el modo en que el libro despliega los cambios que Álvarez va sufriendo en su propia valoración sobre la centralidad de la explicación económica en el *Estudio sobre las guerras civiles*, desde una primera autocrítica dirigida a contentar a los historiadores de la Nueva Escuela, hasta otra mucho más radical orientada a desligar el libro de cualquier interpretación materialista.

Adrián Gorelik

Jorge Nallim,
Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo en la Argentina en el período 1930-1955,
Buenos Aires, Gedisa, 2014, 304 páginas

El trabajo de Nallim parte de una constatación: la profunda revisión que la historiografía ha emprendido con respecto a los años '30 y '40 no ha alcanzado a la tradición liberal. Relacionando esa falta con la continuidad de una mirada que limita esa tradición a su vertiente conservadora, representada por los gobiernos de la “Concertación”, propone un abordaje que abarque al conjunto de los liberales: a los conservadores, pero también a los radicales, a los socialistas y a los demoprogresistas; a los políticos, pero también a los intelectuales.

El libro se organiza en forma cronológica. El capítulo 1 subraya que, por concentrarse en las tareas de la construcción estatal, el liberalismo argentino anterior a 1930 estuvo más preocupado por el orden que por limitar el poder, lo que reforzó su dimensión conservadora y el pragmatismo económico. Los capítulos 2, 3 y 4 abordan el período que va de 1930 a 1938. En primer lugar se presentan las posiciones de los actores políticos, dando cuenta de las dificultades de la Concertación, en la que los liberales conservadores convivían con sectores abiertamente antiliberales, y también de las fuerzas opositoras que, aunque recuperaban la tradición liberal para oponerse a gobiernos autoritarios, se mostraban

incapaces de construir un liberalismo popular. El capítulo 3, que aborda el espacio intelectual, se centra en la revista *Sur*, la SADE y el Colegio Libre de Estudios Superiores; el capítulo 4 se ocupa del debate económico y da cuenta de las controversias que las políticas intervencionistas impulsadas desde el gobierno generaron en la propia Concertación y en unas fuerzas opositoras que, aun sin rechazar toda intervención en la economía, tendieron cada vez más a ligarla al autoritarismo político.

Los capítulos 5 y 6 abordan los años de la guerra. Uno indaga el escenario político y el mundo intelectual, ligados a través de tupidas redes, señalando la función disciplinaria que la apelación antifascista cumplía en la vida interna de los partidos; el otro el debate económico, subrayando que, especialmente después de 1943, los antifascistas devenidos en antiperonistas asociaron la defensa de las libertades políticas con la afirmación de la libertad económica. Esa vinculación llegó a su punto máximo en los años peronistas, abordados en el capítulo 7, en el que Nallim se pregunta qué entendían los antiperonistas por liberalismo. Luego de trazar los cruces entre políticos e intelectuales en el mundo antiperonista, responde que esa definición igualaba la libertad política, la cultura universal y –en oposición a un peronismo que apelaba al estatismo–, el liberalismo económico.

Ricardo Martínez Mazzola

Alexia Massholder,
El partido comunista y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agosti,
Buenos Aires, Luxemburgo, 2014, 325 páginas

La historia de los vínculos que establecieron numerosos intelectuales y artistas con los partidos comunistas es un tópico crecientemente visitado por la historiografía. Un mejor acceso a las fuentes editadas e inéditas y una distancia analítica que permite dimensionar este fenómeno político-cultural explican que, paulatinamente, ese capítulo se esté agregando a la historia intelectual del siglo xx. El libro de Massholder se inscribe, en parte, en esa renovación historiográfica. En su estudio sobre la trayectoria del intelectual comunista Héctor Agosti la autora confecciona una historia del entramado de prácticas y representaciones intelectuales ligadas al comunismo en la Argentina. Sin embargo, su objetivo principal no es este, sino comprender, por un lado, las características de la subjetividad militante y la forma en que se construyó el sentimiento de pertenencia partidaria; y, por otro lado, demostrar la originalidad y vigencia del pensamiento de Agosti.

En su intento de probar este último punto, la autora confronta con una interpretación historiográfica, a la que caracteriza como “hegemónica” u “oficial”, ligada a la figura del converso José María Aricó. A esa disputa, en la que se cruzan la interpretación sobre los “costos” de la pertenencia

partidaria y los debates acerca de los límites y los alcances de la disciplina y la autonomía intelectual, la autora dedica la mayor parte de sus reflexiones. Massholder no esquiva posicionamientos al respecto, lo que por momentos la lleva a un tipo de análisis en el que solo se dirimen errores y aciertos de los sujetos estudiados. Aun así, en su estudio de fuentes variadas sobre la obra y la vida de Agosti, de sus lecturas de Antonio Gramsci y de sus vínculos con otros intelectuales partidarios y extrapartidarios, se expresa el valor de su trabajo historiográfico.

Laura Prado Acosta

Cristina Tortti (dir.), Mauricio Chama y Adrián Celentano (co-dirs.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*, Rosario, Prehistoria, 2014, 256 páginas

El equipo dirigido por Cristina Tortti viene trabajando desde hace años en la reconstrucción de los elusivos recorridos que los grupos de la nueva izquierda argentina emprendieron en los largos sesenta. El libro que se reseña tiene la virtud de, en buena parte gracias al texto con el que Tortti lo abre, ordenar un campo de indagación que suele compartir la fragmentación de su objeto.

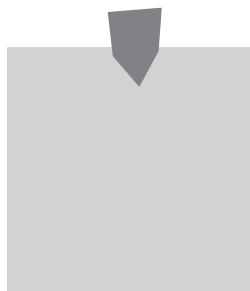
Ese orden es particularmente destacable dada la pluralidad de perspectivas de los trabajos reunidos. Algunos proponen una poco habitual perspectiva transnacional: Aldo Marchesi da cuenta del rol que la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), impulsada luego de algunas reticencias por Cuba, tuvo en la consolidación de grupos que adoptaban estrategias de lucha armada –como el PRT en la Argentina, el MIR en Chile o Tupamaros en el Uruguay–; Inés Nercesián reconstruye los vínculos de los núcleos de nueva izquierda argentina con gobiernos nacionalistas latinoamericanos y destaca cómo esas experiencias eran refractadas por las interpretaciones acerca de las disputas políticas dentro del peronismo. Otros abordan experiencias de vinculación entre grupos: Mora González Canosa da cuenta de las tensiones que caracterizaron la

experiencia de las Organizaciones Armadas Peronistas, una efímera experiencia de coordinación que entre 1971 y 1972 ligó a FAR, FAP, Montoneros y Descamisados; Mauricio Chama reconstruye la vida de la Comisión de Familiares de Detenidos que, en los años '60, ligó a abogados y militantes peronistas y de izquierda. Finalmente, algunos abordan experiencias políticas particulares: Adrián Celentano analiza el surgimiento de Vanguardia Comunista en el seno de la izquierda socialista, sus debates con la izquierda nacional y las tácticas foquistas, y reconstruye sus apuestas en los movimientos obrero y estudiantil; Juan Alberto Bozza da cuenta del modo en que los grupos radicalizados del peronismo experimentaron agrupamientos y divisiones; Horacio Robles aborda un espacio geográfico acotado, los barrios de la periferia platense, para interrogar el vínculo que Montoneros estableció con los sectores populares.

El libro se cierra con una joya: “Estudiantes y populismo”, el capítulo, inédito en castellano, con el que Juan Carlos Portantiero cerraba su libro *Studenti e rivoluzione nell’America Latina*, publicado en Italia en 1971. El texto es antecedido por un valioso estudio en el que Tortti y Celentano lo señalan como una síntesis de la mirada de la nueva izquierda y lo ligán a otras obras y a las apuestas políticas de Portantiero, arrojando luz sobre las razones por las que el sociólogo habría decidido no incluirlo en la versión castellana del libro.

Ricardo Martínez Mazzola

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 19 / 2015

Tulio Halperin Donghi (1926-2014)

Tulio Halperin Donghi falleció el 14 de noviembre de 2014, en su casa de Berkeley, California, a los 88 años de edad. El eco que su muerte suscitó a ambos lados del Atlántico nos recuerda que el autor de *Revolución y guerra* fue no solo el mejor historiador argentino del siglo XX sino también una figura de referencia para los estudiosos del pasado latinoamericano. Nacido en Buenos Aires el 27 de octubre de 1926, Halperin Donghi escribió una veintena de libros y más de cien artículos. Prolífico y erudito, incisivo e iconoclasta, su ambición de conocimiento traspasó las fronteras disciplinarias. Su registro temático fue inusualmente amplio: escribió sobre intelectuales y pensadores, sobre política y cultura. Pero también hizo contribuciones notables a la historia social y económica e incluso a la fiscal. La amplitud de su cultura histórica –en rigor habría que decir de su cultura– era proverbial. Parecía haber leído y asimilado todo.

Halperin Donghi vino al mundo en el seno de una familia de inmigrantes que habían arribado a la Argentina en el paso del siglo XIX al XX. Una generación más tarde, sus padres se ganaron un lugar en el sistema de educación superior y en el mundo letrado porteño. Ese hogar, formado por un profesor de latín y una profesora de literatura que se conocieron como estudiantes universitarios y desde entonces permanecieron vinculados a la enseñanza superior, lo introdujo casi naturalmente en el mundo de la cultura. Sin embargo, inicialmente quiso tomar otro rumbo. Luego de finalizar sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires ingresó a la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales con el fin de estudiar química. Tres años más tarde, sin embargo, abandonó esta carrera, ce-

diendo al deseo de ser historiador. Ya antes de terminar sus estudios universitarios en esta disciplina había publicado varios artículos sobre Sarmiento y otras figuras de la generación del 37 y su primer libro, *El pensamiento de Echeverría* (1951). Durante esos años de formación se vinculó con José Luis Romero y, a través de este, con Fernand Braudel, con quien pasó una temporada de estudios mientras preparaba su tesis doctoral, *Los moriscos en el reino de Valencia (1520-1609)* (1954).

Desoyendo el consejo de estos influyentes mentores, abandonó los temas de historia europea moderna una vez que recibió su doctorado. A partir de ese momento, se dedicó al estudio del pasado latinoamericano. Su siglo fue el XIX, pero se movió con gran familiaridad discutiendo la Revolución Cubana y la Revolución Mexicana, el batllismo y el peronismo, las reformas borbónicas y la literatura latinoamericana. El dominio que pronto alcanzó de ese vasto territorio se advierte en *Historia contemporánea de América Latina*, aparecido en 1967, cuando apenas tenía 40 años, que presenta un sofisticado cuadro de conjunto y revela una fina sensibilidad hacia las singularidades de más de diez historias nacionales. Ese texto, traducido a varios idiomas y reeditado en reiteradas oportunidades, le dio una proyección continental y lo convirtió en un referente de los estudios latinoamericanos. Unos años más tarde volvería a ofrecer visiones panorámicas en *Hispanoamérica después de la independencia: consecuencias sociales y económicas de la emancipación* (1972) y en *Reforma y disolución de los imperios ibéricos* (1985). A la historia latinoamericana destinó su último gran libro, *Letrados y pensadores. El perfilamiento del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX* (2013).

Su principal foco de interés, sin embargo, fue la historia argentina. Aun cuando pasó la mayor parte de su vida profesional fuera del país –luego de breves estancias en Harvard y Oxford en 1972 se estableció en la Universidad de California, Berkeley–, a su manera él también participó de esa convicción tan idiosincrática entre los argentinos que hace de este país el centro del universo. En su caso, esta actitud no reflejaba una visión alienada sobre el peso específico de la Argentina en el mundo sino, más bien, la intensidad de su peculiar compromiso con los destinos de la comunidad que dejó en 1966, cuando la dictadura de Onganía lo privó de su cargo en la universidad y lo forzó a comenzar una carrera internacional.

Su obra tiene un personaje central, el hombre de letras. Halperin Donghi trazó el perfil de esta figura y sus mutaciones desde la colonia hasta mediados del siglo xx. Una y otra vez volvió sobre los letrados, desde sus primeros trabajos sobre Sarmiento hasta *El enigma Belgrano* (2014), publicado pocas semanas antes de su muerte. Estos dos nombres dicen mucho sobre el tipo de personajes que más lo atraían y, a la vez, sobre cómo concebía esta exploración. Halperin Donghi solía colocar el foco en los hombres de cultura pero se interro-gaba por la relación entre los integrantes de la élite intelectual y el campo del poder y, en un sentido más amplio, por la sociedad de la que los letrados formaban parte. Sin renunciar a poner de relieve todo lo que de específico y singular tiene la esfera de las creaciones textuales y las disputas entre los agentes del campo de las ideas, la marca distintiva de su trabajo era la pregunta de qué podía verse no solo en ellos y su entorno inmediato sino a través de ellos. Fue un excepcional historiador de los intelectuales, pero fue mucho más que eso: un historiador de la sociedad y, en particular, de la sociedad nacional.

Sus trabajos sobre la historia argentina giran en torno a tres núcleos. En la década de 1960 concentró su atención en el ocaso del orden co-

lonial, la revolución de independencia y la sociedad surgida bajo el impacto de la guerra de independencia y la incorporación a la economía atlántica. Integró todas estas facetas en el gran cuadro de conjunto que ofreció en *Revolución y guerra: formación de una élite dirigente en la Argentina criolla* (1972), con frecuencia considerado el mejor libro de historia argentina. Este ciclo también dio lugar a trabajos como *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (1962) y *Argentina: de la revolución de la independencia a la confederación rosista* (1972).

Desde la década de 1970, su curiosidad giró hacia la segunda mitad del siglo xix. En esos años, por otra parte, dejó progresivamente de lado el tipo de estudios de historia económica y social que había cultivado en la etapa previa de su carrera y concentró sus esfuerzos en un arco más acotado de cuestiones: la vida política, el debate de ideas y la formación del Estado. De ese período data su célebre *Proyecto y construcción de una nación: Argentina, 1846-1880* (1980), pero también *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino* (1982), y *José Hernández y sus mundos* (1985).

En la década de 1990 volvió a cambiar su foco de interés, dirigiéndolo al análisis de la política y las ideas políticas en la Argentina de la primera mitad del siglo xx. Escribió dos importantes estudios que tienen por tema el impacto de la democratización sobre el orden político y el debate intelectual: *Vida y muerte de la República Verdadera* (1999) y *La República Imposible* (2004). Estos trabajos fueron acompañados por dos estudios más específicamente centrados en el mundo de las ideas, *La Argentina y la tormenta del mundo: ideas e ideologías entre 1930 y 1945* (2003) y la compilación de ensayos *Las tormentas del mundo en el Río de la Plata*, aparecida póstumamente en 2015. En esta etapa también realizó incursiones en el estudio de la segunda mitad del siglo xx, pero dejó inconclusa una

historia general algunos de cuyos argumentos presentó en *La larga agonía de la Argentina peronista* (1994). También publicó un libro de memorias sobre el primer tercio de su vida, *Son memorias* (2008).

Obra abierta, capaz de dialogar con los cambios en la sociedad y la cultura, la reflexión de Túlio Halperin Donghi está marcada por la convicción de que el pasado ayuda

a iluminar el presente tanto como el presente al pasado. No es exagerado afirmar que, amén de un hito en los estudios sobre América Latina, su obra contribuyó como ninguna otra a definir el terreno sobre el que se erige la mejor historiografía argentina contemporánea.

Roy Hora
UNQ / CONICET

Peter Gay (1923-2015)

Peter Gay nace en Berlín en 1923, con el nombre Peter Joachim Fröhlich. Modifica su apellido transformándolo en su equivalente inglés, Gay, luego de reiniciar su vida en los Estados Unidos tras huir junto a su familia de la Alemania nazi en 1939. Recibe su doctorado en 1951 en la Universidad de Columbia, institución en la que enseña hasta su nombramiento en Yale en 1969. Allí trabaja desde entonces y se jubila en 1993. Fallece en 2015, legando una obra inmensa e influyente en tres grandes conjuntos temáticos: la historia de la Ilustración europea, las relaciones entre historia y psicoanálisis y las memorias sobre Alemania.

Historiador ambicioso, Peter Gay se especializa en la historia de las ideas, aunque quiere ir más allá de las ideas entendidas como contenidos de conciencia o “internos” en el sentido collingwoodiano. El anhelo de hacer de la historia de las ideas una historia *tout court* es un rasgo compartido por los primeros dos grandes segmentos de su producción historiográfica: la historia de la Ilustración europea y una historia cultural psicoanalíticamente informada.

Su tesis doctoral dedicada al revisionismo socialista de Eduard Bernstein se publica en 1952. Entre 1959 y 1969 aparecen sus grandes estudios sobre la Ilustración europea: *La política de Voltaire* y los dos volúmenes de *La Ilustración: Una interpretación*. La proposición principal de sus obras sobre la Ilustración afirma que los *philosophes* del siglo XVIII son los fundadores de la política liberal moderna cuya realización más plena adviene con la democracia estadounidense. Así, Gay lee *El Federalista* como la concreción en América de *El espíritu de las leyes*. A pesar de que la suya no fue cabalmente, como quiso, una “historia social de las ideas” (Ro-

bert Darnton, entre otros, lo destaca), esos textos fundan una lectura de referencia en la especialidad historiográfica.

A fines de la década de 1960 el psicoanálisis ingresa como una dimensión capital en la obra y el pensamiento de Gay. Su propia identidad profesional se complejiza con un seguimiento formal de entrenamiento psicoanalítico, en el que adhiere a la versión de la psicología del yo, una lectura “ortodoxa” vinculada a la Asociación Psicoanalítica Internacional. Desde esa perspectiva aboga en su *Freud para historiadores* (1985) por la viabilidad de un empleo historiográfico del psicoanálisis diferente de las aplicaciones simplificadoras características de buena parte de la *Psychohistory*. Propone una investigación concreta de su enfoque en su monumental obra en cinco volúmenes sobre *La experiencia burguesa: de Victoria a Freud* (1984-1998) centrada en las “clases medias” euroatlánticas. Y continúa la empresa en su todavía insuperada reconstrucción de la vida y las ideas del creador del psicoanálisis en *Freud: Una vida para nuestro tiempo* (1988). Gay narra la biografía de un Freud iluminista, al que retrata sin obsecuencias; retoma allí una controvertida afirmación en que Freud, en una carta a Oscar Pfister, se pregunta sobre el psicoanálisis y su propia condición personal de “judio sin dios”. En este segundo conjunto de textos, Peter Gay se esfuerza por actualizar el proyecto de una historiografía psicoanalíticamente informada, al menos en lo que respecta a una comprensión ortodoxa del psicoanálisis. Su producción al respecto constituye materia de reflexión comparable a los escritos históricos de Erik Erikson y E. R. Dodds.

Si bien los dos segmentos historiográficos recién referidos garantizan la presencia de

Gay en las bibliografías “indispensables” de cada ámbito de estudios (la Ilustración y el sofisticado enlace entre historia y psicoanálisis), tal vez constituya un legado igualmente perdurable el conjunto de textos en que investiga y rememora lo que él mismo denomina su “cuestión alemana”. No es difícil incluso reinterpretar su obra anterior bajo la luz de los recuerdos traumáticos de una Alemania como hogar del que al ser clasificado como judío por el racismo hitleriano se halla expulsado bajo la horrenda agresión que no solo involucra la muerte sino el des-reconocimiento de la dignidad humana. En efecto, su lectura de la Ilustración y de las ambivalencias inherentes de la Europa burguesa puede ser interpretada como la contracara de una cultura norteamericana en la que, no necesariamente con ingenuidad, había hallado un refugio de democracia y libertad.

No interesa aquí discutir tanto esas convicciones existenciales como el modo en que, a su vera, Gay recuerda su infancia en *Mi cuestión alemana: creciendo en la Alemania nazi* (1998). Esas memorias que llegan hasta

su adolescencia traman una pregunta difícil tantas veces planteada, entre otros por G. Scholem: ¿por qué los judíos alemanes no abandonaron masivamente Alemania tras la toma nazi del poder, un poder que no ocultaba sus criminales anhelos antisemitas? Por cierto que algunas familias emigraron en 1933, como la de otro eminente historiador coetáneo de Gay: George L. Mosse. El testimonio de un Peter Gay ya anciano expresa las flexiones retrospectivas luego de tantas décadas transcurridas, brindando un relato revelador para repensar sus estudios sobre la Ilustración y la relación entre cultura, pulsión de muerte e inconsciente, que enhebran su producción intelectual.

En suma, las tres vertientes de los trabajos de un historiador de las ideas legan una obra que ella misma –más allá de las pasajeras modas intelectuales– ha devenido una cantera para pensar la historia, las ideas y la experiencia histórica.

Omar Acha
UBA/CONICET/CIF

Declaración

Por iniciativa de la *Revista chilena de literatura*, de la Universidad de Chile, los editores de algunas revistas latinoamericanas nos reunimos en Santiago de Chile el 29 de septiembre de 2014 para discutir políticas comunes y formas de apoyo en nuestra actividad. Los asistentes coincidimos en expresar nuestra inconformidad frente a las formas predominantes de medición de la calidad académica de las publicaciones que, en primer lugar, privilegian criterios administrativos y cuantitativos sobre los contenidos y, en segundo lugar, tienden a ignorar las prácticas académicas propias de las humanidades, que son diferentes a las de las ciencias exactas y aplicadas. Por eso, hemos decidido firmar la siguiente declaración pública, en cuya redacción hemos trabajado durante el primer semestre de 2015.

Antecedentes

En los últimos años, varios gobiernos latinoamericanos han venido adoptando formas de medición de la calidad académica basadas en las nuevas políticas de administración pública, que privilegian el uso de indicadores y métricas por encima del contenido y del valor científico, social y cultural intrínseco del trabajo académico. Tales políticas han sido asumidas también por algunas

universidades, cada vez más atentas a la visibilidad y el impacto, a la posición en los ránquines internacionales, y en general a la formación de capital humano en una perspectiva que privilegia el desarrollo económico.

Por lo general, los modelos de medición adoptados se basan en las prácticas académicas de las ciencias exactas y aplicadas, e ignoran las particularidades que caracterizan el trabajo académico en las ciencias humanas. Como criterio general, se suele privilegiar el *paper* como formato estándar de la producción académica, por encima de otras formas de difusión del conocimiento más afines a las humanidades, como el ensayo o el libro. Además, estos modelos conciben la utilidad del conocimiento de un modo restringido, limitado a la aplicación práctica y a la solución de problemas concretos.

Las ciencias humanas, por su naturaleza reflexiva y polémica, no se ajustan a este tipo de criterios, y esto no significa que sean menos importantes para la sociedad. El saber que ellas buscan es abierto y plural, no está dirigido exclusivamente a las comunidades académicas, sino también al ámbito público. Las humanidades fortalecen y alientan la apropiación crítica de la cultura y la tradición, abren espacios de discusión y debate, y tienen una dimensión utópica que va más allá de la mera solución de problemas

inmediatos. Por eso, las humanidades no se adaptan fácilmente a los criterios meramente cuantitativos, ni a las formas estandarizadas de producción académica. De hecho, al adecuarse a los criterios de calidad imperantes, las humanidades a menudo se ven obligadas a tracionar su naturaleza, sus fines y su efecto social y cultural.

Las publicaciones que suscribimos el presente documento abogamos por una reformulación de los criterios de evaluación académica en las ciencias humanas. Nuestros comités editoriales comprenden la necesidad de la evaluación, pero se oponen a que ésta sea concebida a partir de principios cuantitativos o basados en la aplicación práctica inmediata del conocimiento. Dadas las diferencias de tradición e identidad entre las disciplinas, consideramos que tanto las universidades como los estados deben adoptar modelos de medición diferenciados, que tengan en cuenta las particularidades de cada una de ellas, y en cuya elaboración se cuente con una participación verdadera de las comunidades académicas. Solo así podrán establecerse criterios claros para la adopción de políticas públicas con respecto a la investigación académica en nuestras áreas que redunden, efectivamente, en el bien general.

Algunos estados y universidades han adoptado, sin matizes, criterios puramente cuanti-

tativos de evaluación basados en los índices de citación, cuyos análisis y métricas se asumen como indicadores directos de la calidad de las publicaciones y de sus contenidos. La necesidad de publicar en revistas o en otras publicaciones que se reportan en estos índices se ha convertido en política pública, en un imperativo para los investigadores, lo que afecta la lógica de la producción académica, los enfoques de las investigaciones, los formatos en los que se escribe y la naturaleza de algunos proyectos editoriales regionales. Esta exigencia y el enfoque cuantitativo dominante crean problemas para los investigadores, y no solo en el ámbito de las humanidades. En el área de las ciencias exactas y naturales han surgido voces críticas frente a los parámetros de evaluación y a la importancia excesiva que han adquirido los índices de citación y el factor impacto. La evaluación cuantitativa, han señalado, es apenas uno de los elementos de la evaluación de la calidad académica, pero no es el único, y ni siquiera el más importante. En todas las áreas, la evaluación académica debe ser contextual, pues debe hacerse a partir de la misión y el proyecto específico de las instituciones, de las publicaciones, de los distintos saberes disciplinarios, de los grupos de investigación y los individuos que son evaluados.

El contexto cultural y socioeconómico juega un papel importante en la consideración de la calidad de una publicación académica en cualquier área, pero especialmente en las humanidades y las ciencias sociales. Los indicadores suelen favorecer, por ejemplo, las publicaciones en inglés, pues

ellas tienen índices de citación más altos, se editan en países desarrollados y las más importantes de ellas se proponen como publicaciones “nucleares” (*core journals*), es decir, publicaciones que consolidan un canon de la literatura académica más relevante para cada disciplina. Pero las ciencias humanas y sociales, por su propia naturaleza, están vinculadas a contextos regionales y lingüísticos específicos, y esos vínculos son fundamentales en la consideración de la calidad de los productos académicos. Así ha sido reconocido, por ejemplo, en el documento “Bases para la Categorización de Publicaciones Periódicas en Humanidades y Ciencias Sociales”, publicado en junio de 2014 por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) de Argentina. Allí se establece con claridad que el factor de impacto no tiene la misma incidencia en las ciencias sociales y las humanidades que en otras disciplinas, y que los libros –individuales y colectivos– tienen una gran importancia en la producción científica de este campo, a pesar de que no suelen ser incorporados en los índices de citación. El documento dice, además, que criterios bibliométricos como el factor de impacto no deben ser usados sin más para evaluar la calidad de las publicaciones en ciencias sociales y humanidades. También vale la pena destacar la decisión del Conicet de poner en un mismo nivel los índices internacionales (wos, Scopus) y los regionales (scielo) o nacionales, como parte de una estrategia para fortalecer la producción regional, y para proponer la lengua espa-

ñola como un idioma de importancia en la generación de conocimiento y la difusión científica en las humanidades y ciencias sociales.

Acuerdos para las prácticas editoriales y académicas

Basados en los antecedentes anteriores, los comités editoriales de las revistas firmantes de la presente declaración hemos decidido formular una serie de acuerdos básicos que guíen nuestras prácticas editoriales y académicas:

- Consideraremos que la calidad de nuestras revistas no se basa en un indicador de citación, sino en los contenidos que publican. Por eso, no utilizamos los índices de citación como herramienta promocional. La evaluación de los artículos recibidos tiene como criterios centrales la originalidad y la claridad de sus argumentos, y el aporte que ellos puedan hacer en la discusión académica sobre problemas literarios, estéticos, históricos y culturales. No se tienen en cuenta, por eso, aquellas cualidades o tendencias que puedan incidir directamente en el incremento de la citación de ningún autor o artículo, y mucho menos de cada una de nuestras revistas en su conjunto.
- Nuestras revistas promueven la lectura de sus contenidos y facilitan el acceso de los lectores, pero no obligan a los autores, por ejemplo, a citar artículos previamente publicados por ellas mismas, sino únicamente lo que sea relevante para los fines de cada texto, y de acuerdo con las recomendaciones que surjan

- del arbitraje por pares.
- Nuestras revistas tampoco se ciñen exclusivamente al formato del *paper*, ni a la estructura usual del artículo científico (introducción, métodos, resultados y discusión).
- Para nuestras revistas, los sistemas de indexación y resumen internacionales son un elemento clave en la difusión de sus contenidos, pues facilitan la localización de la información y el diálogo académico entre pares (esos eran, de hecho, sus propósitos iniciales). Sin embargo, una revista que no esté indexada en esos sistemas, especialmente en aquellos que miden la citación, no debería ser menos valorada por ese hecho.
 - Nuestras revistas promueven la difusión gratuita de sus contenidos o su adquisición a precios asequibles para los lectores, pues consideramos que el conocimiento, el debate y la argumentación deben ser públicos.
 - Nuestras revistas no cobran ni se proponen cobrar a los autores por publicar en ellas, para garantizar el acceso libre a sus contenidos.

*

Queremos invitar a otras revistas y editoriales académicas a suscribir la anterior declaración y a tener en cuenta los principios aquí establecidos. Hasta ahora, esta declaración tiene el respaldo de las siguientes publicaciones:

- *Aletria. Revista de Estudos Literários* (Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil)
- *ALPHA* (Universidad de Los Lagos, Chile)

- *alter/nativas: revistas de estudios culturales latinoamericanos* (Ohio State University, Estados Unidos)
- *Ámbito de Encuentros* (Universidad del Este, Puerto Rico)
- *América, cahiers du Criccal* (Université de Sorbonne-Nouvelle, Paris 3, Francia)
- *Anclajes* (Universidad Nacional de La Pampa, Argentina)
- *Antares: Letras e Humanidades* (Universidade de Caxias do Sul, Brasil)
- *Artelogie* (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia)
- *Babedec. Revista de Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria* (Universidad Nacional de Rosario, Argentina)
- *Belas Infiéis* (Universidade de Brasilia, Brasil)
- *Bitácora urbano/territorial* (Universidad Nacional de Colombia)
- *Boletín de arqueología* (Pontificia Universidad Católica del Perú)
- *Boletín científico* (Universidad de Caldas, Colombia)
- *Boletín del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria* (Universidad Nacional de Rosario, Argentina)
- *Boletín de filología* (Universidad de Chile)
- *Brumal. Revista de Investigación sobre lo fantástico* (Universidad Autónoma de Barcelona)
- *CAFE. Cahiers des Amériques, Figures de l'Entre* (Université de La Rochelle, Francia)
- *Carácteres. Estudios culturales y críticos de la esfera digital* (Universidad de Salamanca, España)
- *Caribe: revista de cultura y literatura* (Marquette University, Estados Unidos)
- *CELEHIS* (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina)
- *Centroamericana* (Università Cattolica del Sacro Cuore, Milano, Italia)
- *Colindancias* (Universidad de Oeste de Timisoara, Rumania)
- *Cuadernos del CILHA* (Universidad Nacional de Cuyo, Argentina)
- *Cuadernos de historia* (Universidad de Chile)
- *Decimonónica: revista de producción cultural hispánica decimonónica* (Estados Unidos)
- *Desafíos* (Universidad del Rosario, Colombia)
- *Desde el jardín de Freud. Revista de psicoanálisis* (Universidad Nacional de Colombia)
- *Dirāsāt Hispánicas. Revista Tunecina de Estudios Hispánicos* (Universidad el Manar, Túnez)
- Editorial Jorge Millas (Fundación Jorge Millas, Chile)
- *El Ágora USB* (Universidad San Buenaventura, Medellín, Colombia)
- *El taco en la brecha* (Universidad Nacional del Litoral, Argentina)
- *Encuentros* (Universidad Autónoma del Caribe, Colombia)
- *Episteme. Revista de Ciencias Sociales y Humanas* (Universidad Santo Tomás, Sede Villavicencio, Colombia)
- *e-escrita* (UNIABEU, Brasil)
- *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales* (Universidad Simón Bolívar, Venezuela)

- *Estudios Avanzados*. Instituto de Estudios Avanzados (Universidad de Santiago de Chile)
- *Estudios de Literatura Colombiana* (Universidad de Antioquia, Colombia)
- *Estudos de Literatura Brasileira Contemporânea* (Universidade de Brasilia, Brasil)
- *Folia Histórica del Nordeste* (Universidad Nacional del Nordeste, Argentina)
- *Fronteras de la historia* (Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colombia)
- *Gramma* (Universidad del Salvador, Argentina)
- *Hispamérica* (University of Maryland, Estados Unidos)
- *Historia Caribe* (Universidad del Atlántico, Colombia)
- *Humanidades* (Universidad de Montevideo, Uruguay)
- *Hypnos* (Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, Brasil)
- *Ideas y Valores. Revista Colombiana de Filosofía* (Universidad Nacional de Colombia)
- *Izquierdas* (Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile)
- *Katatay. Revista crítica de literatura latinoamericana* (Red Interuniversitaria Katatay, Argentina)
- *Kavilando. Revista de ciencias sociales y humanas* (Grupo de Investigación para la Transformación Social Kavilando, Colombia)
- *Kaypunku, revista de Estudios Interdisciplinarios de Arte y Cultura* (Grupo de Investigación Kaypunku, Perú)
- *Kipus: Revista andina de letras* (Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador)
- *La Palabra* (Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia)
- *Letras* (Universidad de San Marcos, Perú)
- *Lexis. Revista de lingüística y literatura* (Universidad Católica del Perú)
- *Línguas&Letras* (Universidade Estadual do Oeste do Paraná, Brasil)
- *Lingüística y Literatura* (Universidad de Antioquia, Colombia)
- *Literatura: teoría, historia, crítica* (Universidad Nacional de Colombia)
- *Luciérnaga* (Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid, Colombia)
- *Lúmina* (Universidad de Manizales, Colombia)
- *Memoria y sociedad* (Pontificia Universidad Javeriana, Colombia)
- *Milenio. Revista de Artes y Ciencias* (Universidad de Puerto Rico, sede Bayamón)
- *Mora* (Universidad de Buenos Aires, Argentina)
- *Mundo amazónico* (Instituto Imani, Universidad Nacional de Colombia, Sede Amazonia)
- *Olho d'água* (Universidade Estadual Paulista “Júlio de Mesquita Filho”, Brasil)
- *Olivar: revista de literatura y cultura españolas* (Universidad Nacional de La Plata, Argentina)
- *Orbis Tertius* (Universidad Nacional de La Plata, Argentina)
- *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica* (Universidad de los Andes, Colombia)
- *Perspectiva geográfica* (Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia - Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Colombia)
- *Pilquen. Sección Ciencias Sociales* (Universidad Nacional del Comahue, Centro Universitario Zona Atlántica, Argentina)
- *Pilquen. Sección Psicopedagogía* (Universidad Nacional del Comahue, Centro Universitario Zona Atlántica, Argentina)
- *Polifonía. Revista de Estudios Hispánicos* (University of San Francisco, Estados Unidos)
- *Praesentia, revista venezolana de estudios clásicos* (Universidad de Los Andes, Venezuela)
- *Prismas. Revista de historia intelectual* (Universidad Nacional de Quilmes, Argentina)
- *Psicoespacios* (Institución Universitaria de Envigado, Colombia)
- *Rastros Rostros* (Universidad Cooperativa de Colombia)
- *Recial* (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina)
- *Revista Archivos de medicina* (Universidad de Manizales, Colombia)
- *Revista chilena de literatura* (Universidad de Chile)
- *Revista de Filosofía* (Universidad de Chile)
- *Revista de Literaturas Modernas* (Universidad Nacional de Cuyo, Argentina)
- *Revista Iberoamericana* (Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana,

- Universidad de Pittsburgh,
Estados Unidos)
- *Revista Instituto
Colombiano de Derecho
Tributario* (Instituto
Colombiano de Derecho
Tributario, Colombia)
 - *Revista Laboratorio*
(Universidad Diego Portales,
Chile)
 - *Revista Lebret* (Universidad
Santo Tomás, Colombia)
 - *Revista Miradas*
(Universidad Tecnológica de
Pereira, Colombia)
 - *Revista Nomadías*
(Universidad de
Chile)
 - *Revista Poiésis* (Fundación
Universitaria Luis Amigó,
Colombia)
 - *RIVAR, Revista
Iberoamericana de
Viticultura, Agroindustria y
Ruralidad* (Instituto de
Estudios Avanzados,
Universidad de Santiago de
Chile)
 - *Tejuelo. Didáctica de la
Lengua y la Literatura*
(Universidad de Extremadura,
España)
 - *Telar* (Universidad Nacional
de Tucumán, Argentina)
 - *Tendencias & Retos*
(Universidad de La Salle,
Colombia)
 - *Verba Hispánica*
(Universidad de Ljubljana,
Eslovenia)
 - *Zama* (Instituto de Literatura
Hispanoamericana de la
Facultad de Filosofía y
Letras, Universidad de
Buenos Aires, Argentina)

Objetivos de la revista

La revista *Prismas* se publica en forma ininterrumpida desde 1997 con el propósito de contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, la revista difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual. Asimismo, en diferentes secciones se busca difundir debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de la misma, y dar cuenta de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición on line es de frecuencia semestral (cada número en papel de *Prismas* se desdobra en dos on line).

Presentación de trabajos para la sección “Artículos”

La sección “Artículos” se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación de los mismos sigue los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Comité de Dirección de *Prismas* –exclusivamente en términos de su pertinencia temática y formal–; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados ad hoc por la Secretaría de Redacción. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores del resultado del mismo.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios.
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
- Las normas para las notas al pie y la bibliografía pueden verse en detalle en www.scielo.org (buscar revista *Prismas*, “Instrucciones a los autores”).

Presentación de trabajos para la sección “Lecturas”

La sección “Lecturas” se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección “Reseñas”

La sección “Reseñas” se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc., etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 15.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.